



---

J. A. MATEOS

MEMORIAS  
DE UN  
GUERRILLERO

---

PQ7297  
.M3854  
C4723

108717



1020006183

\$10.00



99.01



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

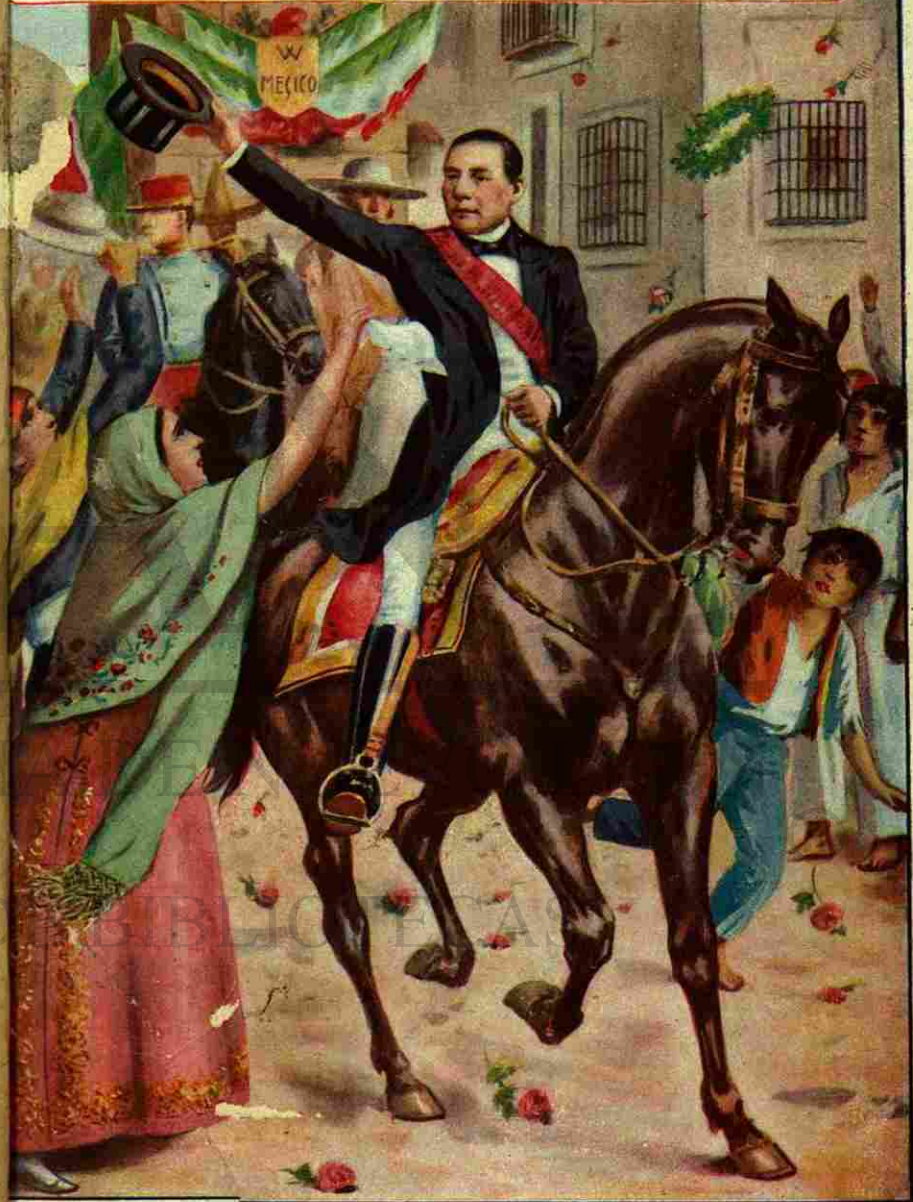


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

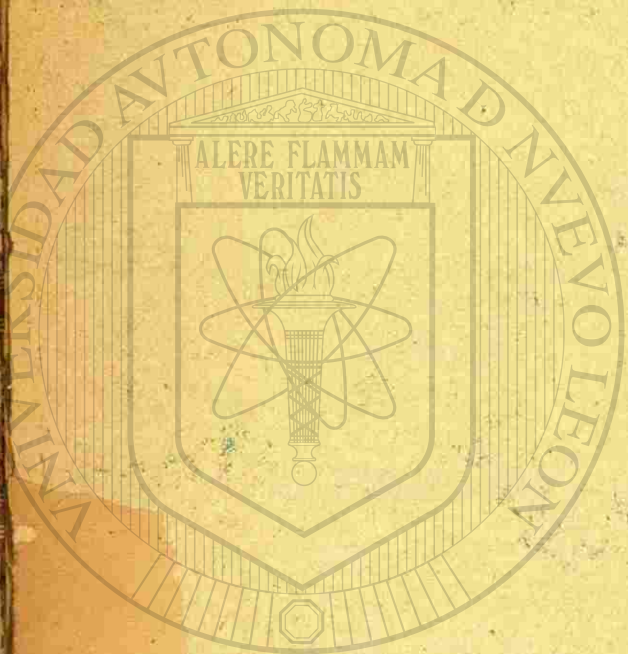
108717

JUAN A. Mateos

# MEMORIAS de un GUERRILLERO



#10.00



MEMORIAS DE UN GUERRILLERO

UANTL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEMORIAS DE UN GUERRILLERO



¡El presente y el porvenir se daban un estrecho abrazo  
delante de la historia!

(Pág. 24)

CONSTITUCION Y REFORMA DE MEXICO

# Memorias de un Guerrillero

NOVELA ORIGINAL

DE

JUAN A. MATEOS

NOVISIMA EDICIÓN ILUSTRADA POR ARTISTICOS FOTOGRAFADOS



CASAS EDITORIALES

MAUCCI HERM.<sup>OS</sup> é HIJOS

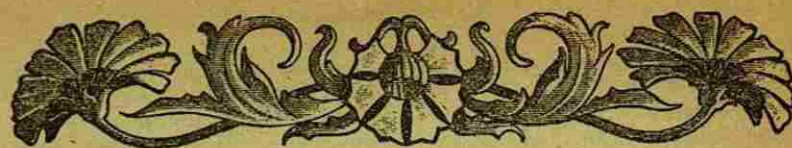
BUENOS AIRES

RECONQUISTA, 484

MAUCCI HERMANOS y C.<sup>IA</sup>

MÉXICO

4.<sup>a</sup> ZACUBA, 40



## MEMORIAS DE UN GUERRILLERO

PRIMERA PARTE

LA REFORMA

CAPITULO PRIMERO

EL ULTIMO DIA

I

La mañana del 13 de agosto del año de gracia de 1855, se despertaba la nobilísima ciudad de México, con la sensacional noticia de que Su Alteza Serenísima, el Excmo. Sr. General Antonio López de Santa Ana Pérez de Lebrón, Presidente de la República, Comendador de la Orden de Guadalupe y Gran Cruz de Carlos III, se había escapado furtivamente, tomando pasaje a bordo del paquete inglés y a toda máquina había salido de Veracruz embarcándose por la Antigua, rumbo a Saint Thomas, para ir a esconder su vergüenza y su derrota a su ya preparada estancia de Turbaco.

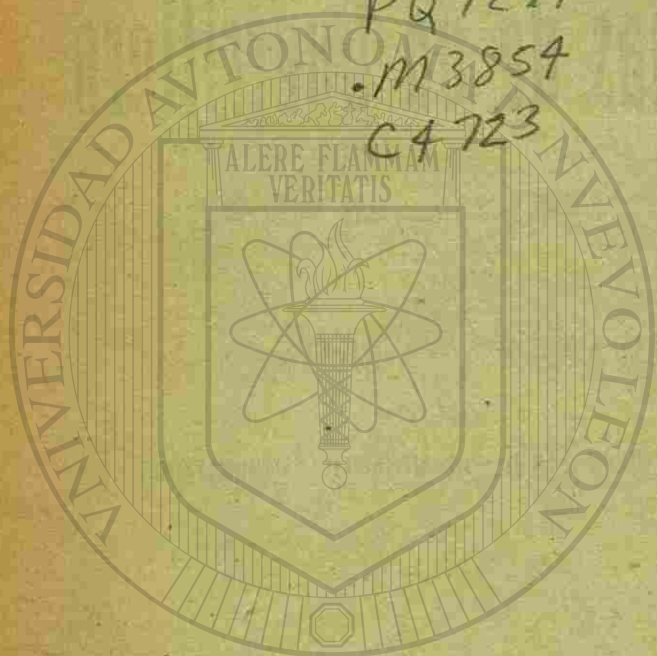
Hacía un año, que el dictador había visto levantarse la bandera revolucionaria en las montañas surianas y propagarse el fuego por todos los puntos de la República.

En vano libraba combates sangrientos, perpetraba asesinatos en masa y verificaba espantosas ejecuciones; el movimiento avanzaba; augurábase una catástrofe.

El dictador tomó en persona el mando del ejército y se dirigió animoso sobre Acapulco, donde estaba el grueso de la rebelión, acaudillada por el viejo patriota General Juan Alvarez, uno de los padres de la Independencia mexicana.

La temperatura de fuego de esas regiones, las terribles enfermedades y los relances de combates diarios dieron al traste con aquel ejército, que ya en cuadro, tuvo que retirarse a la capital, donde entró como una procesión de sangre, teniendo que confesar el dictador su derrota.

Sin recursos pecuniarios, sin concepto para alzar un empréstito, sin prestigio social y sobre la candente lava de la revolución que le abrasaba, emprendió la fuga, dejando com-



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

prometidos a los hombres de la política y de las armas, sin haberles comunicado su resolución.

Los ministros que supieron la partida, callaron por tres días, sin ponerse de acuerdo y sin saber cómo dar una solución a una crisis tan comprometida y desesperada.

La noticia circuló al fin, los miembros del gabinete y los altos dignatarios y todos los comprometidos en la dictadura se ocultaron, temiendo el desbordamiento popular, y dejaron solo al jefe de la Plaza, para que entregase el poder al primero que se presentara.

## II

Como descienden los torrentes de lo alto de las montañas para encauzarse en las planicies, el pueblo entró desbordado en la plaza de armas y calles adyacentes. Se habían fijado en las esquinas unos cartelones, convocando al pueblo para las tres de la tarde en la Alameda, que en México era como la plaza de la revolución.

Los hombres del partido liberal se habían reunido para hacerse cargo de la situación.

Se celebraban juntas revolucionarias en las casas de los hombres más notables y de los liberales más exaltados, Zarco, Ramírez, Mejía y del Río.

El licenciado Mariscal, hoy ministro de Relaciones, con anterioridad conspiraba, y a las juntas asistían Goytia, Zabala, Covarrubias y otros muchos, cuyas reuniones tenían lugar en la casa de Luis Picazo, soldado de medio siglo en los combates todos por la libertad.

Pero como había en la capital un cuerpo de ejército todavía fiel al general Santa Ana, se creía conveniente esperar la aproximación de las fuerzas vencedoras, antes que provocar una inútil matanza. Esto pensaban los hombres serios, pero la juventud tomó otra determinación arrojando el todo por el todo.

En la calle del Coliseo Viejo, hoy la segunda Avenida suntuosa de la capital, existía un antiguo café llamado «El Infiernito». Allí, bajo la presidencia de Ignacio Ramírez, el Nigromante, estaban reunidos en numeroso grupo, los estudiantes de Derecho y otra multitud de jóvenes.

— Es necesario apoderarnos de la situación— dijo el Nigromante, rebotando de entusiasmo—: éste es el momento; si este ejército recobra la moral, se enciende la guerra; no, no le ha de faltar un jefe y el triunfo se aplaza.

— ¡A la revolución! ¡A la revolución!— gritaron todos— El pueblo es nuestro y ésta es la hora.

— Yo voy por delante— gritó un joven alto, apuesto, de cabellera tirada para atrás, como Mirabeau, blanco, con los ojos claros, centelleantes, y una voz resuelta de tribuno.

— ¡Viva Manuel!— gritaron los estudiantes, y lo sacaron en peso fuera del café.

— ¡Viva la libertad!— respondió el joven, y seguido de una multitud llegaron a la Alameda, donde se agolpaba un gran gentío, y donde los estudiantes de Medicina los recibieron con un grande aplauso.

## III

En el mismo lugar donde hoy se alza el gracioso Pabellón Morisco, donde México ostentó sus productos en la Exposición de Nueva Orleans, se levantaba un edificio de madera, muy bien construido por aquel infatigable anciano, Sebastián Panné, que ha dejado escrito con blanca espuma su nombre en las liras puras de las albercas.

Allí era un lugar de sombra y de frescura, donde acudía la juventud elegante las tardes calurosas.

Llegó Manuel seguido de los estudiantes, y sacando una mesa a la glorieta principal de la Alameda, subió y leyó con voz potente el Plan de Ayutla. Comenzaron a recoger firmas de adhesión al plan revolucionario.

Pero aquella tarea era imposible. Recoger miles de firmas en unas cuantas horas era una empresa que no podía llevarse a cabo.

En tanto, el ímpetu popular se desbordaba, la gritería era espantosa y todos esperaban una voz de mando para lanzarse a lo desconocido.

— ¡A palacio!— gritó Manuel, parado sobre la mesa— ¡Viva el plan de Ayutla! ¡Viva el General Alvarez!

Una tormenta de gritos y de aplausos contestó a la voz del joven, y aquellas multitudes, ebrias ya de entusiasmo, se arrojaron en la avenida de San Francisco en dirección a palacio, sin cesar la gritería de «mueras» al dictador y «vivas» a la libertad.

La tropa estaba acuartelada y los soldados furiosos.

Aquel paso era una temeridad inconcebible.

Pero los batallones, puestos en diferentes puntos de la ciudad, no podían comunicarse, y esperaban aislados el resultado de la revolución.

El comercio, azorado y temiendo un saqueo, aferraba sus tiendas.

Los balcones de las casas de la avenida estaban cerrados, nadie se atrevía a asomarse, la ciudad estaba llena de espanto ante aquella manifestación tan estruendosa y tan terrible.

Aquella sirle rugiente, llegó por fin a la Plaza de Armas. El comandante militar vió desde las ventanas de la Comandancia venir el torrente y se desmoralizó.

No había entonces jardín, la plaza ostentaba toda su grandeza. Aquel grande espacio se cubrió con aquella multitud que hormigueaba.



Era un mar en que las cabezas semejaban a las múltiples olas del Océano, agitadas por el viento de la revolución.

Repentinamente se dejó oír un toque descompasado en todas las campanas de la Catedral, que se extendía como una tormenta sobre el cielo de la ciudad.

Aquellas gigantes vibraciones enloquecían aquellos cerebros ya conturbados por el aliento del desorden.

El General Díaz de la Vega salió del palacio, rodeado de su Estado Mayor, y se paró en el Zócalo para recibir a la comisión del pueblo, formada de Zarco, Moncada y Escalante.

El General estaba intensamente pálido y conmovido. No llevaba espada, se presentaba desarmado para no despertar la ira de las multitudes.

Llegó la comisión empujada por aquel tumulto.

Manuel se adelantó y dijo con voz alta y clara: «Queremos que se nos entregue el gobierno».

— Señores—contestó el general—, el Gobierno, así como la nación entera, le pertenece de derecho al pueblo; espero una indicación para resignar el mando.

Aquella contestación tan humilde provocó un gran aplauso.

Manuel, entonces, dirigiéndose a la multitud, gritó: Sólo para conservar el orden y mientras dispone el General Alvarez, quién se ha de hacer cargo de la ciudad, queda el general Díaz de la Vega en el gobierno, con autorización del pueblo.

— ¡Bravo!... ¡Bravo!—exclamó la multitud.

El General tornó a decir: «Estoy a las órdenes del señor General Alvarez y del pueblo victorioso».

Seguido de su Estado Mayor volvió a entrar en el palacio.

#### IV

Todo el rencor comprimido en el seno de aquel pueblo tiranizado durante tres años por una soldadesca desenfrenada y por unos hombres sin conciencia, hizo explosión en aquellos momentos.

El recuerdo de tantas vejaciones, de los «bancos de palos» en los cuarteles, de los hombres presos aún en las cárceles, de aquel pueblo escarnecido y asesinado, se despertó como una fiera en el alma de aquella masa humana, y se lanzó desesperada en pos de una venganza.

Dirigióse primero a las prisiones y sacó a los presos políticos.

Después se bifurcó, se esparció en torrentes por todas partes; quería matar, aniquilar, saciar su rabia, reivindicar su fuerza y dar una lección a los tiranos.

Una multitud invadió la calle de la Cadena. En la casa, hoy de propiedad del General Francisco Vélez, estaba situada la imprenta de «El Universal», periódico infame que había sido el eco de oprobiosa tiranía, dirigido por Rafael Rafael.

En un momento se oyó el crujir de las prensas despeda-

zadas y la lluvia de letras que caían como un fuerte aguacero sobre las piedras. Los papeles se incendiaban y volaban las cenizas, las cajas de la imprenta volaban en pedazos... todo había concluido en medio de una espantosa algazara de gritos y silbidos.

Torció aquel torrente por la calle del colegio de niñas y se lanzó sobre la casa de Lizardi, hoy de los Bustillo. Los célebres «bonos», ruina del Tesoro nacional, se esparcieron por el viento y regaron aquella calle. La casa fué desastrosamente saqueada.

La policía se había eclipsado; no hubiera podido contener al torrente salido de madre.

La multitud continuó su marcha una vez terminada aquella tarea de destrucción, y se dirigió a la calle de Vergara.

En una casa que ha desaparecido para dar paso a la gran avenida del 5 de Mayo, vivía la señora Dolores Tosta, esposa del dictador.

Inútil es decir que la señora había desaparecido.

La multitud invadió la casa.

Se abrieron los balcones y comenzaron a caer los espejos venecianos, los ajueres de brocatel, las mesas de mármol, los bronce y cuanto encontraba aquella gente, que no quería robar, ni aun siquiera se le ocurría; ansiaba solamente vengarse.

Ya era de noche; los faroles estaban sin encender, y la ciudad se envolvía en sombras espesas; nada se veía, sino una masa confusa de donde partían ruidos de furor.

De cuando en cuando se escuchaban los dulces sonos de una flauta, tocada por un ciego que se mezclaba en el mar revuelto de aquella asonada.

#### V

Se dejó oír la voz de Manuel, a quien no dejaban los estudiantes:

— ¡Ahora, a la casa del ministro de Relaciones!

— ¡Muera el ministro!—gritaron todos a una voz, y convergiendo a la derecha, llegaron a la esquina de San José Real y a la casa de propiedad hoy de la familia Pliego. Allí vivía Díez de Bonilla.

Los estudiantes asaltaron la casa y entre risas y gritos tiraron a la calle el retrato del ministro, que fué recibido con una silba.

Rompieron los vidrios de las bibliotecas, y los libros cayeron desde los balcones en una gran hacinación.

Los estudiantes les prendieron fuego y se alzó la llamara-da que daba sus reflejos sobre aquellos semblantes descompuestos, que tenían un visaje espantoso.

La hoguera se atizaba más y más con el combustible de papeles.

Oyóse una gritería terrible.

Los estudiantes llevaban en peso un piano de cola y colocándolo en el barandal del balcón, lo empujaron a toda fuerza, y el piano cayó haciendo un horrible estruendo.

— ¡Al fuego! ¡Al fuego! — gritaron, y el piano pasó a la hoguera, que ya era un incendio.

Después vinieron abajo todos los muebles y las vajillas, cuyo sonido argentino se oía entre las piedras, de donde salían chispas al quebrarse la porcelana.

Por último, las alfombras fueron arrancadas y flotaban en harapos prendidos de los barandales.

Ya nada quedaba de aquella suntuosa casa.

Sí; quedaban los carruajes.

Los estudiantes les prendieron fuego y comenzaron a pasearlos por las calles sin temor a las llamas.

Los caballos escaparon de las caballerizas y corrían al son de los silbidos, más furiosos que los del Apocalipsis.

Siguió la turba a la calle Real, casa habitación del ministro de Justicia.

— ¡Este viejo maldito, nos ha puesto dos años más de estudio! — gritaba Manuel.

— ¡Al diablo con el ministro! — respondían los estudiantes.

El ministro, más cauto que sus compañeros, había vaciado la casa; esto enfureció a los estudiantes, que volvieron a la plaza a insultar a las guardias.

Los soldados hicieron fuego; pero el general Díaz de la Vega mandó cerrar las puertas del palacio, y sólo así pudo contener el empuje del pueblo amotinado.

Frente a la casa del ministro de Justicia, también hubo otro lance entre los soldados del Activo de León y el pueblo.

Los soldados tuvieron que retirarse a sus cuarteles.

Toda la noche se pasó en la orgía del desorden, apedreando los edificios donde habitaban los personajes más prominentes de la dictadura.

Los estudiantes traían puestos los mantos azules y bordados de oro de los Caballeros de Guadalupe, lo que provocaba la rechifla popular.

Entró en calma aquel mar alborotado.

Los gritos se oían por intervalos.

El silencio se iba recobrando lentamente.

Se oían, a lo lejos, los ritmos melancólicos de la flauta de aquel ciego que vagaba entre todas las sombras.

## VI

Todavía ayer atravesaba el dictador en su carroza dorada, con sus cuatro frisiones que herían el suelo con sus herraduras de plata, entre aquella multitud que lo contemplaba llena de espanto.

Sus húsares en tropel tras de la carroza, con los sables

relucientes, sus dormanes flotando, prendidos al hombro, y montados en caballos fogosos, cubiertos de espuma, escoltando a aquel hombre que decidía soberano de los destinos de México.

Sus cuerpos de la guardia, elegantes y disciplinados, paseando sus banderas frente al palacio, al son de los múltiples tambores y clarines.

El lujoso ejército con todo el orgullo irritante de la dictadura.

Las músicas roncadas de la caballería que se arrojaban como los genizaros sobre las masas populares, y el dictador preguntando a sus próceres y cortesanos: «¿Qué dice México de mis granaderos?»

Y todavía el recuerdo de los grandes saraos, donde lucían los diamantes de las damas, como luceros de las constelaciones.

Y aquella corte de generales llenos de condecoraciones, de diplomáticos bordados, de dignatarios, todos obedientes a una mirada, todos plegados a una sonrisa.

Y el influjo de aquel hombre en todo el territorio, temblando todos al oír su nombre, palpitando al esperar sus órdenes y arrodillados frente a su retrato y descubiertos en presencia de su efigie.

¡Y los hombres dignos, en el fondo de los calabozos o en el destierro!

¡Y todo aquel aparato deslumbrante y toda aquella grandeza convertida en cenizas esparcidas por el viento y arrojadas al olvido, en una sola hora, en un solo instante!

¡Sueños eternos de poderío y de grandeza, llevados al patíbulo de la deshonra!

¡Sangre vertida en los patibulos y en los campos de batalla para escribir la historia!

¡No quedaba como resto de aquel cuadro de óptica, más que las estatuas despedazadas y el anatema de un pueblo, que recogía de aquel mar de infortunios y desdichas, los nuevos gérmenes de sus libertades!

El incendio cundió en todas las ciudades y pueblos de la República, los mandarines huyeron espantados y la nación quedó toda envuelta en las oscuras sombras de la revolución.

Así cayó en los abismos de la historia la más terrible de las dictaduras.

## CAPITULO II

### AMORIOS Y CALAVERADAS

#### I

El señor Sebastián de Rentería era nativo de Santander, hombre honradísimo y de pocos alcances.

Oyóse una gritería terrible.

Los estudiantes llevaban en peso un piano de cola y colocándolo en el barandal del balcón, lo empujaron a toda fuerza, y el piano cayó haciendo un horrible estruendo.

— ¡Al fuego! ¡Al fuego! — gritaron, y el piano pasó a la hoguera, que ya era un incendio.

Después vinieron abajo todos los muebles y las vajillas, cuyo sonido argentino se oía entre las piedras, de donde salían chispas al quebrarse la porcelana.

Por último, las alfombras fueron arrancadas y flotaban en harapos prendidos de los barandales.

Ya nada quedaba de aquella suntuosa casa.

Sí; quedaban los carruajes.

Los estudiantes les prendieron fuego y comenzaron a pasearlos por las calles sin temor a las llamas.

Los caballos escaparon de las caballerizas y corrían al son de los silbidos, más furiosos que los del Apocalipsis.

Siguió la turba a la calle Real, casa habitación del ministro de Justicia.

— ¡Este viejo maldito, nos ha puesto dos años más de estudio! — gritaba Manuel.

— ¡Al diablo con el ministro! — respondían los estudiantes.

El ministro, más cauto que sus compañeros, había vaciado la casa; esto enfureció a los estudiantes, que volvieron a la plaza a insultar a las guardias.

Los soldados hicieron fuego; pero el general Díaz de la Vega mandó cerrar las puertas del palacio, y sólo así pudo contener el empuje del pueblo amotinado.

Frente a la casa del ministro de Justicia, también hubo otro lance entre los soldados del Activo de León y el pueblo.

Los soldados tuvieron que retirarse a sus cuarteles.

Toda la noche se pasó en la orgía del desorden, apedreando los edificios donde habitaban los personajes más prominentes de la dictadura.

Los estudiantes traían puestos los mantos azules y bordados de oro de los Caballeros de Guadalupe, lo que provocaba la rechifla popular.

Entró en calma aquel mar alborotado.

Los gritos se oían por intervalos.

El silencio se iba recobrando lentamente.

Se oían, a lo lejos, los ritmos melancólicos de la flauta de aquel ciego que vagaba entre todas las sombras.

## VI

Todavía ayer atravesaba el dictador en su carroza dorada, con sus cuatro frisiones que herían el suelo con sus herraduras de plata, entre aquella multitud que lo contemplaba llena de espanto.

Sus húsares en tropel tras de la carroza, con los sables

relucientes, sus dormanes flotando, prendidos al hombro, y montados en caballos fogosos, cubiertos de espuma, escoltando a aquel hombre que decidía soberano de los destinos de México.

Sus cuerpos de la guardia, elegantes y disciplinados, paseando sus banderas frente al palacio, al son de los múltiples tambores y clarines.

El lujoso ejército con todo el orgullo irritante de la dictadura.

Las músicas roncadas de la caballería que se arrojaban como los genizaros sobre las masas populares, y el dictador preguntando a sus próceres y cortesanos: «¿Qué dice México de mis granaderos?»

Y todavía el recuerdo de los grandes saraos, donde lucían los diamantes de las damas, como luceros de las constelaciones.

Y aquella corte de generales llenos de condecoraciones, de diplomáticos bordados, de dignatarios, todos obedientes a una mirada, todos plegados a una sonrisa.

Y el influjo de aquel hombre en todo el territorio, temblando todos al oír su nombre, palpitando al esperar sus órdenes y arrodillados frente a su retrato y descubiertos en presencia de su efigie.

¡Y los hombres dignos, en el fondo de los calabozos o en el destierro!

¡Y todo aquel aparato deslumbrante y toda aquella grandeza convertida en cenizas esparcidas por el viento y arrojadas al olvido, en una sola hora, en un solo instante!

¡Sueños eternos de poderío y de grandeza, llevados al patíbulo de la deshonra!

¡Sangre vertida en los patibulos y en los campos de batalla para escribir la historia!

¡No quedaba como resto de aquel cuadro de óptica, más que las estatuas despedazadas y el anatema de un pueblo, que recogía de aquel mar de infortunios y desdichas, los nuevos gérmenes de sus libertades!

El incendio cundió en todas las ciudades y pueblos de la República, los mandarines huyeron espantados y la nación quedó toda envuelta en las oscuras sombras de la revolución.

Así cayó en los abismos de la historia la más terrible de las dictaduras.

## CAPITULO II

### AMORIOS Y CALAVERADAS

#### I

El señor Sebastián de Rentería era nativo de Santander, hombre honradísimo y de pocos alcances.

Había venido a México a bordo de un buque de vela, que había hecho la travesía en tres meses, trayendo un gran número de jóvenes emigrados, que soñaban encontrar un gran número de tesoros en América.

A su llegada a la capital se habían hospedado juntos, y allí concurrieron los españoles ricos a «escoger» dependientes.

Don Luis Robalo, rico propietario, con fincas de campo en la cañada de Cuernavaca, entre otros muchos, escogió a Rentería.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó al joven, que apenas tendría trece años.

—Pues no lo sé precisamente—respondió el niño—. En la casa me llamaban «Tián», y en el buque me pusieron «Sebastián».

—¿Y tienes madre?

—Al parecer, no, porque hace mucho tiempo está enterrada en el pueblo.

—¿Y padre?

—Ya es difunto; murió tres años antes de que yo naciera.

El señor Robalo se sonrió.

—¿Cuántos años tienes?

—Eso sí que no lo sé, porque no asistí a mi nacimiento; la tía Marciala lo sabrá.

—Pues a casa, y mañana a la hacienda.

El señor Robalo se enteró de que Sebastián era huérfano, que sabía leer y escribir sin ortografía; pero que era un buen muchacho y muy trabajador.

Sebastián Rentería estuvo ocho años en la tienda de la finca, donde hizo sus ahorros, y pasó a México a ejercer la correduría.

Reunió un capital a fuerza de privaciones, vivía en un cuarto bajo, y dormía en un mal colchón de paja, tirado en el suelo.

Una señora le daba de comer por tres pesos al mes. La señora tenía que ver algo con un mozo de fonda y le presentaba a Rentería platos inconcebibles.

El joven se encontraba con trozos de ternera, frijoles, rábanos, ostiones, papas, pedazos de jaletina, etc., todo lo cual entraba a su estómago sin observación.

Se vestía en la «ropa hecha», en que por seis pesos le daban un traje entero, zapatos de charol, sombrero de fieltro, calcetines y un puro de Hujmanguillo.

Rentería hizo un capital.

Vivía en los altos de la casa un coronel español, del ejército realista, que había combatido contra la independencia en los tiempos de Apodaca, y que por medios que nadie conocía le daban una pensión.

El coronel se llamaba Emeterio Pantoja.

Era viudo y tenía una hija voluntariosa y llena de caprichos y de una educación de coronel retirado.

Toribia, que así se llamaba la niña, tenía la frescura de los quince años, alegre y vivaracha.

Rentería se apasionó de la jovencuela y comenzaron los escándalos por imprudencias de Toribia.

Enteróse el coronel Pantoja, sacó la espada y le dió de cintarazos a su hija.

En seguida bajó en busca de Sebastián, pero éste había puesto pies en polvorosa.

—¡Por vida del Virrey! ¡Que lo he de pinchar como a un conejo!—gritaba el coronel.

—¡Noviecitos conmigo! Pues yo no me ando con chicas, eso sería tocarle retreta al tambor mayor. Pero tengo una idea... los caso... sí, los caso, y si ese pergüétano se rehusa, le corto las orejas.

Tomó un papel y le puso dos renglones a Sebastián.

Al día siguiente se presentó el joven. La carta era una cita.

El coronel estaba de punta en blanco y con la espada al cinto, y un gran gorro con plumas.

Sebastián quedó confuso en presencia de aquella estantigua.

—Caballero—le dijo el coronel, sonando la espada—, siéntese usted y hablemos en paz, ¡con una legión de diablos!

Sebastián se sentó tímidamente.

—¡Siéntese usted bien!—le gritó Pantoja.

—Ya estoy—contestó Rentería.

—Usted tiene relaciones con mi hija; confíeselo usted en seguida, o le abro el cráneo en dos pedazos.

—Sí, señor; es cierto, ciertísimo—contestó asustado Sebastián.

—¿Y con qué licencia se ha dirigido usted a ella? Pronto, responda usted, y no me impaciente, porque le pego fuego a la casa.

—Señor, yo temía que usted se incomodara; pero siempre pensé en avisárselo.

—¡Toque usted esta mano; veo que conoce usted la ordenanza! ¡Toribia! ¡Toribia!

Se presentó la joven haciendo dengues.

—Siéntate, hija mía, y hablemos como corresponde a un hombre de mi grado.

—¿Qué cosa?—dijo la joven, con aire displicente.

—El señor Sebastián Rentería, español, paisano mío, solicita tu mano.

—Ya se la di desde hace tres meses.

—¡No me rompas la cabeza!—gritó el señor de Pantoja.

—Estoy diciendo la verdad—contestó Toribia.

—Pues bien, joven, yo le protejo; se casará con la coronela.

—Gracias, señor coronel—murmuró Rentería.

—Mañana será la presentación, y dentro de un mes el matrimonio.

—Estoy conforme—contestó Rentería.

—Y yo lo estoy más—exclamó el coronel—, porque esta muchacha es el demonio.

—Todo está arreglado—dijo el señor de Pantoja—. Ahora abraza usted a Toribia.

Como el joven se quedaba un instante perplejo, el coronel se levantó, y tomándole por el cuello, lo arrojó sobre su hija, que gritó: «¡Caracoles!»

Todo estaba hecho; al mes de la fecha, Sebastián Rentería pasó a ser yerno del coronel Pantoja.

## II

Rentería era un buen hombre y se sintió feliz al lado de Toribia, y más aún cuando le dió por fruto de su unión unas gemelas.

El español se sintió loco de alegría. Aquellas niñas eran su encanto y su delicia.

Eva y Carolina crecieron como dos almendros, lozanas, puras y bellas.

Eva era morena y con la palidez de las maravillas de la tarde. Ojos negros, mirada dulce, melancólica, los labios frescos y rojos como las amapolas, cuerpo elegante, manos y pies pequeñísimos y la voz con un timbre dulcísimo.

Carolina era rubia, con el cabello de oro, los ojos azules como el cielo, la nariz correcta, la boca sonriente, la dentadura de perlas, y el cuerpo como el de su gemela.

Las mellizas se amaban tiernamente.

Rentería estaba orgulloso; las acariciaba, las sentaba en sus rodillas; cuando le besaban la frente, las lágrimas asomaban a los ojos de aquel hombre.

La señora no las amaba menos, y se ponía furiosa cuando alguien se atrevía a verlas.

Rentería estaba rico y las jóvenes vestían con extremada elegancia.

Doña Toribia se había descompuesto con la edad. La nariz se le había transformado en ganzúa, los ojos se le habían inflamado, no tenía segura la mandíbula inferior, por falta de dentadura, de la cual conservaba, como recuerdo histórico, dos colmillos como defensas de elefante.

La señora de Rentería tenía la bilis más derramada del universo, haciendo de su esposo y sus gemelas tres víctimas inocentes.

En mala hora se apercibió de que dos estudiantes les hacían la corte a las niñas.

Gruñía tras de los balcones, no oía la misa con atención y lanzaba miradas terribles sobre las aceras de la calle, y si tropezaba con los estudiantes, los anonadaba.

Una noche, en el teatro, dejó caer los gemelos y le rompió la cabeza a un señor calvo.

El señor Rentería pagó los daños y perjuicios.

—¡Pero qué les ven mis hijas a estos granujas!—gritaba la señora Pantoja—¡Son unos mendigos, haraposos y despilfarrados, que no sirven ni para el pescante!

La noche del baile de los Caballeros de Guadalupe, dado por el conde de la Cortina y Castro, los estudiantes estuvieron en la plaza, fijos en los balcones del palacio, figurándose que percibían a las jóvenes, entre los resplandores vívidos que salían por los cristales.

Mientras ellas resbalaban sus pies en las alfombras salpicadas de lentejuelas, que saltaban como las luciérnagas de la noche, al son de aquella magnífica orquesta, ellos, pobres, humildes, sin un abrigo con que escapar al viento helado del invierno y azotados por ese ambiente penetrante del amanecer, esperaban la salida del carruaje en que iban aquellas mujeres a quienes tanto amaban.

Pero la pobreza es alegre en la juventud, los estudiantes cenaron en esas fondas al aire libre que se sitúan en los portales en las noches de fiesta y entregados a sus soñadoras esperanzas, llamaban al porvenir desde el fondo de su miseria.

No pensaban en herencias, sino en su profesión, alentada por el triunfo de la política.

—Somos jóvenes—se decían—y esta situación acaba cuando menos con la muerte del déspota, si no concluye por la fuerza de las armas.

Tenemos valor, arriesgamos la vida, y, si morimos, poco importa.

El carruaje del señor de Rentería salió del palacio al trote de los frisonos. Las jóvenes distinguieron a los estudiantes y una lágrima furtiva asomó a sus párpados.

Ellas, en medio de aquella estruendosa fiesta, entre soldados llenos de cruces y entorchados, caballeros llenos de cruces y con sus mantos azules bordados de oro, diplomáticos de gran nombre, y la juventud elegante con sus fracs negros y corbatas sujetas con brillantes, todos disputándose bailar con ellas y aprisionando su cintura y diciéndoles amores; mientras que sus novios envueltos en la sombra de la noche, venían a mendigar una mirada tras los cristales del carruaje.

Esto hacía más romanesco aquel cariño y daba más vuelo a la fantasía.

Apercibióse la señora de la presencia de los estudiantes y dijo con desdén:

—¿Qué harán por aquí estas gentes? A estas horas sólo los perros y los perdidos andan por la calle.

—Es que nosotros también estamos en la calle—dijo Carolina.

—Tú te callas, si no quieres salir por la portezuela.

El señor Rentería se puso furioso; no le agradaba que le riñeran a sus gemelas, y entre dientes murmuró:

—Yo tengo dinero.

## III

Todavía estamos en la noche del 13 de agosto.

El señor Rentería y las señoras estaban tras las vidrieras y con la luz apagada, viendo el desorden que reinaba por aquella avenida.

— ¡Dios mío! — dijo la señora de Rentería — Allí traen tres coches ardiendo; ¡esa gente parece una turba de demonios! Efectivamente, desfilaron, tirados por los estudiantes, los carruajes de los ministros.

Pasaron frente a los balcones de la casa, y la familia percibió a los novios en primera fila.

— Allí, allí — gritó doña Toribia —; allí van esos malditos atrevidos; incendiar los coches de personas tan decentes; ya quisieran ser la mula de S. A. S.

Se oían los silbidos y las carcajadas del motín.

Sonó el timbre en aquel momento.

— ¿Quién será? — se preguntaron todos.

Entró un criado y presentó una tarjeta.

Leyó el señor Rentería la tarjeta, y dijo al criado:

— Que pase ese señor.

A pocos momentos se presentó un joven como de treinta años, envuelto en su kábila militar.

Descubrióse y dejó ver su rostro enteramente pálido. La mirada era torva, su barba estaba desaliñada, así como su cabello.

— ¡Hola, señor coronel Altúnez! ¿Usted a estas horas por acá? — dijo el señor Rentería — Pase usted.

— Señora, caballero — dijo el coronel —, ésta es una casa amiga y vengo a pedir hospitalidad; se me busca para asesinarme; ya usted sabe que hice la campaña del Sur con el general Santa Ana, que nos ha abandonado; tuve que ser inexorable con el enemigo y me amenazan con represalias.

— Caballero, no invoca usted en vano esa hospitalidad; queda usted bajo la salvaguardia mía; está usted en su casa seguro.

— Señor de Rentería — respondió el coronel —, no es miedo lo que me sobrecoge; temo el frenesí de ese pueblo, que no me daría la muerte de un soldado, me arrastraría por las calles haciéndome pedazos entre la jácara y el escándalo.

— Tiene usted razón, coronel — dijo la señora —. Esa gente es capaz de todo, de todo; acabo de conocer entre esa turba de asesinos a dos canallas, que no temen ni a Dios ni al diablo; pero aquí está usted seguro.

El coronel era apuesto, pero nada simpático, se le veía un mal semblante y la mirada era un relámpago del infierno.

Aquel hombre estaba furioso y rugía de impotencia y desesperación.

— Yo no he entrado en transacciones — dijo el coronel —. Mis compañeros se han puesto del lado de la revolución; se han

pronunciado y yo no entro en motines; sufro las consecuencias.

— Así soy yo — dijo con énfasis la señora —: no transijo por nada del mundo.

El coronel se sonrió ligeramente.

— Niñas — dijo la señora —, que no se entere nadie de la presencia del señor; que se le disponga la pieza de la azotea: en todo caso, tiene por donde huir.

Salieron Eva y Carolina riéndose del valiente, y diciendo:

— Ese coronel va a ladrar toda la noche en la azotea.

El señor Rentería asistió correctamente al coronel, le dejó instalado y se retiró.

— Ya tenemos un proscrito en casa — dijo con orgullo la señora —; si lo descubren, tú te irás a San Juan de Ulúa.

— Eso es lo que temo, pero no importa; yo no puedo cerrar mi casa a un perseguido.

— Bien, bien, ya entramos en mi elemento: ¡la política, la política, aunque acabe yo como María Antonieta, y tú como Carlos I!

— Está loca esta mujer — murmuró Rentería, y se retiró a su habitación.

## IV

El viento lejano apenas arrastraba los últimos ecos de la revolución.

La casa estaba en silencio.

Abrióse pausadamente la vidriera del balcón y se deslizaron las gemelas, haciendo señas con sus blancos pañuelos.

Dos hombres que estaban como incrustados en un zaguán del frente, pasaron la bocacalle y se pusieron bajo el balcón.

— ¿Eres tú, Manuel? — preguntó Eva.

— Sí, yo soy, vida mía.

— Aquí estoy — dijo Mario, que era el amigo inseparable de Manuel.

— Bendito sea Dios — exclamó Carolina —; nos han dado una noche horrible.

— Una noche de gloria — contestó Manuel —. Ya triunfamos, ya somos ricos, ya lo tenemos todo. Hemos pasado por aquí precisamente para mostrarles nuestra alta política.

— Sí; tirando de un coche — dijo Carolina.

— Pero ardiendo — contestó Mario —; eso quiere decir, que entre el fuego ha acabado la tiranía; aquellos caballeros de Guadalupe, que bailaron con ustedes en el palacio, ya están bailando de cabeza.

— Pero, ¿están locos? — dijo Eva.

— Sí, de gusto — contestó Manuel —; pronto me recibo de abogado, y éste de médico; y entonces en el acto nos casamos y vivimos enteramente felices, porque yo te amo, tú me amas,

éste ama a Carolina, Carolina le ama, y todo es amor, dicha y ventura.

— Les vamos a revelar un secreto — dijo Carolina.

— Pero, hermana...

— Al fin, son reservados.

— Sí, reservadísimos — dijo Mario.

— Con razón dicen — observó Eva — que cuando se quiere publicar algo, que le encarguen un secreto a una mujer.

— Ya te escucho — dijo Mario.

— Pues tenemos a un «escondido».

— ¡Caracoles! — exclamó Manuel — Debe ser pájaro de cuenta.

— Es el coronel Altúnez.

— ¡Bandido! — exclamó Manuel — Ese es el miserable que fusiló niños en Tizayuca, a las órdenes del asesino Tavera.

— El mismo — dijo Mario — que en el Sur se bañó en la sangre de los indefensos.

— Por Dios — dijo Eva —; no vayan a cometer una imprudencia.

— No — respondió Manuel —; ya tengo una idea, una gran idea, ya tengo entrada a tu casa.

— ¿Qué dice este hombre? — preguntó Carolina.

— Nada, nada. Mañana estamos aquí a las diez, en pleno sol, a la luz del día; verás qué golpe teatral vamos a dar.

— Una nueva locura.

— Ya comenzamos a dominar la situación; ya verás qué gran papel me reservo. ¿Y dónde está ese coronel?

— No tengas celos; está en la azotea.

— Mejor; de allí puede emprender el vuelo para la calle.

— ¡Jesús! — exclamaron las gemelas.

— No teman nada: es una tragedia sin desenlace; pero ya son las cuatro y hace un viento helado, no vayan a enfermarse; nos vamos, adiós.

— Carolina, ¿me amas? — dijo Mario.

— ¡Con el alma! — respondió la joven.

— Y tú, Eva, ¿me quieres? — dijo Manuel.

— Con el corazón y la vida — respondió Eva con entusiasmo.

— Adiós.

— Adiós.

## V

Al día siguiente, como lo habían anunciado los estudiantes, se presentaron en la casa del señor Rentería.

— ¿El señor de la casa?

El señor Rentería salió pálido e hizo entrar a Manuel y a Mario.

— ¿Qué se ofrece, caballeros?

— Tenemos un penoso deber que cumplir y usted nos va a excusar.

— Estoy a las órdenes de ustedes.

Las gemelas espiaban tras de las cortinas de la recámara y estaban temblando.

— Pues decíamos — observó Manuel — que usted es un hombre honrado y a carta cabal, un corazón generoso y hospitalario; en fin, un hombre en toda la extensión de la palabra.

— Gracias, caballero.

— Hago justicia y nada más; pero el deber de ambos tiene que realizarse... Usted ve las exigencias de la situación, las satisfacciones que se deben a la justicia, las reivindicaciones populares y la venganza del derecho.

El señor de Rentería estaba temblando; comprendía que todo estaba perdido.

Abrióse la puerta con estruendo, y entró como Lucrecia Borgia, en escena, la señora Pantoja.

Midió con la vista a los estudiantes y ardiendo en rabia gritó:

— ¿Qué buscan aquí estos sinvergüenzas? Después de haber saqueado ayer la ciudad como unos bandidos, se atreverán con las ínfulas de vencedores a venir a pedirnos a mis hijas. ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

— ¡Toribia! — gritó el señor de Rentería.

Manuel se adelantó cortésmente a la señora, y le dijo:

— Señora, no hemos venido a pretender lo que nunca pudiéramos alcanzar. Nos ha traído un asunto profundamente desagradable. La policía tiene rodeada la casa, venimos por un militar que está aquí, a quien demanda la justicia.

La señora Pantoja dió tres pasos atrás.

— Señores — dijo el español —, ustedes pueden hacer lo que gusten; pero yo como caballero y como hombre humano, no puedo entregarlo; no me obliguen a una mala acción.

— Es usted una alma generosa — exclamó Manuel, con una expresión dramática.

La señora que quería ser María Antonieta, tenía un susto terrible.

— Pues bien — dijo Manuel —; nadie sabrá que está aquí el coronel; no sólo no me lo llevo, sino que yo lo tomo bajo mi cuidado, lo mismo que esta casa, porque van a seguirse trastornos espantosos.

— Caballeros — murmuró el español.

Lanzóse en medio de la pieza el coronel lleno de ira y demudado.

Las gemelas entraron asustadas.

Encaróse el coronel con los estudiantes, y gritó:

— ¡Nada quiero de los bandidos!

— Nos pone usted en mal trance — respondió Manuel, intensamente pálido.

— ¿Y qué me importa? ¡He vencido a ustedes en el campo de batalla, y aquí los desprecio y los escupo!

Manuel, que era un Hércules, se lanzó como el rayo sobre el coronel, y tomándolo por el cuello, lo azotó contra el suelo como a un muñeco.

El coronel intentó levantarse, entonces Manuel le asestó un puñetazo en la cabeza y el hombre cayó otra vez, desfallecido.

—Lo has matado—dijo Mario.

—Mejor—contestó Manuel.

La señora se interpuso.

—Caballero—dijo tomando del brazo a Manuel—, está usted en lo justo; venga usted por acá adentro.

Y lo llevó a la recámara, mientras el español socorrió al coronel que aun no volvía en sí del porrazo.

Mario seguía a Manuel, pero la señora Pantoja que no olvidaba su carácter, le detuvo, diciéndole:

—Usted puede marcharse por donde ha venido; el señor se queda en casa.

Mario se quedó estupefacto y después bajó pausadamente y se detuvo en la escalera, pensando que su amigo había realizado con toda felicidad su pensamiento.

Las gemelas se reían mucho al ver la osadía del estudiante y el fiasco de Mario.

El coronel se repuso un tanto y todo desquebrajado subió a la azotea en compañía del español, que apenas podía sostenerlo.

## VI

Manuel estaba descompuesto, la injuria lanzada en presencia de su novia lo tenía furioso.

—Niñas—dijo la Pantoja—, un vaso de agua para el señor.

—No se molesten, señoritas, estoy perfectamente, y sólo me falta esperar al señor Rentería, para dar a todos una satisfacción por la violencia que acabo de cometer y de la que estoy arrepentido. La injuria fué tan grande, la ingratitud con ustedes, que son tan buenos, tan generosos, y que hasta se han comprometido por servirlo, y esto fué lo que más me indignó, me impulsaron a refrenar tanta osadía. He visto a la señora pálida de emoción por la suerte del coronel. ¡Ah, cuánto heroísmo hay en esa alma! ¡Cuánta bondad!... Crea usted, señora, que delante de usted se debe estar de rodillas.

—¡Ah, bribón!—dijo Eva para sus adentros.

—Caballero—dijo muy satisfecha doña Toribia—, usted exagera.

—No, no exagero; pero viene de raza: el señor coronel Pantoja fué un bravo militar, perdonó a sus enemigos y hasta les hizo la merced de recibir una pensión, lo que fué un rasgo de generosidad; yo lo conocí... y... es necesario decir la verdad entera... fué mi protector... ¡Cuántas veces en mi vida de estudiante, era yo muy niño y no tenía un pedazo de pan, y él... con ese carácter dulce por dentro y agrío por fuera, me dió... sí, señora, no me da vergüenza..., una limosna!

Fingió que se limpiaba una lágrima.

El demonio del estudiante había conocido al coronel Pantoja

que vivía en la misma vecindad. Manuel era un muchacho que, cuando entraba el coronel, le arrojaba troncos de col y pedazos de rábano.

El coronel alguna vez lo había alcanzado con su garrote: era la grande amistad con el padre de doña Toribia. El coronel había durado muchos años, apenas hacía cuatro que había muerto.

La señora Pantoja se enterneció.

—Caballero—le dijo—, si usted me hace la promesa de no dirigirse a ninguna de mis hijas, puede usted venir a la casa.

—Se ha humanizado la fiera—pensó el estudiante.

Eva estaba resplandeciente de gusto, y admirando a Manuel, que era todo un actor.

—Señora—dijo Manuel levantándose—, ni una palabra, ni una mirada, ni acción ninguna; porque yo, señora, pobre, sin fortuna, nací, antes que todo, caballero.

La señora Pantoja tendió la mano al estudiante, que éste besó respetuosamente.

Seguramente la señora Pantoja hacía muchos años que no sentía el roce de unos labios, porque sonrió con coquetería, sacando a relucir sus dos únicos colmillos, como dos monumentos de arqueología juvenil.

Pero la Pantoja se repuso, y dijo a Manuel:

—Amigos para siempre; pero al otro mequetrefe ni a cincuenta leguas; notifíquesele usted.

—Señora—contestó Manuel en un tono trágico—, Mario es un gran corazón, una criatura, el que ayudará a velar por ustedes; es capaz de dejar aquí la existencia, antes de consentir un desafuero; usted no lo conoce: en tratándose de usted, daría cien veces la vida, y más que dentro de unos días llegan los «pintos».

—¡Los «pintos»!—exclamó la señora—¡Pero eso es espantoso!

—Señora, ellos son los victoriosos, y no tiene remedio.

—Pero supongo que los acuartelarán en los pueblos inmediatos a la capital.

—No; será en palacio; no se despegan del «tío Juan», como le llaman al general Alvarez.

—¡Qué espectáculo, caballero, qué espectáculo, y con sus machetes!... ¡Van a creer que están en las montañas y las señoras estaremos en peligro inminente!

—Efectivamente—contestó Manuel—; he aquí por lo que necesito a Mario, porque usted sabe lo que es la policía; no se puede interesar como nosotros; y más, que esos «pintos» son feroces; ya ve usted cómo acabaron con el ejército de Santa Ana.

—De S. A. S., si usted gusta, caballero.

—Eso es, eso es, de S. A. S., quiero decir, señora.

—Y desde ahora les advierto a ustedes, porque ese joven puede venir con usted, nunca solo, que yo hablaré libre-



mente lo que me parezca, y sin contradicción, porque eso no lo tolero.

—Seremos sordomudos, señora.

Las gemelas querían darle un estrecho abrazo, porque había ganado dos batallas en una sola hora.

—Señora—dijo Manuel—, me va usted a permitir que me retire. Nadie sabrá la desagradable escena que ha tenido lugar; si nos ve usted rondar la calle, sepa usted que hacemos la guardia y nada más. Vendremos por la noche y tarde; porque todas las personas que visitan la casa, son nuestras enemigas y usted no querrá que nos vean.

—Es verdad, joven; usted tiene una prudencia que lo recomienda.

—Yo le traeré a usted todos los días las noticias exactas de lo que pase.

—Sí, quiero estar al tanto de todo, de todo.

Manuel se despidió de la familia Rentería y salió loco de contento en busca de su amigo, que ya le esperaba con impaciencia.

### CAPITULO III

#### BENITO JUAREZ

##### I

Luego que el general Díaz de la Vega, que había quedado en el Gobierno interino, se repuso de la sorpresa del primer momento, reunió a todos los jefes de la guarnición y otras personas de importancia tratando de apoderarse de la situación, aceptando el plan revolucionario y quedando dueños del país.

Era éste un sueño fantástico; la revolución venía arrollándolo todo y los caudillos se dirigían a la capital, después de haber dejado instaladas las autoridades liberales en todos los Estados.

El general presidió la junta. El gran estadista Francisco Zarco, que ha dejado su nombre en la tribuna y en el periodismo, fué en mala hora convocado a la reunión.

Zarco, con esa sangre fría que le caracterizaba, protestó contra aquella farsa, le dijo de nulidad a todos sus actos y declaró que la revolución no aceptaba la elección que iba a verificarse, de Presidente de la República, y menos si recaía en un «santanista», que se separaba de ahí, para ir a esperar al caudillo vencedor, que era el que debía ocupar la presidencia, mientras el pueblo hacía la elección definitiva.

Frios se quedaron los soldados con aquella filípica, pero insistieron en la elección y nombraron al general Martín Carrera.

Entre tanto, el general Alvarez, que había pasado con su ejército entre miles de arcos de flores levantados en todas las poblaciones surianas, entró victorioso en la ciudad histórica de Cuernavaca.

El general Juan Alvarez se había distinguido en la guerra de la Independencia, había sido un gran soldado y era el Patriarca del Sur. Las montañas del Sur, han sido y siguen siendo, la patria de la libertad.

En los momentos de esta revolución el general Alvarez era un anciano octogenario.

Bajo de estatura, vivos sus ojos un tanto velados por la edad, cubría su cabeza con una montera de seda negra, que contrastaba con sus mechones blancos que colgaban por su cuello. Llevaba una capa española azul, porque acostumbrado al fuego de las costas sentía un hielo en la Mesa Central.

Sus soldados le adoraban y tenían con él la osadía del hijo con el padre.

En aquel palacio no había guardias ni consigna, todos entraban y salían, y hablaban con él a todas horas.

Todos le miraban como a un niño, era un verdadero demócrata, sin orgullo, sin pretensiones y sin más aspiraciones que el bien de la patria; sí, todo por la patria.

Se le creía rudo y tenía una gran capacidad política y una percepción admirable.

Nombró desde luego a su ministerio:

Al general Comonfort, patriota, osado, valiente hasta la temeridad y de gran talento; era uno de los héroes de la revolución triunfante.

A Guillermo Prieto, el gran poeta, el espíritu levantado de aquel movimiento, el cancionero del pueblo, sobre cuyo cadáver salpica hoy el llanto de esta tierra.

A Melchor Ocampo, filósofo, gran pensador, político, progresista, de grandes ideas. No supieron sus asesinos lo que encerraba aquel molde roto por las balas, en aquella traición indigna contra la que protesta la historia.

Por último, a... Séanos permitido referir una anécdota de ese hombre a quien acababa de nombrar ministro de Justicia el general Alvarez.

Se encontraba el viejo caudillo en su hacienda de la Providencia al comenzar de esa gran revolución proclamada en Ayutla. Había un gran movimiento, la Costa Chica y la Costa Grande estaban levantadas y la revolución cundía por varios puntos de la República.

Era activísima la correspondencia y en la secretaría del caudillo se trabajaba día y noche.

Una tarde llegó un viajero a la hacienda, bajó de su cabalgadura y preguntó por el general Alvarez.

El general le recibió inmediatamente.

—Señor—le dijo el recién llegado—, vengo a prestar mis pobres servicios a la causa de la libertad.

—Bien—contestó Alvarez—. ¿Es usted soldado?

—No, señor: pero lo seré.

Alvarez se fijó entonces en aquel hombre, bajo de cuerpo, moreno, con los ojos pequeños y chispeantes, alta la frente,

mente lo que me parezca, y sin contradicción, porque eso no lo tolero.

—Seremos sordomudos, señora.

Las gemelas querían darle un estrecho abrazo, porque había ganado dos batallas en una sola hora.

—Señora—dijo Manuel—, me va usted a permitir que me retire. Nadie sabrá la desagradable escena que ha tenido lugar; si nos ve usted rondar la calle, sepa usted que hacemos la guardia y nada más. Vendremos por la noche y tarde; porque todas las personas que visitan la casa, son nuestras enemigas y usted no querrá que nos vean.

—Es verdad, joven; usted tiene una prudencia que lo recomienda.

—Yo le traeré a usted todos los días las noticias exactas de lo que pase.

—Sí, quiero estar al tanto de todo, de todo.

Manuel se despidió de la familia Rentería y salió loco de contento en busca de su amigo, que ya le esperaba con impaciencia.

### CAPITULO III

#### BENITO JUAREZ

##### I

Luego que el general Díaz de la Vega, que había quedado en el Gobierno interino, se repuso de la sorpresa del primer momento, reunió a todos los jefes de la guarnición y otras personas de importancia tratando de apoderarse de la situación, aceptando el plan revolucionario y quedando dueños del país.

Era éste un sueño fantástico; la revolución venía arrollándolo todo y los caudillos se dirigían a la capital, después de haber dejado instaladas las autoridades liberales en todos los Estados.

El general presidió la junta. El gran estadista Francisco Zarco, que ha dejado su nombre en la tribuna y en el periodismo, fué en mala hora convocado a la reunión.

Zarco, con esa sangre fría que le caracterizaba, protestó contra aquella farsa, le dijo de nulidad a todos sus actos y declaró que la revolución no aceptaba la elección que iba a verificarse, de Presidente de la República, y menos si recaía en un «santanista», que se separaba de ahí, para ir a esperar al caudillo vencedor, que era el que debía ocupar la presidencia, mientras el pueblo hacía la elección definitiva.

Frios se quedaron los soldados con aquella filípica, pero insistieron en la elección y nombraron al general Martín Carrera.

Entre tanto, el general Alvarez, que había pasado con su ejército entre miles de arcos de flores levantados en todas las poblaciones surianas, entró victorioso en la ciudad histórica de Cuernavaca.

El general Juan Alvarez se había distinguido en la guerra de la Independencia, había sido un gran soldado y era el Patriarca del Sur. Las montañas del Sur, han sido y siguen siendo, la patria de la libertad.

En los momentos de esta revolución el general Alvarez era un anciano octogenario.

Bajo de estatura, vivos sus ojos un tanto velados por la edad, cubría su cabeza con una montera de seda negra, que contrastaba con sus mechones blancos que colgaban por su cuello. Llevaba una capa española azul, porque acostumbrado al fuego de las costas sentía un hielo en la Mesa Central.

Sus soldados le adoraban y tenían con él la osadía del hijo con el padre.

En aquel palacio no había guardias ni consigna, todos entraban y salían, y hablaban con él a todas horas.

Todos le miraban como a un niño, era un verdadero demócrata, sin orgullo, sin pretensiones y sin más aspiraciones que el bien de la patria; sí, todo por la patria.

Se le creía rudo y tenía una gran capacidad política y una percepción admirable.

Nombró desde luego a su ministerio:

Al general Comonfort, patriota, osado, valiente hasta la temeridad y de gran talento; era uno de los héroes de la revolución triunfante.

A Guillermo Prieto, el gran poeta, el espíritu levantado de aquel movimiento, el cancionero del pueblo, sobre cuyo cadáver salpica hoy el llanto de esta tierra.

A Melchor Ocampo, filósofo, gran pensador, político, progresista, de grandes ideas. No supieron sus asesinos lo que encerraba aquel molde roto por las balas, en aquella traición indigna contra la que protesta la historia.

Por último, a... Séanos permitido referir una anécdota de ese hombre a quien acababa de nombrar ministro de Justicia el general Alvarez.

Se encontraba el viejo caudillo en su hacienda de la Providencia al comenzar de esa gran revolución proclamada en Ayutla. Había un gran movimiento, la Costa Chica y la Costa Grande estaban levantadas y la revolución cundía por varios puntos de la República.

Era activísima la correspondencia y en la secretaría del caudillo se trabajaba día y noche.

Una tarde llegó un viajero a la hacienda, bajó de su cabalgadura y preguntó por el general Alvarez.

El general le recibió inmediatamente.

—Señor—le dijo el recién llegado—, vengo a prestar mis pobres servicios a la causa de la libertad.

—Bien—contestó Alvarez—. ¿Es usted soldado?

—No, señor: pero lo seré.

Alvarez se fijó entonces en aquel hombre, bajo de cuerpo, moreno, con los ojos pequeños y chispeantes, alta la frente,

los labios delgados, pies y manos pequeños y una obstinación decidida en aquella fisonomía paralizada.

— Por ahora — dijo el general — prestará usted sus servicios en la Secretaría.

Pasó aquel hombre a la oficina bajo las órdenes del secretario, y el general no volvió a acordarse de él.

Redactaba las comunicaciones con gran corrección, se enteraba de todos los sucesos, conservaba en la memoria los nombres de todos, estaba al tanto de la revolución cuya madeja se entretejía entre su pluma.

Era incansable para el trabajo, y cuando sus compañeros mostraban una vacilación, los alentaba con una fe inquebrantable, parecía que aquel hombre profetizaba y que peligros y contradicciones, todos desfilaban ante él, como nubes que se disipan con el viento.

Silencioso, reservado, acaso esperaba su hora, que sonaría al fin en el reloj de su maravilloso destino.

Todos lo veían con respeto.

El general Alvarez revisaba su correspondencia, cuando le llamó la atención una carta que estaba entre las suyas y cuyo sobre decía: Al Sr. Lic. Benito Juárez.

Levantóse el viejo general y se dirigió trastabillando a la secretaria.

— Señor — dijo dirigiéndose a su empleado —, ¿es usted el licenciado Juárez?

— Un servidor de usted, señor general.

— Pero esto es increíble — dijo el viejo —. Usted es el hombre notable en la política.

— No, señor general, no paso de ser un ciudadano.

— Perdóneme usted — exclamó el caudillo —. Usted es un hombre ilustre y no se me había revelado. Desde hoy usted manda y yo obedezco.

Y se arrojó llorando en brazos del señor Juárez.

¡El presente y el porvenir se daban un estrecho abrazo delante de la historia!

## II

La revolución había triunfado.

El general Alvarez, electo Presidente por la Asamblea de todos los representantes de la nación, había constituido su Gobierno provisionalmente en Cuernavaca.

La noticia de la elección del caudillo suriano, cayó como una manga de fuego sobre el partido conservador, que veía perdidas todas sus esperanzas.

En el pueblo causó un gran entusiasmo y más aún en el partido liberal exaltado.

Como en la capital dominaba el Gobierno intruso, se prohibieron las demostraciones públicas, temiendo se renovasen las escenas del 13 de agosto.

Los clérigos escondieron los badajos de las campanas y la policía desbarataba los grupos y recogía los cohetes; dispersaba toda reunión.

Era tal el terror que se tenía, que el cuerpo diplomático se dirigió a Cuernavaca, a visitar al nuevo Presidente.

Llegaron los ministros extranjeros, incluso el delegado apostólico, y se presentaron en la sala de audiencia, felicitando al general Alvarez por su advenimiento al Poder.

Creían que iban a encontrar a un Atila y se encontraron con un ciudadano.

Hubo un incidente.

El ministro de los Estados Unidos no quiso asociarse al Cuerpo diplomático, y así lo manifestó en una nota.

Presentóse el general Alvarez en ese día, y avanzándose con entera serenidad, dijo este memorable discurso:

«Con la más alta consideración, como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, reconozco en la persona de V. E. el renacimiento de un Gobierno verdaderamente nacional en México, Gobierno que había desaparecido por algún tiempo.

A vos, señor general, es debida la honra de haber tocado el primero, el arma en las montañas de uno de los Estados del Sur, cuyo suelo había sido profanado por los asesinos del inmolado Guerrero, cuando la usurpación central amenazaba volver a subyugar los Estados Mexicanos, sujetándolos al crudo absolutismo del Poder tiránico.

En nombre de la Federación de los Estados Unidos, que tengo la responsabilidad de representar, tengo el honor de felicitaros, por la alta distinción, que tan unánimemente se os ha concedido en la pública invitación de los Estados Unidos Mexicanos, señalándoos como el más alto funcionario conocido en su Constitución; honor no solicitado ni deseado, pero muy señaladamente merecido de parte de V. E.

Esta distinguida confianza de los representantes de los Estados libres e independientes, es el más alto título a la merecida confianza de los Estados Unidos, animados del mismo espíritu con que vos habéis puesto en armonía los elementos políticos, que han luchado vivamente excitados en México. Vos no despreciaréis la reconciliación de dos Repúblicas vecinas, que tienen la más amistosa disposición, resultado de la identidad de las causas.

La composición de todos los Gobiernos independientes, donde la soberanía reside en la nación y no en un individuo; en los administradores elegidos por la ley, los agentes y no los déspotas del pueblo, yo confío que despertará aquellas comunes simpatías que, tranquilizando un país en el interior, deben estrechar los vínculos entre confederaciones de Estados libres en el mismo grado y con las mismas ardientes afinidades que ligan los Estados de cada una, a un centro común.

En nombre, pues, de la Federación de los Estados Unidos de

América, su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, felicita a los Estados Mexicanos, en su reunión en un Gobierno que recoge la historia en la página primera de aquella evolución gloriosa.

Al renovar, pues, las relaciones con el Gobierno legítimo de México, que habían sido interrumpidas, desgraciadamente, por sus reconocidas simpatías, los Estados Unidos saludan hoy a la República Mexicana con un espíritu de amistad, justicia y paz.»

El general Alvarez comprendió que aquel pueblo debía más tarde ser el primer amigo de la República.

### III

El señor Juárez, ministro de Justicia, convocó una junta de gabinete.

El Presidente citó a los ministros a aquella convocación solemne.

Todos aquellos hombres guardaban silencio, parecía que tenían miedo a aquella terrible conferencia.

El señor Juárez rompió el silencio y asumiendo su gran entereza, dijo:

—Señores, esta revolución no reviste el carácter de uno de esos motines que desde la Independencia hasta nuestros días han conmovido a la nación, llevándola a una completa ruina. Se trata de una resurrección en la historia.

Todos veían y escuchaban atentamente al señor Juárez.

—Es necesario — continuó el ministro — derribar todo el edificio y levantarlo de nuevo, sobre los elementos de la civilización. El pasado es de oprobio y de vergüenza; pero se necesita valor para esta empresa, que hoy fía la nación a nuestros esfuerzos.

El señor Ocampo aprovechó un momento en que el señor Juárez parecía recapacitar, y dijo:

— Señor Juárez, estamos en las mismas ideas, esta nación ha seguido subyugada por el feudalismo, el clero se ha impuesto con toda su fuerza, el pueblo está fanatizado, el militarismo todo lo ha esclavizado, las virtudes cívicas están muertas, nos paramos sobre escombros, si vacilamos un solo momento, nosotros y la sangre vertida, todo se hunde y se pierde.

El anciano caudillo movía la cabeza en son de aprobación y asentimiento.

Comonfort estaba pensativo.

Guillermo Prieto rebotaba de entusiasmo.

El señor Juárez continuó: — El «clero» y el «militarismo», esos dos funestos elementos que aprisionan a la nación, es necesario aniquilarlos, y aquí traigo redactada la ley.

Comonfort se estremeció.

Ocampo tendió la mano y recibió unos pliegos que Juárez le presentaba.

— Unificaremos — dijo el señor Juárez — el Poder civil; someteremos esos dos antiguos Poderes, es decir, los destruiremos, cesa el fuero eclesiástico y el militar, proclamamos la igualdad social.

— Bien, muy bien — dijo el caudillo.

Comonfort tomó la palabra: — Señores — dijo —, este paso es muy grave en el primer día de la revolución, el ejército de Santa Ana está en pie y el clero arrojará sus millones al campo de la lucha; todavía no somos demasiado fuertes, nos expodríamos a perder nuestra victoria.

— Señor general — dijo Juárez —, no ha envainado usted su espada todavía; la revolución va a durar muchos años, muchos; todas las ideas que traemos, no se establecen en un día, hoy convocamos al Constituyente, allí habrá una lucha espantosa, terrible, para colocar en las bases constitucionales todo ese programa que venimos pensando desde muchos años. Puedo asegurar a usted, señor general, que nosotros no veremos el triunfo definitivo de nuestras ideas.

— A pesar de todo, señor Juárez, me parece este paso antipolítico; esperemos, esperemos.

Entonces Ocampo, sacudiendo su cabeza y echando atrás su melena, se encaró con el general Comonfort, diciéndole:

— Los hombres de la revolución han tirado el guante y desafiado una época. Los motines que no arrojan más ideas que las de la rapia y la sed del Poder, son los que ansían esa situación y le tienen miedo al movimiento; aquí empieza una nueva era, de valor, de audacia y de patriotismo. Si contemplamos con la Iglesia y con el ejército, declaramos de una vez, que no es nuestra época, que hemos luchado para continuar lo mismo, que todas nuestras ofertas no han sido más que ilusiones, y que a la hora de practicarlas, retrocedemos acobardados ante el fanatismo, la tiranía, la barbarie, y que nos sometemos como todos esos hombres ambiciosos, inútiles y rapaces, que han usurpado la voluntad del pueblo para traicionarlo.

— Señor — dijo Comonfort —, como soldado y como político, estoy siempre a la vanguardia; pero estamos comprometidos ante la nación y aquí en el seno de nuestras confidencias, debemos pesar la situación tal como es, y afrontar nuestras responsabilidades. Los señores Ocampo y Juárez quieren arrollarlo todo en un momento, sin tener en cuenta que permanecen aún en pie todos los elementos contrarios y que podemos naufragar en la orilla. El clero está en posesión de sus trescientos millones.

— Se los quitamos — dijo Juárez interrumpiendo a Comonfort.

— El ejército, aunque disperso — continuó el general —, se encuentra en pie de guerra.

— Lo desarmaremos — dijo Ocampo.

— No; no es eso tan fácil; creo que podemos utilizarlo, lo mismo que al partido vencido.

— ¡Señor general—dijo Ocampo—, lo mismo de siempre!... Si venimos luchando contra todos los abusos y todas las tiranías, la hora del triunfo no es la de las transacciones. El clero es rico, es verdad; por esta razón precisamente, necesitamos empobrecerlo. El ejército está en contra de nosotros; debemos exterminarlo; dejarlo con sus armas, es entregarnos a discreción.

— Pero no todo en un día—dijo Comonfort—. Estoy de acuerdo en todo ese programa, que es el de la revolución, pero en estos momentos lo encuentro peligroso.

— Pues yo creo — dijo Ocampo — que es el instante oportuno, cuando todavía no se dan cuenta de los sucesos.

— No nos entenderemos, señor general Alvarez; el gabinete está desconcertado.

— Señor Presidente—dijo Ocampo—, presento mi renuncia y me voy; conmigo nada pierde la revolución.

— Y yo, señor Presidente—dijo Comonfort—, renuncio mi puesto en el ministerio, y dejo que sigan su curso los acontecimientos.

— Señor general Comonfort—dijo Ocampo—, la presencia de usted es de un interés radical; se ha hecho usted centro de la revolución, nuestro ejército sigue a usted como a una bandera; usted no debe separarse, no sería patriótico. Plegue a Dios, señor general, que la política de usted no hunda a la nación en un abismo de sangre.

Saludó respetuosamente y salió para siempre de palacio, dejando profundamente preocupados a aquellos hombres, sobre quienes pesaba la responsabilidad inmensa ante la situación y ante la historia.

#### IV

Cuando Comonfort se quedó solo, apoyó sus brazos sobre el bufete y descansó la cabeza entre sus manos.

Después, como reflexionando, murmuró: — No, no es Ocampo; ése es un idealista, una capacidad gigante, pero... ¡No, no es ése!... El otro, sí; no sé qué veo en él, que me espanta.

Callado y mudo como una esfinge, inmóvil como una estatua... ¡Ese hombre es mi destino, le tengo miedo!... ¡Yo voy con el impulso revolucionario, que arroja en pedazos la religión, que destruye lo edificado por nuestros padres, que despedaza cuatro siglos, que se impone sobre todo como una deidad sangrienta!... Y yo, yo soy la mano que lleva el timón de esa nave osada en el mar conturbado de lo desconocido. ¿A dónde estoy?... ¡Yo no era nada, esto es una revelación espantosa, he entrado en un abismo...!, al son de los toques sagrados, la excomunión caerá sobre mi cabeza!... ¡Pero no soy yo, no; me empujan, me llevan contra mi voluntad... y tengo mie-

do! ¡Pero ese hombre, siempre impasible, delante de mí!... ¿Quién le ha arrojado al seno oscuro de la revolución, como un relámpago siniestro?... ¡Y está aquí como un testigo de bronce y le veo despierto y en mis sueños sigue mis pasos, le siento y cierro los ojos y le veo!... ¡Juárez!... ¡Juárez!... ¡De su mano saldrá el rayo...!, el clero y el ejército! Ese hombre no se asoma al peligro, y si se asoma es para desafiarlo. Su fe es la fuerza que todo lo domina, todo lo pisotea, todo lo osa, no hay valladar que no destruya, parece que ha leído de antemano en el libro del destino... Ese... ése... es el único que me impone... Es un juez inexorable, un fantasma aterrador, algo sobrenatural que no me explico y que lo siento. ¡Pero yo no debo cejar! «Plegue a Dios, señor general, que la política de usted no hunda al país en un abismo de sangre»... Sacó un pañuelo, enjugó el sudor de su frente, y tomó un legajo que estaba sobre el bufete.

#### CAPITULO IV

##### LOS PINTOS

##### I

El 15 de noviembre del año histórico de 1855, hizo su entrada en la capital el caudillo de la revolución, general Juan Alvarez.

La elegante México, la ciudad pefimetre, acostumbrada a presenciar aquellas revistas militares en que los cuerpos de la guardia ostentaban sus ricos y bordados uniformes, aquellos corceles enjaezados con plata, aquellos generales llenos de cruces y condecoraciones, aquellas baterías deslumbrantes, todo aquel aparato magnífico, veía como una incursión de bárbaros a las fuerzas surianas, con su calzón blanco, sus huachas, sus sombreros de palma, sus camisas de fuera, sus cinturones de cuero con sus machetes y sus caballos flacos y con sillas viejas.

La mayor parte de aquellos hombres, tenían manchado el cuerpo y la cara, como las panteras, con manchas purpúreas, blancas, achocolatadas y azules.

Esta enfermedad cutánea es de las costas surianas y se tiene por contagio o por herencia; pero no trae resultado.

El aspecto de aquellas turbas arrojaba como recuerdos de la historia.

Era un espectáculo enteramente nuevo, pero terrible.

Con distinto color y traje, entraban en México, con el mismo desorden de los invasores americanos; porque las tropas vencedoras, son todas unas en los momentos del triunfo.

El pueblo acudió con gran entusiasmo y la gritería era espantosa, entre la que sobresalían los alaridos de los pintos.

— No; no es eso tan fácil; creo que podemos utilizarlo, lo mismo que al partido vencido.

— ¡Señor general—dijo Ocampo—, lo mismo de siempre!... Si venimos luchando contra todos los abusos y todas las tiranías, la hora del triunfo no es la de las transacciones. El clero es rico, es verdad; por esta razón precisamente, necesitamos empobrecerlo. El ejército está en contra de nosotros; debemos exterminarlo; dejarlo con sus armas, es entregarnos a discreción.

— Pero no todo en un día—dijo Comonfort—. Estoy de acuerdo en todo ese programa, que es el de la revolución, pero en estos momentos lo encuentro peligroso.

— Pues yo creo — dijo Ocampo — que es el instante oportuno, cuando todavía no se dan cuenta de los sucesos.

— No nos entenderemos, señor general Alvarez; el gabinete está desconcertado.

— Señor Presidente—dijo Ocampo—, presento mi renuncia y me voy; conmigo nada pierde la revolución.

— Y yo, señor Presidente—dijo Comonfort—, renuncio mi puesto en el ministerio, y dejo que sigan su curso los acontecimientos.

— Señor general Comonfort—dijo Ocampo—, la presencia de usted es de un interés radical; se ha hecho usted centro de la revolución, nuestro ejército sigue a usted como a una bandera; usted no debe separarse, no sería patriótico. Plegue a Dios, señor general, que la política de usted no hunda a la nación en un abismo de sangre.

Saludó respetuosamente y salió para siempre de palacio, dejando profundamente preocupados a aquellos hombres, sobre quienes pesaba la responsabilidad inmensa ante la situación y ante la historia.

#### IV

Cuando Comonfort se quedó solo, apoyó sus brazos sobre el bufete y descansó la cabeza entre sus manos.

Después, como reflexionando, murmuró: — No, no es Ocampo; ése es un idealista, una capacidad gigante, pero... ¡No, no es ése!... El otro, sí; no sé qué veo en él, que me espanta.

Callado y mudo como una esfinge, inmóvil como una estatua... ¡Ese hombre es mi destino, le tengo miedo!... ¡Yo voy con el impulso revolucionario, que arroja en pedazos la religión, que destruye lo edificado por nuestros padres, que despedaza cuatro siglos, que se impone sobre todo como una deidad sangrienta!... Y yo, yo soy la mano que lleva el timón de esa nave osada en el mar conturbado de lo desconocido. ¿A dónde estoy?... ¡Yo no era nada, esto es una revelación espantosa, he entrado en un abismo...!, al son de los toques sagrados, la excomunión caerá sobre mi cabeza!... ¡Pero no soy yo, no; me empujan, me llevan contra mi voluntad... y tengo mie-

do! ¡Pero ese hombre, siempre impasible, delante de mí!... ¿Quién le ha arrojado al seno oscuro de la revolución, como un relámpago siniestro?... ¡Y está aquí como un testigo de bronce y le veo despierto y en mis sueños sigue mis pasos, le siento y cierro los ojos y le veo!... ¡Juárez!... ¡Juárez!... ¡De su mano saldrá el rayo...!, el clero y el ejército! Ese hombre no se asoma al peligro, y si se asoma es para desafiarlo. Su fe es la fuerza que todo lo domina, todo lo pisotea, todo lo osa, no hay valladar que no destruya, parece que ha leído de antemano en el libro del destino... Ese... ése... es el único que me impone... Es un juez inexorable, un fantasma aterrador, algo sobrenatural que no me explico y que lo siento. ¡Pero yo no debo cejar! «Plegue a Dios, señor general, que la política de usted no hunda al país en un abismo de sangre»... Sacó un pañuelo, enjugó el sudor de su frente, y tomó un legajo que estaba sobre el bufete.

#### CAPITULO IV

##### LOS PINTOS

##### I

El 15 de noviembre del año histórico de 1855, hizo su entrada en la capital el caudillo de la revolución, general Juan Alvarez.

La elegante México, la ciudad pefimetre, acostumbrada a presenciar aquellas revistas militares en que los cuerpos de la guardia ostentaban sus ricos y bordados uniformes, aquellos corceles enjaezados con plata, aquellos generales llenos de cruces y condecoraciones, aquellas baterías deslumbrantes, todo aquel aparato magnífico, veía como una incursión de bárbaros a las fuerzas surianas, con su calzón blanco, sus huachaches, sus sombreros de palma, sus camisas de fuera, sus cinturones de cuero con sus machetes y sus caballos flacos y con sillas viejas.

La mayor parte de aquellos hombres, tenían manchado el cuerpo y la cara, como las panteras, con manchas purpúreas, blancas, achocolatadas y azules.

Esta enfermedad cutánea es de las costas surianas y se tiene por contagio o por herencia; pero no trae resultado.

El aspecto de aquellas turbas arrojaba como recuerdos de la historia.

Era un espectáculo enteramente nuevo, pero terrible.

Con distinto color y traje, entraban en México, con el mismo desorden de los invasores americanos; porque las tropas vencedoras, son todas unas en los momentos del triunfo.

El pueblo acudió con gran entusiasmo y la gritería era espantosa, entre la que sobresalían los alaridos de los pintos.

¡Aquellos hombres representaban la victoria, ellos habían derramado su sangre en las batallas, ellos habían subido a los patibulos, ellos habían llenado las prisiones!... ¡Pueblo virtuoso, valiente, desinteresado, y con la llama del patriotismo en el corazón!

## II

Todos los balcones de la capital estaban inundados de gente. Las campanas de todos los templos repicaban a vuelo. Se formó una valla compacta desde la puerta principal del Palacio, hasta la entrada de la Catedral.

El general Alvarez salió a pie, tomado del brazo de uno de sus amigos, y atravesando por aquel camino, lentamente, en dirección a la Basilica, entre las aclamaciones más ruidosas. Aquel hombre recordaba la entrada del ejército trigarante, cuando Iturbide recibía las ovaciones más grandes, el 27 de septiembre de 1821.

El clero, su mortal enemigo, le esperaba con palio y ciriales en la puerta del templo, y le condujo al lado izquierdo del altar mayor.

Se cantó un «Te Deum» en honor del héroe de aquel día, reservándose en el interior de los frailes, las maldiciones más espantosas para el caudillo y su gente; porque el clero comprendía que le había llegado su momento en la historia.

Entre aquel inmenso gentío se distinguía la turba de estudiantes capitaneados por Manuel y por Mario, que metían un verdadero escándalo.

Entraron en la Catedral y allí prorrumpieron, violando el respeto antiguo, en una gritería de vivas al general Alvarez y a la libertad.

Los frailes estaban azorados.

Manuel quería subir al púlpito; pero era tanta la gente, que no pudo llegar.

Aquel templo que en tres siglos sólo había escuchado el canto de los salmos, repitió en sus bóvedas los gritos revolucionarios del pueblo.

Concluido el «Te Deum», regresó el general a palacio.

Los Virreyes y los Presidentes, siempre que salían, eran custodiados por sus genizaros. El caudillo no fué cuidado más que por el pueblo.

Comenzaba decididamente una nueva era.

Los batallones surianos cruzaron las vías de la ciudad en todas direcciones, entre el tumulto popular, y entraron en sus cuarteles.

## III

La señora de Pantoja estaba en el balcón con sus hijas y su esposo, viendo el desfile.

—Pero, señor—gritaba la vieja—, ¡esto es inconcebible! Estos no son hombres, éstos son bárbaros, nos van a comer crudos.

—Calla, Toribia—decía el español—. Estos valen más que los soldados que has visto, puesto que los han vencido.

—Yo no lo creo—dijo doña Toribia—. ¡Si estos son tigres! ¡Miren, miren, qué manchas!

—Pues con esos hombres manchados, se hizo la independencia, hija mía.

—Por eso ha salido tan buena; no pareces español; esto te agrada más que el virreinato.

—Sí, y más que todas las farsas de S. A. S.

—¡Que no me des una cólera, hombre; esto es espantoso y con las camisas de fuera y los pechos al aire libre!

Las gemelas se reían a dos carrillos.

La señora Pantoja se llevó las manos a la cabeza:

—Miren, niñas, miren. ¡Cómo había de faltar! ¡Allí viene Manuel con un pinto! Esto es abominable: ¿si nos lo querrá presentar?

Manuel venía del brazo de un oficial suriano, que había sido su discípulo en San Juan de Letrán, se lo había encontrado y se lo llevaba a su casa.

El oficial era un joven sumamente simpático, pero su semblante tenía una mascarilla azul.

Ese muchacho había recibido en el colegio el sobrenombre de «Juan Gallinazo», y así le conocían todos los estudiantes.

Dió la casualidad, que frente a la casa del señor Rentería, se encontraran Manuel y otros amigos.

—¡Viva «Juan Gallinazo»!—gritaron todos, y colmaron de abrazos a su antiguo discípulo.

—Pero, ¡Dios mío!—dijo doña Toribia—, ¿No han oído ustedes? Ese demonio se llama «Juan Gallinazo».

Las muchachas dieron una carcajada.

—¡Lo he oído bien, «Gallinazo»; en la Independencia hubo un «Pípila», esto no tiene nombre! Es necesario decir a Manuel que prescinda de esa amistad, o que no ponga los pies en esta casa.

Manuel saludó a la señora, y «Juan Gallinazo» se quitó el sombrero.

—¡Y me saluda ese condenado!—gritó la abominable vieja. El grupo de estudiantes se detuvo en la calle.

Repentinamente la señora Pantoja comenzó a hacer aspavientos.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Dios mío, ya comenzó la bola! ¡Ya me lo temía! ¡Los bárbaros! ¡Los bárbaros!...

Una joven bonita y coquetona, costurera de la casa de Rentería, llevada por la curiosidad, había salido a la calle.

Un grupo de soldados surianos la vió pasar, y como les hubiera gustado, la tiraron del rebozo. La costurera espantada,

se escapó como pudo y entró a la casa seguida de los pintos y de una cauda de pueblo.

Los soldados penetraron en la casa y se armó gran escándalo.

Dos mozos del español quisieron detenerlos, entonces sacaron a relucir los machetes y les dieron una soberana paliza.

La señora pedía socorro.

Entonces Manuel dijo a «Juan Gallinazo» que contuviera el desorden, y éste se precipitó machete en mano.

—¡Fuera de aquí!—gritó a sus soldados, que envainaron sus armas.

—¿Qué pasa?—dijo Juan.

—Nada, mi comandante—respondió un suriano—; esta cristiana tiene buenos bigotes y queríamos llevarla a pasear, y nada más, mi capitán.

—Retírense.

Los soldados se retiraron entre las carcajadas del pueblo.

«Juan Gallinazo», que era un hombre bien educado, subió la escalera y preguntó por el señor de la casa.

—No abran—gritó la vieja—. Ese se nos lleva a todos.

El señor Rentería contestó no tuviese cuidado, y recibió al oficial.

—Señor—le dijo Juan—, ruego a usted disimule a esos muchachos, no están al tanto de ciertas costumbres y suelen cometer estas faltas; pero es gente muy buena.

—Señor oficial—dijo el español—, estoy al tanto de todo y le agradezco a usted sobremanera su fino comportamiento.

—Lamento que las señoritas hayan pasado un mal momento; pero estas escenas no se repiten fácilmente.

—Señor oficial, ésta es la casa de usted.

—Gracias, señor: ya me alojo con Manuel y todavía no sé dónde viviré, pero me ofrezco a sus órdenes.

El oficial salió a reunirse con sus compañeros.

—¡Habla el español!—dijo la señora Pañoja—Parece imposible.

El español se sonrió, le había hecho gracia el oficial; porque tenía, a pesar de su nacionalidad, sus ribetes de demagogo.

## VI

Manuel, «Juan Gallinazo» y sus amigos, se fueron en derecha al «café del Infiernito».

—¡Qué diablo—dijo Juan—los hubiera buscado en el fondo del infierno!

—Pues ya estamos en él; supongo que querrás meterte debajo de las narices una buena cena.

—No me vendría mal.

—¡Pues al abordaje!

Tocó las manos, y dijo al mozo:

—Cuatro cenas bien servidas; toma.

Y le alargó un duro.

—Yo pago—gritó «Juan Gallinazo».

—Eso nunca—dijo Manuel—; eres mi huésped, y no lo permito; ya te saquearé en su oportunidad.

—Cuanto tengo, es tuyo.

—Ya lo sé. Ahora platiquemos un rato; pero antes venga una copa de Tequila.

Llegar las copas y desaparecer, todo fué obra de un segundo.

Púsose un mantel de color dudoso, unos cubiertos de peltre y unos vasos opacos.

—¿Este es el lujo de México?—dijo riendo «Juan Gallinazo».

—Hombre, vienes de comer «pozole» y todavía no te gusta esta mesa.

—En la montaña sería un gran convite, pero en la capital...

—Tú te callas la boca, que el servicio de mesa va a estar magnífico.

El mozo colocó una sopera con un caldo turbio con acelgas.

—¡Zacate en agua sucia!—dijo «Juan Gallinazo».

—Tú vienes de comer carne de mono en la sierra. Civilízate y toma la sopa.

—Bien—dijo Juan—, me callo; pero conste que en el «Infiernito» se come de los diablos.

—Si tú vieras—dijo Mario—que hay días en que pasamos por aquí y que con el olfato nos devoramos estos platos.

—Pero ahora es otra cosa—dijo Manuel—; ya somos capitanes de la guardia nacional y nos tratamos como príncipes... del Congo. Conque ve diciendo qué ha sido de tu vida; te largaste a vacaciones y no nos volvimos a ver.

—Amigos míos—dijo Juan—, traigo una historia maldita, que no he podido olvidar ni en las tormentas de la revolución.

—Cuenta, cuenta—dijo Manuel—, que después seguiremos nosotros; ya se va haciendo tarde y estamos solos; los parroquianos se han ido a gatas; es la manera de salir de este «Infiernito».

—Pues bien—dijo «Juan Gallinazo», después de un momento de silencio—. Nací en la costa y fui salvaje como el Océano. Recorría los inmensos terrenos de nuestra propiedad, iba a las ciénagas a matar culebras, hacía grandes correrías con mi padre y le acompañaba a las montañas a la caza del tigre.

Me habitué a esa vida nómada, dormía bajo los árboles y nada me asustaba, ni esas tempestades terribles que sacuden rayos que azoran a las fieras.

Cuando regresábamos al pueblo me reunía con todos los muchachos, niños y niñas, y retozábamos brutalmente.

Entre aquellas niñas había una, bellísima, hija de Pietro, un italiano avecinado en una casa de campo.

Sus cabellos color de oro y sus ojos azules como los cielos de la costa.



Blanca como la espuma del Océano, sus labios unas cerezas, sus pies diminutos y su cintura, donde podía enroscarse por tres veces una víbora.

Delante de esa niña se abrió mi corazón al sentimiento del amor en las primeras respiraciones de la vida.

Ella también me amaba, pero nunca había salido de nuestros labios una palabra; teníamos miedo.

Yo la paseaba cogida su mano, por las arenas de la playa a orillas del mar. Les tenía miedo a los lagartos. Yo me reía de sus temores y la contemplaba como una deidad que había salido de las olas.

Aquella pureza era mi encanto. Aquella belleza era mi idolatría.

Así crecimos, mi vida injertada en la suya, mi espíritu confundido con el de Magdalena.

Una tarde, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón hecho pedazos, le dije que íbamos a separarnos. Ella tembló como el tallo de las rosas al soplo primero del terral.

—Sí—le dije—; es necesario partir. Voy a México a emprender una carrera para hacer nuestro porvenir, vendré y nos uniremos para siempre.

Ella no respondía, puso su preciosa frente sobre mi corazón y lloró silenciosamente.

¡Rayo de Dios!—gritó Juan—; Aun siento aquí el calor de sus lágrimas!... ¡Muchacho! Más vino, es necesario aturdirse un poco.

Tomó una copa de licor, y continuó:

—Nos separamos. Ella tuvo una idea extravagante: me dijo que al pasar el Mexcala, arrojara una piedra en la corriente, que era como si nuestro amor quedase allá depositado hasta que volviera a recogerlo.

¿Si este amor será llevado por la corriente?, pensé yo, y me estremecí.

Yo volvería cada año en las vacaciones.

¡Partí; desde lo alto de la montaña, me despedía de aquella costa tan querida!... Veía el mar como una cinta azul, donde se agrupaban las brumas del amanecer, que disipa el sol con los dorados de fuego de sus rayos.

Vi allá entre el grupo de casas del pueblo, los árboles del jardín de Magdalena, allí quedaba ella en el nido, como una paloma viuda abandonada. ¡Pero no dejaría de amarme, ni de pensar en mí!...

Desde la roca di espantosos alaridos de dolor, grité, lloré, me maceré los cabellos y partí a galope entre el huracán de la desesperación.

Escribí en todas las postas; yo me sentía morir.

Llegué a México, ¡maldita sea vuestra tierra! Es como esas sirenas que enloquecen a los viajeros con el encanto de sus ojos transparentes y el aliento envenenado de su precioso seno.

Estaba yo sorprendido. Me parecía como un sueño, el mar, las montañas y Magdalena.

Era aquél un cuadro inocente delante de este kaleidoscopio, en que desfilan delante de los ojos tantas y tantas cosas que nos arrebatan y subyugan.

Los domingos, que salía del colegio, los pasaba entre el vértigo de la ciudad, no sabía por qué espectáculo decidirme, ni en qué lugar estar, quería abarcarlo todo, todo, para saciarme.

Entonces te conocí, Manuel, estréchame la mano, tú fuiste mi maestro, porque tú lo conocías todo; ¡qué encuentro tan feliz! Te amo, Manuel, como si hubiéramos salido del mismo seno.

¡Muchacho! Más licor para todos.

Manuel estaba emocionado.

Los estudiantes oían la fácil conversación del suriano y estaban encantados.

Bebieron todos a la salud de los dos amigos, que cruzaron una mirada de afecto y de ternura.

—Una noche iba con Manuel, porque éste quiso arrancarme del abismo. Entramos al teatro, trabajaban Manuel Catalina y Matilde Díez. ¡Cuerpo de Cristo! ¡Yo no volveré a ver un espectáculo semejante; aquella mujer era un genio!

Volví la vista a un palco y allí estaba una dama. Resplandecía de alhajas, su cuello se destacaba entre un oleaje de encajes de Bruselas.

El busto de aquella mujer era una escultura.

Tenía el rostro osado, de sus pupilas negras se desprendía uno de esos rayos que aniquilan, y de sus labios un aliento que abrasaba.

¡Aquella cabeza modelada y aquel peinado artístico y todo el conjunto soberbio, admirable!

Yo, pobre provinciano, no acostumbrado a ver más que a las niñas de mi pueblo, me quedé mudo, aturdido, el recuerdo de Magdalena se esfumaba en mi cerebro, como una lámina de fotografía que se borra lentamente al imperio de la luz.

Yo vestía elegantemente, porque mi padre es rico y quería que no hiciera un mal papel en la capital; pero se conocía que yo no estaba acostumbrado a llevar el traje; debido a esto, quizás, la dama se fijó un momento en mí y advirtió que la contemplaba con admiración.

Las mujeres no desdeñan nunca las adoraciones, vengan de arriba o de abajo.

No sé qué le dijo a otra mujer que la acompañaba, que comenzaron a reirse. Por supuesto, que esa risa fué a mi costa.

—No vayas por ese lado—me dijo Manuel—, porque te espinas.

Yo no hice caso; me escapaba del colegio y seguía a esa mujer como una sombra, en el paseo, en la iglesia, en las calles, en todas partes.

Me hice presentar en su casa.

Aquello era un palacio. Cuanto la moda ha inventado,

cuanto el arte ha ofrecido a la cultura, tanto estaba allí, aquello distaba mucho de ser un hogar; no, era un templo.

Yo estaba admirado y balbucía en lugar de hablar.

Una noche, después de varias visitas y de insinuaciones amorosas, nos encontrábamos solos, aun no llegaba aquella multitud elegante que hacía la tertulia diaria.

Etelvina acababa de tocar al piano la Serenata de Schubert, envolviéndome en una atmósfera de arcángeles.

Entonces me arrojé sediento de pasión a sus pies, le estreché la cintura con mis brazos, y con una voz que partía no sé si de mi cerebro o del corazón, le dije que la amaba.

¡Etelvina reclinó su frente en mi cabeza y sentí una lágrima resbalar sobre mi frente!...

¡Al diablo con las lágrimas de las mujeres!—exclamó «Juan Gallinazo»—Tienen una esponja a su disposición para exprimirla cuando se les antoja.

¡Más vino! ¡Más vino! ¡Cuerpo de Lucifer!

Juan estaba aturdido, todos le escuchaban con interés creciente.

—Desde aquel día comenzó una vida de estruendo.

Aquella no era la existencia tranquila de un amor virtuoso. Orgías continuas, música, champaña, flores, juego, algazara, la plenitud de la vida juvenil con todos sus entusiasmos y predominios.

Aquella mujer era irresistible, yo le tenía una pasión salvaje.

Me parecía que el mundo en que yo había vivido era un paraíso insípido.

El amor de Magdalena era un sentimiento agreste; aquel mar y aquellas costas, una pintura de transparente, algo primitivo para pastores; lo que está fuera del radio de la civilización.

Aquel cielo estrellado, propio para los solitarios, y de ningún encanto para la existencia.

No, era necesario abrasarse en el fuego del amor y de la vida, gozar, apurar los placeres de la locura, absorber el aroma ya en los frascos de la triple esencia, y no en el vago ambiente de las flores rústicas.

No pensar más que en las sensualidades del presente, sin acordarse para nada del porvenir.

Hacer de la vida una mansión con todos los encantos de la fantasía, con todos los iris del pensamiento.

¡No, el amor legítimo con sus oraciones de la noche, ni sus ronquidos de las nueve, y su tranquilidad fastidiosa, no; el amor trasnochado, el amor que se fastidia a la luz del día y vive con las bujías de la sombra, en que todo se transforma y resplandece, espejos, vajillas, manjares, licores, la expresión de una hora de felicidad al lado de una mujer sublime!...

¡No, amanecer bostezando y con colores en las mejillas, no! ¡Semblantes pálidos, orejas violadas, ojos entrecerrados, flores deshojadas, el despojo de un gran combate!

Así deslizaba las horas de una existencia perdida, cuando

recibí una carta en que mi padre moribundo me llamaba a su lado.

Con el alma traspasada me despedí de Etelvina, dejándole su palco en la Opera y su carruaje, para que se divagara durante mi ausencia.

Ella lloró mucho y me juró cien veces no olvidarme un solo momento, y yo la creía con la buena fe de la primera juventud y ofrecí volver lo más pronto posible.

Partí, al fin.

A medida que iba entrando en ese camino abrupto y soplababa sobre mi frente el aire de las montañas, sentía recobrar mi antiguo ser. El viento iba disipando lentamente las brumas de mi cerebro, mi corazón comenzaba a latir tranquilo y mi sangre se saturaba con aquel oxígeno de los bosques.

Llegué al Mexcala. ¡Ay! Entonces me acordé de aquella piedra que había dejado caer en el fondo del tumultuoso río, símbolo de un amor que allí debía recoger.

Pensé otra vez en Magdalena y su memoria pasó sobre la vergüenza de mi frente.

Me arrepentí de mi pasado, condené la orgía, maldije mi pasión, y soñé en aquel amor primero, que se despertaba en el fondo de mi alma.

No ansiaba sino arrojarme a los pies de Magdalena y en mi conciencia pedirle que me perdonara.

¡Allí estaba la costa, y allá azotándose en las arenas, el mar en que me había sumergido cien veces entre las olas!... Más allá la casa donde estaba mi padre moribundo. ¡Cuánta angustia embargaba mi corazón!

Llegué violentamente y me lancé a la pieza donde estaba el lecho de mi padre.

Todos me detenían... ¡Estaba muerto!

Una noche cayó en mi alma.

Magdalena, blanca como una ninfa, salpicada por el rocío, lloraba conmigo.

Sentí que la volvía amar en aquellas horas de tormento. Era el ángel del consuelo junto a mi orfandad.

¡Ya nada me quedaba en el mundo más que ella y dos sepulturas juntas, que estarán en mi pensamiento hasta el último día!

Magdalena había crecido como una paloma, tenía diez y siete años y estaba tan bella, que era una delicia estar a su lado.

—Cásate conmigo, no seas tonto—me decía con una inocencia de arcángel.

Ya estaba decidido, cuando comenzó a levantarse en mi cerebro la imagen de aquella mujer con todos sus encantos. Etelvina, con su sonrisa satánica y su mirada de infierno. Sus cabellos negros hacían sombra sobre mi corazón.

Aquel pueblo se me hacía insoportable aun al lado de Magdalena.

Aquella niña comprendió mis vacilaciones.

—Tengo que decirte algo.

No dejó eso de alarmarme. Paseábamos juntos a la orilla del mar.

—Oye—me dijo—, yo te amo, en mi corazón no cabe otro sentimiento, tengo miedo de que me olvides y estoy resuelta a casarme contigo o a separarnos para siempre.

Aquella decisión me impuso y no tuve valor de responder.

—¡Contesta!—dijo con altivez y desprendió su mano de las mías.—Este es el momento en que va a decidirse nuestro porvenir, revístete de valor y habla.

—Yo te idolatro, Magdalena, pero necesito arreglar los negocios de mi padre, reponerme algo de esta pérdida.

—Nuestro casamiento no será un obstáculo, no necesitas estar soltero para recibir tu cuantiosa herencia, además yo tengo cuanto quiero, soy única hija y mi padre es espléndido conmigo.

Magdalena estaba a mi lado, me sonreía melancólicamente, sentía el calor de sus besos y no podía arrancarme del mundo magnífico de mis recuerdos.

—Magdalena, que pase un año de la muerte de mi padre y nos casaremos, yo lo ansío con toda la fuerza de mi alma.

—¡No, ahora ha de ser, o nunca!

Yo me quedé mudo.

—Pues vas a hablar—dijo Magdalena con una entereza que me dejó asustado.

—¿Qué quieres?—le dije.

—Oye, Juan: hace días que ha estado aquí un inglés del mineral, y me ha pedido por esposa.

—¿Y tú, qué has dicho?

—Que lo pensaría; resuelve.

—Puesto que eso has dicho, ¡cásate!

—Estás loco; reflexiona, porque yo tengo una voluntad sola y suprema.

Entonces yo, arrebatado por el vértigo del infierno, le dije:

—¡Cásate!

Detúvose ante mí como una fiera herida, y sacudiendo su frente me dijo:

—La vida de México te ha corrompido; no, no eres el que saliste de aquí hace dos años. Tu semblante demacrado, tu falta de ternura y de sentimientos, te denuncian ya como a un malvado.

Tú crees que si me caso, podrás a fuerza de súplicas y de engaños arrastrarme a la deshonra; te engañas, primero le faltaría a mi marido con cualquiera, menos contigo, ¿lo entiendes? ¡Nunca!

Se alejó como una nube en un arrebato del viento, y la perdí de vista como la última esperanza de la vida.

Volví a México, sediento de ver a Etelvina, me arreglé vio-

lentamente y me dirigí a aquella casa donde me esperaba la revancha de tantos sufrimientos.

Toqué con el aldabón, nadie me respondió; volví a tocar, nada, el mismo silencio.

Estaba profundamente inquieto, cuando salió la portera de la casa contigua, y me dijo:

—La casa está vacía desde hace dos meses.

—¿Y la señora?

—La señora... Nadie sabe; algo se dice.

—Hable usted, por Dios, señora.

—Pues dicen que hubo un escándalo grande. En la pieza de la señora había una puerta secreta que comunicaba con la otra casa.

—¿Y bien?

—Como la señora desde la noche que usted se fué, recibía a un viejo sumamente rico que la tenía como a una princesa, dicen...

—Concluya usted.

—Pues dicen que la señora tenía correspondencia con un coronel, que entraba por la puerta secreta; que una noche entró el viejo y descubrió la puerta, que no pudieron cerrar a tiempo, y vió al coronel. El coronel, a su vez, nada sabía del viejo, y hubo un escándalo mayúsculo. Por fin, el coronel cargó con la prenda.

—¿Luego me engañaba?

—Si esa señora engaña a todos, caballero.

—¿Y cómo se llama ese coronel?

—Pues dicen que se llama Altúnez.

—¡Ira de Dios!—gritó Manuel—Ya estás vengado; hace unas noches que por poco le desbarato el cráneo de un puñetazo.

—¿Dónde, dónde está ese hombre? Yo tengo que matarlo.

—No sé—dijo Manuel—; pero nos hemos de encontrar.

—Concluye tu historia, maldecido—dijo Mario.

—Continúa—dijo Manuel.

—Pues bien, a Etelvina la vi en una casa de juego, estaba en relaciones con un gurupí; ella me dirigió una sonrisa y yo una mirada de desprecio, que la hizo dejar el tapete; desde entonces no la he vuelto a encontrar, ¡demonio!, y todavía está hermosa y seductora; ésa ha de parar de una manera trágica, se lo tengo sentenciado.

Pasaba por el atrio de la Catedral, muy distraído, por cierto, cuando me encontré frente a frente con Magdalena.

Me dió un vuelco el corazón.

Ella se puso densamente pálida y pasó seria, majestuosa, implacable.

Yo la seguí para conocer su habitación.

Había venido a radicarse a México, su marido era muy rico y tomó asiento en la capital.

Comencé a seguirla, a asediarla, porque aquel amor antiguo se había revelado con una furia terrible en mi corazón.

Ella me amaba también.

Había pensado en mí muchos años, era yo su primer amor, era imposible que me olvidase.

Tenía esa lucha terrible de una alma honrada, esa resistencia espantosa del que se asoma al borde de un abismo, con temor al peligro.

Por fin, un día que estaba sola en una glorieta de la Alameda, me acerqué a ella.

— Soy un malvado—le dije—, pero estoy castigado; cuando quise volar a ti, ya era tarde, el fuego del infierno había penetrado en mi corazón; tu amor ha sido mi tormento, no vivo, Magdalena, ¡estás delante de mí como un paraíso perdido!

— Soy casada, no me pertenezco—respondió ella.

— Es verdad, pero tus juramentos han sido falsos, porque tú me amas, Magdalena.

— Sí, es verdad, y mis sufrimientos son espantosos; pero tú y nadie más, tienes la culpa; yo no puedo retroceder.

— Es que yo nada pretendo, nada que te infame, quiero solamente que me devuelvas tu amor, yo seré tu esclavo, seguiré tu voluntad como un infeliz.

— No; ni aun así, porque eso sería un crimen.

— No, Magdalena; una cosa es la sociedad y otra es el pensamiento; en ése nadie impera, y amar con él no es un delito. Yo sólo aspiro a ver una sonrisa de perdón, a sentir una mirada de cariño, saber que hay una existencia que, aunque sea de lejos, me pertenece y que ya me has perdonado.

Magdalena estaba indecisa.

— Pero si todo eso lo tienes ya; separémonos para siempre.

— No, no, eso sería espantoso para mí. Una vez, una sola al año de hablarte, de oír la ratificación de este cariño, hazme vivir, yo no aliento sino por ti y para ti, ¡ten compasión si alguna vez me has amado!

— Pero yo no puedo perdonarte el haberme lanzado en los brazos de un hombre que aborrezco, me has sacrificado sin compasión. Es tal mi debilidad, que a mi hijo le puse tu nombre.

— ¡Magdalena!

— Pero, óyeme, ese nombre sobre la frente de mi hijo ha servido para fortalecerme, él me dice que allí está mi deber y mi honra; sí, te amo, pero recuerda mi última palabra: «¡Nunca!»

Me alejé con el llanto en el corazón.

Pasó un año y la volví a encontrar.

Estaba pálida, pero más bella y más encantadora.

La volví a suplicar.

— Busca un lugar—me dijo—donde podamos hablar; no quiero que se sospeche de mí.

Loco de alegría, busqué una casa, la adorné con todo el poder de mi imaginación. La llené de plantas de sombra, llevé unos plátanos con sus lindas hojas de listón verde, que respiran frescura. Hice un bosque de flores, donde pudiera respirarse el aroma de nuestras selvas.

Ella allí, recordaría nuestras horas de amor inocente, soñaríamos un momento en las horas del pasado y hasta nos parecería oír el tranquilo rumor del Océano. Aquellas olas que lamían sumisas sus plantas.

Se sentiría subyugada, desvanecida con lo hondo de nuestros recuerdos, seríamos felices un solo instante, después de haber sufrido tanto.

Mañana a las diez, me había escrito, y yo esperaba desde la víspera el toque de esa hora.

Estaba profundamente inquieto.

Había muerto la madre de un amigo mío, casi un hermano, y tenía que acompañar el cadáver al Panteón Francés.

La inhumación era a las nueve; estaría yo listo a las diez.

El día de mi cita me entré en un vagón de duelo y seguí el cortejo fúnebre hasta el Panteón.

Aun no habían concluido la cripta y yo estaba impaciente.

Eran ya los tres cuartos para las diez y no concluíamos.

Determiné marcharme, cuando me obstruyó la entrada el desfile de una concurrencia.

Cuatro amigos, seguramente de la casa, llevaban en hombros un lujoso ataúd de sándalo con sus argollas de plata, encaminándose a una fosa que estaba precisamente junta a la de la madre de mi amigo.

Entre el cortejo iba un amigo íntimo mío, Juan Díaz Covarrubias.

— ¿A quién traes al cementerio?—le pregunté.

— ¡Desgraciado!—me dijo al oído—Es Magdalena.

Sentí que el piso me faltaba y hufa bajo mis pies, todo giraba alrededor de mí, el sol que caía a plomo sobre mi cabeza, estaba helado, yo no podía respirar.

— ¿Pero es verdad?—grité con voz ahogada.

— Sí—me dijo Juan—, me llamaron, estaba muerta, aparecían manchas negras en todo su cuerpo, su rostro estaba azulado y sus labios negros... Había tomado un tóxico... ¡Se había suicidado!... Respetemos el arcano; ¡ella, Dios y su conciencia guardarán el secreto eterno!

En aquel momento sonaban las diez.

— ¡Ha venido a la cita!—grité con desesperación, taladrada el alma por el dolor.

Cuando me encontré solo me arrojé sobre el montón de tierra, lo escarbé con las uñas, quería abrir aquel sepulcro, verla, hablarle, resucitarla con mi aliento.

¡Comprendió lo espantoso de la lucha; prefirió caer en el hoyo del sepulcro que en el abismo de la deshonra!

Juan se limpió una lágrima que se desprendía de sus pestañas.

Todos los estudiantes guardaron silencio.

Los mozos dormían sobre las mesas, las luces se iban extinguendo.

Repúsose un tanto Juan y añadió como un demente furioso:

— ¡Desde ese día desprecio la vida humana!

«¡A la guerra!», grité; y me lancé a la revolución.

Seguido de mis tropas, reñí en el «Peregrino», en el «Coguillo», en los «Cajones», reté cien veces a la muerte, y la muerte no ha venido.

Por fortuna, ahora comenzamos, se abre una época de sangre en que quiero ahogarme, sólo en el sepulcro podré olvidar a Magdalena.

Oyéronse disparos en la calle y gritería.

— ¡Allí, muchachos, que pelean! — gritó Juan, y seguido de los estudiantes se echó fuera del café.

Efectivamente, unos surianos a quienes los soldados les habían dirigido sátiras pesadas, habían desenvainado el machete y dado contra el grupo, que los recibió con los marrazos y a pistoletazos.

— ¡Alto! — gritó Juan.

La pelea se detuvo un instante.

— ¿Qué pasa, señor oficial?

— Nada, que estos pintos malditos...

No había acabado de decir pintos, cuando «Juan Gallinazo» le dió un puñetazo tan terrible en el pecho, que el oficial rodó por la banqueta.

Aquello fué señal de un combate.

Pintos y soldados se agarraron a machetazos.

Desembocaba a toda prisa una patrulla y huyeron los que no estaban heridos.

«Juan Gallinazo» sacó una tajada en el hombro, y sus amigos se lo llevaron en peso a su alojamiento, entre los alaridos de los surianos.

## CAPITULO V

### EL PRIMER RELAMPAGO

#### I

Seguían las disidencias en el Gabinete.

Ocampo se había separado.

Comonfort esperaba que le admitieran la renuncia, siguiendo siempre al mando del ejército.

Los elementos «santanistas» se ponían en movimiento para

una reacción, y el general Alvarez estaba entre aquel oleaje que amenazaba sumergirlo.

Sólo Juárez estaba en su entera moral.

Impasible y frío como si navegara en un mar tranquilo, sostenía su ley de fueros, que era el botafuego en aquella situación donde el encono de los partidos hacía un incendio.

La ciudad estaba alborotada; entre los surianos y los soldados del antiguo ejército, que Comonfort conservaba a su lado, se había entablado un antagonismo, que se deshacía en desórdenes a cada momento.

Los surianos se habían alojado en los patios del palacio, con sus mujeres e hijos.

Sabido es que las mujeres siguen al soldado y están con él hasta en las horas del combate.

Aquel palacio, que todavía ayer se cuidaba por guardias al-mibarados, era un campamento desordenado, gritos, pleitos, borracheras, algazara, pistoletazos.

Las escaleras estaban inundadas, los salones de recepción, donde habían lucido sus mantos bordados los caballeros de la Orden de Guadalupe, llenos de soldados surianos, que entraban arrastrando sus machetes, y salían a todas horas a ver al Tío Juan, su padre y caudillo.

Las reglas de la etiqueta no parecían, y, sin embargo, aquello recordaba en la historia a los emperadores romanos, que tenían abiertas las puertas de los palacios, y el pueblo las franqueaba, para ver a cualquier hora al César.

Contrastaba esta práctica con esas «antesalas» que daba S. A. S., en que los personajes esperaban muchos días para que los recibiera.

Era una osadía democrática de aquellos hombres, que allá en sus montañas, no conocían más que la buena fe y el respeto al hombre que con su voz los llevaba a los combates de la libertad.

Era tal el desorden, que, como estábamos en pleno invierno y los surianos sentían un frío espantoso, cortaban los árboles que había en la prolongada banqueta del atrio de la Catedral y hacían leña para calentarse.

Ignoraban el trabajo que cuesta en las ciudades el logro de un arbusto; pero les tenía sin cuidado la conservación de esos arbolitos pigmeos, ellos que habían nacido entre los bosques, que resisten a los inviernos y a las tempestades.

A los surianos les gustaba dar alaridos, esos gritos que oían resonar en las montañas en ecos prolongados.

Continuamente se escuchaba en las calles el comenzar de las múltiples riñas, a las que seguían pistoletazos, y el ruido de los machetes que afilaban en las banquetas.

Y, sin embargo, y a pesar de todo, esos hombres habían hecho la campaña y estaban victoriosos.

Encabezaban inconscientemente una gloriosa revolución que tendría su resonancia en el porvenir.

Juan se limpió una lágrima que se desprendía de sus pestañas.

Todos los estudiantes guardaron silencio.

Los mozos dormían sobre las mesas, las luces se iban extinguendo.

Repúsose un tanto Juan y añadió como un demente furioso:

— ¡Desde ese día desprecio la vida humana!

«¡A la guerra!», grité; y me lancé a la revolución.

Seguido de mis tropas, reñí en el «Peregrino», en el «Coguillo», en los «Cajones», reté cien veces a la muerte, y la muerte no ha venido.

Por fortuna, ahora comenzamos, se abre una época de sangre en que quiero ahogarme, sólo en el sepulcro podré olvidar a Magdalena.

Oyéronse disparos en la calle y gritería.

— ¡Allí, muchachos, que pelean! — gritó Juan, y seguido de los estudiantes se echó fuera del café.

Efectivamente, unos surianos a quienes los soldados les habían dirigido sátiras pesadas, habían desenvainado el machete y dado contra el grupo, que los recibió con los marrazos y a pistoletazos.

— ¡Alto! — gritó Juan.

La pelea se detuvo un instante.

— ¿Qué pasa, señor oficial?

— Nada, que estos pintos malditos...

No había acabado de decir pintos, cuando «Juan Gallinazo» le dió un puñetazo tan terrible en el pecho, que el oficial rodó por la banqueta.

Aquello fué señal de un combate.

Pintos y soldados se agarraron a machetazos.

Desembocaba a toda prisa una patrulla y huyeron los que no estaban heridos.

«Juan Gallinazo» sacó una tajada en el hombro, y sus amigos se lo llevaron en peso a su alojamiento, entre los alaridos de los surianos.

## CAPITULO V

### EL PRIMER RELAMPAGO

#### I

Seguían las disidencias en el Gabinete.

Ocampo se había separado.

Comonfort esperaba que le admitieran la renuncia, siguiendo siempre al mando del ejército.

Los elementos «santanistas» se ponían en movimiento para

una reacción, y el general Alvarez estaba entre aquel oleaje que amenazaba sumergirlo.

Sólo Juárez estaba en su entera moral.

Impasible y frío como si navegara en un mar tranquilo, sostenía su ley de fueros, que era el botafuego en aquella situación donde el encono de los partidos hacía un incendio.

La ciudad estaba alborotada; entre los surianos y los soldados del antiguo ejército, que Comonfort conservaba a su lado, se había entablado un antagonismo, que se deshacía en desórdenes a cada momento.

Los surianos se habían alojado en los patios del palacio, con sus mujeres e hijos.

Sabido es que las mujeres siguen al soldado y están con él hasta en las horas del combate.

Aquel palacio, que todavía ayer se cuidaba por guardias al-mibarados, era un campamento desordenado, gritos, pleitos, borracheras, algazara, pistoletazos.

Las escaleras estaban inundadas, los salones de recepción, donde habían lucido sus mantos bordados los caballeros de la Orden de Guadalupe, llenos de soldados surianos, que entraban arrastrando sus machetes, y salían a todas horas a ver al Tío Juan, su padre y caudillo.

Las reglas de la etiqueta no parecían, y, sin embargo, aquello recordaba en la historia a los emperadores romanos, que tenían abiertas las puertas de los palacios, y el pueblo las franqueaba, para ver a cualquier hora al César.

Contrastaba esta práctica con esas «antesalas» que daba S. A. S., en que los personajes esperaban muchos días para que los recibiera.

Era una osadía democrática de aquellos hombres, que allá en sus montañas, no conocían más que la buena fe y el respeto al hombre que con su voz los llevaba a los combates de la libertad.

Era tal el desorden, que, como estábamos en pleno invierno y los surianos sentían un frío espantoso, cortaban los árboles que había en la prolongada banqueta del atrio de la Catedral y hacían leña para calentarse.

Ignoraban el trabajo que cuesta en las ciudades el logro de un arbusto; pero les tenía sin cuidado la conservación de esos arbolitos pigmeos, ellos que habían nacido entre los bosques, que resisten a los inviernos y a las tempestades.

A los surianos les gustaba dar alaridos, esos gritos que oían resonar en las montañas en ecos prolongados.

Continuamente se escuchaba en las calles el comenzar de las múltiples riñas, a las que seguían pistoletazos, y el ruido de los machetes que afilaban en las banquetas.

Y, sin embargo, y a pesar de todo, esos hombres habían hecho la campaña y estaban victoriosos.

Encabezaban inconscientemente una gloriosa revolución que tendría su resonancia en el porvenir.

## II

El señor Juárez firmó la ley que fué publicada como el primer rayo sobre aquellos últimos escombros de una época que se hunde entre las ignorancias de la historia.

El clero, que se vió privado de sus preeminencias antiguas, y el ejército, de sus supremacías absolutistas, lanzaron un grito de desesperación, cuya traducción era la guerra.

En el arzobispado de Puebla se celebró una sesión borrascosa. El arzobispo, Antonio Pelagio de Labastida, había convocado a lo más distinguido de su diócesis.

En la reunión estaba un general, don José López Uruga, que había entrado de incógnito en la ciudad.

Labastida estaba joven, era impetuoso y terrible, capaz de acometer cualquier empresa arriesgada.

Hombre muy rico, y teniendo a su disposición los bienes de la Iglesia, que eran pingües.

Ardía aquella reunión, se departía con calor, todo eran opiniones y una explosión de odio no comprimido contra los revolucionarios.

— Señores—dijo Labastida—, ésta es nuestra hora, la religión pelagra y nuestra misión nos llama al combate; la cruz es nuestro lábaro, y con él hemos de triunfar.

El abominable Juárez acaba de rasgar nuestras preeminencias en la historia, ha desconocido al pontificado, se ha impuesto sobre los cánones y el catolicismo parece si no hacemos un esfuerzo para salvarle.

Hubo un rumor de aprobación.

Levantóse un clérigo alto, de ojos negros y mirada chispeante, pómulos pronunciados, frente despejada y de maneras distinguidas.

Hizo una venia con la cabeza al arzobispo, y comenzó a hablar en tono moderado y voz tranquila.

— No es el momento—dijo—de la violencia, sino de la meditación serena, puesto que Dios ha fiado a nuestro esfuerzo el tesoro inviolable de la Iglesia.

La creencia está amenazada de muerte; la religión, en un gran peligro.

Pronto van a desatarse sobre nosotros las persecuciones, eso no importa; el martirio entra en nuestra misión y estamos prontos.

Un aplauso resonó en aquella asamblea.

— Pero nosotros—continuó el padre Miranda, que así se llamaba el clérigo—no somos trastornadores, somos combatientes de la fe.

No nos lanzamos como esas turbas desenfundadas que han alcanzado un triunfo efímero, merced a la debilidad de un soldado sin valor y sin entereza, que abandona todo, como el rico botín de sus adversarios.

Nosotros no cejamos ni un punto, ni nos es dado separarnos del camino trazado por el Divino Maestro.

Podemos morir en la demanda, pero la Iglesia, tarde o temprano, vencerá a sus enemigos.

La Prensa, el púlpito, el trabajo secreto de las comunidades y de las cofradías, el confesionario, la propaganda en el seno de la familia, y del pueblo ignorante que tiene afortunadamente el sentimiento de la religión.

Somos incontrastables, la mujer es nuestra poderosa ayuda y las ideas que todavía no evolucionan.

Hablar de Dios y del Papa y de la religión, trae un eco al espíritu y una voz a la conciencia; explotemos este poderoso elemento y desafemos de una vez ese gigante que se levanta y que nos amenaza con un juicio final.

Llevemos nuestra voz de protesta desde las catedrales hasta los curatos más remotos.

En cada templo, de los miles que se levantan en el suelo de la República, está un núcleo, estamos en el corazón de las masas fanatizadas y en la sociedad ilustrada, luchamos contra un puñado de dementes, que con sólo estrecharnos los asfixiamos, somos poderosos, tenemos inmensos tesoros acumulados, valor, decisión y fe, somos los vencedores de mañana.

Levantóse Labastida y seguido en tumulto por los clérigos, dió un estrecho abrazo al padre Miranda.

Se puso en pie el general López Uruga y dijo con ese tono de insolencia que le caracterizaba:

— Aun no habéis pesado todos vuestros elementos; ponédlos en la balanza y el fiel se habrá inclinado de una manera decisiva.

La ley Juárez ha sido una espada de dos puntas, una clavada en el corazón de la Iglesia y otra en el pecho del ejército.

Desde la entrada de Iturbide, con esa armada victoriosa en los campos de batalla de la independencia, el ejército ha sido el árbitro de los destinos de la nación y lo habéis tenido como un poderoso aliado.

El ejército no ha conocido dique, todo lo ha hecho, desde los gobiernos hasta la gloria de la patria.

En estos momentos está desconcertado, pero vive, vive todavía.

Estaba dormido, y al despojarlo, se despierta con su antiguo aliento y está dispuesto a la lucha.

Pudo perderse en la montaña; pero en la llanura está vencedor.

Nos arranca con el fuero, el honor militar y la dignidad de soldados.

¿Qué papel haremos los hombres de guerra, delante de esos jueces de levita negra?

Se nos quita la espada del cinto para ponerla sobre la mesa del alguacil.

En ninguna parte del mundo se ha humillado tanto a la

gente de combate, como se la humilla con esa ley liberal y populachera.

Estas palabras fueron acogidas con gran aplauso.

Uraga continuó:

—Tenemos que combatir las insistencias revolucionarias. En 47 publicó Gómez Farias la ley, despojando a la Iglesia de sus bienes, y el ejército con la cruz en el pecho se puso bajo vuestras banderas en el movimiento de los «polkos» y nuestra alianza se juró en el campo de la victoria.

Esta alianza no se ha roto; por el contrario, hoy se estrecha por comunes intereses; nuestra divisa es: «Religión y fueros».

—Sí, sí—gritaron todos los clérigos a una voz.

—«Religión y fueros»—continuó Uraga—, el testamento de nuestros padres, es decir, el cielo y el imperio sobre la tierra. Sería México el único pueblo del globo que se independiera de estos dos poderes.

La religión y la fuerza son los dos brazos de los pueblos modernos.

Decís que no tenéis una cabeza para la revolución. ¡Yo, el último de los soldados y el primero de los católicos, os ofrezco la mía, para principiar la batalla; mi sangre será la primera que salpique la arena del combate!

—¡Bravo! ¡Bravo!—exclamaron los clérigos.

—Señores—dijo Labastida—, yo, uno de los primados de la Iglesia, y que tengo la satisfacción de dar el primer grito contra los enemigos de nuestra augusta religión, reconozco al general José López Uraga como jefe del movimiento católico y Presidente interino de la República.

—Sí, sí—gritaron llenos de entusiasmo.

—Fijemos las ideas—dijo el padre Miranda, y tomando la pluma trazó en el papel estas líneas, que leyó en voz alta:

1.º Se desconoce al general don Juan Alvarez en su calidad de Presidente de la República.

2.º Se respetarán y defenderán los bienes de la Iglesia.

3.º Se prohibirá a la Prensa la murmuración respecto a los ministros de Dios, que con tanto descaro publican los periódicos liberales, dejando su modificación, si la hubiere, al Sumo Pontífice, para cuyo fin se instala un gobierno constituido.

4.º Se declara vigente la Constitución de 1824.

5.º Se fija en treinta mil hombres el ejército para guardar las fronteras y capitales de los Estados y se extingue la guardia nacional, por ser, además de innecesaria, perjudicial a los individuos que la componen y a la prosperidad de los pueblos.

6.º Se reconoce como Presidente interino al benemérito general José López Uraga.

Aceptado el plan revolucionario y reservándose Labastida y Uraga señalar el momento de la rebelión, se disolvió aquella junta, ya empapada en el espíritu revolucionario y en la manera de emprender el combate.

## III

En una fonda de un suburbio de Puebla, y ya muy entrada la noche, cenaban dos de los clérigos que habían estado en la junta del arzobispado y menudeaban copitas de catalán.

—¡Qué bien estuvo Monseñor Labastida; vamos, si tiene un pico de oro!—decía uno de los clérigos.

—Como que es un hombre de un talento extraordinario y con ése no se las ponen porque tanto sabe decir misa, como montar a caballo y desenvainar el machete.

—Pero siempre es más hombre el padre Miranda—contestó el otro clérigo—; yo lo he visto; fuimos condiscipulos y era el primer brazo del colegio, ¡demonio! Era átrevido y engañoso y maldito; vamos, que nadie le ganaba a bribonzuelo, y como valiente no tenía rival.

—Es que el señor Labastida tiene un valor a pueba.

—Será lo que usted quiera—dijo exaltado el clérigo, por el exceso del licor—; pero ni ese mismo espadachín del general Uraga, que nos habló de su chafarote y de su sangre fría, es tan terrible como el padre Miranda.

—Sí, compañero; a mí no me gusta ese hombre, no sabe más que echar el cardillo; es un fanfarrón y ya veremos como no hace nada; ya le conozco.

—Y eso de que le veamos de Presidente, quiere decir tanto como que nos va a dejar sin camisa.

—Es soldado ladrón como todos los que nos han estafado; ya ve usted a Santa Ana, dejó un buen mordisco y cuando los «polkos» nos costó una muela el pronunciamientito.

—Sí, compañero; todos nos roban.

—Prefiero a ese Gómez Farias o «Gómez Furias»; ése, al menos, sin hipocresías, nos dice: «Vénganos», y nos desvalija; ya verá usted lo que va a pasar: ese general Uraga nos saqueá, como si lo estuviera viendo, y después hace lo del pato, se «sume».

—Estoy seguro que esta noche se lleva unos cartuchitos de onzas de oro, como si hubiera dicho cien misas, porque Monseñor Labastida es espléndido.

—¡Como que no gasta lo suyo! ¡Vamos, hombre!

—Estamos trinando contra el indio Juárez, ¡vamos!, que nos ha puesto la ceniza en la frente.

—Quien lo ve tan callado, que no sabe quebrar un plato, y hace pedazos la vajilla.

—¿Y quién diablo lo trajo a México?

—El mismísimo demonio; ése es capaz de todo; después de esta ley viene la «pela» y nos llevan hasta la sotana.

—¿Pero sabe usted que ese hombre me gusta?

—Pues tiene usted muy mal gusto, compañero.

—Ese sí tiene calzones; si estuviera a nuestro lado, vería usted como valía más que ese soldadote del virreinato.



—Eso sí es verdad; ese hombre vale mucho; Dios se lo lleve por donde no haga daño.

—No se lo ha de llevar, compañero; ése ha de ser nuestro verdugo; más miedo le tengo al frac negro, que al uniforme bordado de Uraga.

—¡Caracoles con el indio! Que nos ataque a nosotros, ¡vaya!, no somos hombres de espada; ¡pero al ejército!...

—A los dos a un tiempo, compañero. ¡Si Juárez tiene el diablo en el cuerpo!

—Yo opino que los diablos tienen dentro a Juárez.

—En cuanto a Comonfort, ése es liberal por fuera y beato por dentro; ése es nuestro, ya lo verá usted. ¿Si a mí me oía la misa todos los domingos, y con devoción!

—Ya lo creo; como que tiene parientas monjas, y su madre es más católica que Santa Teresa de Jesús.

—Ese se arrepiente, compañero, y se vuelve con nosotros; es una oveja que torna al redil.

—Sí, compañero, pero es una oveja que se merienda a los lobos.

—¿Sabe usted, compañero, que me parece que Uraga no se pronuncia hasta que todo el ejército esté pronunciado?

—Soy de la misma opinión; pero el riesgo está en que todos los soldados, hasta los cabos de rancho, han de querer ser presidentes.

—No tenemos donde escoger, todos son como todos, francachines, jugadores y sinvergüenzas.

—Sí, ya recuerdo a Arista con sus damiselas, a Bustamante con sus copitas.

—A propósito de copitas: ¡Mozo! Tráete una botella.

El mozo trajo una botella de tequila.

—Pues yo me voy a mi curato—decía uno de los clérigos—, preparo una docena de sermones, que se los encajo a mis feligreses, y me desgatiñaré; porque a mal Cristo, mucha sangre.

—Yo, compañero, enternezco a mi parroquia a la hora que quiero, son muy tiernos mis borregos; ¡lo que no obsta para que sean unos ladrones, que hasta el copón se llevaron la otra noche! Pero eso sí, son católicos a macha martillo.

—¿Pero, cuándo será este pronunciamiento?

—Muy pronto, compañero, porque la cosa está que arde.

—Sí, sí, primero el prólogo que es el escándalo que vamos a armar, y después, ¡zas!, acabamos con los «pintos» y con los «negros» y con los «rojos» y con los de todos colores.

—Dejemos a Monseñor y al mentecato Uraga que determinen y nosotros veremos los toros desde la barrera.

Siguieron charlando y bebiendo hasta que clavaron las cabezas sobre las tablas y se quedaron profundamente dormidos.

El criado de la fondita no había perdido una palabra.

—¡Bribones!—dijo—Han caído en el garlito; mañana voy a México y denuncio la conspiración.

## IV

Como lo había iniciado Labastida, se desató una vasta conspiración.

Oigamos en pocas palabras lo que dice Vigil, el historiador:

«Para nadie era un misterio la activa propaganda revolucionaria que se hacía contra un orden de cosas que acababa apenas de establecerse.

Los púlpitos se habían convertido en tribunas políticas, desde donde se lanzaban terribles invectivas contra el partido liberal, exagerando las tendencias de éste y presentándolo como un enemigo feroz de la Iglesia y de sus ministros.

Los periódicos conservadores, por su parte, repetían en diversos tonos aquellas acusaciones; escribían largos artículos para probar la divinidad de la religión católica y ponían en circulación toda clase de rumores, por absurdos que fueran, con tal que contribuyeran al objeto que se habían propuesto: desprestigiar a las autoridades, detener la corriente reformista que apenas se había iniciado con la ley de convocatoria para el Constituyente y la ley de administración de Justicia.»

A esto debemos añadir el descontento de aquel ejército vencido, fanático y retrógrado, y sus insubordinaciones en los cuarteles y sus promesas de asonadas y revueltas, y la parte activa de las mujeres y de las familias formando un todo terriblemente revolucionario.

## V

Caminaba Manuel en dirección a su cuartel, cuando tropezó con él un joven.

—¡Animal!—le gritó Manuel.

—¿Ya no me conoces?—dijo el joven.

El estudiante se fijó y luego lanzándose a sus brazos, le gritó:

—¡Pedro!

—Sí, el mismo.

—¿Y qué diablos vienes en esas trazas?

—He corrido mil aventuras; la mujer de mi tutor se enamoró de mí.

—¡Al diablo con la vieja!—gritó Manuel.

—No sabes lo mejor—dijo Pedro—: aquella maldita bruja me robó.

Manuel se echó a reír.

—Me plagió ocho días, el viejo tutor nos descubrió y me dió una paliza, que tengo rotas dos costillas.

La vieja le pidió perdón y yo tuve que huir.

Me dirigí a Toluca; yo creía que daban gratis los chorizos y la longaniza; pero me equivoqué, todo cuesta dinero.

Entré de criado a un bodegón; allí siquiera comía y ganaba un sueldo miserable y las propinas.

Figúrate a un estudiante de Derecho sirviendo los frijoles refritos.

— Eso no importa—dijo Manuel—; nosotros la corremos siempre, ésa es nuestra vida.

— Te buscaba con ansia, había visto tu nombre en los periódicos; ya eres casi un héroe.

— Sí, un héroe chiquito, pero ya iré creciendo.

— ¿Qué vas a hacer conmigo?

— Descuida, te voy a hacer subteniente de mi compañía. Soy capitán de la primera de rifleros.

— ¡Canario! Subteniente.

— Nos lanzamos a la revolución que se prepara y ya verás hasta dónde vamos a dar.

— Tú no te separas de mí.

— Como en el colegio, Manuel.

— ¡Listo! Ahora voy a consultarte un negocio muy importante.

— Desembucha, ya te escucho.

— Pues has de saber, que hace seis días estando en la fonda, llegaron dos clérigos a cenar, tomaron mucha tequila y comenzaron a hablar.

— ¡Diablo! Esto raya en historia.

— Venían de una junta del arzobispado de Puebla y se platicaban sobre lo que había pasado y sus planes.

Mentaron al general Uraga y al padre Miranda.

— Dos bribones consumados.

— Y se dijo de un próximo pronunciamiento.

— Es necesario que todo lo sepa el Gobierno; callarse sería un crimen y traicionar a nuestro partido.

— Yo no quiero hacer el papel de denunciante.

— En cambio, prefieres que maten a nuestros hermanos.

— Tienes razón.

— Dirígete a la comandancia y da aviso con toda reserva de lo que pasa; es una acción buena, si no meritoria, y di que eres ya teniente de rifleros.

— Muy bien.

— Yo te espero en el hotel del Moro, número 15; allí te alojarás conmigo; pero antes, toma la llave, escoge uno de mis trajes y preséntate decentemente vestido.

— Gracias, Manuel.

Los estudiantes se separaron.

A los pocos días se efectuaban prisiones en Puebla; el padre Miranda fué remitido a México.

Uraga fué preso y después se escapó.

El Gobierno publicó el plan revolucionario.

Así abortó el primer movimiento reaccionario; pero quedaba en pie la revolución, con más aliento todavía.

La prisión de un sacerdote había producido un escándalo, y más en Puebla, que estaba enteramente fanatizada. La «Guerra Santa» estaba proclamada.

## CAPITULO VI

## SIGUE LA REVUELTA

La noche del 9 de diciembre de 1855, de ese año de acontecimientos, la ciudad estaba asustada.

Los surianos habían cargado sus armas y había un verdadero molín en los cuarteles.

La guardia nacional estaba dispuesta y se esperaba ver qué giro llevaban los sucesos.

El general Alvarez había renunciado la Presidencia de la República y nombrado Presidente sustituto al general Ignacio Comonfort.

Manuel departía con los oficiales, estando todos acuartelados.

— Compañeros—decía—, la cosa arde: el tío Juan se ha dado un traspíe, nombrando a ese reaccionario, y nos van a llevar los diablos.

— Es verdad—decía Mario—; una vez que se retiren los surianos, estas fuerzas «santanistas» se pronuncian y la revolución se pierde.

— ¿Cómo les detendremos?—decía Manuel.

— Expresando nuestra voluntad, pero a grito partido, diciendo que queremos a don Juan Alvarez.

— Pero esto es una sedición.

— No tiene otro nombre, pero no es cosa de entregarnos atados de manos a nuestros enemigos, por andar con contemplaciones.

Los oficiales estaban furiosos.

— Este general Comonfort—decía Manuel—nos entrega al enemigo. ¿Qué vamos a hacer con la fuerza indisciplinada y nueva, contra esos batallones tan bien organizados, que en mal hora han dejado en pie?

— Fastidiarnos—contestó Mario.

— ¡Abajo Comonfort!—gritaron los oficiales— ¡Viva don Juan Alvarez!

Y como si ese grito se hubiera escuchado en todos los cuarteles, se oía por toda la ciudad y campamentos surianos.

El gobernador Juan J. Baz, recorrió los cuarteles, puso preso a Miguel Buenrostro, uno de los hombres más queridos del pueblo, habló de la sumisión al Gobierno, del peligro que corría la revolución con estas disidencias, y con mil trabajos logró aquietar aquella sublevación tan espontánea

Entré de criado a un bodegón; allí siquiera comía y ganaba un sueldo miserable y las propinas.

Figúrate a un estudiante de Derecho sirviendo los frijoles refritos.

— Eso no importa—dijo Manuel—; nosotros la corremos siempre, ésa es nuestra vida.

— Te buscaba con ansia, había visto tu nombre en los periódicos; ya eres casi un héroe.

— Sí, un héroe chiquito, pero ya iré creciendo.

— ¿Qué vas a hacer conmigo?

— Descuida, te voy a hacer subteniente de mi compañía. Soy capitán de la primera de rifles.

— ¡Canario! Subteniente.

— Nos lanzamos a la revolución que se prepara y ya verás hasta dónde vamos a dar.

— Tú no te separas de mí.

— Como en el colegio, Manuel.

— ¡Listo! Ahora voy a consultarte un negocio muy importante.

— Desembucha, ya te escucho.

— Pues has de saber, que hace seis días estando en la fonda, llegaron dos clérigos a cenar, tomaron mucha tequila y comenzaron a hablar.

— ¡Diablo! Esto raya en historia.

— Venían de una junta del arzobispado de Puebla y se platicaban sobre lo que había pasado y sus planes.

Mentaron al general Uraga y al padre Miranda.

— Dos bribones consumados.

— Y se dijo de un próximo pronunciamiento.

— Es necesario que todo lo sepa el Gobierno; callarse sería un crimen y traicionar a nuestro partido.

— Yo no quiero hacer el papel de denunciante.

— En cambio, prefieres que maten a nuestros hermanos.

— Tienes razón.

— Dirígete a la comandancia y da aviso con toda reserva de lo que pasa; es una acción buena, si no meritoria, y di que eres ya teniente de rifles.

— Muy bien.

— Yo te espero en el hotel del Moro, número 15; allí te alojarás conmigo; pero antes, toma la llave, escoge uno de mis trajes y preséntate decentemente vestido.

— Gracias, Manuel.

Los estudiantes se separaron.

A los pocos días se efectuaban prisiones en Puebla; el padre Miranda fué remitido a México.

Uraga fué preso y después se escapó.

El Gobierno publicó el plan revolucionario.

Así abortó el primer movimiento reaccionario; pero quedaba en pie la revolución, con más aliento todavía.

La prisión de un sacerdote había producido un escándalo, y más en Puebla, que estaba enteramente fanatizada. La «Guerra Santa» estaba proclamada.

## CAPITULO VI

## SIGUE LA REVUELTA

La noche del 9 de diciembre de 1855, de ese año de acontecimientos, la ciudad estaba asustada.

Los surianos habían cargado sus armas y había un verdadero molín en los cuarteles.

La guardia nacional estaba dispuesta y se esperaba ver qué giro llevaban los sucesos.

El general Alvarez había renunciado la Presidencia de la República y nombrado Presidente sustituto al general Ignacio Comonfort.

Manuel departía con los oficiales, estando todos acuartelados.

— Compañeros—decía—, la cosa arde: el tío Juan se ha dado un traspíe, nombrando a ese reaccionario, y nos van a llevar los diablos.

— Es verdad—decía Mario—; una vez que se retiren los surianos, estas fuerzas «santanistas» se pronuncian y la revolución se pierde.

— ¿Cómo les detendremos?—decía Manuel.

— Expresando nuestra voluntad, pero a grito partido, diciendo que queremos a don Juan Alvarez.

— Pero esto es una sedición.

— No tiene otro nombre, pero no es cosa de entregarnos atados de manos a nuestros enemigos, por andar con contemplaciones.

Los oficiales estaban furiosos.

— Este general Comonfort—decía Manuel—nos entrega al enemigo. ¿Qué vamos a hacer con la fuerza indisciplinada y nueva, contra esos batallones tan bien organizados, que en mal hora han dejado en pie?

— Fastidiarnos—contestó Mario.

— ¡Abajo Comonfort!—gritaron los oficiales— ¡Viva don Juan Alvarez!

Y como si ese grito se hubiera escuchado en todos los cuarteles, se oía por toda la ciudad y campamentos surianos.

El gobernador Juan J. Baz, recorrió los cuarteles, puso preso a Miguel Buenrostro, uno de los hombres más queridos del pueblo, habló de la sumisión al Gobierno, del peligro que corría la revolución con estas disidencias, y con mil trabajos logró aquietar aquella sublevación tan espontánea

y tan legítima, porque rara vez el pueblo se equivoca en sus percepciones.

## II

«Juan Gallinazo», que, entre paréntesis, así se le llamaba en el colegio por haberse puesto a la cabeza de un robo de gallinas, que proporcionó un succulento almuerzo a los estudiantes, buscó a Manuel en el cuartel.

— Te necesito urgentemente.

— ¿Qué te pasa?

— Una aventura maldecida, en la que quiero me ayudes.

— Estoy dispuesto a todo.

— Parece que todo se aplaca y ya podremos dejar el cuartel; ¡maldito Comonfort!

— ¿Qué te parece?

— Ese tío Juan está chocho, ya verás todo lo que se le espera a la nación; no importa, la paz me revienta, ya estamos en campaña, el suelo arde bajo nuestros pies, estamos dispuestos a todo.

— ¡A todo!—gritó Manuel.

Los dos capitanes tiraron por la parte Sur de la ciudad; y se internaron por unos callejones.

— ¿A dónde diablo me llevas?

— A enseñarte un estanquillo, mira cómo asoma la luz allá a lo lejos.

— Bien, ¿y qué tengo que hacer?

— Una cosa muy sencilla: te sítas en la esquina, ha de salir una muchacha a quien ya le escribí la contraseña «Los pintos»; apenas pronuncies estas palabras, se irá contigo, es una guapa moza.

— ¿Y qué hago con ella?

— Toma esta llave. Tengo tomada una casa en San Jerónimo, allí la llevas y me esperas.

— ¿Y después?

— Después llego yo, y te marchas al cuartel, no hay peligro.

— Y aunque lo hubiera, ya cumplí la mayor edad.

— Pues nos vamos; porque el señor Juárez ha renunciado el ministerio y se dirige a Oaxaca, tengo que acompañarle; me estaré muy pocos días y después ya no nos separaremos nunca.

— Bien, Juan, desearía acompañarte.

— Mi ausencia es muy corta, tú cuidarás a Isabel.

— La cuidaré como cosa tuya.

— Siempre nos veremos antes de marchar.

«Juan Gallinazo» se despidió de Manuel y éste quedó en la esquina aguardando a la dama.

— ¡Afortunadamente—pensó Manuel—, en estas circunstancias se puede robar hasta la Virgen Santísima.

Encendió un cigarro y se puso a pasear a lo largo de la calle.

Pasaban algunas patrullas y se detenían a reconocerlo; pero como llevaba el traje de oficial, se pasaban de frente.

— Ya se dilata la Isabelita—decía Manuel—, y está haciendo un frío que cuaja la lengua.

Se acercó a un figón que aun permanecía abierto y tomó una copa de aguardiente, y volvió a su sitio.

Había transcurrido media hora cuando vio salir repentinamente del estanquillo a una mujer, con el tápalo a la cabeza y que se escurrió por la acera.

Al acercarse, Manuel dijo como al acaso:

— «Los pintos.»

— Yo soy—dijo la dama—; vámonos.

— Tómese usted de mi brazo.

La señora se agarró fuertemente al brazo del capitán y echaron a andar rápidamente.

— ¿Y a dónde me lleva usted?

— No tenga usted cuidado, Isabelita, la casa está tomada y va usted a estar muy contenta.

Supongo que tiene usted mamá, perdone usted, pero debe ser una fiera. ¿No es verdad?

La joven no respondió.

Manuel continuó:

— La historia de las «mamas» es horrible, yo tengo una que es capaz de comerse al general Comonfort.

La tapada dejó oír la risa.

— Esa mamá se ha tragado a su esposo y amenaza devorarse a los yernos; estoy por llevarla de tambor mayor a la Guardia Nacional.

La tapada se reía.

— Figúrese usted, Isabelita, que ese apéndice de la que va a ser mi esposa, es un clérigo o un obispo metido en una mujer.

Si fuera doncella, diría yo que era la Doncella de Orleans; pero ¿qué doncella va a ser, si se llama Toribia Pantoja, nombre y apellido horribles!

Dichosa usted que va a vivir sola con Juan, el pobrecillo me encargó que recibiera a usted y la llevara a la casa que ya está allí, sí, el asistente está en la puerta.

Efectivamente, llegaban a la casa, cuyo zaguán estaba iluminado.

— ¡Demonio!—pensaba Manuel—Este hombre le ha puesto un palacio a la estanquillera.

— Suba usted, Isabelita, todo está abierto, y espere a Juan, que, ocupado en un negocio de urgencia, procurará llegar lo más pronto posible; lo que se le ofrezca a usted, allí está el asistente a sus órdenes; allá arriba ha de haber cuanto desea, nada tema, está todo muy bien cuidado.

Isabelita subió en dos tramos la escalera y entró en la sala.

—¡Caracoles!—dijo Manuel—Salta la niña como un conejo, con razón se ha escapado del estanquillo, aquí tomará de a once finos.

Manuel, después de haber recomendado mucho a la tapada, dijo al asistente, que si venía Juan, le dijera que había ido un momento al cuartel.

## III

Mario, muy vestido de capitán, se dirigió a hacer una visita al señor de Rentería.

Había estado esperando una hora larga a Manuel, y viendo que no parecía, se decidió a marcharse.

Había varias personas en la casa cuando se presentó Mario.

Como todos eran devotos y reaccionarios, le recibieron malísimamente.

Nadie le dijo que se sentara, y él lleno de mortificación, tomó asiento.

Toda aquella gente cuchicheaba por lo bajo.

Por fin, la señora Pantoja le dijo:

—¿Y de qué viene usted vestido? ¿Qué traje es ése?

—Señora—contestó Mario—, es la blusa de la guardia nacional.

—Será, pero tiene mucho de extravagante y mucho de mono.

—Sí, señora.

—Eso se quiere parecer a Garibaldi, a ese hereje maldecido, que tantas pesadumbres le ha proporcionado a S. S Pío IX.

Mario no respondió.

—Es un canalla ese Comonfort—continuó la Pantoja—y sus garibaldinos unos ladrones.

Mario estaba en ascuas.

—Pero ya tenemos la moda en México, como que todos son enemigos de la religión cristiana.

Mario sudaba como un marinero.

Las gemelas se apretaban las manos y los concurrentes estaban gozando en el tormento de Mario.

—¿Y usted, qué cosa es?

—Yo soy mexicano—dijo el capitán.

—No es eso lo que pregunto—dijo doña Toribia—, sino la religión que usted profesa.

Mario no contestó; le pareció extremadamente ridículo hacer su profesión de fe.

En aquellos momentos se presentó Manuel.

La señora por lo bajo dijo a sus contentallos:

—Sólo este garbanzo faltaba en la olla.

Manuel era más atrevido, y no dejaba de hacer gracia a la familia.

—Señores, buenas noches—dijo.

Todos guardaron silencio.

—Sin duda habré hablado con voz muy queda: ¡buenas noches!

—Buenas—repitieron todos, débilmente.

—¿También usted de blusa y sombrero Garibaldi?

—También, señora; es un traje airoso, no esos uniformes apretados y con corsé que llevan los soldados de S. A. S., ni esos sombreros montados tan estorbosos.

—No soy de la misma opinión—dijo la Pantoja—; aquello era elegante.

—Y esto muy cómodo—observó Manuel.

—¿Y qué mitote están armando los pintos?

—No son ellos precisamente, es el partido liberal, que protesta contra la separación del caudillo y no le tiene confianza a Comonfort.

—Para mí, todos son unos, todos son pintos.

—Muy bien dicho, señora.

Un contentullo viejo, lampiño y de capote, afilando el hocico de jabalí, y acariciándose la barba, dijo:

—Opino como la señora, todos son herejes y malvados.

—Está bien—dijo Manuel—; pero nos podemos pasar sin la opinión de usted.

—¡Caballero!—gritó con tono histórico—¡Yo soy sacerdote!

—Pues diga usted una misa.

—Ya, ya, ya esperaba yo esa respuesta atrevida de usted.

—Perdone usted, señora; nada más natural: el señor es sacerdote, y bien puede decir una misa.

—Lo que digo—gritó el clérigo, con el rostro encendido en cólera—es que va a llover fuego del cielo sobre todos ustedes, y que ya están condenados en vida, y que extraño que esta familia los reciba en su casa, y que, no queriendo condenarme, me voy al momento.

—No, señor—gritaba la Pantoja—; los que van a irse son estos... estos señores; yo no quiero aquí garibaldinos ni herejes.

El señor Rentería quiso mediar, pero no pudo contener la furia sacerdotal unida al furor conyugal.

Manuel, que ya se vio arrojado de la casa, se dirigió al clérigo y encarándose hasta imponerle, le dijo:

—Ha cumplido usted con su misión, nos echan de esta casa, a nosotros que somos buenos y honrados, y usted se queda, fraile bribón e hipócrita; pero yo le he de poner la mano encima, estamos sobre el mismo camino y pronto nos encontraremos; usted es un clérigo que roba a sus feligresas y que viene aquí a estafar a una buena familia.

El clérigo estaba atacado de congestión y apenas balbucía frases que no se entendían, y tomando una suprema resolución, fingió que se desvanecía y se desplomó con mucho cuidado en el suelo.

— Me alegro—dijo Mario, pero no tan bajo, que no lo oyerá la Pantoja.

— ¿Se alegra usted? Pues alégrese más—dijo doña Toribia y le asestó una bofetada que lo bañó en sangre.

Manuel soltó una carcajada.

Las gemelas corrieron a sus habitaciones.

El señor de Rentería no atinaba.

— ¡Tenga usted ésa, y venga por otra!—gritó la Pantoja.

Mario no volvía en sí de su asombro, y la sangre se le escurría por la blanca pechera de la camisa.

Por fin, los capitanes salieron sin despedida.

— ¡Maldita vieja!—decía Mario—Me ha dado una bofetada, que ni los hércules del circo.

— Yo me marchó—dijo Manuel—; tengo una dama encerrada.

— Yo me quedo; voy a hablar por el balcón con Carolina.

## IV

Manuel se dirigió a San Jerónimo.

La casa dispuesta por «Juan Gallinazo», era espléndida; no había olvidado los usos de la capital; por el contrario, se extralimitaba para recibir a una estancuillera.

La sala tenía tapices dorados, el ajuar era de terciopelo carmesí oscuro, capitonado, grandes lunas puestas con gusto y elegancia, lucían en las paredes, consolas y mesa de centro, de mármol, alfombras mullidas, jarrones y muebles de adorno, escogidos.

La recámara era un templo, con su cama dorada y luciente, rico pabellón, sobrecama china roja y bordada en colores, almohadones con bordados, buró de rosa y mármol como el tocador, lleno de esencias y de juguetes preciosos, una lámpara azul y un ajuar de recámara, precioso.

El comedor todo lo tenía, nada le faltaba, los aparadores estaban con una hermosa cristalería y vajilla de fina porcelana, y lo más importante, vinos exquisitos de todas clases.

La mesa estaba como para un convite, ramos de flores, aparatos de todo género, búcaros, el champañ helándose en cofres de cristal y una lámpara resplandeciendo sobre aquella finísima mantelería.

La cocina estaba en actividad.

Estaba dispuesto un banquete.

Este es el poder del dinero, todo lo improvisa en un momento como en una comedia de magia.

Subió Manuel la escalera, entró en la sala y quedó sorprendido.

Isabelita tenía la cara cubierta con el velo y estaba sentada en un sillón.

Se levantó con impaciencia.

— Caballero—le dijo a Manuel—, ese señor no parece, y a mí me esperan en casa.

— ¡Cómo es eso! ¿Pues no ha huído usted con mi amigo?

— No, señor.

— ¿Y se va usted sin cenar y sin dormir? Vea usted que mi amigo es hombre de pro, si no ha venido es porque tiene un negocio; pero yo le sustituyo.

— Puesto que usted le sustituye, justo es que usted reciba lo que a él le estaba destinado.

— Con mucho gusto, Isabelita.

— Pues tenga usted—y le soltó una bofetada tan terrible, que le partió el labio.

— ¡Zambomba!—gritó Manuel.

— Usted y ese miserable—dijo la señora, tirando hacia atrás el velo—son unos calaveras infames, que han seducido a mi hija; he sorprendido, afortunadamente, la carta de cita y he venido a darles una lección.

— Lo que siento, señora, es el haber recibido la parte que le tocaba a mi amigo.

— No se burle usted, caballero.

— No, pero usted confesará que el bofetón ha sido de lo mejor.

La vieja estaba iracunda.

— Todos los seductores son unos miserables, pero se encuentran conmigo, que no me dejo burlar fácilmente; yo defiendiendo el honor de mi hija y el de mi familia.

— Muy justo, muy justo—decía Manuel.

— Me voy, y dígame usted a su amigo que ya nos veremos, que a mí los soldados me tienen sin cuidado.

Salió la señora violentamente, y Manuel dijo:

— Me rei del bofetón de Mario, y ahora él se reirá de mí.

Al poner el pie en el primer peldaño de la escalera, oyó otra bofetada.

— ¡Demonio! ¡Llueven bofetadas! ¿Qué pasará?—y bajó violentamente.

«Juan Gallinazo» se había asomado por el estancuillo para ver el efecto que hubiera hecho la fuga de Isabel y se la encontró en la puerta.

— ¡Isabel! Te creía fuera de la casa.

— Me dijiste que tú me indicarías la hora, y no has parecido.

— ¿Luego, no recibiste mi carta?

— No, no he recibido nada.

— Desde esta mañana la envié, todo está preparado, tu casa está lista, sabes cuánto te amo.

— Mi mamá ha salido; estoy sola.

— Pues todo eso nos favorece; cierra y vámonos.

— Tengo miedo.

— Nada temas; estás a mi lado, que te defiende.

— ¡Dios mío, dejar esta casa!

— No importa; el amor vence todas las dificultades, y tú me amas, vámonos, no hay un instante que perder.

— La ciudad está revuelta.

— Soy soldado y tu amor me dará ánimo si hay algún peligro.

— Pero...

— Pronto, Isabel, pronto, tu mamá no dilata y acaso mañana sería tarde.

— Espera un momento.

Cerró Isabel el estanco, dejó a la portera la llave y del brazo del estudiante se fué en derechura a San Jerónimo.

— Ya llegamos—dijo Juan—, y ese diablo de Manuel que no parece; no importa, estamos en salvo.

Al entrar a la casa, tropezó con la madre de Isabel, que se lanzó como una furia y de un bofetón le echó a rodar el sombrero.

Aquella aparición fué terrible.

Al bofetón siguieron los denuestos y las injurias, y tomando de la mano a su hija y apretándosela hasta hacerla gritar, se perdió entre las sombras de la noche.

## V

Mario se paseaba frente al balcón de Carolina.

Manuel y «Juan Gallinazo» iban en su busca.

— Ya somos tres aporreados—decía Manuel—; la noche ha sido fecunda en cachetadas.

— Todavía me arde la cara—decía Juan—; la vieja tiene unas garras de leopardo.

— Ya las sentí primero que tú; conmigo se estrenó.

— ¿Qué va a ser de Isabel?

— Nada; es cuestión de tiempo; ella me avisará, y al fin...

— Ese fin es malo—dijo Manuel.

— Pero es el de todos—contestó Juan.

— Por ahora busquemos a Mario, que tenemos una cena opípara. Pero, Juan, ¿dónde diablos sacas tanto dinero?

— He realizado una gran partida de azúcar de mi hacienda; tengo sesenta mil pesos.

— ¿Pero hay quien tenga sesenta mil pesos en el mundo?

— dijo Manuel.

— El pobre de mi padre me dejó eso y más, ya sabes, todo es tuyo.

— Gracias—dijo Manuel—. Con razón te robas estanquilleras; si yo tuviera esa cantidad, me llevaba todo el estanco de mujeres.

## VI

Entretenidos iban los estudiantes, cuando vieron escurrirse una pareja entre la sombra.

— ¡Demonios!—dijo Manuel— ¡Si es Mario! Le he reconocido a la luz del farol.

Pasó violentamente a la acera opuesta y reconoció con gran sorpresa a Mario y Carolina.

— Manuel—gritó Mario—, te he encontrado como a mi Providencia.

— Carolina, ¿qué significa esto?

— Manuel—dijo la joven—, han abofeteado a Mario delante de mí, le han humillado y yo he abandonado la casa; quiero compartir su suerte.

— Malo, malo—dijo Manuel—; esto es muy romántico, pero es poco práctico.

— Sí, pero yo sé que cumplirá como un hombre de honor.

— ¡Lo juro!—exclamó Mario, estrechando la mano de la joven.

— ¿Y a dónde van?—preguntó Manuel.

— No sé—dijo Mario—; los hoteles serán registrados; no sabemos qué hacer.

— ¡Juan!—gritó Manuel.

Se acercó «Juan Gallinazo».

— Ya tenemos huéspedes para la casa, estos pimpollos se han escapado y buscan nido donde encerrarse.

— ¡Al avío!—gritó Juan— ¡Y andando!

Los cuatro se dirigieron a la casita de San Jerónimo.

— Pero éste es un palacio encantado—decía Mario.

Carolina no se daba cuenta de lo que veía.

— Carolina—dijo Juan, abriendo un guardarropa de lunas—, ahí están unos vestidos, múdese usted de traje, nada pregunte, todo esto es de usted, todo.

Carolina tomó un vestido de muselina lleno de encajes y con lazos azul pálido, se arregló aquella cabellera rubia y parecía la Margarita del Fausto.

— Estás lindísima, Carolina—exclamó Mario al ver la belleza sorprendente de aquella mujer.

Manuel dijo por lo bajo a Mario:

— ¡Y pensar que todo esto era para una estanquillera!

— Ahora—dijo Juan—, a cenar. Pero, me olvidaba: aquí está Margarita, una muchacha honrada, que vive con una anciana, que es su madre; ellas cuidarán de usted.

Se presentó Margarita, elegante, bien puesta como una «dama de compañía».

— Estoy—dijo— a las órdenes de la señorita.

— Gracias—contestó Carolina, que tuvo simpatía desde luego por la jovencita.

— ¡Maldito!—dijo Manuel al oído de Juan— ¿De dónde te has procurado a esta muchacha?... Y no me lo has avisado, da gracias a que Carolina es mi cuñada, que si no, te dejaba a la vieja y cargaba con la camarera.

Se sentaron los cuatro a la mesa.

Todos tenían buen apetito.

Carolina gustaba de aquella aventura.

Entre rezar el rosario con su mamá y estar en aquel convite, había una diferencia enorme.

No pensaba siquiera en la aflicción en que hundía a su familia con esta ausencia en que veían su perdición.

Pensaba que era feliz en aquellos momentos y nada la preocupaba.

Mario estaba inquieto, mientras «Juan Gallinazo» y Manuel estaban resplandecientes de satisfacción.

Había dinero, y todo marchaba perfectamente.

—¿Por qué está tan escualida la vieja?—preguntó Manuel.

—Esa es una historia con que voy a amenizar la cena; es algo como la de Don Juan Tenorio.

—Es que doña Inés ya tiene setenta años—dijo Manuel.

—No siempre ha de tener diez y seis años; algo ha de haber crecido desde que la trajo Zorrilla a la escena.

—Tengo curiosidad por saber ese drama—dijo Carolina.

—Sí—respondió Manuel—, pero antes tomemos una copa de champaña.

Todos bebieron a la salud de la madre de Margarita.

—Pues comencemos—dijo «Juan Gallinazo». Esta señora tuvo sus quince abriles, aunque parezca increíble, a pesar de ser una ruina.

Era casada y vivía en paz con una especie de salvaje, que la maltrataba, pero ella sufría pacientemente.

—En todos los matrimonios hay una víctima—dijo Manuel.

—No se acuerde usted de su apreciable mamá, Carolina—dijo Juan.

Carolina se echó a reír.

—Que lo pregunten a Mario, que sin ser su consorte, le ha santiguado esta noche; aun trae la sangre del combate sobre la camisa; ha sido una herida gloriosa.

—Bebamos por la tía—dijo «Juan Gallinazo».

—Bebamos—dijeron todos, y apuraron la copa del champaña.

—Continúo—dijo Juan—. La señora, como ustedes deben suponer, tiene un nombre, se llama Antonia y es de pasta fina, es decir, muy buena; pero las buenas suelen cansarse.

Visitaba la casa un viejo devoto, como los de la tertulia de usted, Carolina.

—¡Bravo!—gritó Manuel.

—Pues aquel beato se enamoró perdidamente de doña Antonia. Hoy un cumplimento, mañana una atención, más tarde un regalo, luego mucho mediar en las riñas conyugales, consejos, halagos, intereses, ternuras, etc., etc. todo ese tren maldito de los hipócritas de sacristía, para seducir mujeres.

Antonia le había cobrado un gran afecto.

—Señora—le dijo un día el viejo—, yo estoy por separarme de la casa; me es imposible ver con calma tantos sufrimientos y sin poder evitarlos.

Lo que voy a decirle, la puede sorprender, pero como es la última vez que nos vemos, usted me lo ha de perdonar.

Antonia lo vió con sorpresa; era su único refugio, su solo amigo, y sentía que se iba a quedar sola.

El viejo continuó:

—A fuerza de estar aquí todos los días, de asociarme a los justos sentimientos de usted, de participar de sus penas, un sentimiento extraño se ha apoderado de mí, soy viejo, muy viejo, y me da hasta vergüenza esta revelación.

Pero el alma, aunque encerrada en una jaula que se desbarata, vive, vive todavía; yo amo a usted.

—Señor Andrade...

—No prosiga usted, sé que es un sueño, una quimera, pero no quise alejarme sin que usted lo supiera.

—Es que... mi marido...

—Ahí está—dijo el viejo, señalando al marido que venía trastrabillando y ebrio.

—¡Dios mío! ¿Qué te pasa?—le dijo Antonia.

—¿Y qué te importa? Soy yo dueño de mis acciones y si me contrarias te abro la cabeza.

—No—dijo el viejo—, eso no es justo; cálmese usted, su esposa nada dice, le respeta y le ama.

—¿Y quién le pide ese amor? ¡Al diablo con las ternuras!

—Pero al menos debe usted considerarla.

—¡Al diablo las consideraciones! Dame dinero.

El viejo sacó unas monedas, se las puso en las manos, diciéndole:

—Tenga usted, y que haya paz, como Dios manda.

—Gracias, y me voy; me esperan mis amigos, no me aguardes esta noche ni otras más, pienso no venir más a esta casa.

Salió tambaleando y echando juramentos como un condenado.

—Señora—dijo Andrade—, ¿esto es lo que usted ama y respeta?

—Es el padre de mi hija.

—El ejemplo no puede ser mejor.

—¿Pero qué hacer? ¡Mi vida es espantosa!

—Está en sus manos variarla.

Antonia estaba tentada por aquel demonio.

—Mire usted, Antonia, delante de su mismo esposo, puede usted salir de esta casa, diciéndole que va usted a aceptar costuras ajenas, y que la deje en paz, puesto que tanto la aborrece.

—Pero es necesario reflexionar.

Oyóse un disparo en la calle y gritería.

Salieron corriendo el viejo y Antonia.

El ebrio había disparado un pistoletazo a un policía dejándolo tendido.

En el acto fué aprehendido y conducido a la cárcel.



Más tarde fué sentenciado a presidio y el viejo se quedó dueño de la casa y de doña Antonia.

— ¡Negocio redondo!—dijo Manuel.

— Pues la señora no sería de malos bigotes—agregó «Juan Gallinazo».

— Es que ahora le han crecido; parece sargento de la guardia del Sultán.

— La historia, la historia—dijo Carolina.

— Decía—continuó Juan—que el viejo sustituyó al marido y así vivían en paz y concordia.

El viejo la mantenía en su casa para evitar el escándalo.

En la noche se llegaba a la ventana, daba una seña particular, se le abría la casa, de donde salía al amanecer, dirigiéndose a oír la misa del alba.

Un día llegó a oídos de Antonia, que se habían leído unas amonestaciones en la parroquia de San Sebastián, anunciando que el señor Andrade se había presentado para contraer matrimonio.

Se desesperó, gritó, lloró, hizo demostraciones espantosas de dolor, pero no pudo desbaratar el matrimonio del viejo.

Se contentó con arrojarlo fuera de la casa.

Pasaron tres meses, y aquella mujer lloraba sin cesar.

Le parecía imposible que un hombre de setenta años le hubiera sido infiel; y más, que se casara.

— Pero se casaría con la Cuaresma—dijo Manuel.

— No lo creas, era guapa y hermosa.

— Pues no le arriendo las ganancias.

— Hay mujeres para todo, y cargar con ese Matusalén...

— El final—dijo Carolina.

— Una noche—dijo Juan—, serían las once, cuando sonó en la ventana el toque convenido.

Antonia se precipitó frente a la madera cerrada de la ventana, pero se detuvo.

— ¿A qué viene ese hombre?—exclamó.

Su deseo era abrir, porque tenía el deseo de satisfacer su orgullo, verlo a sus pies y después despreciarlo.

Volvió a sonar la señal.

— ¡Dios mío!—dijo Antonia— ¡Dame valor!... ¡Pero si ya es casado; si tengo que compartir con otra ese amor!

En su orgullo no veía que el viejo era un ser despreciable, incapaz de causar ilusión; pero la costumbre de verlo, de hablarle..., sobre todo la humillación de verse rebajada; quería vengarse de aquella rival inconsciente; pero su dignidad de mujer se interponía con toda su fuerza.

Por tercera vez se oyó el toque en la vidriera.

— No; tengamos valor, si ha venido es porque se siente débil; que ruegue, que insista, que se someta a mi voluntad... ¡Pero si no vuelve una vez que haya perdido la esperanza!

Entonces haciendo un esfuerzo de voluntad abrió la vidriera.

Nadie aparecía, sólo se escuchaba a lo lejos el eco de unos pasos tardíos.

— Se fué—dijo Antonia—; mañana volverá.

El reloj de la Catedral dió once campanadas.

Pasó Antonia la noche muy inquieta pensando en aquel hombre... Vendría arrepentido a pedirle perdón... ¿Habría sido un compromiso aquel matrimonio?... ¿El le daría explicaciones?

Entre dormida y despierta oyó el toque del Ave María.

La luz comenzaba a dibujarse en las rendijas de los balcones y el ruido de algunos carros estremecía la casa.

Saltó de la cama, abrió la ventana y se sentó tras la vidriera. Serían las seis cuando el cartero dejó una carta.

Antonia la recibió.

— ¿Qué es esto? Trae los cantos negros; es una tarjeta de luto.

Se le oprimió el corazón y la abrió temblando.

Casi tartamudeando la leyó:

«Anoche, a las once, ha dejado de existir el señor don José María Andrade. Rogad por su alma.»

— ¡Qué horror!—gritó Carolina.

— Si—dijo Juan—. El muerto había venido a darle una despedida eterna!

— ¡Qué diablos!—gritó Manuel—Bebamos por los difuntos.

— Bebamos—dijo «Juan Gallinazo», para borrar la impresión; y destapó una botella de champaña.

— Ya sabéis ahora—dijo Juan—por qué la vieja está pálida y asustada.

Carolina estaba horriblemente impresionada, tenía miedo.

— No hay cuidado—dijo Mario—; casualidades; alguno se enteraría de la seña y quiso divertirse con la señora; porque los muertos no vienen.

— Sí, vienen—dijo Manuel—; yo soy espiritista y los llamo cuando quiero.

— ¡Dios mío!—exclamó Carolina—No haga usted eso, Manuel, tengo escalofríos.

— Si todo es broma, Carolina.

— Aquí está el ponche, esta llama azul es deliciosa; ¡qué colorido tan bello da al rostro de usted!

Siguieron bebiendo, y ya cerca de las cuatro, dijo Manuel:

— Vámonos; conviene que nadie nos vea salir.

— ¿Se van?—dijo Mario.

— Sí, y tú por delantito; aquí no se quedan más que Carolina, Margarita y doña Antonia.

— Perdone usted, Carolina, este Mario vendrá cuando pueda, porque ahora le van a seguir por todas partes, para inquirir el paradero de usted; aquí nada le falta, y si necesita usted algo, doña Antonia le dará cuanto pida.

— Allí hay todo el dinero que usted desee—dijo «Juan Ga-

linazo», y le dió la llave de un pequeño bufete, incrustado de nácar.

— De lo que se ha perdido la estanquillera—murmuró Manuel.

Los tres amigos dejaron la casa y se dirigieron al cuartel, al toque de diana.

## VII

En la casa del señor de Rentería se notó la desaparición de Carolina.

El clérigo dijo:

— Señores, no hay que hacer escándalo; por el contrario, guardaremos una reserva absoluta.

— ¡Pero mi hija!—gritó la Pantoja—Es una infamia que clama al cielo. ¿Y se quedará sin castigo ese miserable?

— Están de triunfo—arguyó el clérigo—; pasará por una calaverada de soldado y hasta le aplaudirán la gracia.

Esta es la situación que guardamos en estos momentos de desorden.

El español había enmudecido, tenía el corazón traspasado de dolor.

Conocía que el paso, no sólo imprudente, sino criminal, era el resultado de las imprudencias de su esposa, y que Carolina se había sentido arrebatada por la humillación y no creía que hubiera nada de premeditación en el lance.

El clérigo insistió:

— ¿De qué valdría pregonar la deshonra de la familia? De divertir a la voracidad pública, de perjudicar el porvenir de Eva; no, silencio profundo, silencio de sepulcro, y veremos lo que dan los acontecimientos.

Conviniéron todos en callar.

Al día siguiente el señor de Rentería salía para su hacienda, y se les dijo a todos que se había llevado a su hija Carolina.

## CAPITULO VII

## SOPLA EL HURACAN

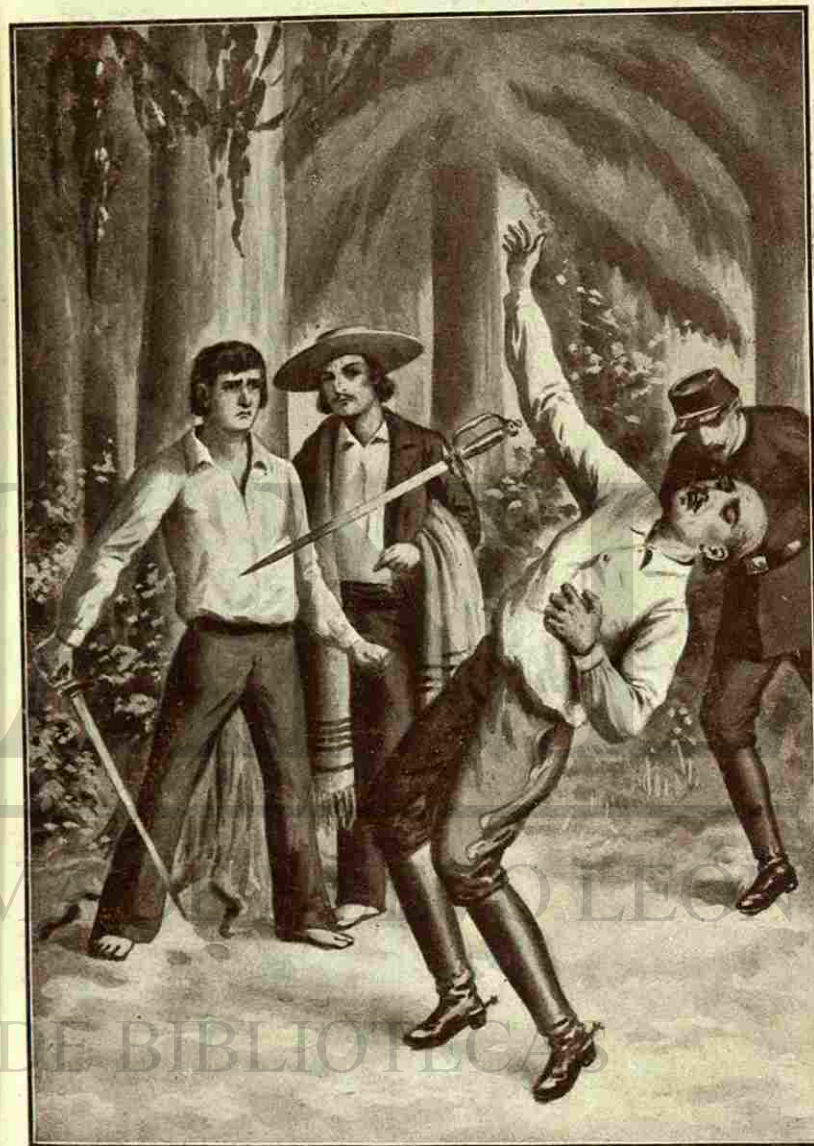
## I

La situación se complicaba, ya no eran los gritos en el púlpito, ni en la Prensa, comenzaban los motines armados, invocando todos la religión como el arma que mejor se podía esgrimir en aquellas circunstancias.

Al publicarse la ley Juárez, protestaron todos los obispos y declararon que no era de obedecerse.

El Consejo de Estado también protestó y amenazó con disolverse si la ley no se suspendía.

Ese mismo Consejo declaraba nulo el nombramiento de Comonfort, hecho por don Juan Alvarez, y fué preciso disolverlo y nombrar otro.



El coronel dejó caer la espada, y presa de un desvanecimiento, cayó...

(Pág. 75)

linazo», y le dió la llave de un pequeño bufete, incrustado de nácar.

— De lo que se ha perdido la estanquillera—murmuró Manuel.

Los tres amigos dejaron la casa y se dirigieron al cuartel, al toque de diana.

## VII

En la casa del señor de Rentería se notó la desaparición de Carolina.

El clérigo dijo:

— Señores, no hay que hacer escándalo; por el contrario, guardaremos una reserva absoluta.

— ¡Pero mi hija!—gritó la Pantoja—Es una infamia que clama al cielo. ¿Y se quedará sin castigo ese miserable?

— Están de triunfo—arguyó el clérigo—; pasará por una calaverada de soldado y hasta le aplaudirán la gracia.

Esta es la situación que guardamos en estos momentos de desorden.

El español había enmudecido, tenía el corazón traspasado de dolor.

Conocía que el paso, no sólo imprudente, sino criminal, era el resultado de las imprudencias de su esposa, y que Carolina se había sentido arrebatada por la humillación y no creía que hubiera nada de premeditación en el lance.

El clérigo insistió:

— ¿De qué valdría pregonar la deshonra de la familia? De divertir a la voracidad pública, de perjudicar el porvenir de Eva; no, silencio profundo, silencio de sepulcro, y veremos lo que dan los acontecimientos.

Conviniéron todos en callar.

Al día siguiente el señor de Rentería salía para su hacienda, y se les dijo a todos que se había llevado a su hija Carolina.

## CAPITULO VII

## SOPLA EL HURACAN

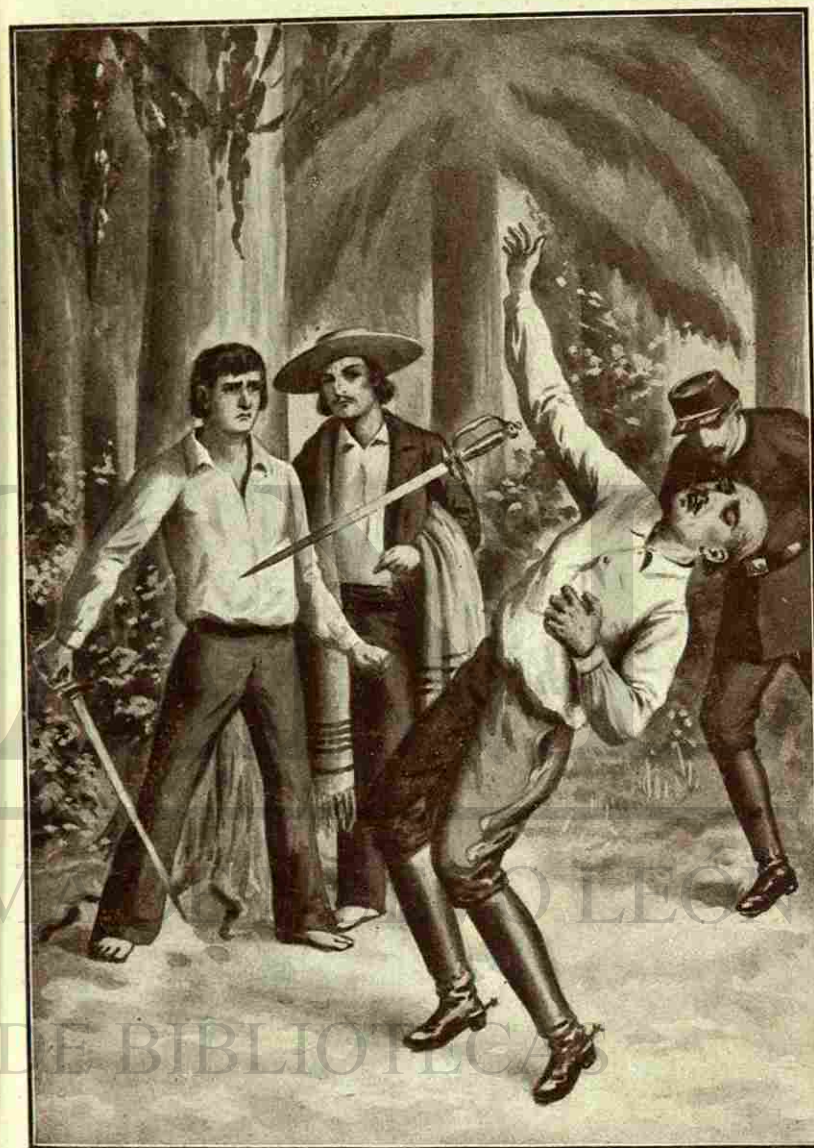
## I

La situación se complicaba, ya no eran los gritos en el púlpito, ni en la Prensa, comenzaban los motines armados, invocando todos la religión como el arma que mejor se podía esgrimir en aquellas circunstancias.

Al publicarse la ley Juárez, protestaron todos los obispos y declararon que no era de obedecerse.

El Consejo de Estado también protestó y amenazó con disolverse si la ley no se suspendía.

Ese mismo Consejo declaraba nulo el nombramiento de Comonfort, hecho por don Juan Alvarez, y fué preciso disolverlo y nombrar otro.



El coronel dejó caer la espada, y presa de un desvanecimiento, cayó...

(Pág. 75)

El señor Doblado, que hace en la historia una gran figura, en esos tiempos se pronunció por religión y fueros, aspirando a la presidencia.

El general López Uraga ensayó otro pronunciamiento, pero perseguido por el bravo general Gilardi, capituló y se fugó desesperado de sus derrotas.

En Morelia, centro después de la gran revolución de Reforma, proclamaron una revuelta religiosa, Vallejo y Servín, pero fueron derrotados por los generales Huerta y Pueblita, el gran soldado de la libertad, y tomaron prisioneros a los revoltosos.

Por todas partes estallaban motines capitaneados por los curas y la República era un campo de Agramante.

## II

Benito Juárez se mantenía sereno en medio de aquella tormenta, dejó el ministerio y se dirigió a Oaxaca, donde fué nombrado gobernador.

En aquellos momentos llegó la noticia de un pronunciamiento en la ciudad, y Juárez se situó en Tehuacán, mientras concentraba las fuerzas de los Mixtecas, para obrar contra los sublevados.

«Juan Gallinazo» había acompañado al señor Juárez en toda la revolución, y le tenía un profundo afecto.

Juan salió con unos pliegos para Oaxaca y fué testigo y actor de aquellos sucesos.

Se leían en grandes cartelones en las esquinas, proclamas sediciosas, aconsejando al pueblo la revolución para defender el sagrado principio religioso, atacado por el bando liberal.

Los clérigos se agitaban y públicamente había reuniones de conspiradores.

Fué tal el escándalo, que el Ayuntamiento de la ciudad dirigió notas al Gobierno, denunciándole aquel movimiento preparatorio del motín.

El gobernador, general García, asumió una actitud de silencio, asustado por aquella efervescencia casi incontenible.

Juan se dirigió al palacio y presentó los pliegos al gobernador.

El general García se encogió de hombros después de haberlos leído.

— Señor general—le dijo Juan—, la ciudad está ardiendo, y si usted no toma una providencia, nos ahorcan a todos.

— Señor capitán, desconfío de las tropas; no puedo moverme; estaré en mi puesto hasta el último momento.

— Ahí está la guardia nacional; ésa es leal a sus principios.

— Pero es impotente.

— Pero se lucha, señor general.

- Se derramará sangre inútil.
- No es inútil, porque deja el precedente y el testimonio de que se sabe morir por la libertad—dijo Juan con entusiasmo.
- No opino de la misma manera—contestó el gobernador.
- Se le van a comer a usted los sucesos, señor general.
- No sé cómo vengan.
- El negocio es claro, todos los conservadores y los clérigos, emprenden un movimiento retrógrado, más aún que el de Santa Ana, y usted va a precipitarse.
- No sé qué hacer. Estoy desesperado—dijo el general.

## III

En aquellos momentos se abrió la puerta, y sin anunciarse, se presentaron arrogantemente tres clérigos, Carlos Parra, Gabriel Castellanos, José García, y el capitán Bonifacio Blanco. «Juan Gallinazo» se retiró a un rincón de la sala.

El gobernador se adelantó, y tomando un aspecto amable, les indicó que tomaran asiento.

Uno de los clérigos dijo:

— Perdone usted, señor general, si entramos tan de improviso, pero traemos un negocio urgentísimo.

— Ya escucho a usted, señor presbítero.

— Pues aquí tenemos un acta de pronunciamiento; la ciudad está ya levantada y aguarda la respuesta de usted para ponerse en actividad.

— Sí—dijo el capitán—; nos hemos pronunciado por religión y fueros, ese principio que ha hecho pedazos la mano de Juárez.

«Juan Gallinazo» rechinó los dientes.

Otro de los clérigos, añadió:

— La religión perece en manos de los herejes, y es necesario salvarla, somos católicos y lucharemos con valor.

— ¡Maldito fraile!—murmuró «Juan Gallinazo».

— ¿Y qué pretenden ustedes, si ya están pronunciados?

— Que usted, señor general, sea reconocido como gobernador y comandante general del Estado.

— Eso no puede ser; yo soy leal a mi Gobierno.

Lea usted el plan: Reconocemos como centro de la reunión mexicana al Gobierno General y acatar sus providencias, siempre que se encaminen al bien y felicidad de la nación.

— Es necesario—dijo un presbítero—que esto se entienda bien: siempre que el Gobierno General declare en todo su vigor y fuerza el fuero eclesiástico y el militar, sosteniendo la religión católica, apostólica, romana, sin permitir la tolerancia de otra alguna.

«Juan Gallinazo» estaba furioso.

— Yo—decía—colgaba de los balcones a estos cuatro pícaros y me reía de la fortuna.

El general García propuso algunas modificaciones y firmó el plan revolucionario.

Al ver aquella debilidad del gobernador, «Juan Gallinazo» se marchó de puntillas y corrió al convento de Santo Domingo donde estaba reunida la guardia nacional.

## IV

La noche estaba silenciosa; allá en el fondo oscuro del cielo brillaban las estrellas.

Corría un viento helado, que sacudía las ramas secas de los árboles.

La ciudad estaba callada.

El templo de Santo Domingo se alzaba como un castillo feudal, recortándose sus torres en el fondo pavoroso de la noche.

Dentro de aquella fortaleza dormían unos soldados, teniendo sus armas en pabellón.

Resonaban en las bóvedas los pasos tranquilos de los centinelas, y el «alerta» se dejaba oír de cuando en cuando, perdiéndose entre la sombra y el silencio.

— ¿Quién vive?—preguntó el centinela, al ver acercarse un hombre a la puerta del cuartel.

— ¡Libertad!—gritó «Juan Gallinazo».

— ¡Alto!—gritó el centinela.

Se desprendió del cuartel un oficial seguido de dos soldados y se acercó a Juan.

— ¿Quién es usted, y qué quiere?—preguntó el oficial.

— Soy oficial del ejército suriano y me ha enviado el señor Juárez; deseo hablar con el jefe de la guardia nacional; aquí están mis armas—y presentó su revólver.

— Adelante—dijo el oficial, y subiendo aquellas pesadas escaleras y atravesando los claustros, llamó a la puerta de una celda.

— Adentro—dijo una voz algo chillona.

El oficial y Juan entraron en la celda.

— El señor—dijo el oficial—viene del campo del señor Juárez, y desea hablar con usted.

— Siéntese usted, compañero.

Juan estaba ante el teniente coronel Ignacio Mejía; hoy general de división retirado, después de haber desempeñado un papel de alta importancia, como ministro del señor Juárez.

El teniente coronel era un hombre bajo de cuerpo, pies y manos pequeños, cabeza grande, casi siempre inclinada a la derecha, su cabello largo y rizado, ojos claros, la nariz gruesa y algo remangada, bigote espeso y desordenado.

Tenía, y aun conserva, la costumbre de castañetear la lengua.

— ¿Qué se le ofrece, señor compañero?

— Mi jefe—dijo con respeto «Juan Gallinazo»—, usted no sabe lo que está pasando.

—Sí—dijo el teniente coronel—: que los revoltosos nos conspiran; pero estamos bien, no hay cuidado.

—Sí, lo hay, mi jefe.

—Usted acaba de llegar y no sabe de la misa la media.

—La sé toda, mi jefe; voy a contarle lo que acabo de presenciar en la casa del gobernador.

—¡Hombre, hombre! ¿Y qué ha visto usted?

—Que el gobernador acaba de aceptar y firmar una acta de pronunciamiento, y que las tropas se han puesto bajo los estandartes de la religión.

—¡Tz! ¡Tz! ¡Tz! Está malo. ¿Pero usted lo ha visto?

—Sí, mi jefe, y me salí sin despedida, yo soy liberal de corazón.

—Sígame usted.

«Juan Gallinazo» bajó la escalera en pos del teniente coronel.

—Señor capitán de guardia, despierte usted a todos los oficiales y coloque unos centinelas en las torres; tenemos novedad.

A los cinco minutos estaba reunida la oficialidad.

—Señores—dijo con calma Mejía—, las tropas del Supremo Gobierno están pronunciadas, necesito saber si cuento con ustedes para resistir.

—Con todos, y hasta el último momento—gritaron los oficiales.

—Entonces estamos listos.

—¡A morir!—volvieron a gritar los oficiales.

—Mi jefe—dijo «Juan Gallinazo»—, soy capitán y estaré con la guardia nacional en esta jornada.

—Acepto; será usted mi ayudante y lo daré a reconocer por la orden.

Todos los soldados estaban en pie y con sus armas.

Oaxaca es sangre de libertad.

Pasóse la noche con la mayor inquietud.

Al día siguiente, que ya las tropas se habían declarado pronunciadas, rompieron el fuego sobre la guardia nacional y comenzaron los estragos de la guerra.

La guardia nacional se batía arrogantemente; pero ya les iban faltando los pertrechos y la situación se hacía sumamente comprometida.

El general García estaba arrepentido; tocó varias veces parlamento, y el fuego seguía y seguía sin interrupción hasta las diez de la noche de ese día, en que volvió a oírse el toque, y el teniente coronel Ignacio Mejía celebró un convenio, siempre protestando sumisión al Gobierno General, comprometiéndose a disolver la guardia nacional, entregando armamento, vestuario, etc., etc., y todo lo que tenía a su cargo.

Juan, que era su ayudante, corrió a Santo Domingo, gritando:

—¡Nos ha vendido el jefe; es necesario pelear antes de entregarnos como borregos!

Hubo una indignación general, declararon separado a Mejía, y ya sin jefe, siguió la lucha, y los relances atrevidos del combate y los empujes atrevidos y los encuentros desesperados.

Juan, en medio de aquel torbellino, se portaba como un héroe.

Pero aquellos hombres eran un puñado contra las tropas y al fin se batieron en retirada y se dispersaron sin entregarse al enemigo, que quedó posesionado y dueño de la ciudad.

## V

Como el general García tenía miedo al Gobierno General, estaba vacilante.

Entonces los frailes hicieron otro pronunciamiento capitaneado por Villareal, desconociendo a Juárez y a García, y proclamando la religión y fueros.

—Rehabilítense usted, mi general—le decía Juan al gobernador—, ya que tuvo usted un acto de debilidad.

El gobernador se puso al frente de las tropas.

Juan se mezcló con los que iban a combatir.

Los sublevados se amilanaron, y con intervención de un fraile, Margarito Maldonado, entraron en ajustes, entregándose a disposición del general García.

El señor Juárez hizo su entrada en Oaxaca.

Juan recibió el grado de teniente coronel, y marchó a México a incorporarse a su regimiento.

## VI

Por aquellos días, un estudiante de Derecho del Seminario de Oaxaca, abandonaba el aula y se inscribía en el registro de la guardia nacional.

Era alto, pecho saliente, moreno, cabello negro, mirada inquieta y nerviosa; se inyectaban sus pupilas de sangre, como las de Moctezuma II; abría la nariz, como si desde entonces aspirara el viento de las batallas, ese acre torbellino que se condensa con el olor de la pólvora, las nubes de tierra, el sudor de los hombres y de los caballos.

El destino de aquel hombre tiraba los dados, como en la tienda de César, la víspera de Farsalia.

Tenía un nombre oscuro: apenas se llamaba Porfirio Díaz.

## VII

La República estaba incendiada en los momentos en que el general Comonfort, después de horribles vacilaciones, tomaba posesión de la Presidencia de la República.

El general Alvarez dió su despedida a la capital y marchó con sus legiones a las montañas del Sur.

«Pobre entré a la Presidencia y pobre salgo de ella; pero con la satisfacción de que no pesa sobre mí la censura pública, porque, dedicado desde mi tierna edad al trabajo personal, sé manejar el arado para sostener a mi familia, sin necesidad de los puestos públicos, donde otros se enriquecen con ultraje de la orfandad y de la miseria.»

¡Marcha en paz, venerable anciano, seguido de tus huestes, de esas multitudes que han regado con su sangre el suelo de la patria y los campos de la libertad!

Para ti y para ellas, están abiertas las páginas de la historia y las claras fuentes de los afectos nacionales.

¡Tu recuerdo vivirá eternamente entre esas rocas abruptas, como las cifras de tu nombre y de tu fama, y los ecos de la historia los recogerán los vientos del Pacífico para devolverlos a la tierra en que naciste!

¡Marcha en paz; has realizado una de esas revoluciones que harán época en los anales de la humanidad; tú serás una memoria de veneración para la tierra mexicana, y, como el incienso de la patria, levantarán su nube de perfumes, esas coronas de flores y de siemprevivas que bordan los mármoles de tu sepulcro!

### VIII

El partido moderado estaba en medio de las recrudescencias conservadoras y los ímpetus del radicalismo.

Ese partido presenciaba con los brazos cruzados las luchas sangrientas y no tenía más oficio que apoderarse jesuíticamente de todas las situaciones.

Comonfort era el alma del partido moderado.

Todos sus ministros fueron escogidos en aquel núcleo y la situación se hizo netamente moderada.

Entre los ministros estaba el eminente ciudadano Miguel Lerdo de Tejada.

Como había sido subsecretario de Fomento en la administración de Santa Ana, los liberales estaban desconfiados.

Cuando recogía los datos de la Estadística, la Prensa se burlaba, decía que aquello era un Calendario de Galván.

Aquel hombre meditaba en silencio una grande idea, que de seguro no la comunicó a Comonfort.

Llegó al ministerio, se apoderó de su momento histórico, y dió la ley de Desamortización, el 25 de junio de ese año tan lleno de acontecimientos.

Comenzó por dejar en pie el ejército de Santa Ana y mandado por sus propios jefes, que eran muy «pundonorosos», y que con todo el pundonor se pasaban al enemigo.

Se tenía aversión al partido «puro», y se plegaba a esos mismos frailes que recorrían los campos con el crucifijo en

la mano, dando vivas a la revolución y pidiendo el exterminio de los liberales.

El 12 de diciembre de ese mismo año de 1855, tan memorable en la historia, las campanas tocaban arrebato en la ciudad de Puebla.

El pueblo en tumulto recorría furioso las calles, le habían hecho creer que iban a desterrar al obispo, y los frailes mezclados con las mujeres, las azuzaban al escándalo.

Al mismo tiempo, en el pueblo de Zacapoaxtla, sierra de Puebla, el cura Ortega hacía un pronunciamiento sublevando a la indiería al grito de «¡Viva la religión!».

El coronel Osollo, que debía figurar en grande escala, se adhirió al pensamiento religioso.

Donde estallaba un motín, allí estaba capitaneado por un cura, y tenían razón, comprendían que llegaba la última hora y se defendían valientemente.

Comonfort quería una cosa imposible: navegar entre dos aguas.

El general Llave, el inmortal Llave, marchó sobre los pronunciados, y sus tropas se pasaron al enemigo.

La brigada Castillo, en quien tanta confianza tenía el Gobierno, hizo otro tanto.

Todo esto era la consecuencia de aquella política metódica y reaccionaria.

Osollo ostentaba una legión de cruzados, sus tropas llevaban al cuello medallas y escapularios.

Marcharon sobre Puebla, donde después de muchos días de asedio, capituló honrosamente el general Traconís, saliendo a bandera desplegada y tambor batiente de la ciudad.

### IX

Entramos en los primeros días del año de 1866.

El 27 de enero celebraban un gran convite las guardias nacionales en el Bosque de Chapultepec, ante la revolución que levantaba victoriosa el estandarte de la Cruz en la ciudad de Los Angeles.

En la glorieta principal se había colocado un dosel con dos trofeos a los lados; en uno se leía: «¡Viva el Ejército!»; en otro: «¡Viva la Guardia Nacional!».

El dosel lo ocupaba el Presidente de la República.

La concurrencia era inmensa.

La juventud se había apoderado de la fiesta.

Grupos de oficiales alegres y revelando gran entusiasmo y valor, recorrían las alamedas.

Manuel vestía el traje nacional, arrogantemente, lo mismo que sus compañeros.

Mario estaba perfectamente, y «Juan Gallinazo», con su calzonera plateada y un sombrero galonado, bromeaba a sus compañeros, mientras llegaba el Presidente.

- Están hechos un brazo de mar.  
 — Sí—dijo Manuel—; mira los cuerpos de la guardia nacional, qué bien plantados.  
 — Observa—dijo «Juan Gallinazo»—que corre viento de Fronda.  
 — Como que vamos a salir a campaña; la reacción se atrinchera en Puebla, nos espera con ansia y nosotros deseamos la pelea.  
 — Ese maldito resto de ejército nos está dando una jaqueca.  
 — Es que la reacción se bate en retirada.  
 — Sí, pero se bate.  
 — Y tú—dijo «Juan Gallinazo»—¿crees en la buena fe de estos soldados?  
 — Yo no creo nada—contestó Manuel—; todos nos han de traicionar, comenzando por Zuloaga.  
 — Lo hicimos prisionero en Nusco con toda su brigada y está muy agradecido porque se le ha dejado el mando.  
 — Yo desconfío mucho, desde Comonfort.  
 — ¡Hombre!  
 — Sí, a mí no me gustan los términos medios, ahora viene el arzobispo a bendecir las banderas, cuando el obispo de Puebla está bendiciendo las de la reacción; dime, ¿cuál de las dos bendiciones vale? ¿De qué parte se pone el cielo?  
 — Es verdad; todas éstas son bribonadas.  
 — Majaderías, más bien, de este Presidente sustituto.  
 — Si el clero está en contra nuestra, si este arzobispo ha protestado contra la ley de fueros, es una irrisión y un ridículo para nosotros, el que este fraile venga a una ceremonia liberal, cuando en el fondo nos aborrece.  
 — Todo esto—dijo Manuel—no es tan en balde; la tropa que siempre es ignorante, ve aquí al arzobispo, y sin querer se acostumbra a estar sumisa a la Iglesia.  
 — Estamos mal—observó «Juan Gallinazo»—; todos estos soldados nos ven de reojo y más en estos momentos, en que la crema de la reacción está pronunciada en Puebla.  
 — Veremos qué pasa; nosotros y todo el partido liberal estamos resueltos a la lucha, le tememos a esta jugada, que es muy peligrosa.  
 — Allí está la montaña—dijo «Juan Gallinazo»—; volveremos a empezar: ésta es la cuestión.  
 — ¡Listos!—dijo Mario.  
 Manuel se quedó pensativo.

## X

El bosque de Chapultepec estaba inundado de gente; cinco mil hombres formaban la guardia nacional y los vistosos batallones se tendían por todas las calzadas.

Los clarines tocaron marcha, anunciando la llegada del Presidente.

Tomó asiento bajo el dosel, y comenzó la ceremonia. El arzobispo bendijo las ocho banderas de los batallones. Los padrinos llevaron los estandartes al dosel presidencial y comenzaron a desfilar los cuerpos, siendo el primero el de «Independencia».

Resonó un aplauso en todo el bosque y gritos de vivas; porque ese batallón era el que había peleado en Churubusco.

El general Comonfort fué entregando las banderas, en tanto que una salva prolongada de artillería, saludaba a aquellos estandartes, que pronto flamearían en el campo de batalla.

Concluída la ceremonia, siguió un gran banquete ofrecido por el Presidente a la oficialidad de la guardia nacional.

Había un gran regocijo, aquello era un campamento, la víspera de un combate.

El general Zuloaga se levantó y con la copa en la mano, dijo:

«La brigada de mi mando, reitera el juramento de fidelidad que tiene prestado: los jefes, oficiales y soldados que la forman, no mancharán su hoja de servicios con una defección siempre criminal.

Si algunos militares han abandonado traidoramente sus banderas, nosotros estamos resueltos a morir defendiéndola para demostrar con hechos que el honor, que es la primera virtud de un soldado, es la única norma de nuestras acciones.»

Un gran aplauso contestó a la alocución de Zuloaga, que había de ser antes de un año el foco inmundo de la traición a las instituciones.

Manuel dijo al oído de «Juan Gallinazo»:

— Lo mismo dijo el general Severo Castillo, y se ha pasado al enemigo con armas y bagajes.

— Todos son unos pícaros, pero es necesario hacerles creer que los creemos, por si tienen vergüenza siquiera, ahora que vamos sobre Puebla.

— Estos nunca tienen vergüenza.

— Es verdad.

Continuaron los brindis con el mayor entusiasmo; pero muy poco se ocultaba el cariz de la situación; todo era a fuerza, se fingía la espontaneidad, faltaba la fe y la lealtad: todos pensaban como los estudiantes, más aún, lo sentían.

## XI

Un coronel marcadamente reaccionario, decía en voz alta:  
 — Veremos si es lo mismo disparar botellas de champaña que cañones de a treinta y seis.

— Ya los hemos disparado mucho—dijo «Juan Gallinazo».

— Puede ser—dijo el coronel.

— No lo ponga usted en duda; creo que usted era del ejér-



cito de Santa Ana, puesto que está en la brigada Zuloaga, y recordará los combates del Coquillo y del Peregrino.

- Allí triunfó S. A. S.
- No entiendo a usted—dijo Juan con marcada intención—. ¿Esa Alteza Serenísima era mujer?
- Era hombre, y más que otros que blasonan de serlo.
- Entonces sería más hombre que usted.
- Y que otros—contestó el coronel.
- Nos explicaremos. ¿Quiere usted insultarme?
- Puede ser—contestó el coronel.
- Pues quiero ver si esa espada que lleva usted al cinto es adorno monjil o prenda de soldado.
- La probaremos—contestó el coronel, pálido de coraje.
- Busquemos en el bosque un lugar a propósito.
- Es que usted no tiene espada.
- Es verdad, pero la tienen mis amigos y me la prestarán por unos momentos.
- Aquí está la mía—dijo Manuel, reconociendo al coronel Altúnez; pero nada quiso decirle a «Juan Gallinazo».
- Me parece—dijo Altúnez, dirigiéndose a Manuel—que nosotros ya nos conocemos.
- Probablemente; y si usted gusta tomaré el turno.
- Por ahora voy a entenderme con el señor.

## XII

- Llegaron a lo profundo del bosque.
- Un oficial, alto, moreno, ancho de espaldas, bigote negro y ojos del mismo color, había seguido a los contendientes.
- ¡Hola, Armando!—dijo Juan, estrechándole la mano.
  - He venido, por si se ofrece en este lance de honor, mi presencia como testigo.
  - Si este caballero lo acepta...
- El coronel vió al oficial con alguna desconfianza; pero dirigiéndose a él, le dijo:
- Acepto, caballero; entre hombres de honor no puede haber felonía.
  - Es verdad, pero la forma antes que todo.
  - Nos batiremos a primera sangre.
  - A lo que salga—dijo «Juan Gallinazo», a quien se le había subido a la cabeza la sangre suriana.
- Se despojaron de sus trajes y tomaron sus espadas. Se dió la señal.
- «Juan Gallinazo», que era terrible y acostumbrado a luchar cuerpo a cuerpo, se lanzó con tal ímpetu, que el coronel perdió el terreno y retrocedió diez pasos.
- Juan se detuvo; al coronel no le faltaba valor y aguijoneado con la presencia de los testigos, ensayó un asalto, que Juan resistió con gran habilidad.
- Descansaron unos minutos y continuó el combate.

Juan estaba desesperado, se había transformado en una fiera. Tomó una táctica desconocida. No dirigía la punta de su espada al enemigo: comenzó a chicotearlo por todas partes, desmoralizando por completo al coronel.

- Este no es un duelo, es una cobardía—gritó Altúnez.
  - Entonces a la carga—dijo furioso «Juan Gallinazo»; y después de dos o tres relances, se tiró a fondo y atravesó por el costado a su adversario.
- El coronel dejó caer la espada y presa de un desvanecimiento, cayó, azotando su cabeza en las raíces de un ahuehuete. Armando cargó al coronel, lo puso en un coche y partió a todo escape.

## XIII

- Ya va uno de nueva cuenta—dijo Juan, entregando la espada a Manuel.
  - ¡Muy bien!—dijo Mario—Te has portado como cuando nos robábamos las gallinas.
  - Ese coronel pertenece a la familia.
  - Ya que estás tranquilo y vencedor, voy a revelarte un gran secreto.
  - Al momento—dijo «Juan Gallinazo».
  - Pues has de saber que ese coronel...
  - ¡Concluye, con mil diablos!
  - Pues ese coronel es tu rival, es el coronel Altúnez, que te sopló a Etelvina.
  - ¡Cuerpo de Cristo!—gritó el suriano—Si lo sé, lo hago picadillo.
  - Con una es suficiente; ya estás vengado.
  - Esto merece unas copas.
  - Mario se acarició el pescuezo.
  - ¡Demonio! Has bebido como un alemán—dijo Manuel—y todavía te preparas como si acabaras de pasar el desierto.
  - Es que tengo secas las fauces, el duelo me ha emocionado.
  - Eso no vale nada—dijo «Juan Gallinazo»—y menos cuando se tiene delante a un mentecato.
  - Ese hombre tenía en su mirada el relámpago del odio.
  - Era natural; estaba entre enemigos.
  - Si vive, se venga.
  - Hará bien—dijo Juan—; si lo vuelvo a encontrar, le cobro lo de Etelvina.
- Entraron los tres a la cantina, y bebieron toda la noche. Al día siguiente, «Juan Gallinazo» no sabía cómo llegó al hotel.
- Manuel y Mario no se daban cuenta de lo que había pasado; hasta el duelo era una pesadilla.

## XIV

Armando los despertó.

— Son las doce—dijo el joven oficial—y duermen como unos condenados.

— ¡Armando!—gritó Juan—¿Cómo sigue ese pobre diablo? Muy mal; está gritando como una hembra, pero el médico no lo encuentra de gravedad.

— Pues lo siento, quisiera que se hubiera «atirantado».

— Por ahí van mis deseos—dijo el oficial.

— Siéntate; y ¿qué tomas?—gritó Manuel.

— Tomaremos el ajeno, porque supongo que me convidarán a almorzar.

— Es inútil—dijo Juan—; ya te convidaste solo.

Mario tocó el timbre y apareció el mozo.

— Trae ajeno para todos.

— Y coñac—agregó Armando—; el aturdimiento del ajeno me lo curo con coñac.

— Conservaré la receta—dijo Manuel.

— Eslabonaremos la de anoche con la de ahora—dijo Mario.

— La vida es una cadena—exclamó Juan, en tono de melodrama.

Quando el mozo trajo el ajeno, Mario le dijo:

— Sirve aquí el almuerzo y dile a Mr. Coquelet que nos entregamos en sus manos, que tenemos una gran visita y venga a tomar con nosotros la copita.

A poco se presentó Mr. Coquelet con su delantal y gorra blanca, el rostro alegre y diciendo multitud de chistes franceses.

— Buen apetito, señores.

— Mucha salud, Mr. Coquelet. ¡Honor al artista!

— Gracias, gracias.

Esta atención con el cocinero, es de rigor, si se quiere almorzar bien.

Coquelet, el cocinero de «Petit Versailles», cumplió como... un buen cocinero.

El almuerzo fué suculento.

A los postres y al son del champaña, «Juan Gallinazo» le dijo a Armando:

— Mi querido capitán, ¿en qué diablos han parado tus negocios?

— En lo de todos los días.

— Tenemos historia—dijo Manuel.

— Todos nosotros—dijo Armando—adolecemos de la misma enfermedad.

Las familias están muy católicas, y nosotros en la revolución; hay antagonismo de ideas y nos arrojan de las casas y nos hacen la guerra y nos arruinan.

— Es verdad—dijo Manuel—: nosotros somos unas víc-

timas de la religión; merced a ella nos han puesto en un disparadero.

— Figúrense ustedes que el padre de mi novia pertenece a la honorable cofradía de cocheros del Viático.

No se cambia el viejo ni por el rey de Túnez, cuando va montado en las mulas pintas de la estufa dorada y rodeado de faroles con penachos de cristal, y de cantores, etc.

Mi suegra pertenece a la «vela perpetua», la guardia del Santísimo Sacramento.

Con el escapulario rojo y oro al cuello, y el cirio en la mano y secreteándose con todas las beatas, se cree una emperatriz.

Mi pobre Rosa es la víctima; la única ventaja que tiene es que de nada se asusta.

— ¡Bravo por la niña!—gritó Manuel.

— Ya tú la conoces—dijo Armando—; me acompañabas a darle serenatas.

— Me acuerdo que una noche me atreví a cantar y me arrestó la policía por desentonado.

— Hizo muy bien—dijo Mario.

— ¡Cuántas dificultades he tenido!... Desesperado de no poder hablar con Rosa, porque hasta los balcones tienen candado y las azoteas unas citarillas altísimas y cuajadas de vidrios, me arriesgué a una tentativa peligrosa.

— Veamos cuál, siquiera para aprender algo nuevo—dijo Mario.

— Me disfracé de clérigo, y una tarde ya al oscurecer, entré en la parroquia, y me metí en un confesionario.

Rosa se acercó devotamente y estuvimos platicando más de media hora.

— Gran regaño te ha echado el padrecito—dijo la vieja—; me alegro; pero noto que tienes una cara de pascua..., la poca vergüenza y la ninguna contrición.

— Rosa no podía estar compungida; habíamos tenido un momento de felicidad.

Quise repetir la aventura; pero el sacristán me olió la podrida, y cuando estaba en el confesionario, se presentó con el cura y la madre de Rosa, y me han armado un escándalo, que lo supo el comandante general y fuí a dar a Santiago, por un mes.

La vieja desde ese día inspeccionaba a todos los frailes.

He tocado los extremos: me fingí ciego y entré a la casa con mi perro; pero desgraciadamente la señora tiene una perrita chihuahueta.

Verla mi perro y lanzarse sobre aquella doncella encarcelada, todo fué uno.

— ¡Fuera! ¡Fuera ese perro!—gritaba la señora, tirándole de la cola a mi guía.

Yo me olvidé de mi papel, y abriendo los ojos, le dije:

— Ya me lo voy a llevar; no tenga usted cuidado.

La vieja me reconoció, tomó un garrote, y si no bajo a tra-  
mos la escalera, me deshace las costillas.

En cuanto al perro, llegó a casa oliendo a pachulí; porque  
la señora perfumaba a la perrita todos los días.

Se ha dado orden en la casa de que no entren ciegos ni  
perros.

—Pues ya no puedes volver a la casa—dijo Mario.

—Estoy con mucho cuidado; hace ocho días que Rosa ha  
desaparecido de la casa.

Los criados, a quienes tengo a sueldo económico, no han  
podido indagar nada; hay una reserva de beatos, que me será  
imposible sacarles una palabra.

—¿Dónde diablo se la habrán llevado?—dijo Manuel.

—No sospecho nada; pero ella me avisará en cuanto pue-  
da. Yo sigo a la señora a todas partes, le tengo espías al co-  
chero del Viático, acecho cuanto puedo; pero no atino, estoy  
a oscuras.

—Lo peor de todo—dijo Manuel—, es que ya estamos  
oyendo el toque de marcha. Puebla nos está llamando.

—Ella sabrá que salimos a la campaña, y acaso con mi  
ausencia recobre la libertad y pueda escribirme. ¡Demonio!  
Yo estoy enamorado hasta los huesos.

—El día que volvamos—dijo Manuel—, como ha de ser vic-  
toriosos, sin más ni más nos casamos.

—Tal es mi deseo—dijo Armando—, porque esa mujer es mi  
vida; ya he tenido muchas calaveradas.

—Y piensas hacer la última—dijo «Juan Gallinazo».

—Sí, mi cuerpo está en Cuernavaca, pero ya recibí orden  
de acercarse a Puebla; en el campo nos veremos.

Los cuatro nos cuidaremos; llevo además un médico.

—¿Y para qué sirven los médicos?—dijo «Juan Gallinazo».

—Si no me lo llevo para que me cure, sino porque es un  
muchacho amigo de colegio, que tiene por mí gran cariño:  
Juan Díaz Covarrubias.

—¡Demonio!—exclamó Armando—Lo conozco: es hijo de  
un poeta veracruzano, y tiene unas hermanas guapísimas.

—Ya las conozco—dijo Manuel—; pero Eva es la primera  
mujer del mundo.

—Pero la Pantoja te va a dejar hecho un Adán.

—No importa, yo la amo.

—Terminó la mesa—dijo «Juan Gallinazo»—. Mario y yo  
tenemos un asunto de urgencia.

Llamaron a la puerta.

—¡Adentro!—gritó Manuel.

Se presentó un criado y dió una carta al estudiante.

La abrió violentamente y palideció.

—Toma—dijo al criado, y le dió una moneda.

—¿No hay respuesta?

Manuel sacó una tarjeta, escribió dos palabras y la entregó  
al criado.

—Armando, pasearemos toda la noche y al oscurecer te  
marcharás por donde te diere la gana.

—¡Listo!

Los amigos se separaron para volverse a reunir en el cuar-  
tel de rifleros.

## CAPITULO VII

## ADIOSES Y TERNEZAS

## I

La esposa del señor de Rentería estaba en una visita de con-  
fianza, en una de las casas más preciosas de Tacubaya.

La señora Pantoja había comido y bebido fuerte, se recostó  
en un confidente a dormir la siesta.

Eva salió con las jóvenes amigas al jardín.

Serían las tres de la tarde.

El sol apenas entraba por las enramadas llenas de campá-  
nulas azules y de frescas rosas, que se mecían a las caricias  
del viento.

Corría un ambiente de perfume y se oía el ruido del agua  
que caía en chorros de cristal, chocando con la superficie lle-  
na de espuma, que daba iris a la luz del sol.

Las violetas bordaban los arroyuelos, donde se asomaban,  
como en un espejo, las ramas de los fresnos.

Los cenadores con sus persianas verdes, sustentaban en-  
redaderas y se vestían con esas pompas graciosas de la pri-  
mavera.

El cielo de un azul purísimo se sembraba de nubes blancas  
que se convertían en encajes sobre aquel manto espléndido  
y bellissimo.

Era la hora de la siesta, en que los párpados se cierran con  
esa voluptuosidad que da el calor, interrumpido por los gol-  
pes de un aire fresco y lleno de aromas.

La vejez dormita y la juventud se arrulla.

Allá los horizontes lejanos del pasado.

Acá los celajes del presente con todas sus ilusiones.

Las aves que se encuentran en el Océano de la vida.

¡Lo que se va, con todos sus desengaños!

¡Lo que viene, con todas sus esperanzas!

El árbol que se inclina sobre el barranco de la muerte.

El arbusto que se yergue y toca el cielo con su ramaje.

¡El saludo y el adiós que se confunden en un beso eterno,  
para bifurcarse en el terreno escabroso de la existencia!

## II

—Voy a hacerles una confidencia—decía Eva a sus amigui-  
tas.

—Habla, Eva, que ya te escuchamos.

La vieja me reconoció, tomó un garrote, y si no bajo a tra-  
mos la escalera, me deshace las costillas.

En cuanto al perro, llegó a casa oliendo a pachulí; porque  
la señora perfumaba a la perrita todos los días.

Se ha dado orden en la casa de que no entren ciegos ni  
perros.

—Pues ya no puedes volver a la casa—dijo Mario.

—Estoy con mucho cuidado; hace ocho días que Rosa ha  
desaparecido de la casa.

Los criados, a quienes tengo a sueldo económico, no han  
podido indagar nada; hay una reserva de beatos, que me será  
imposible sacarles una palabra.

—¿Dónde diablo se la habrán llevado?—dijo Manuel.

—No sospecho nada; pero ella me avisará en cuanto pue-  
da. Yo sigo a la señora a todas partes, le tengo espías al co-  
chero del Viático, acecho cuanto puedo; pero no atino, estoy  
a oscuras.

—Lo peor de todo—dijo Manuel—, es que ya estamos  
oyendo el toque de marcha. Puebla nos está llamando.

—Ella sabrá que salimos a la campaña, y acaso con mi  
ausencia recobre la libertad y pueda escribirme. ¡Demonio!  
Yo estoy enamorado hasta los huesos.

—El día que volvamos—dijo Manuel—, como ha de ser vic-  
toriosos, sin más ni más nos casamos.

—Tal es mi deseo—dijo Armando—, porque esa mujer es mi  
vida; ya he tenido muchas calaveradas.

—Y piensas hacer la última—dijo «Juan Gallinazo».

—Sí, mi cuerpo está en Cuernavaca, pero ya recibí orden  
de acercarse a Puebla; en el campo nos veremos.

Los cuatro nos cuidaremos; llevo además un médico.

—¿Y para qué sirven los médicos?—dijo «Juan Gallinazo».

—Si no me lo llevo para que me cure, sino porque es un  
muchacho amigo de colegio, que tiene por mí gran cariño:  
Juan Díaz Covarrubias.

—¡Demonio!—exclamó Armando—Lo conozco: es hijo de  
un poeta veracruzano, y tiene unas hermanas guapísimas.

—Ya las conozco—dijo Manuel—; pero Eva es la primera  
mujer del mundo.

—Pero la Pantoja te va a dejar hecho un Adán.

—No importa, yo la amo.

—Terminó la mesa—dijo «Juan Gallinazo»—. Mario y yo  
tenemos un asunto de urgencia.

Llamaron a la puerta.

—¡Adentro!—gritó Manuel.

Se presentó un criado y dió una carta al estudiante.

La abrió violentamente y palideció.

—Toma—dijo al criado, y le dió una moneda.

—¿No hay respuesta?

Manuel sacó una tarjeta, escribió dos palabras y la entregó  
al criado.

—Armando, pasearemos toda la noche y al oscurecer te  
marcharás por donde te diere la gana.

—¡Listo!

Los amigos se separaron para volverse a reunir en el cuar-  
tel de rifleros.

## CAPITULO VII

## ADIOSES Y TERNEZAS

## I

La esposa del señor de Rentería estaba en una visita de con-  
fianza, en una de las casas más preciosas de Tacubaya.

La señora Pantoja había comido y bebido fuerte, se recostó  
en un confidente a dormir la siesta.

Eva salió con las jóvenes amigas al jardín.

Serían las tres de la tarde.

El sol apenas entraba por las enramadas llenas de campá-  
nulas azules y de frescas rosas, que se mecían a las caricias  
del viento.

Corría un ambiente de perfume y se oía el ruido del agua  
que caía en chorros de cristal, chocando con la superficie lle-  
na de espuma, que daba iris a la luz del sol.

Las violetas bordaban los arroyuelos, donde se asomaban,  
como en un espejo, las ramas de los fresnos.

Los cenadores con sus persianas verdes, sustentaban en-  
redaderas y se vestían con esas pompas graciosas de la pri-  
mavera.

El cielo de un azul purísimo se sembraba de nubes blancas  
que se convertían en encajes sobre aquel manto espléndido  
y bellissimo.

Era la hora de la siesta, en que los párpados se cierran con  
esa voluptuosidad que da el calor, interrumpido por los gol-  
pes de un aire fresco y lleno de aromas.

La vejez dormita y la juventud se arrulla.

Allá los horizontes lejanos del pasado.

Acá los celajes del presente con todas sus ilusiones.

Las aves que se encuentran en el Océano de la vida.

¡Lo que se va, con todos sus desencantos!

¡Lo que viene, con todas sus esperanzas!

El árbol que se inclina sobre el barranco de la muerte.

El arbusto que se yergue y toca el cielo con su ramaje.

¡El saludo y el adiós que se confunden en un beso eterno,  
para bifurcarse en el terreno escabroso de la existencia!

## II

—Voy a hacerles una confidencia—decía Eva a sus amigui-  
tas.

—Habla, Eva, que ya te escuchamos.

— Pues han de saber ustedes que yo tengo un novio.  
 — Yo tengo dos—dijo Eloísa.  
 — Y yo tres—dijo Rebeca.  
 — ¡Jesús!—exclamó Eva—¡Qué corazones tan grandes!  
 — Eloísa mía—dijo Elvira—, queremos decir, dos o tres pretendientes; pero verdaderamente novios, dos: uno Rebeca y otro yo.  
 — Muy bien; pues yo..., yo...  
 — Habla y no nos desesperes.  
 — Pues yo he citado a Manuel y ya está rondando el jardín.  
 — ¡Jesús! ¡Qué escándalo!—dijo Rebeca—¡Rondar el jardín, cuando ya debía estar dentro!  
 Eva le dió un beso a su amigueta.  
 Eloísa tomó la palabra.  
 — Pongamos un plan: tu Manuel se cuela bonitamente por la puerta excusada y nosotras nos apostamos para observar, por supuesto, a tu mamá.  
 Allí, en aquel cenador, es el lugar más a propósito para no ser vistas.  
 — Buen lugar—dijo Eva.  
 — Como que nosotras lo hemos preparado.  
 Todas se echaron a reír.  
 Aceptado el plan de Rebeca, se pusieron de centinelas las jóvenes, y Eva se dirigió al cenador, donde Eloísa había hecho entrar a Manuel.  
 — ¡Eva!—gritó el capitán, y estrechó entre sus brazos a la joven, besándole la cabeza, aquella cabeza tan encantadora.  
 Ella se estrechó al seno de su amante como una paloma que se ampara de la tempestad.  
 Tomaron asiento, y con las manos estrechadas y casi confundiendo su aliento, comenzaron a hablar, es decir, a pronunciar palabras incoherentes.  
 Manuel veía a aquella mujer con una ternura inmensa, la amaba con delirio, era su existencia.  
 — ¿Me amas?—le dijo al fin, aquella niña tan pura y candorosa.  
 — ¡Te idolatro!—exclamó Manuel, fijando sus claros ojos en las negras pupilas de Eva.  
 — ¿Tendrás valor para soportar por mí todos los infortunios que nos amenazan?  
 — Todos, todos; el sacrificio de la existencia, nada es comparado con este solo instante.  
 — Pues bien—prosiguió Eva—; estamos al separarnos.  
 Manuel se puso pálido, interrogando con su mirada y con su aliento a aquella mujer que era el símbolo de su destino.  
 — Yo veo algo extraño en mi casa; los clérigos se secretan, están disponiendo todo, como para un viaje.  
 — ¡Te seguiré hasta el fin del mundo!  
 — Mi papá nada dice, está muerto de dolor con la ausencia de Carolina.

Manuel guardó silencio.  
 — Yo veo—continuó Eva—que una tempestad se cierne sobre nosotros, y tengo miedo de que tu fe desfallezca.  
 — ¡Nunca! ¡Nunca!  
 — Mira, Manuel, donde yo vaya irá mi amor; tú estás en todo mi ser, no sé si en mi corazón o en mi pensamiento, porque te hablo, platico contigo y te acaricio como ahora, y si supiera que tú me olvidaras, ¡moriría de dolor!  
 Dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas de la joven, y Manuel las bebió con ardientísima amorosa.  
 — Pues bien; yo también voy a partir; la guerra me llama.  
 — ¡No, no, eso nunca!—gritó Eva.  
 — Vida mía, mi deber de mexicano, el mismo amor que siento por ti, me obligan a arrostrar esos peligros.  
 — ¡Manuel, yo tengo miedo!  
 — Nada temas; tu imagen va conmigo y me resguarda y me defiende.  
 Yo volveré para ser feliz a tu lado, mi carrera está concluida; esta campaña es de un momento y nuestro es el porvenir; yo te lo juro.  
 — ¿Cómo saber de ti?  
 — No lo sé; pero si se realiza tu viaje, avísame, y a mi regreso te buscaré, poca es la tierra para ocultarse, yo daré contigo, porque el amor es invencible.  
 — Así te quiero; ¡valiente, enamorado!  
 — Tú me inspiras, Eva; ¡yo te idolatro!  
 En aquel momento se oyó la tos de Eloísa.  
 — Me voy—dijo Eva, levantándose, y dió un beso ternísimo en la frente a su amante.  
 Manuel estrechó aquella cintura de niña, reclinó la cabeza sobre el corazón palpitante de la joven y loco de amor y de alegría, exclamó:  
 — ¡Es mía!  
 Luego que Manuel se encontró solo, las lágrimas de la desesperación asomaron a sus pupilas.  
 ¡Solo! Solo en la vida, pobre desheredado, sin fortuna, ¿por qué he aspirado a tu amor que está tan lejos?  
 ¡Pero hay algo en mí que me levanta!...  
 Lucharé con el destino, con ese fantasma armado, implacable y cruel; pero sumiso cuando se le combate... La fe respaldada en mi corazón e ilumina mi cabeza... Ya estoy delante de la vicisitud y del peligro... ¡Valor!

## III

El clero había despertado la lucha en el seno social.  
 La mujer fanatizada y el hombre a medio fanatizar.  
 La mujer fuerte en su entereza, el hombre vacilante con sus creencias de ayer y sus temores.

Largos años de abatimiento, resucitando al soplo de una revolución.

Combatir todo lo que ha imperado desde hace tantos años.  
Sobreponerse a todas las preocupaciones, despedazar todas las quimeras, romper el ídolo y el altar y pararse sobre las cenizas de una época.

Sentir el olcaje del pasado arrollando el espíritu.

Sentir las sombras invadir el cerebro.

Romper con la costumbre antigua, desligarse de los eslabones de una cadena de cuatro siglos y entrar con planta vacilante todavía, en el camino del progreso.

¡Qué metamorfosis tan tremenda!

¡Dejar el caos, para entrar en la majestad de la creación!

¡Renegar del génesis, para ir a encontrar la forma moderna!

¡Cuántos sacrificios y cuántas abnegaciones!

La virgen arrancada de su amor, ante el anatema de la herejía.

Convertir al hombre en un demonio y en una hidra a la mujer despreocupada.

Maldecir al hijo que ha pasado el abismo y está del otro lado.

Renegar de la hija porque rompe las vendas del fanatismo.

Dejar el campo regado de víctimas para clavar una cruz como sobre un sepulcro.

¡Esto era el combate de aquellos días, que llenaron de lágrimas los hogares y de sollozos el cielo!

Aun existe algo de fuego bajo el caliente rescoldo de aquella época.

#### IV

Los amigos se dirigieron al Palacio Nacional, a presenciar la solemne apertura del Congreso Constituyente que abrió el 18 de febrero sus grandes debates.

Iba esa Asamblea compuesta de lo más grande y notable de la nación y del partido liberal, a pensar y discutir el Pacto Fundamental de la tierra mexicana.

Día histórico que marcaría una etapa gloriosa.

El pasado se hundiría, como un edificio que se derrumba.

La sociedad vieja se estremecía y los mismos hombres de la revolución temblaban de aquella obra magna que iban a emprender.

Se fundiría en el gran Código toda una época de vacilaciones y de inquietudes.

Al fin, entraba en el cerebro de la nación con el esplendor del rayo, la magnífica idea, el pensamiento sublime de la reconstrucción nacional en el seno de la democracia.

Hasta entonces el país no había sido más que el juguete

de los oleajes de la ambición y de la revuelta, ya iba a ser nación.

Aquella constitución sería un lábaro bajo cuya sombra se unirían todas las ideas dispersas, que como chispas, habían salido del cerebro de los hombres pensadores.

Sería la bandera de una gran causa, imperecedera en la historia.

El Presidente estaba hondamente conmovido y leyó casi a media voz su discurso.

Ponciano Arriaga, por el contrario, con voz firme, en nombre del Congreso, que presidía, dijo en tono enérgico su discurso, como el preámbulo de la Carta Magna.

Las galerías estaban plenas y estallaron en grandes aplausos. La salva de artillería anunció a la nación que estaba instalado el Congreso Constituyente y realizada la primera oferta de la revolución.

¡De aquellos hombres que se agrupaban en aquella gigante asamblea, quedan nueve, todos han muerto!

#### V

— Me ha dado calofrío esta ceremonia; ¡caracoles!—dijo Juan, al comandante Armando.

— A mí me ha dado gusto ver a los hombres de la revolución, todos tan patriotas y honrados.

— Ya asistiremos a los debates; eso va a ser una batalla.

— No creo que haya oposición.

Y grande—dijo Juan—; allí están los «moderados» que se han de oponer a la reforma.

— Ya nos cansa el estribillo de: «No es tiempo todavía; más tarde.»

— Tienes razón, pero éste es el momento; para esto han venido; para esto los ha llamado el pueblo.

— Cuando se hable de libertad de cultos, se va a armar la de Dios es Cristo.

— Y si no salen todas esas ideas, más valiera no haber hecho la revolución.

— Mucho me temo queden defraudadas todas nuestras esperanzas.

— Tenemos allí mucho empuje, la prueba es el miedo que tienen los clérigos y los reaccionarios.

— La reunión del Congreso, ante el motín de Puebla, es un triunfo.

— Ya lo creo, es seña de que no se pierde la moral.

— Estamos pisando fuego, querido Armando.

— Ya estamos quemándonos—dijo el comandante.

— Como que dentro de dos días estamos sobre el enemigo.

— Le batiremos el cobre.

— Seguro; siempre que este maldito ejército no se pase a las filas contrarias.

— ¡Pero si ya lo hemos tenido enfrente y lo hemos vencido!

— Más valía, pero una defeción nos descomponen.

— Es verdad, todo está minado y no sabemos a qué atenernos.

— Este señor Comonfort nos está volviendo locos.

— Ya verás cómo va a ser el enemigo más encarnizado de la constitución; está lleno de parientes en los conventos y tiene dares y tomares con los obispos; éste nos pega una, cuando menos se espere.

Como la conversación de los dos amigos, se hablaba en todas partes.

Conjeturas, suposiciones, pronósticos, todo lo que arroja una situación vacilante.

Los acontecimientos estaban próximos y entonces se disiparían las oscuras nubes de la duda.

## VI

El comandante fué a tomar su puesto frente a la casa de Rosa y «Juan Gallinazo» se marchó a jugar una partida de billar.

Mario, con toda la reserva que pudo, se entró en la casa de San Jerónimo.

Caía el crepúsculo de la tarde y la sombra iba invadiendo tenuemente la ciudad.

Comenzaban a centellear los luceros en el fondo claro del cielo y las nubes se teñían de violado después de despedir al sol, que se había hundido en los celajes rojizos del ocaso.

Se anunciaba una de esas noches de invierno, en que el aire penetra hasta la médula, pero noche espléndida en que se abrillantan las constelaciones y ciñen con un arco de luz todo el planeta.

Carolina estaba triste y llena de esa dulce melancolía que embarga el pensamiento en la hora apasionada de los sueños y de las ilusiones... Pensaba en el porvenir, en esa eterna aspiración de las almas amantes y apasionadas.

En esos horizontes sonrosados que se tienden en el sinfín de la existencia.

El poder terrible del sueño irrealizable.

¡La quimera sublime, la aspiración a lo desconocido!...

Entró Mario, y ella se adelantó a recibirlo.

Mario besó aquella preciosa mano y tomó asiento junto a la joven, que era su pasión.

— ¡Cómo has tardado!—le dijo Carolina, con un acento de queja.

— Quisiera estar siempre a tu lado, no separarme ni un solo instante, porque tú eres mi vida; pero temo que me sigan,

tiemblo ante ese silencio insidioso que guarda tu familia, me parece una amenaza terrible.

— No—dijo Carolina—; no le temas a mi padre, es un corazón generoso, hay que esperarlo todo de esos clérigos que tienen dominada a la familia. ¿Qué hará Eva? ¡Pobre hermana mía, nunca nos habíamos separado!

Carolina rompió a llorar como una chiquilla.

— Ya la verás—le dijo Mario—, cálmate, esta situación no puede prolongarse.

— Pero, ¿qué hacer?

Entonces Mario se arrodilló a los pies de su amante, tomó sus manos y fijando sus ojos en las melancólicas pupilas de aquel cielo azul, le dijo con ternura:

— Carolina, ¿serías capaz de un sacrificio por nuestro amor?

— ¡Habla!

— Tengo miedo; me parece que vas a resistirte.

— No comprendo, explícate.

— Pues bien; mañana sale el ejército para la campaña, tengo que partir.

La mirada de la joven se enturbió.

— Yo no puedo dejarte aquí al cuidado de dos mujeres, eso es imposible; además no sé la suerte que voy a correr.

— ¿Tendrás valor para abandonarme?

— No, mil veces no; desertaré de mis banderas.

— Calla, Mario, eso no lo consentiría nunca, la deshonra me espanta... ¡Te aborrecería!

— Gracias, Carolina; ¡tú eres un ángel!

Mario encontró el momento propicio para sus planes.

— ¿Pero dónde guardarte como la prenda de mi vida?

¿Dónde depositar este tesoro de pureza, de amor y de virtud? ¿A quién confiar el secreto de mis esperanzas y de mi porvenir?... ¡Sólo a Dios!

Carolina comprendió la idea de Mario, y no la repulsó; el convento le parecía un lugar a propósito para esperar.

— Oyeme, Carolina, la hermana de mi madre, es la abadesa de la Concepción, yo le diré nuestro secreto, le abriré mi corazón, es buena y ella nos amparará, el convento será el nido donde el ave esperará la alborada de las esperanzas.

— Acepto—dijo Carolina—; quiero apurar hasta el último extremo el sacrificio. ¡Mario, todo por ti, todo por nuestro amor!

Mario reclinó la cabeza sobre el regazo de la joven y lloró de gratitud.

— ¡Así—dijo—, de rodillas delante de ti! ¡Eres una santa!...

— ¡Te amo!—dijo Carolina, con toda la exaltación de aquel cerebro de fuego.

Nada más peligroso que la noche y el amor.

Solos, en aquel retrete elegante y perfumado, la luz velada, el silencio hasta oírse las palpitaciones del corazón, el aliento

abrasando las mejillas y la frente, y el organismo arrojándose en el seno de su destino.

Tocaban al borde de un abismo, cubriendo con flores su espantosidad, cuando se abrió afortunadamente la puerta y entró Juan.

— ¡Me has salvado!—dijo Mario al oído de Juan, dándole un abrazo.

— ¡Bendito Dios!—exclamó la joven.

— Ya sabes—dijo Juan—: mañana por la tarde, estamos sobre el camino.

— Ya lo sé; pero antes tengo que comunicarte nuestro secreto.

— Ya te escucho, hijo mío; alguna locura.

— No; hemos convenido en que Carolina me espere en el convento de la Concepción.

— Bien pensado; allí no hay peligro; haremos de esas viejas una guardia de Napoleón.

— ¿Apruebas nuestra idea?

— ¡Cien veces!—exclamó Juan—Aquí quedaría esta criatura insegura, le faltábamos nosotros y además no estaríamos tranquilos.

— Así lo he comprendido—dijo Carolina—y estoy resuelta. Cesarán mis temores, esperaré porque sé que Mario ha de volver.

— Volverá, Carolina, o lo traeré de una oreja; no faltaba más, sino que se traspapelara; ¡vendrá, yo lo juro!

Carolina le tendió la mano a Juan, que éste besó con respeto.

— ¡Ese hombre tiene un gran corazón, es el mejor de tus amigos, yo lo amo como a un hermano!

— Me va usted a hacer llorar, ¡demonio!, y esto de verter lágrimas un teniente coronel, y suriano por añadidura...

Mario estrechó a su corazón a aquel hombre generoso, bueno y valiente.

— Ahora—dijo Juan—, vámonos al cuartel, y mañana temprano vamos a la abadesa.

— No; esta misma noche; acompáñame.

Mario y «Juan Gallinazo» se dirigieron al convento de la Concepción.

## VII

Sor María del Niño Cautivo era una vieja aristócrata, que había legado al convento todos sus bienes, reservando una parte cuantiosa para algún evento.

Era la superiora más distinguida y gobernaba con gran acierto.

El convento era una pequeña ciudad; ocupaba una manzana entera y era grande su población, que la componían las mon-

jas, las niñas educandas, las criadas interiores, las mandaderas, los sacristanes, acólitos, y hasta los mismos clérigos que oficiaban en el templo de la Concepción.

La superiora daba audiencias a los feligreses, resolvía las cuestiones económicas, tomaba cuenta al mayordomo y vigilaba las obras.

Ejercía suma vigilancia en los bienes; aunque por lo regular quedaban muchos en manos de esos mayordomos.

Acababa de rezar el rosario; la comunidad estaba en refectorio, cuando se oyó el toque de una campana.

— ¿A estas horas?—dijo la superiora.

Una criada le entregó una carta.

Se caló los anteojos, y la leyó tres veces.

— ¿Qué pasará? Que entre ese caballero en el locutorio y que espere.

Mi manto—dijo a sus servidoras; se lo puso, y a la luz de las velas que llevaban tres criadas, bajó las escaleras y se entró en el locutorio.

— ¡Tía!—gritó Mario—Gracias por la bondad de usted.

— Siéntate—dijo la abadesa, mirando al soslayo a su sobrino, a quien amaba tiernamente.

¿Qué te pasa?... ¿Alguna calaverada? ¿No es verdad? ¿Qué puede producir esta revolución sino atentados?...

Ya te vi pasar ayer vestido de payaso, al frente de esas malditas turbas de canallas, que traen conturbada a la ciudad.

Mario la dejó hacer explosión.

— Ya me figuraba que estarías entre esos condenados, hijos de la herejía, rapiñeros y truhanes, que todo lo osan, todo lo talan y nada respetan.

— Tía, por la voz de usted, por su semblante y por su actitud, estoy recordando a mi madre... que en paz goce...

— Calla—dijo la abadesa—; más vale que mi hermana haya muerto, antes que verte mezclado a esas fieras... Vamos, ya supongo que quieres dinero; dispón de lo que necesites.

— No, no eso, querida tía.

— ¿Entonces?

— ¡Míreme usted a sus pies!—Mario se arrodilló.

— ¿Qué te pasa, hijo mío?—dijo la abadesa, dejando su tono de regaño, porque aquel niño era su adoración.

— Tía, que yo soy honrado, que he cometido una falta y vengo a repararla.

La abadesa dió un paso atrás.

— No—dijo Mario—; en el fondo no hay más que virtud.

— ¿Hablarás, de una vez?

— Yo amo a una joven, perdone usted si aun no le había hecho esa confidencia, pero el respeto me ha detenido.

— Está bien... La revolución..., sus efectos...

— Pues bien, la otra noche, hubo una escena terrible, en que por cuestiones políticas, la señora madre de la niña, me abofeteó delante de todos en su sala.



—¿Abofetarte a ti, mi sobrino? Esto es inconcebible... ¡Qué atrevimiento!

—Y más sin justicia, tía.

—¿Y qué hiciste?

—Limpiarme la sangre y salir sin hablar una palabra.

—¡Pero esto es indigno, esto es una infamia!

—Pero lo peor de todo—dijo Mario con timidez—es que mi novia exaltada por aquella humillación, dejó la casa y fué en mi busca.

La abadesa plegó el ceño.

—Yo la llevé a una casa honrada y no la he vuelto a ver.

Le escribí que si quería venir al convento mientras yo concluía mi carrera, y como es virtuosa y honrada, me contestó que estaba dispuesta a todo y que vería a usted como a una madre. ¡Es tan linda Carolina!... Ya la verá usted con sus ojos azules, su talle elegante y su exquisita gracia.

—¡Calla, mundano!—gritó la abadesa.

—No, tía; es para hacerla simpática con usted; la va a querer mucho.

—Por librarte de la perdición y a esa alma de las penas eternas, tráela al momento, esta noche misma, para que no haya escándalo; veremos si más tarde profesas y tú te vas al diablo con tus herejes.

Mario, sin que pudiera evitarlo la monja, le tomó las manos y se las besó cien veces y salió en seguida para traer a Carolina.

—¡Pobre hijo mío!—dijo la abadesa—¡Cuánto le amo!

## VIII

«Juan Gallinazo», que era listo como una ardilla, corrió a San Jerónimo, arregló la ropa de la joven y se la trajo al convento, en cuya puerta esperaba Mario.

Entró Carolina, sobrecogida de miedo, en el locutorio.

Luego que la abadesa vió aquel rostro de ángel, le tuvo una simpatía profunda.

Abrazó a la joven, que estaba llorando.

—Aquí, aquí—decía la abadesa—, las lágrimas refrescan el corazón; estás en la casa de Dios, yo seré tu madre, nada temas, mi cariño y mi benevolencia están contigo.

Carolina se serenó al oír aquellas palabras.

Sentía una lluvia de consuelo que caía en el fondo de su pecho. Encontraba una familia y un santo cariño; estaba satisfecha.

Volvió su mirada a Mario, como si le dijera: ¡Gracias! ¡Gracias! Me has hecho feliz.

—Ahora tú—dijo la monja dirigiéndose a Mario—no te vuelvas a ocupar de mi hija; márchate de aquí y cuando hayas dejado a esos bandidos, ya sabes que cuentas con mi protección.

Mario, que estaba contentísimo, le tendió la mano a su tía y sintió que le dejaba un cartucho con monedas.

—¡Que el cielo la llene a usted de bendiciones!—exclamó y dejó aquel claustro que guardaba el tesoro de su existencia.

La abadesa alojó regimiento a Carolina, a quien también le simpatizaba.

## IX

Cuando la superiora volvió a su celda, tornó a sonar la campana.

—¡Dios mío, qué noche! Esta sí es novedad y grande.

La abadesa recibió una tarjeta.

—Que pasen esos sacerdotes al locutorio—dijo a la Madre Portera.

Volvió a ponerse el manto y bajó al lugar donde la esperaban los clérigos.

—Madre abadesa—dijo uno de ellos—, el señor arzobispo manda esta orden para que recibáis a una joven, a quien tratan de robar esos desalmados de la revolución, el honor de una familia está en peligro, es necesario salvarlo.

La abadesa tomó la orden, le acercaron la vela, y la leyó como acostumbra, tres veces.

—Cumpliré con la orden de S. S. I.

—Aquí está la joven—dijo el otro clérigo, y presentó a una niña llorosa, que veía con espanto aquel claustro.

No hay que llorar—dijo a la joven—; aquí todo es paz y felicidad; no es esa inquisición que pintan nuestros enemigos, ni con mucho; aquí está la libertad de la virtud; alejad todo temor. Dios reciba en su seno a la juventud, a la belleza y a la bondad.

—Venid conmigo, hija mía.

Los clérigos se despidieron encargando la absoluta reserva y la abadesa se dirigió a la celda llevando de la mano a la joven.

—¡Qué muchachas tan bonitas se me han entrado por la puerta! ¡Vamos!, que tienen razón esos zánganos de andar tras ellas; pero aquí se estrellan contra estos muros.

Ya oíré las historias, que han de ser divertidas... ¡El siglo!... ¡El siglo!

Hija mía—dijo la abadesa—, por esta noche tendréis que alojaros en la misma celda de una niña que hoy ha entrado al convento.

—Como guste usted, señora—respondió la joven.

—Sé que grandes peligros os amenazan. Dios os defienda.

La niña no respondió.

—Vais a conocer—dijo la abadesa—a vuestra compañera.

Entróse en la celda, y dijo a Carolina:

—Me haréis la gracia de recibir esta noche en vuestro apo-

sento, a una niña que acaban de traer; está perseguida por uno de esos beduinos, que ha tratado de robarla; consoladla, porque viene muy afligida; venid a convencerla.

Salió por delante la abadesa, seguida de Carolina.

Luego que las dos jóvenes se vieron, se oyó un grito de sorpresa y de alegría.

— ¡Carolina!

— ¡Hermana mía!

Se arrojaron llorando en un abrazo estrecho y fraternal.

— ¿Qué es esto?—dijo la abadesa.

— ¡Somos gemelas!—gritó Eva.

— ¡Gemelas!—repitió la abadesa.

— Sí—dijo Carolina—, y viviremos aquí juntas con nuestra madre.

— Cosa más rara—murmuró la monja, y se santiguó.

Las jóvenes quedaron instaladas y la abadesa se despidió dándoles un beso en la frente, que ellas recibieron de rodillas.

## X

Ya iba a meterse en la cama la abadesa, cuando se oyó el toque de la campana.

— ¡Dios mío!—exclamó—Esta es una noche horrible. ¡Si me traerán otra gemela!...

La Madre Portera entró en la celda.

— Madre abadesa, el señor jefe de los Cocheros del Viático desea hablar urgentemente con V. R.

— ¿Se habrá puesto mala alguna mula? Para eso no vendría a estas horas.

— ¿Qué será, Madre Portera?

— Acaso los «pintos» se hayan robado la estufa del Santísimo Sacramento.

— Callad; y ¿para qué les serviría?

— Para hacer leña y calentarse.

— Puede ser que tengáis razón; abridle al santo cochero.

Volvió a bajar la abadesa al locutorio.

— ¿Hay novedad en las mulas?—dijo la monja.

— No, reverenda Madre; en mi casa es donde la hay.

— Explicaos.

— Pues uno de esos iscaríotes se quiere robar a mi hija Rosa; le he sorprendido una carta con la firma de Armando.

— ¡Pero es buena!—dijo la abadesa—Estos demonios están desatados. ¿Qué quieren?... Ya sé lo que quieren... ¡Muchachas! Pero esto es espantoso, es una persecución desesperada; mañana penetran en los conventos, y son muy capaces, y hasta nosotras peligramos; ya es necesario cuidarse y cuidarse mucho; ya no está uno seguro ni aquí.

— ¿Y serán muy atrevidos?

— Son el diablo, Madre abadesa.

— ¿Y dónde está Rosa?

— Aquí la traigo.

— Pues adentro con ella, y Dios dirá.

— Gracias, reverenda Madre; tened cuidado; porque esos herejes son capaces de todo.

— De todo, de todo—decía la abadesa.

Me llueven niñas esta noche, es un oleaje de doncellas, necesito mucha vigilancia; como descubran el nido, caen aquí como leopardos.

Vaya, pues, señor cochero del Viático, yo cuidaré a vuestra hija.

— Buenas noches, reverenda Madre.

— Es mucho cuidado para este hombre, las mulas, su esposa y la hija.

Después tomó una vela, y dijo a la Madre Portera:

— Ahora a dormir; si vuelven a tocar, que toquen, no abráis a nadie; se van a escurrir aquí todas las vírgenes de la población; andando, y el Señor sea con todos.

El convento se hundió en un profundo silencio.

Una sombra vagaba en derredor, como queriendo ver al través de los muros feudales; era Marió que se despedía de Carolina y le dejaba un adiós entre las sombras de la noche.

## CAPITULO VIII

## SOBRE LA MARCHA

## I

El general Comonfort, a pesar de su política moderada, temblaba ante la idea de una defección.

Sabía que la tropa santanista le era adversa a pesar de sus protestas y temía que a la hora del combate viniese una catástrofe.

El general Degollado, el hombre que ya comenzaba a ser el alma de la revolución liberal, había sorprendido en Guadalupe una conspiración religiosa, acaudillada por los frailes.

Es cierto que fracasaban estas intenciones, pero el estado de reacción era marcadísimo.

El país entero se oponía a la evolución progresista y el riesgo era inminente.

Era necesario jugar el todo por el todo.

Pero aquella política de contemplación no era la a propósito para la lucha.

Comonfort no estaba contento con los avances a que se había arrojado la revolución, se espantaba de su obra, quería detenerse, pero la corriente lo arrastraba.

Sus ministros eran tímidos, no había un espíritu valeroso que los impulsara, y puestos en una barca, con temor, se entregaban al impulso del viento y de las olas.

sento, a una niña que acaban de traer; está perseguida por uno de esos beduinos, que ha tratado de robarla; consoladla, porque viene muy afligida; venid a convencerla.

Salió por delante la abadesa, seguida de Carolina.

Luego que las dos jóvenes se vieron, se oyó un grito de sorpresa y de alegría.

— ¡Carolina!

— ¡Hermana mía!

Se arrojaron llorando en un abrazo estrecho y fraternal.

— ¿Qué es esto?—dijo la abadesa.

— ¡Somos gemelas!—gritó Eva.

— ¡Gemelas!—repitió la abadesa.

— Sí—dijo Carolina—, y viviremos aquí juntas con nuestra madre.

— Cosa más rara—murmuró la monja, y se santiguó.

Las jóvenes quedaron instaladas y la abadesa se despidió dándoles un beso en la frente, que ellas recibieron de rodillas.

## X

Ya iba a meterse en la cama la abadesa, cuando se oyó el toque de la campana.

— ¡Dios mío!—exclamó—Esta es una noche horrible. ¡Si me traerán otra gemela!...

La Madre Portera entró en la celda.

— Madre abadesa, el señor jefe de los Cocheros del Viático desea hablar urgentemente con V. R.

— ¿Se habrá puesto mala alguna mula? Para eso no vendría a estas horas.

— ¿Qué será, Madre Portera?

— Acaso los «pintos» se hayan robado la estufa del Santísimo Sacramento.

— Callad; y ¿para qué les serviría?

— Para hacer leña y calentarse.

— Puede ser que tengáis razón; abridle al santo cochero.

Volvió a bajar la abadesa al locutorio.

— ¿Hay novedad en las mulas?—dijo la monja.

— No, reverenda Madre; en mi casa es donde la hay.

— Explicaos.

— Pues uno de esos iscaríotes se quiere robar a mi hija Rosa; le he sorprendido una carta con la firma de Armando.

— ¡Pero es buena!—dijo la abadesa—Estos demonios están desatados. ¿Qué quieren?... Ya sé lo que quieren... ¡Muchachas! Pero esto es espantoso, es una persecución desesperada; mañana penetran en los conventos, y son muy capaces, y hasta nosotras peligramos; ya es necesario cuidarse y cuidarse mucho; ya no está uno seguro ni aquí.

— ¿Y serán muy atrevidos?

— Son el diablo, Madre abadesa.

— ¿Y dónde está Rosa?

— Aquí la traigo.

— Pues adentro con ella, y Dios dirá.

— Gracias, reverenda Madre; tened cuidado; porque esos herejes son capaces de todo.

— De todo, de todo—decía la abadesa.

Me llueven niñas esta noche, es un oleaje de doncellas, necesito mucha vigilancia; como descubran el nido, caen aquí como leopardos.

Vaya, pues, señor cochero del Viático, yo cuidaré a vuestra hija.

— Buenas noches, reverenda Madre.

— Es mucho cuidado para este hombre, las mulas, su esposa y la hija.

Después tomó una vela, y dijo a la Madre Portera:

— Ahora a dormir; si vuelven a tocar, que toquen, no abráis a nadie; se van a escurrir aquí todas las vírgenes de la población; andando, y el Señor sea con todos.

El convento se hundió en un profundo silencio.

Una sombra vagaba en derredor, como queriendo ver al través de los muros feudales; era Marió que se despedía de Carolina y le dejaba un adiós entre las sombras de la noche.

## CAPITULO VIII

## SOBRE LA MARCHA

## I

El general Comonfort, a pesar de su política moderada, temblaba ante la idea de una defección.

Sabía que la tropa santanista le era adversa a pesar de sus protestas y temía que a la hora del combate viniese una catástrofe.

El general Degollado, el hombre que ya comenzaba a ser el alma de la revolución liberal, había sorprendido en Guadalupe una conspiración religiosa, acaudillada por los frailes.

Es cierto que fracasaban estas intenciones, pero el estado de reacción era marcadísimo.

El país entero se oponía a la evolución progresista y el riesgo era inminente.

Era necesario jugar el todo por el todo.

Pero aquella política de contemplación no era la a propósito para la lucha.

Comonfort no estaba contento con los avances a que se había arrojado la revolución, se espantaba de su obra, quería detenerse, pero la corriente lo arrastraba.

Sus ministros eran tímidos, no había un espíritu valeroso que los impulsara, y puestos en una barca, con temor, se entregaban al impulso del viento y de las olas.

La política febricitante era dueña del terreno, los conservadores fijaban sus esperanzas en Puebla y trataban de corromper con oro la fidelidad de las tropas.

El clero seguía hidrófobo, predicando y alentando a la rebelión.

Había una lucha sorda y encarnizada.

La pérdida de la reacción en Puebla, sería un golpe de muerte para el clero.

Se husmeaba el peligro y ni en manos de Comonfort estaba el conjurarlo.

Era una época que se imponía con toda la fuerza de la historia.

## II

Para neutralizar todo movimiento traicionero del ejército, Comonfort levantó de un golpe diez y seis mil hombres de Guardia Nacional, organizados en batallones, equipados y armados a todo lujo.

En la capital se alistaron todos los miembros de los clubs, siendo los principales los del «Aguila Roja» y la «Reforma», y guarnecieron la capital.

Aquel inmenso ejército se puso en marcha y la reacción supo en Puebla que la iban a combatir.

## III

Reunidos los principales caudillos en el arzobispado, presididos por el obispo Labastida, tuvieron una gran sesión.

— Señor general Haro — dijo Labastida —, ¿tiene usted un buen núcleo de ejército para defender la plaza, mientras cunde la chispa en los Estados de la República?

— Es verdad, Monseñor, pero pronto nos veremos atacados por fuerzas muy superiores — dijo el general Haro.

— En número — contestó Labastida —; no en disciplina. Su Guardia Nacional es de reclutas, mientras que los nuestros todos son aguerridos.

— Es cierto, Monseñor, pero la simple defensa no es de éxito; al fin, plaza sitiada, plaza tomada.

— Entonces, ¿qué hacemos?

— Todos guardaron silencio.

— Yo sería de opinión — dijo el general Castillo — de librar una batalla a campo raso, donde nuestras ventajas serían decisivas.

— Treinta mil hombres en campo raso, aún con el empuje serían capaces de exterminarnos — dijo Labastida.

— Perdonad, Monseñor. S. S. I. no sabe lo que es el pánico en las multitudes.

— Es que tienen la seguridad del triunfo.

— Precisamente es el momento de introducir la desmoralización.

Crean que nos encerramos en Puebla y de improviso nos presentamos a su encuentro y les libramos desde luego una batalla.

— Tiene eso graves peligros — dijo Labastida, moviendo la cabeza.

— Opino, con el señor Castillo — dijo Haro —; en el sitio estamos perdidos, no tenemos ejército auxiliar y pronto nos encontraremos más encerrados en la impotencia que tras de nuestras trincheras.

— Además — dijo Castillo —, tenemos jefes decididos e inteligentes, Osollo, Miramón, Aljovín y otra multitud que saben arrostrar el peligro.

La «Legión de Honor», compuesta de oficiales valientes, abrirá el combate, y a su ejemplo, los soldados cumplirán con su deber.

— Nada de soldado sé yo — dijo Labastida —, pero es, a mi entender, la empresa muy arriesgada.

— S. I. — dijo Haro —, entre caer en la plaza como una manada de carneros y jugar la suerte en una batalla, no puede haber disyuntiva.

— Salvo mi responsabilidad — dijo Labastida —, yo arrojo sobre ustedes todo lo que puede acontecer.

— Por mi parte — dijo Haro y Tamariz —, todo está aceptado, Monseñor.

— ¿Quién dirigirá la batalla? — preguntó Labastida.

— Los dos — respondió Castillo — estamos a las órdenes de S. S. I.

— Pues usted — contestó Labastida —; el señor Haro y Tamariz estará al lado de usted.

— Acepto — interrumpió Haro —; iremos juntos al combate.

— Si triunfamos — dijo Labastida —, México nos abre sus puertas, no habrá a quien combatir; si perdemos, entonces... Dios dirá...

— Pues voy a dar mis órdenes, porque el enemigo debe llegar mañana a Ocotlán; nos posesionaremos de este punto, que será nuestra base de operaciones.

— Sois todo un soldado, señor general; ya ha escogido usted su campo.

— Es un lugar estratégico — dijo Haro —; nuestra artillería es buena y allí haremos que el enemigo nos ataque y lo desconcertaremos.

— Todo está prevenido, Monseñor.

— Pues buen éxito; yo estaré cerca del campo; es necesario no abandonar el Cerro de San Juan, centro de una retirada.

— Perfectamente, Monseñor.

## IV

Los generales salieron y Labastida se quedó pensando que aquellos hombres no le servían.

—Necesito a la juventud, como el primer elemento—murmuró el obispo.

Del otro lado se agolpa la nueva generación, aquí tengo a estos dos viejos con la táctica antigua y llenos de ambiciones; más piensan en el porvenir que en el presente.

Estaban buenos para el virreinato, no para las campañas del día.

Después reflexionando, dijo:

—¡Osollo, Miramón!

Aquel hombre no se equivocaba.

El elemento viejo estaba destruido, se necesitaba lo nuevo, lo que florece, lo que alienta, lo que está fuera de la atmósfera envenenada, de aquellos motines sin porvenir.

—La revolución me asusta—continuó Labastida—; es un impulso, si se quiere, salvaje; pero de las sombras ha surgido el relámpago de la idea.

El Constituyente es una tempestad para la Iglesia... Los ha asustado la ley de religión y fueros, y no ven que de aquella nube va a surgir el rayo que nos aniquile.

¡La Iglesia está naufragando!... ¡La tolerancia de cultos rompe nuestro poder de tres siglos, nos vuelve secta, nos empequeñece, concluye con nosotros!

¡Después, el despojo de nuestros bienes, la caja de nuestro tesoro, el elemento de nuestro poder y de nuestra grandezal

¡Después, el matrimonio civil que deja desarmada a la Iglesia, que pierde su dominio!... ¡La ley sobre nuestra cabeza, cuando la hemos tenido a nuestros pies!

¡Horrible!... ¡Horrible!... ¡En pedazos nuestra autoridad, todo quebrantado y en el desprestigio!... No quedará de nosotros ni sombra ni memoria.

Levantóse y comenzó a pasearse, sumamente agitado.

—Hemos hecho mal en no sostener a Comonfort... ¡Este hombre tan valiente en las batallas y tan tímido en la política, hubiera detenido el movimiento de ideas que nos amenaza!... No creo en estos soldados... El ejército antiguo, con sus hombres de antaño... Haro y Tamariz, jesuita, ambicioso, acabaría por saquearnos y hasta por traicionarnos... Castillo acaba de pasarse con nosotros, después de jurar fidelidad a los liberales; no podemos fiar en su palabra...

Si se pierde la batalla, es necesario, para comenzar, desprenderse de todos estos elementos.

¿Y si ganamos?... ¡No, es imposible, estamos en el primer día de triunfo y es una insensatez oponerse al torrente!

Se levantó, y cuidadosamente estuvo haciendo legajos de sus papeles de importancia.

Después tomó una carta con el sello de Francia, la leyó de-

tenidamente y la puso sobre la llama de la vela, hasta que se hizo cenizas

Quedó un momento absorto, y después murmuró:

—¡Más tarde!

## V

El ejército había establecido su cuartel general en San Martín Texmelucan y la vanguardia estaba sobre el camino de Puebla

Una brigada había hecho alto en Río Prieto, a corta distancia de las posiciones que intentaba tomar el general Castillo para librar el combate a las fuerzas de Comonfort.

Había gran entusiasmo en el ejército liberal.

—Mañana nos batimos el cobre—decía Manuel a sus compañeros—. En la tarde saludamos a Puebla con nuestros cáñones.

—Veremos—decía Mario—si esa «legión de honor», lo sabe tener.

—Son unos infelices oficiales sueltos, que los engancha la miseria; al frente de sus compañías, podrían hacer algo, pero batirse como soldados rasos es muy difícil.

—Además—dijo Manuel—los frailes los han llenado de cruces y escapularios y les han engendrado un temor, que están temblando; sólo el nombre del presupuesto, es lo que hace latir sus corazones.

—Pero, hombre, de algo han de servir los santos.

—Sí, de ayudar a bien morir.

—Un soldado no debe pensar en la muerte; que venga esa señora a la hora que guste; todo da lo mismo.

—Dicen que el obispo Labastida va a mandar la batalla.

—¡Bravísimo!—gritaron los oficiales.

—Vendrá con cirio en mano, o con el hisopo, y nos regará con agua bendita.

—¡Demonio!—dijo Manuel—Es necesario prepararnos: esta tarde pasa revista al ejército el general Comonfort.

—Ya estamos listos—dijo Mario—. El general va a quedar satisfecho. ¡Caracoles! Veinte mil hombres, cuando menos.

—Somos invencibles—agregó Manuel.

—La lucha será desesperada.

—Así lo aguardo; lo que siento es que no estamos muy instruidos ni disciplinados.

—Pero echando a perder se aprende.

En aquellos momentos las trompetas anunciaron la llegada del Presidente.

Los cuerpos desfilaron y tomaron plaza a lo largo del camino, formando una inmensa línea.

El general Comonfort, entre un gran número de su Estado Mayor, recorrió la línea al son de las músicas y de los gritos de entusiasmo.

En la noche avanzó el ejército y tomó posiciones. El general había tenido noticia de que salían a su encuentro y se preparaba.

Comprendió la idea del enemigo y dió sus disposiciones, que fueron muy acertadas.

## VI

Al amanecer del 8 de marzo, todo estaba dispuesto.

Formando un ancho portillo en el camino de México a Puebla, hay dos eminencias, una pequeña y otra alta.

La primera se llama Vuelta de Montero, y la otra, el Cerro de Ocotlán, donde hay un santuario.

La división Parrodi se situó a la derecha, en Río Prieto y Vuelta de Montero.

La izquierda se cubrió con la división Zuloaga, ocupando los llanos de San Isidro, y en el centro la brigada Doblado.

La división Moreno y brigada Gilardi se colocaron en la hacienda de Santa Inés y la caballería en el pueblo de San Miguel Xotla, donde se estableció el Cuartel General.

Todo estaba listo para recibir al enemigo, que creía iba a dar una sorpresa.

El ejército reaccionario salió de Puebla al amanecer.

Componíase de cinco mil hombres, disciplinados y perfectamente equipados.

A las ocho menos cuarto comenzó la batalla.

Abrióse el fuego de artillería en toda la línea.

El ejército de la reacción formó tres columnas y avanzó decidido sobre las posiciones de Comonfort.

La columna del centro, desafiando el fuego de los cañones, avanzaba y avanzaba trepando el cerro, hasta llegar a la cumbre, donde, después de un reñido combate, quedó dueña de la posición.

Durante el trayecto que tuvo que recorrer, para impedir su avance, llegó el batallón de rifleros, rompiendo el fuego de fusilería.

Entonces una media batería de obuses, mandada por el hoy general Manuel Inclán, hizo sus descargas terribles, dispersando a los rifleros, que se rehicieron fuera de tiro y fueron a sostener la posición de la derecha, sobre la cual avanzaban las columnas reaccionarias.

Doce piezas vomitaron fuego sobre los asaltantes y los destrazaron, poniendo en fuga a la tropa reaccionaria y dejando a sus heridos y muchos prisioneros.

La columna de la izquierda retrocedió; había tenido en jaque al enemigo, mientras los suyos tomaban Ocotlán.

La victoria en el centro, había sido tan costosa como la derrota de la izquierda; así es que el ejército reaccionario se encontró sin poder verificar un movimiento de avance.

Los clarines tocaron parlamento.

El general Comonfort esperó al general Haro y Tamariz, bajo de un árbol, y allí celebró una conferencia.

Luego que Haro vió al general Comonfort, se arrojó en sus brazos llorando.

—¡Nosotros—dijo sollozando—, amigos de la niñez, hermanos en la juventud, hijos de la misma tierra, destrozándonos como enemigos encarnizados!

—Es verdad—contestó Comonfort—, pero tú lo has querido.

—No, compromisos ineludibles han subyugado mi voluntad.

—Mira esa sangre—dijo Comonfort—: ha corrido y seguirá corriendo por tus obstinaciones; tú tienes un gran talento, pero no estás en la época.

—Mis sentimientos religiosos, mis creencias, la obra de mis padres destruída en un momento, llegó a velar mi cerebro y me he lanzado a la lucha.

—Sí, pero a una lucha imposible; cuando el país te pida cuenta de esa sangre, ¿qué le responderás?

—Que soy un miserable, que el ser humano se equivoca, que la debilidad y el error son el fatalismo de los hombres.

—Pues bien, ¿qué quieres, qué pides para esos hombres?

—Voy a consultarles; estoy seguro de que sólo solicitarán el perdón de la vida y el no ser perseguidos.

—Si éstas son sus únicas pretensiones, están consentidas.

—¡Gracias, gracias!—exclamó Haro—Tu corazón es grande y generoso; yo voy a hablar en tu nombre, y a llevarles el perdón.

Desde luego, voy a que dejen la posición de Ocotlán: la muerte del general Avalos me tiene desconcertado.

—Sí—dijo Comonfort—; era un valiente.

—Tengo que lamentar en mis filas la pérdida de Aljovín, el jefe más denodado del ejército.

—Te espero dentro de dos horas; voy a levantar el campo—dijo Comonfort.

—Adiós—dijo Haro—y hasta dentro de dos horas.

Es negocio terminado, pensó Comonfort.

Durante la batalla, un hombre montado en un hermoso caballo prieto, había seguido con inquietud los lances del combate, pero cuando abarcó todo el conjunto, comprendió que el ejército reaccionario estaba perdido.

Corrió sus espuelas por los ijares de su caballo, y a toda carrera se dirigió a Puebla a dar parte a Labastida de la catástrofe.

Aquel hombre era el padre Miranda.

«No es posible describir la escena—dice un historiador—; una de las más interesantes que se han visto en las guerras civiles de la República.

Era mediodía: al fragor de la batalla había sucedido un silencio general; los combatientes estaban firmes en sus puestos, mecha en mano la artillería, lanza en ristre los jinetes,

preparado el fusil los infantes, como si aquello no fuese más que un breve descanso para volver de nuevo a la pelea.

Discurrían por el campo caballos sin jinetes, que ya huían espantados de los despojos y de los muertos, ya los hollaban en su precipitada carrera; oíanse los lamentos de los heridos, que se levantaban y volvían a caer desmayados y echábanse de ver las últimas convulsiones de los moribundos; platicaban unos con otros los enemigos de las primeras filas, y abrazábanse como hermanos, muchos de los que mutuamente acababan de destrozarse.»

## VII

Manuel, que estaba al frente de una compañía de rifleros, al ver la dispersión, le gritó a Mario:

— ¡Contén a la tropa!... ¡Alto!...

Mario fué reuniendo a los soldados, y contando con la oficialidad, pudo reunirse el batallón.

Manuel, que llevaba la bandera en su compañía, se quedó firme sobre el campo.

En la hora del ataque, un coronel reaccionario se avanzó sobre el abanderado, queriendo arrancarle el estandarte.

Ya iba a traspasar al oficial, cuando Manuel con su espada desvió la del coronel y no queriendo matarlo, se arrojó sobre él, y con sus brazos hercúleos lo estrechó casi hasta sofocarlo.

Acudió un grupo de soldados tratando de matarlo; pero Manuel gritó:

— ¡Atrás! Es mi prisionero.

Los soldados se detuvieron.

Luego que terminó el combate, con la derrota del enemigo, Manuel llamó al coronel y le dijo:

— Coronel Altúnez, ya nos conocemos, pero no es la hora de liquidarnos; tenga usted mi sombrero y mi capote; pasará usted por un oficial de rifleros; allí tiene mi asistente un caballo; monte usted, y escápese, porque si lo descubren, pierde usted la vida.

El coronel se puso el sombrero, dándole a Manuel su kepi; se cubrió con el capote, montó a caballo, y sin darle las gracias a su salvador, ni aun saludarle, echó a correr a su campamento.

— Ese hombre—dijo Manuel—es una fiera; el día que caiga en sus manos me aniquila.

No obstante, en estos momentos soy soldado y no asesino. Si estaba aquí «Juan Gallinazo» le cortaba la cabeza.

Mejor está así.

Habían pasado las dos horas de armisticio.

Las tropas derrotadas se movían con rapidez sobre el camino; pero sólo se veía una estela de polvo.

Comonfort mandó recordarle a Haro que la hora había pasado.

El ayudante volvió a la media hora, porque lo habían estado entreteniéndolo con evasivas.

Cuando Comonfort comprendió que la entrevista había sido para engañarlo, que Haro le había hecho una farsa, mientras sus tropas se retiraban y se ponían en salvo, se encendió de cólera y ordenó desde luego la persecución.

Los reaccionarios caminaban a paso veloz, ascendieron el cerro de San Juan, abandonando el puente de México, y allí se dispusieron a la defensa.

Parte del ejército acampó frente al cerro y otra tomó cuarteles en Cholula.

## VIII

Manuel fué ascendido sobre el campo; había salvado la bandera del regimiento.

Los rifleros estaban en Cholula.

— Estoy contrariado—decía Manuel—; esta dispersión ha sido una vergüenza.

— Lances son de la guerra—contestaba Mario—; traemos hombres que nunca han estado en un combate, nada tiene de extraño que se dispersaran al recibir ese fuego tremendo de la artillería.

— De todos modos, nos hemos vindicado frente al enemigo, y ahora es preciso pedir la vanguardia.

— Están listos todos los oficiales.

— El honor manda morir.

— Moriremos, si es preciso.

Acercóse un indito a Manuel y le presentó una carta.

— ¡Demonio!—exclamó el estudiante—Estas mujeres no tienen remedio; sí, esta carta es de mujer y para ti, Mario.

El joven casi la arrebató de manos de su amigo, y dijo saltando de alegría:

— ¡Es de Carolina!

— ¡Y qué diablos te dice Carolina? Yo estoy desesperado; me fuí a despedir de Eva; los balcones estaban cerrados, esperé toda la noche por ver si salía a hablarme, como me tenía ofrecido, y nada, silencio y más silencio.

Me acerqué al zaguán, y pregunté al portero:

— Señor oficial—me dijo—, la familia ha salido en coche.

— ¿Y no sabes a dónde?

— No; pero me sospecho que no ha sido a nada bueno; la señorita Eva lloraba mucho, la señora casi en peso la subió al coche.

— ¡Malditas sean esas gentes!

— La señorita, como que me quería decir algo, pero imposible; partió el coche, y después regresó sólo con la señora; se encerró con el señor, y dice la criada que hubo una gran disputa, que el señor estaba furioso, y nada más.

Como salimos al amanecer, ya no pude indagar más, y estoy desesperado.

Veamos la carta.

Mario la abrió, y abriendo la boca espantado, le dijo a Manuel:

— ¡Mira, mira lo que dice aquí!

Manuel leyó:

«Anoche he tenido la más grande de las sorpresas, ya a una hora avanzada llamaron a mi celda, abrí, ¿y qué crees que vi?... ¡A mi hermana Eval!»

— ¡Viva la patria!—gritó Manuel—Somos felices, allí están las dos y allí nos esperan; no sabe la señora Pantoja el gran favor que nos ha hecho.

— ¿Sabes—dijo Mario—que esta carta es inoportuna?

— ¿Por qué?—preguntó Manuel.

— Porque me siento cobarde delante del fuego; temo por la existencia. ¿Cómo prescindir de todas mis esperanzas? ¿Cómo decirle adiós a la vida, cuando mi corazón me grita: «¡Vive, vive para ella!»?

— ¡Pues desértate!—dijo Manuel fríamente.

Mario vió con espanto a Manuel.

— Perdon, amigo mío—exclamó el estudiante—; pero el amor de esa mujer me turba y me enloquece.

— Al fin vas a ser rico—dijo Manuel—; tu tía, la monja, te dejará heredero; no tienes por qué exponer la existencia; eso queda para nosotros, los soñadores, los que creemos en la emancipación de los pueblos, en la libertad, ilusiones todas que van atravesando los siglos sin conseguirlo; no obstante, la humanidad camina en un tránsito doloroso; mira ese campo de batalla, mira nuestras armas, ensangrentadas, vuelve la vista a esos montones de cadáveres insepultos; todo eso quiere decir: ¡lucha, sacrificio y abnegación!... ¿Y todo por qué? Porque los ideales del espíritu humano van buscando sus horizontes; porque las generaciones van al progreso, y los pueblos a su destino.

Mario, con la frente inclinada, guardaba silencio.

Manuel proseguía:

— ¡Qué vale esa vida tristemente tranquila del hogar, viendo a la esposa coser a la luz de la llama, y al niño durmiendo en la cuna, mientras allá fuera brama el huracán del despotismo y de la tiranía, el sonrojo de los hombres, la vergüenza de la dignidad humana!... ¡Es necesario pelear con brío, luchar por la idea y sucumbir con valor, desafiando las tempestades.

— Perdon, Manuel; tú engendras en mi alma la fe; lucharemos juntos, siempre juntos.

— Así te quiero, Mario. ¡Bien, muy bien!

Sonó el tercer toque, y la división se puso en marcha, rumbo al campo de Puebla.

## IX

El general Comonfort hizo un movimiento estratégico de gran interés.

Ordenó que una división atacase el cerro de San Juan.

Los rifleros pidieron la vanguardia y comenzó el asalto.

El cerro presentaba grandes dificultades: el edificio que está en la cumbre estaba fortificado y con buena dotación de artillería.

Ascendían las columnas lentamente, sufriendo el fuego.

Pusieron a tiro de fusil y entonces se empeñó el combate.

Los reaccionarios saltaron las trincheras y fueron a encontrar al enemigo, y la refriega se hizo terrible.

Más de una hora había durado el ascenso; las columnas de ataque tocaban ya la cumbre del cerro.

Oyóse un repique en la ciudad y simultáneamente el toque de retirada de los asaltantes.

Si había sido difícil avanzar, era más difícil retroceder.

La reacción había recibido un refuerzo de mil hombres, y en la retirada, las columnas serían acibilladas.

Dejando palmo a palmo el terreno, las tropas liberales se retiraron.

Había sido un falso ataque para tener al enemigo en el cerro, mientras que el general Comonfort ocupaba el perímetro de Puebla y los cerros de Loreto y Guadalupe.

Los reaccionarios abandonaron el cerro de San Juan, se encerraron en la ciudad y comenzó el sitio.

## X

La división del Sur se había incorporado al ejército.

«Juan Gallinazo» se presentó a sus amigos, que cubrían las posiciones de Loreto y Guadalupe.

— ¡Condenado de Satanás!—gritó Manuel, recibiendo en sus brazos a su amigo—¿Qué diablos te has hecho? Ya tenemos cuidado por ti.

— Sí a mí me cuida el diablo, estima en mucho mi pellejo.

— Ya habíamos mandado a buscarte—dijo Mario—; te nos habías perdido, seguramente te escondiste a la hora de la refriega.

— No había dónde—observó Juan—; vivo por milagro, me han hecho una jugada que no la olvidaré nunca.

— ¿Qué te ha pasado?

— Defendíamos el rancho de Posadas, y viendo que el enemigo no parecía, fuimos en su busca.

— ¿Y lo encontraron?

— ¡Cuerno del diablo! Luego que nos vieron fuera de nuestro centro de operaciones, nos cargó la caballería, a quien recibimos a la bayoneta.

— ¡Bravo, Juan!



— Nos venían arrollando, porque su número era muy superior al nuestro.

Ya estábamos enredados, cuando nuestra misma artillería hizo fuego sobre todos, pero con tal furia, que la caballería o lo que quedaba de ella, se retiró a las voladas; ¡diablo!, morir por nuestras propias armas; pero la posición peligrosa y fué preciso.

— ¡Caracoles!—exclamó Manuel—El lance fué serio.

—Y tan serio, que hemos librado por milagro, es decir, los que libramos, que muchos de los compañeros allí se atirantaron.

—Alma de Lucifer, está visto que no has de morir nunca.

—Por supuesto; eso ya lo tengo sabido.

—Mañana atacamos las trincheras.

—Yo estoy en las horadaciones y vamos caminando para adentro; pero tengo que contarles un encuentro.

—Nosotros también tenemos novedades.

—Pues han de saber que con toda cautela, hicimos una horadación, y ¡zas!, me entré en una recámara donde dormían una vieja y una muchacha que se cubrió la cara cuando nos vió.

— ¡Ladrones!... ¡Ladrones!—gritaba la vieja.

—No grite usted, señora; somos nosotros.

— ¿Y quiénes son ustedes?

— Los mismos, los que venimos a tomar la ciudad.

— ¡Dios mío! Los herejes.

— Pero herejes mansos.

— No me toquen ustedes, no se atrevan, porque yo soy una niña.

— Me alegro, pero nadie piensa en atentados; yo las cuidaré a ustedes.

— Eso que está ahí acostado, no es un hombre, es una señorita que tengo a mi cargo; ha venido de México a tomar temperamento; espero que usted la respetará.

— Por respetada, y más si tiene la respetable edad de usted.

— No, es algo más joven, pero guarda el mismo estado.

— Levántese usted, señorita—dijo la vieja—, y vámonos.

— Descubrióse la tapada, ¿y quién creen ustedes que era?

— No atinamos.

— Pues era nada menos que mi estanquillera, Isabel, mi amor de barrio.

Se levanto Isabel y me tendió los brazos.

— ¿Se conocen ustedes?—preguntó la vieja azorada.

— ¡Cómo no nos hemos de conocer, si es mi hermano!

— ¡Malditas mujeres!—gritó Manuel.

— Yo me quedé frío. Isabel me daba una lección.

— Entonces, señor general—me dijo la vieja—, usted será nuestro protector.

— Por supuesto; aquí tiene usted dinero y cuanto necesite, para que mi hermanita esté con toda comodidad.

Por supuesto que nos preguntamos por mamá, que se había quedado en México, y nos enternecimos con el recuerdo de papá y hablamos de las ventas del estanquillo y del estanco del tabaco.

La vieja e Isabel se entraron al centro de Puebla, pero yo ya quedé instalado en la casa; al volver a la capital, me la llevo y no la vuelven a ver ni la vieja, ni la mamá, ni el estanquillo.

— Bien hecho—dijo Manuel—; serías un tonto; allá tienes casa, es decir, la tuya de San Jerónimo.

— El nido abandonado, pero ya lo ocuparemos; las cosas van a su oficio; la establecimos para Isabel y ella la va a ocupar.

— Por supuesto; las nuestras están en el convento, ya dieron con Eva en el claustro, ya están las gemelas en el vientre del claustro.

— ¡Magnífico! Y ese demonio de...

— No sigas; se ha quedado de guarnición en México, pero también le han soplado a la novia.

La han de tener en algún escondite; ¡qué guerra nos hacen a los herejes!

— Pero los herejes les dan mucho que hacer, sobre todo a las ancianas.

— ¡Malditas viejas, qué traviesas son!

— Pero nosotros sabemos más.

— Manuel, ya vi en la orden del día que te ascienden a comandante.

— A la orden, pero eso vale bien poco, ahora empezamos.

— A mí ya me hizo general la vieja de las horadaciones.

— Me marchó—dijo «Juan Gallinazo»—. Ahora, hasta darnos un abrazo dentro de la plaza.

— Allí nos veremos—dijo Manuel.

El clarín tocó marcha.

— ¡Demonio!—exclamó «Juan Gallinazo»— ¡El Presidente!

El general Comonfort iba a visitar los cerros.

Los estudiantes se separaron.

## XI

El sitio se estrechaba todos los días y los combates se empeñaban a todas horas.

El ataque y la defensa eran desesperados.

El general Comonfort, que se inclinaba siempre al principio religioso, mandó suspender el fuego en Jueves y Viernes Santo; matar en Sábado de Gloria, eso era otra cosa.

Los pertrechos faltaban en la plaza y más aún las esperanzas de un éxito.

Sucedió lo que acontece en esos casos: los cabecillas se escondieron y un jefe propuso la capitulación.

Cuando Comonfort recibió los emisarios de Haro y Tamariz, contestó que no trataba con ese hombre.

Entonces Haro renunció al mando y la capitulación fué firmada por los generales Almazán, Ormachea y Andrade.

Comonfort se resistía; pero habiendo llegado unos morteros de Veracruz, se esparció la noticia de que la ciudad iba a ser bombardeada, y el obispo y los vicecónsules de España y Francia se empeñaron en que cesara la contienda, y el día 21 de marzo, en la noche, quedaron firmados los ajustes y entregada la plaza al general Comonfort, Presidente de la República.

## CAPITULO IX

### DUELOS Y QUEBRANTOS

#### I

La derrota de los reaccionarios el 8 de marzo, fué un golpe terrible para las esperanzas del partido conservador.

La capitulación de Puebla rompía ese castillo de ilusiones que se habían forjado los enemigos de la libertad.

Estaban furiosos.

Cuando vieron en 3 de abril los grandes preparativos que se hacían para recibir al ejército victorioso y las grandes ovaciones destinadas al general Comonfort, no podían disimular su despecho.

En la casa del señor Rentería estaban dos clérigos, departiendo con la señora Pantoja.

—Pero esto es inconcebible—decía un jesuita—; le van a recibir como a Napoleón.

—Sí—decía la Pantoja, aludiendo al cuerpo voluminoso de Comonfort—, éste es un Czar de jamón; con razón le decía una mujer a su hijo: «Mira, niño, esa cosa que llena todo ese coche, es el Gobierno».

Los clérigos se miraron.

En aquellas sátiras había un mundo de bilis reaccionaria.

—Sí—continuaba la esposa de Rentería—, ya se acabó la «democracia», queda la «leperocracia», vamos a estar en un mar de leche.

—Pero esto no puede subsistir—agregaba un clérigo—. ¿A dónde vamos a parar?... ¡Al abismo! ¡Oh! Las ideas nuevas, todas se reducen a combatirnos y aniquilarnos.

—Sí—dijo el otro clérigo—, es una guerra a muerte con la Iglesia; ya verán todos los horrores que van a hacer estos condenados.

—Afortunadamente, señor cura, no hemos pronunciado la última palabra; todavía hay hombres y católicos.

—Dios nos libre que nos faltaran; todavía se vive, se alienta, se cree, y la lucha ha de seguir indefinidamente hasta al-

canzar el triunfo; estamos en lo efímero, en lo pasajero, en lo que no vale nada.

—Es verdad—dijo el otro clérigo—; mientras más diabluras hagan, mejor; es necesario azuzarlos, empujarlos para que se derrumben; es necesario que exasperen al pueblo.

—Ya ve usted el Congreso, ya se nos vienen con la libertad de conciencia o con la tolerancia de cultos.

—¿De qué?—dijo doña Toribia.

—De cultos, señora—respondió el clérigo.

—¡Dios mío!—dijo la Pantoja—Se nos va a llenar la casa de herejes y de luteranos. Y entre paréntesis, ¿qué quiere decir «luteranos»?

—Pues luteranos—dijo el clérigo con mucha énfasis—, viene de un tal Lutero, un demonio enemigo del Sumo Pontífice, que se pronunció contra los católicos, y se salió con la suya, haciendo a los yankees protestantes.

—¡Eso, eso quieren hacer con nosotros!—gritó la Pantoja—. Luteranos y luteranitos; porque hasta los niños son partidarios de la revolución; pero nosotros sostendremos al Papa, a ése no lo tocarán.

—Pero a nosotros sí nos tocan—dijo el clérigo.

—¡Como que estos beduinos quieren un Pontífice «pinto»!—gritó doña Toribia.

—Son unos bárbaros—dijo el clérigo.

—Librenos Dios de hombres lisiados: ese Comonfort es picado de viruelas, está marcado con el dedo de la Providencia.

—¿Y saben ustedes, muy en reserva—dijo doña Toribia—, que Comonfort tiene el mal del «piojo»?

—Jesús nos ampare, como Sila—dijo el clérigo.

—Como cualquiera—respondió la Pantoja—; pero a nadie se lo cuentan... sino en reserva.

Efectivamente, circuló en México que el general Comonfort tenía la enfermedad del «piojo».

—Oigan ustedes las campanas, las campanas de nuestras iglesias saludando a ese monstruo.

Las campanas todas de la ciudad repicaban a vuelo.

—Y lo peor es que se va a cantar un «Te Deum», dando gracias porque han triunfado los Martínez Luteros.

—Señores—dijo la Pantoja—, tomaremos el chocolate.

—Lo tomaremos, aunque se nos indigeste—dijeron los clérigos, y se internaron en el comedor, donde los esperaba una fuente de bizcochos y grandes pocillos y vasos de leche.

Los clérigos siempre se han alimentado bien.

—¿Y qué razón me da usted de Eva?—dijo doña Toribia.

—Esta mañana estuve en el convento; la niña está brava.

—Ya se irá amansando.

—La llamaron al locutorio, bajó después de media hora y pregunté cómo estaba de salud.

—Y a usted, padre, ¿cómo le va con estas cosas?

—¿Con cuáles, hija mía?  
 —Con la derrota de los «cruzados».  
 —Yo no me meto en política; que se haga la voluntad de Dios.

—Siempre que esté de parte de los liberales.  
 —Yo no entiendo de eso.  
 —Pero el obispo de Puebla entiende algo y el cura de Zacapoaxtla.

—Yo me quedé callado; le confieso a usted, señora, que me rechinaban las tripas.

—¡Y a mí se me retuercen!—gritó la Pantoja.  
 —Cuando olvide esa impresión—dijo el otro clérigo—, ya se irá domesticando—y se metió entre las quijadas medio bizcocho.

—¡Pero esto es intolerable!—gritó doña Toribia, bebiéndose un gran vaso de leche.

—Flaquezas de nuestros prójimos—dijo el otro clérigo, dando un sorbo de chocolate.

Segufan de una manera estruendosa los repiques y las salvas de artillería anunciando que el Presidente entraba en la capital.

Dice un contemporáneo, hablando de ese día:  
 «La solemnidad que recibió el nombre de «Fiesta de la paz», tuvo el mayor lucimiento.

Abrían la comitiva las escuelas primarias sostenidas por el Ayuntamiento, por la Sociedad Lancasteriana y de Beneficencia; las niñas de las escuelas gratuitas regaban en las calles flores y coronas; en la garita de Belén recibió el Presidente la felicitación del gobernador del distrito, que le ofreció un bastón en nombre del Ayuntamiento, mientras las salvas y repiques anunciaban a la ciudad la llegada del Primer Magistrado.

Formaban el cortejo, aumentado por centenares de personas de todas clases, los colegios, las «comunidades religiosas», los Tribunales y demás corporaciones.

Entre las múltiples banderas y estandartes de todo el ejército y de la Guardia Nacional, caminaba el Presidente, a pie, rodeado de sus ministros y saludando al pueblo, que al pasar prorrumpía en entusiastas aclamaciones.»

## II

Ya vimos cómo el ilustre cochero del Viático había soplado a su hija Rosa al convento, para robarla al amor descomulgado de su infortunado novio.

Armando rondaba día y noche el convento, maldiciendo la altura de sus muros.

Al día siguiente, una mandadera le entregó una carta.

Rosa había comprado a la criada, poniéndose desde luego en comunicación con su amante.

Armando iba todas las mañanas que no estaba de guardia

a la misa conventual y veía allá, tras de las rejas del coro, a su prometida.

Rosa era un Satanás, voluntariosa, sin una educación esmerada, criada en la hipocresía, pero con ímpetus desesperados.

En cambio, Rosa era bonita, muy baja de cuerpo, pero airoso y con mucha gracia; morena, ojos grandes y pestañas rizadas, nariz algo remangada, boca encantadora, sus labios frescos como un clavel y una dentadura luciente y pareja, que descubría al dar paso a una risa siempre burlona.

Como la joven entró por sorpresa al convento, llegó hosca y de mal humor, apenas le habló a la abadesa, y cuando la presentaron a Sor Matiana de las Once mil Vírgenes, que era una vieja más delgada que un alambre del telégrafo, descolorida como un membrillo, con una nariz que se le enganchaba en la barba y unos ojos claros y redondos, con unas pestañas dispersas, Rosa murmuró:

—Esta no es una monja; es un perico con sueño.

Sor Matiana tenía a su cuidado a las niñas, que se burlaban de ella a toda hora.

Rosa se amistó con las más díscolas y traviesas, se agavilló con las más perdidas de la comunidad, y eso a las diez horas de estar en el convento.

El general Comonfort, siempre católico, mandó que se dijeran misas por los muertos en la campaña.

En el templo de la Concepción se dijo la misa de «Requiem». Las niñas y las monjas estaban contritas en el coro, porque era de ritual ponerse triste cuando la Iglesia se enlutaba.

Al concluir la misa, Sor Matiana dijo a las niñas:

—Recemos un rosario por el alma...

—¡De los liberales!—gritó Rosa.

—¡No, de los reaccionarios!—gritó la hija de un coronel que había sido cadete de un cuerpo realista allá en los tiempos del virreinato.

—¡De los liberales!—gritaron varias niñas.

—¡No, de los reaccionarios!—clamaban otras.

—Salgamos de aquí—dijo Sor Matiana, y todas salieron en tumulto al corredor.

Era un ejército que iba al campo de batalla.

—¿Quién ha metido el desorden?—preguntó irritada la monja.

—Yo—gritó Rosa—; yo, que no he de rezar por los reaccionarios. ¡Me tiene sin cuidado que se condenen!

—Y yo—gritó la hija del coronel, que se llamaba Luisa—, yo me niego a dar una oración a los herejes; ojalá cargaran con ellos todos los diablos.

Las adversarias soltaron una carcajada de burla y las otras gruñían de furor.

—¡Madre Santísima!—gritó Luisa—¡Que no me burlen, porque yo no me dejol!

Otra carcajada más estrepitosa respondió al desafío de Luisa.  
— ¡Niñas! ¡Niñas!—gritó la monja.

Entonces Rosa, despojándose del «rebozo» que usaban las conventuales y poniéndose las manos en la cintura, se encaró con la coronela, y le dijo:

— ¡Aquí en el convento, no hay más hombre que yo, y la que quiera pelear que dé un paso al frente!

— ¡Aquí estoy!—gritó Luisa, y se avanzó decidida a su adversaria.

Rosa la recibió con una cachetada tan terrible, que resonó el techo.

Aquello fué un toque de ataque general en toda la línea.

El desorden era espantoso.

Las niñas se habían quitado los zapatos para armarse, otras empuñaban los rosarios y algunas se habían apoderado de las escobas.

— ¡Viva el «tío Juan»!—gritó Rosa.

— ¡Mueran los «pintos»!—clamaban otras.

Se arremetieron con esa fuerza que es tan osada y terrible en las mujeres, y se derribaban al suelo, donde se pateaban, se arañaban, se mordían, se pellizcaban, se desmechaban y se decían cosas que por lo menos no eran las oraciones del coro, aunque sí más enérgicas.

Seguía el revolcamiento general, que parecía no terminar nunca, porque el combate era encarnizado.

Rosa estaba descalabrada y Luisa arrojando borbotones de sangre por la nariz y por la boca.

La Madre Matiana, medio magullada, corrió a la celda de la abadesa a rendir el parte.

— Reverenda Madre, venid, venid; se acaba el convento, se están matando las niñas.

Luisa está arrojando mucha sangre.

— ¿Por dónde?—preguntó la abadesa.

— Por la nariz.

— Eso es otra cosa: aquí no corre sino sangre pacífica, la de los pollos, y eso cuando no hay vigilia.

Salió la abadesa paso a paso; seguramente ya estaba acostumburada a esos sucesos monjiles.

Llegó al campo de batalla, donde la lucha estaba más empeñada.

Sólo vió una masa informe de vestidos despedazados, de piernas desnudas, brazos que se agitaban y cabezas que se levantaban y se hundían como el oleaje de junto a las rocas.

Al entrar al campo, la alcanzó un zapato volante.

— ¡«Vade retro, Satanás!»—exclamó la abadesa, y levantando la voz, gritó con la fuerza de sus pulmones:— ¡Alto! ¡Orden!

El motín cesó por encanto, todas las niñas maltrechas y descompuestas se pusieron en pie.

— ¿Qué es esto?—dijo iracunda la abadesa—¿Así se profana

la casa de Dios? ¿Así se falta a la regla, con semejante escándalo?... Parecéis unos gallos. ¡Hoy ayuna todo el mundo!

— Señora, me insultaron—dijo Rosa.

— No; ella fué—gritó Luisa.

Entonces todas las niñas comenzaron a hablar a un tiempo y se formó un guirigay horroroso.

— ¡Que callen!—gritó la abadesa.

Se restableció el silencio con dificultad.

— Señora—dijo Luisa—, esta niña insubordinada, ha bautizado a la Madre Matiana con el apodo de «perico con sueño».

La Madre Matiana dió un salto, como movida por una catapulta.

La abadesa se santiguó.

— Si yo dije eso, señora, fué porque Luisa dijo de su Reverencia que era el «clacuache» del convento.

La abadesa se puso lívida de cólera.

— ¡Al coro todo el mundo!—gritó— ¡Y a rezar un rosario y las tres horas y las letanías de los santos y el trisagio! ¡El demonio se ha metido al claustro!

Las niñas, riéndose todas, entraron en el coro.

## III

— Reverenda Madre—dijo Sor Matiana—, ¡decirme a mí «perico con sueño»!

— No hagáis caso; a mí me han dicho «clacuache»; ya me la pagarán todas; al fin, un loro no es un animal dañino

— Pero esto es un desacato.

— Es necesario poner en conocimiento de S. E. I., el señor arzobispo, que ha corrido la sangre en el convento por la religión; porque, no nos hagamos ilusiones, ésta ha sido una lucha revolucionaria.

— ¿Quién había de creer—dijo la Madre Matiana—que la hija de un ilustre cochero del Viático había de ser liberalota?

— Está enamorada de ese condenado militar de los herejes: la ha hechizado; la situación se ha «pintado».

— Sólo las niñas Eva y Carolina en nada se han mezclado.

— ¡Hipócritas! También tienen relaciones con soldados; esos malditos han turbado la paz del convento.

Aquí está una carta—dijo la abadesa—; recogedla y dádmela.

Era una carta de Armando.

Leedla, Madre Matiana; he olvidado mis anteojos.

La Madre Matiana leyó: «Adorada Rosa: Me compadece verte en las garras de esa lechuza.»

— ¡Dios mío! Esto es horrible—gritó la abadesa.

Sor Matiana continuó: «Pero yo te libraré: le voy a pegar fuego al convento.»

— Aquí hay una acción criminal. ¡Al juez, al juez!—gritó la abadesa.

Sor Matiana continuó: «Les he de arrancar el pellejo, desde el Padre capellán hasta el fraile predicador.»

—Le quieren cortar la lengua al Padrecito Taravilla, nos quieren dejar sin sermones; es necesario dar parte, pero inmediatamente.

Sor Matiana continuó: «Durante la misa piensa en mí.»

—¡Herejía mixta!—exclamó la abadesa.

Dadme la carta; voy a remitirla al arzobispado, con un oficio que vos redactaréis, Madre Matiana.

Entre tanto idos al coro, no vaya a haber otro desorden.

—Con vuestro permiso, reverenda Madre.

La monja se marchó, y cuando la puerta del coro se hubo cerrado, la abadesa soltó una estrepitosa carcajada y dijo asomando sus dientes amarillos:

—Tiene gracia, ¡perico con sueño! El nombre es tan atinado que me dan ganas de pedirle la pata y darle una sopa de chocolate.

Poco después frunció el ceño, se acordó seguramente de aquello de «clacuache», y paso a paso se dirigió a la portería.

## IV

Se encaminaba Manuel a su ronda del convento, cuando apareció en la calle el señor de Rentería.

Pálido y enfermizo estaba el español, la ausencia de sus mellizas lo tenía inconsolable.

No tenía la entereza de su esposa y sufría horriblemente.

Manuel no pudo excusarse de pasar a su lado.

El señor de Rentería lo tomó por el brazo y lo hizo entrar a la portería del convento, que estaba enteramente sola.

Allá en la puerta interior de entrada, se veía entre la rendija asomar un ojo vivo y perspicaz; era el de la Madre Portería.

Luego que el español y Manuel se encontraron solos, el español se arrodilló y abrazando a Manuel de las rodillas, le dijo:

—Usted sabe dónde está mi hija; por compasión, dígamelo usted. ¡Hace dos meses que no vivo, la creo perdida, deshonrada! ¡Me han impuesto el silencio, pero no puedo, me estoy ahogando!

Prorrumpió aquel hombre en un llanto tan doloroso, que Manuel se conmovió.

—Levántese usted—le dijo—, levántese usted, yo le diré todo.

Alzóse el español, limpió su rostro anegado por las lágrimas, y dijo:

—Todo lo espero de usted, que ama a mi hija.

Debo ser leal—pensó Manuel.

—Señor de Rentería, bajo mi fe de caballero y mi lealtad de soldado, voy a decirle a usted la verdad.

—Sí—dijo el español—; la verdad entera, por cruel que sea, la quiero saber... toda entera.

—Pues bien: la señorita Carolina salió despechada por aquella espantosa humillación hecha en la persona de su novio.

—A nadie se lo he confesado—dijo Rentería—, pero mi mujer ha violentado a mi hija.

—Sí, aquél fué un arrebató injustificado.

La señorita fué llevada a una casa decente y honrada; pero allí su permanencia era momentánea. Entonces Mario pensó en un asilo que no dejara duda de su conducta y pusiera a salvo su honra y...

—Hable usted, por Dios, que me estoy muriendo.

—Pues bien; su hija de usted está aquí.

—¡Aquí! ¿Pero es verdad? ¿Pero no me engaña usted?

Manuel se acercó a la portería y llamó.

—¿Qué se ofrece, caballero?

—Diga usted a la abadesa que el señor Rentería viene a ver a sus hijas Eva y Carolina.

—¡Gracias! ¡Gracias!—decía el español estrechando las manos de Manuel.

—Ahora me voy a ver a Eva—decía el estudiante—; éste ha sido un encuentro feliz.

La abadesa bajó con las gemelas.

Luego que las niñas vieron a su padre, se echaron llorando en sus brazos; aquella escena era conmovedora.

Eva alzó la cabeza, vió a Manuel y sin pensarlo le tendió la mano, que éste estrechó con inmenso cariño.

—¿Conque aquí estáis?—decía llorando el español—¿Conque no os he perdido?

—No, no—decía Carolina, empapando en lágrimas la frente de su padre—. ¡Puras, honradas, hijas tuyas!... Te amamos más que nunca.

El español estaba loco de alegría.

—Señora—dijo Rentería a la abadesa—, guardádmelas como un tesoro, mientras arreglo con mi mujer que vuelvan a mi lado; yo no puedo vivir sin ellas; el día que se casen, yo le suplicaré a su marido que me dé un rincón en su casa, como a un limosnero, pero no me separaré nunca de ellas.

—Tienes un lugar en nuestro corazón—gritó Carolina.

El señor Rentería se puso enteramente pálido, sus ojos se cerraron y cayó azotando el suelo con su cabeza.

Las mellizas dieron un grito aterrador.

Se le había reventado la arteria del corazón.

## V

El cadáver fué trasladado a la casa y la señora Pantoja sacó a sus hijas del convento para que la acompañasen.

Se depositó en un lujoso ataúd, y se tendió en la sala con sus cuatro cirios.

Aquel hombre había sido sacrificado en aras del fanatismo.

Las mellizas estaban inconsolables, sentían a su padre inmensamente, a aquel hombre honrado, trabajador y lleno de un intenso cariño para ellas.

Entró un clérigo, y al quererle hincar para decir un responso, Eva lo detuvo.

—¿Qué pasa?—dijo el clérigo.

—Que este lugar no es el de usted, aquí está la víctima, y el verdugo no puede insultarla con sus rezos.

—No comprendo, señorita.

—Pues comprenda usted que, merced a sus consejos, mi hermana Carolina ha estado a punto de perderse y que yo he sido arrastrada a un convento contra mi voluntad.

—Pero nosotros no hemos tenido la culpa, solamente hemos aconsejado en bien de la religión.

—Calle usted, por Dios—dijo Eva—, y no profane ese nombre; le han arrancado ustedes a mi padre, el gran amor de su vida, a nosotras; no han tenido compasión de sus sufrimientos ni de sus dolores. ¡Lo han asesinado!

—Señorita, Dios manda sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.

—Se han apoderado del alma de mi madre, han introducido la discordia en la familia y las lágrimas nuestras caerán sobre sus cabezas.

—Señorita, permítame usted que rece una oración por el alma de su padre.

—No la necesita, caballero; fué virtuoso y bueno hasta su último momento.

—Pero murió sin confesión.

—¡Y qué importa cuando nunca se ha hecho el mal, cuando se muere víctima de tiranías espantosas! ¡Retírese usted, y no insulte con su presencia este cadáver!

La Pantoja, que había escuchado las últimas palabras de Eva, se presentó furiosa, sin respeto a aquel espectáculo siempre triste y solemne.

—Perdone usted a esa loca, Padre, no sabe lo que dice, está inficionada por esas ideas que nos llevan a un abismo.

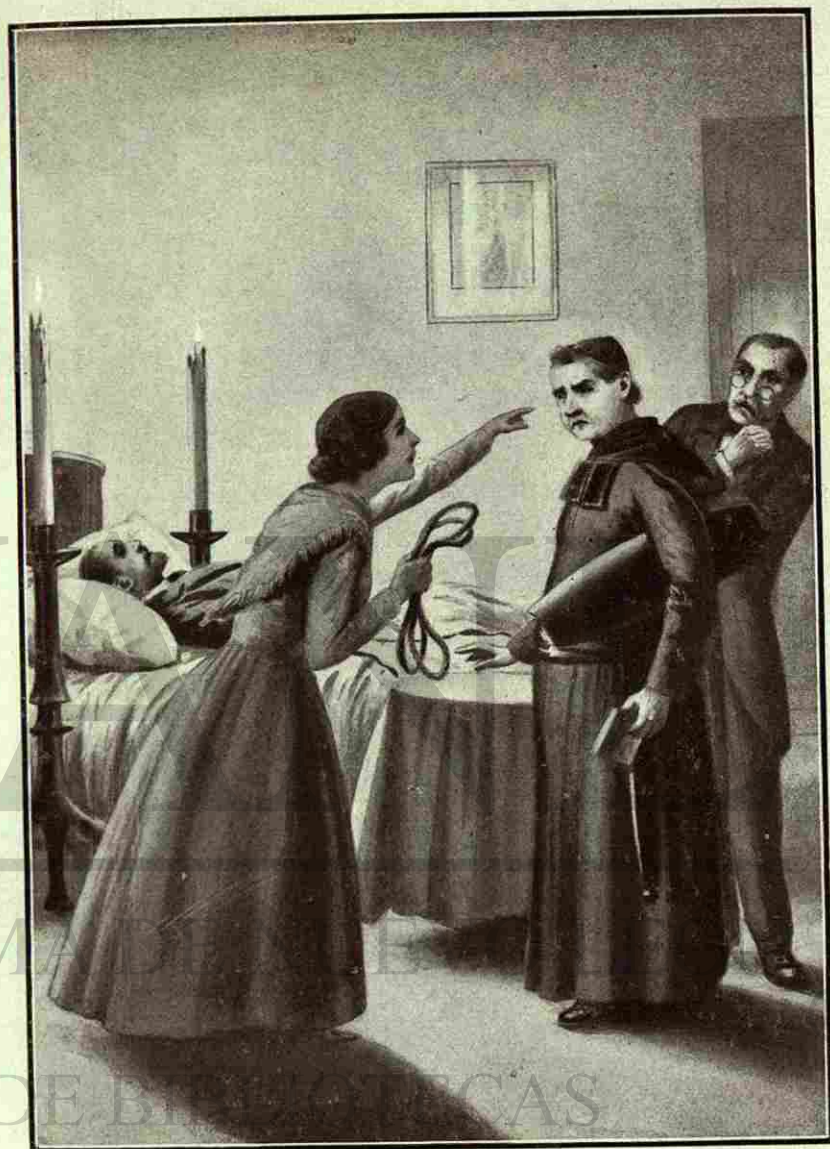
—Madre—dijo Eva—, respete usted siquiera el cadáver de mi padre.

—Tú eres la que lo insultas, prohibiendo a este santo varón que ruegue a Dios por él.

Eva no respondió, pero se quedó viendo de hito en hito al clérigo.

—Serénesse usted—dijo el clérigo hipócritamente—; el dolor ha perturbado a esta criatura; ya volverá en sí y se arrepentirá.

—¿Y de qué?—dijo Eva con un tono altanero—Ya estoy fatigada de oír tantas y tantas cosas; ya he perdido hasta la



—¡Si no sale usted al momento, le cruzo la cara con este cordel...!

(Pág. 118)

fe, en presencia de tantas infamias, que no quiero oír, ni ver nada de lo que ha hundido a esta casa en la desesperación y en el llanto. ¡Salga usted de aquí!

—¡Primero yo!—gritó la Pantoja.

—No, señoras—dijo hipócritamente el clérigo—: primero y antes que todos yo; al fin, ¿de qué sirvo? Dios me oye en todas partes. Quiera el cielo que esas ideas antirreligiosas desaparezcan para bien de la salvación de las ovejas.

—Quiera el cielo que caigan esas caretas—murmuró Eva. El clérigo sacó de la pieza a la Pantoja, la hizo recoger en su pieza y acostarse, y se marchó diciendo para sí:

—¡Qué me importan estas locas, si la vieja es mía!

## VI

Mario y Manuel permanecieron toda la noche frente al balcón, haciendo la guardia al cadáver del señor Rentería.

«Juan Gallinazo» había ido en busca de sus amigos.

—¿Cómo te va de luna de miel?—le dijo Manuel.

—Perfectamente; estoy enamorado hasta los tuétanos, de mi estanquillera; me la llevo al Sur, y si muere de una calentura... u otra cosa... ¿Pero qué diablos están haciendo aquí?

—Mira—le dijo Mario enseñándole el balcón por donde los cirios arrojaban un torrente de luz.

—¡Hola!—dijo «Juan Gallinazo»—Allí hay un baile.

—¡Bárbaro! Un muerto—dijo Manuel.

—¿Y qué les importa el difunto?—preguntó Juan.

—Calla, hombre, es el señor Rentería, que murió ayer repentinamente.

—¿El gachupín?—preguntó Juan.

—Respétalo, que está muerto—dijo Manuel.

—Hombre, si no se lo digo en la cara al difunto.

—No importa.

—¿Y se van a pasar aquí la noche?

—Estamos velando.

—Pero no se han de morir de hambre; siempre en los velorios se cena. Improvisaremos la mesa en el poste de la esquina y allí cenaremos; voy a traer provisiones. Los duelos con pan son menos.

—No tienes remedio, «Juan Gallinazo».

—Como yo no estoy afligido, bien puedo encargarme de los comestibles.

Se marchó Juan y a la media hora vino con una cena en frío y unas botellas de vino.

Fuéronse a la esquina los amigos y cenaron a todo placer.

—¡Bebamos a salud del muerto!—dijo Juan, y a boca de botella todos bebían.

—Más vale llegar a tiempo que ser convidado—dijo el novio de Rosa.

—A buena hora te apareces, condenado—dijo Manuel—; ya no quedan más que los huesos, único residuo del festín.

—Veremos lo que encuentro, y mientras haya coñac, todo está arreglado.

—Ya me escribió Rosa todo el accidente.

—Estamos emocionados.

—¿Ya sabrían el motín del convento?

—No, hombre; cuéntanos, cuéntanos.

Armando les refirió lo que había pasado, y todos reían a dos carrillos.

Rosa quedó lesionada, pero con el estandarte victorioso.

—¿Y no la han castigado?

—Sí, está a «pan y agua».

—¿Y a las otras?

—Nada; dicen que pelearon por la religión; pero ya Rosa me pidió un cable; esto me huele a fuga.

—Pues ya sabes—dijo «Juan Gallinazo»—: te la llevas a San Jerónimo; hará buenas migas con mi estancuillera, y que el ilustrado cochera se encargue de sus mulas y de su esposa.

—Me parece bien; aquél es el hotel de las robadas.

—Sí, de las robadas por su gusto—dijo «Juan Gallinazo».

Pasó la noche, a las seis de la mañana desfiló el cortejo mortuorio tras un magnífico carro, tirado por cuatro frisonas, rumbo al Tepeyac.

Los estudiantes se metieron en el primer coche de duelo, y así, en traje de soldados, pasaron también como dolientes.

En la noche, Manuel estaba frente al balcón.

Eva salió y le arrojó un pañuelo húmedo en llanto, que el estudiante secó con el calor de su pecho.

## CAPITULO X

### LA TEMPESTAD ARRECIA

#### I

La República estaba incendiada, el turbión revolucionario tomaba un empuje desesperado.

El Constituyente había sancionado la ley de extinción del fuero eclesiástico, y Comonfort, empujado por el esfuerzo liberal y reformista, había publicado la ley de «desamortización de bienes eclesiásticos», pensada por el inmortal Miguel Lerdo de Tejada.

Trescientos millones se pusieron en circulación, al desvincular una propiedad raíz, estancada durante tres siglos.

El arzobispo y los obispos de todas las diócesis, protestaron su inobediencia a la ley y conminaron con la excomunión mayor a los «adjudicatarios».

En el púlpito se vomitaban injurias contra el Gobierno, se

le llamaba públicamente ladrón de la Iglesia; el desbordamiento no conocía límites.

Menudeaban los pronunciamientos, que eran sofocados con bastante trabajo; vinieron complicaciones diplomáticas con España y con Inglaterra, y diariamente se registraba una dificultad seria en la política.

El Congreso recibía diariamente protestas y peticiones, firmadas por las señoras a quienes el Nigromante llamó «mujerzuelas» en la tribuna.

Hombres, mujeres, niños, todos se complicaban en aquel escándalo, encabezados por los frailes, que veían en naufragio su poder y sus intereses.

El ministro Montes salió para Roma con objeto de celebrar un «concordato», pero Pío IX publicó una Encíclica condenando la revolución, y esta circunstancia desató el torrente que todo lo arrasaba a su paso.

Comonfort perdía la serenidad y se ahogaba en el oleaje de la revolución.

#### II

El señor Luis Barragán, ilustre cochera del Viático y padre de Rosa, la novia de Armando, tenía los secretos de la parroquia y alquilaba, para especular, seis casas del clero.

El buen hombre, que era un hipócrita de cinco pisos, luego que se publicó la ley, se adjudicó por trasmano las seis fincas de la Iglesia.

La esposa del ilustre cochera se oponía con todas sus fuerzas.

—Pero, Luis, te vas a condenar, que te veo ardiendo en los infiernos.

—No, hija—contestaba Luis—; todavía no llega la lumbre a los aparejos.

—¿Pero no has visto lo que dice el Papa?

—Sí, pero primero veo la «papa»; peor era que uno de esos liberalejos se soplara las casas.

—El día en que lo sepa la Sagrada Mitra, te van a excomulgar.

—No tengas cuidado, la Sagrada Mitra es la primera que se ha sumido con los capitales.

—Eso es una calumnia.

—No, hija; como la Mitra tiene los libros, sabe muy bien el negocio y ya se apartó una suma regular; todos entran a la cosecha.

—Pero, hijo mío, ya no te administrarán los sacramentos.

—Pues, hija mía, se va a quedar sin sacramentos todo el clero, porque hay una de intrigas por lo bajo, que da miedo.

—La verdad, yo estoy asustada y voy a confesarme.

—No, no hagas eso, y si lo haces no vayas a decir nada: ése es pecado mío, no tuyo; mira que nos quedamos en la miseria.



—A buena hora te apareces, condenado—dijo Manuel—; ya no quedan más que los huesos, único residuo del festín.

—Veremos lo que encuentro, y mientras haya coñac, todo está arreglado.

—Ya me escribió Rosa todo el accidente.

—Estamos emocionados.

—¿Ya sabrían el motín del convento?

—No, hombre; cuéntanos, cuéntanos.

Armando les refirió lo que había pasado, y todos reían a dos carrillos.

Rosa quedó lesionada, pero con el estandarte victorioso.

—¿Y no la han castigado?

—Sí, está a «pan y agua».

—¿Y a las otras?

—Nada; dicen que pelearon por la religión; pero ya Rosa me pidió un cable; esto me huele a fuga.

—Pues ya sabes—dijo «Juan Gallinazo»—: te la llevas a San Jerónimo; hará buenas migas con mi estancuillera, y que el ilustre cochero se encargue de sus mulas y de su esposa.

—Me parece bien; aquél es el hotel de las robadas.

—Sí, de las robadas por su gusto—dijo «Juan Gallinazo».

Pasó la noche, a las seis de la mañana desfiló el cortejo mortuorio tras un magnífico carro, tirado por cuatro frisonas, rumbo al Tepeyac.

Los estudiantes se metieron en el primer coche de duelo, y así, en traje de soldados, pasaron también como dolientes.

En la noche, Manuel estaba frente al balcón.

Eva salió y le arrojó un pañuelo húmedo en llanto, que el estudiante secó con el calor de su pecho.

## CAPITULO X

### LA TEMPESTAD ARRECIA

#### I

La República estaba incendiada, el turbión revolucionario tomaba un empuje desesperado.

El Constituyente había sancionado la ley de extinción del fuero eclesiástico, y Comonfort, empujado por el esfuerzo liberal y reformista, había publicado la ley de «desamortización de bienes eclesiásticos», pensada por el inmortal Miguel Lerdo de Tejada.

Trescientos millones se pusieron en circulación, al desvincular una propiedad raíz, estancada durante tres siglos.

El arzobispo y los obispos de todas las diócesis, protestaron su inobediencia a la ley y conminaron con la excomunión mayor a los «adjudicatarios».

En el púlpito se vomitaban injurias contra el Gobierno, se

le llamaba públicamente ladrón de la Iglesia; el desbordamiento no conocía límites.

Menudeaban los pronunciamientos, que eran sofocados con bastante trabajo; vinieron complicaciones diplomáticas con España y con Inglaterra, y diariamente se registraba una dificultad seria en la política.

El Congreso recibía diariamente protestas y peticiones, firmadas por las señoras a quienes el Nigromante llamó «mujerzuelas» en la tribuna.

Hombres, mujeres, niños, todos se complicaban en aquel escándalo, encabezados por los frailes, que veían en naufragio su poder y sus intereses.

El ministro Montes salió para Roma con objeto de celebrar un «concordato», pero Pío IX publicó una Encíclica condenando la revolución, y esta circunstancia desató el torrente que todo lo arrasaba a su paso.

Comonfort perdía la serenidad y se ahogaba en el oleaje de la revolución.

#### II

El señor Luis Barragán, ilustre cochero del Viático y padre de Rosa, la novia de Armando, tenía los secretos de la parroquia y alquilaba, para especular, seis casas del clero.

El buen hombre, que era un hipócrita de cinco pisos, luego que se publicó la ley, se adjudicó por trasmano las seis fincas de la Iglesia.

La esposa del ilustre cochero se oponía con todas sus fuerzas.

—Pero, Luis, te vas a condenar, que te veo ardiendo en los infiernos.

—No, hija—contestaba Luis—; todavía no llega la lumbre a los aparejos.

—¿Pero no has visto lo que dice el Papa?

—Sí, pero primero veo la «papa»; peor era que uno de esos liberalejos se soplara las casas.

—El día en que lo sepa la Sagrada Mitra, te van a excomulgar.

—No tengas cuidado, la Sagrada Mitra es la primera que se ha sumido con los capitales.

—Eso es una calumnia.

—No, hija; como la Mitra tiene los libros, sabe muy bien el negocio y ya se apartó una suma regular; todos entran a la cosecha.

—Pero, hijo mío, ya no te administrarán los sacramentos.

—Pues, hija mía, se va a quedar sin sacramentos todo el clero, porque hay una de intrigas por lo bajo, que da miedo.

—La verdad, yo estoy asustada y voy a confesarme.

—No, no hagas eso, y si lo haces no vayas a decir nada: ése es pecado mío, no tuyo; mira que nos quedamos en la miseria.

— Yo quiero todo, menos estar excomulgada.  
En aquellos momentos entró una mandadera del convento de la Concepción.

— Carta de la superiora—dijo la señora.

Don Luis la abrió, y después de morderse los labios, se la pasó a la señora.

La carta decía:

«Hoy en la mañana hemos buscado a la niña Rosa, pero en vano, porque ha desaparecido del convento.»

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!—gritaba la señora— ¡Ese pícaro, ese hereje, ese bribón!

— Sigue—dijo don Luis.

La señora continuó leyendo:

«Se ha encontrado un nudoso cordel atado a una canal de la azotea, por donde, con una audacia inaudita, y exponiendo la existencia, se deslizó la niña, huyendo de la casa de Dios.»

— ¡Qué barbaridad!—exclamó don Luis.

La señora continuó:

«Se registraron todos los muebles de la celda y en el asiento de la silla se encontraron las cartas de un hereje y un retrato de soldado muy feo, todo lo cual se ha remitido al gobierno eclesiástico.»

Había, además, un mechón de cabellos rubios y unos pelos del bigote, y, ¡admírense ustedes!, ¡un retrato de Comonfort!

— ¡Lo dije!—gritó la señora— ¡Para estos maldecidos, no hay lugar sagrado, todo lo violan, todo lo profanan! ¿Qué hacemos, hombre?

— Yo la podría acusar de fuga de la casa paterna, pero eso sería un escándalo.

— Esta es la sal que nos comienza a caer por el robo a la Iglesia, y ya empezamos a pagar las casas adjudicadas.

— No, hija; lo hacemos en virtud de una ley; no vamos al camino real.

— ¡Pero mi hija!

— No tengas cuidado, parecerá; todos parecen.

— Pero ya será tarde.

— No; tenemos las casas para dotarla; verás como el soldado las acepta; ya ves como vamos a utilizar la adjudicación.

— ¡Y cargan con nosotros todos los diablos!

— ¡Bah, bah, bah!—dijo don Luis.

— ¡Pero si esto es un escándalo brutal! ¡Todos corren a la oficina, todos se anticipan, todos denuncian, estamos en la mitad de los infiernos!

En aquel instante, don Luis llevó las manos al corazón, echó la cabeza hacia atrás, y gritó:

— ¡Que me muero!... ¡Que me muero!

— ¡Un padre!—gritó la señora, y corrió dando gritos por toda la casa.

— No.

Acertaba a pasar por allí uno de los clérigos, que visitaban

a la familia Rentería, que estaba enterado de los negocios de las casas adjudicadas, y se entró hasta la sala, donde don Luis sufría un terrible ataque de pernicioso; acercóse al enfermo, presa de un dolor terrible.

— Conlíesese, hermano—dijo el clérigo—; es la hora de pedir misericordia.

Don Luis hizo una señal negativa.

— ¿Cómo es eso?—gritó el clérigo— ¿Un hijo de la Iglesia, un cochero del Santísimo Sacramento, no quiere confesarse?

Don Luis no respondió, continuaba casi agonizante.

— Apresurémonos—murmuró el clérigo—; yo sé que te has adjudicando unos bienes de la Iglesia; «restituir o confesarse».

Don Luis hizo señal negativa con la mano.

— ¡Pero esto es increíble!—exclamó el confesor.

Después continuó:

— Dios te está mirando.

Don Luis movió la cabeza.

— El abismo está abierto a tus plantas.

Don Luis procuró sonreírse.

— ¡Este hombre está condenado en vida!—gritó furioso el clérigo— Que traigan a un escribano para que apunte que devuelve todo, acaso yo no lo entienda.

Entró la señora muy afligida.

— Señora—dijo el confesor—, este hombre devuelve los bienes robados a la Iglesia.

Don Luis se incorporó, y con voz sacada del último esfuerzo, gritó:

— ¡No!

— Un réprobo—gritó el clérigo—yo no lo absuelvo.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!—decía la señora— Se va a condenar.

— Sí, que se condenará—gritaba el confesor—; la Iglesia reclama lo que es suyo.

Me voy—dijo el clérigo, observando que ya las sombras de la muerte invadían el semblante de aquel hombre.

— Señor—dijo la esposa de don Luis—, yo me arreglaré con usted.

— Eso es otra cosa; entonces puede medio salvarse. Volveré dentro de una hora.

Don Luis agonizó algunos momentos, inclinó la frente y quedó muerto.

La señora se encerró a llorar y los amigos procedieron a esas horribles operaciones de tenderlo, vestirlo y arreglar la estancia.

A la hora ya estaba allí el clérigo.

Entró con gran ansiedad.

— Ya estoy aquí, veremos el arreglo.

— Señor—dijo la viuda—, yo he dicho que murió contrito y que recibió la absolución.

— Está bien; si convenimos en algo, nada se sabrá; de lo

contrario, será necesario publicar todo para ejemplo de los demás, porque no puede enterrarse en sagrado.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Tirado al basurero como un perro!

—Sí, señora; está fuera de la Iglesia, tendrá que sepultarse en el panteón de los gringos, donde están los enemigos de Dios.

—¿Qué quieren? Acepto lo que gusten.

—Pues bien; no es justo que la familia de un hombre que ha montado en las mulas del Viático, se quede en la miseria.

—Gracias, señor—dijo la viuda.

El clérigo continuó:

—Tomará usted dos casas, porque si las devuelven todas, ese hereje que desea casarse con la hija de usted, meté pleito, y como los jueces son también herejes, la Iglesia pierde todo.

—Está bien pensado. Pero yo no quiero el escándalo.

—Lo evitaremos; pondremos una minuta en que ustedes me venden las cuatro casas y que ya tienen recibido el precio, se firma a mi nombre la escritura y yo me encargo de devolverlas a la Iglesia.

El clérigo había traído su escribano a propósito.

Entró el escribano, se puso en la minuta que la señora firmaba por enfermedad de su esposo.

Levantóse el clérigo y dijo:

—Ahora hagamos la ceremonia para salvar el alma de ese hombre—y seguido de la señora entró en la pieza donde se encontraba el cadáver.

—¡Un lazo!—dijo el clérigo.

La señora trajo un cordel, que empuñó el confesor.

Sacó un libro y comenzó a rezar, y de intervalos en intervalos, le daba de azotes al muerto.

Estaban en esta operación, cuando las puertas de la estancia se abrieron con estrépito, y entró Rosa, con la desesperación pintada en el rostro.

A la vista de aquel odioso aparato, se precipitó furiosa sobre el clérigo, le quitó el cordel y le gritó:

—¡Si no sale usted al momento, le cruzo la cara con este cordel, con que se permite azotar el cadáver de mi padre!

El clérigo se asustó y salió corriendo.

El escribano tenía la minuta en la mano y Rosa se la arrebató sin que pudiera evitarlo.

—Usted—dijo Rosa—ha venido aquí a ser, según me sospecho, cómplice de un robo—y despedazó el papel.

El escribano, que era un viejo jorobado y socarrón, se encogió de hombros, y dijo:

—¿Quién me paga mis derechos?

—Los clérigos—contestó Rosa—; y si no sale usted pronto, rueda por la escalera.

—No hay necesidad, yo cuido mucho mi protocolo.

La señora estaba confusa, no podía articular una palabra. —¡Acabó la autoridad de mi padre; ahora yo mando en esta casa!—dijo Rosa.

Volvió la vista al cadáver de su padre, fijó en él una mirada insistente, mirada que se fué velando por las lágrimas, y cayó de rodillas a los pies del ataúd.

### III

Los estudiantes habían ido a tomar asiento a las galerías del Congreso; era el 5 de febrero, día en que se juraba la Constitución al cerrar sus históricos debates el Constituyente.

Grande era la efervescencia; todos decían que Comonfort no juraría, y era ansiosa la expectativa.

—Ya estamos aquí—decía Manuel—; al fin se promulga la Constitución.

—¿Te acuerdas—decía Mario—lo de la sesión en que se trató de la tolerancia de cultos?

—Buenas palizas hubo en los pasillos. ¡Cuánto beato y cuánta devota gritando y dando alaridos! Pero al fin hemos triunfado.

—¿Y vendrá a jurar Comonfort?

—Puede ser; ese hombre mandó a su ministro a que atacara la tolerancia religiosa; es un hipócrita santurrón.

—O la bebe o la derrama—dijo Mario.

—No se ha de atrever a dar un «golpe de Estado»—dijo Manuel.

En aquel momento los diputados firmaron la Constitución.

Entonces hubo una escena conmovedora: el señor Valentín Gómez Farías, el padre de la libertad, entró en el recinto de la Cámara llevado y sostenido por dos representantes.

El señor Farías tocaba ya la nieve del sepulcro; su cabello enteramente blanco se ostentaba sobre su limpia frente. El semblante revelaba ya una ancianidad muy avanzada, era alto, muy alto, vestía de negro y su corbata blanca se confundía con la lividez de aquel rostro venerable.

Llegaba casi moribundo a la asamblea.

Al verle entrar encorvado y paso a paso, la multitud prorumpió en un aplauso unánime, espontáneo, estruendoso, y el grito que partió de las galerías, era un himno a aquel hombre, que tantos sacrificios había hecho por la libertad y asistía a su espléndido triunfo.

Aquel hombre, estando en la Presidencia de la República, visitaba como médico a los enfermos del «cólera», que diez-maba la ciudad.

Su presencia arrastraba cien memorias al patriotismo mexicano.

Se restableció el silencio, y Farías, con mano trémula, firmó la Constitución.

En ese momento entró en la Cámara el general Comonfort seguido de sus ministros, y juró el Pacto.

Ni un aplauso resonó en la asamblea, todos adivinaban que aquel juramento debía ser violado.

¡Gloria a vosotros los constituyentes, que en medio de las rudas tempestades de la revolución, azotados por las persecuciones y los anatemas, os convocásteis en torno de una idea, para sacar a un pueblo de la catalepsia de la historia!

¡Nada más solemne que aquel momento, en que vuestra mano inscribió vuestros nombres en ese libro sagrado, veneración de la época y gloria de nuestro siglo!

¡El vivirá a despecho de las resistencias y contradicciones del pasado, él será inmortal en los anales de la tierra mexicana, marcando la primera etapa en el camino del progreso!

¡Gloria a vosotros, que ya dormís el último sueño y cuyos restos desfilan entre nosotros, como si pasaran las sombras de la historia!

¡Cuando todos hayáis muerto, cerrando esa gigante página, entonces las generaciones irán a depositar sobre vuestros sepulcros, las coronas de ciprés, como si ornaran vuestras frentes, como si todavía pudieran pedirnos vuestras grandes inspiraciones!

¡Dormid al rumor de los combates por la libertad; arrullaos al eco estruendoso de los cañones, que vibrará en el seno de vuestra sepultura; que los que os han sucedido, continúan en la lucha, la eterna batalla del progreso y de la civilización!

¡Herederos de vuestro aliento y de esa entereza de mártir, con que perseverasteis en vuestra obra, ni las oleadas de sangre podrán borrar esas páginas que llevan vuestros pensamientos, ni habrá una mano suficientemente poderosa para arrancar vuestros nombres del libro eterno de la historia!

## IV

De allí partió otra tormenta, el clero protestó que era herética la Carta fundamental y que a los que la juraron, si no hacían una pública retractación, se les negarían los sacramentos y la sepultura sagrada.

El señor Valentín Gómez Farías fué sepultado en el jardín de su casa de Mixcoac, donde cae el rocío en las auroras sobre los inmortales, que perfuman los bordes de la sepultura, como las lágrimas de la patria, regando los mármoles de su sepultura.

Comenzaron más escándalos, los empleados abandonaron sus destinos, nadie quería jurar la Constitución.

Los soldados también se rehusaban y todos los que huían del juramento se arrojaban en brazos de la reacción.

Todas eran desconfianzas, todas rebeliones y traiciones.

Aparecieron tres hombres fatales, los hermanos Cobos, españoles y bandidos introductores del «plagio» en México, y

el asesino más infame, el monstruo más perverso que ha producido esta tierra, Manuel Lozada, conocido por el Tigre de Alica.

No había día en los Estados y en la capital, que no se registrara con un escándalo, con una rebelión, con una tentativa; era ya el último extremo de la anarquía.

Comonfort, con sus debilidades y contemporizaciones resbalaba por un abismo.

## V

Los frailes franciscanos preparaban una revuelta de las más serias.

Reunida estaba la junta de conspiradores en el convento, al que asistían muchos jefes del ejército.

—Esta es la hora—decía el Provincial—. ¿Qué esperamos? ¡Ya se nos arrebataron nuestros bienes, ya se hicieron pedazos nuestros fueros; ahora la Constitución con su cúmulo de herejías, y lo que es más, las promesas de mañana, más terribles que el presente!

—Sí—decía el coronel Altúnez—; todo está hollado, todo escarnecido; a los que tomamos parte en la reacción de Puebla, nos han degradado y puesto en las filas de los soldados rasos.

Ayer mis compañeros, con la cadena al pie, han sufrido la más espantosa de las vejaciones, barriendo las calles.

¡Aquel ejército que hace un año se ostentaba con gran aparato del lujo y del valor en la capital, hoy se ha convertido en una turba de pordioseros!

—¡Abajo Comonfort!—gritaron los soldados.

—¡Abajo la Constitución!—gritaron los frailes.

—¡Llegó la hora—dijo el Provincial—en que nos armemos como los cruzados y tomemos el glorioso estandarte con que Godofredo de Bullón entró triunfante en Jerusalén!

—Sí—gritó un fraile español—; el que llevó don Juan de Austria al combate de Lepanto.

—¡A luchar—gritó el coronel Altúnez—, a vengar nuestros agravios, a restaurar nuestro dominio, a dignificar nuestra enseña: «Religión y fueros»!

Los legos del convento trajeron unos cajones con puñales, espadas y revólveres, y los colocaron en medio de la sala.

El Provincial se levantó y bendijo en nombre de Dios aquellas armas, como en la ópera de los Hugonotes.

—Ahora—dijo el coronel, tomando una espada—, al cuartel, donde me esperan para el movimiento.

—Sí—dijo el Provincial—, nosotros repartiremos estas armas entre el pueblo, y a los toques de campana en Santo Domingo, al grito de ¡«Religión y fueros»!, echaremos abajo y sin compasión el edificio. ¡Basta ya de tolerancia, señores! ¡Viva la religión!

En estos momentos se presentó un oficial seguido de una escolta de cien hombres.

—¡Todos presos!—gritó el oficial.

Los frailes retrocedieron, dejando ver los puñales que empuñaban con sus manos crispadas.

Avanzó el Provincial, y dijo:

—Señor oficial, éste es un atentado que no consentimos; hágase usted atrás.

—¡Preparen!—gritó el oficial, y los soldados prepararon sus armas.

Hubiera pasado una escena de sangre, pero los frailes comprendieron que iban a morir sin éxito, una vez descubierta la conspiración, y, arrojando los puñales, se dieron a prisión.

El coronel Altúnez arrojó la espada y se puso entre filas.

## VI

Luego que Comonfort recibió la noticia, quiso hacer un alarde de valor civil.

Llamó al gobernador del distrito, que era Juan José Baz, y se le ordenó que se derribara el convento de San Francisco en línea recta de la calle del Coliseo, abriendo paso para San Juan de Letrán.

En la misma noche, el gobernador en compañía de multitud de amigos, se dirigió al convento y todos llenos de entusiasmo, dieron el «primer barretazo» sobre aquellos muros que se levantaron en los primeros días de la conquista.

Todos los trabajadores de la Obrería Mayor de la ciudad, se arrojaron barreta en mano, y las paredes y las columnas de los muros se desgajaban, llenando la atmósfera de nubes de polvo.

Allí mismo se bautizó la nueva avenida con el nombre de «Calle de la Independencia».

La comunidad franciscana fué disuelta.

El motín había abortado.

## VII

Aquel combustible agitaba más y más el incendio de la revolución.

La guerra en la calle, en el templo y en los hogares; la revolución consumándose entre ruinas y venganzas.

Los campos estaban definidos: el clero y los liberales.

El antiguo ejército estaba a las órdenes de la Iglesia, pero no era un factor en el orden de las ideas.

La Iglesia y la Libertad eran las luchadoras, por más que el temor al fantasma del pasado, se empeñara en hacer creer otra cosa.

Dos obispos habían sido desterrados, y el pueblo estaba furioso.

Pero faltaba un escándalo mayúsculo.

Era el Jueves Santo de 1856.

Como no se había decretado la separación de la Iglesia y el Estado, el Gobierno tenía el «patronato», y las Iglesias la obligación de recibir al Estado en algunas ceremonias del culto.

Había circulado el rumor de que en la Catedral no sería recibido el Ayuntamiento, ni el gobernador, y la gente acudía en oleadas a la Catedral y a la plaza, para presenciar el escándalo. El cabildo había engañado al gobernador, diciéndole que el arzobispo no había dado orden alguna a ese respecto.

A las diez de la mañana se dirigieron el gobernador y el Ayuntamiento bajo de masas, a la Basílica.

En la puerta detuvieron el cortejo y se notificó por medio de un canónigo, que estaba resuelto que no se recibiese a las autoridades en el templo.

El gobernador, que era un hombre violento, se desató en injurias contra el clero, a voz en cuello, y regresó a las Casas Consistoriales hecho una furia, entre los gritos y silbidos del populacho.

Inmediatamente mandó poner en pie su escolta, montó a caballo y salió a la plaza donde crecía el tumulto.

## VIII

«Juan Gallinazo», Armaudo y Mario, habían ido a tomar lugar dentro del templo, para ver todo lo que pasaba.

El gobernador comenzó a desbaratar a la multitud haciendo disparos; metió su caballo y sus jinetes al atrio de la Basílica y llegó hasta las puertas de la Catedral.

En aquellos tiempos esto era un sacrilegio sin nombre, uno de aquellos atentados que provocaban la exaltación de las conciencias y el furor del fanatismo.

Era la primera vez que las herraduras de un corcel tocaban aquellas baldosas sagradas.

La Catedral estaba plena y el desorden era espantoso.

Los canónigos estaban impasibles en sus asientos del coro, presenciando aquella escena, como desde un palco de la ópera. Habían procurado un escándalo y lo habían conseguido.

La guarnición estaba sobre las armas.

En aquella revuelta que se verificaba dentro del templo, se oían gritos de ¡Viva la religión! ¡Mueran los herejes!

Las mujeres devotas eran el alma del motín.

Escuchóse una voz aguda y chillona que gritaba: ¡Allí están los enemigos de Dios; allí están!

Era la señora doña Toribia Pantoja, que señalaba con su dedo largo y descolorido a los estudiantes.

—¡Maldita vieja!—dijo Mario—¡Nos van a matar!

La vieja seguía señalando a los jóvenes, que se repechaban sobre las rejas de la capilla de San Felipe de Jesús.

La multitud mujeril siguió las indicaciones de la Pantoja, y se arrojaron sobre los estudiantes.

En un momento los derribaron por el suelo, las viejas los patearon, les arrancaron los cabellos, los abofetearon, les azotaron la cara con los rosarios, les rompieron las sombrillas en las costillas.

A «Juan Gallinazo» se le montó una vieja gorda que pesaba catorce arrobas corridas, y el pobre estudiante se sentía sofocado y la vieja se arremolinaba a su sabor sobre el estómago del estudiante.

La Pantoja estaba estrangulando a Mario.

Manuel, que estaba presenciando aquella escena, acurrucado en la base de una columna, y se reía a carcajada tendida, creyó que era oportuno librar a sus amigos de aquella furia devota, y con su voz de trueno gritó:

— ¡Basta!

Como siguiera la tunda, Manuel hizo un disparo al aire, que resonó como un rayo en las bóvedas de la Catedral.

Entonces se hizo más terrible el tumulto.

Las beatas abandonaron a los estudiantes, la señora gorda quedó en el suelo y la atropellaron y pisotearon los que corrían.

Al día siguiente se publicaron unos versos perfectamente trovados, y que trasladamos a estas páginas como un recuerdo de aquella época.

#### LA BATALLA DEL JUEVES SANTO

*Bajo este sistema ruin  
Donde no impera la ley,  
¿Qué es Comonfort? ¿Es el Rey?  
¿Y Juan Baz? ¿Es el Delfín?*

(El Estandarte Nacional).

Camisa nácar con vuelo,  
Chaquetón hasta el fundilló,  
La corbata con anillo,  
Revuelto el dorado pelo,  
Con la espada hiriendo el suelo,  
De calzonera y botín,  
Sombrero a lo espadachín,  
Bigote y pálida faz...  
¿Quién es? Es Juan José Baz.  
Es monseñor el Delfín.  
¿No es éste el lindo doncel  
Que en los tiempos de su Alteza,  
Humillada la cabeza,

Hizo tan triste papel?

¿No es este golilla aquél,  
Que con plateado chupín,  
Solía venir al festín  
Del Dictador? El mismo hombre.  
Mas ahora tiene otro nombre.  
Es monseñor el Delfín.

De Nacho vástago hermoso,  
De su pueblo la esperanza,  
Del reino la mejor lanza,  
Tan gentil como animoso,  
Apenas le apunta el bozo,  
Y ya bravo paladín,  
Con voz de agudo violín,  
De los esbirros contralto,  
Catea aquí, da allá un salto  
El mexicano Delfín.

¿Amenaza riesgo grave  
A la dinastía imperial?  
Al punto el príncipe real  
Correr al peligro sabe;  
Por eso cuando la llave  
Negaron del Camarín,  
Montado en tordo rocin,  
En medio al pueblo, gritó:  
¡Vasallos! ¿Quién como yo?  
¿Quién otro como el Delfín?  
¡A un príncipe tan preclaro,  
No dar la llave esta vez!  
¡Voto al demonio! Este es  
Un «casus belli» muy claro.  
¡Ea, súbditos! Dadme amparo...  
Guerra contra el Sanedrín.  
Que se encienda el estopín.  
Nadie en los cuarteles quede.  
Ahora verán lo que puede  
Un demócrata Delfín.

Los riferos,  
Los bomberos,  
Zapadores,  
Minadores,  
Nacionales,  
Virreinales,  
Todo el mundo venga acá.  
Con cañones,  
Mosquetones,  
Con obuses  
Y arcabuces,  
Proyectiles

Y fusiles,  
 Circunden a Catedral.  
 Un piquete  
 Aquí se mete;  
 Otro corre  
 Hacia la torre;  
 De armaduras  
 Las alturas  
 Por doquier se ven brillar.  
 Y las beatas  
 Timoratas,  
 Los chicuelos  
 Con sus duelos,  
 Los que arguyen  
 Y los que huyen,  
 Rumor hacen infernal.

Entre tanto, espada en mano,  
 El iracundo mancebo  
 Con un ardor siempre nuevo  
 Atropella al ciudadano:  
 Su talento soberano,  
 Su ceño de mandarín,  
 Aquel monárquico «esplín»  
 Y el tan profundo desprecio  
 Con que mira el vulgo necio,  
 Todo revela el Delfín.  
 No hay pobre a quien no porree,  
 Ni rico a quien no regañe,  
 Ni devota a quien no arañe,  
 Ni oficial que no estropee.  
 En eso hace bien, a fe;  
 En los reinos de Pepín  
 Y en los del gran Saladín,  
 Si el real ánimo se irrita  
 Contra la turba maldita,  
 ¿Qué otra cosa hace un Delfín?  
 Su valor, ¡oh!, no se agota.  
 Deja las almas perplejas;  
 Aquí derrota las viejas,  
 Allá muchachas derrota.  
 Anda, corre, vuela, trota,  
 Este héroe de San Quintín.  
 Ya requiere el espadín,  
 Ya la pistola mortuoria...  
 ¡Loor eterno, eterna gloria  
 A monseñor el Delfín!  
 Fija cual buen general,  
 Su primera paralela  
 En medio de la plazuela,

Para sitiar Catedral.  
 El en un punto central  
 Dirige al coro visuales,  
 Para que de los ciriales  
 Los fuegos bien combinados,  
 Queden al punto apagados  
 Por sus fuegos transversales.  
 Contra un rojo monacillo  
 Una pieza diestro aboca,  
 En tanto que otra coloca  
 Frente del Empedradillo.  
 Infatigable el caudillo,  
 Asesta una batería  
 Para enfilar la cruzía,  
 Y ordena que a los blandones  
 (Que son hombres de calzones)  
 Cargue la caballería.

Previene que haya desmocha,  
 Si resisten sin empacho  
 El Señor del Buen Despacho,  
 O el Santo Niño de Atocha.

Una culebrina mocha  
 Apunta a San Valerín,  
 Un obús a San Martín,  
 Y diez pistolas de muelles  
 A los pobres Santos Reyes,  
 Bisabuelos del Delfín.

Aplica sin dilación,  
 Un ariete a la derecha,  
 Que es preciso abrirse brecha  
 Hasta el «altar del perdón»;  
 Oculto allí un escuadrón,  
 A un tiempo le dará fin  
 Al canonical motín;

Y ya el ejército junto,  
 Se apoderan del punto,  
 Gritando: ¡Viva el Delfín!

Así dispuesto el ataque,  
 A su trotón arremete,  
 Y sin que nadie le aplaque,  
 A la sacristía se mete.  
 No halla gentes de bonete,  
 Que son para él los titanes;  
 No obstante, sigue sus planes;  
 Y antes que débil rendirse,  
 Fiero se le ve batirse  
 Con inermes sacristanes.

De las «bichas» el denuedo,  
 Formadas en batallones,  
 Del órgano los cañones,

Todo lo arrostró sin miedo.  
 Contemplaba el pueblo ledo  
 Al humano Serafín,  
 Y al verlo, prorrumpió al fin  
 En ecos entusiasmados:  
 ¡Gloria y honor le sean dados  
 A monseñor el Delfín!  
 «¡Mexicanos! Es desdoro  
 »Perseguir al enemigo  
 »Que tímido busca abrigo:  
 »El nuestro se halla en el coro.  
 »De la corona el decoro  
 »Salvamos de insulto ruín:  
 »La llave, que era el botín,  
 »Ocultó el clero arrogante;  
 »Mas la obtendré el año entrante.  
 »Os lo juro: «Yo el Delfín.»  
 Dijo así a sus tropas fieles  
 El príncipe valeroso.  
 Y fué a buscar el reposo,  
 Cubierto con sus laureles.  
 De los diarios y papeles  
 Difundió luego el clarín  
 La fama del Arlequín.  
 Y gritaba la canalla:  
 «¡Tlaco por la gran batalla  
 De monseñor el Delfín!»  
 En tanto, a hincarse de hinojos  
 Fué ante el agosto Monarca.  
 Nacho en sus brazos le abarca,  
 El llanto asoma a sus ojos.  
 —He aquí, señor, los despojos  
 De nuestro real consanguín.  
 «—Alza, bello querubín,  
 »De mi tronco hermosa rama.  
 »Con razón hoy te proclama  
 »Todo el reino su Delfín.  
 »Fué sencillo, sin disputa,  
 »Tomar a Sebastopol,  
 »Mas rendir el Facistol  
 »*Non est peccata minuta.*  
 »Sigue tu gloriosa ruta;  
 »Ciñe tu sien de jazmín:  
 »Si ahora que sólo eres pollo,  
 »Eres mi más firme apoyo,  
 »¿Qué harás de gallo, Delfín?  
 »Latiga a esa gente necia,  
 »Hija del oscurantismo,  
 »Que conserva el fanatismo  
 »De respetar a la Iglesta.

»De hierro con mano recia,  
 »Sin andar con garantías,  
 »Que sólo son tonterías,  
 »Zurra a todo monigote,  
 »Para que a fuer de chicote  
 »Acaten mis regalías.  
 »Soy demócrata sultánico,  
 »Liberal de profesión,  
 »Y mantengo a la Nación  
 »Transida de terror pánico.  
 »¿Pues y el Estatuto Orgánico?  
 »¡Qué estatuto, pobre grey!  
 »Canta el *Miserere mei*,  
 »Tu cuello al vulgo somete.  
 »Muerte te espera o grillete.  
 »¿No ves que yo soy el Rey?  
 »Y ahora estoy de candidato,  
 »Ahora estoy de meritorio.  
 »Mi gobierno es transitorio  
 »Y yo me hago el mojigato.  
 »Cuando afianzado el contrato,  
 »Sea el Señor de la comarca,  
 »Vendrán azotes y marca  
 »Y el tormento y las galeras.  
 »¡Vaya! ¿Qué será de veras,  
 »Si de chanza soy Monarca?  
 »La libertad es el hierro,  
 »Y el calabozo y el yugo,  
 »Y la leva y el verdugo,  
 »Y el cadalso y el destierro,  
 »Y sepa este pueblo perro  
 »Que yo sólo soy el arca  
 »Do, si la nación se embarca,  
 »No pasará hasta el... Tabor;  
 »Yo lo digo, Comonfort,  
 »¡El católico Monarca!  
 »Naturaleza sujeta,  
 »Todo mejora a esta norma.  
 »Lo vemos en la reforma,  
 »En tiempos de Elisabeta:  
 »¡Vaya una niña de teta,  
 »Y en los suplicios muy parca!  
 »¡Cuánto más terreno abarca,  
 »Que aquella vetusta necia,  
 »Para reformar la Iglesia,  
 »Mi astucia de un gran Monarca!  
 »Un obispo, sin disputa,  
 »Sólo ha de ser un mendigo  
 »Que nada lleve consigo,



»Y que duerma en una gruta.  
 »Por eso he puesto en venduta  
 »El peculio todo entero  
 »De la Iglesia y de su clero.  
 »Rico debemos ser Nos.  
 »Quitemos lo suyo a Dios,  
 »Que Dios no quiere dinero.  
 »Yo soy en México todo.  
 »¡Qué concilios, ni qué alforjal  
 »Si el monarca está de gorja,  
 »Mete la mano hasta el codo:  
 »Casas y haciendas a rodo  
 »Coja cualquier ciudadano,  
 »Y quede con bola en mano.  
 »¡Oh, qué inapreciable dicha  
 »Para la gente de picha,  
 »Que yo sea su soberano!  
 »Y a mi sola voluntad,  
 »El democrático bando  
 »Fincas se fué adjudicando,  
 »Al grito de ¡Libertad!  
 »¿Qué es lo que ha hecho la piedad?  
 »No ha hecho nada en conclusión:  
 »Del Papa la alocución  
 »Dejó a cada uno en sus trece:  
 »Más que al Arzobispo pese,  
 »Yo tengo en todo razón.  
 »Que perezca el sacerdote;  
 »Pero que se ponga ahito  
 »Ya Picacito el chiquito,  
 »Ya Picazote el grandote.  
 »Las monjas coman camote,  
 »Con tal que tome buen vino  
 »El yaliente de Schiaffino  
 »Y tengan la bolsa llena  
 »El pobre de Loperena,  
 »Iniestra y Rubio el beduino.  
 »Pero éstos suben la renta  
 »A los pobres y artesanos.  
 »Pues yo digo: *Ciudadanos,*  
 »*Esto ya no es de mi cuenta.*  
 »¿*Vuestra fortuna es escasa?*  
 »¿*No coméis? ¿No tenéis casa?*  
 »¿*Y no os lo paga el Tesoro,*  
 »*Cuando os da cada año un toro*  
 »*Relleno de buena masa?*  
 »Mas volviendo a tus hazañas,  
 »¡Oh, democrático Apolo!,  
 »Ellas muestran que tú solo  
 »Tienes mis mismas entrañas.

»Tus travesuras y mañas,  
 »Hijas de tu genio alcohólico,  
 »Han causado más de un cólico  
 »En este solemne día,  
 »A toda la gente pía,  
 »A todo el mundo católico.  
 »Mi gratitud es inmensa;  
 »Iguala a tu sacrificio.  
 »¿Tan eminente servicio  
 »Dejaré sin recompensa?  
 »El elogio de la Prensa  
 »¿Qué vale, aunque sea sesudo?  
 »Yo mis decretos no mudo,  
 »Mi resolución tomé,  
 »Y por premio te daré  
 »Dos títulos y un escudo.  
 »Acéptalos; son primicias  
 »Que tu denuedo y tu fe  
 »Bien merecen. Así es que,  
 »Formando tú mis delicias,  
 »En uso de mis franquicias  
 »Y amparado con el manto  
 »Del Plan de Ayutla: Por tanto,  
 »A más de mi *Adelantado,*  
 »Quedas desde ahora nombrado  
 »*El duque del Jueves Santo.*  
 »De tu casa en el blasón  
 »Es bueno que se registre  
 »Con escudo lanza en ristre,  
 »Manopla y yelmo; un campeón  
 »Que al correr de su trotón,  
 »Entre aplauso general,  
 »Lleno de furia infernal,  
 »Se vea con estudio y arte,  
 »Pasando de parte a parte  
 »A la Iglesia Catedral.  
 »Moribundas dos navetas,  
 »Desángrándose un telliz,  
 »Manca una sobrepelliz,  
 »Una estola con muletas,  
 »Una alba huyendo en chancletas,  
 »Prisioneros dos manteos,  
 »Dispersos seis solideos,  
 »Contuso un bonete adulto,  
 »Un misal pidiendo indulto;  
 »Estos serán los trofeos.  
 »También exprese el buril,  
 »Si es que esto al pincel no toca,  
 »Saliendo de negra boca,  
 »Sapos y culebras mil;

»Este es un medio sutil  
 »De pintar el diccionario  
 »Del lenguaje tabernario,  
 »Y que dirá (sin desdoro)  
 »De la decencia y decoro  
 »Cuál es tu idioma ordinario.  
 »Ponga a otro lado el Pintor  
 »Aquel bordado uniforme,  
 »Coy que estabas tan conforme  
 »En tiempo del Dictador.  
 »Y de todo alrededor,  
 »En campo color de hormiga,  
 »Un gran lema que así diga:  
 »*Fué el Delfín, el que en un tris,*  
 »*Mató a la Iglesia matriz...*  
 »Anda, «Juan»; Dios te bendiga.»  
 Calló Comonfort augusto,  
 Y con su bigote espeso,  
 Imprimió un áspero beso  
 De Baz al pálido busto;  
 Un grito se oyó de susto,  
 O, más bien, un retintín  
 Como de agudo flautín:  
 —¡Que viva su Majestad!  
 —¡Que viva la libertad!  
 Dijo Nacho y el Delfín.  
 Comonfort con mansedumbre  
 A Baz tomó de una oreja,  
 Y asomándolo a la reja,  
 Así habló, desde la cumbre,  
 a la absorta muchedumbre:  
 «Aquí tienes, pueblo amado,  
 »Del reino al *Adelantado*.  
 »Venid contemplando un tanto  
 »Al *duque del Jueves Santo*.  
 »¿Con él seréis desgraciado?»  
 . . . . .  
 Y el que ha tenido la gloria  
 De poner fin a esta historia,  
 Aunque a alguien parezca ripio,  
 Concluye como al principio.  
 Desengañaos, mexicanos;  
 Los demás son cuentos vanos:  
 Bajo este sistema ruin  
 En que no impera la ley,  
 Comonfort no es más que Rey  
 Y Baz es sólo un Delfín.

EL CRONISTA DE LOS REYES

Estos versos son del señor Aguilar y Marocho, fundador de la «Voz de México», escritor distinguidísimo, que jamás descendió de su altura al pestilente fango de la diatriba periodística.

El gobernador Juan José Baz, aludido en la composición, mandó hacer ediciones que se repartieron profusamente. De esta manera perdieron los versos su sabor clandestino.

## IX

Los estudiantes, sin sombrero y las levitas hechas jirones, se escapaban de entre la multitud, como Don Quijote, después de la paliza de los yangüeses.

Se entraron a la primera cantina que vieron abierta, y «Juan Gallinazo», tirándose en una silla, gritó:

—¡Malditas viejas, nos han repicado la «matraca» del Jueves Santo! Con el jineteo de la jamona me va a dar peritonitis.

## CAPITULO X

### LA MADRE Y EL HIJO

#### I

En la ciudad de Puebla se reproducía la misma escena, porque se tenía concertado un movimiento simultáneo, que precipitaría la acción revolucionaria.

Pero en aquella ciudad el gobernador fué más enérgico: sacó de la Catedral al obispo y a los canónigos, los puso entre filas y los llevó presos.

Cosa verdaderamente rara, el pueblo que se arrodillaba en la plaza para recibir la bendición, daba «vivas» al Presidente y a las autoridades.

La república seguía desconcertada; Mframón y Osollo, que ya eran los que capitaneaban la reacción, se movían de una manera vertiginosa; el primero se había fugado de la cárcel y hacía intenciones de un valor desesperado.

Osollo logró reunir gente y fué derrotado en la Magdalena, donde le amputaron un brazo; allí juró abandonar una causa tan desprestigiada, pero no lo cumplió.

Con motivo del destierro del obispo y la ocupación de los bienes de la diócesis, se armó otra revuelta en que se apoderaron de Puebla; pero pocos en número, tuvieron que capitular después de un corto asedio.

Orihuela, que había encabezado el movimiento, cayó en poder del general Pueblita, que lo mandó fusilar desde luego.

Sucesos en la frontera, dificultades en el interior, disturbios en el centro, complicaciones en el extranjero, acumulaban

»Este es un medio sutil  
 »De pintar el diccionario  
 »Del lenguaje tabernario,  
 »Y que dirá (sin desdoro)  
 »De la decencia y decoro  
 »Cuál es tu idioma ordinario.  
 »Ponga a otro lado el Pintor  
 »Aquel bordado uniforme,  
 »Coy que estabas tan conforme  
 »En tiempo del Dictador.  
 »Y de todo alrededor,  
 »En campo color de hormiga,  
 »Un gran lema que así diga:  
 »*Fué el Delfín, el que en un tris,*  
 »*Mató a la Iglesia matriz...*  
 »Anda, «Juan»; Dios te bendiga.»  
 Calló Comonfort augusto,  
 Y con su bigote espeso,  
 Imprimió un áspero beso  
 De Baz al pálido busto;  
 Un grito se oyó de susto,  
 O, más bien, un retintín  
 Como de agudo flautín:  
 —¡Que viva su Majestad!  
 —¡Que viva la libertad!  
 Dijo Nacho y el Delfín.  
 Comonfort con mansedumbre  
 A Baz tomó de una oreja,  
 Y asomándolo a la reja,  
 Así habló, desde la cumbre,  
 a la absorta muchedumbre:  
 «Aquí tienes, pueblo amado,  
 »Del reino al *Adelantado*.  
 »Venid contemplando un tanto  
 »Al *duque del Jueves Santo*.  
 »¿Con él seréis desgraciado?»  
 . . . . .  
 Y el que ha tenido la gloria  
 De poner fin a esta historia,  
 Aunque a alguien parezca ripio,  
 Concluye como al principio.  
 Desengañaos, mexicanos;  
 Los demás son cuentos vanos:  
 Bajo este sistema ruin  
 En que no impera la ley,  
 Comonfort no es más que Rey  
 Y Baz es sólo un Delfín.

EL CRONISTA DE LOS REYES

Estos versos son del señor Aguilar y Marocho, fundador de la «Voz de México», escritor distinguidísimo, que jamás descendió de su altura al pestilente fango de la diatriba periodística.

El gobernador Juan José Baz, aludido en la composición, mandó hacer ediciones que se repartieron profusamente. De esta manera perdieron los versos su sabor clandestino.

## IX

Los estudiantes, sin sombrero y las levitas hechas jirones, se escapaban de entre la multitud, como Don Quijote, después de la paliza de los yangüeses.

Se entraron a la primera cantina que vieron abierta, y «Juan Gallinazo», tirándose en una silla, gritó:

—¡Malditas viejas, nos han repicado la «matraca» del Jueves Santo! Con el jineteo de la jamona me va a dar peritonitis.

## CAPITULO X

### LA MADRE Y EL HIJO

#### I

En la ciudad de Puebla se reproducía la misma escena, porque se tenía concertado un movimiento simultáneo, que precipitaría la acción revolucionaria.

Pero en aquella ciudad el gobernador fué más enérgico: sacó de la Catedral al obispo y a los canónigos, los puso entre filas y los llevó presos.

Cosa verdaderamente rara, el pueblo que se arrodillaba en la plaza para recibir la bendición, daba «vivas» al Presidente y a las autoridades.

La república seguía desconcertada; Mframón y Osollo, que ya eran los que capitaneaban la reacción, se movían de una manera vertiginosa; el primero se había fugado de la cárcel y hacía intenciones de un valor desesperado.

Osollo logró reunir gente y fué derrotado en la Magdalena, donde le amputaron un brazo; allí juró abandonar una causa tan desprestigiada, pero no lo cumplió.

Con motivo del destierro del obispo y la ocupación de los bienes de la diócesis, se armó otra revuelta en que se apoderaron de Puebla; pero pocos en número, tuvieron que capitular después de un corto asedio.

Orihuela, que había encabezado el movimiento, cayó en poder del general Pueblita, que lo mandó fusilar desde luego.

Sucesos en la frontera, dificultades en el interior, disturbios en el centro, complicaciones en el extranjero, acumulaban

sombras en el cerebro de Comonfort y lo convencían de su impotencia.

Se necesitaba un genio que se pusiera por encima de aquellas tempestades.

## II

La anciana madre del general Comonfort era el ídolo, el primero y el último amor de aquel hombre tan valiente en los combates y tan tímido en la política.

La señora estaba espantada con aquella situación y temía por su hijo, cuya cabeza amenazaba el rayo.

Al lado de aquella señora estaba un clérigo que había dejado el traje talar, cambiándolo por el de un hombre de campo.

Estaba perseguido; era el Padre Miranda.

La señora lo vió con respeto.

Como el sacerdote parecía hundido en serias cavilaciones, la señora le preguntó:

—¿Qué piensa usted, señor?

—Pienso que estamos al borde de un abismo y que es necesario salvar a la nación de una catástrofe; Dios nos está poniendo a prueba.

—¿Y qué hacer?

—¡Señora, el último esfuerzo, y el cielo lo confía a usted; es la única!

—¿Yo?

—Sí, y me va usted a oír con atención.

—Ya escucho, Padre.

—Vuestro hijo, señora, entró a ciegas en la revolución, sin saber sus tendencias; creyó que se trataba de derrocar una tiranía y restablecer el orden y la libertad, sin sospechar siquiera el desborde criminal de las ideas.

—Es verdad, es verdad—dijo la señora.

El Padre Miranda continuó:

—La revolución francesa comenzó por la Asamblea y acabó por la Convención; nadie había supuesto aquel cúmulo de horrores.

Ya estamos sobre ese camino, yo no me hago ilusiones, señora; apenas estamos en el principio.

La señora estaba asustada.

—¡Esa constitución anatematizada por el Papa y por toda la Iglesia, esas leyes atentatorias y ladronas, digámoslo de una vez, han despertado la rapacidad de las turbas especuladoras que se lanzan a un Monte Parnaso de trescientos millones, que significan el sudor de nuestros padres y el sentimiento hondamente católico de tres generaciones!

¡Y esa violación está autorizada por un católico!

—¡Dios mío!—exclamó la señora.

El clérigo continuó:

—Ya nos conformáramos con que aquí se detuviera ese torrente; ¡ha de llegar día en que, como los antiguos cristianos, tengamos que ocultar y esconder a nuestros dioses, que ayer se adoraban a la luz del sol y bajo la cúpula del cielo, y mañana los arrinconaremos en nuestros templos, si acaso los dejan en pie!

—¡Esto es horrible!—exclamó la señora.

—Sí, horrible—repitió el clérigo.

La Iglesia dominadora, o más bien, salvadora durante cuatro siglos, es arrojada del seno de la autoridad pública; quedará como cualquier asociación, como algo que estorba y es preciso aniquilar.

—¡Pero eso no puede ser!

—Ya va pudiendo, señora; conocemos todo el programa liberal.

Mañana, señora, el protestantismo alzaré sus templos y sus ídolos y nos codearemos con los luteranos, que nos verán con sonrisa burlona, cuando han temblado a la llama de nuestras hogueras, porque la Iglesia ha hecho bien en extirparlos; no ha querido que se corrompan las generaciones, y ha impuesto, como debe ser, única, sola, sin rival, la fe católica.

—Así, así—repetía la señora.

El clérigo continuó:

—¡Pero la revolución nos ha invadido, arrojando otros ideales en el cerebro del pueblo, torciendo su espíritu, empujándolo a la perdición!...

¡Han comenzado por negar el Infierno y concluirán por desconocer a Dios!...

—No, no; eso es imposible.

—Señora, la fiebre de los pueblos no tiene lógica, va siempre a las fronteras de lo desconocido.

—¿Qué haremos sin Dios y sin altar?

—Nosotros, los ministros del Altísimo, hemos cumplido con nuestro deber, anatematizando todo desde el púlpito, levantando el espíritu decaído de los creyentes, robusteciendo su fe, lanzándolos a la Guerra Santa para defender su Dios, su religión y sus creencias, alzando armas como los luchadores antiguos, lanzándolos a los combates de la fe, donde deben derramar su sangre todos los que amen a la Divinidad ultrajada... ¡Pero Dios no ha premiado nuestros esfuerzos y el infierno prevalece!

—¡Estoy atemorizada!—exclamó la señora.

—¡Sí—continuó el clérigo—, por todas partes se ha levantado el vapor de la sangre; los campos están inundados, y, no obstante, nuestros enemigos imperan!

Entró en silencio el clérigo, y después de un largo rato se levantó, y dirigiendo a la señora una de esas miradas magnetizadoras y sugestivas, le tomó la mano, y, acercándose, le dijo:

—¡Pero yo tengo una inspiración del cielo, una idea que

bulle en mi cerebro, que lo recorre como una serpiente de fuego y que acabará por aniquilarme!... Es el último, el supremo esfuerzo para salvarnos de esta situación.

—¡Hable usted, por Dios!

—El Señor se ha valido siempre de la mujer, para subyugar al hombre y nunca han sido infructuosas esas tentativas; ahí están los ejemplos del Viejo Testamento... Pues bien; tú, católica, hija de Dios, empapada en las creencias religiosas, entusiasta por la fe que heredaste de tus abuelos y que han consagrado generaciones de creyentes, estás destinada por Dios para salvarnos.

—¿Yo?—preguntó con ansiedad la señora.

—¡Sí, tú; y yo, ministro de Jesucristo, parado frente al altar de nuestras creencias, te lo ordeno!

La anciana se arrodilló y clavó su mirada suplicante en las chispeantes pupilas de aquel hombre.

—Es necesario que le hables a tu hijo, con esa luz que arroja Dios sobre la inteligencia de los humanos, cuando salen a la defensa de una santa causa.

—Bien, bien; lo haré; ¿pero qué voy a decirle?

—Pues le vas a decir que su alma está en peligro, que primero es la salvación que las glorias efímeras del mundo, que está despedazando la religión, hundiendo el país en un abismo... Que es necesario que retroceda, y, de una vez para todas, y como una ofrenda a la Divinidad, desgaje en jirones esa Constitución y la quemé en los altares de la fe.

La señora sepultó la cabeza entre las manos.

—¡Le dirás que si rehusa, que borre tu nombre de su corazón, que lo desconoces y que lo maldices!

—¡No, no; eso no!—gritó la anciana.

—¡Pues lo vas a hacer—gritó el clérigo—; porque tu alma se está meciendo entre el cielo y el abismo; o la luz de una gloria resplandeciente, o los siniestros reflejos del infierno!

La señora cayó anonadada.

—¡Levanta!—le dijo el clérigo alzándola—¡En tu mano está la salvación, Dios está contigo, El te ayuda y el mundo católico te llenará de bendiciones!

Levantóse la anciana con esa fe de las inspiradas, y exclamó:

—¡Lo haré!

—¡Dios te bendiga!—exclamó el clérigo.

Y posando su mano sobre la cabeza de la anciana, murmuró algunas palabras y salió del aposento.

### III

El Presidente había tenido un despacho muy laborioso. A las nueve dejó los papeles, dió unos paseos por el salón y después se embozó en la capa, bajó pausadamente la escalera, se entró en el carruaje y se dirigió al callejón de la Alcaicería, habitación de su anciana madre.

Entró respetuosamente como siempre, le besó la frente y se sentó a su lado.

—¡Qué tarde has venido, hijo! Ya me tenías con cuidado, porque hace tiempo que no vivo, estoy en una continua angustia.

—¡Qué vamos a hacer!—dijo tristemente Comonfort—Mañana se instala el primer Congreso constitucional; he estado preparando el discurso.

—Otra dificultad más—dijo la señora.

—El pueblo acaba de nombrarme Presidente de la República, y tengo que sostener y afrontar esta situación.

—Hijo—exclamó la señora—, es necesario que despiertes, esa atmósfera te tiene envenenada la sangre y turbado el espíritu.

Comonfort miró con extrañeza a la anciana.

—Te extraña que yo hable, porque siempre he guardado silencio; pero lo quebranto al fin, y te ruego que me escuches.

Comonfort se quedó sombrío, porque la voz de su madre retemblaba en lo más hondo de su corazón.

La anciana tomó entre sus manos las de su hijo.

—Tu situación es imposible... Todos los días te despiertas con la noticia de una nueva sublevación, y tienes que derramar sangre, sangre mexicana, de un pueblo inocente que ve en peligro la religión que ama.

—Pero eso no es cierto.

—Sí, hijo mío. Esos templos derribados, esos sacerdotes en las cárceles, esos obispos en el destierro.

—Pero si ellos se rebelan, ellos atentan contra las instituciones, ellos excitan al motín y a la revuelta, y yo no quiero cruzarme de brazos, ni entregar al país a la revolución, ni a mis partidarios a la muerte.

—Bien, ¿pero qué motiva todo esto? Se han arrebatado a la Iglesia sus preeminencias, sus bienes, sus fueros; la han humillado y es el rey de burlas de esta época nefanda.

—No, eso no es verdad; la nación impera sobre todo, dejando la libertad como elemento de conservación.

—Pero la Iglesia, que tiene encadenado al espíritu, siempre ayuda a los que manda, moraliza, aconseja la obediencia y la sumisión, y el que se declara adverso a ella, tiene que perderse.

Comonfort no respondió.

—¡Aquí, sobre mis rodillas, te enseñé a pronunciar el nombre de Dios!... Yo empapé tu cabeza con las aguas bautismales y los óleos ungieron tus cabellos; yo te llevé al pie del altar y la hostia consagrada llegó a tus labios llevando el perfume de la fe católica... ¡Tú has sido creyente y lo sigues siendo todavía!... ¿Por qué, entonces, derribar lo que has adorado y quemar en la llama de la impiedad tus creencias sagradas?

— ¡Eso nunca!—respondió Comonfort.

— Y, sin embargo—continuó la anciana—, tú has «jurado» defender esos principios heréticos, y tú al frente de ese movimiento anticristiano, te ostentas como el primer enemigo de nuestra fe... Despierta, mira a la nación entera en tu contra, y de ese pequeño grupo que te rodea, tiende la vista en derredor, y ¿qué encuentras? ¡Hostilidad profunda, protestas constantes, malevolencias, rencores y promesas de muerte para el porvenir!

— ¡Mis compromisos con la revolución, madre, mis juramentos, la sangre derramada!

— ¿Cómo serán tus sueños, o más bien, tus pesadillas, hijo mío?... Tú has entrado vencedor; pero si fueras entre los pavores de la noche, y metiendo los pies en los charcos de sangre que cubren esos campos de batalla, y les preguntaras a los muertos, les interrogaras por el motivo de sus luchas y de sus combates, te hablarían por los labios abiertos de sus heridas, y te dirán: Nacimos cristianos, esa fe ha formado nuestra ilusión, en sus altares hemos consagrado nuestra unión, para formar la dicha de nuestros hogares; en sus aras hemos depositado a nuestros hijos, para que recibieran la bendición del cielo, y la cruz se clava sobre nuestros sepulcros, marcando el paso a una existencia más feliz y más duradera... ¡Todo eso lo vemos hollado, escarnecido, todo está en ruinas y hemos muerto entre sus escombros!

— ¡Y yo les respondería—gritó Comonfort—: Habéis querido detener la marcha de la humanidad, os habéis puesto frente a la civilización, queríais que el país viviera en los antros, y el progreso os ha aniquilado!

— ¡Dios mío!—exclamó la anciana— ¡No es éste el hijo que he llevado en mis entrañas!

— ¡Pero, madre!—gritó Comonfort— Yo tengo limpia mi conciencia.

— ¡No es verdad!—replicó la anciana— Tú sabes que luchas contra el torrente que naufragas, que te hundes, y sin embargo, sigues obstinado, sabiendo que todo este edificio levantado sobre espuma, tiene que derrumbarse.

— Caeré con él, madre; estoy decidido.

#### IV

Levantóse la señora e irguiéndose como una pitonisa, con un acento majestuoso y vibrante, dijo a Comonfort, que estaba espantado ante aquella actitud:

— Prosigue en esa carrera de sangre y de obcecaciones, revuelca tu corazón en el cieno de la impiedad, transfórmate en monstruo, mata, devora, aniquilla. ¡Ya eres Presidente de la República!... ¡Tienes un ejército que te sigue y que te traicionará mañana; te rodean hombres que te abandonarán

en el peligro, mientras que allá rugen las iras de un pueblo que te amenaza!

¡Sigue, sacude tu melena como un león de las selvas, tiende tus garras sobre todo lo que has respetado, maldice tus creencias, reniega de tu sangre, escarba el sepulcro de tu padre que te hizo católico y esparce al viento sus cenizas y rompe sus huesos!... ¡La civilización te lo manda, el progreso te lo ordena!

— ¡Madre! ¡Madre!—gritó Comonfort.

— Retira esa palabra de tus labios, porque te está quemando: no, yo no soy tu madre, soy un despojo vil de la existencia, cuajado en lágrimas, húmedo con el llanto de los recuerdos.

Comonfort se arrodilló, tomó una mano de la anciana y lloró.

— ¡Hijo mío!—gritó ésta— ¡Aquí, sobre mi corazón! ¡Hijo, hijo mío!—añadió luego, con inmensa dulzura— ¡Tengo miedo por ti, más que el que sentía cuando luchabas en las montañas; entonces, tenía fe..., pero ahora, me parece que se va a consumir un atentado, que va a haber una catástrofe, y me muero si a ti te tocan!... ¡Ten compasión de esta mujer, aunque sea nada más porque ya es vieja!

— ¡Madre, madre—murmuraba Comonfort—, todo por ti!

— ¡Gracias, Dios mío!

Si ese pueblo está frenético, si arroja a su voracidad esa constitución que aborrece, déjale hacer presa, que si como tú dices, es buena, ese pueblo se arrepentirá mañana; ya bastante te has sacrificado; si te paga con ingratitud, desprecíalo, déjalo hundido en su miseria, que él te llamará. ¿Encuentras un peligro en el dominio de la Iglesia? Pues deja que caiga esa amenaza sobre la nación; no es tiempo todavía; es mucho, mucho para el primer momento.

— Está bien, madre, tienes razón, no es tiempo todavía.

— Todo lo encomiendo a tu cariño.

— Madre, sabré cumplir; pero sólo te exijo un juramento.

— ¿Cuál?

— El del silencio.

— Ni a mi confesor—dijo la anciana, y besando otra vez la frente de su hijo, le dió un adiós con toda su ternura.

Comonfort salió de allí murmurando:

— La voz de mi madre es la de la verdad. «No es tiempo todavía.»

Los afectos platónicos de aquel hombre iban a hundir a la República en un mar de sangre.

No podía detener el curso del progreso, iba huyendo de un peligro y se arrojaba sin nombre y sin fama en el seno de una tempestad.

¡Pequeñez del ser humano, la ternura de un hijo precipitando en el abismo a una nación!

## CAPITULO XII

## EL GOLPE DE ESTADO

## I

Para nadie era un misterio que el general Comonfort se ponía del lado de la reacción, asustado de su obra.

El partido liberal estaba profundamente inquieto; ni la presencia de Juárez en el Ministerio, lo tranquilizaba.

Allá en la segunda pieza del «Café del Infiernito», pieza semioscura, con sus mesas destartaladas, se agrupaban los estudiantes, tomando sendas tazas de café y hablando de la situación.

Manuel estaba sombrío; Mario y Armando desesperados.

Manuel decía:

—No crean, señores, ese hombre ha pasado a la Iglesia con armas y bagajes; nos obliga otra vez a la revolución.

—Volveremos a las andadas, ¡demonio! Y eso cuando ya íbamos a estar tranquilos; pero al señor Comonfort le asustan los escándalos de las beatas, no ha corrido delante del ejército de Santa Ana y lo pone en fuga la Guardia del Santísimo Sacramento.

—Es imposible—decía Manuel—que muchos hombres del partido liberal griten a voz en cuello que es mala la Constitución; ya se ha hecho un estribillo, cuando es la obra más bien pensada.

—¿Y tú crees en los rumores de dictadura?—dijo Mario.

—Creo en todo—respondió Manuel—; afortunadamente tenemos un buen paracaídas, el señor Juárez, que es el vicepresidente.

—Pero está el Ministerio y se complicará con la situación.

—No lo creas; lo han llamado de mala fe, para tenerlo entre sus garras, y él lo sabe perfectamente; pero le importa estar cerca de los acontecimientos.

—Ese indio vale un Potosí—dijo Armando—; ya verás como saca las uñas.

—Los reaccionarios están muy insolentes.

—Como que presienten su triunfo.

—Será momentáneo—dijo Manuel—; yo tengo fe en nuestra causa, que es la del pueblo y de la libertad.

—Nada importa—observó Armando—; entraremos en campaña y adelante.

Entró «Juan Gallinazo» muy agitado.

—Siéntate, hombre; parece que te siguen, según lo violento que llegas.

—¡Caracoles! La cosa no es para menos.

—Siéntate. ¿Tomas café?

—Ya lo he tomado, y de primera. ¿Estamos solos?

—Sí—dijo Manuel—, y desembucha.

—Pues voy a contar lo que pasa, que es muy grave. Todos se pusieron alerta.

—Ya saben que yo soy el conducto del general Alvarez para con el Gobierno.

Recibí hace una hora un paquete con comunicaciones, y como estamos tan alarmados, lo abrí.

—¡Demonio! Violación de correspondencia—dijo Armando.

—No importa; abrí los pliegos, y ¿qué piensan que he descubierto?

—¿Qué cosa?—preguntaron los estudiantes.

—¡Una infamia horrible! Figúrense que se ha invitado al general Alvarez para que se pronuncie por la dictadura de Comonfort, cuyo movimiento va a estallar en México.

—¿Pero es verdad?—gritó Manuel.

—Tan verdad, que aquí traigo la protesta del general Alvarez; ya saben ustedes que los surianos somos leales. ¿Cómo el caudillo de la revolución había de traicionar al país? ¡Imposible!

—Lo decía—exclamó Mario—, aquí hay una conspiración espantosa, es necesario estar prevenidos, porque estos miserables nos ahorcan.

—Estamos entre traidores.

—Pero esto no tiene remedio; la cobardía domina, ésta es una conquista de clérigos, ayer mismo el Presidente ha mandado decir una misa a la Virgen de Guadalupe, en el oratorio de palacio, y la ha oído de rodillas.

—Es imposible que un hombre así, se ponga al lado del movimiento de la reforma.

—Los «moderados» han echado a rodar la situación.

—¿Y qué hacemos nosotros?—preguntó Mario.

—¡Nos vamos con los que defienden la Constitución—contestó Manuel—, y si es preciso morir, moriremos!

—Muy bien—gritó Armando.

—Estamos listos—contestó Mario.

—Entonces a otra cosa—dijo «Juan Gallinazo»—; mi estancuillera está decidida a marchar conmigo, es una heroína: ya la enseñé a manejar las armas, y monta perfectamente; será mi compañera.

—Pues, amigo mío—dijo Armando—, yo no sé todavía dónde está Rosa, ni me dejó dicho dónde iba; sólo sé que se marchó y nada más; pero estoy cierto que sabré su paradero.

—Y tú, Manuel, despierta y toma esta carta que te dejaron en el hotel.

Manuel tomó la carta, era de Eva, que lo citaba para la noche.

—Nuestras avejillas volaron del nido conventual y están de regreso a la casa paterna, ¡pobrecillas!

—La muerte del padre las tiene afligidas.

—Por ahora—dijo «Juan Gallinazo»—, y mientras llega la

noche, vamos al Congreso; me dicen que hay grandes novedades.

— En marcha—dijo Manuel, y todos se dirigieron al palacio.

## II

El general Comonfort celebraba una junta con sus ministros, excepto Juárez, y algunos personajes notables de la situación, entre ellos el general Doblado.

— Desearía saber la opinión de ustedes sobre la dictadura—dijo Comonfort.

El ministro Payno tomó la palabra:

— Las resistencias unánimes a la Constitución, la alarma social, la opinión del pueblo y del ejército y nuestras mismas convicciones, nos dicen que no se puede gobernar con la Constitución; pero como no hemos de entregar la situación en manos de los reaccionarios, tenemos que optar por la dictadura del general Comonfort.

— Yo soy enemigo de los frailes—dijo Baz—; no quiero que haya conventos, ni fueros, ni que los bienes estén en poder del clero; pero la Constitución me parece impracticable, opto por un período de dictadura.

Zuloaga, el general que sin combatir se había entregado en el Sur, y que su «compadre» Comonfort tenía al mando de la mejor brigada, dijo:

— Mis soldados están descontentos, porque no se los entienda en sagrado a los del ejército; porque ya les han negado los sacramentos, y porque oyen diariamente hablar contra la Constitución; la verdad es que no cuento con la tropa; la noche menos pensada, cediendo a las instigaciones de los revolucionarios, tenemos un conflicto; yo opto por la dictadura.

El general Doblado tomó la palabra, y habló con tono solemne e inspirado:

— Estoy en contra de todo lo que he oído y declaro que condeno esa política por irreflexiva.

La dictadura es un retroceso, la Constitución como toda obra humana podrá tener deficiencias; pero ella es la promesa realizada de la revolución.

Prescindir de la carta, es arrojarse en brazos de la reacción; es naufragar; más aún, es traicionar a la nación.

Señor Presidente, esa dictadura no durará veinticuatro horas.

Yo me voy, sé ya todo lo que viene y dejo a usted obrar como le plazca; pero yo conjuro a usted, en nombre de la sangre derramada con tanta abnegación, a que medite usted el paso que va dar, porque es la perdición de usted, el eclipse de su fama y de su nombre, y la ruina del país.

Doblado dejó ese mismo día la capital.

Todos quedaron confusos.

— Que llamen a Juárez—dijo Comonfort.

Se presentó como siempre, adusto, severo, el señor Juárez, y tomó asiento.

El Presidente dijo un poco cortado:

— Quería comunicar a usted hace días, que estoy decidido a cambiar de política, porque la marcha del gobierno se hace cada día más difícil, por no decir imposible; los hombres de algún valor se van alejando del palacio, los recursos se agotan, y yo no sé qué va a ser del país, si no procuramos todos que las cosas vayan mejor.

A la revolución física no temo, la afrontaré como hasta aquí; pero la revolución moral exige otra clase de medidas, que no son las armas y la fuerza.

— Alguna cosa sabía yo—contestó Juárez con mucha calma; pero, supuesto que nada se me había dicho, yo tampoco quería hablar una palabra.

— Pues bien—replicó el Presidente—; ahora se lo digo a usted todo: es necesario que cambiemos de política y yo desearía que usted tomara parte y me acompañara.

— De veras—le contestó Juárez, tranquilamente y como si se tratara de la cosa más llana del mundo—; de veras, le deseo a usted un buen éxito y muchas felicidades en el camino que va usted a emprender; pero yo no acompaño a usted en él.

El señor Juárez abandonó el Ministerio y se preparó para la revolución. Desde aquel momento, ya era el Presidente constitucional de la República.

Puestos de acuerdo Comonfort y los ministros en el movimiento de la dictadura, se dirigieron comisionados para todos los Estados, pidiendo secundaran la política del Presidente.

## III

Juan José Baz estaba arrepentido de haber tomado parte en aquel complot; riñó con el general Comonfort y se puso al lado de los liberales.

Era el 16 de diciembre, última sesión probable del primer congreso constitucional.

La gente había acudido a las galerías cuando Baz subió a la tribuna.

Reinaba un gran silencio.

— Señores diputados, vengo a denunciaros una conspiración que estallará dentro de breves horas: el general Comonfort da un «golpe de estado»; mañana ya no se reunirá esta asamblea; tomad las medidas urgentes que creáis oportunas, porque estáis en los últimos momentos de vuestra existencia política.

Aquella revelación fué una gran sorpresa para el público y para la cámara.



Se sucedió el desorden más completo.

El secretario dió cuenta de una comunicación del ministro Payno, acusado ante el Gran Jurado, de conspirar contra la Constitución y propalar el movimiento dictatorial.

He aquí la comunicación:

«Con los datos que tenga la sección del Gran Jurado, puede proceder como lo estime en justicia, manifestándole que yo solo soy el único responsable, y que ni una palabra más tengo que contestar a la sección.»

Este era un reto, no sólo a la asamblea, sino a la República, y sólo podía tirarse, cuando una situación estuviera hecha y un plan resuelto y preconcebido.

Fué tal la impresión que causaron estos dos sucesos, que el Presidente de la Cámara levantó la sesión pública para entrar en secreta extraordinaria.

El Congreso comprendió que la situación estaba perdida.

#### IV

Llegó la noche; mientras Manuel acudía a su cita, «Juan Gallinazo», Mario y Armando, tomaban una carretela en la Plaza de Armas, para dirigirse a Tacubaya; no había ferrocarriles.

Azorados estaban los estudiantes con lo que habían oído en la Cámara, pero no creían en el pronunciamiento, y menos en esa misma noche.

Caminaba lentamente el carruaje entre los árboles que parecían fantasmas de las tinieblas.

El cielo estaba claro; era un cielo de invierno cuajado de estrellas que resplandecían con profunda intensidad.

Ni una nube se levantaba en los confines del horizonte.

Soplaba un viento helado, cortante.

En la carretela venía un español; porque esos carruajes se tomaban por asiento.

Atravesaron frente al bosque de Chapultepec, que no tenía esas linternas de luz eléctrica que lo hacen tan bello; era una masa informe de sombras que arrojaban un rumor sordo y soñoliento.

Atravesaban la calzada que metía entre Chapultepec y la Condesa, cuando un hombre salió de entre los magueyes gritando:

— Señores, están robando al ministro inglés.

Los cuatro pasajeros se arrojaron del carruaje para dar socorro al ministro; pero ninguno llevaba armas.

Nada de extraño tenía en aquellos tiempos que hubiera un asalto en cuadrilla, en las orillas de la capital; todo lo tenían infestado las bandas de malhechores.

Luego que los ladrones vieron venir a aquel grupo, arremetieron con valor, disparándole las escopetas.

Los estudiantes corrieron.



Ella levantó la cabeza y buscó con sus labios los de Manuel.

(Pág. 149)

—Yo no doy dado—dijo «Juan Gallinazo», y se tiró al pescante azuzando a los caballos.

El español gritaba:

—¡No me dejen! ¡No me dejen!

Se detuvo la carretela y entró jadeante el pasajero.

—¡Demonio!—dijo al entrar—Traigo quinientas onzas para la «partida» y muchas alhajas para la rifa.

—Hubiera sido una ganga para los ladrones—dijo «Juan Gallinazo». Ahora, que desalojen al gringo, nos tiene sin cuidado.

A poco andar llegaron a la Hacienda de la Condesa.

Avisaron del asalto, y salió una pequeña fuerza, que también la pusieron en fuga los bandoleros.

## V

Los estudiantes estaban en un baile que se daba en Cartagena; era la primera noche de «posadas».

Las jóvenes de entonces, ni eran tan hermosas ni tan elegantes como ahora.

Sencillas, de bellos colores, sonrisa tímida, modales encogidos, miradas cándidas y por lo bajo muy picarescas; pero siempre encantadoras.

Se suprimió el canto de la «letanía», que es de ordenanza en las «posadas»; no se pudo pecar contra la Constitución; allí todos eran herejes, es decir, liberales.

Entusiasta estaba la reunión, los estudiantes bailaban y enamoraban sin compasión; eran la vida del baile.

—Niñas—gritaba «Juan Gallinazo», es necesario tener algo de que confesarse; ¿qué dirá el padrecito si no tienen un chiñmito que contarle?

Todos se reían de las ocurrencias de Juan, que estaba hecho unas pascuas.

—¡Me he escapado de los ladrones—gritaba Mario—, pero no puedo huir de las miradas de estas muchachas!

—¡Yo estoy ya prisionero!—gritaba Armando, moviéndose como un péndulo en una danza habanera.

Las jóvenes estaban contentísimas, y la reunión muy animada.

¡Licor y belleza y juventud, y las corrientes de la fantasía! Comunicarse, reír, hablar, decirse flores y ternuras, confundirse con los goces puros de la juventud, ésa es la vida, el iris que cubre los plácidos horizontes de la edad.

El fanatismo, la hipocresía, el silencio, se han hecho para las almas sordas y ciegas que viven entre las sombras.

¡Y pensar que aquella juventud valerosa tendría que sacrificarse en aras de la más injusta de las revoluciones!

## VI

El baile estaba en todo su esplendor, cuando se acercó un oficial, y con el mayor disimulo tocó el hombro de «Juan Gallinazo» y le hizo una seña de que lo siguiera.

—Malo—murmuró Juan—; tenemos novedad.

Concluyó de bailar y salió en busca de Pedro, aquel estudiante perdulario que estaba de mozo en el bodegón de Puebla y reveló la conspiración de Uruga.

—¿Qué pasa, Pedro?

—Mucho; que la brigada Zuloaga se ha pronunciado, mira el plan.

Juan pasó una rápida ojeada.

—¡El plan de la dictadura!—exclamó con rabia, y estrujó el papel entre sus manos.

—Es necesario que nos vayamos, yo no vuelvo al cuartel ni entro en este mamotreto; yo soy fronterizo y hombre.

Vámonos; porque hay orden de aprehenderlos.

Entró Juan a la sala, les hizo seña a sus amigos, salieron, les refirió en pocas palabras el suceso, y los cuatro tomaron a pie el camino de la capital.

Extrañóse en el baile su presencia; porque terminó el alboroto.

Hubo cuchicheos y palabras sueltas; por fin, se supo que el Presidente Ignacio Comonfort había dado el golpe de Estado y que la brigada Zuloaga se había pronunciado en los cuarteles de Tacubaya.

## VII

Manuel estaba puntual a la cita.

Eva se asomó al balcón, y le hizo señas de que entrase.

Subió la escalera, en cuyo dintel lo esperaba la novia.

El corredor estaba tapizado de mármol y había un bosque de plantas en tibores chinos, perfumando el aire con sus espléndidas emanaciones.

Las flores se distinguían a la luz vagarosa de las estrellas.

Era invierno y parecía una primavera.

Manuel siguió a Eva cautelosamente y entró en la sala, apagándose en la alfombra mullida el ruido de sus pasos.

Aquella era una estancia elegantísima: las cortinas caían con sus grandes flecos sobre las muselinas; las lunas venecianas se destacaban sobre el tapiz oro y rojo de los lienzos de pared; había estatuas pequeñas de bronce, colocadas artísticamente, búcaros con plantas de sombra y los muebles al color de la tapicería.

Era un refinamiento que Manuel no había sospechado.

Ardía en el extremo de la sala una lámpara cubierta con un precioso velador azul, dando una luz melancólica de luna en su trayecto para la llena.

—¡Aquí, a mi lado—le dijo Eva—; hace tanto tiempo que no eslamos así!

Manuel contemplaba la belleza incomparable de aquella mujer.

Su hermosa cabeza se destacaba soberbia, sobre aquel cuello envuelto en encajes de Bruselas que se estremecían a los latidos del corazón.

Posó Eva su pequenísimo pie sobre un banco de raso azul bordado con flores chinas y con sus manos perfumadas, suaves y delicadas, oprimió la tosca mano del estudiante, que fijo en sus ojos resplandecientes, no acertaba a decir una palabra.

—No temas—dijo Eva, reclinando su cabeza en el seno de Manuel—, mamá está enferma y duerme en estos momentos.

—Pero esto es un sueño—exclamó Manuel.

—Sí, pero un sueño de inmensa felicidad—exclamó Eva.

—¡Pero yo debo estar arrodillado delante de ti—dijo el estudiante—; mi pasado huye como sombra, tú absorbes mi existencia entera, nunca he sentido amarte tanto como esta noche!

—¡Pobrecito!—murmuró Eva.

—Tú eres el encanto de mi existencia. ¿Qué fuera de mí, sin tu amor? Una rama arrancada del árbol y azotada por los huracanes; una ola perdida en la inmensidad del Océano. ¡Eva, Eva, no dejes de amarme, porque me moriría de dolor y de desesperación!

—No temas, confía en mí. Una sola vez se ama en la vida; después todo es ilusión de un día, que pasa como una nube que se pierde en el horizonte, y yo amo por la primera vez y será la última, porque tú te llevas el aliento de mi vida.

—Gracias, Eva; mi sangre toda por una sola de tus palabras.

Manuel besó respetuosamente la frente de la joven.

—Pero, ¿sabes, Manuel, que estoy inquieta?

—No me hables, yo tengo una sombra sobre mi corazón, presentimientos horribles, sueños siniestros con que batallo. Sólo tu amor me aparece como una estrella en el horizonte oscuro de mi cerebro.

—Oyeme con calma, porque en ello va nuestro porvenir. Pero antes dime otra vez que me amas.

—Sí; te amo con todo mi corazón.

Manuel estaba fascinado por el talento de aquella mujer.

Eva continuó:

—Esta tarde han pasado dos cosas que me tienen preocupada.

El estudiante fijó una tenaz mirada en los ojos de Eva.

—Pues bien, intempestivamente se presentó en casa el coronel Altúnez.

—¿Y qué quería ese hombre?

—Una tontería, una locura; venía a pedir mi mano.

— ¡Miserable!—exclamó Manuel.

— Mamá tranquilamente me llamó y me dijo:

— Este caballero solicita tu mano.

Yo me quedé aturdida por la osadía de aquel hombre a quien instintivamente aborrezco, le tengo horror, no me siento bien en su presencia.

— Caballero—le dije—, no tengo la voluntad de casarme, y me extraña que tenga usted esta pretensión, sin haber antecedente alguno.

— El respeto que usted me inspira y las consideraciones que guardo a una familia que ha sido mi protectora, me obligan a ser franco desde el primer momento.

— Para casarse con un hombre se le debe amar primeramente, y yo no amo a usted ni mucho menos.

— Es que usted abriga una ilusión, fugaz como todas; está usted impresionada; pero todo se borra con una nueva vida.

— Caballero, omita usted todo eso, estoy contrariada y ya nada quiero oír.

— Permita usted. ¿Qué porvenir le ofrece un estudiante que ha abandonado su carrera para meterse en revueltas y en motines asquerosos?

Yo me puse en pie.

— Caballero, ruego a usted que deje esta conversación. Si usted sabe que me disgusta, ni es atento ni es galante decir frases que ofendan a una dama y menos en su presencia.

Abandoné la sala y me retiré, no sin sentir que se desprendía de sus ojos una mirada preñada de rencor y horriblemente siniestra.

— Yo me tengo que encontrar con ese hombre—dijo con voz ronca Manuel.

— Ayer—continuó Eva—vinieron los clérigos amigos de mamá, y tuvieron una larga entrevista.

Yo me puse a escuchar y no percibía sino de cuando en cuando tu nombre.

Me llamaron al terminar su conferencia.

Yo, asustada, no sé qué me decía el corazón.

— Eva—me dijo mamá—, ayer solicitó tu mano el coronel Altúnez, y te rehusaste.

— Es un soldado ordinario y soez que me insultaba sólo con su presencia.

— Hiciste bien; me disgusta ese hombre. Pero creo que indicó la verdad, que tú te rehusabas porque insistes en esas relaciones con ese estudiante.

— Entre otras razones—contesté—, ésa es la primera.

— Pues bien, he consultado con los señores sacerdotes y son de opinión que permita tu casamiento con Manuel.

Yo me quedé aterrada.

— No dude usted, señorita Eva—dijo un clérigo—; nosotros hemos aconsejado no quebrantar una voluntad tan manifies-

ta; además, el señor Rentería, que de paz goce, estaba inclinado a esta unión.

— ¡Mi buen padre!—exclamé; y, sin poder contenerme, comencé a llorar amargamente. Recordé su muerte en la portería del convento, la alegría que tuvo al vernos; acaso la emoción lo había matado.

Mi mamá también se puso a llorar.

Los clérigos permanecían callados.

Después de unos minutos de silencio, mamá volvió a tomar la palabra.

— ¿Estás conforme, hija mía?; di. Pero Manuel no puede casarse aún, está para recibirse de abogado, por ahora no tiene recursos.

— Sí, los tiene—dijo un clérigo—, recibirá usted su herencia que asciende a cuatrocientos mil pesos; me parece suficiente.

— Manuel se rehusaría.

— Lo arreglaremos todo: usted quedará en su casa, mientras él va a esas correrías revolucionarias, que nosotros no aprobamos, volverá y establecerá su bufete, y tanto usted como él, quedarán tranquilos.

— Hija mía—dijo la señora—, dentro de un mes puedes decirle que venga a esta casa donde se celebrará el matrimonio.

Los clérigos se despidieron.

No sé qué de extraño noté en sus semblantes.

Manuel, hay algo en todo esto que yo no comprendo.

Algo terrible esconden, aquí hay una intriga de jesuitas.

Pero, ¿cómo descubrirla?

— El tiempo lo dirá, Eva.

— Y nosotros, ¿qué resolución tomamos?

— Oyeme: yo no puedo aceptar tu dinero mientras con mi propio esfuerzo no pueda sostenerte, tú ya lo habías comprendido; pero tengo a mis padres, Eva, son unos ángeles, y ellos te recibirán en mi pobre hogar como a una hija; allí viviremos mientras se realiza mi porvenir; tú guardarás tu herencia que yo no tocaré nunca. ¿Lo oyes? ¡Nunca!

— Bien; yo estoy dispuesta a todo; tus padres serán los míos, viviré pobre, y ésa será mi gran satisfacción, tal vez porque sé que soy rica, pero no importa, yo acepto todo delante de nuestro amor.

— ¡Eva, no tengo con qué pagarte tanta generosidad, sino amándote hasta morir!

— Entonces, Manuel, dentro de un mes, aquí nos casaremos y juntos prevendremos todos los peligros.

— Aquí, ¡dentro de un mes! Verán si sabemos luchar con el destino.

— Yo estoy a tu lado.

— Tú eres mi ángel bueno, y yo te amo con adoración!

Manuel estrechó a su corazón a aquella criatura.

Ella levantó la cabeza y buscó con sus labios los de Manuel.

El estudiante se estremeció con el contacto de flor de aquella boca.

—Toma—le dijo Eva—, conserva en tu dedo esta «memoria» y acuérdate de mí.

—¡Te llevo en el alma!—exclamó Manuel, y salió de aquella casa donde dejaba el paraíso de sus ilusiones.

Aquellos dos jóvenes tan llenos de amor y de esperanzas, habían caído en la red preparada por el jesuitismo en la fiebre devoradora de la política.

## VII

El estudiante salió enteramente feliz de la casa de Rentería; al fin se iba a casar con Eva, nada le importaba el lazo que podían tenderle, sería cuestión de intereses y él se enriquecería en el porvenir.

Dirigióse al hotel, examinó la «memoria» que tenía el suave olor de aquella mujer, la besó cien veces y pensando en Eva, se fué quedando dormido, entre ese vapor de ilusión que envuelve el cerebro de los que aman.

Serían las cuatro de la mañana cuando lo despertó la presencia de sus tres amigos.

—Levántate—gritó «Juan Gallinazo»—; ya pasó lo que dijo Baz en el Congreso, este diablo de Comonfort ha dado al fin «el golpe de Estado», la Brigada Zuloaga está pronunciada en Tacubaya, vámonos para el cuartel, porque aquí nos atrapan dentro de media hora.

—Tomaremos una taza de café—dijo Manuel.

—¡Una taza de plomo derretido!—gritó «Juan Gallinazo»— ¡Estoy que me llevan todos los diablos!

—Volveremos a la lucha—dijo tranquilamente Manuel.

—Y va a ser más sangrienta—agregó Mario.

—Y sin cuartel—dijo Armando.

—¡Estamos en nuestro elemento—exclamó Juan—: balazos, estocadas, combates, derrotas, victorias, peligros y el infierno!... ¡Esta es la vida, la paz me revienta, yo quiero el movimiento; cuando se apague el ardor de la sangre, pensaremos en la «bata» y en las «pantufas»!

Trajeron el café, que los estudiantes apuraron con gusto, porque se habían puesto de Tacubaya a México en treinta minutos.

—Veremos si también la Guardia Nacional se pronuncia.

—¡No lo consentiremos!—gritó Manuel—La Guardia Nacional está con la Constitución.

—Y nosotros enfrente de los devotos—agregó Juan, que era el más entusiasta.

Los estudiantes se dirigieron a su cuartel, donde el regimiento estaba sobre las armas.

Los oficiales estaban indignados todos con la traición de Comonfort y juraban permanecer fieles a su bandera.

La brigada Zuloaga entró en la capital la mañana del 19 de diciembre, y se dirigió a la Ciudadela, cuya fuerza se adhirió al Plan de Tacubaya.

El Estado de Veracruz también secundó el movimiento, pero a los cuatro días, conociendo que la situación iba a caer en manos de los clericales, volvió al orden constitucional.

Los principales prohombres del partido liberal, como Huerta, Parrodi, Arteaga, Doblado, que se hallaban al frente de los Estados, con excepción de San Luis, protestaron desde luego, lo mismo que los Estados del centro y de la frontera, que asumían su soberanía y se preparaban para la lucha.

Comonfort estaba espantado al ver los elementos con que contaba antes de su traición; cuando creía que el país entero era enemigo de la Constitución.

La mañana del 17, fué preso el señor Juárez en el Arzobispado, el Nigromante y cuantos le parecieron sospechosos al Gobierno.

El plan de Tacubaya le fué presentado a Comonfort por una comisión; aquella era una farsa ridícula, porque el mismo Comonfort lo había redactado.

Aceptó la dictadura y cuando se quedó solo con un grupo de amigos, tiró el papel, y dijo con las lágrimas en los ojos, porque ya estaba arrepentido:

«Acabo en este momento de cambiar mis títulos legales de Presidente de la República, por los de un miserable revolucionario.

La opinión pública se desbordó en contra del golpe de Estado, los empleados en masa abandonaban sus puestos.

Guillermo Prieto hizo un escándalo sacando sus muebles del Correo aquella misma mañana.

Yáñez, Cardoso, Riva Palacio, todos se retiraron; nadie quería ser ministro ni consejero.

—Nos están dejando solos—dijo el general Comonfort a su ministro Payno, que había sido el alma de aquel espantoso error.

Efectivamente, el palacio estaba desierto, había un frío en torno de aquel «dictador», que nada dictaba.

Amigos y partidarios, todo lo había perdido en el transcurso de aquella noche funesta.

El resto del ejército de Santa Ana estaba en pie y era el sostén de la revolución clerical.

La Guardia Nacional estaba silenciosa, los jefes esperaban ya el momento de ponerse en contra de Comonfort, y tuvieron la franqueza de decirle que protestaban contra todo lo hecho.

El Congreso se reunió en una casa particular y formuló una protesta, que envió a Comonfort y circuló por toda la nación.

Copiamos dos párrafos de ese documento histórico:

«La República Mexicana acaba de ver consumado el crimen

más escandaloso que se registra en los fastos de su historia. El segundo caudillo de Ayutla, el hombre en quien la nación ha puesto su confianza, depositando en sus manos su presente y su porvenir; el mismo que hace días juró ante el Ser Supremo y ante la nación toda, ser fiel guardián de sus instituciones, ha cambiado de improviso los honrosos títulos de Jefe Constitucional de un pueblo libre, por los menguados de un faccioso vulgar. Renegando de sus antecedentes, traicionando la voluntad nacional y violando su juramento, ha vuelto contra el seno de la patria las armas que le confiara para su salvación y su defensa.

«Ante tan enorme atentado contra los imprescriptibles derechos de la nación, los representantes del pueblo serían indignos de la misión con que éste los honra, si guardasen un cobarde silencio. Reducidos por la fuerza de las bayonetas a la imposibilidad de ejercer su mandato; disuelta de hecho la soberanía nacional; aherrojados en las prisiones como miserables bandidos, el Presidente de la Corte y el del Congreso, y muchos de sus miembros, y otros perseguidos, cumple al deber de los que aun están libres, denunciar a la nación la felonía de que es víctima, y protestar, en su nombre, ante el mundo civilizado, contra la tiranía de la fuerza.»

El Presidente perdió la moral, no volvió a dar disposición alguna, estaba avergonzado delante de la nación.

El oro comenzó a correr con profusión, ya no era posible contener el torrente, la reacción arrollaría a Comonfort.

El Presidente había traicionado al país, los soldados lo traicionarían a su vez.

## VIII

La mañana del 11 de enero, a los veinticinco días del «Golpe de Estado», se pronunció la Ciudadela, desconociendo al general Comonfort.

El partido de la Iglesia había tirado la careta y se presentaba en el campo de la lucha.

En el plan se decía que Comonfort no había correspondido a la confianza que en él se había depositado y se nombraba jefe del movimiento al general Zuloaga.

La reacción tomó los puntos de San Agustín y Santo Domingo, con el apoyo de la Ciudadela.

Comonfort reunió a los jefes de la Guardia Nacional, generales Trías, Schaffino, José M.<sup>a</sup> Picazo, García Torres, Islas, Miguel López Escartín y otros que tenían mando de fuerza.

Protestó en la junta su arrepentimiento y dijo que quería morir al lado del partido liberal.

Los jefes aceptaron fríamente sus ofertas y le dejaron la dirección.

Las fuerzas liberales tomaron sus puestos y comenzó el fuego que encendía la ciudad.

Aquella lucha no tenía porvenir, los soldados permanentes defeccionaban a todas horas, pasándose al enemigo y dejando en cuadro la defensa.

La Guardia Nacional se batía con denuedo, la reacción tenía un gran empuje, asaltó San Juan de Dios y la Santa Veracruz, donde los liberales lucharon heroicamente hasta el último momento.

Hubo un armisticio de dos días, en que se trató de ajustar una capitulación, que no fué aceptada por Comonfort ni por el partido clerical, y se abrieron con más encarnizamiento las hostilidades.

Entretanto el señor Juárez salió en libertad, el Nigromante se había fugado.

El señor Juárez se despidió de sus amigos en una casa del Portal de Tejada y de allí les aseguró que entraba decidido en la lucha por la libertad, que aceptaba la presidencia con todo el valor de la situación y que marchaba a recoger cuantos elementos encontrara dispersos, porque la reacción estaba triunfante y ya Comonfort enteramente perdido, después de haber perdido a la República.

Entre los oficiales que rodeaban al señor Juárez había un capitán de Zapadores; se llamaba Sóstenes Rocha.

## IX

Los edificios más avanzados a la Ciudadela eran la Ex-Acordada y el Hospicio de Pobres, que ocupaba una fuerza liberal al mando de Villagra, y fué el punto señalado para el ataque.

Los estudiantes estaban al frente de sus compañías y afrontarían la jornada.

Los fuegos se habían callado en toda línea y reinaba un silencio sombrío, ese silencio que precede siempre a una catástrofe.

## X

Era la noche del 19 de diciembre, en que Manuel estaba citado para verificar su matrimonio.

No pensaba ya en eso el estudiante, sino en combatir.

No creía que la familia de su novia se acordara de un casamiento, cuando el peligro se cernía sobre la ciudad.

Manuel recibió una esquila de la señora Rentería:

«Supongo que no habrá usted olvidado que esta noche debe celebrarse el casamiento de mi hija Eva: todo está preparado y lo esperamos.»

—Si me quito del punto—decía Manuel a Juan y a Mario—, me van a tomar por desertor.

—Yo creo—dijo Juan—que mañana al amanecer será el

ataque; tienes tiempo, si oyes fuego, te vienes en el acto, nosotros te cubriremos el puesto.

Raro, muy raro le parecía aquello a Manuel, pero tenía en la mano la esquila de la señora, y no podía dudar.

—Pues me resuelvo—dijo al fin—; voy a mudarme de ropa y me caso entre el fuego; ésta es una novedad que no debe desperdiciarse.

—Aquí te haremos la salva; descuida, y vuelve pronto.

Manuel se arregló perfectamente; estaba elegantísimo, no pensaba ya más que en Eva.

Púsose el sobretodo y se dirigió a la casa de Rentería.

La sala y los corredores estaban iluminados espléndidamente.

Entró en la sala y saludó a la concurrencia que se componía de los clérigos y varios amigos de la familia, a quienes les parecía extraña aquella decisión de la esposa de Rentería.

Apareció Eva del brazo de Carolina; aquella no era mujer, era una aparición celeste.

Vestía de raso blanco con encajes de malinas; los azahares cubrían elegantemente su pecho y su cabeza, y su busto hermoso se destacaba como una escultura; parecía una niña, flotando en aquella atmósfera de nubes y de perfumes.

Carolina también estaba bellísima; iba a ser la madrina.

Manuel era todo un «gentleman» arrogante y apuesto; se le advertía una profunda emoción, estaba intensamente pálido.

Allá, en un rincón, cuchicheaban los clérigos.

—Este es el momento más oportuno.

—Lo ponemos entre la espada y la pared; aquí da el reventón y todo se termina.

—Ya creía este hereje que le íbamos a entregar a una joven tan linda y con una dote de cuatrocientos mil pesos.

—¡Qué barbaridad!

—Me estoy gozando en el escándalo, aunque me da lástima la muchacha: está tan llena de ilusiones.

—Pues que las vaya perdiendo, y el novio está muy guapo. ¡Lástima! ¡Tener un porvenir y despilfarrarlo!

—No sé cómo saldrá de la jornada, porque mañana atacan nuestras fuerzas la Acordada y el Hospicio, y vencen de seguro; ya las tropas de Comonfort no tienen moral, no creen en ese precioso arrepentido, que ha naufragado con su dictadura al cuello.

—Nuestro oro nos cuesta, pero era más el que nos querían robar.

—¡Malditos herejes; los hemos de exterminar!

—No hay cuidado; ya los tenemos cogidos.

Entró el cura, pasó a una pieza inmediata a revestirse y salió con su magnífica capa pluvial, acompañado de sus acólitos.

Eva y Manuel se pararon frente al sacerdote, que cruzó una mirada de inteligencia con los jesuitas.

Carolina se puso a la derecha y la señora de Pantoja a la izquierda.

Aquél era el momento solemne.

Avanzó el sacerdote y dijo con voz sonora y dramática, dirigiéndose a Manuel:

—Como para llegar a los altares del Altísimo, se necesita purificar el alma de las máculas del pasado, y presentar las ofrendas de nuestro arrepentimiento, que abren las fuentes eternas de la salvación; decid, hermano, si os «retractáis del juramento» que hicisteis de sostener los principios heréticos de la Constitución y de esas leyes, escándalo de la Iglesia, y de guardar fidelidad a vuestras banderas.

Manuel se desprendió de la mano de Eva, se echó atrás, sacudió su rubia melena como un león, y dijo con voz atonadora:

—¡No!

—Joven—dijo el sacerdote, dirigiéndose a Eva—, ese hombre no pertenece al gremio de la Iglesia católica, apostólica, romana; vuestro enlace es imposible.

—¡Nunca con un réprobo!—gritó la viuda de Rentería.

Eva cayó desmayada en brazos de Carolina.

Manuel estaba furioso.

—Se me ha llamado aquí para una farsa oprobiosa, se me ha tendido un lazo para estrangularme; sois unos malvados.

Entonces el clérigo, exaltado hasta el último extremo, gritó:

—Sí; hemos querido que esta desgraciada se desengañe por sus ojos, y descubra el abismo al que iba a lanzarse imprudente; ya sabíamos que habíamos de presenciar un sacrilegio, que la herejía había de hacer una ostentación salvaje; id en buena hora, pues ya habéis perdido para siempre vuestras esperanzas.

Manuel, ya en medio de la sala, terrible, siniestro, con las pupilas saliendo de las órbitas, exclamó:

—Adoro a esa mujer, pero no pondré en sus altares los despojos desbaratados de mi honra; no, yo no retractaré mis juramentos en presencia de un amor, aunque me despedace el corazón; no abjuraré de esas banderas que me llaman al combate y que sostengo con mi espada en estos momentos: no abatiré mi frente delante de los enemigos de la libertad y de la patria.

Yo, apóstol de una idea, me levanto sobre la alta trípode del mayor de los infortunios y con la desesperación en el alma y la fiebre en el cerebro, os digo que, en un día no lejano, volverá el imperio del siglo a aplastar vuestras cabezas, que esa Iglesia de cuatro siglos será arrollada por el torrente del progreso, y que vosotros que habéis esclavizado a esta nación infeliz, estáis en la agonía de vuestra grandeza.

¡Este fuego que abrasa los campos y las ciudades, ese humo que entolda el cielo, es el presagio de vuestra ruina!

¡Podéis tener el imperio de un día, sueño que al despertar se convertirá en una pesadilla espantosa; porque ya el tiempo os amortaja, y os sepulta!...

¡Me habéis sacrificado, me habéis propuesto la deserción al frente de mis banderas, me queríais revolcar en el fango para hacerme despreciable a los ojos de la que amo; ella me rechazará como a impío, pero me levantará como hombre honrado!

¡Adiós, Eva, tú sabes si esta escena infame arranca mi nombre de tu pensamiento y mi amor de tu alma!

¡Señora, ruegue usted al cielo que estos hombres no la hundan en la miseria y en la desesperación!...

¡Me voy, el fuego me llama, allí están mi deber y mis juramentos!

Salió Manuel precipitadamente de la casa de Rentería, dejando a todos profundamente impresionados.

Corrió desalentado a la Acordada y contó a sus amigos lo que había pasado.

— ¡Bravo—gritó «Juan Gallinazo»—, has dejado bien puesto el pabellón!

## XI

Profundo silencio reinaba en la ciudad al amanecer del día 20.

A las once de la mañana un cañonazo disparado en la Ciudadela, sobre el Hospicio y la Acordada, anunció el principio del combate.

Siguió el fuego de la batería que durante la noche habían colocado los reaccionarios en el Paseo Nuevo.

Se generalizó el combate de artillería y fusilería en toda la línea.

Las fuerzas reaccionarias atacaban las dos posiciones simultáneamente, sosteniendo el fuego de artillería desde la Ciudadela, el Paseo y San Diego, atacando a San Francisco desde una trinchera puesta en la calle de San Juan, así como desde San José, Colegio de las Hermanas de la Caridad y la Concepción, San Agustín y Santo Domingo; se cruzaban sus fuegos y se defendían valientemente las posiciones liberales.

El punto de San Pedro y San Pablo estaba defendido por una fuerza fronteriza al mando de Quiroga.

Allí estaba haciendo fuego con su rifle un joven alto, pálido, cabello negro, anteojos de oro y revestido de una gran serenidad.

Aquel hombre se llamaba «Ignacio Zaragoza».

Comenzaron las horadaciones para el asalto del Hospicio y allí se trabó un terrible combate.

Se oían los barretazos en uno de los muros.

Manuel le dijo a Mario:

— En cuanto caiga la pared, los recibiremos con una descarga.

— Estamos listos—gritó Mario.

— Yo los refuerzo—gritó «Juan Gallinazo», y con las armas preparadas esperaban el desgaje de la pared.

Por fin vino abajo, y al aparecer los asaltantes, recibieron una descarga tan terrible, que los hizo retroceder.

Volvieron a la carga y se lanzaron a la bayoneta.

El empuje fué resistido, pero en la refriega saltó violentamente entre los escombros el coronel Altúnez y rápido como el rayo se arrojó sobre Mario y le atravesó el pecho con la espada.

Manuel descargó su revólver sobre el coronel, que se escapó entre el tumulto.

— ¡Mario! ¡Mario!—gritó Juan.

Mario abrió los ojos, sonrió dulcemente a su amigo, y sus párpados se cerraron para siempre.

Juan se cubrió el rostro con las manos y dió un alarido de dolor.

Manuel sacó en peso el cadáver, lo colocó en una camilla, besó la frente helada de su amigo, y dijo a los camilleros:

— ¡Al hotel!

Continuó encarnizada la pelea; pero los defensores eran pocos y el ataque era terrible.

Después de una hora de lucha, el Hospicio quedó en poder de los reaccionarios.

Al fin, el punto de la Acordada tuvo que rendirse.

Los estudiantes se replegaron a San Francisco.

Los camilleros llevaron el cadáver descubierto, rumbo al hotel.

Al pasar por la casa de la familia Rentería, Carolina que estaba tras de la vidriera viendo un tumulto de pueblo, se fijó en la camilla que accidentalmente se detuvo.

La joven apartó los cabellos de la frente y sus ojos se fijaban en el cadáver.

Mario parecía dormido, intensamente pálido y en los labios impresa la última sonrisa.

Su camisa llena de sangre y sus manos descoloridas sobre el pecho.

Los labios de la joven palpitaban, quería hablar, desgarraba los encajes de su vestido y la mirada siniestramente horrible la pasaba sobre el cuerpo inanimado de su amante.

Siguió la camilla adelante y Carolina no se daba cuenta de aquel espectáculo.

Convencida de aquella verdad fatal, rompió en un sollozo terrible, al que sucedió un torrente de lágrimas.

— Nacimos en día nefasto—dijo Carolina, arrojándose en los brazos de su melliza.



## XII

En esa misma noche ya la Guardia Nacional estaba desalentada y sin moral; todos los jefes declaraban insostenible la situación y aplazaban la lucha para seguirla en el resto de la República.

Antes que entregarse al enemigo, se dispersaron ocultando las armas, y ya en las horas avanzadas, los cuarteles estaban vacíos.

Comonfort quiso levantar la moral, acudió a las fortificaciones, todo estaba desierto.

— ¡Esta mañana—dijo—tenía un ejército, ahora no existe un soldado!

Entonces el general Alcerrica conferenció con el enemigo, quien dijo que el general Comonfort podía salir sin cuidado de la capital, con el resto de sus soldados; porque había dos o tres escuadrones por el rumbo de Oriente, que no habían estado en la jornada.

A las ocho de la mañana pasó Comonfort a darle un último adiós a su anciana madre, a depositar el beso eterno sobre aquella veneranda cabeza.

Había inmolado en aras del amor filial a miles de hombres muertos en la lucha de la libertad.

¿Qué sentiría aquella anciana al ver a su hijo perdido y marchando a esconder su existencia a la tierra extranjera, y todo por complacerla?

Cuando los hombres accediendo a una absurda debilidad ponen la marcha de la política a la voluntad desequilibrada de la mujer, se arrojan al camino del error y del idealismo imposible.

Luis XIV inclinado delante de la Montespan, Napoleón III bajo la sujeción de Eugenia y Maximiliano de Hapsburgo atado a la voluntad decisiva de Carlota, nos dan el «cliché» de las catástrofes.

## XIII

Atravesó Comonfort, en su caballo, las calles principales; ni una voz, ni una injuria escuchó a su paso.

Aquella inmensa desgracia inspiraba respeto.

En la garita se le unieron unos escuadrones, que a poco andar, gritaron: ¡Viva la religión!, y regresaron a la ciudad.

Entonces aquel hombre corrió como un sonámbulo, atravesó los caminos, trepó las montañas, llegó a las orillas del Océano, donde se tiró a una barca como César y su fortuna, entrando en las brumosas nieblas de su destino.

Ese día, se alzaba en el cielo inmenso de la revolución, el sol de la Reforma.

¡Juárez era el Presidente de la República!

## XIV

Entre el estruendo popular, los tropeles de caballos, el redoblar de los tambores y la entrada de las tropas vencedoras, por todas las avenidas principales de la ciudad, convergiendo a la plaza; allá, en el convento de la Concepción, sonaba una campana fúnebre, anunciando que una monja de la comunidad estaba en agonía.

Las niñas rezaban en el coro por aquella alma que iba a desprenderse de la tierra.

La celda de la moribunda estaba llena de monjas, que hablaban en secreto y cubrían con sus pañuelos las sonrisas; porque en el claustro se matan todos los afectos, se extinguen todos los sentimientos.

La abadesa estaba en agonía.

Sólo un corazón doliente y afligido la acompañaba en el trance supremo.

Una joven enlutada, llorosa, teniendo entre sus manos las manos tibias de la abadesa, cuya sangre se iba congelando pausadamente.

Con la cabeza sobre la almohada de la moribunda, empáandola con sus lágrimas.

Dos clérigos, arrodillados frente a una imagen alumbrada por la vela amarillenta de la «Candelaria», que era de rito en aquella hora terrible.

La abadesa hizo señas de que la dejaran.

Todos salieron de la celda a hacer su tertulia con los frailes en el corredor, y la joven quedó sola con la monja.

Era Carolina, a quien la abadesa había hecho llamar.

Luego que estuvieron solas, le dijo:

—Esta es... mi última... voluntad.

Era el testamento en que dejaba a Carolina heredera de sus cuantiosos bienes, y cuyo testamento había hecho en secreto, porque los clérigos creían que lo dejaba todo a la Iglesia.

—Tú has amado a... Mario.

— ¡Sí; con toda el alma!—exclamó Carolina.

La abadesa revolvió en torno su mirada y cuando se convenció igualmente de que nadie podía oírla, dijo a la joven:

—Ese niño era... mi amor... entre la... tierra y... el cielo...

¡Qué pasado... tan... horrible!...

Sus ojos ya vidriados se humedecieron con la última lágrima.

— ¡Ah, sí, sobrino de usted!—murmuró Carolina.

La abadesa hizo un esfuerzo y acercó sus labios cárdenos al oído de la joven y dejó caer una palabra, que quedó en lo más hondo del corazón de Carolina.

— ¡Dios mío!—exclamó Carolina.

La abadesa le puso la mano trémula en los labios.

— Ahora... a... diós.

Ya no volvió a decir una palabra inteligible.

Parecía que su mano con las últimas y lentas vibraciones de la existencia, quería apartar algo que estaba delante de sus ojos.

Comenzó una agonía lenta y trabajosa.

Carolina salió gritando, todos entraron a la celda, se arrojaron y comenzó el canto lúgubre del «Credo», al compás de aquella respiración que fué extinguiéndose poco a poco hasta esconderse en la eternidad.

Al día siguiente, después de la ceremonia fúnebre, el cadáver quedó sepultado en las criptas del «coro bajo» de la Concepción, y con él, una de esas historias terribles de los conventos.

## XV

Cuando los frailes se enteraron de que los bienes de la abadesa habían pasado a la prometida de Mario, y de que había revocado el testamento, que había hecho dejando de heredero al convento; hicieron un grande escándalo. Dijeron que la abadesa se había condenado y que su alma venía a «penar», pidiendo perdón de aquel pecado.

Comenzaron las consejas en el convento.

La madre tornera aseguraba que había visto a la superiora sentada en la fuente del gran patio y que le hacía señal de que se acercase, y ella había caído desmayada.

Otras monjas juraban que la abadesa se paseaba por las noches en los claustros, con una vela verde en la mano, y que tocaba la campana.

Las novicias estaban aterrorizadas.

Los sacristanes no querían volver la vista al «coro bajo».

—Todo esto pasa—decía un fraile—, por haberle dejado su capital a la novia de un hereje.

—Pero este hereje—contestaba en voz baja otro fraile—era... era... Eso lo sabe mejor el doctor y maestro de los Agustinos.

—Afortunadamente—observó el otro fraile—ya somos dueños de nuestros bienes, se deroga la ley de desamortización; ya los herejes han perdido hasta la fe del bautismo; están en completa derrota y triunfante la religión.

El otro fraile, dándole una palmadita en el hombro, le dijo:

—Reverendo Padre, todavía no hay que cantar victoria. ¡El diablo anda en Cantillana!

## XVI

Los estudiantes se reunieron en el hotel.  
Armando dijo:

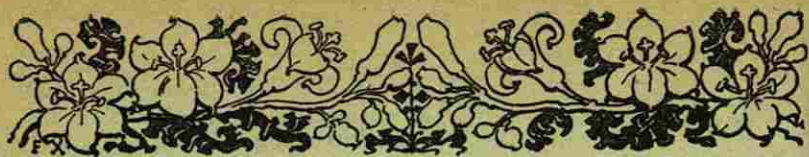
—¡Todo se ha perdido!

—¡No todo—gritó el joven suriano—; nos quedan mis montañas; de allí bajó la libertad, allí seguiremos batallando!...

¡Mi corazón y mis brazos quedan abiertos para mis hermanos, adiós!

Aquellos corazones generosos se estrecharon, jurando que se encontrarían en los campos revueltos de la Reforma.

FIN DE LA PARTE PRIMERA



## PARTE SEGUNDA

# LA GUERRA DE TRES AÑOS

## CAPITULO I

### LOS FANATISMOS

#### I

El 21 de enero de 1858, la ciudad de México estaba de gran fiesta.

Las torres lucían grandes colgaduras, el Palacio y las principales avenidas de la ciudad se engalanaban con cortinas blancas y «moños verdes».

Cuando Iturbide, falseando la Independencia Mexicana, formó el Pabellón Nacional con los colores «encarnado, blanco y verde», dijo que simbolizaban por su orden, la «Independencia», la «Unión» y la «Religión».

Ningún asesino ha dejado de ser devoto.

El partido liberal tomó como insignia el color «rojo» y la reacción el «verde».

Los hombres lo ostentaban en las corbatas y las damas en sus trajes.

No podía dudarse de que la reacción era una guerra enteramente religiosa.

Ese día de festividad en que se solemnizaba el triunfo del Plan de Tacubaya y la caída del Gobierno liberal, se hacía gala de un gran regocijo.

Los clérigos y los frailes se abrazaban en las calles, las devotas resplandecían de júbilo, los santurrones se frotaban las manos, y las señoras acudían a la Plaza y a la Catedral como en el Corpus.

Los santanistas salían de sus escondites y todos se agrupaban en torno del general Zuloaga para inspirarlo.

Los conservadores se habían apoderado por completo de la situación y soñaban con un triunfo definitivo.

El Palacio estaba atestado de soldados, luciendo sus ya empolvados uniformes.

Los héroes de la Ciudadela contaban proezas y todos aspiraban a los ascensos, todos se jactaban de ser los defensores de la religión.

La crema de los retrógrados formaba el Consejo de Gobierno, que acababa de nombrar Presidente a Zuloaga, quien había ganado un grande albur a la fortuna.

En la Catedral se cantaba en honor de la victoria católica un verdadero «Te Deum»; porque los otros en honor de Alvarez y de Comonfort, habían sido falsificados, y se tenían por no cantados.

En ese día se derogó la ley de fueros eclesiástico y militar, la ley de subvenciones parroquiales, la desamortización y por último se declaró rota y quemada la Constitución.

Se reconstruía el «pasado», con todas sus preeminencias.

El clero y el ejército celebraban sus nupcias y se juraban fidelidad eterna.

#### II

En la casa de la viuda del señor Rentería, la tertulia se había ensanchado y allí se sabían todas las noticias y se comentaba la marcha del Gobierno.

Los dos clérigos amenizaban la reunión.

Las mellizas Eva y Carolina, estaban completamente retraídas: una, llorando a su novio ausente; la otra, hundida en un dolor acerbo y callado por la muerte del joven estudiante, a quien idolatraba.

El coronel Altúnez estaba en la tertulia.

— Señor coronel—decía un clérigo—, los periódicos se hacen lenguas de usted ponderando su arrojo en la toma del Hospicio.

Altúnez movió con pretensión la cabeza y no dejó de alarmarse por si se supiera que él había matado al estudiante.

— Este hombre es muy modesto—dijo la Pantoja—, pero aunque no quiera, tenemos que felicitarlo por su valor; dió un golpe tremendo; Dios había bendecido su espada.

— Señora—dijo el coronel—, mis deberes primero con la religión y luego para con mi bandera.

— Es verdad—dijo la vieja—; pero todo tiene sus límites, y usted se ha portado con temeridad. ¿No es verdad, Pablito?

Un joven elegantemente vestido, de fisonomía franca y decidida, mirada altiva, ancha frente, nariz correcta, bigote castaño y semblante desdefioso, contestó:

— Señora, los soldados deben tener su momento, aunque no sea más que por una vez, y sería raro que no se portasen bien.

El coronel se mordió los labios.

— Sí—dijo la Pantoja—; pero algunos corren como liebres.

— No todos los que llevan el uniforme son propios para los combates.

- Pero usted reconocerá el valor de este caballero.
- Señora, no tengo el honor de conocerlo; así es que no extrañaré que reserve mi opinión hasta evidenciar los hechos.
- Esta casa me es fatal—murmuró el coronel.
- Caballero—dijo Altúnez, dirigiéndose a Pablo—, yo no alardeo de valor.
- Bien hecho—contestó el joven—; los valientes de tertulia son insoportables.
- Pablo estaba agresivo.
- Es que el Hospicio—dijo la viuda de Rentería—era un punto inexpugnable.
- Según quien lo defendiera—contestó Pablo.
- Caballero, estaba bien defendido—observó el coronel.
- No me parece—contestó Pablo—; además ya la situación estaba desmoralizada y fácil la victoria.
- Es decir, que usted se inclina...
- A la verdad—contestó Pablo.
- Los clérigos, que vieron venir la tormenta, mediaron con prudencia.
- Señora, dejemos eso a un lado; al fin ya todo pasó; ahora quisiéramos de usted un gran favor.
- Estoy a las órdenes de usted.
- Pues deseamos saludar a las niñas: hace quince días que no les vemos las caras.
- Voy a llamarlas.
- La señora obedecía ciegamente a los clérigos.
- La tertulia quedó en silencio y toda desabrida.
- Después de un cuarto de hora, en el que se conocía que la señora había emprendido una verdadera lucha con sus hijas, apareció con las gemelas medio llorosas, pero sumamente altivas.
- Todos se levantaron para saludarlas.
- Las jóvenes se dirigieron a Pablo y le tendieron la mano con cariño, después de inclinar reverenciosamente la cabeza ante los otros concurrentes.
- Se habían olvidado ustedes de sus buenos amigos—dijo un clérigo—; ya estábamos inconsolables con su ausencia de tantos días.
- Carolina ha estado enferma—dijo Eva.
- ¡Ah! Entonces están disculpadas, disculpadísimas.
- ¿Y usted, señorita Eva?—dijo el coronel.
- Eva aparentó no haber oído.
- Eva—gritó la Pantoja—, a un soldado de Nuestro Señor Jesucristo, no se le deja sin contestación.
- Pablo se sonrió irónicamente.
- No conozco a esos soldados—contestó Eva.
- El coronel Altúnez ha peleado por la sagrada religión, y a él se le debe en gran parte la victoria.
- Como yo no me preocupo con nada de eso—dijo Eva—, pido al señor que me dispense.

- Está usted dispensada, señorita.
- Eva, da las gracias—gritó la señora.
- Pues le doy las gracias al soldado de Nuestro Señor Jesucristo—contestó Eva, aparentando mucha naturalidad.
- El coronel estaba amordazado, porque hasta en los clérigos había notado una risa burlona, con las inoportunidades de la Pantoja.
- Pablo, dirigiéndose a Altúnez, le preguntó:
- ¿Y usted no sale a campaña?
- Precisamente venía a despedirme de la familia; hoy salió mi batallón, rumbo a Querétaro, y me tengo que reunir con él, lo más tarde dentro de dos días.
- Pero ya el grueso del ejército está avanzado a Celaya.
- Se debe estar batiendo con el ejército de la «coalición».
- ¿Conque se han «coalizado» esos salvajes?—gritó la Pantoja.
- Sí—dijo Pablo—; se han reunido las fuerzas de varios Estados, y esperan a los reaccionarios.
- Pues serán derrotados; Dios está con los suyos.
- ¿Y cuáles son los suyos?—preguntó Pablo con mucha sorna.
- Caballero—gritó un clérigo—, los suyos son los que no han renegado de la religión de sus mayores, los que han permanecido fieles a las sagradas doctrinas, los que aman su tradición y respetan al sacerdocio; éstos, éstos son los suyos!
- Es decir—dijo Pablo, con mucha calma—, que los que llevan corbata verde...
- Precisamente—gritó el clérigo—; esa corbata verde, quiere decir religión; es la bandera de la fe.
- Pero la llevan en el pescuezo.
- Caballero, parece que está usted de buen humor, y yo no estoy para bromas.
- Lo siento—dijo Pablo—, porque nos hubiéramos divertido un rato.
- Es que yo no divierto a nadie, caballero.
- Pero yo sí me divierto con todos.
- Diga usted de una vez—gritó el clérigo—, que usted pertenece a esas chusmas desalmadas, que todavía intentan levantar la cabeza; pero se las aplastaremos, mal de su grado.
- Vea usted—respondió Pablo, sin perder su sangre fría—: si usted es el que se las ha de aplastar, les doy de vida muchos años.
- Yo personalmente, no; pero, por ejemplo, el señor coronel...
- No me mezcle usted en su cuestión—dijo prudentemente el coronel.
- Es que don Pablo no cree en usted ni en mí.
- El clérigo buscaba un aliado.
- Soy ajeno a todo—contestó el coronel, porque comprendía lo difícil que era habérselas con el joven.

—¡Así son todos los soldados!—exclamó colérico el clérigo—Valientes con los desgraciados, y...

—No continúe usted—interrumpió el coronel—, y es necesario que sepa usted de una vez nuestra opinión, para que no se equivoque: nosotros peleamos por nosotros, por la conservación del ejército; ustedes nos llenan de medallas y de fruslerías, y nosotros aparentamos creer en todo, porque necesitamos dinero, y ustedes son ricos; pero no luchamos por la religión; ése es un pretexto para atraer al pueblo, y eso lo debemos confesar aquí entre nosotros.

—¡Ustedes no pelean por la creencia; sino por sus intereses, por sus bienes terrenales!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—gritó la Pantoja, haciéndose aire con el pañuelo.

El coronel continuó:

—¿Pueden ustedes suponer que la juventud del ejército es de beatos y devotos? Bastante vergüenza nos da que los señores (dirigiéndose a Pablo) nos llamen santurrones y crean que estamos tirados a los pies de ustedes.

—¡Aire! ¡Aire!—gritaba el clérigo.

—Sí—continuó el coronel—; lucharemos hasta el último trance, porque se nos arrebatara el poder, la prerrogativa, la influencia, todo, y nos queda la humillación más degradante; ¿pero por ustedes?... ¡Ese es un sueño!

—¡Soldados al fin!—gritó el clérigo—Ya lo esperábamos; pero de todas maneras, y ya que aquí nos revelamos como somos, diré a usted, señor coronel, que no se nos esconda nada de lo que usted ha dicho; que clero y ejército nos estamos engañando; pero necesitamos de ustedes, y ustedes de nosotros para vivir; que nosotros los llamamos «héroes» por fuera, y por dentro, «nuestros gendarmes»; ¡que jugamos con su vida y con su sangre, como ustedes juegan con la religión y nuestro dinero!

—Estamos en la verdad—dijo el coronel.

—¡Pues qué!—continuó el clérigo—¿Cree usted que respetamos al imbécil de Zuloaga, a quien hemos puesto de Rey de Burlas, sólo para nuestros fines?...

¡No; nosotros queremos someter al pueblo, subyugarlo como ha estado hasta aquí, de rodillas a nuestras plantas y encadenado a nuestra voluntad... ¡Esta revolución comienza a despertarlo y es necesario combatirla con todas nuestras fuerzas, porque el día en que abra los ojos, será para aniquilarnos!... ¡Por eso nos levantamos para imponernos sobre las conciencias; pero sin quitar la vista del principio religioso que es nuestra guía!... ¡El protestantismo nos amenaza y es necesario proclamar la religión única con exclusión de todas, el catolicismo!... He aquí el secreto de nuestra liga.

—Si le parece a usted que abandonemos esta conversación—dijo el coronel—, les evitaremos un mal momento a estas señoras.

—Sea—dijo el clérigo.

—Pues ahora—agregó el coronel—, tengo que hablar con la señora, si ustedes me lo permiten.

—Venga usted por acá, caballero.

La señora y el coronel abandonaron la sala.

Los clérigos se despidieron, y Pablo quedó solo con las mellizas.

### III

—He estado oyendo indignado—dijo Pablo—a este par de bribones.

—No necesitábamos más para conocerlos—dijo Eva.

—Ya ustedes comienzan a hacernos justicia.

—Enteramente—dijo Carolina.

—¿Qué secretos tiene con la señora el coronel?—preguntó Pablo.

—No sé, pero me figuro que ha de seguir en sus pretensiones.

—Ese hombre tiene una obstinación sospechosa.

—Sabe bien—dijo Eva—, que yo no tengo más amor que Manuel, que he comprendido el lazo indigno que le tendieron para arrancarlo de mi corazón, poniéndolo en la disyuntiva entre su honor y mi cariño.

—¡Qué infamia!—exclamó Pablo.

—Pero yo le he visto grande en su sacrificio y mi cariño ha crecido con la veneración hacia esa alma generosa y sublime.

—¡Pobre Manuel!—dijo Carolina.

—Pero yo sé bien—dijo Eva—, que se hombre me lleva en su corazón y en su memoria.

—Por supuesto—dijo Pablo—, ese lance horrible no ha hecho más que arraigar más y más el amor que siente por usted, Eva.

—Sí, yo comprendo y el corazón me lo dice, que por dondequiera que vaya Manuel, mi sombra seguirá sus pasos y mi amor llenará su alma... ¡Pobrecito, qué suerte le deparará el destino en la revolución!

—No tema usted, Eva; él volverá y ustedes serán felices.

—Tengo miedo a las insidias; mamá está dada cuerpo y alma a esos clérigos.

—Ya ve usted lo que acaba de pasar: creyeron que al ver a Manuel una causa que llaman en esta casa, de la herejía, me iba a poner la mano sobre el corazón, y a prescindir de mis afectos, y podría caer en brazos de ese coronel, que aborrezco con toda mi alma.

—Imposible—dijo Pablo.

—La mirada de ese hombre—dijo Eva—tiene mucho de siniestro; hay en el fondo un abismo oscuro que me espanta.

—¡Estamos solas; la única defensa, aunque débil, era mi buen padre!...

Las lágrimas asomaban en las pupilas de las gemelas.

—Vamos—dijo Pablo—, no hay que temer; yo nada valgo, pero velaré por ustedes; mi vida, antes de que a ustedes les pase una desgracia.

Las gemelas reclinaron la frente en los hombros de Pablo. Aquel joven, que era todo corazón, sintió que aquellas almas se le acercaban, y juró estar siempre a su lado.

Oyóse la voz de la señora que llamaba a Eva. Levantóse la joven, altiva, altanera y como dispuesta a un combate.

—¡Voy!—gritó, y tendiendo la mano a Pablo, le dijo:—¡Me sobra valor para afrontarlo todo!

—Piense usted en Manuel.

—Lo llevo dentro de mi alma. ¡Adiós!

## IV

Quedaron solos Pablo y Carolina.

Hacia dos años que el joven visitaba la casa de Rentería. Pablo estaba enamorado de Carolina, pero habiendo observado sus amores con el estudiante, sus labios no se habían abierto, y el secreto permanecía oculto en el fondo de su corazón.

La mujer tiene una comprensión rápida; Carolina no había dejado inadvertido aquel afecto, y estimaba en mucho la delicadeza de Pablo.

—Carolina—dijo el joven—, la situación que guardamos me obliga a ser enteramente explícito, como corresponde a un corazón honrado.

Carolina no respondió.

—No creo ser inoportuno, porque no traigo pretensión alguna.

—Hable usted, Pablo—murmuró Carolina.

—Yo no sé mentir—dijo Pablo—; hace dos años conocí a usted, me fué en extremo simpática y la llegué a amar con adoración. Guardé silencio, porque temía una repulsa, y me contentaba con pasar las horas a su lado, sin franquear los límites de la reserva; pero conservando en mi alma un mundo de esperanzas.

Carolina escuchaba con atención.

Pablo continuó:

—Nada más susceptible que un corazón amante... Un día, día terrible para mí, me sorprendió la verdad en medio de mis sueños de amor: supe que usted amaba a otro, y ese otro era digno de ser amado.

Carolina inclinó la frente y una lágrima cayó de sus pupilas.

—¡Llora usted?—dijo Pablo—Hace usted bien; ésa es la ofrenda a los seres que nos han amado sobre la tierra.

Hubo unos momentos de silencio.

—Yo también le quería... Recuerdo esa tarde espantosa en que le vi cadáver sobre la camilla, con su faz dulce y sonriente como si la muerte no hubiera tomado posesión de aquella existencia agitada... Su herida estaba abierta y manaba sangre todavía.

—¡Horrible! ¡Horrible!—exclamó Carolina.

—¡Sí, horrible!—dijo Pablo—¡Juventud, esperanza, amor, todo envuelto para siempre en la noche eterna!

Pablo tomó una mano de la joven y le dijo cariñosamente:

—No vengo a interrumpir ese justo dolor, ni a pretender que se seque ese llanto, ni menos que se levante sobre esa herida no cicatrizada, un nuevo amor, que sería un insulto a la angustia de una mujer cándida y pura como los ángeles; no, Carolina, quiero ser franco y leal hasta el último extremo, yo espero el día en que esa memoria se haya alejado de la tierra, a que la visión se haga celeste, y quede en los altares de la imaginación, impalpable, alada, como si nunca hubiera tocado este valle de miserias... ¡Entonces, el corazón tiene que abrirse a sus aspiraciones, el alma renace, las ilusiones tornan a encenderse y el amor vuelve a palpar, sin dejar en el olvido la imagen ya santificada por el llanto de los recuerdos!... Esa puede ser mi hora y la espero en silencio, y mis labios no volverán a abrirse; porque usted todavía puede volverse a otro lado.

—¡Por Dios!—dijo Carolina.

—Es la verdad—continuó Pablo—, tiene que suceder. ¿Y quién pudiera augurar para entonces, que si usted vuelve a amar, ha de ser a mí?

Carolina se había cubierto el rostro con las manos.

—Ya le he dicho a usted cuanto guardaba en el fondo de mi alma, y callo todos los sufrimientos, todas las ocultas humillaciones de que he sido presa durante este tiempo; ahora no quiero ser más que el amigo, el amigo sincero, dispuesto a sacrificar todo por ustedes, con toda la fe de mi honradez, con todo el cariño desinteresado de mi alma.

Carolina estrechó entre sus manos la mano trémula del joven, y en un arranque de mujer, le dijo:

—Pues bien; yo tengo una pesadilla espantosa, algo fatal que ha caído en el fondo de mi alma, como si se escondiera dentro de mi pecho un ángel malo.

—Hable usted, Carolina.

—Me va usted a juzgar mal.

—Nunca, Carolina, nunca.

—Mario vivirá en mi memoria y en mi corazón, hasta mi último día, si su sangre no es vengada; para pasar al cielo azul donde se van todas las ilusiones perdidas y dejar libre mi pensamiento, necesito que la justicia humana y divina queden satisfechas.

—Bien, Carolina, bien.

—Necesito—dijo exaltada la joven—encontrar un ser su-

perior, un hombre que se alce sobre el nivel de los demás, de grande espíritu y de fuerte aliento, para borrar mis recuerdos y tornar a la vida de la ilusión, a la existencia de las esperanzas.

¡Pablo veía con asombro a Carolina.

—Yo sé que el dolor no es eterno, que si la vida se deshoja por los pesares, vuelve a retoñar como el arbusto azotado por el invierno. Creo que mi juventud palpita y se estremece, creo que olvidaré, porque el corazón renace; pero no quiero renacer como el vulgo, sino con algo que me haga despertar de este letargo, una luz que envuelva todo mi ser y resucite mi corazón a las ilusiones y a las esperanzas.

—Es admirable esta mujer—murmuró Pablo.

—Si usted, ya que dice que me ama, y yo lo creo, fuese capaz de satisfacer mis aspiraciones; si usted fuese el hombre predestinado y que yo he forjado en mi cerebro, Pablo, usted sería alguna vez dueño de mi corazón.

Levantóse Pablo, como alucinado por el aliento poderoso de aquella mujer que lo fascinaba y lo absorbía por completo.

—Carolina, mi corazón se arroja a las sombras del abismo; usted ha trazado con los relámpagos de los ojos, mi camino. Me siento fuerte; el aliento de usted me comunica el valor desesperado que llega a la temeridad. ¡Mario será vengado!

—¡Bien, Pablo, bien!

—Cruje allá fuera la revolución, el humo de los combates envuelve los campos, el fulgor del trueno ilumina mi semblante, yo buscaré en las sombras al matador de Mario, y la justicia humana, como usted dice, y la divina, quedarán satisfechas.

—¡Pablo! ¡Pablo!—gritó la joven con entusiasmo.

—No soy el hombre de hace un momento; despierto en otro mundo que no es el que he pisado hasta ahora, raquítico y miserable; ¡voy al porvenir con mi amor y la venganza!... ¡Sí; me siento transformado, creo que en el ser del hombre se esconde algo grande, algo desconocido que lo transforma en héroe, en grande; pero que necesita algo que lo impulse, y el amor, la admiración que siento por usted, Carolina, es el incentivo de mi resolución! ¡Sí; volveré victorioso, me lo dice el corazón con sus agitaciones; pero no será esa victoria de todos, no; será una victoria mía, porque yo daré con el asesino!... ¡Adiós, Carolina; o no nos veremos nunca, o volveré a arrojarme a sus pies a demandarle ese cariño que es la esperanza de toda mi vida!

—¡Pablo, mi palabra está empeñada!

—¡Adiós!... ¡Adiós!

## V

Pablo salió violentamente, se detuvo en la puerta y saludó por última vez a Carolina.

La joven sacudía su bellísima cabeza, y con los ojos encendidos y los labios de fuego, balbucía palabras incoherentes:

—¡Sí; la venganza!... ¡Sangre!... ¡Así brotaba su pecho!... Parece que su boca entreabierta me decía... ¡Véngame! ¡Un nuevo amor, imposible!... ¡Cuanto me rodea me espanta!... ¡Se gozan con mi dolor!... ¡Insultan mis lágrimas!... ¡Yo delante, altanera, con la muerte en el corazón, resistiendo este combate!... ¡Me cuentan sus victorias, se gozan con el exterminio! ¡Malvados!... ¡Y suenan los cantos sagrados solemnizando la agonía de los hombres y el último suspiro de los que acaban!... ¡Qué atmósfera tan pesada, me asfixia!...

La joven se arrojó sobre el confidente, cerró sus ojos y entró en el mundo exaltado de sus pensamientos.

## VI

El coronel Altúnez había hecho un punto de amor propio casarse con Eva, contando con el apoyo de la madre y de los clérigos.

Fatalmente para él, se había puesto mal, merced al altercado que acababa de suscitarse; pero se prometía hacer el último esfuerzo.

La señora se había resfriado algo, pero sus ideas reaccionarias la inclinaban al lado del coronel.

—Señora—le dijo Altúnez—, estoy para salir a la campaña y desearía definir mi situación.

—Coronel, no depende de mí; creo que Eva ha prescindido de Manuel, al ver su obstinación y la repulsa altanera de volver al seno de sus creencias; esto la debe haber horroizado.

—Está muy joven—dijo Altúnez—para que la impresionen las cuestiones religiosas.

—Caballero, Dios comenzó desde el principio.

—Es verdad, señora; yo quiero mostrarle cuánto es mi cariño y cuántas humillaciones he sufrido por él.

—Yo comprendo todo, caballero... Pero, en fin, si usted quiere hacer una última prueba, yo no tengo inconveniente.

—Pero yo desearía saber, señora, si sigo contando con usted.

—Como siempre, señor coronel.

—Entonces, a riesgo de recibir un nuevo desengaño, querría, en presencia de usted, siempre que me lo permita, decir mi última palabra a Eva.

—Piénselo usted bien, caballero.

—Ya está pensado de antemano, señora; no tengo otro camino; porque mañana ya estaré muy lejos.

—Podría usted aplazar para entonces.

—No, la duda es peor que el desengaño.

—Usted lo sabe, caballero.

—Estoy resignado a todo.

## VII

La señora de Rentería se levantó y llamando a Eva la hizo sentar a su lado, y le dijo aparentando dulzura y benevolencia:

—Hija mía, yo me había opuesto a las relaciones con ese joven, porque tú conoces los sentimientos religiosos de la familia y recuerdo a tu buen padre, cuya pérdida lloro inconsolable.

La Pantoja se limpió una lágrima que no había en sus párpados.

—Tú has visto—continuó—que yo me presté a tu enlace y estaba resuelta a poner nuestra cuantiosa fortuna en sus manos, pero él, lleno de ingratitud y desconociendo mis sentimientos, prefirió arrojarse sobre el camino del mal, a los goces puros con una mujer a quien decía que amaba; todo lo derribó, todo lo despreció, prefirió seguir en la vía del crimen, porque es un crimen atentar contra la creencia de nuestros padres.

Eva hizo un gesto de impaciencia.

—Calma, hija, calma. No podías exigir más del cariño de una madre; pero la Iglesia se negó a bendecir esa unión y yo no pude impedirlo. ¡Ah, cómo lo sentí! ¡Pero ese hombre es culpable, él, y nada más!

Hubo un momento de silencio.

—Hija mía, yo, aunque no estoy cargada de años, porque aun puede decirse que he quedado joven todavía, no tengo guardada la existencia, y desearía tener la satisfacción de ver a ustedes formando un hogar, establecidas y felices.

Eva volvió a impacientarse.

—Decía—continuó la señora—que para realizar esta idea, aprovecho la oportunidad de que el señor coronel Altúnez, que tantas pruebas te ha dado de afecto, solicita nuevamente tu mano.

—Señorita—interrumpió el coronel—, antes de que usted responda a mis pretensiones, ruego a usted se sirva escucharme.

—Creo que será corto—dijo Eva—, porque ya mamá parece que lo dijo todo.

—Muy bien, esa advertencia me indica que aun continúa usted indispuesta conmigo; escúcheme usted, voy a hablar con la franqueza de un soldado.

—Si usted me lo permite, que sea con la de un caballero, porque los soldados me son antipáticos.

—Sea como usted guste, señorita, aunque los soldados somos también caballeros.

—Entonces, si lo son, no hay que apelar a lo soldado.

—Pues bien, señorita, creo que ningún hombre ha tenido más resistencia que la que yo he encontrado en usted.

Eva hizo una señal afirmativa.

—Pues bien, nada ha sido suficiente para arrancar de mi corazón este cariño, ni aun las humillaciones de que he sido víctima. Abusando de mi situación se me ha escarnecido, se me ha abofeteado en presencia de usted. ¿Qué más puede suceder? ¿Qué espero?... Y no obstante, yo siempre amándola, siempre siguiendo el rumbo de sus miradas, y siempre con la esperanza, no ya de conseguir su amor, sino al menos su compasión.

—¿Ha concluido usted, señor coronel?

—Sólo tengo que añadir que, a pesar de seguir rechazado, no dejaré de amarla ni de sentir por usted el profundo cariño que ha sabido despertar en mi corazón, y que si pude, en una vana disputa con un sacerdote, dejar caer palabras de impiedad, estoy arrepentido, porque yo soy creyente exagerado y lucho por mi religión y por mi honor de soldado.

—¿Ha concluido usted?

—Sí, y espero mi sentencia.

—Yo elogio los sentimientos religiosos de usted y todo eso de su bandera; casi le agradezco su afecto, el que yo no he querido provocar, y siento que usted haya sufrido por mí; pero mi respuesta usted la tiene viva hace mucho tiempo, puesto que conoce el hombre que yo amo.

—Me desespera usted, Eva.

—Me tengo en mucho, caballero, para rebajarme ante usted y más aun ante mí misma, prestando atención a sus declaraciones, porque eso querría decir que yo era una mujer sin corazón, una coqueta vulgar, que pasaba de amor en amor como soplo de viento, y que no tenía conciencia de mi dignidad de mujer ni de mi orgullo de señora. ¿Qué fe podría usted tener en mí, después de semejante infamia? Me ofende usted, caballero, con sus pretensiones; a no ser que lleve usted otro objeto, puede usted continuar en su obstinación.

—Esas palabras encierran una ofensa que no merezco.

—Usted merece todo, caballero, y aquí damos fin a la conversación; ¡yo amo a Manuel, y basta!

—¡Niña!—gritó la Pantoja—Eso es faltarme al respeto.

—Usted ha abierto una herida en mi existencia. ¡Oh! ¡Si mi padre viviera!

Entonces el coronel, furioso como un loco y ardiendo como si hubiera recibido un latigazo en el rostro, se levantó airado, cruzó por su mirada un relámpago del infierno, la espuma apareció en sus labios, su visaje se hizo espantoso, amenazador.

La señora Rentería dió un grito de espanto.

Eva se puso de pie como desafiando a aquel monstruo; parecía la estatua del destino, frente al genio de la fatalidad.

—Han cesado—gritó el coronel—las contemplaciones, voy a rasgar el vélo de mi pecho, a enseñar el abismo siempre oscuro de mi corazón.

—¡Hable usted!—gritó Eva—No siento miedo en presencia



de este desacato, en la casa de una familia honrada, y en presencia de una dama.

— ¡Pues bien—dijo con voz ronca el coronel—, yo no sé si es amor u odio lo que siento, ni nunca me lo he explicado: hay un combate en mi pecho, una lucha infernal que me arrebató y caldea mis instintos de venganza!...

¡Usted ama y yo quiero hacer pedazos ese ídolo, desbaratarlo entre mis manos, para arrancar el corazón de usted con torrentes de lágrimas, y bañar el mío, ávido de venganza!...

La suerte me ha postrado a sus pies, a ese hombre le debo la vida, él me salvó en la batalla perdida, de caer en manos de mis enemigos y ser asesinado... Para algo me ha reservado el infierno; yo quiero vengarme de esa vergüenza, romper ese vaso donde se depositan tantas humillaciones... Eva, ayer en el asalto, buscaba a ese hombre a quien usted ama tanto, y tropecé con Mario; y yo, yo lo atravesé con mi espada.

— ¡Miserable!—gritó Eva.

— ¡Dios mío!—exclamó la viuda de Rentería.

— ¡Sí—continuó el coronel—; yo lo maté!

— ¡Salga usted de aquí!—gritó Eva— ¡Ni un momento más en esta casa en mi presencia!

— No; me tiene usted que oír todavía.

— Caballero, ¡salga usted!

— Me falta todavía. ¡Estamos en lucha, mañana salgo para la revolución, no voy a buscar un laurel, no aspiro al triunfo, no ataco a las multitudes anónimas, busco a un hombre y lo encontraré!

— Llámelo usted, que él vendrá—dijo Eva con risa sardónica—, ya usted lo conoce.

— ¡Sí, y aun siento su mano descargar sobre mi cabeza; pero eso no importa, yo lo que ansío es privar a usted de él, gozarme con su angustia, verla a usted tal vez a mis plantas!

— ¡Eso nunca!—gritó Eva— Si la existencia de Manuel estuviera en esas manos y de una sola palabra pronunciada por mi labio dependiera su salvación, yo no la pronunciaría.

— ¡Estamos desafiados, el reto está echado; ahora, a combatir, a luchar, a buscar a ese hombre hasta encontrarlo!...

Si a ese miserable de Pablo no le he contestado, es que me reservo todo entero para Manuel.

¡Adiós, y ruegue usted al cielo por él!

— ¡Miserable!—exclamó Eva, viendo salir al coronel.

Y luego, dirigiéndose a la señora, le dijo:

— ¿Y a este hombre querías entregarme?... ¡Estás ciega, te han fanatizado y la ruina va a venir a esta casa; nos está amenazando!

— No lo creas; al que ama a Dios, Dios lo preserva.

— Siga usted, madre, en su camino, siga usted; ya nos han querido sacrificar en un convento, ya nos han sujetado a ese martirio con una impiedad desconocida en el corazón de una madre, porque a usted la fiebre de la religión le ha secado el alma.

— ¡Impía, también impía!—gritó la señora.

— ¡No, yo creo en Dios y a él imploro; pero no creo en los que lo profanan y hacen de él un instrumento de venganza y de escarnio!

— ¡Ella! ¡Ella!—gritaba la Pantoja— ¡Me parece increíble!... Ese hombre la ha contaminado; ¡está perdida!

— ¡Ese hombre es leal, es honrado, no es asesino!

— ¡Piedad, Dios mío, para esta desgraciada!—exclamó la señora.

A los gritos entró Carolina que acababa de despedir a Pablo.

— ¿Qué pasa aquí?—preguntó asustada.

— Pasan cosas horribles—dijo Eva—: que ese miserable que acaba de salir de aquí, se ha atrevido a amenazarnos.

— Ha salido furioso; ni aun me ha saludado—dijo Carolina.

— Y por ese hombre quería mamá que yo olvidase a Manuel.

— No, hija, es el carácter de los soldados, yo quería tu felicidad.

— ¡Oh!—gritó Eva— ¡Tú no sabes un secreto espantoso!

— Habla, hermana mía.

— ¡Ese hombre, sin Dios y sin conciencia, ese soldado de la religión, ese hipócrita, vil, que tiende su espada bajo los altares para engañar a los incautos, ése, ése ha asesinado a Mario!

— ¡Jesús!—dijo Carolina, apoyándose en su hermana, porque se sentía desfallecer.

— No lo creas, hija mía—dijo la Pantoja.

— El mismo lo ha dicho; él se ha delatado en nuestra presencia.

Carolina se recuperó y furiosa como una leona, dijo a la señora:

— Sí, yo lo creo; pero ese hombre ignora que ya va tras él una sombra de venganza que tiene que envolverlo; se le buscaba sin conocerle; pero ya di con él; esta misma noche su nombre será registrado en una cartera y corra su destino... Estoy tranquila. ¡Mario será vengado!

— Sí—dijo Eva—; una lucha comenzada en el estrado de esta casa, va a desenlazarse en el campo de batalla.

Eva, dirigiéndose a la señora, le dijo:

— Así se exacerban las pasiones, así se lanzan los hombres a la muerte.

Mañana, cuando llegue a la tertulia la noticia de un hombre asesinado, todos se lavarán las manos. Todos sabrán en su conciencia, que son los autores de esa desgracia, pero nadie lo confesará; y esto está pasando en todos los hogares, y este

drama es el de la guerra civil, cuando llegan las pasiones al seno de las familias.

La señora Panloja salió santiguándose y murmurando que a todos los enemigos de la religión se los lleven todos los diablos, que Dios cuidará de los suyos.

Las gemelas se abrazaron inundadas en llanto.

## CAPITULO II

### EL DESASTRE

#### I

Perdida la capital, se seguía la tradición de las antiguas revueltas; toda la nación secundaba el movimiento, adhiriéndose a los victoriosos.

Todos los jefes del antiguo ejército de Santa Ana, que Comafort había dejado con mando de fuerzas, todos se pasaban con armas y bagajes al enemigo.

Se perdió la confianza, que es la base para los militares.

El general Parrodi se hizo centro de los defensores de la Constitución, y avanzó al interior, donde reunió un grupo de ejército con las fuerzas de los Estados leales, y que se llamó la «Coalición».

Los reaccionarios comprendieron desde luego la necesidad de atacar al enemigo antes que se repusiera de la sorpresa y acumulara sus elementos de guerra.

El señor Juárez había establecido su Gobierno en Guanajuato, nombrando ministros al señor Ocampo, a don Manuel Ruiz, Guillermo Prieto y León Guzmán; dió un manifiesto a la nación, y esperó con su acostumbrada serenidad el curso de los sucesos.

La batalla que iba a librarse decidiría de la suerte de la revolución.

El general Luis Osollo fué nombrado general en jefe del ejército reaccionario. Por una rara contradicción, este hombre, que era liberal por instinto, y enemigo del clero, se veía hecho ídolo de la reacción; había combatido en Puebla y perdió un brazo en la Magdalena.

No era más que coronel y de improviso se encontraba dirigiendo una batalla.

El general Miguel Miramón, arrojado hasta la imprudencia, valiente y de inspiración del momento en el combate, sin instrucción, pero soldado de instinto, de oficial pasó a general, y eran él y Osollo los dueños de la situación, los solos árbitros de aquel Gobierno.

Zuloaga era un aparato de presidencia y nada más. Era un devoto que no tenía de general más que el uniforme. A nadie le inspiraba ni temor ni respeto.

Era como el cero, el símbolo de la nada.

El partido conservador apoyaba con todas sus fuerzas, lo mismo que el clero, a la reacción.

No obstante, comenzó a iniciarse en el público una división entre las personalidades de Miramón y Osollo.

#### II

El ejército de la coalición estaba desmoralizado.

Los jefes se desconfiaban entre sí, los liberales estaban temerosos, aunque creían en un triunfo definitivo, pero el presente los asustaba.

En Salamanca se había reunido el ejército al mando del general Parrodi, y allí esperaban al enemigo, que al saber que no era agredido, reunió grandes elementos para el combate.

La oficialidad estaba alegre.

Manuel y sus compañeros conversaban en torno de una fogata.

—¡Caracoles!—decía el estudiante—Hace un frío de todos los diablos.

—Mañana nos calentaremos con fuego de cañón—contestó Armando.

—Estos demonios de reaccionarios preparan un ataque tremendo.

—Si nuestros jefes no flaquean, los derrotamos.

—Seguro—dijo Manuel—, pero mucho me temo que pase lo contrario.

—Este señor Doblado se dobla demasiado, y si no me equivoco, nos va a dar un gran bromazo.

—La correremos—dijo Manuel—; al fin hemos de triunfar, salga el sol por donde quiera.

—Yo creo—dijo Armando—que la oleada va a ahogarlo todo, y cuando volvamos a empezar veremos claro; todos se van a la cargada.

Manuel se quedó pensando sobre aquellas palabras dichas al acaso y sin conciencia.

—Sí—dijo—; todos nuestros elementos están viciados; necesitamos «banco y baraja».

—Soy de la misma opinión, Manuel; pero nosotros estaremos fieles hasta el último momento.

—Y en nuestro puesto—contestó Manuel—; al fin si nos matan, otros vendrán a reemplazarnos, ya nadie detiene a las ideas: a los hombres se los puede vencer, pero a ellas nunca.

#### III

—Señor—dijo un oficial, dirigiéndose a Manuel—, a pesar de la orden que hay de que la oficialidad esté acuartelada, el capitán Carlos quiere salir atropellando al centinela.

— Pues, ¡fuego!—gritó Manuel—Ya voy allá.  
Se levantó violentamente, seguido de Armando, y entraron en el cuartel.

—¿Qué pasa?  
Un oficial alemán se encaró con Manuel, que era el jefe, y le dijo:

— Conmigo no puede hablar esa orden; soy oficial.  
— La orden habla con todos. Tenemos cerca el enemigo y estamos sobre las armas.

— Este es un ultraje.

— No; es una orden.

—¿De usted?

— Sí, mía, y usted no tiene que interrogar a sus superiores; preséntese usted arrestado.

— Creía que me iba usted a responder como hombre.

Exaltóse Manuel, y olvidando su posición le dijo:

— Sígame usted.

Se dirigieron al atrio de una capilla que está a la entrada de la población.

— Si usted cree que me inspira miedo, estoy a sus órdenes.

— Nos batiremos a revólver.

— No, porque introduciríamos el alarma en el campamento.

¿Tiene usted espada?

— Aquí está—dijo el alemán.

— Estos dos oficiales serán nuestros testigos.

— Somos soldados.

— Somos caballeros—dijo Manuel, y a la escasa luz de la luna comenzó el duelo.

El alemán tenía mucha serenidad, y Manuel un grande ímpetu.

No hubo resultado en el primer asalto.

Comenzó el segundo con más fuerza; Manuel estaba herido en el brazo.

— Está usted herido—dijo el alemán.

— No importa; puedo sostener la espada.

— Es que estoy enteramente satisfecho.

— Yo no—contestó Manuel—; sigamos.

— Lo satisfago a usted; no he tenido razón.

— Ya no es hora de explicaciones; continuemos.

Armando se interpuso y dijo:

— Manuel, compañero, ustedes no se pertenecen, el enemigo está a la vista y no tienen derecho a comprometer su existencia sino en el campo; ya como hombres de honor han cumplido.

— Mi jefe—dijo el alemán—, aquí está mi mano—y envainó la espada.

— Y aquí está la mía—respondió Manuel—; pero lo voy a manchar de sangre.

El alemán se arrojó en los brazos de Manuel.

— ¡Qué diablos!—dijo el estudiante—¡Si esto pasa todos los días!

— Voy a mi arresto—dijo el alemán.

— Sí—contestó Manuel—; primero es la disciplina.

El alemán se dirigió al cuartel.

— Por poco me mata ese animal; tiene un puño de acero.

— Ha sido todo una tontería.

— Lances de campamento.

## IV

Cuando llegaron a las fogatas, el asistente de Manuel le dijo:

— Señor, ha venido una señora que tiene mucho empeño en hablar con usted.

— Y ¿dónde está?

— Pues ha de volver.

— En el acto que llegue, me avisas.

— Ya tenemos aventura—dijo Armando—; será alguna salamanquina que se ha prendado de ti.

— Buena será ella, desde que viene al campamento.

— Hombre, parece que tú no conoces a las mujeres; si hubieras tratado a mi Rosa, te hubieras convencido de que pueden dar hasta una batalla.

— ¿Y no has tenido noticias de ella?

— No, pero las espero de un momento a otro.

— ¿Y cómo estuvo la escapada del convento?

— Muy sencillo: le envié un cable, lo ató a una canal, y con una serenidad de arquitecto se deslizó hasta poner los pies en las baldosas.

— ¡Qué valor de mujer!

— Valor el mío, que he cargado con ella.

— ¿Y después?

— Pues la llevé a la casita de San Jerónimo, le gustó muchísimo, trabó amistad con Isabel, la novia de «Juan Galinazo».

— ¡Pobre amigo mío!—dijo Manuel.

— La estancuillera es de la misma cuerda que Rosa y se entendieron desde luego.

Esa noche cenamos juntos; yo pensaba quedarme; no tenía donde ir, ni dinero para pagar el hotel.

— Ella accedería gustosa.

— Tan gustosa—dijo Armando—, que luego que se lo indiqué, me largó una bofetada que vi círculos como el «comotro».

— ¡Bribón!—me dijo—¡Eso no dicen los caballeros; yo me he fiado a un hombre decente, no a un canalla!

— Hija mía, Rosa del alma; si yo lo hacía porque tengo frío.

— Pues a dormir a la cocina, junto al rescoldo.

Como un gato casero, me fuí a la cocina, pretextando que me quedaba allí, sólo por cuidarla.

Era aquél un pudor agreste y primitivo que me tenía azorado.

Manuel se echó a reír a carcajadas.

Así seguimos muchos días, merced a la esplendidez de «Juan Gallinazo» que es todo un hombre.

Una noche supo que su padre estaba en agonía.

—¿El ilustre cochero del Viático?

—Sí, también los cocheros mueren.

—Acompáñame—me dijo.

Subimos a un coche, y la dejé en la casa.

Me enteré, después, de aquella defunción, y de que estuvo a punto de ser estafada por el venerable clero; pero no se dejó: era capaz de haber derribado a la Iglesia católica.

Manuel no cesaba de reír.

—Todos los días iba a verme a la casa; como me encontraba tan perdido de ropa, me trajo dos levitas del difunto, dos pares de pantalones y esta capa, que es lo único que uso; porque en cuanto a las levitas, me vienen tan largas y tan estrechas, que ignoro cómo cabría el ilustre cochero, que en paz descanse.

—La ocurrencia es graciosísima—dijo Manuel.

—Lo más chistoso es que, para no desagradarla, un cuarto de hora antes de que llegara, me encajaba la levita, que era azul turquí; porque si yo desairaba al muerto en putrefacción, se venía el mundo abajo.

Luego que me vió Rosa, en aquella figura, le parecí muy bien y me ofreció un frac color de pasa que sólo sacaba su padre en los sacramentos habituales.

Yo le dije que lo guardaría para el momento en que nos casáramos; lo mandé al empeño y no lo recibieron.

Manuel no cesaba de reír.

—Tenía el frac—continuó Armando—unos botones dorados en forma de canasta, que los vendí por separado en una peseta.

—¿Y no te prestó dinero?

—Sí, la noche que nos despedimos me puso en la bolsa un papel lleno de medios nuevos, que había reunido de los baulismos: eran tres pesos cuatro reales; porque ella me creía en fondos y achacaba lo viejo de mi ropa a extravagancias de estudiante. La que me protegía era Isabel, ¡generosa estancuillera! Me dió para uniforme, armas y caballo, todo por orden de «Juan Gallinazo».

—¡Es todo un amigo!—exclamó Manuel, suspirando.

—Isabel es más atrevida que Rosa; al despedirse de Juan, le dijo:

—Si no vienes por mí, yo te voy a buscar; no me asusta el Mezcala, ni las montañas del Peregrino, ni la barraca de los Papagayos; te traigo de una oreja, y en paz todos.

Juan se reía mucho, porque la ha llegado a querer; se porta tan bien...

—Si vieras qué sentimiento hizo esa noche, ¡pobre criatura!—me decía—No tiene en el mundo más que a mí; se ha entregado de tan buena fe, que yo no la abandonaré nunca.

—Y lo cumplirá—dijo Manuel.

## V

El asistente avisó a Manuel que ya estaba ahí la señora que lo buscaba.

Manuel fué a su encuentro y se encontró con Isabel, la estancuillera querida de «Juan Gallinazo».

—¿Isabel!

—Sí, la misma; que vengo en busca de...

—¿De Juan?

—No; de usted.

—Aquí estoy; todo por usted, y cuanto se le ofrezca.

—Le prometí a Eva venir, y ya estoy aquí.

—Gracias, gracias—dijo Manuel, estrechándola a su corazón.

—¿Y dónde posa usted, Isabel?

—En casa de unas amigas.

—Es que mañana va a haber una batalla.

—No importa; tengo miedo por usted, que por lo demás poco importa.

—¿Pero dónde ha conocido usted a Eva?

—¡Toma! En el convento; allí me contó todos sus amores, y cuando usted se marchó la fuí a ver; la vieja me recibió con cara de vinagre, pero yo le dije que era hermana de una cofradía y hasta me dió una limosna.

—Muy bien. y... cuénteme usted todo, todo; quiero saber de Eva.

—Pues está muy triste, supone que usted la ha olvidado.

—¡Nunca!—gritó Manuel—¡Ni después de muerto!

—En cuanto a Carolina, está inconsolable con la pérdida de Mario.

El día que estuve allí, salía un coronel, un soldadote.

—¡Siempre esc hombre!

—Salía tan furioso, que me atropelló, iba ciego y echando rayos y centellas por aquella boca de demonio.

Eva estaba contenta, trazó unas letras en este papel y me lo entregó a escondidas.

—¡Gracias, Isabel!

Tomó el papel, y a la luz de un cerillo leyó: «No me olvides, yo siempre te amo.—Tuya, Eva.—Cuida a nuestra protectora.»

—¡Con el alma!—gritó Manuel, lleno de júbilo.

—Ahora me voy—dijo Isabel.

—¿Necesita usted dinero? Aquí tengo, y mucho.

— Gracias; Juan me ha dejado cuanto pudiera desear.  
 — ¿Pero qué dice Eva? ¿Está bien? ¿Se acuerda de mí?  
 — Sí, hombre, sí; se acuerda y ya me tiene reventada con hablarme de usted, todo el día y a toda hora; ¡vamos!, que está enamorada hasta los tuétanos.  
 — ¿Y su mamá?  
 — Esa no está enamorada de usted.  
 — ¿Y Carolina?  
 — Calle usted, que ha habido un escándalo mayúsculo.  
 — Cuente usted, Isabel, cuente usted.  
 — Pues que ya se averiguó quién era el matador de Mario.  
 — ¿Y quién es?—dijo Manuel, pálido de ira.  
 — El coronel Altúnez.  
 — ¡Rayo de Dios! ¡Siempre ese hombre! Ya lo vengaremos; está en las filas enemigas y mañana tal vez...  
 — Si yo fuera hombre—dijo Isabel—, no se me escapaba: había de llevar a México las orejas.  
 — Isabel, yo tengo miedo; mañana puede ser saqueada la ciudad por el enemigo, en caso de que perdamos, y yo no puedo hacer nada por usted.  
 — Eso me tiene sin cuidado—contestó Isabel—; mire usted este revólver, tiene seis tiros y los sabré aprovechar; manejo la pistola, me ha dado lecciones Juan.  
 Manuel se sonrió.  
 — ¡Estoy desesperado!—exclamó Manuel.  
 — Además—continuó Isabel—, muy temprano corto camino y me pongo fuera de peligro, escriba usted pronto y cuenta arreglada.  
 Manuel sacó su cartera y escribió: «En víspera de un combate, te envío en estos renglones, todos los latidos de mi corazón. No me olvides, que yo tengo de volver y te estrecharé en mis brazos. Tuyo hasta la muerte.»

## VI

Entregó el billete a Isabel, y, dándole un estrecho abrazo, se fué a reunir con Armando, que ya lo esperaba con curiosidad.  
 — ¿Quién diablos es tu desconocida?  
 — No te lo puedes figurar.  
 — Habla, hombre.  
 — Pues ¿quién había de ser tan atrevida de venir al campamento, sino la estanquillera, la de «Juan Gallinazo»?  
 — ¡Cuerpo de Satanás! Estas mujeres son el demonio—exclamó Armando.  
 — ¿Qué noticias me das de Rosa?  
 — Que el día menos pensado viene por el mismo camino; ya sabes que la niña no se tienta el corazón.  
 — Ya lo creo y no ha dejado de pasarme por el magín.  
 — No se parece a Eva, tan tímida.

— Pero no es lo mismo ser hija de un cochero, aunque sea del Viático, que una persona decente.  
 — Tienes razón, pero ella está enamorada de ti.  
 — Y a macha martillo, ¡caracoles!; por mí es capaz, es decir, ha sido capaz, de descolgarse de una altura de cincuenta varas.  
 — Y eso sin contar las bofetadas que te arrimó la noche que creías era de boda.  
 — Todavía me acuerdo de sus manecitas.  
 — Entremos al cuartel, es necesario estar en vela.  
 — Es horrible—dijo Manuel—no tener confianza en la tropa; toda está contaminada por esos malditos.  
 — Me parece que ha llegado la hora de perder.  
 — Así me lo temo—respondió Manuel—. No veo claro; las defecciones están a la orden del día.  
 — Es verdad—dijo Armando—; hemos perdido la brújula. Además, la batalla debía ser en Celaya y nos hemos retirado a Salamanca; esto ha desmoralizado un poco.  
 — Un mucho—dijo Manuel—; como la tropa no comprende la estrategia, cree que replegarse es huir.  
 — Y yo también lo creo—dijo Armando.  
 — Veremos lo que pasa; vamos adentro.  
 Los dos oficiales entraron en el cuartel.

## VII

La noche estaba silenciosa; sólo se oía el grito del centinela por intervalos.  
 Corría un viento helado que arrollaba las nubes, dejando ver la majestad tranquila de la luna.  
 Las estrellas resplandecían y los meteoros recorrían el espacio en encontradas direcciones.  
 El ejército estaba acuartelado; sólo la gran guardia estaba avanzada y los exploradores avanzaban en dirección al enemigo.  
 La ciudad se envolvía en las sombras de la noche.  
 Sólo en unas ventanas se percibía el brillo de un quinqué que arrojaba su luz sobre la acera de enfrente.  
 En una sala espaciosa estaba el general Parrodi hablando con el general Doblado, alma de la coalición.  
 Doblado tenía un gran talento práctico; nunca se hacía ilusiones ni se dejaba llevar por la imaginación.  
 — Señor general Parrodi, ¿a dónde estaremos mañana a estas horas?  
 — Sobre México—contestó el general.  
 Doblado movió la cabeza en son de duda.  
 — ¿No tiene usted fe, señor Doblado?  
 — Estamos solos, nadie nos escucha—dijo Doblado—, podemos hablar con entera franqueza.  
 — Ya lo escucho a usted, señor general—dijo Parrodi.

— Hemos concluido de estudiar nuestro plan—dijo Doblado—; hemos fijado los puntos de la batalla; todo está perfectamente, nada tengo que objetar.

Quedó pensativo algunos momentos y luego continuó:

— Sé, además, que usted es un buen general, valiente y familiarizado con el peligro, pero la situación es la que me espanta.

— Explíquese usted, señor general.

— Pues estamos en el momento terrible de la derrota; necesitamos que acabe la marea para que venga el reflujo: ésa será nuestra hora.

— No comprendo bien.

— Voy a explicarme, señor general.

El señor Comonfort, con ese paso imprudente, al que tanto me opuse, ha comprometido la situación entera. La nación cree que todos los principios proclamados eran un sueño irrealizable, porque hasta los mismos liberales están asustados; no ha habido tiempo de poner en práctica una idea, y no cuentan sino con pocos partidarios.

— Es verdad—murmuró Parrodi.

— La nación ha visto que el mismo autor de la revolución se ha pronunciado contra ella, y esto es desastroso.

— Así lo he comprendido.

— Los Estados que imprudentemente secundaron el Plan de Tacubaya, han vuelto al orden constitucional, y esta vacilación ha sido un detestable ejemplo.

— Se había previsto—dijo Parrodi.

Doblado, continuó:

— Nos batimos para dejar un precedente, pero no porque tengamos fe en el triunfo; pero, por el momento, estamos perdidos, contamos con la enemistad del país, que ve encendida una guerra religiosa, como lo es en efecto, porque el torrente revolucionario nadie lo contiene... Pero el triunfo será el de las ideas, seguro como una solución matemática. El país no puede vivir en este letargo, necesita despertar al progreso, fundirse en una nueva civilización.

— Esa, ésa es mi idea, señor general.

— Estamos simplemente en una crisis, en que aparentemente todo lo vamos a perder; pero nuestro es el porvenir, no es inútil esta sangre que se derrama, nosotros saldremos de esta noche que nos envuelve, esto dice la historia.

Los dos quedaron hundidos en una profunda cavilación.

— ¡Pero mañana!—gritó Parrodi.

— Señor general—dijo Doblado—, mañana perdemos la batalla.

— ¡Pero mi nombre!—exclamó Parrodi.

— Ese no perderá, señor general.

— Pero yo debo pelear hasta el último trance.

— Y yo lo acompaño a usted; lucharemos, pero con la convicción de que no podemos oponernos a los sucesos.

— ¡Esto es horrible!—exclamó Parrodi.

— Señor general Doblado, estamos en presencia de unas circunstancias excepcionales, la avalancha nos arrolla, es necesario someternos al destino, del que nadie puede huir.

— Señor Doblado, usted no tiene fe, no puede usted combatir.

— No me faltará entereza, no traspantaré mi espíritu, no desmoralizaré a mis tropas, pero voy decepcionado, profundamente decepcionado.

— Señor general Doblado, si triunfásemos mañana, todo ese edificio quimérico vendría por tierra.

— Es verdad, pero no triunfaremos.

— Tenemos un vasto terreno para continuar la lucha.

— Es verdad, y seguiremos en el empeño, pero, en una palabra, es necesario que todo concluya, que todo termine, para reconquistarnos.

Se necesitan también hombres nuevos que den vida a la revolución, que inyecten sangre virgen en las arterias de los combatientes, y esos hombres aparecerán; los engendra la revolución, y ellos saldrán a la luz del sol.

— ¡Pero mañana!—volvió a decir el general.

Doblado ya no contestó.

Se oyeron en la puerta tres toquidos dados con discreción.

Levantóse Doblado, y tendiendo la mano al general Parrodi, le dijo:

— Dentro de unas horas, sobre el campo, señor general.

— Sobre el campo—respondió Parrodi.

Luego que salió Doblado, Parrodi se adelantó a la puerta donde habían llamado, abrió y dijo reconociendo a una persona:

— Pase usted, señor coronel Calderón.

### VIII

El coronel Calderón era el tipo de los caballeros, el soldado pundonoroso y valiente, el hombre más firme en sus ideas.

— Mi general—dijo—, vengo a recibir órdenes.

— Aquí tiene usted mi plan de batalla, puede usted ver su situación.

— La estudiaré con cuidado, mi general.

— ¿Y qué tal esas caballerías?

— Perfectamente, mi general; están listas para la batalla.

— ¿Y no desconfía usted?

El coronel guardó silencio.

— Conteste usted, coronel.

— Señor general, yo he perdido la fe en todo; estoy viendo tantas infamias, que creo que la traición nos aprisiona por todas partes. El honor del soldado, la fe del caballero, la dignidad de los hombres, se desvanecen como el humo de una descarga; estoy verdaderamente azorado. Los que ayer juraron banderas, hoy las despedazan con el mayor cinismo, re-

niegan de sus ideas, se pasan al enemigo y son nuestros mayores adversarios. Delante de este espectáculo, vacilo y dudo, no acierto a nada, pero me reconcentro en mí mismo, y me digo: ¡A cumplir con mi deber, a morir!

— Bien, coronel—dijo Parrodi, abrazándolo.

— Yo no entiendo más política, señor general, que el soldado debe ser fiel a sus juramentos. Los jefes están dando el ejemplo, ellos juegan con las multitudes armadas, y las colocan a su antojo como en un tablero, la inmoralidad cunde, ¡hay premio para la traición y una carcajada para los hombres honrados!

— Es verdad, es verdad; pero vendrá una reacción en que se haga justicia, y el desprecio y el vilipendio caerán sobre esos hombres, sin vergüenza y sin delicadeza, que van tras del éxito, rebajando las divisas que la nación ha puesto sobre sus hombros.

— Así lo espero, señor general, mientras el país se hunde en un abismo de sangre que ya nos salpica el rostro.

— Así se conquista la libertad, señor coronel; ya verá usted más tarde formarse un ejército de hombres honrados, incapaces de una perfidia.

— Ese día, señor general, será un día dichoso para la patria; entonces relegaremos al desprecio a esos miserables que huyen y desertan más por cobardía que por otra cosa.

Los mismos reaccionarios los verían con desdén, porque comprenden que los que han roto y despedazado sus juramentos y pisoteado sus estandartes, mañana, si se eclipsa su estrella, serán los primeros en abandonarlos y en traicionarlos.

— Entretanto—dijo Parrodi—es necesario que nosotros demos el ejemplo de lealtad y subordinación.

— Cumpliré como soldado, mi general.

— Al amanecer, señor coronel.

— Al amanecer habré ocupado mis posiciones.

Salió el coronel y Parrodi se tiró en una silla y apoyó la cabeza entre las manos.

Levantóse después y paseándose por el aposento, murmuraba:

— Nadie tiene fe en esta lucha; me han desmoralizado. Pero yo soy el responsable ante la nación; ésta es una batalla decisiva... ¡Oh, si tuviera la fortuna de morir!

Comenzaba a difundirse la primera luz del crepúsculo; las estrellas parecían esconderse en el azul del cielo; se oía el canto del gallo, precursor de la mañana.

Sonó el toque del alba y respondieron los clarines y los tambores.

— Ya es hora—dijo Parrodi, se colgó al cuello su antejo y se ciñó la espada.

Relinchaba en el patio su corcel, y se oía hablar a sus ayudantes.

Salió, saludó cortésmente a los oficiales de su Estado Mayor, montó en su caballo, y salió para el campo de batalla.

## IX

Amanecía; los batallones desfilaban en silencio, con sus jefes a la cabeza; se escuchaba el pesado rodar de las cureñas y de los carros y el trote de las caballerías.

Aquel ejército tomaba posiciones; porque el enemigo no dilatada en aparecer.

El general Parrodi recorrió al galope las líneas; daba órdenes; era el alma de su campo.

Los ayudantes corrían en todas direcciones y todo seguía perfectamente y en toda regla.

El clarín de órdenes caminaba al lado del general en jefe, y el agudo grito se escuchaba en toda la línea, que parecía repetir el eco, arrojándolo a distancia.

Alzóse a lo lejos una polvareda, como remolinos de huracán, levantándose hasta el cielo.

Caminaba la nube y avanzaba como los penachos de humo que despide la máquina de la locomotora.

Los clarines tocaron «enemigo al frente».

Como si aquel ejército tuviera una sola pupila, su mirada se dirigió hacia la nube que levantaba en su paso el enemigo.

La emoción es igual en los campos combatientes.

La voz de «allí están», que circula como chispa eléctrica, enfría la sangre en las arterias, hace palpar el corazón y temblar los pulsos.

La agitación nerviosa palpita en todos los organismos; no hay un rostro en su color.

Todos se aprestan delante de la muerte probable.

La reacción es el ardor salvaje; tiene su momento de transformación. Después todo cambia; la emoción se convierte en coraje.

Hay un reto al destino.

Un desdén a la sangre, un desafío a lo desconocido.

## X

El cuerpo del ejército reaccionario estaba a las órdenes del general Luis Osollo.

La primera división, al mando de Casanova, y la segunda, al de Liceaga.

Mejía mandaba las caballerías.

Todas aquellas fuerzas que venían por distintos rumbos, convergieron a Salamanca, donde esperaba el ejército de la Coalición.

La segunda división se dirigió a la Hacienda de Cerro Gordo. La primera división se dividió en dos columnas a una misma altura, apoyados sus flancos por las caballerías, y mien-

tras éstas, dentro del bosque, iban flanqueando al enemigo.

La división Liceaga se concentró sobre el parque general. No ocupando el enemigo la posición de Cerro Gordo, las caballerías de la Coalición avanzaron el flanco derecho.

El enemigo se detuvo frente a Salamanca y allí desplegó Miramón en batalla, dirigiendo las baterías sobre Cerro Gordo.

Después de un vivo cañoneo, las caballerías de la Coalición se replegaron a Salamanca, y el ejército se puso en expectativa sobre las operaciones del enemigo.

Parrodi no queriendo perder el campo donde había llamado a sus contrarios, esperó a pie firme.

Jugó la artillería toda la tarde sin que se observase movimiento alguno en el ejército de la reacción.

En la madrugada del día 10, Osollo se dirigió sobre Cerro Gordo, ordenando a Miramón y Mejía, que al observar el empuje de la segunda división, entraran en combate.

En la llanura que media entre aquella posición y Salamanca, desplegó en batalla la segunda división.

Las caballerías de la plaza tomaron orden de batalla al frente del enemigo, que se extendió a la izquierda sobre una mancha del monte.

Al abrirse el fuego, el coronel Calderón lanzó sus fuerzas sobre la línea con tal ímpetu, que desconcertó por completo al enemigo.

Entonces toda la artillería concentrada hizo fuego a metralla sobre la caballería, que peleaba tan bravamente.

Una bala rompió el valiente pecho del coronel Calderón, que era el alma de aquella carga.

Un torrente de sangre se desbordó, y el coronel cayó exánime entre el polvo de aquella lid tan encarnizada.

La batalla se hizo general, pero los dragones viendo muerto a su coronel y arrollados por el fuego mortífero de los cañones, se replegaron en desorden sobre la línea de combate y la descompusieron.

La reacción aprovechó el momento, y la tercera división cargó con ímpetu desesperado, arrollando la primera división de la plaza, que abandonó la artillería y se puso en dispersión.

Entonces el general Parrodi viéndose perdido, ordenó la retirada, que se verificó en tal orden como no se esperaba, y tomó con una división el camino, rumbo a Jalisco.

Doblado, conservando intactas sus fuerzas, se salió del campo en un movimiento perfectamente estratégico, por el camino de Guanajuato, en tanto que otras fuerzas llevaban rumbo a Michoacán.

La derrota del ejército liberal fué más bien una segregación frente al enemigo, resultado de las mutuas desconfianzas que entre los jefes reinaban, y la conducta equívoca de Doblado.

El elemento militar simpatizaba con la reacción y no podía amalgamar con los soldados de Ayutla.

Era preciso deslindarse de una vez y recontar a los batalladores de la libertad.

Aquellas fuerzas que se dispersaban por distintos rumbos, pregonaban que la revolución pasaría como el huracán por todas las zonas de la República, que el país estaba incendiado, y que la lucha no tendría más término que el triunfo de la Constitución.

Doblado, siguiendo su idea de que era necesario acabar con todo para comenzar de nuevo, llegó a Romita, y desde allí capituló con el enemigo.

El general Osollo mandó recoger el cadáver del coronel Calderón, dispensándole toda la justicia al soldado muerto heroicamente en el campo de batalla, y le mandó dar sepultura con todos los honores de ordenanza.

### CAPITULO III

#### SIGUE EL DESASTRE

##### I

Manuel y Armando fueron llamados como ayudantes por el coronel Calderón, en la víspera de la batalla.

—No nos separemos—decía Manuel—, defendámonos; porque la carga va a ser terrible.

—Estoy a tu lado—dijo Armando—; moriremos juntos.

—¿Quién piensa en eso?—exclamó Manuel.

—Es que tengo un mal presentimiento.

—No le hagas caso al corazón; siempre nos engaña—respondió Manuel.

—He tenido un sueño espantoso: veía salir un borbotón de sangre de mi pecho; junto a mí estaba Rosa.

—Sueños, y nada más que sueños—dijo Manuel—. Como ahora empiezas tu carrera de soldado, tus impresiones no pueden ser otras.

—Me tengo miedo—dijo Armando.

—Pues olvida; estamos bien despiertos; no es hora de soñar.

—Es que estoy viendo...

—¡Que calles, hombre!—interrumpió Manuel—Ten ánimo, serénate, que ya está el enemigo al frente.

Piafaban los corceles como si estuviesen impacientes de entrar a la batalla.

Sonó el clarín y al mismo tiempo la voz del coronel.

—¡Soldados, vais a luchar por la patria y por la libertad: no desmayéis en vuestro valor; cuento en el ímpetu con que siempre habéis peleado; aquí está nuestra bandera! ¡Viva la Constitución!

Arrojóse al frente de sus soldados y se envolvió con el enemigo en una nube de polvo y de muerte. Gritos, maldiciones,



tras éstas, dentro del bosque, iban flanqueando al enemigo.

La división Liceaga se concentró sobre el parque general. No ocupando el enemigo la posición de Cerro Gordo, las caballerías de la Coalición avanzaron el flanco derecho.

El enemigo se detuvo frente a Salamanca y allí desplegó Miramón en batalla, dirigiendo las baterías sobre Cerro Gordo.

Después de un vivo cañoneo, las caballerías de la Coalición se replegaron a Salamanca, y el ejército se puso en expectativa sobre las operaciones del enemigo.

Parrodi no queriendo perder el campo donde había llamado a sus contrarios, esperó a pie firme.

Jugó la artillería toda la tarde sin que se observase movimiento alguno en el ejército de la reacción.

En la madrugada del día 10, Osollo se dirigió sobre Cerro Gordo, ordenando a Miramón y Mejía, que al observar el empuje de la segunda división, entraran en combate.

En la llanura que media entre aquella posición y Salamanca, desplegó en batalla la segunda división.

Las caballerías de la plaza tomaron orden de batalla al frente del enemigo, que se extendió a la izquierda sobre una mancha del monte.

Al abrirse el fuego, el coronel Calderón lanzó sus fuerzas sobre la línea con tal ímpetu, que desconcertó por completo al enemigo.

Entonces toda la artillería concentrada hizo fuego a metralla sobre la caballería, que peleaba tan bravamente.

Una bala rompió el valiente pecho del coronel Calderón, que era el alma de aquella carga.

Un torrente de sangre se desbordó, y el coronel cayó exánime entre el polvo de aquella lid tan encarnizada.

La batalla se hizo general, pero los dragones viendo muerto a su coronel y arrollados por el fuego mortífero de los cañones, se replegaron en desorden sobre la línea de combate y la descompusieron.

La reacción aprovechó el momento, y la tercera división cargó con ímpetu desesperado, arrollando la primera división de la plaza, que abandonó la artillería y se puso en dispersión.

Entonces el general Parrodi viéndose perdido, ordenó la retirada, que se verificó en tal orden como no se esperaba, y tomó con una división el camino, rumbo a Jalisco.

Doblado, conservando intactas sus fuerzas, se salió del campo en un movimiento perfectamente estratégico, por el camino de Guanajuato, en tanto que otras fuerzas llevaban rumbo a Michoacán.

La derrota del ejército liberal fué más bien una segregación frente al enemigo, resultado de las mutuas desconfianzas que entre los jefes reinaban, y la conducta equívoca de Doblado.

El elemento militar simpatizaba con la reacción y no podía amalgamar con los soldados de Ayutla.

Era preciso deslindarse de una vez y recontar a los batalladores de la libertad.

Aquellas fuerzas que se dispersaban por distintos rumbos, pregonaban que la revolución pasaría como el huracán por todas las zonas de la República, que el país estaba incendiado, y que la lucha no tendría más término que el triunfo de la Constitución.

Doblado, siguiendo su idea de que era necesario acabar con todo para comenzar de nuevo, llegó a Romita, y desde allí capituló con el enemigo.

El general Osollo mandó recoger el cadáver del coronel Calderón, dispensándole toda la justicia al soldado muerto heroicamente en el campo de batalla, y le mandó dar sepultura con todos los honores de ordenanza.

### CAPITULO III

#### SIGUE EL DESASTRE

##### I

Manuel y Armando fueron llamados como ayudantes por el coronel Calderón, en la víspera de la batalla.

—No nos separemos—decía Manuel—, defendámonos; porque la carga va a ser terrible.

—Estoy a tu lado—dijo Armando—; moriremos juntos.

—¿Quién piensa en eso?—exclamó Manuel.

—Es que tengo un mal presentimiento.

—No le hagas caso al corazón; siempre nos engaña—respondió Manuel.

—He tenido un sueño espantoso: veía salir un borbotón de sangre de mi pecho; junto a mí estaba Rosa.

—Sueños, y nada más que sueños—dijo Manuel—. Como ahora empiezas tu carrera de soldado, tus impresiones no pueden ser otras.

—Me tengo miedo—dijo Armando.

—Pues olvida; estamos bien despiertos; no es hora de soñar.

—Es que estoy viendo...

—¡Que calles, hombre!—interrumpió Manuel—Ten ánimo, serénate, que ya está el enemigo al frente.

Piafaban los corceles como si estuviesen impacientes de entrar a la batalla.

Sonó el clarín y al mismo tiempo la voz del coronel.

—¡Soldados, vais a luchar por la patria y por la libertad: no desmayéis en vuestro valor; cuento en el ímpetu con que siempre habéis peleado; aquí está nuestra bandera! ¡Viva la Constitución!

Arrojóse al frente de sus soldados y se envolvió con el enemigo en una nube de polvo y de muerte. Gritos, maldiciones,

ayes de dolor, todo se mezclaba al fuego de los tiros a quema ropa y al estruendo espantoso de la artillería. No podía distinguirse al vencido del vencedor.

Repentinamente se oyó un grito ronco y terrible.

Manuel tendió el brazo y sostuvo al coronel agonizante.

Corrió Armando en ayuda de Manuel, cuando una bala le atravesó el corazón, y se derrumbó del caballo azotando su cuerpo contra la arena.

Manuel lanzó un grito de dolor.

En aquellos momentos el combate era rudo. Manuel, a pie, sosteniendo el cadáver del coronel y con la espada en la mano, apenas podía luchar con los que le asediaban.

Abriéndose paso, montado en su brioso caballo, llegó Carlos, el alemán que en la víspera se había batido con Manuel, y tomándolo con su brazo por la cintura, con una fuerza de gigante, lo levantó en peso, y a todo escape lo sacó del campo de batalla.

—Ayer quería usted matarme, y hoy me salva la existencia

—dijo Manuel casi sofocado por la presión y la carrera.

El alemán le estrechó la mano.

—Ahora—dijo Carlos—, aquí hay un caballo suelto. Vámonos, que ya todas las fuerzas van de retirada.

—Vámonos—dijo Manuel—. La caballería nos viene alcanzando.

Y a todo escape siguieron la marcha.

## II

El cadáver del coronel, como hemos dicho, fué recogido por el enemigo.

Como la caballería pasaba a todo escape, pisotearon terriblemente el cadáver de Armando.

Llegaron las soldaderas y lo desnudaron.

Su cuerpo parecía de marfil; conservaba en su rostro una impresión de dolor inmenso.

La herida estaba abierta, la sangre estaba congelada.

Las manos sobre el pecho con los dedos crispados como si quisiera contener el torrente.

Sobre el pecho había un escapulario lleno de sangre, única prenda que no había sido robada.

Ya al pardear la tarde y cuando todo el ejército acampaba en la ciudad, cuando ya sólo los heridos arrastrándose y los muertos quedaban sobre el campo, salieron de Salamanca unas cuantas camillas que comenzaron aquel terrible acarreo de heridos.

El viento barría los papeles de los cartuchos que azotaban sobre la frente de los muertos.

Se oían profundos gemidos e imprecaciones.

Las soldaderas llevaban agua para calmar la sed devoradora de los heridos.

Junto a un soldado muerto jugaba una niña, metiendo los dedos en la herida del pecho, y los sacaba llenos de sangre.

La niña se reía.

Una mujer que estaba junto al cadáver sollozaba espantosamente, teniendo la cara cubierta con el rebozo.

—Quítese—le dijeron unos soldados—, que ya vamos a amontonar a los muertos.

La mujer se levantó, tomó a la niña en brazos, la tapó con un harapo, porque hacía mucho aire, y siguió a los camilleros, que iban cantando y diciendo bromas.

En una zanja echaron a los muertos, pisotearon y se marcharon silbando canciones populares.

Ya había anochecido; la luna alumbraba el campo de la catástrofe, con su misma luz, como la víspera, impasible y serena.

No habían podido sepultarse todos los muertos, ni llevarse a todos los heridos. Estos pasarían allí la noche, se morirían tal vez; nada importaba.

Había un mal servicio de hospital.

No se empleaban anestésicos y las operaciones se sufrían en entero juicio.

Muchos morían sólo del dolor.

Había allí un soldado con las piernas hechas trizas por una bala de cañón.

—¡Mátenme, por compasión!—gritaba—¡Mátenme!

Otro herido que estaba a su lado, cansado ya de esas lamentaciones, tomó una bayoneta que estaba tirada y arrastrándose penosamente llegó a donde estaba su compañero.

—¡Máteme, amigo!—gritó el soldado—¡Si al fin me he de morir!

El compañero, como quien cumple con un deber de caridad, le traspasó el corazón con la bayoneta.

—Ya dejó de padecer—murmuró.

Le registró las bolsas donde guardaba su sueldo de la mañana, le quitó un pañuelo que llevaba al cuello y se acostó tranquilamente junto a él, esperando el turno, para que lo llevaran al hospital.

## III

Llegó al campo una mujer cubierta con un manto negro y provista de una linterna sorda.

Atravesaba entre los muertos y heridos, alumbrándoles el rostro y deteniéndose a reconocerlos.

La seguían unos hombres llevando una camilla.

Después de buscar con ahinco, tropezó con un cadáver.

Arrojó la luz sobre el muerto, y dijo:

—Aquí está.

Como el cuerpo estaba descubierto, sintió rubor, y dando

una sábana que llevaba bajo el manto, dijo a uno de los camilleros:

—Envuelva ese cadáver.

Los camilleros verificaron la operación, y lo echaron en la camilla.

—¡No con tanta brutalidad, animales!—exclamó la mujer.

—Si ya no siente—dijeron riéndose los hombres—; ya se atirantó.

—Es un oficial—dijo la señora.

—Eso es otra cosa.

—Ahora, síganme.

Los camilleros obedecieron.

Se entraron en la ciudad, y, en uno de los suburbios de Salamanca, y en una pequeña casa, dejaron el cadáver.

La señora le dió un duro a cada uno, y se marcharon.

Era Isabel, a quien una soldadera le dijo que allí estaba muerto un oficial decente; y dando las señas de Armando, creyó fielmente que era él, y se decidió a buscarle.

Luego que estuvo en la casa, lo lavó perfectamente, lo envolvió en la sábana, le encendió dos cirios y lo veló, esperando que amaneciera.

Salió temprano, compró un ataúd y encerró al muerto.

En seguida se dirigió al Cuartel General y preguntó por el general Osollo.

La introdujeron. El general estaba tomando una taza de café.

—¿Qué se ofrece, señora?—preguntó el general con esa llaneza de soldado.

—Deseaba—dijo Isabel—que me permitiera usted llevar el cadáver de Armando, un oficial que mataron ayer en la batalla.

—No, señora; ese cadáver nos pertenece y debe ser enterrado con todos.

—Ese es el favor.

—Pues no puedo hacerlo, y váyase usted de aquí, que tengo ocupaciones preferentes. ¡Demonio! ¡Cargar con un muerto hasta México!...

Entonces Isabel se tiró el velo hacia atrás, y le dijo:

—¿Me conoce usted, señor general?

—No conozco a usted, señora.

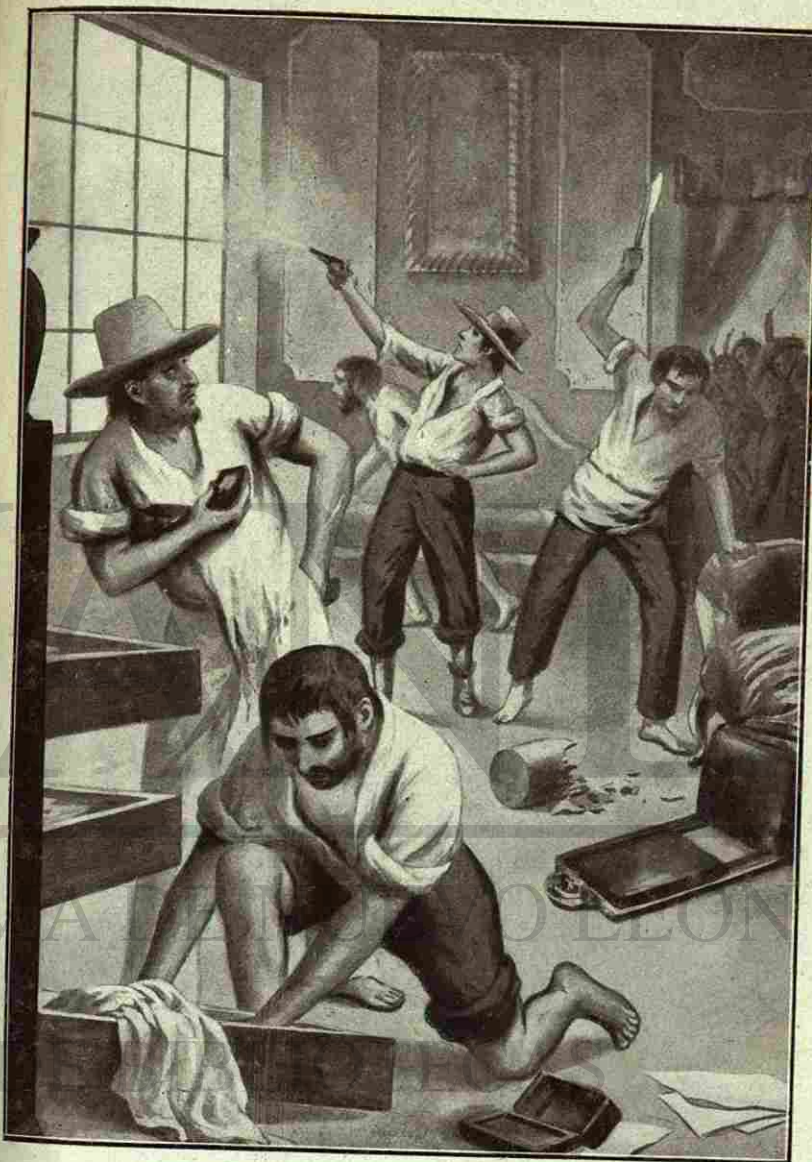
—Pronto se borran las fisonomías—dijo Isabel—. Hace un poco más de un año, cuando cayó usted herido en la Magdalena, yo lo levanté, como a este muchacho, yo estuve en la amputación de ese brazo, yo...

—¡Perdone usted mil veces!—gritó Osollo—Ya, ya la recuerdo a usted... Perdóneme.

—Me voy, señor general, nada pido.

Poniéndose el manto a la cabeza, salió del Cuartel General. Osollo tenía un gran corazón.

Diéronse las órdenes correspondientes para que se dejara



Aquel palacio tan suntuoso, fué saqueado por los presidiarios.

(Pág. 201)

libre el tránsito a aquel cortejo fúnebre; se previno que una escolta lo custodiara hasta la capital, y que no se permitiera hacer gasto alguno a la señora.

Envió una carta a Isabel, dándole amplias satisfacciones y rogándole que olvidara aquella ingratitud.

En la misma tarde, salió la querida de «Juan Gallinazo», rumbo a México, donde llegó después de seis días, con el cadáver en plena descomposición.

En la garita detuvieron el carro y la autoridad previno que se verificara en el acto la inhumación.

En un nicho del Panteón de San Fernando fué colocado el cadáver.

## IV

Corrió Isabel a la casa de Rosa, a quien no le había participado su viaje a Salamanca.

Rosa estaba escribiendo a Armando y tenía delante una carta que acababa de recibir.

—¿Qué te pasa?—dijo Rosa, viendo entrar a la estancuillera.

—Nada; estoy alarmada, porque han venido muy malas noticias de la revolución.

Rosa se puso a temblar, no obstante su carácter varonil.

—Yo no sé—continuó Isabel—, pero corren rumores siniestros.

—¡Habla, por Dios!—gritó Rosa.

—Pues... el nombre de Armando corre de boca en boca.

—¿Y qué dicen?

—Que parece... que... lo han encontrado entre los muertos.

Rosa se llevó las manos a la cabeza y tiró de sus cabellos.

—¡Pero eso no puede ser!... No, si yo tengo carta del 8.

—¡Pero el 10 fué la batalla!

Rosa enmudeció, mordiéndose los labios hasta sangrarlos, y sus ojos se revolvían terribles en sus órbitas.

—¿Y cómo saber la verdad?

—Rosa, yo vengo del campo de Salamanca.

—¿Tú?... ¿Tú?... Luego es verdad...

—¡Sí, es verdad!... Yo le he recogido del suelo; sobre su cuello tenía este escapulario.

Isabel entregó a Rosa aquella prenda ensangrentada.

Rosa la tomó precipitadamente, la rasgó y exclamó desesperada:

—¡Sí, sí, era él; aquí está mi retrato!

Esa era la reliquia que el oficial llevaba al cuello, y que no había podido preservarlo de la muerte.

—Pero yo le he recogido—dijo Isabel—, y hoy mismo le he sepultado en San Fernando.

Rosa tendió la mano a su amiga.

— Oyeme—le dijo—: tú y yo, tenemos un temple de acero, somos capaces de todo.

— Sí, de todo—dijo Isabel.

— Pon la mano en mi corazón... Ya está quieto; está en su hora.

Isabel se asustó.

— La boca del infierno es muda—continuó Rosa—; nadie sabe lo que hay dentro.

— ¡Rosa!—exclamó Isabel.

— Calla; en el fondo de ese abismo está la venganza. ¡Esa alta frente que se ha ceñido los laureles de Salamanca, caerá al impulso de un rayo fulminado por mi mano!

— ¿Qué dices, Rosa? ¡Por Dios!...

— Desde hoy, ni una palabra. Yo laboro en el silencio; tengo el demonio dentro del pecho; él me inspira.

— Pero, ¿qué quieres?

— Nada y todo, ya verás: donde no han alcanzado las balas, llegará el poder de mi venganza; yo llevaré el espanto y la desesperación al seno de nuestros enemigos.

Isabel contemplaba con asombro a su amiga.

— ¡Ya, ya verás: en medio del festín de la victoria, cuando todo sea goce y regocijo, cuando estén enfloradas las puertas del porvenir, yo lanzaré la tempestad; soy invulnerable!

— Pero...

— Vete. Si te necesito, te avisaré, y si no..., ¡ya escucharás el alarido de espanto!... Este escapulario bautizado con la sangre de Armando, será el amuleto que me ampare... ¡Ya estoy sobre la huella; el triunfo es mío! ¡Vete!

— ¡Está loca esta mujer!—exclamó Isabel, y salió del aposento.

## V

El Presidente legítimo de la República, Benito Juárez, para dar más amplitudes al campo de la guerra, había instalado su Gobierno en Guadalajara.

Al partir de allí el general Parrodi, había dejado organizada una fuerza de setecientos hombres, fiando el mando del 5.º de línea al teniente coronel Antonio Landa, y la Guardia Nacional al insigne patriota Cruz Aedo, y al no menos, Contreras Medellín, Prefecto del Cantón.

El Gobierno recibía continuos avisos de que Landa estaba en connivencia con la reacción; pero el acreditado liberal Silverio Núñez, protestaba, bajo su palabra de honor, contra aquellas denuncias.

El señor Juárez y sus ministros habían ido a tomar baños a los Colomos, a unas dos leguas de la ciudad.

Llegó un hombre a todo escape al Palacio, preguntando por el Presidente.

Landa detuvo al emisario.

— ¿Qué pasa?—le dijo con ansiedad.

— No sé—dijo Manuel, que era el que traía los pliegos para el Gobierno.

— ¿De dónde viene usted?—siguió preguntando Landa.

— De Guanajuato.

— ¿Y no ha habido todavía encuentro con las fuerzas del Gobierno?

— No lo sé; algo se decía a mi salida.

— Usted no dice la verdad.

— No sé mentir—respondió Manuel algo turbado.

— Usted trae alguna mala noticia, no puede usted ocultarlo.

Manuel, esquivando la conversación, le preguntó:

— ¿Dónde está el señor Presidente?

— A dos leguas, en unos baños de Colomos.

— Pues con permiso de usted, compañero.

Y sin esperar respuesta, resbaló las espuelas por los ijares de su caballo y salió a todo escape de la ciudad.

— Han derrotado al ejército de la Coalición—murmuró Landa. Y torciendo caminos y revolviendo calles, entró en una casa apartada de la ciudad.

— ¿Qué pasa, señor teniente coronel?—le preguntó un clérigo que salió a su encuentro.

— Que estoy seguro de que Parrodi ha perdido la batalla.

— ¡Bravísimo!—gritó el clérigo— ¡Hemos triunfado! ¡Hemos triunfado!

— Así lo creo.

— Pase usted, allí están los amigos.

Entró Landa a una pieza donde había dos frailes y otros personajes de la policía clerical.

— Señores—dijo el clérigo restregándose las manos—, buena noticia, noticia soberbia: Parrodi está derrotado.

— ¡Alabemos a María Santísima!—dijo un fraile.

— ¡Sea eternamente bendita!—contestó el otro.

Todos se pararon impacientes.

— Cuento usted, cuente—dijo el clérigo.

— Señores—dijo Landa—, es una suposición nada más, con visos de certeza. Acaba de llegar un teniente coronel con pliegos para el Presidente, y no ha querido decirme nada; si fueran buenas noticias, ya se estaría repicando.

— Es verdad, es verdad—exclamaron todos.

— El emisario salió a todo escape para los baños; dentro de dos horas todo se sabrá.

— Bien, esperemos—dijo un fraile

El clérigo le interrumpió:

— No, señor; pensemos en llevar adelante nuestro plan. Aquí está el nudo gordiano; resolvamos la situación en un momento.

— Si es cierto lo que yo me figuro, no tengo inconveniente en realizar nuestra combinación.

— Además de su altísima importancia decisiva para nuestra causa, es muy fácil de ejecutarse.

— Es verdad—contestó Landa—; mi batallón de la guardia de Palacio, es la fuerza más bien organizada; la Guardia Nacional es poca cosa.

— Sí, sí—dijo un fraile—; se apodera usted de Juárez y de los ministros, y se los entregamos maniatados a nuestro Gobierno.

— Pueden surgir algunas dificultades, pero aprovechando el momento de la desmoralización que produzca la noticia de la derrota, el camino se allana; además, tengo hablada yo a mi oficialidad.

— Creo—dijo el clérigo—que necesitará usted dinero.

— Urgentemente—respondió Landa.

El clérigo se dirigió a una caja, apartó sus sotanas, y del fondo sacó unos cartuchos de onzas de oro.

— Ahí tiene usted seiscientas onzas, y si necesita usted más, pida cuanto quiera.

Recibir un puñado de oro por entregar al Presidente de la República, era menos que los «treinta dineros» de Judas.

— Nosotros—dijo un fraile—domaremos al pueblo, que acudirá en un momento oportuno.

— Muy bien—dijo Landa—. Me voy, porque el señor Juárez debe llegar de un momento a otro.

Y saludando a aquella turba de conspiradores, se alejó de la casa con más precauciones que cuando entró en ella.

— ¡Miserables soldados!—dijo el clérigo—Son nuestros viles instrumentos; por unas cuantas monedas son capaces de traicionarse ellos mismos.

— Avisemos al señor obispo; la noticia va a caer como bomba; al fin triunfaremos y el golpe será tremendo.

Disolvióse la reunión y corrieron los frailes al obispado a poner en conocimiento del primer revolucionario la estupenda noticia de la derrota de Parrodi, general en jefe del ejército de la Coalición.

El señor Juárez y sus amigos habían terminado su baño, cuando Manuel llegó cubierto de sudor y su caballo reventando de cansancio por la velocidad de la carrera.

— ¡Manuel!—gritó Guillermo Prieto—¿Qué traes de nuevo?

— Estos pliegos para el señor Presidente.

El señor Juárez abrió el cartapacio con entera serenidad. Leyó, y su semblante nada dijo. Aquel hombre era como el Océano: mudo, callado, silencioso; pero guardando en el fondo las tempestades.

Pasó los pliegos al señor Ocampo; Prieto se inclinó para leer a su vez.

Todos enmudecieron.

El señor Juárez, dirigiéndose a Manuel le dijo:

— Y usted, joven, ¿ha estado en la batalla?

— Sí, señor Presidente.

— ¿Y qué ha pasado?

— Señor, si el general Doblado no se retira, ganamos la batalla.

— ¡Siempre Doblado!—dijo Ocampo.

— En el camino supe que había capitulado en Romita, entregando toda su fuerza. Mi general Parrodi salvó la división, y ya viene camino para acá; las otras fuerzas van para Michoacán.

— Muy bien.

— ¿Y nuestros amigos?—preguntó Guillermo Prieto.

— Señor—dijo Manuel, con las lágrimas en los ojos—, mataron al coronel Calderón.

— ¡A Pepe!—exclamó Guillermo, y con el faldón de su levita se limpió las lágrimas que corrían en abundancia.

— ¡Era un gran soldado!—dijo Manuel—Al frente de la caballería dió la carga y un casco de metralla le vació el pecho.

— Usted se quedará con nosotros—dijo el señor Juárez.

— Estoy a la orden del señor Presidente—contestó Manuel.

Subieron al coche el señor Juárez y sus ministros, y se dirigieron a la ciudad.

Esta noticia circulaba de boca en boca y de secreto en secreto.

El señor Juárez dijo al señor Ocampo:

— Publique usted la noticia de la derrota de nuestro ejército.

Entró Contreras Medellín, Prefecto del cantón, a la sala donde el señor Juárez hablaba con sus ministros.

— Señor Presidente—le dijo—, hay una grande agitación en la ciudad; pero eso no importa; es el efecto de la noticia. Lo que hay de grave, es que sé, a no dudarlo, que el teniente coronel Antonio Landa se pronuncia esta misma noche, y que es necesario destituirlo inmediatamente.

— Mañana al relevar las guardias quedará destituido—dijo Ocampo.

— Como usted lo disponga, señor ministro—dijo Contreras Medellín.

— Tome usted alguna providencia para esta noche.

— Voy a enviar cincuenta hombres, que se estacionarán en los corredores de Palacio, a las órdenes de Casimiro Pérez Verdía, en quien tengo una gran confianza.

Entró al salón el general Silverio Núñez, y se enteró de lo que pasaba.

— Señor Presidente—dijo el bravo y apuesto joven—, se insiste en una especie enteramente falsa; Landa es incapaz de una traición.

— Señor general—contestó Contreras Medellín—, lo sé de una manera enteramente cierta.

— Pues yo deseo—dijo Núñez—que esperemos a mañana, porque una destitución violenta puede motivar un escándalo.

—Así está ordenado, señor general.

—Nosotros—dijo Núñez—, a velar a nuestros cuarteles. Aquel movimiento no fué desconocido para Landa, que aplazó sus planes para el día siguiente.

En la noche ordenó a sus soldados que debían dar la guardia en Palacio, el movimiento que habían de hacer ya en combinación de los soldados que esa noche custodiaban al Presidente.

## VI

Se aguardaba el relevo de la guardia, para publicar en la orden del general la destitución de Landa.

Ya la llevaba en el bolsillo Contreras Medellín.

Pasó la noche en la mayor ansiedad, por una y otra parte.

Al día siguiente, el 5.º se dirigió al Palacio, y al estar frente a las fuerzas que ocupaba el señor Juárez, se oyó una voz ronca, desprendida de aquel tumulto: ¡Viva la religión!

Hubo un desorden espantoso.

El señor Juárez iba a entrar en una pieza interior, tenía la mano en el pestillo de la puerta.

En aquel momento oyó los gritos de ¡Viva la religión!, y no se movió.

Los ministros se prepararon con entera serenidad; tenían de antemano aceptada la hora del destino.

Era el día 13.

El capitán Filomeno Bravo entró pálido al salón de la Presidencia.

Le temblaba el brazo con que detenía la espada desnuda, que apenas podía sostener.

Balbuciendo, se dirigió al señor Juárez, y le dijo:

—Señor Presidente, yo soy mandado... Se me ha dado la consigna de... de...

—Retenemos presos—dijo Ocampo.

—Sí, señor.

—Pues ya lo estamos—dijo Ocampo.

—Con permiso de usted, señor Presidente—dijo el oficial, y salió aquel Filomeno Bravo más acobardado que una mujer.

## VII

Al saber el general Núñez el suceso, se puso furioso; porque él era verdaderamente el responsable de la situación.

Dirigióse con todo valor al cuartel del 5.º y dijo a Landa:

—Que salga a formar a la calle ese batallón.

—No puedo—dijo Landa temblando—, porque, mi general, estoy pronunciado.

—¡Miserable!—gritó Silverio Núñez, y arrojándose sobre el traidor lo tomó por el cuello y lo estaba ahogando.

Entonces un soldado, que ya tenía orden de aprehender al general, tendió el fusil e hizo un disparo.

La bala se desvió en las tapas de un magnífico reloj que llevaba Núñez en el chaleco; el golpe fué muy fuerte, pero no entró en el cuerpo del bravo general. Le rodeó la tropa y fué conducido a Palacio, preso en unión del señor Juárez y sus ministros.

Las guardias nacionales no perdieron la moral.

Contreras Medellín se atrincheró en San Agustín; Cruz Aedo en San Francisco, y Alvarez en Santa María de Gracia.

El fuego se rompió contra el Palacio. Los reaccionarios, para acrecentar sus filas, sacaron a los bandidos y a los asesinos de la cárcel y los llevaron a Palacio. Estos miserables insultaban de una manera soez al Presidente.

Guillermo Prieto, que estaba en el patio viendo el relevo de la guardia, fué llevado a empellones al salón donde estaban los ministros y el señor Juárez.

Multitud de jefes santanistas que estaban ocultos, se presentaron a Landa para ayudar a la reacción.

Landa, que no esperaba la resistencia de la guardia nacional, perdió la moral, esperando que Parrodi avanzara, y estaba perdido.

Tocóse parlamento en Palacio y respondieron al toque, San Agustín, Santa María de Gracia y San Francisco.

Landa corrió a ver a Silverio Núñez, buscando su protección para capitular.

Hubo un armisticio.

Cruz Aedo era impetuoso y de un gran valor; se propuso dar un golpe de mano.

Manuel corrió al cuartel; era amigo de Cruz Aedo, y entre los dos concertaron el plan.

Formaron una columna y se lanzaron sobre el Palacio.

Llegó la columna hasta la esquina de la cárcel, donde había un cañón, sin más custodia que un centinela.

Arrojáronse sobre la pieza Manuel y Cruz Aedo para romperla y dirigir el fuego sobre el Palacio.

Cundió la alarma; entonces, los pronunciados comenzaron a hacer un vivo fuego desde las ventanas y azoteas, sobre la pequeña columna y la aniquilaron.

Manuel y Cruz Aedo, que no tenían elementos para un asalto y sufrían el plomo a mansalva, se retiraron entre la lluvia de balas.

Oyóse en el campo enemigo el grito de ¡Traición!, y toda aquella soldadesca pedía a gritos la muerte del Presidente y de los ministros.

## VIII

El clérigo de la junta revolucionaria atravesó entre el fuego, con un gran valor, y penetró en Palacio.

Tomó con su mano crispada y nerviosa el brazo de Landa, y, sacudiéndolo con fuerza, le dijo:

— ¡Cumpla usted con su palabra!

— Señor—dijo Landa—, he cumplido.

— No; usted debe fusilar inmediatamente a Juárez y a su ministerio. En manos de usted está el éxito de la revolución. Tenga usted valor.

— Me sobra—dijo Landa—, pero no me creo autorizado para esta matanza.

— ¡Esta es la revolución!—exclamó el clérigo—Usted va a ser responsable ante la nación de esta debilidad.

— Si usted estuviera en mi lugar, le pasaría lo mismo.

— Sepa usted, señor teniente coronel, que éstos mismos le han de poner a usted un lazo al cuello.

— Está bien, pero no me atrevo.

— Pues yo sí—dijo el clérigo, y corriendo a donde estaba el oficial Filomeno Bravo, le dijo:

— Su porvenir de usted está hecho; su nombre de usted va a immortalizarse. Nosotros le ofrecemos a usted, bajo nuestra palabra, la banda de general; pero, en el acto, pase usted por las armas a ese hereje, a ese bandido de Juárez.

Filomeno Bravo entró con la guardia al salón, donde encontró en pie al señor Juárez.

— ¡Fuego!—gritó con voz insegura.

Los soldados tendieron los fusiles.

El señor Juárez quedó impasible.

Oyóse entonces una voz tremenda que dijo con un terrible acento:

— ¡Alto!

Tal vez el instinto de obediencia hizo suspender los disparos.

Guillermo Prieto se interpuso, y, con acento profético, inspirado, sobrehumano, les dijo:

— Soldados del 5.º, sois valientes; disparad vuestras armas en el campo de batalla, no contra los indefensos.

— ¡Yo os conjuro a que no atentéis contra la vida del Presidente de la República; él ha proclamado vuestra libertad; su persona es sagrada!

Los soldados, persuadidos por aquella voz, levantaron las armas y sin esperar más órdenes del oficial, salieron en desorden del salón.

## IX

Landa se presentó y tuvo una explicación sobre la conducta de Cruz Aedo, teniéndola simplemente como un acto de audacia y no como una violación del armisticio.

El clérigo, que tenía puesto el ojo en la cerradura de la puerta, había seguido con vivo interés aquella escena.

— ¡Malditos sean estos habladores—exclamó—, y estos soldados cobardes que no sirven para nada!

Rabioso salió de Palacio y se dirigió al obispado.

Landa, lleno de miedo y de cobardía, capituló, y dejó la plaza, seguido de una corta fuerza; porque los presidiarios y los ladrones se desbandaron en todas direcciones.

Aquel palacio tan suntuoso fué saqueado por los presidiarios que rompieron a balazos las vidrieras, destrozaron los muebles, desgarraron los cielos rasos, despedazaron las alfombras, saquearon los equipajes del Presidente y de los ministros, rompieron las camas de todos y robaron cuanto encontraron al paso, y todo en nombre del orden, de las garantías y de la religión.

Las campanas de los templos anunciaron que la reacción había perdido la más importante de las jornadas.

## CAPITULO IV

## ¡VIVA LA RELIGION!

## I

La guerra santa estaba proclamada.

Felipe II era un demagogo en comparación del general Zu- loaga, que fungía de Presidente.

Los ministros oían misa antes del acuerdo; invocaban a Dios a todas horas.

Los infelices empleados tenían que darse golpes de pecho y santiguarse.

Los soldados traían al cuello medallas y escapularios; era una manifestación pública religiosa, que sobrepujaba al virreinato.

Las beatas con caras compungidas y las devotas jóvenes ostentando sus lazos «verdes» y los zapatos «rojos», para pisar el emblema de la revolución.

El Palacio era una corte de santurrones.

Las comunicaciones oficiales sacaban a relucir la religión y todos se afirmaban en sus creencias católicas.

El encono, el odio, el rencor más terrible, se exprimían, contra las familias liberales, que a su vez satirizaban cruelmente a los reaccionarios.

A veces se veían perros vagabundos, llevando moños «verdes» en la cola.

Era una lucha sorda y enconada la de los partidos.

Los frailes aparentaban satisfacción, pero no lo estaban en su conciencia; comprendían que toda aquella farsa no era más que un triunfo efímero y que se les deparaban grandes infortunios.

El clero hubiera deseado estar como siempre en la sombra



Tomó con su mano crispada y nerviosa el brazo de Landa, y, sacudiéndolo con fuerza, le dijo:

— ¡Cumpla usted con su palabra!

— Señor—dijo Landa—, he cumplido.

— No; usted debe fusilar inmediatamente a Juárez y a su ministerio. En manos de usted está el éxito de la revolución. Tenga usted valor.

— Me sobra—dijo Landa—, pero no me creo autorizado para esta matanza.

— ¡Esta es la revolución!—exclamó el clérigo—Usted va a ser responsable ante la nación de esta debilidad.

— Si usted estuviera en mi lugar, le pasaría lo mismo.

— Sepa usted, señor teniente coronel, que éstos mismos le han de poner a usted un lazo al cuello.

— Está bien, pero no me atrevo.

— Pues yo sí—dijo el clérigo, y corriendo a donde estaba el oficial Filomeno Bravo, le dijo:

— Su porvenir de usted está hecho; su nombre de usted va a immortalizarse. Nosotros le ofrecemos a usted, bajo nuestra palabra, la banda de general; pero, en el acto, pase usted por las armas a ese hereje, a ese bandido de Juárez.

Filomeno Bravo entró con la guardia al salón, donde encontró en pie al señor Juárez.

— ¡Fuego!—gritó con voz insegura.

Los soldados tendieron los fusiles.

El señor Juárez quedó impasible.

Oyóse entonces una voz tremenda que dijo con un terrible acento:

— ¡Alto!

Tal vez el instinto de obediencia hizo suspender los disparos.

Guillermo Prieto se interpuso, y, con acento profético, inspirado, sobrehumano, les dijo:

— Soldados del 5.º, sois valientes; disparad vuestras armas en el campo de batalla, no contra los indefensos.

— ¡Yo os conjuro a que no atentéis contra la vida del Presidente de la República; él ha proclamado vuestra libertad; su persona es sagrada!

Los soldados, persuadidos por aquella voz, levantaron las armas y sin esperar más órdenes del oficial, salieron en desorden del salón.

## IX

Landa se presentó y tuvo una explicación sobre la conducta de Cruz Aedo, teniéndola simplemente como un acto de audacia y no como una violación del armisticio.

El clérigo, que tenía puesto el ojo en la cerradura de la puerta, había seguido con vivo interés aquella escena.

— ¡Malditos sean estos habladores—exclamó—, y estos soldados cobardes que no sirven para nada!

Rabioso salió de Palacio y se dirigió al obispado.

Landa, lleno de miedo y de cobardía, capituló, y dejó la plaza, seguido de una corta fuerza; porque los presidiarios y los ladrones se desbandaron en todas direcciones.

Aquel palacio tan suntuoso fué saqueado por los presidiarios que rompieron a balazos las vidrieras, destrozaron los muebles, desgarraron los cielos rasos, despedazaron las alfombras, saquearon los equipajes del Presidente y de los ministros, rompieron las camas de todos y robaron cuanto encontraron al paso, y todo en nombre del orden, de las garantías y de la religión.

Las campanas de los templos anunciaron que la reacción había perdido la más importante de las jornadas.

## CAPITULO IV

## ¡VIVA LA RELIGION!

## I

La guerra santa estaba proclamada.

Felipe II era un demagogo en comparación del general Zu- loaga, que fungía de Presidente.

Los ministros oían misa antes del acuerdo; invocaban a Dios a todas horas.

Los infelices empleados tenían que darse golpes de pecho y santiguarse.

Los soldados traían al cuello medallas y escapularios; era una manifestación pública religiosa, que sobrepujaba al virreinato.

Las beatas con caras compungidas y las devotas jóvenes ostentando sus lazos «verdes» y los zapatos «rojos», para pisar el emblema de la revolución.

El Palacio era una corte de santurrones.

Las comunicaciones oficiales sacaban a relucir la religión y todos se afirmaban en sus creencias católicas.

El encono, el odio, el rencor más terrible, se exprimían, contra las familias liberales, que a su vez satirizaban cruelmente a los reaccionarios.

A veces se veían perros vagabundos, llevando moños «verdes» en la cola.

Era una lucha sorda y enconada la de los partidos.

Los frailes aparentaban satisfacción, pero no lo estaban en su conciencia; comprendían que toda aquella farsa no era más que un triunfo efímero y que se les deparaban grandes infortunios.

El clero hubiera deseado estar como siempre en la sombra

y aprovecharse del triunfo; pero el partido reaccionario lo tenía como bandera y ellos recibirían a pecho descubierto la descarga.

Lo que jamás había pasado en México, tenía lugar en todos los puntos ocupados por los liberales, al grito de ¡Mueran los frailes!

Aquel grito era una sentencia.

No tenían fe en los soldados, pero no podían pasar por otra cosa.

Como eran los ricos, natural era que fuesen los estafados y así pasaba; les presentaban, como al Padre Gorenflot, del Bufón del Rey, por un lado una abadía y por otro una horca.

El clero iba envuelto en los sucesos, y correría peor suerte que aquel ejército que lo defendía.

## II

Era la Semana Santa del primer año de la reacción.

Multitud de jóvenes liberales, en la mayoría estudiantes, se letraban en la Catedral, para tomar nota de lo que pasaba.

El monumento de la Basílica era espléndido: sus Reyes, sus profetas, su mesa suntuosa, donde aparecía el Salvador con los apóstoles en torno, tomando el vino de la última noche.

Todo entre multitud de lámparas de oro y plata pendientes de las bóvedas, y miles de bujías encendidas, que rivalizaban con la luz del sol.

En el suntuoso coro, los canónigos rezando al son de una orquesta magnífica y del canto robusto de los artistas de música religiosa, y las frescas voces de los «coloraditos», como los tenores de la Sixtina.

Se había querido dar el aspecto de una resurrección.

Los estudiantes formaban dos hileras, por donde pasaban revista a todos los concurrentes.

Llegaban unas niñas con sus moños verdes y los estudiantes murmuraban con voz perceptible:

—Si fuera burro, me comía esa alfalfa.

Pasaba algún santurrón y lo devoraban a críticas:

—Parece un escaparate de cruces.

—Calla, hombre; las vende al por mayor.

—Este le ganó a Cristo.

—Por cada pecado se ha puesto una medalla. ¡«Cangrejos» para atrás!

Guillermo Prieto había escrito unos versos con el título «Los Cangrejos»; el maestro Balderas les había compuesto la música, y su popularidad era inmensa.

En los colegios, en las casas de vecindad, en las plazas, en el campamento, en todas partes se cantaban «Los Cangrejos», que eran una sátira contra los conservadores; casi fué el canto de guerra de la revolución.

Decíamos que era el Jueves Santo del año 1858.

Dos filas de soldados, con los gorros echados a la espalda, guantes blancos y vestidos de todo lujo, se extendían desde la gran puerta de entrada hasta el altar mayor de la Basílica.

—Ya estamos completos—dijeron los estudiantes—, y todos reunidos: frailes y soldados, la espada y el bonete.

—Ahí viene el «cinco de oros»—dijeron los jóvenes, aludiendo a que Zuloaga había dirigido una casa de juego.

Entró el Excmo. señor Presidente, lleno de bordados y con una cara de devoción muy marcada.

Seguían los secretarios de Estado, los miembros del Consejo, oficiales mayores de los Ministerios, y el secretario particular de Su Excelencia. Continuaban los magistrados de la Corte Suprema, los jueces de lo civil y de lo criminal, el Ilustre Ayuntamiento y todas las demás comparsas del presupuesto.

A un lado y a otro de la cruz y bajo doseles suntuosos, tomaron asiento el Excmo. señor Presidente, y a izquierda y derecha, las clases dignatarias y las apreciables familias del jefe del Estado y de los ministros, con lo cual quedaba completo el cuadro.

Oyóse un rumor en la entrada de la Catedral.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!—dijeron los estudiantes—Les tocó su turno a los protestantes y a los católicos, en una ensalada diplomática.

—¿Cuánto valdrán esos muñecos?

—¡Calla! ¡Si son calabazates de Guadalajara!

—¿Que estamos en Rusia?

—No, hermano, en el Congo.

—Todas esas cosas se llaman naciones extranjeras.

—Yo creía que se trataba de un «auto de fe».

—Precisamente, están quemando la constitución.

—El ministro americano falta.

—Ese está con nosotros; no sabe comulgar.

El cuerpo diplomático avanzó con solemnidad de ópera y tomó asiento bajo unos doseles.

Los ministros traían esos trajes oficiales que reservan para las fiestas públicas, llevando además unas espaditas como juguets de niños, y unos pedazos de bastón o bastoncitos, que entonces estaban en boga.

Los estudiantes, salvo el respeto a las naciones amigas, se rieron de aquel aparato monárquico.

Comenzó la misa.

El Ilustrísimo señor Arzobispo bendijo los «óleos».

A la hora del reparto del pan eucarístico, todos aquellos hombres y aquellas damas se pusieron de rodillas; iban a comulgar «oficialmente».

Primero comulgó el Cabildo y toda la servidumbre de la Iglesia, para significar que la religión está sobre el Estado.

—Les van a servir la segunda mesa a los convidados—dijeron los estudiantes—y dejaron las sobras para los empleados.

Se acercó el Arzobispo al Presidente, que abrió la boca desmesuradamente, dando tortura a sus mandíbulas, y se tragó la hostia.

Siguieron por categoría los comulgantes; ya cansado el Arzobispo, pasó por alto a muchos de los concurrentes.

Después se acercó a las señoras, que estaban ufanas como si se sentaran a una mesa del Tivoli.

Toda aquella ceremonia no tenía nada de espontáneo; era una manifestación política enteramente.

Sonaron los clarines dentro del templo, cuyas bóvedas retumbaron.

Los círculos de múltiples campanillas giraron con grande estruendo y la campana mayor de la Catedral anunciaba que bajaba el Señor a la tierra para depositarse en el puro seno de los católicos.

— Es mucho ruido—dijeron los estudiantes—; vámonos al atrio a ver el desfile.

Por supuesto que al irse acercando cada individuo a la comunión, los estudiantes hacían su biografía.

— Mira a ese bribón; ése se robó una testamentería.

— No sé cómo tiene valor ése otro para comulgar, cuando ya se comulgó los bienes de unos menores.

— Ese, ése de aquí, se va a ver a una vieja que tiene a escondidas de su mujer.

— ¡Y ése otro? ¡Qué descaró! Está rico con lo que robó en la Aduana marítima.

— Y el otro, «amarrador» de albuces.

— ¡Vamos; que todos se han arrepentido! Dios los perdone; pero no devuelven ni medio real.

— Si hay presidio en el cielo, todos éstos van a dar allá.

— Aquí, el que menos corre, vuela.

— Cállense, hombres. ¡Viva la religión!

### III

En la noche, entre filas de soldados, que llevaban hachas encendidas, el Presidente, seguido de la misma comitiva, visitó las «Siete Casas».

Al pasar por San Francisco, cayó una lluvia de «barajas» sobre su señoría, recordándole sus buenos tiempos, arrojada de las azoteas por uno de los jóvenes estudiantes. Hubo una gran rechifla.

Al día siguiente, Viernes Santo, toda esa avalancha fué a la Adoración de la Santa Cruz y a entregar la llave del Sagrario.

Después de la procesión se retiró el Presidente y en el salón de Embajadores despidió a los católicos, que ya estaban fatigados de tanta ceremonia.

### IV

Mientras Zuloaga rezaba «maitines» en México, Osollo y Miramón seguían una campaña activa sobre los principales Estados de la República, que con más o menos resistencia caían en poder de la reacción, iniciándose una guerra interminable.

Se ocuparon Jalisco, San Luis y Zacatecas, y el movimiento llegó a los confines de la República.

Hubo un hecho terrible que marcó la «guerra a muerte y sin cuartel».

El ejército del Norte, al mando del valiente coronel Juan Zuazua, avanzó sobre Zacatecas.

El general Manero defendía la plaza.

El historiador José Vigil da cuenta, en breves párrafos, de esa batalla:

«Pero el hecho más importante, que en aquellos días llenó de estupor a la República entera, fué la toma de Zacatecas. Las fuerzas del Norte, al mando del coronel don Juan Zuazua, que días antes daba por derrotadas en Carretas, y el general Miramón, atacaron aquella plaza el 27 de abril.

«Entre las posiciones más ventajosas para la defensa, por su situación dominante, y por lo escabroso y elevado del terreno, estaban las del cerro de la Bufa, situado al Oriente de la población: así es que el principal ataque se dirigió contra aquella posición, considerando que una vez tomada, era segura la victoria.

«Los fuegos se rompieron a las diez de la mañana, generalizándose luego durante el día; y, viendo que había anochecido, y que por lo poderoso de la posición era probable que no cediese en toda la noche, dispuso el jefe que el batallón Unión, al mando del coronel Pedro Hinojosa, fuese a relevar las tropas.

«Aquel refuerzo violentó el ataque, y a cosa de las ocho de la noche, se tomó la posición, en medio del vivísimo fuego que hacía el enemigo, quedando prisionero el general Antonio Manero, que mandaba en jefe la defensa.

«A la noticia de haber sido ocupado el Cerro de la Bufa, fueron cediendo las fuerzas que ocupaban la Ciudadela, la Parroquia y los conventos de San Agustín y Santo Domingo, donde, sin embargo, se hizo todavía y por algún tiempo una desesperada resistencia.

«A las doce de la noche había concluido todo, quedando en poder de las fuerzas liberales, además del general en jefe, sesenta jefes y oficiales, y más de cuatrocientos individuos de tropa y toda la artillería y equipos correspondientes.

«Zuazua desterró al obispo Vereca, que se hallaba en Zacatecas, expulsado de Monterrey, y aplicando la ley de conspiradores, fueron fusilados: el general Antonio Manero, el coronel Antonio Landa, el mismo que había traicionado al se-

ñor Juárez; el teniente coronel Francisco Aduna, el comandante de escuadrón Pedro Gallardo y el capitán Dreche.

»Aunque Miramón había fusilado ya a los prisioneros de Carretas, sobre aquellos patíbulos alzó su alarido la guerra civil, la muerte sin compasión.»

## V

La víspera de la ejecución se encontraban un oficial alemán y Pedro el estudiante, aquel joven calavera que se había metido de mozo de bodegón en Puebla y denunció la conspiración de Uruga y Labastida, y a quien «Juan Gallinazo» había protegido.

Estaba en las fuerzas del Norte y se había distinguido en la toma de la Bufa, por su valor temerario.

—Cayeron en la ratonera—decía el fronterizo—. Dijeron que nos habían derrotado en Carretas; ya ven que todavía estamos en pie. Mañana serán ejecutados los jefes; lo mismo hubieran hecho con nosotros. Es necesario, como decía Manuel, tomarles la delantera.

—¿Qué Manuel?—preguntó Pedro.

—El teniente coronel de rifleros, un muchacho muy valiente y a quien quiero como a un hermano.

—Tome usted la mano; Manuel es como si dijera mi padre. El alemán le estrechó la mano.

—Y ¿dónde está?

—Fué a acompañar al señor Juárez, que ya se embarcó en el Manzanillo; va a dar la vuelta para ir a Veracruz.

—¡Diablo de caminada!

—Pero muy segura; ya lo tendremos muy cerca.

—La revolución no tiene término; o ganamos o se acaba el país.

—Sí, ¡guerra o muerte!

—Y a propósito—dijo Carlos, que era el mismo oficial que le había salvado la vida a Manuel en Salamanca—: aquí, tengo la lista de los prisioneros.

—La veremos; al fin tenemos que pasar la noche aquí en la guardia.

Sesenta y tantos eran los oficiales presos.

Carlos comenzó a leer los nombres y llegó al del coronel Altúnez.

—¡Cuerpo de Barrabás!—gritó el fronterizo—Este me debe una satisfacción y me la va a pagar.

—¿Le conoce usted?

—No, pero sé una historia.

—Diga usted.

—Pues, señor—dijo Pedro—, «Juan Gallinazo» amaba a una mujer pura y santa y la olvidó por una perdida llamada Etelvina, que fué causa hasta de su muerte. En fin, los hombres vamos por donde nos llevan, no por donde queremos.

—Siga usted.

—Esa maldita engañó a Juan, que en materia de amores es un animal; se la estuvo pegando con este coronel Altúnez.

—¡Demonio!—dijo el alemán.

—Este miserable se estuvo burlando como de un cualquiera. Juan lo busca para vengarse; pero yo estoy aquí.

—Es que está prisionero—observó el alemán.

—Mejor; me dará menos trabajo. ¡Ira de Dios! Pero tomemos un trago por «Juan Gallinazo».

Tomó la botella forrada de hule, que llevaba siempre colgada al cuello, y le ofreció al alemán, que la llevó a la boca.

—¡Conténgase usted, hombre!—gritó Pedro, al ver que Carlos empujaba de una manera que amenazaba llegar hasta el fondo.

—¡Magnífico aguardiente!

—¡Ahora yo!—y Pedro se tomó media botella.

El alemán le dió fin al aguardiente.

Como era natural, la conversación se hizo más íntima.

—Hablémos de tú—dijo Pedro.

—Acepto—dijo Carlos, soltando una carcajada.

—Estos demonios de «mochos», así se los llama ya en todas partes a los reaccionarios, nos tienen un odio espantoso; veremos si mandan repicar en México.

—No es probable.

—La frontera les dará unas azotainas, que ya verán.

—¿Conque les dicen los «mochos»?—preguntó el alemán.

—Sí, por beatos y devotos. En México hay un convento que se llama de «Las Mochas», que está en Belén, y para que las cosas salgan ciertas, les hemos de cortar las orejas; es una idea que se me ha ocurrido ahora.

—Y es muy feliz—dijo el alemán.

—Y ahora mismo la voy a poner en práctica.

—¡Demonio!

—Pero yo tengo sed.

Se levantó y en la próxima tienda se habilitó de una caja de sardinas, pan y dos botellas de aguardiente.

—Ahora cenemos.

Destaparon las cajas y las botellas, y tomaron a tal extremo, que Carlos se quedó bajo la mesa.

Pedro estaba en pie todavía.

Se comenzó a pasear y reflexionaba: Si «Juan Gallinazo» estuviera aquí, ya hubiera hecho una barbaridad; ¿por qué no la he de hacer yo?... Además, se trata de vengar a un amigo, y más en estos momentos en que nos han matado a tantos... Daba grima ver a esa multitud de heridos y a tantos muertos. ¡Caracoles! ¡Si se ha «carneado» esta noche como demonio!

## VI

Llamó a dos asistentes fronterizos, de ésos que ven el peligro y no lo temen, y entran hasta inconscientes en los lances más peligrosos.

No se oía la voz de Pedro; sí se escuchó la contestación de uno de los fronterizos.

— Está bien, mi capitán; si eso lo hago yo a las mil maravillas.

— Y yo—dijo el otro asistente—le corto la cresta a un gallo en un momento; después, una poca de ceniza, y cuento acabado.

— También he mochado a las mulas para reconocerlas y las orejas de mis perros.

— Pues ya saben: el coronel estará en el patio y allí se efectuará la operación.

— Entonces, vamos a echar un trago aquí a la tienda y estamos a la orden de mi capitán.

— Todavía nos acordamos de nuestros amigos muertos en Carretas; nos las han de pagar estos «mochos».

— Que no larden—dijo Pedro.

Los asistentes se marcharon.

Pedro hizo llamar al coronel.

Altúnez se presentó con esa audacia que le caracterizaba.

— ¿Me van a fusilar?

— Todavía no—dijo Pedro.

— ¿Entonces?

— Entonces, lo que quiero saber es que me diga usted algo que no es de la campaña.

— Pues pregúnteme usted.

— Allá voy. ¿Usted tuvo relaciones con una joven llamada Etelvina?

— Sí—dijo el coronel—; estaba enamorada de un pobre diablo de quien nos reíamos a todas horas, hasta que descubrí otro enredo: tenía a la vez amores con un viejo rico. Me la llevé a mi alojamiento, le di una soberana paliza y la eché. Más tarde he sabido que andaba con un jugador y que lo había arruinado.

— ¿Y recuerda usted a ése que le ha llamado «pobre diablo»?

— Sí, era un «pinto», de esas canallas que traía el viejo Alvarez.

Una oleada de sangre se agolpó al cerebro de Pedro.

— Pues ese pinto es mi hermano; más aún, mi padre, todo se lo debo, y aunque no fuera sino por las palabras que acaba usted de decir, tomaría la revancha.

El coronel no respondió.

— Me basta decir al coronel Zuazua quién es usted...

— Sí—interrumpió el coronel—: el enemigo más implacable de los liberales, soldado de Santa Ana en la guerra del Sur, donde he derramado mucha sangre, soldado de Osollo y que he concurrido a todos los encuentros y que me he batido anoche hasta el último trance; ya lo sabe usted... Ahora denúncieme.

— No—gritó Pedro—; yo no denuncio a nadie.

— Pues hace usted mal, porque si hoy no me matan, mañana seré más temible y me vengaré hasta del mismo beneficio.

— Está usted loco.

— ¡Sí, furioso contra mi destino!

— Toda esa proclama que acaba usted de largar, no nos asusta; pertenece usted a esos baladrones de oficio, que hacen reír.

— Si no estuviera prisionero, contestaría de otra manera.

— Un hombre más en las filas enemigas, nos tiene sin cuidado; y para mostrarle a usted el poco temor, o más bien, ninguno, que le tenemos, bajo mi responsabilidad le voy a poner en libertad.

— Pues hace usted mal, señor capitán.

— Eso es cuenta mía. Lárguese usted; porque si permanece un momento más, ya me he contenido mucho, y pudiera pasar algo que no quiero.

El coronel se asustó al ver la ferocidad de la cara del fronterizo.

— Con permiso de usted.

— Vaya usted y no estime como un favor lo que hago por desprecio.

El coronel salió violentamente, diciendo:

— ¡Qué inocentes!... Todavía creen en las grandes acciones; si él hubiera caído en mis manos, ya estaría en el otro barrio.

— ¡Soy un imbécil!—exclamó Pedro—He contestado baladronadas con baladronadas; y cuando iba a vengar a mi amigo, resulta que he puesto a ese miserable en libertad...

Dobló la frente sobre la mesa y comenzó a roncar.

Los asistentes que regresaban de la tienda, vieron al coronel que salía del cuartel.

— Ya nos lo soltó el capitán. Ahora es la nuestra—dijo uno de los fronterizos.

— ¡A él!

Se arrojaron aquellos hombres terribles sobre Altúnez y lo aprisionaron con sus brazos de hierro.

El coronel no pudo evitar el ataque. Uno de los asistentes sacó una navaja perfectamente afilada, oprimió la cabeza de Altúnez sobre su pecho, y entregó el arma a su compañero.

El coronel estaba asfixiado.

El fronterizo, con una calma imperturbable le tomó una preja y de un terrible navajazo se la separó, quedándose con ella.

Bramó de furor el coronel y con su capote se puso a contener la sangre, no queriendo gritar, porque sabía que le costaba la vida.

Maldiciendo hasta Dios, y rugiendo de dolor, se tiró a andar

entre las sombras, perdiéndose en los suburbios de la ciudad.

Los fronterizos llegaron al cuartel y pusieron la oreja ensangrentada sobre la mesa donde dormía el capitán.

El alemán, que ya había dormido la «zorra», se levantó del suelo, apoyó la mano en la mesa y tropezó con la oreja de Altúnez.

—¿Qué diablo es esto?—dijo horrorizado.

Pedro se despertó y vio lo que pasaba.

—¡Qué barbaridad!

—¿Pero qué significa esto?—decía el alemán—¿Es tuya, acaso?

—No, es del coronel, y no te asustes; hoy hemos visto tantas piernas y tantas manos amputadas, que no es cosa de impresionarse por una oreja.

—¡Este hombre es el infierno!—dijo riendo el alemán.

Pedro envolvió cuidadosamente la oreja y la guardó en su cartera.

—Esta—dijo—, para «Juan Gallinazo».

## VII

Se oyó el toque de diana.

Sin fórmulas pavorosas y sin ese aparato trágico de que revisten las ejecuciones, sacaron del cuartel a los jefes mencionados, y los fusilaron.

Aquel espectáculo era el de todos los días.

Luego que se retiró la tropa y que quedaron allí los cadáveres, Pedro le dijo al alemán:

—Mira, ése es Antonio Landa, el que se pronunció en Guadalajara contra el señor Juárez; es un traidor que ha llevado su merecido.

—Pudo ese hombre—dijo el alemán—haber decidido de los destinos del país, si ha asesinado al Presidente y a sus ministros.

—Hubiera sido un combustible el más poderoso para la revolución.

—Es verdad; pero tuvo miedo, le impuso la situación misma.

—¡Y ya la pagó ese bandido!—gritó Pedro.

Fijóse después en los demás, y, tomando del brazo a Carlos, le dijo:

—Mira, mira a ese hombre; respira todavía. ¡Demonio!

—Sí, estoy seguro de que no ha muerto.

En aquel momento llegaban unos frailes de la Ermita.

—Oiga, amigo—le dijo Pedro a uno de ellos—, mire: ese hombre, que es el capitán Gallardo, aunque le vea destrozada la cabeza, vive, vive todavía.

En el acto recogieron el cuerpo del capitán y se lo llevaron. Por uno de esos fenómenos inauditos, aquel hombre vivió.

Fué tal su espanto que permaneció dos años en el olvido y el silencio.

Cuando regresó a la capital, se encontró con que su esposa había pasado a segundas nupcias.

## VIII

Muchos repiques, muchas fiestas religiosas, mucho solemnizar las victorias, pero ni un peso en la Tesorería.

Los puertos del Golfo del Pacífico ocupados por los liberales, las ciudades conturbadas, las haciendas destruidas, el comercio anonadado y en el Gobierno hombres sin iniciativa.

El clero quería que lo defendieran gratis y la situación se venía abajo por miseria.

El general Osollo declaró desde San Luis, que si no se le daban recursos, renunciaba, porque sus tropas estaban muertas de hambre y desnudas.

Miramón llegó a México y declaró que no sostendría más el orden de cosas, si no se le daba dinero; porque los soldados estaban al defeccionar, acosados por la miseria.

Las tropas que operaban en el Estado de Veracruz y que sitiaban el Castillo de Perote, defendido por el coronel Trejo, vendían el armamento para comer.

Entonces el Gobierno, con todo respeto, le pidió al clero «millón y medio» de pesos.

Los frailes se pusieron en alarma; hubo muchas juntas y notas y comunicaciones, y al fin se resolvieron a dar algo y con muchas condiciones.

Los capitalistas se reunieron, y un millonario, como muestra de celo religioso y reaccionario, se suscribió en «cien pesos», y eso ofreciéndole pagar; a los extranjeros ricos se los amagó con la deportación, para saquearlos.

Se extendió el empréstito a los Estados y comenzó el saqueo; y delante de la bancarrota y de la ruina del país, de las hecatombes y de la sangre y del incendio, el clero y la reacción, autores de aquel atentado sin nombre en la historia, gritaban: ¡Viva la religión!

## CAPITULO V

## UNA VENGANZA

## I

Después de los terribles sucesos de Guadalajara, en que peligró la vida del señor Juárez, se dirigió aquel hombre predestinado al Puerto del Manzanillo.

Una caravana de hombres ilustres pasaba por las espantosas barrancas de Atenquique y de Beltra.

entre las sombras, perdiéndose en los suburbios de la ciudad.

Los fronterizos llegaron al cuartel y pusieron la oreja ensangrentada sobre la mesa donde dormía el capitán.

El alemán, que ya había dormido la «zorra», se levantó del suelo, apoyó la mano en la mesa y tropezó con la oreja de Altúnez.

—¿Qué diablo es esto?—dijo horrorizado.

Pedro se despertó y vio lo que pasaba.

—¡Qué barbaridad!

—¿Pero qué significa esto?—decía el alemán—¿Es tuya, acaso?

—No, es del coronel, y no te asustes; hoy hemos visto tantas piernas y tantas manos amputadas, que no es cosa de impresionarse por una oreja.

—¡Este hombre es el infierno!—dijo riendo el alemán.

Pedro envolvió cuidadosamente la oreja y la guardó en su cartera.

—Esta—dijo—, para «Juan Gallinazo».

## VII

Se oyó el toque de diana.

Sin fórmulas pavorosas y sin ese aparato trágico de que revisten las ejecuciones, sacaron del cuartel a los jefes mencionados, y los fusilaron.

Aquel espectáculo era el de todos los días.

Luego que se retiró la tropa y que quedaron allí los cadáveres, Pedro le dijo al alemán:

—Mira, ése es Antonio Landa, el que se pronunció en Guadalajara contra el señor Juárez; es un traidor que ha llevado su merecido.

—Pudo ese hombre—dijo el alemán—haber decidido de los destinos del país, si ha asesinado al Presidente y a sus ministros.

—Hubiera sido un combustible el más poderoso para la revolución.

—Es verdad; pero tuvo miedo, le impuso la situación misma.

—¡Y ya la pagó ese bandido!—gritó Pedro.

Fijóse después en los demás, y, tomando del brazo a Carlos, le dijo:

—Mira, mira a ese hombre; respira todavía. ¡Demonio!

—Sí, estoy seguro de que no ha muerto.

En aquel momento llegaban unos frailes de la Ermita.

—Oiga, amigo—le dijo Pedro a uno de ellos—, mire: ese hombre, que es el capitán Gallardo, aunque le vea destrozada la cabeza, vive, vive todavía.

En el acto recogieron el cuerpo del capitán y se lo llevaron. Por uno de esos fenómenos inauditos, aquel hombre vivió.

Fué tal su espanto que permaneció dos años en el olvido y el silencio.

Cuando regresó a la capital, se encontró con que su esposa había pasado a segundas nupcias.

## VIII

Muchos repiques, muchas fiestas religiosas, mucho solemnizar las victorias, pero ni un peso en la Tesorería.

Los puertos del Golfo del Pacífico ocupados por los liberales, las ciudades conturbadas, las haciendas destruidas, el comercio anonadado y en el Gobierno hombres sin iniciativa.

El clero quería que lo defendieran gratis y la situación se venía abajo por miseria.

El general Osollo declaró desde San Luis, que si no se le daban recursos, renunciaba, porque sus tropas estaban muertas de hambre y desnudas.

Miramón llegó a México y declaró que no sostendría más el orden de cosas, si no se le daba dinero; porque los soldados estaban al defeccionar, acosados por la miseria.

Las tropas que operaban en el Estado de Veracruz y que sitiaban el Castillo de Perote, defendido por el coronel Trejo, vendían el armamento para comer.

Entonces el Gobierno, con todo respeto, le pidió al clero «millón y medio» de pesos.

Los frailes se pusieron en alarma; hubo muchas juntas y notas y comunicaciones, y al fin se resolvieron a dar algo y con muchas condiciones.

Los capitalistas se reunieron, y un millonario, como muestra de celo religioso y reaccionario, se suscribió en «cien pesos», y eso ofreciéndole pagar; a los extranjeros ricos se los amagó con la deportación, para saquearlos.

Se extendió el empréstito a los Estados y comenzó el saqueo; y delante de la bancarrota y de la ruina del país, de las hecatombes y de la sangre y del incendio, el clero y la reacción, autores de aquel atentado sin nombre en la historia, gritaban: ¡Viva la religión!

## CAPITULO V

## UNA VENGANZA

## I

Después de los terribles sucesos de Guadalajara, en que peligró la vida del señor Juárez, se dirigió aquel hombre predestinado al Puerto del Manzanillo.

Una caravana de hombres ilustres pasaba por las espantosas barrancas de Atenquique y de Beltra.

La soledad augusta de aquellos bosques, donde parece no haber retemblado la voz humana, los desfiladeros y los abismos, los bordes todos del peligro y aquellos hombres más pequeños que las hormigas, avanzando y avanzando por aquellos caminos, alumbrados por la luz perpendicular del sol y velados por las sombras de lo desconocido.

Las nubes en las cimas de las montañas, como unos turbantes de gasa enredados en los picos de las rocas.

El cielo unas veces estrecho y otras destendido.

Los vagos colores del crepúsculo, dando paso a las obscuridades de la noche.

Los caballos con las cabezas casi rozando el suelo, fatigados y sudorosos, caminaban paso a paso, y tropezando con las piedras lanzadas ahí por una espantosa revolución geológica.

Los pájaros, azorados de ver gente, huían parándose en las altas copas de los árboles para ver desde lejos la caravana.

Todo era pequeño delante de aquella naturaleza salvaje y primitiva.

¿A dónde iban aquellos hombres? ¿Qué buscaban en aquellos peligrosos desiertos?

¡Llevaban en sus corazones el tesoro de la libertad y el amor a la patria!

Perseguidos, anatematizados, pobres y con la muerte delante, buscaban un asilo para desde ahí gritarle a un pueblo esclavo: «¡Levántate y anda!»

¡Con cuánta ternura recogerán las generaciones estos tristes relatos!

¡Con cuánta veneración abrirán las páginas de la historia, para gozarse en lo que arroja una verídica tradición que refiere los inmensos sacrificios por esta tierra tan amada y tan bendecida!

¡Cuando la locomotora pase por los hilos de acero que ya tiende la mano de la civilización, los pasajeros que atraviesan por esas soledades, verán flotar por aquellos riscos las sombras augustas de los patriotas, que consagraron hasta su último aliento por la República!

## II

¡Allí está el Pacífico con su majestad solemne!

La inmensidad de sus olas se confunde con el cielo que se refleja en los gigantes espejos de ese maravilloso Océano.

El sol abrasante se desploma sobre las movedizas arenas de la costa y sube un vapor caliginoso que asfixia a los pájaros de mar.

La fiebre, como un huracán de muerte, recorre con su séquito de fantasmas aquellas regiones.

Las barcas y los navíos parecen atracados en un Océano de hierro; todo está inmóvil y callado.

Todo duerme; los lagartos, sobre la arena de la costa, y los hombres, en las hamacas.

Es un silencio aterrador.

La naturaleza está muda.

En algunas chozas del puerto hay gente pálida, cetrina, como si saliese de la sepultura.

Es el país de los muertos.

Llegó la caravana sedienta y respiró al verse delante del mar, de ese gigante mugidor, que lleva en sus lomos a los proscritos, y grita: «¡Libertad!», azotándose contra las rocas y las ondulantes orillas de la costa.

—¡Al mar!—dijeron; y entrando en la barca, pasaron a bordo del «John Stephens», que llevaba su máquina de San Francisco de Panamá.

Ya se alejan de la tierra natal con el corazón oprimido de angustia.

Ya dejan caer la mirada última sobre el suelo patrio, que se va desvaneciendo lentamente hasta perderse en el horizonte.

Los genios de la libertad daban su manso aliento sobre aquellas velas, que como alas de cisne, arrebatan el navío entre las ondas oscuras y terribles del Pacífico.

## III

Manuel y un grupo de oficiales veían desde la playa alejarse aquel buque, donde iban todas sus esperanzas.

Ellos quedaban abandonados en aquella tierra insegura y mortífera.

No se los había podido llevar, porque aquel grupo de hombres era muy pobre.

No importaba: ellos volverían a pasar las Barrancas; tornarían a la lucha que estaba encendida en todas partes; no desmayarían un solo momento.

Llegó el señor Juárez a Panamá, cuya tierra conserva como sagrado ese recuerdo, y tomando pasaje en el «Granada», que ya se mecía sobre las olas del Atlántico, se dirigió a la Habana.

En esa tierra, donde hasta hace poco se derramó la sangre a torrentes por la libertad, estuvo el benemérito de América.

Trasbordáronse al «Filadelfia», rumbo a Nueva Orleans, que acababa de abandonar Comonfort, y a bordo del «Tenese», saludaron con el llanto en los ojos, a la tres veces heroica Veracruz.

La Jerusalén de la Reforma abrió sus brazos para recibirlos.

Los buques de la bahía y las baterías de tierra hicieron salva y las campanas anunciaron el arribo de los ilustres huéspedes.

Tembló el clero y abrió las puertas del templo decorado suntuosamente; y, lleno de espanto y balbuciendo, cantó un



«Te Deum» en presencia de Juárez, en cuyo rostro se pintaba un gesto de alto desdén.

Aquella ceremonia era enteramente política, era la humillación del enemigo, el abatimiento de las banderas reaccionarias.

El pueblo ya comenzaba a ver claro: en México le cantaban el «Te Deum» a Zuloaga y en Veracruz a Juárez. ¿Cuál era el verdadero? ¿Cuál llegaba primero al cielo?

Todos estos aparatos teatrales preparaban más y más la revolución reformista.

El arribo a Veracruz del Gobierno constitucional fué un nuevo aliento para la causa liberal, y puede decirse que se abrió en toda la República una campaña general y sangrienta.

Ciudades sitiadas, combates en los campos, plazas recuperadas, asaltos parciales, encuentros, batallas, fuego de guerrillas, emboscadas, formando un todo terrible, espantoso, una lucha inacabable, porque la juventud y los hombres nuevos le habían dado a la revolución un empuje desesperado.

Al separarse el señor Juárez de Guadalajara, supo que Parrodi había capitulado.

A los militares viejos les gustaba mucho capitular.

El señor Santos Degollado fué nombrado general en jefe del ejército y ministro de la Guerra; ese hombre maravilloso, que como Deucalión convertía las piedras en hombres, el patriota incansable y valeroso, el héroe de todas las derrotas y el alma de las grandes empresas.

Desde la arena de Ayutla hasta el Calvario de Huisquilucan, marcó su tránsito con batallas, esfuerzos supremos y acciones sorprendentes de audacia y de valor.

## IV

Cruz Aedo y Contreras Medellín no quisieron capitular, y se marcharon con Ogazón al Sur de Jalisco, a seguir la campaña.

El general Luis Osollo había llegado a San Luis Potosí con una fuerza, temiendo el ataque que ya se iniciaba por los fronterizos vencedores en Zacatecas.

El clero y el partido conservador le daban un gran banquete, al que asistía la crema de la reacción.

El salón estaba lujosamente empavesado; brillaban en grupos las bujías puestas en grandes candelabros de cristal, cuyas almendras reproducían en iris aquella brillante luz.

Lucía una gran vajilla de porcelana finísima sobre los blancos manteles salpicados de rosas entrelazadas a los cubiertos de plata deslumbradora. En el centro de la mesa y en una magnífica torre de almendra, se veía el estandarte con el «In hoc signo vinces», de las guerras religiosas.

El héroe de Salamanca conversaba con todos; era sumamente afable, aunque de repente muy soldado.

—Este, éste es un hombre—decía un clérigo—; no el animal de Zuloaga.

—Ya lo creo—respondió un fraile regordete y de anteojos de oro—. ¡Con éste sí vamos hasta allá!

—Ya ve su Paternidad que en México pretenden desvalijar a la Iglesia; no sirven para nada, no se los puede aguantar.

—Y van tras de nosotros; es decir, tras de nuestros bienes; ¡millón y medio de pesos!

—¡Qué barbaridad! Así se pierden todas las religiones.

—Preferimos a Juárez: ése con su ley de desamortización nos quita la propiedad; pero nos deja el capital limpio.

—No crea su Paternidad; aquí se va a entronizar un Gobierno enteramente militar que nos coge debajo; ya verá usted.

El fraile tomando un polvo dijo:

—Les hemos dado muchas infulas; es necesario hacerles comprender que sin nosotros nada valen.

—¡Por supuesto!—exclamó el clérigo—Y más que ya Juárez llegó a Veracruz y están en aprietos, y muy graves.

## V

En otro grupo estaban los políticos.

—Para que esto siga bien—decía un señor que se la tiraba de diplomático—, es necesario que no haya congresillos.

—Es verdad—contestaba un licenciado petulante—; esa gente no sirve sino para revolver el agua; dictaduras y más dictaduras: ya ve usted a Comonfort, lo tiró el Congreso

—Sí, sí—dijo otro individuo finchado y ampuloso, frotándose las manos gordas y blancas, que ostentaba como una dama—; la democracia es un sueño; yo soy partidario de Iturbide y de S. A. Serenísima.

—¿De dónde tomaremos un dictador?—dijo el licenciado.

—Aquí tenemos a éste; es todo nuestro. Pondrá el Gobierno en nuestras manos; él se dedicará a la guerra.

—Y nosotros a la política—dijo el diplomático—; tomaremos el timón y la nave irá entre las olas, serena e impávida.

—Muy bien, muy bien; ¿y el dinero?

—Por ahora la Iglesia nos hará el favor de sacarnos del apuro.

—Como que está rica, muy rica; pero no para estos soldados que tienen todas las rentas.

—No mucho—dijo el diplomático—; porque la herejía todo se lo devora, y más cuando Juárez tiene las primeras Aduanas, Veracruz y Mazatlán.

—Y estos soldados—dijo el licenciado—que no pueden atacar esas plazas, no sé para qué sirven.

—Es necesario—contestó el diplomático—otros hombres en el Gobierno; hombres como yo, si ustedes me lo permiten, que tienen doble vista para los negocios.

—Como que tiene anteojos—dijo por lo bajo el licenciado. Osollo departía con sus camaradas; pero no hablaba de batallas, ni hacía referencias a los combates.

Examinaba a aquella concurrencia, que no era de su agrado. Sentáronse a la mesa, se sirvieron ricos manjares y el vino comenzó a circular con alguna velocidad.

Había gran entusiasmo; todos los brindis iban sazonados con mucho de catolicismo y a cada paso se le llamaba a Osollo «el soldado de Cristo».

Acalorado Osollo por las libaciones del champaña y con alguna turbación cerebral, dijo:

—Yo no soy soldado de Cristo, soy soldado de la República. Yo quiero ver el adelanto material de mi país, que nos pongamos a la altura europea, sin gazmoñerías ni beatadas.

Los clérigos hicieron un gesto de desagrado.

Los conservadores se dieron de codo.

—La Iglesia—continuó Osollo—está bien en su lugar y el Estado en el suyo.

Al clérigo se le atoró en la garganta un hueso de aceituna. Los frailes aguzaron las bocas rasuradas y los «mochos» movieron la cabeza.

—Las leyes de Juárez son buenas—continuó Osollo—y debemos anticiparnos para aprovecharlas.

Hubo muchas toses, como si un chiflón de aire hubiera penetrado por las ventanas.

—Los bienes del clero—siguió Osollo—formarían el Banco más poderoso, en vez de tener ese pro escondido y sin producto.

Los frailes estaban rabiosos.

—Yo no he venido a defender todas esas instituciones atrasadas que tienen al país hundido en el abismo, casi en la barbarie, y condeno esa política devota de Zuloaga; yo soy soldado de la democracia y del progreso.

Reinaba un profundo silencio, todos estaban espantados. Osollo continuó:

—Se dice el clero nuestro aliado, sólo para rezar por nosotros, pero en materia de dinero, nada. Mi tropa está hambrienta y desnuda, casi imposibilitada de batirse; hemos perdido la friolera de un millón y medio y se nos va a dar en partidas, casi una limosna; lo dicho, las leyes de Juárez.

Los frailes y el clérigo se escurrieron de la reunión, santiaguándose.

Los conservadores no se explicaban aquello.

La cena terminó fríamente, y Osollo, sin despedirse, se marchó a su alojamiento.

## VI

Los frailes se encerraron para escribir al Arzobispo dándole cuenta de todo; aquello era un escándalo; la reacción estaba perdida con aquel demagogo, a quien el ejército y los conservadores señalaban como el próximo presidente de la República.

—Es necesario «suprimir» a este hombre.

—De toda necesidad; la Iglesia tiene derecho pleno para quitar de por medio a este soldado contaminado de herejía.

—Y de cualquier manera—dijo el clérigo.

—Juárez que alienta la revolución y este hombre que nos echa de cabeza. Vamos a quedar lucidos.

—Es necesario cortarle la cabeza a la hidra.

—Sí, sí; porque la situación cae en poder de este mutilado, y nos llevan todos los diablos.

—Es necesario escribir a todos los ilustrísimos Obispos; la cosa es muy seria.

—El clero sabrá portarse como siempre.

—Sí, sí; «suprimir», ésta es la palabra.

Se oyeron tres toquidos a la puerta.

## VII

—Adelante—dijo el clérigo.

—Señor—dijo un hombre que venía muy agitado—, una señora que acaba de llegar de México, tiene un ataque de muerte y quiere confesarse.

—¿Dice usted que es una señora que viene de México?

—Sí, y parece muy rica.

—Entonces cumplamos con nuestro ministerio; siempre los ricos tienen algo más que arreglar que los pobres. ¡Los pobres! ¡Uf, qué lepra! ¡No tienen de qué arrepentirse, si no es de que no son ricos!

—Aquí nos quedamos nosotros despachando la correspondencia y aguardamos a usted—dijeron los frailes.

El clérigo se amarró una máscara que le cubría el rostro; se embozó en su capa, y salió a la calle, en dirección al hotel donde la señora pedía los auxilios religiosos.

La dama estaba en su lecho; era joven y bella; tenía amagos de una congestión cerebral, y, como se encontraba sola, más era el susto que la enfermedad.

Acercóse el sacerdote, y acariciándole la cabeza, le dijo:

—Hija mía, la confesión no es una señal segura de muerte, pero muy necesaria, porque la existencia es efímera y Dios sabe lo que determina. Dí tus pecados, que yo te ayudaré en tu examen de conciencia.

Muy en silencio comenzó el relato de los pecados.

Repentinamente el clérigo abrió desmesuradamente la boca, y exclamó:

— ¡Dios mío! ¡Privar a un hombre de la vida; venir a envenenarlo! ¡Tal vez esta enfermedad es castigo de Dios! La penitente inclinó la cabeza.

— ¿Y quién es ese desgraciado?

— Padre—murmuró la dama—, el general Osollo.

— ¡Caracoles!—gritó el clérigo—Explicame, hija mía, explicame; el crimen no es tan grande; veremos, veremos.

Alentada, la señora le dijo:

— Yo amaba a un hombre, era mi ilusión, era joven, no le había hecho mal a nadie.

La joven se puso a llorar amargamente.

— Continúa, hija mía, continúa.

— Se le puso en mientes entrar a la revolución liberal.

— Malo—dijo el clérigo.

— Pues bien; salió a la campaña y en la batalla de Salamanca, el general Osollo azuzó a sus soldados y lo lancearon.

— ¡Pobre joven!

— Entonces juré venganza delante de su cadáver, y he venido para envenenar al general Osollo.

El clérigo recapacitó un rato, y dijo:

— Los delitos o las faltas, siempre tienen algún principio de justicia: un joven tierno, valiente y enamorado, muriendo, dejando la vida en la lanza de un dragón azuzado por el empuje brutal de un jefe: ¡esto es horrible! Yo no culpo al corazón humano; así es en sus afecciones; así es en sus ímpetus incontenibles... ¡Hay un fondo, un fondo, un fondo!

No, no; si no eres tú; es eso que existe en el espíritu, que no admite contradicción; también en eso está la mano de Dios y lo estoy palpando en estos momentos... ¡Tú no sabes hasta dónde llega la Providencia!... ¡Hija mía, no has pecado: tú eres con tu pequeña venganza, la venganza del cielo!

— Yo me arrepiento, Padre.

— Tú has visto esa sangre derramada en los campos de batalla, esos montones de muertos, esas vidas sacrificadas, esas ciudades en ruinas... Algún día la misericordia divina ha de poner el «hasta aquí» a los verdugos y a los asesinos.

La dama comenzaba a fanatizarse.

— ¡Los crímenes de los hombres, cuando no los corrige la justicia humana, los detiene la mano de Dios!

— ¡Es verdad, es verdad!

— No se piensa en el cielo cuando se está ebrio de sangre y de matanza; no se cree que ha de llegar un día de expiación y de castigo; ¡y cuando menos se espera, aparece una mano armada, aunque sea la de una débil mujer, y asesta el golpe como el rayo de Dios!

— ¿Luego yo...?

— Sí—dijo el clérigo—, yo nada te digo; el cielo es quien te guía; tú tienes una misión que cumplir; si Dios se interpone, nada habrá pasado; pero si él lo permite, entonces es su voluntad, ante la cual debemos inclinarnos.

— ¡Padre! ¡Padre!

— Sigue tus impulsos, no te detengas, que no eres tú, sino Dios, el que está sobre la cabeza de ese hombre.

— Entonces, obedezco.

— Sí, nada temas; acaso la Iglesia te absuelva de lo que al parecer es un crimen, y, visto en su verdadero aspecto, es una providencia.

Salió el clérigo después de absolver a la enferma, que con aquella conversación había olvidado sus males.

Levantóse la novia de Armando, y rugiendo como una leona, exclamó:

— ¡Ya es mío!

## VIII

Al día siguiente recibió el general Osollo un billete que decía: «Si le es permitido a una señora citar a un caballero para un negocio que no es de amores, rogaría al caballeroso soldado viniere esta noche unos momentos; procuraré no ser importuna.»

Osollo contestó que acudiría a la cita. Por la tarde pasó frente al hotel, y vio a una joven elegante, asomada al balcón, y le pareció hermosa.

A pesar de la fórmula del billete, creyó que aquella cita tendría que degenerar en aventura.

Esperó impaciente la noche. Daban las once cuando entró en el hotel.

La dama había tomado una amplia habitación, haciéndola ajuarear desde luego.

Entró Osollo.

— Pase usted, señor general—dijo Rosa.

— Estoy a los pies de usted, señorita.

— Creo conocer a usted, o más bien, reconocerlo.

— Yo no guardo memoria, señorita.

— El día que triunfó usted en la toma del Hospicio.

— No fui yo, fueron mis soldados...

— Esa es mucha modestia—interrumpió Rosa—; ese día vi al bravo soldado al frente de sus fuerzas; llevaba usted el uniforme de coronel de cazadores.

— Es verdad.

— Y siendo ya general.

— Es cierto.

— Como la revolución ha sido el asunto del día, no extrañará usted que habiendo sido la figura principal, yo lo haya conocido.

— Es mucha honra para mí.

— Yo he sido entusiasta por esa causa y he arrojado laureles al paso de las tropas que se han portado tan valientemente.

—Señorita, permita usted: soy soldado nada más, y me faltan palabras.

—Hágase usted más justicia, señor general.

Osollo estaba encantado.

La dama continuó:

—Después vino la batalla de Salamanca. ¡Oh, qué bravo estuvo usted; qué carga de caballería tan bien dada!... ¡Aquello fué terrible; los dragones lanceaban a los infantes; su caballo de usted tropezaba con los muertos y atropellaba a los heridos; una nube de humo lo cubría todo, y la espada del general era el rayo que todo lo exterminaba, todo, por arrancar un lauro a la victoria!

—Señorita, estoy sorprendido con esa descripción.

—General, tiene el mérito de la verdad. Después nadie ha osado pararse frente a frente del héroe; todos han esquivado el encuentro. ¡Ah! ¿Por qué no han esperado el choque de ese acero?

—No sé ni qué responder, señorita; perdone usted mi rudeza.

—No la perdono, la aprecio, señor general.

—Señorita, mi cerebro se turba, mi corazón apresura sus pulsaciones, no sé qué me pasa en presencia de un espíritu superior.

—No soy más que mujer, que sé sentir, señor general.

La dama sonreía, dejando ver una dentadura blanca como el alabastro y luciente como el marfil bruñido.

Osollo estaba fascinado por aquella mujer.

—Vamos a hacer las amistades, señor general.

Se levantó y trajo en una charola de plata dos preciosas botellas de «baccarat» y dos copas del mismo cristal.

—¿Me permite usted, señorita?

—Perdone usted, caballero; a mí me toca la satisfacción de hacer a usted los honores.

Se sirvió de una botella.

—Este es algo fuerte; yo voy a tomar algo más suave, si usted me lo permite.

—Con mucho gusto, señorita; usted manda y yo obedezco.

—Caballero—dijo la dama, tocando suavemente su copa con la del general—, estamos en el campamento de la amistad; por la salud de usted.

—Por la gloria de haber conocido a usted, señorita.

Si el general hubiera sabido que aquella mujer se había descolgado por un cordel de la altura de un convento, le hubiera tenido miedo.

—Ahora vamos a hablar como dos buenos amigos.

—Ya escucho a usted, señorita, y con mucha atención.

—Yo soy entusiasta por la causa de la reacción; me parece romancesca.

Esos soldados con sus cruces como los de Palestina, ese im-

petu religioso como el de Pedro el Hermitaño, me cautivan; me parece que pelean por su Dios y por su dama.

—Desde hoy, ésa será mi enseña.

—¿También por el Rey, señor general?

—No, señora; ese Rey que está en el Palacio de México, no me inspira respeto.

—A mí menos, señor general.

Osollo se echó a reír.

—Pues bien—continuó la dama—; yo quiero poner mi óbolo en el platillo de la revolución, y ése es el objeto de mi cita.

—No comprendo.

—Me explicaré. Soy rica, no mucho, pero no hago sacrificio; quiero donar 20,000 pesos al ejército, que está en un mal momento.

Mis fondos están en poder de Santiago Varona, un comerciante honrado y persona muy fina.

Mañana los tendré en mi poder; puede usted enviar por ellos, si me dispensa la satisfacción de aceptarlos.

—Voy a ser franco, señora.

—Hable usted, señor general; pero antes refresque usted sus labios.

El general quiso servir, pero se encontró atrojado: no tenía más que una mano.

—Es una desgracia ser manco, señorita—dijo con toda la rudeza del soldado.

—Hay hombres, caballero, que no deben tener más que una mano; ¿qué haría usted con dos corazones tan grandes como el suyo?

Osollo no encontró una frase con que responder a aquella galantería.

—Señorita, ¿me permite usted preguntarle su nombre?

—Ese es mi secreto; si deseo que mi donativo quede en el anónimo, ¿cómo iba yo a revelar mi nombre?... Tal vez mañana, porque supongo que no será la última vez que nos veamos.

—¿Mañana y todos los días!—exclamó Osollo.

—No tan de prisa, señor general. Conque decía usted...

—Que iba a ser franco. Estamos en la miseria, al grado de que ya desconfiamos de nuestro ejército, y más en estos momentos en que la revolución crece y crece como una ola próxima a envolvernos.

—¿Tan grave es la situación?

—Sí, muy grave; queda el rencor, la fiebre de aniquilar; pero es la fiebre de la impotencia. Todo el entusiasmo se apaga por momentos; creímos dominar a la revolución, y la revolución nos domina, porque mientras ella lleva una idea en sus banderas, nosotros no la tenemos; y si la tenemos, es una idea vieja y apolillada que ya no puede satisfacer nuestra época.

—Muy bien, señor general.

— Ya el papel de devotos nos va cansando, por lo menos a mí, que aborrezco esas farsas y en las que el pueblo no va creyendo; somos un sol que declina, sentimos que se va el calor y llega el yerto frío de la noche. No sabemos a qué punto acudir; por todas partes se levantan, y el día en que se organicen, estamos perdidos.

— Pero esto es horrible, señor general.

— ¡Sí, horrible! Creíamos en el partido conservador y son unos viejos inservibles. Creíamos en el clero y es una reunión egoísta que nos verá impasible caer, aunque lo arrastremos en nuestra caída. Quiere salvar sus millones y nos abandona. ¡Juárez vendrá a posesionarse de todo!

Brillaba la satisfacción en el rostro de la dama; todo aquello era su venganza.

— En estas circunstancias—continuó Osollo—, no sabemos qué hacer; esos empréstitos forzosos, son robos disimulados, y así no es posible la existencia de un Gobierno y menos de un ejército.

— Es verdad, señor general.

— Tengo que aceptar, no obstante mi delicadeza de soldado y de caballero, porque ese dinero es salvador en estos momentos; pero ruego a usted que lo estime como un préstamo hecho a mí personalmente.

— Caballero, usted es otra cosa; puede usted disponer de cuanto guste; soy muy rica.

— Señorita, estoy profundamente humillado, porque delante de usted quisiera ser grande, poderoso, para tirar a los pies de usted desde un tesoro, hasta mi espada, porque en estos momentos siento algo extraordinario en mi cerebro. Usted enloquece mi corazón. Nunca había estado al lado de una mujer así; todas las he encontrado vulgares y usted se levanta sobre todas. Hay un fuego en mi pecho que me impulsa hacia usted con una adoración reverente, que yo no conocía en mi pecho de soldado. Todo gira en mi alrededor, la luz aniquila mis pupilas, el ámbar de esta estancia me narcotiza, sus ojos de usted, sus cabellos que flotan, su aliento que resbala sobre mi frente... ¡No sé, no me explico, estoy fuera de mí!

— Cállese usted, señor general; es el humo de ese vino y nada más.

Paróse la dama, y tomando el sombrero y presentándolo a Osollo, le dijo:

— La una acaba de sonar; mañana nos veremos, si usted me lo ofrece.

— Lo juro, como juro también por esta noche de sonambulismo que paso, que le arrancaré sus tesoros a esa Iglesia, que me ha sujetado a una humillación tan tremenda.

— ¿Y mi billete, señor general?

— Aquí está.

Osollo sacó el billete y se lo entregó a Rosa.

— Ahora—dijo la dama—entreguémosle a la llama para que no quede de lo que hemos pactado esta noche, ni sombra ni memoria.

— ¡Era ya un tesoro para mí!—exclamó aturdido el general.

— Ya tendrá usted algo más. ¡Mire usted—dijo, poniendo a la llama el billete—, vea usted primero el fuego, luego la ceniza, después... la sombra!

Osollo sintió algo terrible en el corazón, y besando respetuosamente la mano que le tendió Rosa, salió loco del aposento de la joven.

## IX

Llegó el clérigo a la casa donde lo esperaban sus compañeros.

— Reverendos Padres—dijo—, Dios está con nosotros.

— Hable usted, capellán.

— Me llamaba una ilusa, una endemoniada, y la he recibido en confesión.

— Y bien...—dijo un fraile.

— Que cuando menos lo esperaba, me confiesa que...

— ¡Hable usted, por Dios Santo!

— Pues venía a envenenar a Osollo.

— ¡Loado sea el Señor!—dijeron los frailes.

— ¿Y qué pasó?—dijo el fraile con ansiedad.

— Lo que estaba en mi deber: junto al crimen estaba el castigo.

— Y bien...

— Yo le dije que si Dios lo permitía, debía realizarse su justicia suprema.

— Debía haberse añadido que su mano armada como la de Judit, debía descargarse en nombre de Dios sobre aquella cabeza.

— La mujer es impetuosa, enamorada, vengativa; no se necesitaba impulsarla: estaba bien prevenida.

— Entonces esperemos, y si se realiza, es necesario guardar el más riguroso secreto.

— Y así lo haremos.

— Y más—continuó el capellán—que las cosas van de mal en peor. Blanco ha tomado a Lagos, la acción revolucionaria está pujante, hierven los herejes, casi estamos perdidos, la toma de Zacatecas es terrible, nos van acorralando y más aún con esa táctica de tomar las plazas, hacerse de recursos y abandonarlas en seguida.

— A eso llaman estos imbéciles, victorias, cuando los herejes se los están devorando.

— Con Zuloaga a la cabeza, todas las revoluciones se pierden.

— Estamos llenos de inservibles.

— Si Monseñor Labastida fuera Presidente, sería otra cosa;

ese hombre tiene más empuje que todos estos soldados juntos.

—El único bueno era Osollo, y ya lo han visto ustedes esta noche, ¡qué abominación!

—Pero ya nos deshicimos de este espadachín.

La guerra se ha ensangrentado; ya saben, señores, el asesinato de Herrera y Cairo.

—No sabemos pormenores.

—El bárbaro de Piélagos, lo sacó de su hacienda, la Providencia; pidió rescate, y cuando iban a dárselo, lo fusiló impiamente.

—¡Qué atrocidad!

—Todo Jalisco ha protestado, lleno de indignación; es decir, ya tenemos el Estado en contra.

—Estos soldados que corren en las batallas, están listos para estas escenas que nos desconciertan ante el mundo.

—Ya en el Sur de Jalisco se organizan fuerzas, y todas son amenazas.

—Degollado, ese hombre infatigable, ha levantado el sitio de Guadalajara, pero eso no es una fuga, es una táctica.

—Y ya muy conocida—dijo el clérigo.

—Es cierto que han derrotado a Garza en Tampico, pero las hostilidades siguen terribles en el Bajío; yo voy ya desconfiando del éxito.

Todos quedaron en silencio.

—Sería bueno—dijo el clérigo—suspender todas las comunicaciones, hasta saber si realiza sus planes esa alucinada.

—Sí, esperemos para no infundir sospechas.

—Yo creo que no pasa de dos o tres días sin que tengamos noticias

## X

Llamaron violentamente a la puerta...

—Pase—dijo aparentando tranquilidad el clérigo.

Entró un oficial.

—¿Qué se ofrece, caballero?

—Señor, mi general Osollo está muy malo, la fiebre sube por momentos, y el doctor ha dispuesto que reciba los santos sacramentos antes de que pierda la cabeza, que ya tiene muy trastornada.

—Voy al momento.

—Pues con permiso de usted—dijo el oficial, y salió apresuradamente.

—¡Ya está hecho todo!—dijo un fraile.

—Malditas mujeres—agregó el otro.

—Diga usted: ¡benditas!—exclamó el clérigo.

—Hay algo providencial en todo esto.

—Como no sea providencial para la revolución—murmuró el clérigo.

—Si el enfermo le dice a usted, señor Capellán, que haga

alguna revelación, se la calla usted, porque esa mujer podría contar lo que ha pasado.

—Descuide Su Paternidad, que no nació ayer.

—Muy bien.

—Y si dice cualquier cosa por la cual pudiera descubrirse algo, lo achacaremos a la fiebre.

—¿Y qué le habrá dado esa mujer?

—¡Quién sabe! Pero ha de ser de lo bueno.

—Váyase usted, Capellán, porque el negocio urge.

—Por el contrario, mientras más se extravíe, estamos mejor.

—Ya lo tenía pensado. Adiós.

—Adiós y buena fortuna.

## XI

El capellán se embozó hasta los ojos y se dirigió a la casa del general, que ya estaba herido de muerte.

El general Osollo estaba atacado de una fiebre voraz y deliraba constantemente.

La casa estaba completamente invadida de jefes y oficiales y de las familias principales de San Luis.

Por supuesto, lo que sucede en estos casos, todos eran chismes, enredos, enamoramientos, sátiras y cuentos; el enfermo era un accidente.

Pasó el clérigo muy ceremonioso entre aquella multitud curiosa y entró en la recámara del enfermo.

Osollo estaba en un momento lúcido.

—Padre—le dijo—, antes que todo, que detengan a una mujer que está en... no recuerdo dónde; esa me ha envenenado.

—Se hará como gustes, hijo mío; pero vamos ahora a lo que importa, la salvación de tu alma.

—Si yo no tengo alma—gritó Osollo.

—Pues bien, sosiégate, hijo mío, y confíesame tus faltas.

—Yo soy soldado—exclamó Osollo—y no tengo más faltas que estar reunido con estos frailes maldecidos.

—¡Ave María Purísima!—dijo el capellán, y luego para sus adentros murmuró:

—Pues ya te clavaste.

—Yo pienso vivir para transformar a este país; yo vengo de allá y me parece que he caído en el tiro de una mina.

—¡Recobra tu calma, hijo mío!

—Pero usted, ¿a qué, a qué viene? ¿Lo manda acaso esa mujer? ¡Qué hermosa me ha parecido!... No, yo no sabía lo que era una mujer...

—Pues ya lo irás sabiendo—dijo entre dientes el clérigo.

—Estoy deslumbrado... Pero esas caballerías, ¿por qué no entran?... ¡Adelante!... ¡El fuego es terrible, pero no importa!

ésa es la guerra!... ¡Que entre esa caballería! ¡Para qué sirve? ¡Por qué se detiene?... ¡Fuego! ¡Fuego!

El clérigo no insistió; se quedó callado, haciendo tiempo de que se agravara más y más el enfermo.

Después de una hora dejó el aposento, y dijo a la concurrencia:

—¡Es un ángel! ¡Qué arrepentimiento! Dios le va a premiar los sacrificios que ha hecho por la Santa Religión; no tiene más que palabras dulces y tiernas.

En ese momento se escuchó una andanada de desvergüenzas que salían de la boca del general.

Todos se rieron por lo bajo y el clérigo salió corriendo de aquella casa.

El 18 de julio de 1858 anunció el telégrafo que el señor general Luis Osollo había dejado de existir, muriendo contrito, en el seno de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

## XII

Luego que Rosa vió abrir los balcones de la casa y salir esa luz siniestra de los cirios que alumbran los cadáveres, se dirigió al hotel y dispuso su equipaje para regresar a México.

Mientras daban las cuatro de la mañana, hora en que partía la diligencia, se paró frente a la casa.

—Ya estás ahí como Armando. ¡Al menos, él murió combatiendo, y tú, el primer general de la reacción, has expirado bajo las sábanas, como un clérigo! ¡Pobre espadachín!... ¡Te librate del plomo y del acero, y caíste bajo el tósigo propinado por una muejr!... Pero no soy yo sola: me han ayudado tus aliados y amigos; ellos me dieron el último impulso. Si yo, al crearme en peligro de muerte, denuncié mi intención, ellos pudieron evitar la tuya. Pero no. ¡Te desconfiaban, querían que desaparecieras, y yo me gozo en este fin trágico que satisface mi venganza!... ¡Tú me privaste de mi amor, de mi porvenir, y yo te privo de la existencia!... Pero no he concluido todavía; ayudaré a la revolución en cuanto pueda. Después de esto, todo es pequeño.

Quedóse un momento callada, y sus pupilas resplandecían con la luz melancólica de los cirios. Después continuó:

—Te ofrecí veinte mil pesos; te hubiera ofrecido más, más todavía. Al fin, todas eran cifras imaginarias... ¡Y sin embargo, ellas pudieron descubrirme lo más hondo de tus secretos!... Pobres, desprestigiados, aborrecidos, no esperan sino que se consume una derrota que ya está latente... Queda un solo soldado, uno nada más: Miramón. Ese se aturdirá con el humo del poder... ¡Todo está perdido, y perdido para siempre!... ¡Hemos triunfado!

Después se abrió el vestido y sacó del seno el escapulario ensangrentado que Isabel había quitado del cuello de Armando.

—Ya esta prenda nada tiene que ver conmigo. Juré llevarla hasta este momento que toco con alegría feroz.

Despedazó el escapulario, y arrojó al viento los jirones.

Dieron las cuatro.

A pocos momentos se oyó el rodar estrepitoso de la diligencia que llevaba a la aurora de aquella tragedia.

## CAPITULO X

## SOBRE LA BRECHA

## I

No volvía en sí el Gobierno reaccionario, de ese golpe terrible de la muerte de Osollo, cuando vió acercarse el ejército de las «blusas coloradas», a celebrar con sus baterías los funerales de la primera espada de la reacción.

El ejército del Norte, vencedor de Zacatecas, se encaminaba a la plaza de San Luis.

La revolución crecía y crecía, como la lava que vomitan los volcanes.

La zona de Veracruz en los litorales del Atlántico, los vastos terrenos del Norte y de Occidente, Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sonora, y siguiendo al Sur de Colima, la parte de Jalisco, Michoacán, Guerrero, Chiapas y Oaxaca, siendo las bases de operación las capitales de los Estados sobre la zona.

Allí se peleaba sin descanso en mil relances de guerra, que sólo a los historiadores les es dado puntualizar.

Apareció el gran soldado de Michoacán, García Pueblita, el jefe más popular de aquel Estado y con sus fuerzas invadió toda la zona de Guanajuato, haciendo sus correrías en el Bajo con una rapidez vertiginosa.

## II

Pedro y el alemán, que iban en el ejército del Norte, habían estrechado su amistad y no se separaban un instante.

—Mañana llueve fuego sobre San Luis—decía Pedro, entusiasmado.

—Sí—contestó Carlos—; mañana a estas horas, o estamos muertos o nos hemos apoderado de la plaza.

—¿Y qué diablos de rencillas hay con el general en jefe?

—Yo sospecho—contestó Pedro—que el negocio anda muy mal; este general Vidaurri, quiere alzarse con el santo y la limosna.

—Ya me lo tenía tragado—dijo Carlos.

—No quiere obedecer, ni reconoce al Gobierno de Veracruz; está haciendo su rancho aparte.

ésa es la guerra!... ¡Que entre esa caballería! ¡Para qué sirve? ¡Por qué se detiene?... ¡Fuego! ¡Fuego!

El clérigo no insistió; se quedó callado, haciendo tiempo de que se agravara más y más el enfermo.

Después de una hora dejó el aposento, y dijo a la concurrencia:

—¡Es un ángel! ¡Qué arrepentimiento! Dios le va a premiar los sacrificios que ha hecho por la Santa Religión; no tiene más que palabras dulces y tiernas.

En ese momento se escuchó una andanada de desvergüenzas que salían de la boca del general.

Todos se rieron por lo bajo y el clérigo salió corriendo de aquella casa.

El 18 de julio de 1858 anunció el telégrafo que el señor general Luis Osollo había dejado de existir, muriendo contrito, en el seno de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

## XII

Luego que Rosa vió abrir los balcones de la casa y salir esa luz siniestra de los cirios que alumbran los cadáveres, se dirigió al hotel y dispuso su equipaje para regresar a México.

Mientras daban las cuatro de la mañana, hora en que partía la diligencia, se paró frente a la casa.

—Ya estás ahí como Armando. ¡Al menos, él murió combatiendo, y tú, el primer general de la reacción, has expirado bajo las sábanas, como un clérigo! ¡Pobre espadachín!... ¡Te librate del plomo y del acero, y caíste bajo el tósigo propinado por una muejr!... Pero no soy yo sola: me han ayudado tus aliados y amigos; ellos me dieron el último impulso. Si yo, al crearme en peligro de muerte, denuncié mi intención, ellos pudieron evitar la tuya. Pero no. ¡Te desconfiaban, querían que desaparecieras, y yo me gozo en este fin trágico que satisface mi venganza!... ¡Tú me privaste de mi amor, de mi porvenir, y yo te privo de la existencia!... Pero no he concluido todavía; ayudaré a la revolución en cuanto pueda. Después de esto, todo es pequeño.

Quedóse un momento callada, y sus pupilas resplandecían con la luz melancólica de los cirios. Después continuó:

—Te ofrecí veinte mil pesos; te hubiera ofrecido más, más todavía. Al fin, todas eran cifras imaginarias... ¡Y sin embargo, ellas pudieron descubrirme lo más hondo de tus secretos!... Pobres, desprestigiados, aborrecidos, no esperan sino que se consume una derrota que ya está latente... Queda un solo soldado, uno nada más: Miramón. Ese se aturdirá con el humo del poder... ¡Todo está perdido, y perdido para siempre!... ¡Hemos triunfado!

Después se abrió el vestido y sacó del seno el escapulario ensangrentado que Isabel había quitado del cuello de Armando.

—Ya esta prenda nada tiene que ver conmigo. Juré llevarla hasta este momento que toco con alegría feroz.

Despedazó el escapulario, y arrojó al viento los jirones.

Dieron las cuatro.

A pocos momentos se oyó el rodar estrepitoso de la diligencia que llevaba a la aurora de aquella tragedia.

## CAPITULO X

### SOBRE LA BRECHA

#### I

No volvía en sí el Gobierno reaccionario, de ese golpe terrible de la muerte de Osollo, cuando vió acercarse el ejército de las «blusas coloradas», a celebrar con sus baterías los funerales de la primera espada de la reacción.

El ejército del Norte, vencedor de Zacatecas, se encaminaba a la plaza de San Luis.

La revolución crecía y crecía, como la lava que vomitan los volcanes.

La zona de Veracruz en los litorales del Atlántico, los vastos terrenos del Norte y de Occidente, Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sonora, y siguiendo al Sur de Colima, la parte de Jalisco, Michoacán, Guerrero, Chiapas y Oaxaca, siendo las bases de operación las capitales de los Estados sobre la zona.

Allí se peleaba sin descanso en mil relances de guerra, que sólo a los historiadores les es dado puntualizar.

Apareció el gran soldado de Michoacán, García Pueblita, el jefe más popular de aquel Estado y con sus fuerzas invadió toda la zona de Guanajuato, haciendo sus correrías en el Bajo con una rapidez vertiginosa.

#### II

Pedro y el alemán, que iban en el ejército del Norte, habían estrechado su amistad y no se separaban un instante.

—Mañana llueve fuego sobre San Luis—decía Pedro, entusiasmado.

—Sí—contestó Carlos—; mañana a estas horas, o estamos muertos o nos hemos apoderado de la plaza.

—¿Y qué diablos de rencillas hay con el general en jefe?

—Yo sospecho—contestó Pedro—que el negocio anda muy mal; este general Vidaurri, quiere alzarse con el santo y la limosna.

—Ya me lo tenía tragado—dijo Carlos.

—No quiere obedecer, ni reconoce al Gobierno de Veracruz; está haciendo su rancho aparte.



- Pues si se pierde la unidad, vamos a dar al traste con la revolución.
- Este viejo maldito es capaz de todo. Afortunadamente, los fronterizos son leales.
- Sí, pero observa que ya todos nos están abandonando y que nos vamos a quedar aislados.
- Eso quiere decir que por causa de Vidaurri, nos van a sacrificar.
- El general Blanco está disgustado, lo mismo que Aramberrí e Hinojosa.
- Esos no se atarantan; ya saben que la nación reconoce al señor Juárez, y no han de salir del cartabón.
- Por ahora la atención está fija en nosotros; nuestras victorias los tienen alarmados, y se dirigen ya exclusivamente sobre nuestro cuerpo de ejército.
- Vamos a pasarla mal.
- Sí, muy mal; así lo creo.
- Por ahora vamos bien; en San Luis la tropa está desmoralizada con la muerte de Osollo, y Miramón va sobre Guadalajara; se pone a gran distancia; este tiempo no se nos escapa.
- Como han comprendido nuestro movimiento, están preparados.
- Nuestra fuerza tiene mucho entusiasmo, y venceremos.
- Estos mochos ya no triunfan; sino por accidente, se defienden como gatos boca arriba.
- Veremos quién se muere.
- Mira, ya se ven las torres de la ciudad, ya con los anteojos nos deben haber percibido.
- Desde hace una hora, sólo con ver la polvareda.
- Yo no quiero morir—dijo Pedro—; porque tengo cuentas pendientes.
- ¿Con quién?
- Con una familia de mochos. Me escribe mi novia que la van a casar con un beato.
- Estás divertido, y ni modo de acercarse a México.
- ¡Quién sabe! Ella está dilatando el negocio, y puede ser que llegue yo a tiempo. Figúrate que es lindísima; tiene unos ojos negros y lucientes como dos estrellas, y una boca más hermosa, que dan ganas de comérsela. ¡Y qué piel! ¡Y qué cintura!
- ¡Bravo!—gritó Carlos.
- Esa mujer no se hizo para un devoto; es liberal hasta las entrañas y graciosa como no hay dos, y eso de que se la lleven, tiene sus bemoles.
- ¿Y si ya se casó?
- Se la quito al marido y le doy una paliza para que no se vuelva a acordar de su mujer.
- ¿Y si él te la da a ti para que no vuelvas a acordarte de la suya?

- Entonces veremos quién lleva el gato al agua. Se dan casos.
- Aprende de mí; estoy apasionado de una alemana, se llama Ofelia, alta, color de amapola, rubia, delgada y un corazón de prusiano que ni Bismarck.
- ¿Y está en México?
- Sí, es una historia.
- Cuéntala, y pronto, porque ya vamos a ponernos en tren de combate; ya la vanguardia se aproxima a las goteras de la ciudad, y si salen, se va a armar la de Dios es Cristo.
- Ya te daré detalles; por ahora es necesario que sepas, por lo que nos pueda ocurrir, que ha llegado con una parienta sumamente honrada.
- ¿Y tiene fondos?
- Muchos.
- Entonces estamos bien.
- Ya lo creo.
- Cuenta, cuenta.
- Ofelia es hija de una mujer que fué bellísima y aun conserva su hermosura. Su padre era un jugador que había perdido una docena de fortunas y las había vuelto a recuperar.
- Una noche, noche terrible, jugaba con un polaco diamantista, que era millonario; la fortuna iba en pos de ese hombre sin abandonarlo.
- En los baños de Baden, tú sabes que se reúne lo más granado de Europa; allí la madre de Ofelia era la perla: no había una dama que rivalizara con ella.
- Joven, rica, elegante, apuesta, y bellísima, era, después del juego, el atractivo de aquellas estruendosas fiestas.
- El polaco se enamoró locamente de ella; pero fatalmente era casado.
- No obstante, el polaco sobresalía en atenciones y en obsequios; pero la joven lo veía con frialdad.
- Vencerán mis millones—se decía el diamantista.
- El padre de Ofelia tenía una de las partidas más ricas.
- El polaco iba persiguiendo una idea.
- Sentóse a la mesa, y sacó su cartera, llena de inmensos valores. Estuvo como un cuarto de hora, viendo los lances del juego, y cuando llegó el momento, según sus cálculos, puso una gran cantidad y ganó el albur.
- Los monteros se pusieron pálidos.
- En seguida dobló la cantidad, que también ganó.
- Le había dado un golpe tremendo a la partida.
- Encendió un tabaco y volvió a esperar.
- Aquel hombre sabía mucho; ni se inmutaba al correr de las cartas.
- Pasó un cuarto de hora, y triplicando la cantidad, tornó a ganar la apuesta.
- El «monte» estaba perdido.

Levantóse el polaco, y llamando al padre de Ofelia, le dijo:

—Caballero, ha perdido usted una suma cuantiosa.

—Es verdad, pero esperamos que usted nos dispense la re-  
vancha.

—No puede ser, no juego más.

Era la esperanza que se derrumbaba delante de la ruina.

—Sea como usted guste—dijo el padre de Ofelia, disimu-  
lando su angustia.

—Está bien—respondió el polaco—; jugaré una media hora.

Brillaron los ojos del montero.

Era necesario apelar a algo extraordinario, que se puso  
desde luego en práctica.

El polaco perdió el primer albur.

Aquella era una estrategia; conocía mejor que los monte-  
ros lo que estaba pasando.

Tiró su cartera sobre una carta.

Una sonrisa tembló en los labios del padre de Ofelia.

Cuando ya la mesa estaba cubierta de apuestas y el albur  
se iba a correr, el polaco tomó su cartera y la puso a la  
carta contraria.

Pasó un vértigo por el cerebro del montero, pero no había  
remedio, la carta estaba en la puerta.

La banca estaba desmontada.

El polaco se levantó diciendo:

—Dejo depositado ese dinero.

Entonces el padre de Ofelia fué el que llamó al diamantista.

—Esta es mi hora—pensó el polaco.

—Caballero—le dijo—, ¿podría usted dejarnos esa suma  
mientras telegrafiamos a París? Porque debe comprender  
que no esperábamos ese golpe.

—Es verdad; pero no estoy en situación de hacer este ne-  
gocio.

—Podría usted poner sus condiciones.

—Déme usted garantía.

—Para esta cantidad, no es fácil encontrarla aquí.

—Entonces...

—Mi hija tiene una dote.

—¿Llega a la cantidad?

—Probablemente, no.

—Entonces...

El padre de Ofelia estaba febricitante con aquella ruina es-  
pantosa.

Desde que se levantó de la mesa, ya nadie le hablaba, ni  
los apasionados de su hija: estaba para volverse loco.

El diamantista lo llevaba pausadamente al borde del abis-  
mo.

—Ya ve usted, doscientas mil libras, es una cantidad que  
se debe estimar en algo.

—Ahora veo que es una suma enorme, ahora que la he  
perdido.

—En el juego todo es fácil de recobrar.

—¡Pero si ya no tengo nada!—gritó con desesperación el  
jugador.

—Entonces...

—Caballero, toco el último extremo: le vendo a usted a  
mi hija.

Eso era lo que esperaba el polaco; daba por ella lo que  
nada le había costado.

—Acepto—dijo fríamente el diamantista—, siempre que sea  
la voluntad de la señorita.

—Su voluntad es la mía.

Salió corriendo y llegó con su hija.

## III

Nunca había estado aquella mujer más bella.

La palidez que la cubría, daba más realce a su belleza.

Al saberse el derrumbe, huyeron del árbol todos los pája-  
ros; quedaron sólo los viejos calaveras, en espera de lo que  
siempre acontece: una nueva mujer en el gran mundo.

—Ven, hija—le dijo el jugador; y tomándola del brazo,  
la llevó a la pieza reservada en que estaba el polaco.

—Hija mía—le dijo en tono angustiado—, el señor te ama;  
es dueño de una inmensa fortuna, que yo no puedo ofrecerte;  
además, es mi salvador, me ha prestado un millón para sal-  
dar mis compromisos y restaurar mi fortuna, que esta no-  
che ha desaparecido.

—¿Y bien?

—Que... tú te vas a ir con él.

—Pero el señor es casado.

—Pero yo estoy al borde de un precipicio, y en tus manos  
está mi salvación.

—¡No puede ser!—dijo resuelta la joven.

—¿Que no puede ser?... Está bien. ¡Pero lo que sí puede  
ser, es que yo me levante la tapa de los sesos!

Sacó el revólver y lo preparó violentamente.

La joven le arrebató la pistola, y la arrojó con desdén al  
suelo.

—Vámonos; pero antes, déme usted el precio de la venta.

El polaco sacó la cartera, y confuso, se la entregó a la hija  
del jugador.

—Ahí está eso—dijo la joven; y tiró la cartera a los pies  
de su padre.

—¿A dónde vamos?—preguntó al diamantista.

—A donde usted guste, señorita.

—A París.

## IV

Se dirigieron a la estación. Llegaron a París. El polaco

tenía un palacio y ya había teleografiado para que todo estuviera preparado con gran lujo.

La joven estaba alegre; ocultaba los tormentos de su cerebro bajo el dulce rayo de su mirada y la sonrisa encantadora de su linda boca.

El polaco estaba enteramente bajo el poder magnético de aquella mujer.

No le quitaba la vista; se bañaba en el perfume que se evaporaba de aquel cuerpo gentil; se sentía profundamente apasionado.

Luego que quedaron instalados, el polaco mandó llamar a su notario, y mientras llegaba se puso a escribir.

La casa estaba magnífica; cuanto puede ofrecer el deslumbrante lujo parisiense.

La joven, aunque estaba familiarizada con aquel espectáculo, se sentía satisfecha, al ver tan espléndido el templo de su deshonra.

Ya había entrado en el prólogo de su existencia definitiva; ya era hora de entrar en el acto primero.

Su padre era jugador; justo era que ella jugase con la fortuna.

Su cabeza parisiense la arrastraba a las locas aventuras; decididamente no estaba hecha para el hogar.

Pero esos genios calaveras, gustan de hacer todo a su satisfacción, pero sin que nadie se lo imponga; y la joven estaba visiblemente contrariada con aquel hombre.

—Pero no todo puede combinarse—decía—. Al fin ha de ser alguno; que sea éste.

Su amor propio estaba resentido.

Por su voluntad se hubiera lanzado a abismos más hondos; pero vendida como esclava, le daba vergüenza, se rebajaba su orgullo.

Aquí nacía el pensamiento de la venganza.

Quería tomar la revancha de un hombre impío, que tan fríamente había convenido una venta vergonzosa, como en el mercado.

Pero su padre era más infame todavía.

Luego, reflexionaba.

Todo padre anhela porque se case su hija con un rico; ésta es una venta disimulada, con la diferencia de que la hija es la que recibe el premio.

De todas maneras, ella no estaba resuelta a sacrificarse; tenía un carácter demasiado independiente para someterse.

Además, aquello tenía por parte del diamantista un carácter de aventura. ¡Quién sabe cómo será mañana!

Por ahora estaba loco, pero con el tiempo recobraría el juicio.

La joven no había nacido para llorarse abandonada, sino para abandonar.

Esperó resuelta.

El polaco redactó un legado secreto, dedicando a la joven un caudal inmenso.

—Si se porta bien conmigo, será inmensamente rica; tendré su felicidad en mis manos: o su amor, o este legado parece entre las llamas.

Ya estaba celoso con anticipación.

Llegó el notario.

—Caballero, ¿qué se ofrece?

—Muy poco, señor notario: dejar en poder de usted este legado secreto, para que lo cumpla con entera religiosidad.

—Con entera honradez, querrá usted decir.

—Sí, de las dos maneras; usted sabe que tiene mi confianza ilimitada.

—He recibido bastantes pruebas.

El notario guardó cuidadosamente el pliego sellado.

—Muy bien. ¿No se ofrece otra cosa?

—Sí; ya me olvidaba. Guarde usted ese cartucho de oro; es un recuerdo de Baden; he ganado mucho.

—Gracias, caballero, gracias—dijo el notario, tomando el oro del diamantista.

Lo que deseo es que no me llegue la hora de cumplir con este encargo; porque yo le deseo, como será probablemente, una larga existencia.

—¡Quién sabe, amigo mío; quién sabe!

—Por ahora no hay temor—dijo el notario; y saludando respetuosamente, dejó la casa del diamantista.

## V

La joven y el polaco pasaron el día juntos; en la tarde pasearon por el Bosque en un carruaje, que hizo sensación.

En la noche se presentaron en un palco de la Opera.

La joven llevaba lo más espléndido de las alhajas del diamantista.

Aquella era una profusión de brillantes y de cuantas piedras exquisitas estaban en boga en París, y todo llevado con elegancia suprema.

Esta es mi grande exhibición—pensaba la joven.

Volvieron a la casa.

La cámara de aquella desposada, sin cura y sin juez, parecía un sueño de las «Mil y una noches». Era un todo con la belleza de aquella mujer; allí estaba como vívida chispa del cerebro de París.

El polaco parecía un monstruo de la mitología, apasionado de una deidad.

El Júpiter transformado en toro blanco, lamiendo los pies de la Ninfa Europa.

El cisne metiendo el pico en la boca de Leda.

Fatigado del ardor salvaje y caldeado por el fuego de una

ilusión realizada, cedió su organismo anemiado, y cayó en un profundo sueño.

La joven se levantó desesperada, se vistió, y en el aposento inmediato escribió estas líneas:

«Caballero: El sacrificio está consumado, y realizada la venta. No tengo más que hacer aquí. Ruego a usted que no me busque, porque sería inútil.»

Dejó sobre la chimenea el billete y salió para siempre de aquella casa maldita, primera estación para el abismo.

Pasaron tres horas cuando el polaco se despertó; buscó a su lado, llamó; todo estaba desierto.

Se levantó violentamente, y vió en la chimenea el papel, lo leyó con ansiedad, y sus ojos y su boca se abrieron desmesuradamente.

—¿Dónde? ¿Dónde se ha ido esa mujer?

Sobre sus gruesos labios palpitaban los besos de rabia de la joven.

—¡Oh!—exclamó lleno de ira y de desesperación—. ¡Se ha ido para siempre!

Se abrazó a los almohadones, que conservaban el aroma de aquellos suaves cabellos, el olor de amor de aquella mujer sublime.

Tomó los vestidos que había dejado sobre un sillón; metió el rostro entre las telas; aspiró, como si quisiera atraer con su aliento a aquella mujer que arrastraba su existencia.

Loco, desesperado, flaqueándole las piernas y reventándosele el pecho con los fuertes latidos del corazón, estrujaba el billete y lo mordía con desesperación.

Cayó un velo negro sobre su cerebro, se apagó la luz del sol, se extinguió el último relámpago de su inteligencia, rugió como las fieras, y echando mano de una pistola que tenía sobre una mesa de noche, la preparó, y, con la violencia del rayo, se hizo un disparo en las regiones del corazón.

Su muerte fué instantánea.

Acudió la servidumbre; y la autoridad y el reportazgo tomaron nota del suceso.

## VI

A los pocos días se hicieron convocatorias y la joven supo que se la llamaba para entregarle un legado riquísimo.

—¡Pobre hombre!—decía el notario—Ya sospechaba yo, en sus últimas palabras, que iba a venir una catástrofe.

A poco tiempo, la joven se sintió madre.

Dió a luz una niña que tuvo en su poder, mientras no podía enterarse de lo que pasaba.

Una nueva cocotte apareció en París, bella, sin rival, rica y despilfarrada como ninguna. Los hombres más ricos, los elegantes más calaveras, todos a su vez, pasaron por delante de la mujer de moda, consumando sus fortunas.

Creció la niña y la entregó a uno de los colegios más buenos de París.

La niña llevaba el apellido de su padre.

Una compañera de colegio, reveló a la niña, la vida de la madre.

Ofelia se resintió profundamente, y encarándose con la madre, la interrogó.

—Es verdad—le dijo; y le contó su historia.

La madre había depositado la herencia a nombre de su hija.

—Todo eso te pertenece—le dijo—; nada es mío, y no he tocado un solo céntimo; he pasado aflicciones grandes, y está intacto tu legado.

Ofelia designó la mitad de su herencia para la madre, y un día desapareció de París.

Ofelia tiene un carácter extravagante; vino sola a los Estados Unidos, visitó el Niágara, pasó a la California, estuvo en una cacería de jabalíes en aquellos desiertos, y se le puso venir a México. Yo la conocí en el Real del Monte, en una casa inglesa.

Sin temor alguno, bajaba por los malacates a las minas más profundas; nada la asusta.

Yo le simpatiqué, y ella me abordó:

—¿Quiere usted casarse conmigo?

—No—le dije—; soy pobre.

—No importa; yo tengo dinero.

—Yo sé, Ofelia, que el oro de la mujer se convierte en hierro para los hombres.

—Entonces, márchese usted a la revolución; ahí está el porvenir; o la muerte o la felicidad.

—Acepto—le dije—. ¿Y sería usted capaz de esperarme?

Ofelia me tendió la mano.

—Lucharé con valor; la imagen de usted me acompañará en los combates; seré un buen soldado, pensando siempre en la recompensa, que será mi felicidad.

—¡Vete!—me dijo con imperio—¡En mi corazón no habrá más amor que el tuyo! ¡Y adiós!

Yo salí decidido, y me presenté en las filas liberales. Allí conocí a Manuel; estuvimos juntos en Salamanca.

## VII

Oyóse el toque del clarín que tocaba «alto» a la vanguardia.

A poco pasó un jefe a todo escape, llevando una bandera blanca.

El coronel Zuazua le intimaba rendición a la Plaza.

El general Francisco Sánchez contestó que se defendería.

Las tropas reaccionarias ocupaban los fortines de San Juan.

de Dios, Alhóndiga, el Refugio y calle de Maltos, el Carmen y San Francisco.

Los fronterizos se dividieron en cuatro columnas de alta fuerza y dos más débiles; lanzándose sobre los primeros cuatro fortines y amagando los otros dos.

Después de jugar con éxito la artillería, se dió el grito de asalto; y, hacha en mano, llegaron a los parapetos, se confundieron con el enemigo en medio de gritos, de alaridos y de disparos, y después de una refriega espantosa, se hicieron dueños de la Plaza.

La oficialidad que había quedado y el resto de la tropa fueron hechos prisioneros.

El día siguiente se sepultaron ciento tres soldados e ingresaron sesenta heridos al hospital.

## VIII

El alemán y Pedro, al frente de sus compañías, se habían portado valientemente. Carlos tenía la blusa despedazada y Pedro chorreaba sangre.

El polvo pegándose en el sudor de las caras, los labios llenos de espuma, los pechos jadeantes, y la barbarie de la guerra resplandeciendo en los semblantes.

—¡Al diablo con estos «mochos»!—gritó Pedro, arrojando el hacha ensangrentada.

—Creí que te mataban—dijo Carlos—; llovía el fuego sobre nosotros.

—Lo sentiría—contestó Pedro—, sólo porque no se quedara riendo el santurrón que va a casarse con mi novia.

—¡Bravos son los fronterizos!

—Bravos son todos, Carlos. Vuelve la vista a todas partes; nos podrán ganar una, dos, cien batallas, pero dominar la revolución, ¡nunca!

—El general Vidaurri se ha puesto en marcha, se nos viene a reunir.

—¡Al diablo el general Vidaurri! Con sus discoladas va a sacrificarnos; se cree poderoso, y si se independe del centro, le va a pasar una, que no la olvida.

Green los generales que los subalternos no comprenden nada, y todo lo sabemos.

—Mi capitán—dijo un soldado, dirigiéndose a Pedro—, llama a usted el coronel para que escoltemos a los oficiales prisioneros.

—¡Diablo! Estoy derregado; no puedo ni moverme.

—Un trago, mi capitán; ya me habilité.

Presentó el soldado una botella de aguardiente.

—No vendrá mal. Toma, Carlos.

El capitán tomó, no un trago, sino muchos tragos, y le pasó la botella a Pedro.

—¡Cuerno de Satanás! ¡Si esto es para revivir a los muertos!

Los capitanes echaron otros tragos.

—Ya vi a los prisioneros, mi capitán; todos están temblando de miedo; temen que el coronel Zuazua haga una como la de Zacatecas.

—Debía hacerla, pero ya pasó el momento.

—Si viera usted, mi capitán, que entre los oficiales hay un mocho.

—Si todos lo son.

—No, mi capitán; a éste le falta una oreja.

—¡Cuerpo de Satanás! ¡Este es mi hombre! Ese maldecido se encuentra en todo. Le voy a cortar la otra, para que se acuerde.

—Basta con una—dijo Pedro.

—Ya se secó en mi cartera y apesta a diablos; pero así se la guardo a «Juan Gallinazo».

Los capitanes se fueron al cuartel y entraron inmediatamente de guardia.

## IX

La ciudad estaba callada.

Reinaba un pánico espantoso, casas y establecimientos estaban cerrados.

Los frailes no asomaban las narices.

Los conservadores se habían escapado con anticipación, porque preveían el ataque, que ya estaba iniciado.

Se temían ejecuciones como las de Zacatecas.

Había cerrado la noche, que era lluviosa y oscura.

Los soldados recorrían en grupos las calles y daban gritos y se oían carcajadas y disparos.

—Señor capitán—dijo un sargento, dirigiéndose a Pedro—, una señora desea hablarle.

—¡Cuerpo de Judas! Lloriqueos tenemos. Dile que pase.

Volvió el sargento.

—Señor capitán, que tenga usted la bondad de salir.

—Pues allá voy.

Ciñóse la espada y se deslizó por la acera del cuartel.

Allí lo esperaba una señora, cubierta la cabeza con un velo negro.

—Parece decente—murmuró Pedro.

—Señor capitán—dijo la encubierta—, si en algo pueden interesarle las lágrimas de una mujer, yo vengo a hacerle a usted una súplica.

—Diga usted, señora.

El capitán, algo deslumbrado, apenas veía dibujado en los negros paños del manto el rostro pálido de la mujer.

—Entre los prisioneros, hay uno...

- Señora, los tengo por lista y soy el capitán de la guardia.  
 — Con hacer otra...—dijo la señora.  
 — El diablo son estas mujeres.  
 — Señor capitán, es mi marido.  
 — Pues busque usted otro; ésta es la oportunidad.  
 La dama no respondió.  
 — Creo, señora, que he dicho una impertinencia.  
 — No, caballero—murmuró la dama—. No es esto sólo—continuó—; hay tres niños que pueden quedar huérfanos.  
 — ¡Demonio, demonio!—dijo Pedro, rascándose una oreja.  
 — Los he dejado llorando.  
 — Pero, ¿por qué demonio se meten a estas cosas los que tienen hijos?  
 — La fatalidad, caballero.  
 — Y luego con los mochos.  
 — Capitán, ese hombre es liberal; venía en las fuerzas que perdieron en Salamanca, y un coronel le perdonó la vida, a condición de que se quedara en su regimiento, y sólo por mí y por sus hijos, por no dejarlos huérfanos, consintió; y ésa fué su desgracia.  
 — El negocio se complica; si lo sabe Zuazua, lo tiene por traidor y lo fusila.  
 — Es ése mi temor.  
 — ¿Y podría justificar todo eso?  
 — No sería fácil; porque un pariente suyo, que es suriano, lo metió a la revolución y no está aquí.  
 — ¡Malo, malo! Y ¿cómo se llama ese pariente?  
 — Verá usted, señor capitán: venía con el general Alvarez; tiene un gran corazón. Como es pariente de Antonio, mi marido, lo fué a visitar y lo entusiasmó; si usted hubiera conocido a ese hombre, estoy segura que le hubiera simpatizado; leal, generoso, valiente, desprendido.  
 — Su nombre, señora.  
 — Yo sólo sé el nombre familiar con que lo trataban sus amigos, lo llamaban «Juan Gallinazo».  
 — ¡Con mil legiones de diablos!—exclamó Pedro—. ¿Por qué no me lo ha dicho antes? ¡Si Juan es mi hermano!  
 — ¡Bendito sea Dios!—exclamó la señora.  
 — Ahora mismo sale, aunque me ahorquen mañana. ¡Vamos que si sale! ¡Un pariente de Juan y en mi poder; eso es cosa de risa! ¡Hola, sargento!  
 Se presentó el sargento.  
 — ¿Cómo se llama ese hombre que ya es mi amigo?  
 — Antonio Cañizo.  
 — Ya lo oyes: sácalo, y que venga al momento.  
 — Le debe a usted la vida, capitán.  
 — No, a mí nada; a «Juan Gallinazo».  
 Llegó Antonio, joven todavía, y se acercó a donde estaban Pedro y su mujer.  
 — ¿Qué haces aquí?—preguntó con enojo.

— No hay que enfurecerse, caballero; yo tengo un deber que cumplir: usted es pariente de «Juan Gallinazo», y está en libertad y puede usted mandar cuanto quiera y se le antoje, y yo le sirvo a todas horas.

Antonio no sabía qué responder.

— No podía haber invocado la señora otro nombre más sagrado. ¿Qué hubiera dicho Juan? No, imposible; váyase usted con su esposa y acaricie a sus niñitos, y si hay algo, aquí estoy.

— Gracias, capitán.

— No me den las gracias; si es un deber que cumplo y con regocijo. ¡Viva «Juan Gallinazo»!

— No tenemos con qué pagarle a usted, capitán—dijo la señora.

— Si nada me deben; si yo soy el agradecido, por haberme proporcionado una satisfacción tan grande.

— Señor capitán, nos va usted a hacer otro favor.

— ¡Doscientos mil!

— Se va usted a alojar a nuestra casa, que es la de usted.

— Gracias, pero yo vivo siempre en el cuartel, y lo que haré alguna vez, es ir a comer con ustedes.

— Muy bien.

— A propósito: usted está derrotado y no debe estar muy boyante; yo estoy victorioso y tengo dinero.

Sacó Pedro un puñado de onzas, y casi a fuerza, se las puso en las manos a Antonio.

— ¡Estos hombres! ¡Estos hombres!—murmuró la señora con las lágrimas en los ojos.

Pedro se entró en el cuartel, cantando los «Cangrejos».

El alemán se había bebido entera la botella del aguardiente, a la salud de Ofelia, y borracho perdido, había clavado la cabeza en la cubierta de la mesa.

— ¡Está hecho un animal!—exclamó Pedro, y se puso a escribir el parte, avisando que un oficial se había escapado por la barda del cuartel.

## CAPITULO XI

### LOS TIGRES

#### I

Era tal el temor que había infundido la marcha triunfal del ejército del Norte, que los conservadores comenzaron a meditar el pensamiento de pedir auxilio al extranjero, idea que tan fatalmente habían de realizar al fin de su campaña.

Para dejar libres a los fronterizos, amagó el interior el ejército del general Degollado, y Miramón salió en su busca a Guadalajara.

- Señora, los tengo por lista y soy el capitán de la guardia.  
 — Con hacer otra...—dijo la señora.  
 — El diablo son estas mujeres.  
 — Señor capitán, es mi marido.  
 — Pues busque usted otro; ésta es la oportunidad.  
 La dama no respondió.  
 — Creo, señora, que he dicho una impertinencia.  
 — No, caballero—murmuró la dama—. No es esto sólo—continuó—; hay tres niños que pueden quedar huérfanos.  
 — ¡Demonio, demonio!—dijo Pedro, rascándose una oreja.  
 — Los he dejado llorando.  
 — Pero, ¿por qué demonio se meten a estas cosas los que tienen hijos?  
 — La fatalidad, caballero.  
 — Y luego con los mochos.  
 — Capitán, ese hombre es liberal; venía en las fuerzas que perdieron en Salamanca, y un coronel le perdonó la vida, a condición de que se quedara en su regimiento, y sólo por mí y por sus hijos, por no dejarlos huérfanos, consintió; y ésa fué su desgracia.  
 — El negocio se complica; si lo sabe Zuazua, lo tiene por traidor y lo fusila.  
 — Es ése mi temor.  
 — ¿Y podría justificar todo eso?  
 — No sería fácil; porque un pariente suyo, que es suriano, lo metió a la revolución y no está aquí.  
 — ¡Malo, malo! Y ¿cómo se llama ese pariente?  
 — Verá usted, señor capitán: venía con el general Alvarez; tiene un gran corazón. Como es pariente de Antonio, mi marido, lo fué a visitar y lo entusiasmó; si usted hubiera conocido a ese hombre, estoy segura que le hubiera simpatizado; leal, generoso, valiente, desprendido.  
 — Su nombre, señora.  
 — Yo sólo sé el nombre familiar con que lo trataban sus amigos, lo llamaban «Juan Gallinazo».  
 — ¡Con mil legiones de diablos!—exclamó Pedro—. ¿Por qué no me lo ha dicho antes? ¡Si Juan es mi hermano!  
 — ¡Bendito sea Dios!—exclamó la señora.  
 — Ahora mismo sale, aunque me ahorquen mañana. ¡Vamos que si sale! ¡Un pariente de Juan y en mi poder; eso es cosa de risa! ¡Hola, sargento!  
 Se presentó el sargento.  
 — ¿Cómo se llama ese hombre que ya es mi amigo?  
 — Antonio Cañizo.  
 — Ya lo oyes: sácalo, y que venga al momento.  
 — Le debe a usted la vida, capitán.  
 — No, a mí nada; a «Juan Gallinazo».  
 Llegó Antonio, joven todavía, y se acercó a donde estaban Pedro y su mujer.  
 — ¿Qué haces aquí?—preguntó con enojo.

— No hay que enfurecerse, caballero; yo tengo un deber que cumplir: usted es pariente de «Juan Gallinazo», y está en libertad y puede usted mandar cuanto quiera y se le antoje, y yo le sirvo a todas horas.

Antonio no sabía qué responder.

— No podía haber invocado la señora otro nombre más sagrado. ¿Qué hubiera dicho Juan? No, imposible; váyase usted con su esposa y acaricie a sus niñitos, y si hay algo, aquí estoy.

— Gracias, capitán.

— No me den las gracias; si es un deber que cumplo y con regocijo. ¡Viva «Juan Gallinazo»!

— No tenemos con qué pagarle a usted, capitán—dijo la señora.

— Si nada me deben; si yo soy el agradecido, por haberme proporcionado una satisfacción tan grande.

— Señor capitán, nos va usted a hacer otro favor.

— ¡Doscientos mil!

— Se va usted a alojar a nuestra casa, que es la de usted.

— Gracias, pero yo vivo siempre en el cuartel, y lo que haré alguna vez, es ir a comer con ustedes.

— Muy bien.

— A propósito: usted está derrotado y no debe estar muy boyante; yo estoy victorioso y tengo dinero.

Sacó Pedro un puñado de onzas, y casi a fuerza, se las puso en las manos a Antonio.

— ¡Estos hombres! ¡Estos hombres!—murmuró la señora con las lágrimas en los ojos.

Pedro se entró en el cuartel, cantando los «Cangrejos».

El alemán se había bebido entera la botella del aguardiente, a la salud de Ofelia, y borracho perdido, había clavado la cabeza en la cubierta de la mesa.

— ¡Está hecho un animal!—exclamó Pedro, y se puso a escribir el parte, avisando que un oficial se había escapado por la barda del cuartel.

## CAPITULO XI

## LOS TIGRES

Era tal el temor que había infundido la marcha triunfal del ejército del Norte, que los conservadores comenzaron a meditar el pensamiento de pedir auxilio al extranjero, idea que tan fatalmente habían de realizar al fin de su campaña.

Para dejar libres a los fronterizos, amagó el interior el ejército del general Degollado, y Miramón salió en su busca a Guadalajara.

Degollado lo atrajo a las barrancas de Atenquique, donde se libró una sangrienta batalla, en que ambos ejércitos se disputaban los honores de la victoria.

Degollado, palmo a palmo, se retiraba a las barrancas de Beltrán, donde Miramón no quiso seguirlo, porque preveía cortada su retirada, y sin poder aspirar a un buen suceso.

Regresó a Guadalajara, donde no le creyeron la derrota de Degollado.

En seguida volvió a la capital, donde tuvo un grave disgusto, en que trató como a un lacayo a Zuloaga, porque los tenía sin recursos para las tropas.

El clero hizo una emisión de dinero, y Miramón, que era el único general útil en la reacción, emprendió la campaña contra los fronterizos.

## II

Había en la revolución, no dos hombres, sino dos fieras salvajes: Manuel Lozada y Antonio Rojas.

Lozada había conquistado con sus hazañas el nombre de «el tigre de Alica», cuyas montañas había ensangrentado.

Era delgado, tenía el rostro encapotado, flaco, barba escasa, un ojo apagado, un matorral de cabellos sobre su cabeza, la frente estrecha, boca grande, moreno.

En aquella faz de bandido, la muerte lanzaba sus siniestros relámpagos.

Era un monstruo el más miserable.

Usaba la camisa fuera del calzón, llevaba huaraches y sombrero de palma.

Era el héroe que habían escogido, los contrabandistas de Tepic, y la reacción, como a uno de sus jefes más distinguidos.

En cuatro años, más de mil habitantes del cantón de Tepic habían sido asesinados; más de dos mil familias, saqueadas.

La mayor parte de los ranchos y haciendas de ganados, robados; los pueblos todos, y aun las fincas que entraban en tratos con los bandidos.

Los minerales, todo, todo lo ha recorrido ese azote funesto de la devastación y de la muerte.

Entre esas hecatombes impías está la del español Francisco del Hoyo y sus hijos, la del joven Amescua y tantos y tantos que hasta horroriza enumerarlos.

Invadió los Estados de Sinaloa y de Zacatecas, y ha tenido en jaque y en perpetua alarma la ciudad de Tepic.

Era un jefe digno de la reacción y de la causa del orden, de la religión y de las garantías.

Antonio Rojas estaba en las filas liberales; era el primer guerrillero del Estado de Jalisco.

Desalmado, asesino, descompasado, audaz, valiente y temerario.

Pertenecía al ejército del general Degollado; era el hombre sin miedo; pero feroz y terrible; su nombre era de espanto.

Para dar una idea del carácter de aquel hombre, basta referir una de tantas anécdotas.

En un encuentro con los reaccionarios, había tomado prisioneros a unos oficiales.

Los traía entre sus soldados; les hacía comer a su mesa; les encargaba que escribieran; en fin, estaba familiarizado con ellos.

A la hora de batirse, los ponía a distancia, bien custodiados; casi eran ya sus amigos.

En uno de los lances de la revolución, se encontró sitiado de improviso.

Entonces se dirigió a los oficiales y les dijo:

—Ya ven que los he cuidado; pero ahora casi estoy cogido, y, con mucho sentimiento, tengo que fusilarlos.

En vano le protestaron que le ayudarían.

—No creo en los «mochos»—les dijo, y con la mayor sangre fría fusiló a todos.

Con estos hombres nada tiene que ver la humanidad.

En la reacción la mayor parte de sus jefes eran salvajemente asesinos.

Los dos guerrilleros eran los soldados más temidos de la revolución.

Lozada murió en el patíbulo de los bandidos.

Rojas, al menos, murió por manos de los invasores, defendiendo la patria.

## III

Pablo, que había ofrecido a Carolina vengar la sangre de Mario, se dirigió a un pueblito del Cantón de Tepic, donde vivían su anciana madre con dos pequeños hermanos.

Pablo iba en pos de algunos recursos, y con el objeto de incorporarse al ejército liberal.

Sólo en el campo podría encontrarse con el matador de Mario, y lo buscaba con ahinco.

Acababa de ponerse el sol, y comenzaba el crepúsculo triste de la tarde, cuando Pablo se acercó al pueblo que lo había visto nacer.

El calor era sofocante, la atmósfera pesada; parecía que el viento había plegado sus alas sobre la tierra.

Una nube de moscas asediaba a los viajeros y a los animales.

Pablo nada más pensaba en que iba a estrechar en sus brazos a aquella santa mujer a quien preparaba una sucesión de pesares.

Tal vez le iba a dar el último beso.



Ya veía a sus pequeños hermanos que se abrazaban a su cuello y lo cubrían de besos; y a los viejos criados, que lo iban a saludar, con las lágrimas en los ojos.

Aquel cuadro que se iba a realizar dentro de breves horas, le oprimía de gozo el corazón.

## IV

Le pareció oír, allá a lo lejos, como disparos de fusilería. Picó espuelas a su caballo, y, acompañado de su mozo, corrieron al rumbo a donde se oían los tiros.

Encumbró una cuesta y vió un combate desordenado de guerrilleros.

Sacó su pistola y se acercó al campo.

— Los he de conocer—dijo—; han de ser de la tierra.

Efectivamente, conoció desde luego a Anselmo, un discípulo suyo.

— ¿Qué pasa?—le dijo.

— Sea en buena hora; pensaba en ti; ayúdanos.

Los «lozadeños» estaban allí.

— ¡A ellos!—gritó Anselmo, y se lanzaron todos sobre el enemigo, disparando sus carabinas y sacando a relucir sus machetes.

No podía saberse quién vencería, porque la lucha era encarnizada y cuerpo a cuerpo.

Los «lozadeños» se descompusieron y comenzaron a huir.

Entonces se siguió la persecución, matando a todos los que se rendían; no había prisioneros.

Anselmo y Pablo veían ya los últimos detalles del encuentro.

No quedó en pie ni uno solo de los lozadeños.

— Ahora—dijo Anselmo—corramos a tu casa, que la estaban saqueando.

Un sudor frío corrió por la frente de Pablo; su mano tembló, dejando caer la pistola.

— ¡Valor!—dijo Anselmo—Vamos.

Echaron a andar a todo escape.

Pablo detuvo su caballo.

Su casa estaba ardiendo y las llamas ya se pintaban rojas en la oscuridad primera de la noche.

Una columna de humo ennegrecida se perdía en el cielo.

— ¡Corre!—gritaba Anselmo.

Por fin, llegaron.

— ¿Qué pasa?—gritó Pablo a los vecinos.

— Que la señora y los niños están ahí dentro.

— ¡Maldición!—gritó Pablo, y sin que nadie pudiera contenerlo, se lanzó entre las llamas y penetró en el aposento, cuyas vigas crujían y estaban próximas a desplomarse.

La anciana estaba asfixiada y los niños parecían muertos.

Pablo se arrojó sobre su querida madre, la tomó en brazos y volvió a pasar entre las llamas.

Llegó donde lo esperaba Anselmo; arrojó el cuerpo, pero ya era un cadáver, nada más.

Quiso volver a donde el incendio se hacía más voraz, pero en aquel instante el techo se desplomó y los niños quedaron sepultados.

Pablo lanzaba alaridos de dolor.

Anselmo reclinó su frente en el tronco de un árbol y lloraba como un niño.

— ¡Pablo!—gritó el guerrillero—Ya estás vengado: no hemos dejado ni uno solo de los bandidos.

— Falta, falta todavía—gritaba Pablo—. Aquí me armo soldado. ¡No preguntes por qué mato; no!... ¡Esta sangre debe caer sobre todos!

Montó en su caballo, y ya sin mirar las llamas que azotaba el viento, se tiró a correr como un desesperado, seguido de Anselmo y los guerrilleros.

## V

Escenas como las que llevamos referidas llenaban los ámbitos de la República.

No sólo los guerrilleros, sino los jefes del ejército y los subordinados cometían terribles atentados.

El general Echagaray, que hacía la campaña en Oriente, hizo aquellas regiones teatro de dramas sangrientos.

Hubo un pronunciamiento en Jalapa, y Echagaray, que sitiaba el castillo de Perote, dejó el mando a Negrete, que había defecionado por tercera vez.

Los pronunciados se sometieron y Echagaray mandó fusilar a diez y seis, de aquellos mismos liberales que lo habían acompañado a la campaña de Puebla, antes de que se pasara infamemente al partido de la reacción.

El castillo de Perote es una fortaleza feudal levantada por los españoles, en una inmensa llanura.

El castillo está casi siempre envuelto en la bruma. El viento helado y penetrante recorre aquella extensión y azota las murallas de la fortaleza.

El castillo estaba en poder de los liberales, defendido por el valiente coronel Trejo, con una guarnición de ochocientos hombres.

Al pie de la fortaleza hay unas hileras de casucas, donde viven algunas gentes en el aislamiento del desierto.

Los reaccionarios acaudillados por Negrete y Echagaray, asediaban sin descanso a los liberales.

Llevaban ocho meses de sitio y perdían en todas las tentativas.

Pero ya faltaban los víveres en el castillo, y las municiones.

Comenzaba el hambre, la muerte por dentro y por fuera de la fortaleza.

El fuego se debilitaba, y los defensores ya no tenían aliento para resistir.

Pálidos, exhaustos, enfermos, ya era imposible la resistencia. Entonces se pensó en hacer una salida.

Trejo se organizó, y entre las sombras de la noche, y burlando a las fuerzas sitiadoras, efectuó un movimiento.

A la mañana siguiente el castillo no respondía a los fuegos; se notaba un gran silencio.

Entonces los sitiadores se fueron aproximando con lentitud, porque tenían miedo de que Trejo les hubiese puesto una emboscada.

Por fin, se decidieron a escalar el castillo; y pudieron convencerse de que toda la gente de él, había desaparecido.

Como los sitiados no tenían caballos, pues todos habían perecido, se calculó que estarían a unas cuantas leguas, y se destacó caballería por los caminos probables.

Los sitiadores querían evitar el ridículo, a costa de sangre.

Efectivamente, la caballería les dió alcance; se defendieron heroicamente, pero muchos cayeron en poder del enemigo: los demás, entre ellos Trejo, lograron salvarse.

Negréte, por orden de Echagaray, fusiló a todos.

En otras circunstancias se había respetado el valor, dispensando los honores de la guerra al vencido.

Aquella época que produjo héroes y monstruos, escupió al más infame, que había de dejar su nombre escrito con lodo y sangre en las páginas deshonradas de la historia: Leonardo Márquez.

## VI

Anselmo acompañó a Pablo una legua y regresó al pueblo, que estaba ardiendo todavía.

—Nadie toque esa casa—dijo a los guerrilleros, señalando la de la familia de su amigo.

Recogió el cadáver de la madre de Pablo y esperó a que acabara de consumirse la casa, para sacar los huesos de los niños y sepultar juntos aquellos restos queridos.

—¡Muchachos!—les gritó a los guerrilleros—Ya los «lozadeños» han incendiado el pueblo; aticemos las llamas con los muertos.

Inmediatamente entre jácara y risas, arrastraban de los pies a los muertos y los arrojaban al fuego.

Un olor nauseabundo de carne quemada se extendió por toda la atmósfera.

Cada muerto que caía entre las brasas, era una de chillidos y de gritos que llevaba el viento a grande distancia.

Era aquélla una verdadera fiesta.

—¡Ahora a los heridos!—gritó un guerrillero.

—¡Sí, para que no se alivien!—gritó otro.

Hubo un gran aplauso, y comenzó una escena salvaje.

Arrastraban a los heridos, y, sin preocuparles sus lamentos, los arrojaban a las llamas, sin compasión.

—Se están divirtiendo los muchachos—decía Anselmo riéndose—. Al fin, todos estos achicharrados están pagando sus crímenes; han cometido tantos, que esto es poco todavía.

Continuaba la bacanal.

El incendio, que ya no tenía qué devorar, se fué extinguiendo poco a poco.

El humo, ya sin luz, flotaba sobre las ruinas.

—Veremos si han dejado algo los «lozadeños»—dijeron los guerrilleros, y comenzaron a saquear los escombros.

Tocó reunión el clarín; en el acto llegaron los guerrilleros, y emprendieron la marcha.

Al cuarto de hora, los habitantes del pueblo regresaron espantados, viendo en cenizas sus hogares.

La mano de la revolución había pasado por ahí con el hacha de la destrucción y el aniquilamiento.

Quedaban escombros y cenizas que desparpajaba el viento sobre los sembrados.

Allá una nube que marcaba el paso de los guerrilleros.

## CAPITULO XII

### AMORES Y ESCARAMUZAS

#### I

Manuel y un grupo de oficiales quedaron abandonados en las playas del Manzanillo.

No sabían qué camino tomar; la primera autoridad reaccionaria los aprehendería y serían fusilados irremisiblemente.

Convinieron en desperdigarse para que no dijeran que los habían comprendido en gavilla.

Cada uno seguía las fases de su destino.

Manuel entró a una casa pidiendo agua, porque el calor era abrasante.

—Pase usted—le dijo un alemán escuálido, amarillento, como salido del sepulcro.

—Gracias, señor; pero yo estoy como atacado de fiebre.

—Ya lo conozco a usted; venía con el señor Juárez.

—Guarde usted la reserva—dijo Manuel—; puede costarme la vida.

—Lo sé, y para que usted regrese a México, voy a darle, como si fuera mi dependiente, una lista de encargos.

—Gracias, caballero.

—«Deo gratias»—dijo, entrando en la casa, un fraile mocetón, robusto, de anteojos de oro.

Comenzaba el hambre, la muerte por dentro y por fuera de la fortaleza.

El fuego se debilitaba, y los defensores ya no tenían aliento para resistir.

Pálidos, exhaustos, enfermos, ya era imposible la resistencia. Entonces se pensó en hacer una salida.

Trejo se organizó, y entre las sombras de la noche, y burlando a las fuerzas sitiadoras, efectuó un movimiento.

A la mañana siguiente el castillo no respondía a los fuegos; se notaba un gran silencio.

Entonces los sitiadores se fueron aproximando con lentitud, porque tenían miedo de que Trejo les hubiese puesto una emboscada.

Por fin, se decidieron a escalar el castillo; y pudieron convencerse de que toda la gente de él, había desaparecido.

Como los sitiados no tenían caballos, pues todos habían perecido, se calculó que estarían a unas cuantas leguas, y se destacó caballería por los caminos probables.

Los sitiadores querían evitar el ridículo, a costa de sangre.

Efectivamente, la caballería les dió alcance; se defendieron heroicamente, pero muchos cayeron en poder del enemigo: los demás, entre ellos Trejo, lograron salvarse.

Negréte, por orden de Echagaray, fusiló a todos.

En otras circunstancias se había respetado el valor, dispensando los honores de la guerra al vencido.

Aquella época que produjo héroes y monstruos, escupió al más infame, que había de dejar su nombre escrito con lodo y sangre en las páginas deshonradas de la historia: Leonardo Márquez.

## VI

Anselmo acompañó a Pablo una legua y regresó al pueblo, que estaba ardiendo todavía.

—Nadie toque esa casa—dijo a los guerrilleros, señalando la de la familia de su amigo.

Recogió el cadáver de la madre de Pablo y esperó a que acabara de consumirse la casa, para sacar los huesos de los niños y sepultar juntos aquellos restos queridos.

—¡Muchachos!—les gritó a los guerrilleros—Ya los «lozadeños» han incendiado el pueblo; aticemos las llamas con los muertos.

Inmediatamente entre jácara y risas, arrastraban de los pies a los muertos y los arrojaban al fuego.

Un olor nauseabundo de carne quemada se extendió por toda la atmósfera.

Cada muerto que caía entre las brasas, era una de chillidos y de gritos que llevaba el viento a grande distancia.

Era aquélla una verdadera fiesta.

—¡Ahora a los heridos!—gritó un guerrillero.

—¡Sí, para que no se alivien!—gritó otro.

Hubo un gran aplauso, y comenzó una escena salvaje.

Arrastraban a los heridos, y, sin preocuparles sus lamentos, los arrojaban a las llamas, sin compasión.

—Se están divirtiendo los muchachos—decía Anselmo riéndose—. Al fin, todos estos achicharrados están pagando sus crímenes; han cometido tantos, que esto es poco todavía.

Continuaba la bacanal.

El incendio, que ya no tenía qué devorar, se fué extinguiendo poco a poco.

El humo, ya sin luz, flotaba sobre las ruinas.

—Veremos si han dejado algo los «lozadeños»—dijeron los guerrilleros, y comenzaron a saquear los escombros.

Tocó reunión el clarín; en el acto llegaron los guerrilleros, y emprendieron la marcha.

Al cuarto de hora, los habitantes del pueblo regresaron espantados, viendo en cenizas sus hogares.

La mano de la revolución había pasado por ahí con el hacha de la destrucción y el aniquilamiento.

Quedaban escombros y cenizas que desparpajaba el viento sobre los sembrados.

Allá una nube que marcaba el paso de los guerrilleros.

## CAPITULO XII

### AMORES Y ESCARAMUZAS

#### I

Manuel y un grupo de oficiales quedaron abandonados en las playas del Manzanillo.

No sabían qué camino tomar; la primera autoridad reaccionaria los aprehendería y serían fusilados irremisiblemente.

Convinieron en desperdigarse para que no dijeran que los habían comprendido en gavilla.

Cada uno seguía las fases de su destino.

Manuel entró a una casa pidiendo agua, porque el calor era abrasante.

—Pase usted—le dijo un alemán escuálido, amarillento, como salido del sepulcro.

—Gracias, señor; pero yo estoy como atacado de fiebre.

—Ya lo conozco a usted; venía con el señor Juárez.

—Guarde usted la reserva—dijo Manuel—; puede costarme la vida.

—Lo sé, y para que usted regrese a México, voy a darle, como si fuera mi dependiente, una lista de encargos.

—Gracias, caballero.

—«Deo gratias»—dijo, entrando en la casa, un fraile mocetón, robusto, de anteojos de oro.

—Aquí está ya la caja de cerveza—dijo el alemán—; está bien empacada.

—Gracias; tomaremos un vaso, porque el calor arrecia como el del infierno.

—Al momento—dijo el alemán, y sirvió la cerveza.

—Si este hermano quiere—dijo el fraile—, puede acompañarnos.

—Con mucho gusto.

Todos bebieron.

—El señor es mi comisionado; va a México; podrían ser compañeros de viaje.

—Nos cuidaremos mutuamente—dijo el fraile—, porque los caminos están plagados de bandidos; estos malditos liberales traen revuelto todo el país.

—Son atroces—dijo Manuel.

—Pero ya les daremos su merecida.

—Saldrán todos esta noche.

—Sí, porque de día es imposible; el sol quema como la lumbre.

Siguió el fraile bebiendo cerveza mientras Manuel disponía su equipaje, rompiendo cuantos papeles pudieron comprometerlo.

Luego que cayó la tarde, emprendieron la marcha.

El fraile llevaba dos criados:

—Y ¿cómo se llama usted, caballero?

—Antonio Lozada—contestó Manuel—, servidor de la divina majestad y de usted.

—Sea enhorabuena; yo soy el Padre Jesús de las Cinco Llagas, sin contar con otra que tengo en una pierna.

—Lo siento.

—Crea, hermano, que me salió sin motivo.

—Ya lo supongo.

—En el pueblo contaron otra cosa.

—Conozco las malas lenguas.

—Y yo soy perseguido de ellas, a pesar de mi ministerio.

—Cada uno carga su cruz.

—La mía es muy pesada; me han achacado ahora una mala acción, que es lo que motiva que me llame el señor arzobispo.

—Alguna infamia—dijo Manuel muy compungido.

—Precisamente, pero las apariencias suelen ser sospechosas.

—Ya lo creo.

—Figúrese usted, que me llevan depositada a una muchacha, no de malos bigotes.

El fraile soltó una carcajada.

—Jacinta era bonita, pero yo le juro a usted que no levanté los ojos para mirarla.

—Por supuesto.

—Me la dejaron—continuó el fraile—. ¿Yo qué había de hacer?

—Nada; lo que todos—respondió Manuel.

—Pues Jacinta se escapó, diciendo cosas de mí, espantosas calumnias, algo de violencia y ¡qué sé yo cuántos más falsos testimonios!

—El mundo, el mundo—dijo Manuel.

—Lo grave es que tiene un hermano guerrillero que le dicen «Ojo de perla», porque le tiene apagado, pero con el otro ve más que con un telescopio.

Ese bandido ha prometido matarme, y si me dejo, lo hará; es guerrillero de lo más temible; así es que voy contentísimo al llamamiento de S. S. Ilustrísima.

—Así estará usted seguro.

—Y vea usted que soy liciado de esa clase de calumnias; ya van tres veces que me destronan por las hijas de Eva, y sin meterme en nada.

En cada rancharía en que pernoctaban, eran recibidos con agasajo; bastaba que fuera un «padrecito», para tenerlo todo.

En Colima salieron a recibir al fraile de las cinco llagas, todos sus amigos, y Manuel pasó dos noches en un convento, donde las cenas fueron magníficas y donde todos los frailes contaron sus aventuras en medio del vapor del champaña.

Marcharon por fin con rumbo a Guadalajara y entraron en el escabroso camino de las Barrancas.

Apareció una escolta mandada por un oficial.

—Son de los nuestros—dijo el fraile.

Encontrárense a poco andar.

—¿Qué pasa, señor oficial?

—Voy para Colima.

—Echaremos un trago.

—Mucho lo necesito.

Los mozos hajaran de la mula un cajón, lo descubrieron y sacaron unas botellas de cerveza.

—Muchachos, que beba la escolta.

Todos bebieron a la salud de su Paternidad.

—Y ¿qué noticias hay?

—Malas—dijo el oficial—: el general Coronado ha tomado a Durango, y el general Aramberri, a Guanajuato; Tuxpan se ha perdido y está tomada la plaza de Tampico.

—¡Malo!—dijo el fraile— Esto va de mal en peor.

—Parece que en Colima hay novedad. Atrás viene la fuerza.

—Pues nos vamos, señor oficial.

La escolta siguió paso adelante.

—Amigo don Antonio—dijo el fraile—, estos herejes están dejados de la mano de Dios; ya verá usted qué susto nos dan el día menos pensado.

—Me lo temo mucho.

—Y luego, que toda la inquina es contra nosotros.

—¡Qué injusticia!—exclamó Manuel.

—Se conoce que usted es un buen creyente.

—Un fervoroso creyente—dijo Manuel.

## II

Se comenzaron a oír unos silbidos como de aviso.

A poco apareció una guerrilla arriba de la barranca.

—Ave María Purísima—dijo el fraile—. Estos sí no son de los nuestros.

—¿Qué hacemos?—preguntó Manuel.

—Pues encomendarnos a Dios de todo corazón.

Los guerrilleros desaparecieron.

—Nos aguardan en el portillo—dijo el fraile—; pero ya no podemos retroceder.

Efectivamente, en el camino que se estrechaba, estaban los guerrilleros.

El fraile se subió el embozo de la mascada hasta los ojos.

—¡Alto!—gritó un guerrillero.

Manuel y el fraile detuvieron sus caballos.

Relucieron las espadas y se prepararon los mosquetes.

—Somos gente de paz—dijo el fraile.

—Pues suelten los caballos, las armas y todo lo que traigan.

—Nos dejan ustedes en estas barrancas a morir—dijo el fraile.

—Esa no es cuenta nuestra.

—Pues que venga el jefe y que determine lo que ha de pasar con nosotros.

En un hermoso caballo alazán, cubierto de espuma y muy bien enjaezado, se presentó el jefe, con sus calzoneras con bolonadura de plata, camisa almidonada, chaqueta blanca y corbata roja, cuyas puntas flotaban sobre el pecho, sombrero galoneado y un jorongo del Saltillo sobre las ancas de su caballo.

Luego que lo vió el Padre, se sacudió como un epiléptico.

Al guerrillero le faltaba un ojo.

—¿Y usted quién es?—preguntó el guerrillero dirigiéndose a Manuel, pero antes de que éste respondiera, el guerrillero gritó: —¡Manuel!

—Sí, yo soy, que vengo de dejar al señor Juárez.

—¡Yo no te había conocido! Quédeme herido y curándome en casa de mi jefe Contreras Medellín; me metieron una bala en la pierna, pero ya estoy bueno.

—Yo seguí hasta el Manzanillo.

—¡Bribones!—pensaba el fraile—Me han engañado; pero ya nos veremos.

—¿Y éste quién es?—preguntó el guerrillero.

—El te lo diré—respondió Manuel.

—¡Destátese la figura!—gritó el guerrillero.

El fraile se quedó perplejo.

—¡Que se la destape!—y le arrebató de un manazo la mascada.

¡Cuerno de Barrabás! Es el fraile que busco; es el seductor de Jacinta.

—Le juro a usted que es una calumnia—dijo el fraile muy azorado.

—¡Amárrenme a éste a un árbol!

En el acto los guerrilleros lo ataron a un banco.

—Escúlquenlo.

Lo esculcaron, sacando todo el dinero y unas letras a la vista, que llevaba para México.

—Toma esos papeles, Manuel; a ti te servirán más que a nosotros.

Manuel guardó las libranzas.

—Vanos ahora a cuenta.

El fraile estaba pálido; los mozos se mantenían a distancia.

—¿Conque usted quería burlar a mi hermana?

—¡Calumnia! ¡Calumnia!—repetía el fraile.

—No, no era usted—dijo «Ojo de perla»—; era la maldita carne, que es necesario castigar. ¡Muchachos, vara en mano!

Los guerrilleros se prepararon.

—Ahora, denle una zumba hasta que medfo lo maten.

Los muchachos, como les decía el jefe, agarraron al fraile, le pasaron los brazos en derredor del tronco y descargaron sobre él una lluvia de varazos.

El fraile daba alaridos.

Sólo el eco se perdía en el fondo de los barrancos, sin que nadie oyera aquellos lamentos.

«Ojo de perla» se dirigió tranquilamente al cajón de la cerveza y con entera calma, como si no oyera los gritos del fraile, se puso a dar sorbos, y encendiendo su puro, se puso a platicar tranquilamente con Manuel, a quien no le importaba aquella escena.

Crujían los rebenques sobre la espalda del fraile, y la sangre le escurría hasta los pies y mojaba el suelo.

Los guerrilleros se cansaban y ya los lomos de aquel hombre estaban despedazados.

Cuando el fraile cesó de gritar porque había caído en un profundo desmayo, el guerrillero gritó:

—¡Alto!

Se suspendió aquella espantosa flagelación, lo desataron y se derribó en tierra.

—¡Monigotes!—gritó el guerrillero, dirigiéndose a los mozos, que estaban pálidos y temblorosos ante aquel espectáculo.

—¿Qué se ofrece, señor capitán?

—Que se vayan a Colima y les digan a los frailes, que si no me mandan siete mulas, cuelgo a ése de un árbol.

—Pero, señor capitán, no vale tanto el padrecito.

—Ni una mula menos, y si mañana no están aquí, lo ahorco; ya aprenderá cómo se seducen mujeres.

Los criados se marcharon a todo escape.

—Ahora, muchachos, échenle cerveza para que cicatrice. Le vaciaron algunas botellas, y con el ardor, volvió en sí el fraile.

—Amigo—le dijo el guerrillero—, si vuelve a caer, le aprieto el pescuezo.

El fraile estaba moribundo.

—Llévenlo al jacal y que allí espere a las mulas.

Sostenido por los guerrilleros y dando de alaridos, lo llevaron a un jacal, donde lo arrojaron como un fardo.

—Manuel—le dijo «Ojo de perla»—, allí tienes dos caballos de refresco; ponte esta mascada al cuello para que te conozcan las guerrillas, y marcha sin cuidado; desde lejos te vamos cuidando.

—Adiós—dijo Manuel, estrechando fuertemente al guerrillero—; cuidate, porque hemos de ver el desenlace.

—Adiós—respondió «Ojo de perla»—; que Dios te acompañe.

Desde una roca estuvo viendo a Manuel, que desde un recodo del camino saludaba a su amigo, agitando el pañuelo.

### III

Manuel atravesó el camino entre los guerrilleros y cuadrillas de ladrones, que infestaban todo.

No pudo encontrar una fuerza regularizada a que unirse, y decidió llegar a México a enterarse bien de la situación e incorporarse a algún cuerpo de ejército.

Esperó la noche, ya que estaba en las goteras de la capital; dejó los caballos en un mesón de los suburbios, y se entró en México, en dirección a la casita de San Jerónimo.

—¿Quién es?—preguntó la voz de una mujer.

—Yo soy—contestó Manuel.

Isabel le alumbró la cara y dió un grito de gusto.

—¡Manuel! ¡Manuel!—y se arrojó a sus brazos.

Volvió el estudiante a ver aquella casa donde había estado con sus amigos; se acordó de Juan y pensó en su suerte; después, vino terrible a su memoria el recuerdo de Mario.

Dió un puñetazo en la mesa y las lágrimas asomaron a sus ojos.

Isabel comprendió todo.

—¿Qué le vamos a hacer!—dijo tristemente.

—¿Cuántas cosas en tan pocos meses!

—Sí, muchas, muchas; ¡esto es espantoso!

Manuel pensaba en Eva y no se atrevía a interrogar a Isabel.

—Ya hablaremos—dijo la joven—; voy a preparar todo, porque viene usted cansado.

—Eso no importa; estoy listo; ya me he acostumbrado a todo.

Paróse Isabel, cuando llamaron a la puerta.

—¿Si habrán seguido a usted?

—Puede ser; pero usted no tema; me entrego, y está todo arreglado.

—Son muchos—dijo Isabel, asomándose al balcón.

—Abra usted, y nada tema.

Abrieron el zaguán, y un hombre se precipitó en la escalera. Era «Juan Gallinazo».

—¡Tú, tú aquí!—gritaba Juan, estrechando tiernamente a Manuel sobre su pecho.

—Sí, yo, que llego en estos momentos; la suerte nos reúne; no nos volveremos a separar.

—¡Nunca!—gritaba Juan.

—¡Y tú, Isabell...

Arrojóse llorando en brazos de la joven, que no podía hablar de emoción.

—Todavía hay felicidad en el mundo—dijo Manuel muy conmovido.

—Ahora—dijo Juan ya sereno—, a cenar, porque traigo hambre de naufrago.

—A cenar—dijo Isabel, y tomando a los estudiantes del brazo, pasaron al comedor.

—Isabel, tengo miedo de preguntar por Eva.

—Ya esperaba yo eso—dijo Isabel—. Eva está algo enferma; la angustia, los continuos sustos, la tienen agobiada. Como estos hombres a todo le llaman triunfo, no hay día en que no nos suelten un repique y un parte de muertos, heridos y ejecutados; ésta no es vida.

—Pues no crea nada, si éstos repican hasta las derrotas—dijo Juan.

—¿Y se acuerda de mí?

—Está más enamorada que nunca; en cuanto me levante mañana, corro a avisarla y vendrá.

—¿Vendrá?—dijo Manuel lleno de gozo.

—Yo la traigo; afortunadamente tenemos función religiosa en San Jerónimo, y aquí diremos todos la misa.

—¿Y la vieja?—preguntó Juan.

—Tan reaccionaria y devota como siempre; no deja el moño verde.

—¿Y Carolina?

—Es necesario que ustedes sepan que Armando...

—¡Habla!—gritó «Juan Gallinazo».

—Lo mataron en Salamanca.

—¿Cuerpo del diablo!—dijo Juan estrellando el vaso contra el suelo.

—Pero ya está vengado.

—Explicáte.

—Pues, oye: Rosa, a quien conoces y que también vendrá mañana, al saber la muerte de su novio, juró vengarle.

—¡Brava!—gritó «Juan Gallinazo».

—No sé cómo se las arregló y fué a San Luis Potosí.

—¿Y con qué objeto?—preguntó Manuel.

—Yo he de herir la cabeza—dijo Rosa—; no puedo vengarme de todos; pero sí en el más alto.

—¡Diantre de mujer!—exclamó Juan—Vale un potosí.

— No sé lo que pasó, todo lo ignoro, pero a las veinticuatro horas de su llegada a esa ciudad, murió el general Osollo.

— ¡Destapa una botella!—gritó Juan.

Saltó el tapón del champaña, y todos bebieron a la salud de Rosa.

Isabel continuó:

— Yo no comprendí bien, pero el clero de San Luis intervino en el negocio.

— Ya me lo figuraba—dijo Manuel.

— El caso es que ella regresó satisfecha y contenta.

— Ella nos explicará—dijo Juan.

— ¡Y tú, qué te has hecho?

— Pelear sin descanso en mis montañas; las hemos limpiado; pero ¡cuánto traidor! No ha quedado uno en nuestras filas; todos los «mochos» se han ido con sus banderas; ya me tenía azorado el grito de ¡Viva la religión!

— Sí, es necesario recontar a los nuestros; saber con quiénes se cuenta.

— Pero ya pasó el momento; cada uno está en su campo, y lucharemos hasta morir.

— De aquí—dijo Manuel—nos marchamos a Morelia, donde está firme el general Huerta, y nos pondremos a las órdenes de Degollado, el primer organizador de nuestro ejército.

— Iremos juntos a todas partes.

— Lo que me inquieta es Vidaurri,

— Que se lo lleven los diablos—dijo Manuel—; quiere apoderarse de la revolución y hacerse un dictador.

— Así se piensa en el Sur; todos le desconfiamos.

— Nadie le quiere ayudar, para no hacerle la olla gorda.

— Que corra su suerte—dijo Manuel—; lo que siento es a sus soldados, tan bravos, tan valientes; esas tomas de Zacatecas y San Luis han sido brillantes.

— Ya lo supimos, y hemos celebrado sus victorias.

— Allí hay tres hombres que valen mucho: Zaragoza, Blanco y Aramberri.

— Tendrán que separarse del viejo ambicioso.

— Eso va a suceder.

— Recibí carta de Pedro—dijo «Juan Gallinazo»—. Me dice que tiene un gran regalo para mí en su cartera y que lo conservará, porque nadie lo codicia.

— Ese Pedro es el diablo—dijo Juan—; es un fronterizo de pura sangre.

— Ya Miramón sale para San Luis a encontrar a Vidaurri.

— Pues que se las componga como pueda.

— Ya estamos enredados todos; veremos quién es más afortunado.

— El señor Juárez debe estar ya en Veracruz; de ahí no lo sacan ni con tenazas. Gutiérrez Zamora e Iglesias, defienden la plaza, y los «mochos» no la toman.

— Eso es cierto—dijo Juan.

— A acostarse—dijo Isabel—, porque ustedes no acaban nunca; mañana seguirán charlando.

— Sí—dijo Manuel—; mañana veré a Eva y en la noche nos largamos.

— ¡Listo!—dijo Juan levantándose.

— Ahora, por Isabel, la última copa.

— ¡Gracias!

## IV

Manuel no pudo dormir en toda la noche; le parecía un sueño estar en México.

Iba a ver a esa mujer; no la había olvidado un solo momento; iba a estar a su lado, a oír su voz, a tocar sus cabellos y su frente. ¡Cuánto la amaba!

Asomó, por fin, la luz. Por temor de despertar a sus amigos, se estuvo en su pieza, hasta que oyó dar las ocho.

— ¡Levántense, perezosos!—gritó a la puerta de la recámara.

— Si ya hace una hora que salió Isabel—gritó «Juan Gallinazo».

Entró Manuel en la recámara, y recordando los tiempos del colegio, tomó de un pie a «Juan Gallinazo» y lo arrojó fuera de la cama.

Cayó Juan en la mitad de la pieza, y riéndose saltó como una ardilla, tomó el vaso con agua que estaba en la mesa de noche, y bautizó a Manuel.

El estudiante, chorreando agua, tomó la sobrecama y envolvió a Juan, que agitaba los brazos como aspas de molino. La criada, que oía el ruido, creyó que reñían, y entró precipitadamente.

Juan, que tenía cubierta la cara y giraba como un «castillo», largó a la criada una bofetada, que le hizo ver los juegos pirotécnicos.

Manuel soltó una carcajada, y la criada un grito terrible.

— Han desbaratado a la gata—gritó Manuel.

Descubrióse Juan y también se echó a reír, mientras que la infeliz mujer se le abultaba como una amapola el carrillo.

Manuel se acordó de «Ojo de perla».

Sonó el timbre.

— ¡Ya están ahí!—gritó Juan.

## V

Manuel corrió a la puerta y abrió.

Eran Eva e Isabel.

Luego que la joven vió a su amante, se puso pálida como una flor de la tarde. Sus ojos tomaron un brillo intenso, tem-

blaron sus preciosos labios, como una hoja al dulce soplo de la brisa; llevó las manos descoloridas al pecho, y dió un agudo grito.

Manuel la tomó en sus brazos y lleno de susto la recostó sobre su pecho.

Isabel le dió una perla de éter, y Eva se fué serenando pausadamente.

Aquel dolor era el primer síntoma de la «angina», la primera puñalada en el centro de la vida.

Luego que se restableció la calma, el estudiante se arrodilló, y tomando entre sus manos las de la joven, las cubrió de besos y de lágrimas.

—Eva mía—le dijo lleno de emoción—, no te he olvidado un solo instante; siempre en mi corazón y en mi memoria.

—Manuel, yo ni en sueños he perdido tu imagen; nunca había amado; era la primera vez que el aliento de un hombre resbalaba sobre mi frente, y creo que será ésta mi primera y última ilusión.

—Tú—dijo Manuel—me has comunicado valor con tu recuerdo; tu imagen ha flotado sobre el humo de los combates; he oído pronunciar tu nombre junto a mí en la hora más terrible de la batalla.

Has sido un ángel de la guarda; te debo hasta la existencia.

Eva besó la frente de Manuel.

El joven se estremeció.

Hubo un momento de silencio.

Entonces Eva, con una voz melancólica y doliente, dijo, entrelazando sus dedos a los cabellos de su amante:

—Manuel, estoy enferma; siento que la vida se apaga lentamente.

—¡No, no digas eso!—gritó Manuel—Tú vives y vivirás; porque yo lo quiero; porque tu existencia va con la mía; porque yo te amo.

—Llevo al enemigo dentro del pecho; ya mi corazón quiere escaparse; ¡lo he tenido tanto tiempo preso y lleno de angustia!..

—¡Pero eso no puede ser; primero yo, mil veces!.. ¡Eva, no vuelvas a pronunciar esas palabras, porque yo sí que me siento morir!..

—¡Pobre de ti, Manuel! ¿Qué harías sin mí, que tanto te quiero?

—Aquí—dijo Manuel, acariciando su revólver—, aquí está la solución de todo.... ¡Me mataría!

—¡Qué horror!—exclamó Eva.

—¿Qué me quedaba a hacer en el mundo? Yo vivo por ti y para ti... Sólo a tu lado me acaricia la idea de la felicidad, dicha suspirada que se aplaza. Y se aplaza como si no hubiera de tocarla nunca.

—¡Sí, Manuel; yo no quiero morir, tengo miedo, me espanta esa idea!

—Disipa ese pensamiento, Eva mía; no hablemos de eso; el cielo sonrosado de las ilusiones nos espera; hablemos de esperanza nada más; de sueño de amor y de felicidad.

—Tú disipas las negras sombras de mi cerebro; tú me vuelves a la vida. ¡Yo te amo!

—Así, así—decía el estudiante—; así quiero verte.

—Cuando considero que yo estaba junto a ti para pronunciar el juramento que iba a unirnos por siempre, y que todo se disipó como las imágenes de un sueño...

—¡Sí, sí—dijo Manuel—; aquélla fué una traición cobardel

—Quisieron que te aborreciera; te pusieron al borde de un abismo, y tú entraste sereno, con la frente llena de relámpagos; te vi grande en tu sacrificio, grande en tu amor.

—Hubiera dado hasta la última gota de mi sangre, antes que rebajarme en tu presencia. ¡Me hubieras visto despreciable, indigno de tu amor y hubieras hecho bien en negarme tu cariño; pero volverá esa hora, sí, volverá, porque yo lo siento aquí, en mi corazón, y en el fondo de mi alma!

—Cuando me han visto enferma, he oído de los labios de aquel clérigo que dirigió toda la intriga, esta frase: «Nadie se muere de amor». Era un latigazo sobre mi rostro.

—¡Miserables! Pero yo aliento, yo vivo todavía y tú me amas, ¿no es verdad?

Eva acercó su frente a los labios ardientes de Manuel.

—Ahora—gritó el estudiante—, alegría! ¡Viva la felicidad!

¡Juan! ¡Isabel!

Los dos jóvenes entraron.

—¡Pero, maldito de cocer—gritó Manuel—, todavía no le das un abrazo a Eva!

Juan no se atrevía, y murmuró:

—Señorita...

—Ya que usted no quiere—dijo Eva sonriendo—, yo lo haré.

—¡Es mi hermana!—gritó Juan, y respetuosamente la estrechó en sus brazos.

—No hay que encelarse, Isabel—dijo el estudiante.

—¡Qué más quisiera este demonio!

—Pero, hombre—dijo Juan—, ¿dónde has encontrado una cosa tan linda?

—No es cosa; es un ángel.

—Perdone usted, señorita; yo soy un rústico.

—Aquí no hay usted; todos nos consideramos como de una misma familia, y aunque Isabel aprieta mucho sus llaves, que saque una botella para que tomemos una copita.

—Yo aprieto las llaves y estos perdidos rompen la botella.

Vinieron las copas, y todos tomaron.

—Me voy—dijo Eva—; ya la función habrá terminado.

—¿Volverás, Eva? Nosotros nos detendremos dos días.

—Sí, vendré, y bien que vendré—dijo la joven, estrechando la mano de Manuel.



- Señorita—dijo Juan—, esta casa es de ti, de usted.  
 — Gracias, Juan; ya la conocía. Carolina me había hablado.  
 ¡Pobre Mario!  
 — No volvamos la vista atrás—dijo Manuel—. ¡Adelante, y a otra cosa!  
 — Otra copita—dijo Juan.  
 — No, no, ya es tarde; diré mañana que voy a comer con una amiga, y estaré aquí hasta en la tarde.  
 — Señorita—gritó Juan—, éste es el placer más grande que usted, tú, nos puede dar.  
 — ¡Adiós!  
 Cuando Eva salió, Manuel se pasó la mano por la frente.  
 — ¿Qué tienes?—dijo Juan.  
 — ¿Qué he de tener? Eva está amenazada de muerte; la angina del corazón se lo ha revelado.  
 — No pensemos en eso.

## VI

En aquel momento se oyó gritar a un papelero: «¡La ley de conspiradores!»

— ¡Demonio!—dijo Juan.

Llamaron al papelero, y compraron la ley.

La reacción creía que iba a salvarse con una ley bárbara, cuando la cuestión era de dinero.

La pena de muerte jugaba a su sabor en aquel documento, hasta por la sospecha más insignificante.

Redoblóse una vigilancia absurda.

En las garitas, los arrieros eran examinados: se los creía generales disfrazados; la policía secreta se introducía en todas partes, y no obstante, se conspiraba en todas partes y a todas horas.

— Pues no podemos salir mañana—dijo Juan—, porque la ley está «nuevecita» y la estrenan con cualquiera.

— Sí—respondió Manuel—; pensaremos la manera de salir; mucho nos urge.

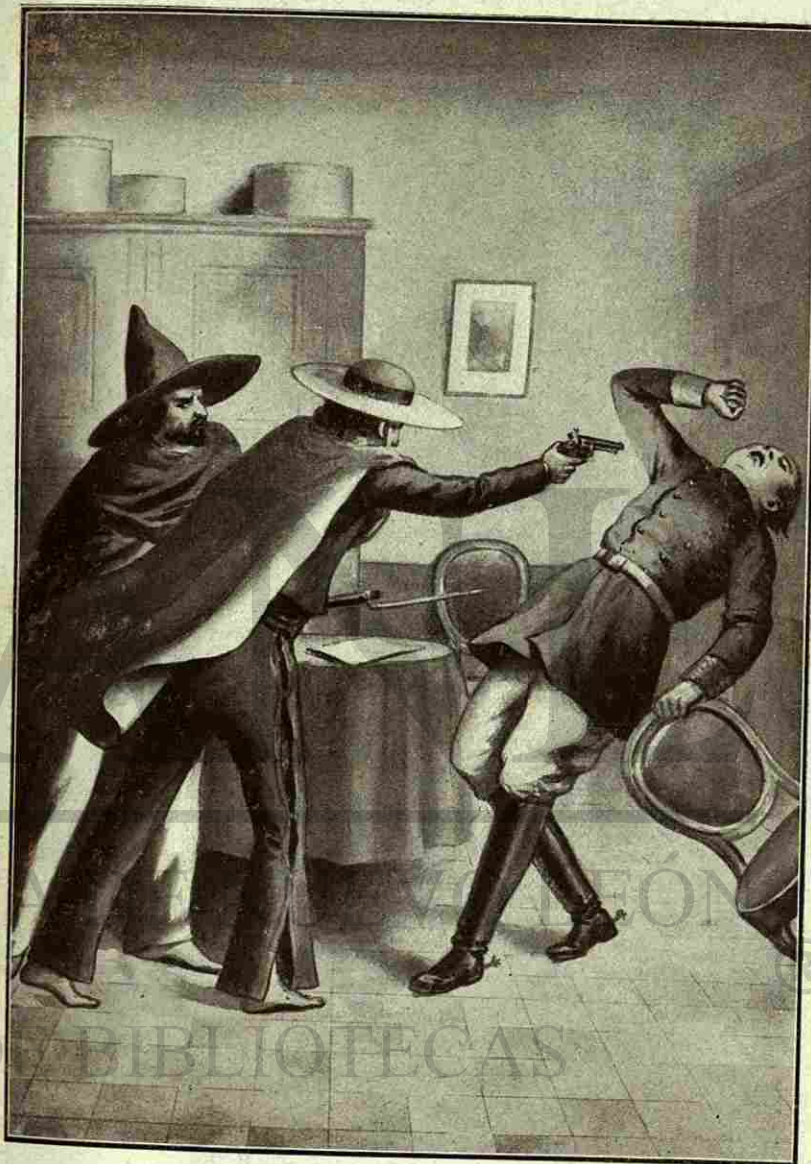
— Pero no debemos dar dado—dijo Juan—; esperemos un momento seguro.

— Mañana muy temprano—dijo Isabel—, van a ver a éstos de la tierra, que han traído a vender caballos; te pones de acuerdo con ellos, y creo que será fácil la salida, porque tienen que tratar con oficiales, y ellos responderán.

— Perfectamente—dijo Juan—; muy temprano me pongo mi blusa y mi gran sombrero y no me conoce ni mi padre.

## VII

Al día siguiente, y al amanecer, se plantó Juan en la calle, y se dirigió a un mesón de Santa Ana, donde estaba el co-



...y sin decir palabra, le vació en el cuerpo las seis balas de su revólver...

(Pág. 263)

mercio de caballos y de mulas, que no «bebían agua», es decir, que no se sabía o se ocultaba su procedencia.

Chalanes como gitanos, con caballos cubiertas las mataduras con cerdas encoladas, mulas a las que se les daba arsénico para tenerlas en pie, perros pintados, etc., etc., la gran trácala del mundo. Había allí corredores del abigeo.

—Tío Pancho—dijo Juan, acercándose a su paisano.

—¡Qué ve! ¡El niño Juan aquí!

—Calla; no me conoces; disimula.

—Está bien.

—¿Cuándo te vas?

—Pues será pasado mañana; hoy me compran dos caballos unos oficiales; en cuanto me paguen, marchó.

—¿Y te podré acompañar sin ser conocido?

—Perfectamente; tenemos que llevar a Tlalnepantla unos burros, y usted los irá arreando.

—Entonces, aquí estaré muy temprano.

—No tenga usted cuidado, que saldremos muy bien.

Llegaron los oficiales a ver los caballos.

—Son buenos animales—dijo el tío Pancho—y para campaña se pierden de vista.

—Los probaremos.

El tío Juan ensilló el que le pareció mejor y lo montó un oficial.

Lo movió, lo galopó, lo corrió y lo azotó de tal manera, que a aquella infeliz gamuza chorreaba el sudor.

—¿Qué tal, amo?—dijo el tío Pancho.

—Muy bueno—respondió el oficial, desmontándose—. Y ¿cuánto vale?

—Puestos sobre el lomo, veinticinco pesos.

—¿Y sobre la cola?

—Lo mismo; todo es caballo.

—Daré doce, y es bien pagado.

—Serán veinte.

—Doce, y no hablemos más.

Sacó el oficial la cartera, escribió dos renglones y entregó el papel al tío Pancho, después de haberle contado el dinero.

Se volvió el oficial al caballo y le dió un manazo en el anca.

—¡Diablos!—exclamó el oficial—Se me ha puesto la mano negra.

—Será polvo y sudor del animalito—observó el tío Pancho.

—No—dijo el oficial—, ésta es tinta o chapopote.

Y examinando el caballo, vió que con el sudor se había caído el barniz, y aparecido la marca del Regimiento.

—¡Ira del diablo! Este es el caballo que se robaron ayer del cuartel; es el del cabo Picharro.

—No puede ser—dijo el tío Pancho—; lo traigo desde muy lejos.

—Este es el «fierro», y ahora se va conmigo.

— Pero, señor oficial...

— ¡No hay peros; camine, ladrón!

Y, sacando la espada, se lo llevó a cintarazos al cuartel.

— Nos hemos lucido—dijo Juan—. A éste lo desuellan vivo.

Y se dirigió algo inquieto a la casita de San Jerónimo.

Vió a lo lejos un grupo de gentes y soldados.

— Algo pasa—dijo Juan—; estamos de malas.

Efectivamente, pasaba algo muy serio.

Eva no había podido salir de su casa y envió una carta a Manuel.

La criada olvidó el número y comenzó a preguntar por Manuel en las casas contiguas.

A un policía le llamó la atención, le quitó la carta y leyó:

«Me es imposible ir, pero mañana estaré sin falta. Cúiden-se mucho, mucho.»

El policía se fingió sirviente y se enteró de casa en casa hasta dar con Manuel, que lo recibió muy satisfecho, puesto que le traía una carta, que no podía ser de otro más que de Eva.

— Muy bien—dijo Manuel, y le dió un duro.

Inmediatamente comprendió el policía que Manuel era oficial y que estaba allí oculto.

A poco la fuerza rodeó la casa y el policía intimó prisión a Manuel, que se manifestó sereno.

Juan se paró en la tienda de la esquina y vió pasar a Manuel en cuerpo de patrulla seguido de una multitud de curiosos.

El estudiante volvió maquinalmente la vista y tropezó con la mirada de Juan.

Desfiló Manuel por las calles principales donde lo conocieron algunos, que al pasar lo insultaban.

Llegó a Santiago Tlaltelolco, y de improviso se encontró en el fondo de un calabozo.

No había entonces procesos; encerraban a un hombre y no volvían a acordarse; lo dejaban allí, como se decía en la prisión, «hasta que se pudriera».

Catearon la casa, recogieron cuantos papeles había a la mano y se robaron cuanto encontraron.

Cerró Isabel la casa.

Juan, que la vió salir, fué en su seguimiento.

Allá, muy lejos, se reunieron y fueron a alojarse a una vecindad en el cuarto de una lavandera.

## CAPITULO XIII

## GOLPE A GOLPE

## I

La revolución era interminable.

Cuando los reaccionarios celebraban una victoria, al día siguiente lamentaban una derrota, y dementes y perdidos, caminaban entre las sombras, comprendiendo que en el final estaba la catástrofe.

Había dos grandes centros de operaciones, Jalisco y la Frontera, teniendo la reacción su cuartel general en San Luis Potosí, para obrar sobre el ejército del Norte.

Simultáneamente se libraban dos encuentros en las dos zonas militares.

Entremos en el orden de la historia.

El Sur de Jalisco estaba invadido por la revolución.

El general Casanova, queriendo imitar los rápidos movimientos de Miramón, salió de Guadalajara con toda la fuerza, seis piezas de grueso calibre y un obús, para batir al ejército liberal al mando del general Santos Degollado.

Mucho influye el concepto de un jefe en el ánimo de las tropas, ya amigas, ya enemigas.

Con excepción de Miramón, ningún otro jefe reaccionario inspiraba temor; por el contrario, se tenía por segura la victoria.

Salió Degollado, que se encontraba en Sagula, en busca del enemigo, a quien encontró en el punto llamado «Cuevas de Tachalufa» o «Cuevitas».

Lanzóse con denuedo el ejército liberal sobre las tropas reaccionarias, que lo recibieron a metralla.

Allí no hubo estrategia, ni maniobras militares, sino un empuje desesperado sobre la línea a la bayoneta.

Hora y media duró la batalla; la artillería y los batallones cayeron en poder de los liberales, y el general Casanova se escapó a uña de caballo, llevando la noticia de su derrota a Guadalajara.

Casanova quería seguir corriendo, pero allí lo detuvieron, comprometiéndolo a defender la plaza, que iba a abandonar vergonzosamente.

Avanzaron los liberales.

El 25 de septiembre llegaron al pueblcillo de San Pedro, el Tacubaya de Guadalajara, y el 26 en la tarde tomaban posiciones y establecían el sitio.

## II

Entre los oficiales del Estado Mayor del general Degollado, estaba Pablo, que había hecho una grande amistad con el

— Pero, señor oficial...

— ¡No hay peros; camine, ladrón!

Y, sacando la espada, se lo llevó a cintarazos al cuartel.

— Nos hemos lucido—dijo Juan—. A éste lo desuellan vivo.

Y se dirigió algo inquieto a la casita de San Jerónimo.

Vió a lo lejos un grupo de gentes y soldados.

— Algo pasa—dijo Juan—; estamos de malas.

Efectivamente, pasaba algo muy serio.

Eva no había podido salir de su casa y envió una carta a Manuel.

La criada olvidó el número y comenzó a preguntar por Manuel en las casas contiguas.

A un policía le llamó la atención, le quitó la carta y leyó:

«Me es imposible ir, pero mañana estaré sin falta. Cúiden-se mucho, mucho.»

El policía se fingió sirviente y se enteró de casa en casa hasta dar con Manuel, que lo recibió muy satisfecho, puesto que le traía una carta, que no podía ser de otro más que de Eva.

— Muy bien—dijo Manuel, y le dió un duro.

Inmediatamente comprendió el policía que Manuel era oficial y que estaba allí oculto.

A poco la fuerza rodeó la casa y el policía intimó prisión a Manuel, que se manifestó sereno.

Juan se paró en la tienda de la esquina y vió pasar a Manuel en cuerpo de patrulla seguido de una multitud de curiosos.

El estudiante volvió maquinalmente la vista y tropezó con la mirada de Juan.

Desfiló Manuel por las calles principales donde lo conocieron algunos, que al pasar lo insultaban.

Llegó a Santiago Tlaltelolco, y de improviso se encontró en el fondo de un calabozo.

No había entonces procesos; encerraban a un hombre y no volvían a acordarse; lo dejaban allí, como se decía en la prisión, «hasta que se pudriera».

Catearon la casa, recogieron cuantos papeles había a la mano y se robaron cuanto encontraron.

Cerró Isabel la casa.

Juan, que la vió salir, fué en su seguimiento.

Allá, muy lejos, se reunieron y fueron a alojarse a una vecindad en el cuarto de una lavandera.

## CAPITULO XIII

## GOLPE A GOLPE

## I

La revolución era interminable.

Cuando los reaccionarios celebraban una victoria, al día siguiente lamentaban una derrota, y dementes y perdidos, caminaban entre las sombras, comprendiendo que en el final estaba la catástrofe.

Había dos grandes centros de operaciones, Jalisco y la Frontera, teniendo la reacción su cuartel general en San Luis Potosí, para obrar sobre el ejército del Norte.

Simultáneamente se libraban dos encuentros en las dos zonas militares.

Entremos en el orden de la historia.

El Sur de Jalisco estaba invadido por la revolución.

El general Casanova, queriendo imitar los rápidos movimientos de Miramón, salió de Guadalajara con toda la fuerza, seis piezas de grueso calibre y un obús, para batir al ejército liberal al mando del general Santos Degollado.

Mucho influye el concepto de un jefe en el ánimo de las tropas, ya amigas, ya enemigas.

Con excepción de Miramón, ningún otro jefe reaccionario inspiraba temor; por el contrario, se tenía por segura la victoria.

Salió Degollado, que se encontraba en Sagula, en busca del enemigo, a quien encontró en el punto llamado «Cuevas de Tachalufa» o «Cuevitas».

Lanzóse con denuedo el ejército liberal sobre las tropas reaccionarias, que lo recibieron a metralla.

Allí no hubo estrategia, ni maniobras militares, sino un empuje desesperado sobre la línea a la bayoneta.

Hora y media duró la batalla; la artillería y los batallones cayeron en poder de los liberales, y el general Casanova se escapó a uña de caballo, llevando la noticia de su derrota a Guadalajara.

Casanova quería seguir corriendo, pero allí lo detuvieron, comprometiéndolo a defender la plaza, que iba a abandonar vergonzosamente.

Avanzaron los liberales.

El 25 de septiembre llegaron al pueblcillo de San Pedro, el Tacubaya de Guadalajara, y el 26 en la tarde tomaban posiciones y establecían el sitio.

## II

Entre los oficiales del Estado Mayor del general Degollado, estaba Pablo, que había hecho una grande amistad con el

teniente coronel Antonio Rojas, el soldado más feroz del ejército de Jalisco.

—Ya están sitiados los «mochos»; aquí los cogemos como en ralonera.

—Ya nos la pagaron—dijo Pablo, a quien el dios o el demonio de la venganza, le prestaba su aliento.

—¡Qué bien lo ha hecho usted, amigo!—decía Rojas—Ha «carneado» usted de lo lindo.

—Hasta cansarme el brazo—decía Pablo.

—No sé cómo no lo rasgaron, porque se metió al hombre.

—Así se necesitaba.

—Así vengamos a todos.

—¡Mucha sangre!—gritaba Pablo—¡Hasta ahogarnos!

—Usted debe ser mi soldado—decía Rojas.

—Ya lo soy—respondió Pablo.

—Tiene usted razón.

—Me han matado a mi madre y a mis hermanos, y los he de vengar.

—Los vengaremos; pero este don Santitos se enoja cuando le quito las pulgas.

—Cuando lo sepa, ya sucedió; no tenga usted cuidado.

—Si entramos en la plaza, nos ponemos las botas.

—Y hasta las chaparreras—dijo Pablo.

—Está usted temblando, amiguito.

—Yo era bueno, le tenía horror a la sangre, jamás había pensado en estar en la revolución, pero vi asesinado a un amigo en Salamanca, y juré vengarlo; tal vez no lo hubiera hecho, pero como se trataba de buscar a un hombre, no me parecía mucho; pero después del incendio de mi casa y la muerte de mi madre, sentí que era hombre, que había dentro de mí algo terriblemente salvaje, y que sería invencible... Sí, yo me desconozco; mis sentimientos infantiles han desaparecido para darle paso a la barbarie... ¡Puesto al servicio de la causa santa de la libertad, seré en mi esfera el brazo que hiere, el rayo que mata!

—Muy bien—dijo Rojas, lamiéndose los bigotes—, pero no hay que aflojarse.

—Estaré siempre listo.

—Le daré un consejo. Olvide usted la vida, y todo está arreglado.

—He sentido un gran placer al oír el fuego de las primeras escaramuzas.

—Todavía no llega nuestra hora, que será la del ataque sobre todas las posiciones; los dejaremos que se estén tiroteando; ya verán el empuje.

—Por ahora los tenemos divididos a todos; ya no pueden con nosotros.

—Se le han ido encima a Vidaurri, y ahora se lo comen.

—¿Por qué?

—Porque no ha jalado parejo—dijo Rojas—; quiere ser más

que todos, y aquí clava el pico. Oiga, amigo: las derrotas se huelen, así como las victorias; yo le dije que tomamos la plaza y que a Vidaurri se lo almuerzan.

—Yo lo sentiría, porque así acabamos más tarde.

—Ya arrecia el fuego; vamos a ver lo que pasa.

Pablo y Rojas se dirigieron al cuartel general.

## III

Mientras el sitio se estrechaba en Guadalajara, el 29 de ese mismo mes de septiembre, tenía lugar la importantísima batalla de Ahualulco.

El 28 llegó el ejército de la reacción frente a las posiciones liberales mandadas por el general Vidaurri.

Las baterías fronterizas rompieron el fuego.

Desplegaron en batalla los carabineros y batallones de Toluca, con cuatro obuses de montaña, formando el ala derecha, teniendo como reserva el batallón de Cazadores y Exploradores del Ejército, todo al mando del general Tomás Mejía.

Seguían en orden de batalla los cuerpos 2.º y 3.º de Ligeros, 4.º de línea, Activo de San Luis y Fijo de México, sosteniendo tres baterías de batalla a las órdenes del coronel Francisco Vélez y los generales Silverio Ramírez y José Moreno.

Cerraba la izquierda la división de caballería con el 3.º y 5.º de los cuerpos de guías y guerrilleros de Sierra Gorda a las órdenes del general Chacón.

A la retaguardia, entró la reserva, con los batallones de Morelia, Oaxaca y Querétaro y una batería de batalla a las órdenes del coronel español Marcelino Cobos.

Fuera de tiro y custodiando el parque, la sección de la Sierra, con tres obuses de montaña y los escuadrones de Chautla y Toluca.

A la una de la tarde, la sección emprendió el ataque sobre la izquierda del ejército liberal, situado en la posición más alta del campo, amagando la derecha para llamar la atención.

Después de un reñido combate, la posición fué tomada por los reaccionarios.

Eran las cuatro de la tarde; se suspendió la batalla.

## IV

A las tres de la mañana el general Miramón reconoció la línea y dió órdenes para el ataque.

A las siete rompieron los fronterizos el fuego de artillería, el que fué contestado debidamente.

Entonces tomaron la ofensiva y se arrojaron sobre el ala izquierda del enemigo, que pudo contener el empuje amon-

tonando fuerzas a las órdenes de Cobos y otros enviados por Miramón.

A las once y treinta minutos el ataque se hizo general, reñido y sangriento.

Las columnas reaccionarias avanzaron sobre el enemigo, y con una gran superioridad de fuerzas, pues entraron en batalla hasta las reservas, consiguiendo después de una terrible lucha, ocupar la posición atacada, que fué defendida palmo a palmo por los fronterizos.

Los batallones de carabineros y los de Toluca, forzaron un mal paso, resistiendo una emboscada, y, encontrándose a retaguardia del enemigo, introdujeron la confusión, por lo inesperado del movimiento.

Entonces por un flanco, comenzó bajo el fuego, la retirada del ejército del Norte.

Organizada de nuevo, ya fuera de tiro, una columna de tres mil hombres volvió a la carga, arrojándose sobre la caballería reaccionaria, que se retiró en pleno desorden, llevándose herido al general Mejía, y dejando muerto en el campo al coronel Barroso.

Aquél era el momento supremo de la batalla.

Los fronterizos avanzaban, recobrando sus posiciones.

Entonces, Miramón dirigió a aquel núcleo todas las piezas de su artillería, mientras que la posición de la izquierda, que sostenía a pesar de las peripecias del centro y de la derecha, se retiraba haciendo fuego, ya casi envuelta por los batallones fijos de México y Oaxaca, que terminaron por hacerse dueños de la posición.

Continuaba el combate.

Las infanterías reaccionarias se arrojaron sobre los puntos recobrados, mientras el coronel Vélez, volvía sus punterías al enemigo, dirigiendo a veinte pasos los fuegos de metralleta, con los mismos cañones que se le habían quitado.

Vélez cayó herido al pie de la batería.

El 2.º ligero dió la carga decisiva, después de perder a los jefes que lo conducían.

Entonces se declaró la derrota.

Había sobre el campo más de mil muertos, de ambos ejércitos, y más de cuatrocientos heridos.

Los restos del ejército vencido se retiraron rumbo a Zacatecas.

El mismo día 29, comunicó Vidaurri desde la Hacienda del Espíritu Santo, al gobernador de Coahuila, que había sido derrotado en las arenas de Aqualulco.

## V

Mientras el partido conservador y los frailes celebraban con un inmenso regocijo el triunfo reaccionario, en Guadalajara tomaba la revancha el ejército liberal.

Estrechó Degollado el cerco, teniendo diarios combates y escaramuzas, pues los reaccionarios se defendían con valor.

Los liberales atacaban con intrepidez y a diario se avanzaban de posición en posición.

La plaza esperaba refuerzos, que no podían llegar, porque Miramón había quedado maltrecho en su victoria de Aqualulco.

Entretanto llegó el general Esteban Coronado con un refuerzo para los sitiadores.

Una brigada, que había sacado de Durango, ayudó poderosamente; porque el 27 penetraron en la plaza, y por medio de minas, volaron dos de los fortines que la circunvalaban, introduciendo un pánico terrible entre los sitiados.

Blancarte, que defendía la plaza, se replegó a San Francisco, que con varios templos contiguos, constituía una posición formidable.

Pero la moral se había perdido, y pidió desde luego una capitulación.

Ya dueños de la capital de Jalisco, el ejército liberal, unido con el pueblo, comenzó a buscar la revancha de tantas infamias.

Todos estaban furiosos por la muerte del general Silverio Núñez, el que abofeteó a Landa, el que se pronunció contra el señor Juárez, y fué ejecutado en Zacatecas por mandato de Zuazua.

El general Núñez había muerto en el primer ataque dado a Santo Domingo y que inició el sitio de Guadalajara.

Lanzóse la multitud en busca del general Casanova, de Monayo y de Piélagos, el infame asesino de Herrera y Cairo.

Casanova se había escondido siete estados debajo de tierra.

Monayo fué preso y a Piélagos se le encontró herido en el convento de Jesús María.

La turba popular ahorcó a Monayo en la Plaza de Armas y lo colgó de los balcones del Obispado, entre la rechifla, los gritos y las histéricas carcajadas del pueblo; y a Piélagos, que se columpiaba al son de los estremecimientos de la muerte.

Entre tanto, Pablo y Rojas, que se habían batido hora por hora durante el sitio y que habían puesto fuego a las minas que volaron los fortines, ebrios de sangre, descompuesto el rostro por la furia salvaje del triunfo y sedientos de venganzas, penetraron en la casa de un señor Antonio Alvarez del Castillo, seguidos de un pelotón de sus guerrilleros.

El general Blancarte se encontraba en aquella casa, fiado en la capitulación que acababa de firmar.

Rojas, con una grande audacia, seguido de Pablo, se entró hasta la pieza donde estaba Blancarte, y sin decir una palabra, le vació en el cuerpo las seis balas de su revólver, dejándolo muerto y revolcándose en un lago de sangre.

El general Degollado puso fuera de la ley a Rojas, que no

obstante su crimen, había suprimido uno de los más terribles enemigos del partido de la Constitución.

A poco tiempo se revocó el decreto, y Rojas volvió a las filas liberales con todos sus honores.

## VI

No acababan de celebrar en México la batalla de Ahualulco, cuando llegó la noticia de los sucesos de Guadalajara, que llenaron de espanto a los conservadores y les quitaron las ilusiones de que la victoria de Miramón era definitiva.

Cuando se esperaban en México noticias de sumisiones, se supo el pronunciamiento del Fuerte por Plácido Vega, de acuerdo con Pesqueira, gobernador de Sonora, que se dirigía sobre Mazatlán, abandonado por Yáñez, a quien sustituyó Pedro Espejo.

En Ixtlán hubo otro pronunciamiento. Carlos Rivas, con una fuerza de Lozada, atacó al pueblo y fusiló impiamente a los prisioneros, y a otros les exigió rescate de dinero.

A cada momento oscilaba el platillo de la balanza revolucionaria.

Las fuerzas de Lozada, como siempre, cometieron iniquidades, dignas de salvajes.

## VII

Volvamos a la capital.

«Juan Gallinazo» estaba furioso por la prisión de Manuel y más aún por la derrota de Vidaurri.

Los repiques lo habían puesto nervioso y sólo pensaba en tomar la revancha.

Había vuelto con Isabel a la casita de San Jerónimo.

Se había disfrazado de criado e iba todos los días a llevarle la comida a Manuel, sin poder hablar, porque el alcaide no se despegaba un solo momento y registraba hasta las tortas de pan.

Un día pudieron decirse algo y concertaron la fuga, que tuvo mucho de cómico y original.

Pasaba «Juan Gallinazo» por una de las calles de Santa Ana, cuando vio que iba delante de él un joven muy alto, muy flaco y muy descolorido.

—Adiós, «Hambre-viva»—dijo Juan al pasar junto al joven.

—Este es «Juan Gallinazo»—dijo el joven.

—No me abras—le dijo Juan violentamente—, porque nos pescan.

—¿Qué haces por aquí?

—Nada; no puedo salir y estoy desesperado.

—Pues yo te voy a sacar y me voy contigo.

—Pero, ¿cómo?

—Les estoy vendiendo semillas a estos condenados; nos saldremos por la garita de San Lázaro, en las canoas.

—Sí, pero yo no dejo a Manuel.

—Pues ¿dónde está?

—En Santiago.

—¡Demonio! La cuestión es difícil.

—No tanto; ya tengo hecho mi plan.

—Dímelo.

—No, ya lo verás. Acompáñame al Baratillo.

—Vamos—dijo el joven.

Y se echaron a andar, rumbo a ese bazar de objetos viejos y robados.

Allí todo se encuentra; es el despojo de la ciudad en todas sus épocas. Bolas de billar rajadas y amarillentas, sombreros montados de generales, jaulas de loro maltratadas, cuchillos, espuelas, compases, retratos al óleo y en fotografía, sillas amarillentas y desvencijadas, collares de perros, almartingones, peinetas y mucha ropa de uso. Allí hay para todos los gustos y todas las fortunas.

—Pero, ¿qué diablos venimos a buscar aquí?—dijo «Hambre-viva».

—Ya verás.

Se acercaron a una tienda de ropa.

—¿Tiene usted un pantalón negro?

—Sí, señor; los hay muy buenos; apenas tendrán de uso cinco años; pero el difunto los dejó intactos; nada más los usaba que los jueves santos y cuando daba pésames; con ellos lo enterraron.

—¡Caracoles!

—Sí, señor; pero cuando lo sacaron, los pantalones estaban intactos.

—Y ¿de qué murió?

—De nada, de viruela negra; pero no se pega.

—¡Demonio!—exclamaron Juan y «Hambre-viva».

—Verá usted—dijo el mercader—: se los vendí a un barbero, los uso tres meses y nada le sucedió; pero como no me los pagó, se los quité, y aquí están; los limpié con petróleo, y no los conoce ni el mismo difunto muerto.

—Y ¿cuánto valen?

—Por ser para usted, que es persona decente, se los voy a poner en cinco reales.

—Daremos dos—dijo «Hambre-viva».

—Serán tres; y si se los quiere usted poner, pase usted, me dejará sus calzoneras.

—No, no; envuélvalos en ese pañuelo.

Y ¿no tiene usted un paltó?

—Aquí está uno que era del cojo Santa Ana; lo llevaba el año de treinta y dos a la campaña.

—¡Caracoles!

— Buen paño; vea usted que es una tela de araña y conserva su ley.

— Hombre, si ya es un cedazo.

— Pero, como recuerdo, vale mucho; crea usted que me lo han querido comprar muchos extranjeros; ahora lo vendo por necesidad en siete reales.

— Venga él—dijo Juan.

Ahora, un sombrero.

— Aquí está; se llama «hongo», muy fino; éste sí no lo doy menos de real y medio.

— Estamos ajustados—dijo Juan.

Y ¿no tiene usted una barba y una peluca?

— Me sobran, señorito; se las he comprado a un cómico del «Principal»; es todo el juego.

— Bien.

— Tres realillos y no hablemos más.

Juan pagó violentamente y se marchó con su envoltorio, que entregó a «Hambre-viva», por temor de la viruela negra.

## VIII

El comerciante se quedó diciendo:

— ¿A quién irán a robar estos perdidos?

— Hombre—dijo Juan—, ¿no tienes un hombre de confianza?

— Precisamente allí está uno que arrea el ganado.

— Llámalo.

«Hambre-viva» le tocó las manos.

— Mira—dijo Juan—, te vas a ganar diez pesos.

El hombre abrió la boca.

— Toma medio. Pélate y rasúrate en el Baratillo.

El hombre corrió y a poco se reunió con los jóvenes.

Lo metieron en un zaguán, le pusieron la peluca y la barba; le hicieron calzarse los pantalones y ponerse el paltó.

— Ahora—le dijo Juan—, vas a Santiago Tlaltelolco, pides permiso para ver a tu hijo Manuel, le hablas y te vuelves; aquí te esperamos.

— ¿Nada más que eso?—dijo el arriero.

— Nada más; mira, le dices al oficial que si te hace favor de guardar esos diez pesos que le has podido reunir, y que le dé uno diario; cuidado con una tontera.

Marchóse el hombre y a poco se presentó en la prisión de Santiago.

— Señor oficial, permítame su merced ver a mi hijo Manuelito; le traigo estos diez pesos, que quiero que su merced me haga favor de entregárselos, dándole un peso diario para los cigarrillos.

El oficial vió diez cielos abiertos.

— Muy bien; verá usted a su hijo, pero no le diga nada del dinero, porque lo va a querer todo.

— Está muy bien, señor.

— Pues sígame.

El arriero siguió al oficial, que abrió el calabozo.

— Háblele nada más, y lárguese, porque ya está oscuro, y no se permiten visitas.

El oficial se quedó a la puerta.

Luego que entró, Manuel, con una gran ligereza, le despojó del vestido y se lo puso violentamente.

Se caló la peluca y la barba y se echó el sombrero a los ojos.

— Aguárdato aquí y dentro de un cuarto de hora te vas.

— Vamos—dijo el oficial, y echó a andar delante de Manuel.

Ahora, lárguese y no vuelva—añadió—, porque ya no hay permiso para ver a los presos.

Luego que Manuel se vió en la plazuela, apretó el paso, se internó por las calles de Santa Ana, y tropezó con sus amigos.

— ¡«Hambre-viva»!—gritó Manuel, abrazando a su amigo.

— Vámonos—dijo Juan—a la casa de la lavandera; porque cuando noten tu falta, te buscarán en San Jerónimo.

A toda prisa se deslizaron los amigos por la acera y se perdieron en las sombras de la noche.

## IX

El alcaide echó llave al calabozo, y el arriero, sin saber por qué artes, se encontró solo y desamparado, sin que nadie le hiciera caso.

Todos los días se relevaba la guardia y entregaban al preso.

Pidió de comer y le llevaron de la «caridad».

— ¡Vaya un antojo!—decía el alcaide—Este señor que comía tan bien, ahora se le ha puesto en la cabeza el rancho de la tropa. ¡Vamos, que tienen ocurrencias!

Llegó el primero del mes y se practicó la «visita».

Unos generales con sus uniformes descoloridos, sus cruces reviejísimas y unos sombreros montados como los del Baratillo.

La mayor parte eran de esos militares antiguos, correlones y cobardes, que se arrancaban los bigotes en las derrotas y que pesaban desde hacía medio siglo sobre la nación.

Eran unos utensilios del Tribunal de la Guerra, para pasar «visita», donde siempre se los obsequiaba con pasteles de arroz de leche y copas de catalán: unos gorriones de primera fila.

Tomaron asiento bajo un dosel más viejo y más descolorido que ellos.

El principal era alto, flaco, bigote recortado de brocha, pintado, y pelo gris.



—Que saquen a los presos políticos—dijo con énfasis.  
 —Ninguno quiere venir—dijo el alcaide.  
 —Peor para ellos; que siga la incomunicación.  
 —Aquí está uno—dijo el alcaide. Y presentó a Atenógenes, el arriero.

—¡Qué disfrazado viene!—dijo el general, y sonrió a sus amigos.

—¿Es usted el coronel Manuel?

Atenógenes volvió la cara para buscar al coronel.

—Es vivo, es vivo—dijo el general—. ¿Se han practicado diligencias en el proceso?

—No, señor militar; no me han llamado a la «práctica» de «diligencias».

—Esté es «blusa roja»; es fronterizo; se le conoce a veinte leguas. ¿Y qué se le ofrece a usted?

—«Pos» que me pongan en libertad; tengo que ir por el ganado.

—Ese ganado son los guerrilleros; éste es un pájaro de cuenta; yo creo que es Vidaurri.

—No, mi general—dijo el fiscal—; éste es muy joven.

—Pues entonces es Comonfort.

—No, mi general; ese señor era grueso y picado de vi-ruelas.

—Pues éste es alguno, y yo no me equivoco; que lo registren.

El alcaide, muy solícito, esculcó al ganadero y le encontró un tranchete.

—¡Por Napoleón!—exclamó el general—Trae tranchete; debe ser ministro de Juárez.

—No, señor militar; yo me llamo Atenógenes Bobadilla, vaquero.

—¿Y qué bien que disimula! Señor alcaide, mucho cuidado; este hombre es de mucho riesgo; luego se advierte que es una gran cabeza política; pero si yo no fuera tan listo, me la pegaba.

—Señor, aquí me trajo un señor que se llama «Hambre-viva».

—Llévelo usted, llévelo, y que no se comunique, porque de este hombre depende la paz de la República y el triunfo de nuestra sagrada religión.

Pasaron los señores generales al refresco de aguardiente; comieron como generales en cuartel y bebieron catalán hasta atarantarse.

Se levantó el acta, diciendo que la prisión era un modelo de orden y seguridad y que el jefe del castillo merecía un premio del magnánimo Gobierno reaccionario; porque los presos políticos estaban tan sujetos, que ni se les permitía respirar.

## X

«Hambre-viva» era un oficial de guardia nacional, extremadamente sinvergüenza, cobarde, comodín, perezoso, y con una gracia, que todo, todo se le perdonaba.

Los tres amigos se pusieron a la mesa en la casa de la lavandera.

—Has escapado de milagro—decía Juan.

—Tuve un momento terrible, cuando pasé frente a la guardia; porque la barba se me había desprendido, y estaba a punto de ser conocido.

—Los diez pesos fueron tu salvación; despertaron la codicia del oficial.

—Yo, por cinco pesos—dijo «Hambre-viva»—, hubiera soltado toda la prisión; ya saben ustedes que soy hombre de principios fijos.

—Y de colmillos ídem—dijo «Juan Gallinazo».

—Ahora hablemos en serio.

—¿Tienes algo nuevo?—preguntó Manuel.

—Sí, y muy grave.

—Habla.

—Me he puesto en contacto con la junta revolucionaria presidida por el señor Miguel Lerdo, y tengo que llevar unos pliegos al general Miguel Blanco, que, separado del general Vidaurri, ha emprendido la más tremenda de las empresas.

—Ese fronterizo, con su calma y su hablar bajo y pausado, es capaz de todo.

Saca una hoja de maíz, su tabaco, hace un cigarrillo, da una fumada y manda una operación y la realiza con la mayor precisión del mundo.

—Como que a mí—dijo «Hambre-viva»—me dijo un día, con mucha dulzura:

—«Compañerillo», va usted a tomar esa trinchera.

Por supuesto, que fui cuando ya la había desalojado el enemigo; figúrense ustedes a mí tomando una trinchera; si fuera una taza de café con copa, lo comprendería.

—¿Y bien, Juan?—preguntó Manuel.

—No puedes ni aun suponerlo... Piensa atacar la capital, sorprenderla y ahorcar a Zuloaga y a su ministerio en los balcones del Palacio.

—¿Pero eso es verdad?

—Tan verdad, que ya salió de Morelia y mañana estará en las goteras de Toluca.

—Pero esto es inconcebible.

—Pero muy cierto.

—¿Entonces?

—Tengo, o más bien, tenemos que entregarle estos pliegos. Desconfía de que en México se le ayude.

—Cuando lo vean en Tacubaya, ya será otra cosa; el mismo señor Lerdo saldrá a su encuentro.

— Oye, «Hambre-viva», necesitamos salir mañana, a todo riesgo.

— Denme los pliegos; a mí no me registrarán; soy amigo de los de la garita, vamos como con un baúl.

— Arreglado. Ahora vete a San Jerónimo, y dile a Isabel que venga.

— En el acto.

Se levantó «Hambre-viva» y fué en busca de Isabel.

Llegó a poco la muchacha.

— ¡Isabel! — gritó Manuel — ¡Ya estoy libre!

— ¡Si este demonio tiene siete vidas, como los gatos! — dijo Juan.

— No; es que mi hermano Juan vale por cien.

— Bendito sea Dios — dijo Isabel —. Voy a enviarle a avisar a Eva, que está con mucho cuidado.

Escribió unas líneas y le encargó a la lavandera que fuese inmediatamente a la casa de la señora viuda de Rentería.

## XI

Morelia era el cuartel general de la revolución.

El general Huerta, el bravo general michoacano, el patriota sin tacha, era el alma de la revolución.

En Morelia se refugiaban todas las fuerzas derrotadas, todos los hombres perseguidos, y allí encontraban unión, amistad, abrigo.

De Morelia partían todas las expediciones; allí se fraguaba todo.

Allí se pensaban los golpes más audaces.

La reacción tenía miedo de ocupar Morelia, porque sabía que allí estaba un abismo insondable y nadie se explicaba el que no se mandara una fuerza permanente.

El general Blanco se había separado de Vidaurri con una fuerza fronteriza, y se dirigió a Morelia, llamado por el general Eпитacio Huerta.

Recibió al ilustre fronterizo con alta estimación, y acrecentó su fuerza con mil hombres de infantería, trescientos caballos y grandes recursos.

Se llamó al general Pueblita, que estaba en Zitácuaro, y al general Esteban León, que estaba en Tomascaltepec.

Avanzó el general Blanco y llegó a orillas de Toluca, donde supo que habían sentido sus movimientos los reaccionarios y reforzado la ciudad.

Blanco comprendió que la capital estaba más débil, y, esquivando la toma de esa ciudad, se dirigió violentamente sobre México; sin que nadie sospechase este rasgo de audacia y de atrevimiento, llegó a Tacubaya.

Lerdo salió por otro camino en busca de Blanco, porque no creyó en aquella marcha rápida e inconcebible.

Presentáronse el general José Justo Alvarez y el coronel Enrique Mexía, y concertaron el ataque.

A la mañana siguiente se efectuó el movimiento por el Sur y por el Poniente de la capital.

Otra fuerza ocupó Chapultepec e inició el ataque por San Cosme.

En la vanguardia iba el cuerpo de rifleros mandado por el coronel Escobedo.

La retaguardia la mandaba el general Régules.

Si la junta revolucionaria hubiera cumplido sus ofertas y prestado el más pequeño auxilio al señor Blanco, la ciudad caía por sorpresa.

El peligro unió a los reaccionarios, que resistieron como mejor pudieron el ataque. Una casa de la calzada se defendió débilmente por los alumnos del Colegio Militar.

Con marcada repugnancia se ordenó la toma, que se efectuó no sin haber muerto algunos jóvenes; los demás cayeron prisioneros y fueron puestos en libertad.

Salió al encuentro de Escobedo una fuerza que fué arrollada, perdiendo la artillería; allí fué herido el teniente coronel de ingenieros Juan B. Espejo, y muerto el coronel Aguilar.

Régules se puso en la calzada de la Verónica, extendiéndose hasta San Cosme para enlazar la línea de Chapultepec, y allí se empujó el fuego de artillería. La columna de Valle tomó el camino de la Piedad y la calzada de la Viga, y penetró por el barrio de San Pablo; allí salió una fuerza que fué batida; pero el general quedó herido, y se recibió del mando el general Alvarez.

Ocuparon las fuerzas la torre de San Pablo; destacó su fuerza, que replegó al enemigo hasta la plaza, y tomó el templo de la Merced.

Ya perdida la operación, que era un «golpe de mano», continuar en un ataque estéril sobre todos y cada uno de los puntos de la ciudad, no era prudente, y comenzó una retirada pacífica; porque los reaccionarios estaban desmoralizados.

Un general Piña, incapaz para la guerra y de ningún espíritu militar, reunió las fuerzas reaccionarias e intentó perseguir a Blanco, que lo esperó en batalla en las lomas de los Remedios.

Piña, como era de esperarse, esquivó el combate y se puso a una respetable distancia, siguiendo a la división hasta Huichilaque, regresando a México, dando un parte de que había dirigido unas granadas con mucho éxito sobre el enemigo.

Desde entonces, los mismos suyos, le llamaban el héroe de Huichilaque.

Ni Miramón, que se tenía por audaz, comprendía aquel golpe que había puesto de improviso la suerte de la revolución en manos de un hombre tan atrevido.

El pánico que se introdujo en la gente de pluma y de espada envainada, no cesó hasta que vieron disiparse la última nube de polvo, que levantaba el ejército fronterizo.

## CAPITULO XIV

## ARRECIA EL HURACAN

## I

Los tres amigos se dirigieron al campamento del general Blanco, que estaba accidentalmente en Tacubaya, antes del ataque a la ciudad.

Entregó Juan los pliegos, y los muchachos quedaron agregados al Estado Mayor.

«Hambre-viva» se fué a la reserva; dijo que importaba mucho cuidar los equipajes.

Ya hemos dicho que nadie esperaba la presencia de los fronterizos.

En las fuerzas venían Carlos, el alemán, y Pedro, el tagarno.

No se habían encontrado aún con Manuel y «Juan Gallinazo».

El general lo mandó de espía con una pequeña escolta que lo seguía a lo lejos.

En el pueblo de la Piedad se celebraba un matrimonio.

Las torres estaban con sus cortinas rojas; la puerta del pequeño templo, llena de flores, y se veía allá en el fondo multitud de velas y unos grandes blandones sobre las gradas del altar mayor.

Había una valla de gente esperando la llegada de los novios.

Detuviéronse dos carruajes frente al atrio; en uno venían los novios y en otro los padrinos.

La novia estaba cubierta con un velo blanco y elegantemente puesta.

El novio era un beato, todo rasurado, con boca de puerco espín, nariz remangada y ojos pequeños.

Traía un frac que pertenecía sin duda a una talla más pequeña, porque le oprimía la espalda y se le arremangaba.

Los pantalones se le campeaban como si hubiera enflaquecido y el chaleco le bajaba en dos picos, donde se veía una cadena muy gruesa, de oro.

Llevaba guantes blancos de cabritilla, muy arrugados, y un sombrero puntiagudo de seda.

Todos encomiaban la belleza de la novia y se refan de la fealdad del novio.

Pedro se detuvo bajo un árbol, y vio el desfile.

—¡Cuerno de Satanás! ¡Mi novia!—gritó el fronterizo, y dando un silbido, hizo avanzar la escolta.

Ya los novios estaban en el altar, camino a la sacristía, donde iba a efectuarse la ceremonia.

## II

Levantando una nube de polvo llegaron a escape los fronterizos, dando gritos y disparando sus pistolas al aire, para introducir la confusión y el desorden.

La gente corría en todas direcciones.

—¡Adentro, muchachos!—gritó Pedro, y como quien toma una fortaleza, entraron corriendo en el templo, llegando los caballos hasta el presbiterio.

El novio se acurrucó bajo el altar.

La novia se reclinó asustada en el altar, y los padrinos huyeron.

El cura, con la capa pluvial entre las piernas, dió con su personalidad sobre las losas, y a gatas ganó la sacristía.

—Yo soy; vente conmigo; he llegado a tiempo.

—¡Pedro!—gritó la novia.

La joven no se hizo esperar; tomó la mano de Pedro, y saltó sobre el caballo.

La corona y el velo se hicieron pedazos.

Ya Pedro seguro de su presa, salió corriendo entre el tumulto, que al enterarse del lance, aplaudía y gritaba estrepitosamente.

El cura, sentado en un sillón de vaqueta, pálido y desconcertado, sostenía en su mano trémula un vaso de agua que le había ofrecido un monigote.

La madrina tenía ataque de nervios.

El padrino veía como con ojo de vidrio para la iglesia, que ya estaba desierta.

—¡Dios mío, los blusas!

—Pero, ¿de dónde diablo han salido?

—¡Del infierno!—gritó iracundo el cura.

—Se va a morir de miedo el señor Zuloaga; como que es tan poquito el señor general.

—Nadie los esperaba; ésta es una traición.

—Si nos hallan—dijo el padrino—, nos desuellan vivos.

—Son muy capaces—murmuró el cura.

—Pero mi ahijado, ¿dónde está? ¡Patricito! ¡Patricito!

Fué saliendo el novio, muy empolvado, con la corbata chueca, la copa del sombrero hundida, y más pálido que un difunto.

—¿Qué pasa, amigo mío?—preguntó el cura con mucha sorna.

—Nada; lo que había de pasar después: que se la llevaron, que se acabó.

—¿Pero usted no piensa en recobrarla?

- No, porque no estará recobráble.  
 — Tiene usted mucha sangre, Patricito.  
 — No, señor cura; a estas horas ¡paf!  
 — ¿Y qué quiere decir ¡paf!  
 — Que ya me sustituyeron.  
 — Aguarde usted a los policías, y quéjese.  
 — Sólo que me queje con mi suerte y con mi madre. ¡Dios me libre de ir a ver a esos heliogábalos!  
 — ¿Y la deja usted perdida?  
 — ¡A ella le toca protestar, defenderse, pedir auxilio!... Póngase usted en lugar de ella.  
 — No—dijo el cura—; tanto como eso, no.  
 — Pues póngase usted en el mío.  
 — Pero si usted no está en ninguno. ¡Vamos!, que se echó a perder el matrimonio.  
 — Y también mi novia; afortunadamente, aun no era su marido.  
 — Pero tiene usted que pagarme los derechos y los daños y perjuicios por el susto.  
 — ¿Y quién me paga el mío?  
 — Los fronterizos.  
 — Pues vaya usted a cobrarles—dijo Patricito.  
 — Marchémonos a México, y pronto—dijo el padrino—, porque la cosa se pone color de hormiga.  
 Levantóse el cura y sacudiendo a la madrina, le dijo:  
 — Ya se prolonga demasiado ese ataque, señora; o se levanta o la dejamos.  
 — No, no—dijo la señora, levantándose—; vámonos. Lo que siento es que he tenido en exhibición por media hora una pantorrilla.  
 — Y a eso le llama pantorrilla—dijo por lo bajo Patricito, que no había quitado la vista a los porabajos de la señora.  
 El cura, los padrinos, los sacristanes, los monigotes y Patricito con el sombrero abollado, emprendieron rápidamente la marcha hacia la ciudad, donde ya se escuchaban las detonaciones de la artillería.

## III

- Llegó Pedro al cuartel general, saliéndole al encuentro sus amigos.  
 Bajó a su novia del caballo y apeándose se arrojó en brazos de Manuel y de «Juan Gallinazo».  
 — ¡Mi salvador!—gritó Manuel viendo a Pedro, a quien casi sofocó entre sus brazos.  
 — ¿Pero esta señorita?—dijo Juan.  
 — Los bribones clérigos la iban a casar con un santurrón, y llegué de improviso, sin haberlo pensado, y la saqué de sus garras.  
 La muchacha se echó a reír.

- Pues llevémosla a una casa de Tacubaya, porque ya empezó el fuego.  
 — Al momento—dijo Manuel. Y tomándola del brazo la llevó a la casa de su amigo Rafael Hernández, muchacho incapaz de enamorarla, aunque en materia de mujeres se dan casos.  
 Quedó instalada la novia, y los cuatro amigos se dirigieron a todo escape al cuartel general.  
 Como hasta el día siguiente no fué el asalto de la plaza, los amigos se entraron a un aposento, donde los asistentes les sirvieron la cena.  
 — ¿Qué te ha pasado, Manuel?  
 — La hemos corrido como el demonio: nos batimos en Ahualulco y nos derrotaron; entonces nos incorporamos con la fuerza del general Blanco, y ya estamos aquí.  
 — ¡Bravísimo!—gritó «Juan Gallinazo».  
 — Figúrense que mi novia me escribió de este casamiento; no tenía esperanza más que de vengarme, cuando la casualidad me la deparó y pude evitar un desaguisado.  
 — Me escribiste que me tenías un gran regalo.  
 — ¡Y muy grande!  
 — ¡Será un brillante!—exclamó Pedro.  
 — ¡Más grande todavía!  
 — Pues será la cola del gran turco.  
 — Vas a ver, pero antes llenemos las copas, porque la cosa merece un brindis.  
 Llenaron las copas.  
 Pedro fué sacando su cartera y presentó en un papel enrollado con mucho cuidado la oreja del coronel Altúnez.  
 «Juan Gallinazo» desenvolvió el papel y vió una carne seca y amojamada.  
 — ¡Cuerpo de Satanás! ¿Qué cosa es esto?  
 — Lee el papel, hombre.  
 Juan leyó: «Soy una oreja que pertenezco al coronel Altúnez».  
 Todos soltaron la carcajada.  
 — ¡A la salud del coronel y de su oreja!—gritó «Juan Gallinazo».  
 — Yo soy testigo presencial—dijo el alemán—; compruebo la prenda.  
 — Ya estás vengado de la que te jugó con Etelevina.  
 — Le queda la otra y el corazón—dijo Juan—, para pagarme la muerte de Mario.  
 — Ya lo encontraremos; las señas son mortales.  
 Pedro contó todo el lance y los cuatro festejaron tan fausto acontecimiento.  
 — Ahora, juntos, inseparables hasta la muerte—dijo Manuel.  
 — ¿Y por qué hasta la muerte, si hemos de llegar vivos a la victoria?  
 — ¿Quién sabe?—dijo Manuel.

— ¡Bebamos—dijo Juan—, porque lleguemos a México sanos y salvos!

Al chocar Manuel con el vaso de Carlos, estrelló accidentalmente el cristal.

El estudiante se puso pálido como la muerte.

— ¿Qué te pasa, Manuel?—dijo «Juan Gallinazo».

— Nada, que soy fanático y mis supersticiones son arraigadas; he quebrado el vaso y éste es un mal de muerte.

— ¡Al diablo con tus pronósticos!—gritó Pedro— ¡Esas son tonterías!

— No—dijo Manuel—; son verdades, y tengo la experiencia.

— ¡Esas son quimeras!—gritó Juan.

Carlos era espiritista (los alemanes son dados a las leyendas romancescas), y también se quedó pensando.

— Les tengo miedo a estos pronósticos.

— Casualidades—dijo Juan—; no hablemos más.

— Viajaba yo por la India—dijo el alemán—, y conocí a un domador de fieras, que iba en marcha para París, donde ya estaba anunciado en grandes cartelones.

Llevaba Cley, que así se llamaba, un león de la Jetulia, y una pantera de Java.

Aquel hombre tenía una preocupación.

En una sesión espiritista se le había anunciado que moriría devorado por un león, en un día de eclipse lunar.

Cargaba con su calendario y marcaba esos días, escribiendo en sus contratas, que en día de eclipse no trabajaría.

Llegamos a París, y lo vi exhibirse con sus fieras, causando un grande alboroto.

Las ganancias eran pingües.

Ya anunciada una función en la que concurriría la Embajada japonesa, el empresario vió que se marcaba para ese día un eclipse de luna.

Sintió heridos sus intereses y se propuso un plan que llevó a efecto.

Cuando Cley dormía, le sacó de la bolsa el calendario y lo sustituyó con otro, poniéndole la carátula del año presente.

Cley se despertó como siempre, hojeó su calendario, y, no viendo novedad, se preparó para la noche.

Aunque el domador no trabajaba hasta las diez, el empresario lo citó para las ocho y media, alegando cualquier pretexto.

Cley estuvo puntual.

A las nueve comenzaba el eclipse.

El teatro estaba lleno; una inmensa concurrencia llenaba el salón y en los palcos se veía lo más selecto de París.

En un intercolumnio estaban los japoneses, llamando la atención por su gran lujo.

Llegó la hora.

Rodaron una inmensa jaula de hierro dorado, y el público dió un estruendoso aplauso.

Apareció el rey del desierto, con una profunda melena negra, y en el fondo brillaban sus ojos como carbunclos.

Agitaba la cola, y su inmensa borla azotaba sus ijares.

La pantera estaba tirada en la jaula y asomaba una garras terrible por el espacio de los hierros.

La pantera veía enojada a aquella concurrencia.

— ¡Qué hermoso león!—dijo el ministro japonés—No había visto otro semejante.

— Es magnífico—contestó el secretario de la Legación.

El león se paseaba majestuosamente.

— Me parece—continuó el japonés—que esa fiera no está bien para esta noche; parece calenturienta.

— Será por la luz—dijo el secretario.

— No; ese león está furioso; yo lo conozco bien.

— Ha de conocer perfectamente al domador.

— Pero no hay que confiar; siempre es peligroso.

— Ya veremos.

— Mucho me temo una catástrofe.

Se oyó el golpe de la música y la pantera se levantó, paseó una mirada en derredor, bostezó y se puso en un rincón de la jaula.

— Malo—dijo el japonés—. Hay que desconfiar también de la pantera; si se tira sobre los hierros de la jaula, los puede hacer pedazos.

— Es muy fuerte.

Presentóse el domador con la faz risueña, los brazos desnudos, y con cinturón de cuero sujeto a la cintura.

Llevaba, remedando un fute, una varilla de hierro enrojecido.

El público recibió con un grande aplauso al domador.

El eclipse había comenzado; la sombra de la tierra tocaba la penumbra de la luna.

Abrió el domador la jaula, por un mecanismo que no dejaba paso a las fieras.

— ¡Aquí!—gritó; y el león y la pantera se pusieron a sus lados.

El domador tendió los brazos sobre el cuello de las fieras.

— ¡A mis pies!—tornó a gritar, viéndolas con altanería.

La pantera se tendió en el suelo.

El león no obedeció.

— ¡A mis pies!—tornóles a gritar, e hirió con la varilla al león, que rugió sordamente.

El león dobló las patas; pero las miradas arrojaban fuego:

Así estuvo el domador haciendo varios juegos.

La pantera le puso las garras en los hombros y Cley le abrió la boca y metió su mano.

El público estaba nervioso.

Acercóse al león, le tocó el rostro con la varilla y el león abrió la boca en la plenitud de las mandíbulas.

Aquél era el momento terrible del peligro.

Se acercó el domador, se alisó el cabello, e introdujo la cabeza en la boca de la fiera.

Cley, que no había dejado la varilla, al tirar los brazos para atrás, tocó al león, que, enfurecido, cerró terriblemente las mandíbulas.

Se oyó como el quebrar de un hueso.

El león había triturado el cráneo del domador.

La concurrencia lanzó un grito de espanto.

El cuerpo de Cley quedó colgando de la boca del león, bañado por la sangre.

Cuando el olor de aquella sangre fué absorbido por la pantera, pensó en los instantes salvajes, al desierto, y se arrojó sobre el cadáver del domador.

Hubo una escena horrible.

La pantera devoraba a Cley, mientras el león, majestuoso como un héroe, tenía puestas sobre él sus garras.

Ni los gritos, ni los pistoletazos tirados al aire, ni los hierros que metían por las barras de la jaula, pudieron contener a las fieras.

El león dió un espantoso rugido, que conmovió todo el teatro.

La luna opaca como un globo veneciano, inmóvil y fija, parecía una lámpara funeraria, colgada en la mitad del cielo.

—¡Al diablo con tu cuento!—gritó Juan.

—Yo lo he visto—dijo el alemán.

Manuel estaba muy preocupado.

## VI

Cuando emprendieron la retirada y el fuego había cesado, Juan se acercó a Manuel.

—Ya ves como no pasó nada.

—Es verdad—contestó Manuel, ya con tono alegre—; fué una sombra que pasó por mi cerebro, pero ya estoy contento.

El general Blanco, después de aquel golpe sin nombre, regresó con sus tropas a Michoacán.

Inútil es decir que «Hambre-viva» pidió la vanguardia en la retirada.

Los amigos llegaron precisamente a Morelia.

El general Huerta, que se había hecho centro de los recursos de la revolución, no teniendo recursos suficientes, pues las rentas del Estado estaban en ruina, impuso al clero una contribución de noventa mil pesos.

Se presentó en Palacio el delegado de la Mitra.

—Señor—le dijo al general Huerta—, hemos recibido el oficio del Gobierno y la indicación de un grande empréstito.

—No es una indicación precisamente—dijo el gobernador de Michoacán—; es una orden.

—Muy bien, señor general—dijo el clérigo—; vengo a traer la contestación, que usted se servirá tomar en consideración.

—Ya lo escucho.

—Pues la Iglesia no puede ayudar a los gastos de la revolución.

—No es exacto—dijo Huerta—, porque a la verdadera revolución la está manteniendo con sus caudales; y entienda usted, señor delegado, que el Gobierno legítimo es el del señor Juárez.

—Yo nada más trasmito, señor general.

—Pues siga usted trasmitiendo.

—Yo creo, señor general, que esto es un atentado, pues el movimiento de ustedes es contra la religión.

—No hable usted de religión, señor delegado, porque ella no aconseja la guerra fratricida; ella no se goza en la sangre, ni en la ruina, ni en la devastación.

—Pues así lo juzga el venerable clero.

—Pues dígame usted al venerable clero, que, puesto que tiene abierta su caja para la guerra, los dos contendientes tenemos derechos iguales.

—Es que allá se nos defiende.

—Sí, es verdad; se defiende a ustedes, pero no a la religión.

—Eso va en pareceres—dijo el delegado.

—Ustedes—gritó el general—, convencidos de su impotencia, están traicionando a la Patria; no se nos esconde que los ministros de Zuloaga pretenden establecer una monarquía en México con un príncipe español, y que Almonte, Hidalgo y otros conspiran en Europa contra la independencia de México; que ya convencidos de que no pueden con nosotros, se vuelven al extranjero; pero es necesario que sepan que nosotros defendemos nuestra tierra, regándola con nuestra sangre y que el pueblo luchará eternamente por su libertad.

—Yo no sé nada de eso.

—Pues lo debía usted saber, porque el clero es y continúa siendo, el enemigo jurado de la independencia.

—Pero, señor...

—Que ustedes quieren hacer de Miramón un dictador, y siervo de la iglesia, que lo empujan a los peligros, que le cantan «Te Deum» y salmos ridículos para que se sacrifique; y cuando ya ven su impotencia y la fuerza terrible de la revolución, a pesar de sus triunfos efímeros y de sus falsas victorias, ya le comienzan a negar los recursos y se entregan imprudentemente en brazos de los extranjeros.

—Todo eso es una calumnia.

—No; ya la nación entera está al tanto de la traición; pero así como ya llevamos dos años de combates, sin que se haya logrado abatirnos, así lucharemos por la Patria. ¡Puede us-

ted decirles que tenemos fe, primero en el triunfo de la libertad, y después en el de la independencia!

— Está muy exaltado, señor general.

— Tiene usted razón: hablemos de nuestro asunto.

— Por ahora—dijo el delegado—, ofrecemos... cinco mil pesos.

— Yo no me presto a burlas; hemos terminado.

— Señor, podremos hacer hipotecas sobre San Nicolás, y yo creo que llegaremos a treinta mil.

— Ya no pido, señor delegado; puede usted retirarse.

— Perdóne usted, señor general; puede usted sacrificarme, si así le place, pero nosotros protestamos desde ahora, contra cualquier atentado.

— Pues dispónganse o anticipense a protestar, porque mañana voy a tomar por la fuerza lo que se me niega por la voluntad.

El delegado se puso pálido y tartamudeó algunas palabras.

El general se levantó, y, sin saludar al clérigo, se entró en su despacho.

El delegado salió como alma que se lleva el diablo.

El general Huerta dió las órdenes para ocupar la plaza y las alhajas de la Catedral de Morelia.

El coronel Mariano Escobedo tendió un batallón de fronterizos en el atrio de la Catedral, dispuesto a sofocar cualquier motín clerical, y como ya se sabía lo que era el coronel fronterizo, nadie se atrevió a oponerse a la orden tan atrevida del gobernador.

Se eligió la fuerza fronteriza, porque los soldados casi ni conocen a los frailes, y, si los conocen, no les guardan ni respeto, ni consideraciones; para ellos aquella ocupación de la plaza, les era tan indiferente como la ocupación de las alhajas de la Virgen de San Juan de los Lagos, por el general Blanco, también fronterizo.

El coronel Porfirio García de León, fué el comisionado para la operación ordenada por el general Huerta.

García de León era sumamente arbitrario, hombre sin educación; pero obediente hasta el extremo y de gran valor.

El coronel llamó a los estudiantes, que ya tenían respetable grado en el ejército, y los invitó para que lo acompañasen.

— ¡Con mucho gusto!—gritó «Juan Gallinazo»—Estoy en mis glorias.

— Aquí nos las pagan—dijo Pedro.

— Esta es la entrada de Lutero—agregó Manuel.

El alemán, que era un socarrón, se aprestó para el combate.

En grupo se dirigieron a las seis de la mañana a la Catedral; colocaron centinelas en las puertas del templo, y entraron con toda confianza.

Los sacristanes estaban disponiendo los ornamentos para la misa, y los mozos barrían las naves.

Luego que vieron entrar a aquel grupo, con los sombreros

puestos y las pistolas, quisieron correr; pero los muchachos los atraparon por el pescuezo.

— ¡Aquí, ratas de sacristía!—gritó «Juan Gallinazo».

Los mozos se echaron al suelo.

— ¡Al que se mueva, lo aplasto de una patada!

«Hambre-viva» estaba tras del general; su idea fija era la retaguardia.

Los sacristanes corrieron para tocar las campanas.

Manuel y Carlos, ligeros como galgos, los atraparon.

— ¡Por aquí, zánganos!—y a patadas los metieron a un cuarto de la sacristía, donde también encerraron a los mozos.

La gente se atumultó a la entrada de la Catedral; pero las puertas estaban cerradas; así no había lugar a conversaciones.

Luego que estuvieron solos, abrieron las alacenas, sacaron los vasos sagrados, amontonaron los ramilletes, candeleros, ciriales y cuanto encontraron de valor.

Bajaron los candiles; se apoderaron de cuanta alhaja estaba a la mano, e hicieron una rebusca escrupulosa.

Eran muchos los objetos que había en la Catedral y no era obra de un día; necesitaron cinco, para llevar aquel tesoro.

Los clérigos estaban hidrófobos.

Cada seis horas salía un extraordinario para México, pintando aquella escena y pidiendo auxilio al Gobierno reaccionario.

Al Gobierno «mocho», se le hacía agua la boca al pensar en aquella ocupación; pero no pudo enviar ni un soldado y la operación se llevó a cabo con entera satisfacción, importando el valor de medio millón de pesos, y eso dando barato, porque así lo exigían las circunstancias.

Los estudiantes estaban locos de contento; quién se trepaba a un altar; quién cargaba con los copones, remedando a los frailes; quién se plantaba las casullas y los bonetes: aquello era un asalto de sarracenos.

El pueblo reía con gusto de lo que los frailes llamaban «profanación».

— Y les dejamos las campanas, por consideración—decía Manuel.

— Y no nos llevamos los confesionarios—gritaba Pedro—, porque están llenos de pecados.

— Sería bueno cargar con el órgano, para darle una serenata al obispo—gritó «Juan Gallinazo».

Fueron cinco días de broma y de trabajo, en que se recogió aquel mundo de objetos valiosos.

Los reaccionarios de Morelia tenían fiebre.

— Allí van los excomulgados—gruñían las beatas.

— ¡Ladrones sacrílegos!—exclamaban los santurriones.

A los estudiantes les daba mucha risa.

Hay un gozo salvaje en hollar lo que han venerado otras generaciones; ésa es la historia del progreso.

## V

El pueblo estaba reunido en el atrio, comentando aquel suceso.

Entonces tuvo lugar una escena que vamos a narrar aquí. Entre los partidarios de la revolución, contábase muchos honrados hombres, que habían pertenecido en cuerpo y alma a los gobiernos clericales.

Testigos y a veces víctimas de los abusos y de los crímenes de estos gobiernos, veían con alborozo la aproximación de una época de «libertad» y de «garantías»; y el tono de algunos periódicos revolucionarios infundía pavor en aquellos espíritus, iluminados solamente por los severos diálogos del «Ripalda».

Cuando buscaban el origen de los trastornos sociales, se decían al oído, tímidamente: «¡El clero!» Pero comenzaban a creer de buena fe que la «religión» estaba en peligro. El «gobierno de Dios», el «Estado ateo», el «ataque a las creencias», la «abolición de los principios de la moral», el «despojo de la Iglesia y de los bienes de los pobres», y otras muchas frases hoy desacreditadas, hacían entonces un efecto que sólo puede imaginarse cuando se recuerda que la simple institución de un «Registro Civil», fué considerada como herética y fulminada con el rayo de la excomunión, como un ataque a la santidad de los sacramentos.

En tal estado de las creencias, no era extraño que de entre los grupos populares se levantaran protestas contra la rapidez o la exageración del movimiento, pidiendo se salvaran ante todo las instituciones divinas, y, por consiguiente, los tesoros y la autoridad política de la Iglesia. «¡Hágase la guerra contra los hombres—se decía—; no contra Dios!»

Estas palabras, que encerraban todo el sistema de los estudios clericales, se dejaron oír en cierta reunión que celebraba al aire libre una falange de artesanos.

Entonces se puso en pie sobre el guardacantón un oficial de imprenta, llamado «Altamira», y pronunció con una calma no exenta de sarcasmo, estas palabras, poco más o menos, dignas de grabarse en la historia.

Pero antes digamos que Altamira tenía setenta años, era de los liberales del año veinticuatro, con la religión única y otras fruslerías.

Había entrado en la masonería, y allí se había hecho progresista.

Altamira era el ídolo del pueblo de Morelia; ponía cortinas el 16 de septiembre, y era muy dado a decir discursos patrióticos. Había estado muchas veces en la cárcel por liberal; era amigo del general Degollado, y los reaccionarios le llamaban populachero.

Conspiró contra Santa Ana y estaba por la reforma.

Luego que supo la ocupación de los bienes de la Iglesia, se dijo:

—Esta es la mía; voy a pronunciar un gran discurso; le voy a abrir los ojos al pueblo.

Se puso una chaqueta-dormán de paño azul, con muchas docenas de botones dorados, un pantalón gris, un gran sombrero de copa, y se dirigió a la plaza, donde estaba el pueblo reunido.

Luego que apareció le dieron un aplauso y lo subieron sobre el guardacantón.

Hubo un gran silencio; tosió; se quitó el sombrero y saludó a la multitud, que respondió con vivas y aplausos.

Entonces, tomando un aire de Cicerón, comenzó la perorata con voz clara y chillona.

Las viejas le enseñaban los puños, y las beatas, que son muy curiosas, se acercaron a la tribuna improvisada.

Altamira soltó la lengua.

«Conciudadanos:

Entendámonos. No se trata de hacer la guerra contra Dios.

Dios permite, pero no manda, que se nos cercenen los salarios, se nos encuere, se nos rape, se nos apalee, se nos fusile y se nos mande iluminar nuestras puertas, para festejar el regreso del Serenísimo ladrón que vuelve de jugar a los gallos o de visita a sus queridas. (Aplausos).

Si Dios hiciera tales cosas, haríamos bien en esforzarnos por trepar de astro en astro para escalar su trono, y alcanzar a sus arcángeles y degollar a sus serafines y ahorcar a sus dominaciones, y entrar a sacamano en los alcázares de la gloria. (Rumores).

Pero no es esto lo único que pretendemos hacer contra el Señor; después de haber agotado nuestras súplicas, es obligado a que cambie de «ministerio». (Vivas y aplausos).

Porque está bien probado que allá arriba, donde mana la fuente del poder universal, se tiene el mismo tino que su Alteza Serenísima, para elegir ministros, y se los elige precisamente entre la misma cáfila de insignes bribones. (Aplausos).

Entre Alamán y el arzobispo de Morelia no hay diferencia perceptible. ¡Bravo! ¡Bravo!

Dios y su Alteza podían permutarlos, sin perder ni ganar. (Risas).

Señores, persuádanse ustedes de que no hay gobierno ni partido de Dios. Dios no toma parte en la contienda de los intereses humanos; y si tuviera un partido, ese partido estaría siempre triunfante. Todas las revoluciones fracasarían.

Sería imposible conspirar.

El Presidente, los ministros, los generales y hasta los corchetes elegidos de Dios, tendrían sobre nosotros un poder sobrenatural que nos mantendría sumisos, sin permitir que



los ofendiéramos ni en el fondo de la conciencia. ¡Bravo!  
¡Bravo!

¡Sobre todo, serían invencibles!

¡Pero no hemos puesto en fuga, mil veces, el estandarte de los clérigos?

¡Habremos derrotado al dueño de los ejércitos?

¡Somos tan fuertes, que hemos desbaratado a sablazos las legiones mismas que vencieron a Lucifer y lo arrojaron al abismo?

No nos preocupemos, señores. Si el Señor no está con nuestros enemigos, los venceremos sin cometer un sacrilegio; y si está con ellos y los dirige, no temamos los resultados, porque para defenderse de nosotros no tiene a la mano sino generales tan cobardes y tan ignorantes como Santa Ana y tan mentecatos como Zuloaga. (Bravos y aplausos).

¡Pero qué! ¿Estos frailes rapaces y estos asesinos condecorados por la Virgen de Guadalupe, lograrán imponerse en nombre de la autoridad que dicen haber recibido del cielo? Un gobierno de Dios que tiene por cortejo a los condes y marqueses y marquesas viejas que nos quedan de la conquista; a los abogados ladrones, a las criadas de los conventos, a los frailes y sus mancebas, a los mayordomos, a los diezmeros, a los oficiales, a los ministros españoles, a los hermanos del «Niño de Atocha» y de la «Cofradía del petate», y que por sustentar su autoridad, necesita de tropas y de tinterillos, y de periódicos y de alguaciles; es un gobierno como otro cualquiera, infecto de los vicios humanos, y destinado, como todos ellos, a derrumbarse al primer impulso de la venganza popular.» (Aplausos vivos y aclamaciones).

Este discurso corrió la suerte de todos los discursos liberales.

Fué muy aplaudido; pero casi todos los oyentes se retiraron haciendo la señal de la cruz y temblando por la suerte de un hombre que parecía haber perdido el juicio o querer hundir su alma en los profundos infiernos.

## IV

La ocupación de los bienes de la Iglesia, dió al traste con el respeto que se había guardado hasta entonces.

Los revolucionarios se enteraron de que no llovía fuego del cielo y de que el diablo no tomaba parte en aquellas operaciones; y se tomaba el dinero de la Iglesia, donde se encontraba.

Los frailes también hicieron su agosto; pero, con el objeto de librar los bienes de la religión, hacían desaparecer los objetos de valor, que nunca volvieron al poder de la Iglesia.

La revolución seguía como un torrente espantoso y desbordado.

## CAPITULO XV

## CARLOS II EL HECHIZADO

## I

Durante los primeros meses de la dominación clerical llegaron a la República dos notabilidades europeas: Villergas, el sangriento crítico español, y Landaluce, el chispeante caricaturista, y pronto fundaron en la capital un periódico titulado «Don Junipero», que por la brillantez de sus artículos y lo candente de sus caricaturas, obtuvo un éxito inmenso.

Mas no podía ser viable, en plena dictadura militar, una publicación que, sin respeto ni mesura, hería con sus tremendas críticas a los hombres prominentes de la época: el doctor Sollano y el doctor Benites, viejas lumbreras de la vieja Universidad restaurada por el Ministerio conservador, habían sido puestos en el pilori del ridículo por Villergas, que desgarró con su cortante censura dos discursos de aquellos borlados retardatarios.

Llegó su vez de entrar a la lid a Landaluce, quien insertó en el «Don Junipero» una caricatura de Zuloaga, sentado en un sillón presidencial y colocado éste sobre un castillo de barajas.

El personaje así arrojado al desprecio público, no sólo tenía un perfecto parecido con el general que traicionó a Comonfort para saltar el Poder, sino que llevaba en las manos un distintivo que lo denunciaba y descubría su personalidad, aunque al pie de la caricatura no estuviera su nombre.

Tenía, en efecto, dicho personaje en la mano izquierda una baraja presentando un «seis de oros», pero con el índice de la mano derecha cubría uno de los «oros», con lo que el seis quedaba convertido en cinco; y sabido era que desde que el general Zuloaga fué tallador en una casa de juego, llevaba el apodo de «cinco de oros», por lo afecto que era a esa carta, cuando jugaba albures.

Estrepitoso escándalo provocó esa caricatura en Palacio y en el acto se dió orden de prisión contra Villergas y Landaluce, que por algunos días escaparon de la policía, ocultos en la hacienda de Guicochea, donde residía Zorrilla.

Sin embargo, la profecía de «Don Junipero» se cumplió algunos meses después: el Gobierno de Zuloaga se derrumbó como un castillo de barajas.

## II

Desde el triunfo de la Ciudadela, alcanzado por Osollo y Miramón, el general Zuloaga, aunque puesto como Presidente interino, hacía el papel más desgraciado.

los ofendiéramos ni en el fondo de la conciencia. ¡Bravo!  
¡Bravo!

¡Sobre todo, serían invencibles!

¡Pero no hemos puesto en fuga, mil veces, el estandarte de los clérigos?

¡Habremos derrotado al dueño de los ejércitos?

¡Somos tan fuertes, que hemos desbaratado a sablazos las legiones mismas que vencieron a Lucifer y lo arrojaron al abismo?

No nos preocupemos, señores. Si el Señor no está con nuestros enemigos, los venceremos sin cometer un sacrilegio; y si está con ellos y los dirige, no temamos los resultados, porque para defenderse de nosotros no tiene a la mano sino generales tan cobardes y tan ignorantes como Santa Ana y tan mentecatos como Zuloaga. (Bravos y aplausos).

¡Pero qué! ¿Estos frailes rapaces y estos asesinos condecorados por la Virgen de Guadalupe, lograrán imponerse en nombre de la autoridad que dicen haber recibido del cielo? Un gobierno de Dios que tiene por cortejo a los condes y marqueses y marquesas viejas que nos quedan de la conquista; a los abogados ladrones, a las criadas de los conventos, a los frailes y sus mancebas, a los mayordomos, a los diezmeros, a los oficiales, a los ministros españoles, a los hermanos del «Niño de Atocha» y de la «Cofradía del petate», y que por sustentar su autoridad, necesita de tropas y de tinterillos, y de periódicos y de alguaciles; es un gobierno como otro cualquiera, infecto de los vicios humanos, y destinado, como todos ellos, a derrumbarse al primer impulso de la venganza popular.» (Aplausos vivos y aclamaciones).

Este discurso corrió la suerte de todos los discursos liberales.

Fué muy aplaudido; pero casi todos los oyentes se retiraron haciendo la señal de la cruz y temblando por la suerte de un hombre que parecía haber perdido el juicio o querer hundir su alma en los profundos infiernos.

## IV

La ocupación de los bienes de la Iglesia, dió al traste con el respeto que se había guardado hasta entonces.

Los revolucionarios se enteraron de que no llovía fuego del cielo y de que el diablo no tomaba parte en aquellas operaciones; y se tomaba el dinero de la Iglesia, donde se encontraba.

Los frailes también hicieron su agosto; pero, con el objeto de librar los bienes de la religión, hacían desaparecer los objetos de valor, que nunca volvieron al poder de la Iglesia.

La revolución seguía como un torrente espantoso y desbordado.

## CAPITULO XV

## CARLOS II EL HECHIZADO

## I

Durante los primeros meses de la dominación clerical llegaron a la República dos notabilidades europeas: Villergas, el sangriento crítico español, y Landaluce, el chispeante caricaturista, y pronto fundaron en la capital un periódico titulado «Don Junipero», que por la brillantez de sus artículos y lo candente de sus caricaturas, obtuvo un éxito inmenso.

Mas no podía ser viable, en plena dictadura militar, una publicación que, sin respeto ni mesura, hería con sus tremendas críticas a los hombres prominentes de la época: el doctor Sollano y el doctor Benites, viejas lumbreras de la vieja Universidad restaurada por el Ministerio conservador, habían sido puestos en el pilori del ridículo por Villergas, que desgarró con su cortante censura dos discursos de aquellos borlados retardatarios.

Llegó su vez de entrar a la lid a Landaluce, quien insertó en el «Don Junipero» una caricatura de Zuloaga, sentado en un sillón presidencial y colocado éste sobre un castillo de barajas.

El personaje así arrojado al desprecio público, no sólo tenía un perfecto parecido con el general que traicionó a Comonfort para saltar el Poder, sino que llevaba en las manos un distintivo que lo denunciaba y descubría su personalidad, aunque al pie de la caricatura no estuviera su nombre.

Tenía, en efecto, dicho personaje en la mano izquierda una baraja presentando un «seis de oros», pero con el índice de la mano derecha cubría uno de los «oros», con lo que el seis quedaba convertido en cinco; y sabido era que desde que el general Zuloaga fué tallador en una casa de juego, llevaba el apodo de «cinco de oros», por lo afecto que era a esa carta, cuando jugaba albures.

Estrepitoso escándalo provocó esa caricatura en Palacio y en el acto se dió orden de prisión contra Villergas y Landaluce, que por algunos días escaparon de la policía, ocultos en la hacienda de Guicochea, donde residía Zorrilla.

Sin embargo, la profecía de «Don Junipero» se cumplió algunos meses después: el Gobierno de Zuloaga se derrumbó como un castillo de barajas.

## II

Desde el triunfo de la Ciudadela, alcanzado por Osollo y Miramón, el general Zuloaga, aunque puesto como Presidente interino, hacía el papel más desgraciado.

Lo único que había hecho bien, era la comunión de Jueves Santo.

Los ministros, que eran los directores de la política conservadora, no contaban para nada con el infeliz Presidente. Si pasaba algo malo o había una disposición desacertada, todos decían que Zuloaga tenía la culpa.

Faltaban los recursos, y los generales, entre ellos Osollo y Miramón, le dirigían invectivas que él se las tragaba a costa de vivir en Palacio.

Su oficio era mandar repicar y tocar diana cuando anunciaban los reaccionarios una victoria, y eso era todos los días.

No podía disponer de un solo peso.

Se había pasado la Semana Santa en que estuvo muy ocupado en confesarse y visitar los monumentos; se había vestido mucho de general y ya no tenía a qué dedicarse.

No tenía facultad de dar un ascenso, ni nombrar un empleado, ni de opinar en la cosa pública, y en verdad que S. E. todo lo echaba a perder.

Después de las ejecuciones de Piélagos y Monayo y la muerte de Blancarte, entró Miramón a Guadalajara, perdiendo mucha de su fuerza.

Zuloaga mandó repicar y tocar diana, haciendo coro el clero de Jalisco, que en plena iglesia le cantó a Miramón este salmo:

«¡Gran Dios, a quien todo poder y dignidad, obsequia rendido! Da a este siervo tuyo, Presidente, nuestro «Miguel», próspero efecto de su dignidad, en la cual siempre te respete y se empeñe siempre en agradarte. Por nuestro Señor Jesucristo. Amén.»

Estos disparates, zurcidos por los frailes, eran la expresión religiosa de la reacción.

Avisó Miramón que había derrotado al general Degollado, y Zuloaga mandó repicar y tocar dianas.

Eran ya tantas las victorias y los repiques, que ya nadie creía en triunfos ni en batallas, porque a poco tiempo se anunciaba que ya la revolución había recuperado las plazas.

Llegaba la Navidad y ya Zuloaga se preparaba a «acostar al niño», cuando en Ayutla se pronunció el general Echagarray; porque los soldados antiguos, cuando no tenían contra quién pronunciarse, lo hacían contra ellos mismos.

El plan tenía un último artículo, muy gracioso, que debía ser el primero:

«El jefe del movimiento ocupará la presidencia de la República.»

Quería decir esa cláusula:

«Me proclamo Presidente, porque yo soy el jefe del movimiento.»

Como Ayutla está a pocas leguas de la capital, Zuloaga recibió un susto tan grande, que expidió un manifiesto ge-

mebundo, y declarando en estado de sitio a la ciudad, dictó unas disposiciones que fueron recibidas a carcajadas.

Hacía cesar en sus funciones a las autoridades civiles. Declaraba conspirador, espía y trastornador del orden público, que sería juzgado y sentenciado en consejo de guerra ordinario, a todo el que directa o indirectamente auxiliara al enemigo, o de cualquier manera se comunicara con él.

Prevenía que nadie pudiera transitar en la calle después de las seis de la tarde, ni entrar ni salir de la plaza sin pasaporte firmado por la autoridad militar.

Prohibía toda reunión que pasara de cinco personas, desde las seis de la tarde hasta el otro día, con excepción de las tropas.

En caso de romperse las hostilidades, toda reunión que pasara del número señalado, sería tratada militarmente como sediciosa.

Los carruajes sólo podían transitar hasta las seis; y si no, serían también tratados como sediciosos.

Se suspendía todo toque de campana.

Al primer aviso de la autoridad, se cerraría el comercio, con excepción de los mercados y de las pulperías, que estarían abiertos tres horas.

Por supuesto que nadie obedeció al bando y todo se volvió broma.

### III

Las fuerzas todas foráneas, que no estaban al mando inmediato de Miramón, todas secundaron el Plan de Navidad.

El general Robles Pezuela, que se había puesto al frente del movimiento, tomó las ínfulas de Presidente de la República, su sueño dorado.

La guarnición de la capital también se pronunció y Zuloaga se quedó estupefacto, enjaulado en Palacio, sin tener ni un conserje con quien enviar una carta.

Robles Pezuela le propuso que se fuera, y Zuloaga firmó un papasal y se marchó; pero iba tan acobardado, que sin que nadie lo persiguiera, fué a refugiarse, es decir, a pedir posada a la Legación inglesa.

Ponía su alta personalidad bajo el pabellón británico.

El Presidente y el bando quedaron derogados y en desuso.

La situación se volvió joco-seria.

Robles Pezuela, queriendo dar un golpe maestro, se dirigió a la prisión de Santiago, a poner personalmente en libertad a los presos políticos.

Aquella escena fué chistosa, porque Robles Pezuela creyó que iba a despertar un entusiasmo y que sería vitoreado por los presos.

Dirigió una especie de proclama.

Luis Picazo, que ni de viejo se le ha quitado el carácter

burlón, comenzó a «darse de codo» con Joaquín Villalobos y otros, y la risa y el sarcasmo aparecieron en todos los rostros.

Ninguno le dió las gracias; todos se apresuraron a salir; y el mismo día, y aprovechando la situación, se marcharon unos a Veracruz y otros al interior.

Tocó el turno, allá en Santiago, de poner en libertad al desgraciado arriero que había quedado en lugar de Manuel.

—Aquí está este preso político, señor general—dijo el alcaide. Y luego acercándose al oído de Robles, le dijo: —Está encargado por peligroso; no sabemos quién es; está disfrazado; creo que es un coronel.

—Compañero—le dijo Robles Pezuela—, lo reconozco a usted bajo ese disfraz; es usted un valiente.

—¿Yo?

—En vano trata usted de ocultarlo; pero ha llegado el momento de la reconciliación de los partidos: no hay que pensar sino en la felicidad de la patria. ¿Está usted de acuerdo?

—¿Yo?... Lo que diga su mercé.

—Ya nos entendemos; deje usted ese traje, y póngase a sus hombros las divisas.

—¿Cuáles?

—Las mismas. Ya comprendo: usted quiere un ascenso; veremos. Señor alcaide, el señor coronel queda en libertad.

—¿Y yo, señor?

—¡Qué hombre! ¡Qué hombre!—dijo Robles—Este vale mucho.

El alcaide lo puso en la calle, y el pobre arriero tomó a escape la dirección de su antiguo alojamiento, que era un mesón de la calle de Santa Ana.

## IV

Zuloaga, nombrado Presidente en 22 de enero de 1858 por la indispensable «Junta de Notables», que en las revoluciones clericales sustituye a la nación, fué destituido por el motín del 24 de diciembre del mismo año, que promovió don Manuel Robles Pezuela con los jefes de la guarnición de México y que se llamó el Plan de Navidad.

Robles Pezuela, quizá el único general ilustrado con que contaba entonces el partido clerical, pues Haro estaba fuera del país, había comprendido que la reacción imperante no podía consolidarse, por haberse lanzado con sus exageraciones a un retroceso imposible, queriendo restaurar ideas añejas y restablecer el orden social del período de los virreyes.

Sonó, además, Robles Pezuela hacer una fusión con el partido liberal moderado, esperando así sofocar la revolución liberal que, poderosa con la legalidad constitucional, traía germinando en su seno la reforma.

Y para asegurar más su triunfo, intentó Robles que el Plan

de Navidad fuera secundado en otras poblaciones, especialmente en aquéllas donde había algún cuerpo de ejército; con este fin envió comisionados cerca de los gobernadores de los departamentos.

Una de esas comisiones, y la más importante, marchó para Puebla, donde gobernaba el general don Francisco Pérez, el viejo y valiente soldado que tan heroicamente se batió con los americanos en San Antonio y en el Puente de Churubusco, hasta las goteras de la capital, y después se enfrailó.

Dos diligencias ocupaban los comisionados, y entre éstos iban algunas eminencias de los conservadores, como los generales Miñón y Galindo, Almazán, que alguna vez ocupó el ministerio de Fomento, y Carlos de la Peza, el pequeño ministro de Hacienda, que durante la dictadura de Miramón, expidió los despreciados bonos que llevaron su nombre, y sobre los que se hizo el empréstito leonino de Veker, que fué uno de los factores de la intervención francesa.

## V

Camino a Puebla marchaban los comisionados, llenos de halagadoras esperanzas en el triunfo del partido conservador joven, como se llamaban, cuando al cruzar las montuosas colinas que preceden al agreste y tenebroso Río Frío, comenzaron a sentir alguna inquietud al ver que no llegaba la numerosa escolta que se había previamente colocado allí para que relevara a la que atrás se había quedado.

Subían lentamente las dos diligencias por las peligrosas rampas de la montaña, perdiéndose bajo la sombra de los encinos, y los ilustres pasajeros contemplaban con terror las cruces que a cada paso surgían del suelo, recordando las escenas de sangre y pillaje que en número infinito habían tenido lugar en aquellos sitios.

De triste celebridad gozaba el pueblo de Río Frío, madriguera de bandidos que asaltaban diariamente las diligencias y a los caminantes, matando a los que hacían la menor resistencia. No había piedra de aquellos senderos, que no hubiera sido salpicada de sangre, y eran incontables las leyendas de crímenes que se relataban de aquellos contornos.

Ya era cerca del mediodía y comenzaba a verse la casa de postas del pueblo, cuando se vió flotar sobre el camino de Puebla una extensa polvareda.

—¡La escolta!—gritaron llenos de gozo los pasajeros.

—¡Los pronunciados, señores!—exclamó con voz trémula el cochero de la diligencia, que iba delante.

Indescriptible fué el terror de aquellos hombres, que por la alta posición política que ocuparon al lado de Zuloaga,

se sentían en su fuero íntimo responsables de los crímenes cometidos por la reacción.

Algunos quisieron echarse fuera de los coches y otros pretendían que las diligencias retrocedieran y se alejaran al galope de las mulas.

Pero todo hubiera sido inútil, y el peligro ineludible, formidable, avanzaba rápidamente.

De la gran polvareda se vió desperdarse otra pequeña que cruzó el pueblo: al momento se pudieron percibir entre el polvo las blusas rojas y el brillo centellante de las lanzas.

Eran los guerrilleros de Carabajal, que, precipitándose sobre de los coches, marcándoles el alto, los rodearon e hicieron bajar a los pasajeros.

En vano éstos quisieron ocultar su rango y su nombre; pues el oficial que mandaba aquella avanzada, parecía bien informado de quiénes eran sus prisioneros. Mandó que se registrara a éstos, y que sólo se ocuparan los papeles que traían, respetándose el dinero y objetos de valor que tuvieran. Concluída aquella operación, los hizo volver a ocupar los coches, ordenando que éstos, custodiados por la fuerza, marcharan a Río Frío.

Allí estaba ya el general Antonio Carabajal con su magnífica caballería, que tanto había fatigado a las tropas de la reacción, derrotándolas frecuentemente, y teniéndolas siempre desveladas con sus sorpresas y rápidas marchas.

Carabajal era el terror de los conservadores, más que por sus hechos, por el renombre que le había dado la Prensa clerical con sus calumnias, pintándolo como un bandido sin ley y sin conciencia, que asesinaba, no sólo a los vencidos, sino a los curas y españoles que caían en sus manos.

Mas nada de aquello era cierto. Carabajal sólo era un guerrillero rudo que había comprendido que en aquella guerra sin cuartel, que hacía el partido conservador a los republicanos, las represalias eran no sólo un derecho, sino un deber.

Carabajal, en efecto, acababa de apoderarse de hombres prominentes de la reacción, y, sin embargo, respetó su vida y no permitió a sus soldados que los robaran ni insultaran.

Después de dar a sus tropas algunas horas de descanso, luego que tomaron su rancho, Carabajal mandó pegar nuevos tiros a las diligencias, hizo subir a los prisioneros, y colocando los carruajes en medio de la fuerza, salió de Río Frío tomando el rumbo del Norte.

## VI

Al oscurecer, llegó a Río Frío la brigada de Prieto, un general de la reacción, destacado sobre Carabajal, al que perseguía, manteniéndose siempre a algunas leguas de distancia.

Tan luego que supo el general Prieto que Carabajal había aprehendido a los comisionados del Gobierno establecido en la capital, lo comunicó a éste por violento correo extraordinario.

La noticia se extendió rápidamente por todos los círculos políticos de México, y las familias de los presos, llenas de angustia, se lanzaron al Palacio suplicando y urgiendo a Robles Pezuela, para que hiciera cuanto esfuerzo fuera posible para salvar a los prisioneros.

Entonces se forjaron los planes más insensatos, siendo uno de ellos desprender un gran número de fuerzas sobre Carabajal para rodearlo y arrancarle su presa.

Pero el general Robles comprendió que así comprometía la vida de sus amigos, y optó por un medio más conciliador, y que debía darle éxito seguro.

Robles Pezuela había sido generoso con los presos republicanos, dándoles libertad, y se dirigió a ellos para que con su influencia alcanzaran de Carabajal, siquiera que no fusilara a los comisionados, sino que los remitiera a Veracruz, donde residía el Gobierno constitucional del señor Juárez.

Personalmente se dirigió el general conservador a los que formaban el Directorio republicano, y éste ofreció que enviaría una comisión a Carabajal, que velara por la vida de los presos.

Fueron esos comisionados el anciano general Junguito, Carlos Toledano, que era amigo íntimo de Alatríste, el gobernador constitucional de Puebla, y el doctor H. Frías y Soto, que acababa de recibir su título profesional de médico, pero que, ligado con el partido liberal, quiso prestar a éste el servicio que le pedía.

## VII

Eran las cuatro de la mañana cuando los tres comisionados liberales llegaron a la casa de diligencias, situada en el Callejón de Dolores, hoy calle de la Independencia. Pero encontraron que el carruaje estaba ya enteramente ocupado por personas que desde la víspera habían tomado sus asientos para Puebla.

Iban ya a retirarse, cuando se acercó a ellos un hombre envuelto en un riquísimo poncho de seda y cubierto con un sombrero lleno de bordados de oro.

Bajo el ala de aquel sombrero se entreveía un rostro flaco, alargado, blanco, con una palidez de cadáver, y en el cual brillaban con luces de ojo de animal felino, dos ojos verdes de una movilidad fatigante.

Era Juan Lagarde, el célebre jefe de policía de los Gobiernos reaccionarios, el que tan cruel y tenazmente persiguió a los liberales de México, espiándolos, aprehendiéndolos.

los, poniéndoles grillos como a Ignacio Ramírez y a Manuel Alas, y cateando sus domicilios, sin respetar el pudor de las familias ni la inviolabilidad del hogar.

Acercóse Lagarde a los comisionados, y al saber que no podían marchar por falta de asientos, arbitrariamente hizo bajar a tres pasajeros. Los comisionados subieron al carruaje y éste partió con rapidez, cruzando las calles céntricas de la ciudad hasta salir por la garita de San Lázaro.

Antes del mediodía llegó la diligencia a Río Frío, donde permanecía aún con su brigada el general reaccionario Prieto. A éste se dirigieron los comisionados para informarse del lugar donde podían encontrar a Carabajal.

Y a la vez le comunicaron la comisión que traían y los documentos de que eran portadores, tanto del general Robles, que les había mandado un salvoconducto, como del Directorio republicano.

Prieto les comunicó que Carabajal se encontraba en Huamantla, unido con la división de Alatraste.

Entonces resolvieron los comisionados marchar hasta Puebla, para dirigirse de allí, al siguiente día, a Huamantla; y uno de ellos casi arrancó al jefe reaccionario la promesa de no atacar a los liberales, para no comprometer el éxito de su misión.

Después del mediodía salieron de Río Frío para Puebla, donde llegaron a las primeras horas de la tarde; y Frías y Soto se dirigió en seguida al Palacio, donde fué recibido en el acto por el gobernador general Pérez, dándole cuenta del objeto de su misión.

El veterano soldado ofreció entonces cuanto recurso se necesitara; pero el comisionado sólo pidió se pusiera a su disposición la diligencia que debía salir para Huamantla, a fin de llegar a esta población rápidamente. Y reencargó, además, al gobernador, que diera en el acto orden al general Prieto para que suspendiera sus operaciones.

Al otro día, y a las primeras horas, partió la diligencia para Huamantla, llegando la comisión a este punto, a las siete de la mañana.

### VIII

Tristísimo era el aspecto de la ciudad, silenciosa y desierta como si no estuviera habitada: sólo cruzaban por sus calles algunos oficiales republicanos, a pie unos, y otros a caballo y al galope, como si fueran portadores de una orden urgente.

Instalados ya los comisionados en un cuarto de la casa de diligencias, conferenciaron sobre lo que debía hacerse: si dirigirse al general Carabajal directamente, o a don Miguel Cástulo Alatraste, que por su carácter de gobernador legítimo del Estado, tenía a sus órdenes todas las fuerzas republicanas que militaban en aquellos rumbos.

Esto último se convino; pero dos de los comisionados se excusaron de presentarse a Alatraste; tenía con éste Toledano algún viejo resentimiento, y el general Junguito, viejo y valetudinario, llegó tan enfermo y estropeado, que se acostó en el acto.

Frías y Soto partió solo para el Palacio municipal, donde se alojaba Alatraste; y desde aquel momento, él solo hizo todas las gestiones para mejorar la suerte de los prisioneros.

Era Alatraste un hermoso tipo del patricio republicano. Alto, fuerte, prominente el pecho y el rostro levantado, inspiraba profunda simpatía al verlo. Su frente blanquísima, despejada y extensa por una precoz calvicie, era una frente de pensador, y en sus ojos grandes, negros, de expresión dulcísima, surcaban relámpagos de entusiasmo.

Entonces, cuando Alatraste hablaba de patria y libertad, era preciso admirarlo; era ese bello tipo del jacobino pronto a dar su sangre por conquistar un principio; del jacobino que salvó la reforma, que conquistó la independencia de la nación, y que hoy desprecia los incapaces, los inútiles, los que hacen de la política un mercado y de su conciencia una mercancía.

Frías y Soto no cesaba de contemplar a aquel ilustre jurisconsulto convertido en guerrero, que más tarde había de ser un mártir asesinado por los traidores.

Luego que se enteró Alatraste del objeto de la comisión, con lealtad expuso al comisionado que era preciso no herir la susceptibilidad del no muy disciplinado guerrillero, que disponía a su antojo de los prisioneros que había capturado.

Frías y Soto, se dirigió entonces al cuartel de caballería de Carabajal, y encontró a éste en los momentos que salía.

—¿Qué deseaba usted?—preguntó con sequedad y rudeza el general guerrillero.

—Primero—contestó el comisionado—, dar a usted un abrazo y felicitarlo por sus triunfos, y después informar a usted de la anarquía que está desconcertando al Gobierno conservador en la capital, lo que apresurará el triunfo de la causa republicana.

—¿Pero usted de parte de quién viene?

—De parte del Directorio residente en México, nombrado por el señor Juárez.

—¡El Directorio! ¡Pues de mucho sirven a la República esos conspiradores platónicos, que sin peligro alguno saben apoderarse de los puestos públicos a la hora del triunfo!

—No, general; no es usted justo para apreciarlos. Usted sabe que en el monte está quien el monte quema, y esos conspiradores perseguidos y que también exponen la vida, son los que hacen la opinión y la levantan contra la dictadura imperante; los que siembran gérmenes de división entre los enemigos, debilitándolos; los que suministran importantes noticias al Gobierno de Veracruz, y los que remiten a

nuestras guerrillas parque, cápsulas y otros elementos de guerra.

— Bueno, bueno—contestó el general, más apacible ya—; no discutamos, ni continuemos hablando aquí; vamos a mi alojamiento.

El general y el comisionado recorrieron algunas calles y llegaron al fin a la casa que habitaba aquél, y que estaba enteramente vacía, y sólo se veían allí un catre de hierro con su colchón, una mesa tosca de madera blanca y algunas sillas, todo esto en la sala.

En un rincón de esta sala, acostada sobre una estera corriente y enteramente vestida, dormía una mujer. Carabajal la llamó por su nombre, y viendo que no despertaba, la movió con la punta del pie, haciéndola levantarse.

Era una joven bellísima de raza indígena, pero de líneas puras, rostro ovalado, ojos negros y hermosos, tez ligeramente morena y la boca pequeña y de labios rojos y finamente recortados.

Carabajal pidió el almuerzo, invitando al comisionado a que lo acompañase; él que aceptó, porque desde la víspera no había tomado alimento alguno.

Entonces el comisionado, después de exponer la crisis por que atravesaba el partido conservador con la destitución de Zuloaga y de manifestar cuán conveniente era no estorbar que prosperara el pronunciamiento de Robles, para nulificar a Miramón y a Márquez, ocupándolos en sus divisiones intestinas, pidió a Carabajal la libertad de los prisioneros.

Larga fué la lucha, porque al astuto guerrillero repugnaba soltar a unos enemigos de tanta importancia, como los que había aprehendido. Pero como en realidad le estorbaban para hacer las marchas rápidas que acostumbraba, y como nunca pensó fusilarlos porque no los había capturado con las armas en la mano, Carabajal consintió en que la comisión liberal los llevara a Puebla.

Frías y Soto quiso entonces llevar tan buena nueva a los presos, y Carabajal hizo que un ayudante lo llevara al cuartel donde aquéllos estaban.

Era el cuartel de infantería de Zacapoaxtla, que mandaba otro abogado, Manuel Fernando Soto.

Apenas se presentó el comisionado en el cuarto donde estaban encerrados los presos, cuando éstos lo rodearon llenos de ansiedad, y al saber que iban a quedar libres, se sintieron arrebatados de una alegría inmensa, abrazando al comisionado y expresándole de mil maneras su gratitud.

Después de dejar tranquilos a los prisioneros, subió Frías y Soto al piso superior del cuartel para hablar con el jefe Manuel Fernando Soto, con quien permaneció algún tiempo, cuando repentinamente se oyó en el cuartel general el toque de generala, y un ayudante entró a comunicar a Soto que en el acto saliera con la infantería, pues los exploradores habían

avisado que se acercaba el general reaccionario Prieto, con su división, a atacar a los liberales.

## IX

Indescriptible fué el desorden que se desató en el cuartel: los soldados que tomaban el rancho, se precipitaron a coger sus armas a las cuadras; pero a poco el batallón estaba listo y en formación correcta.

Entre tanto, Carabajal, indignado, mandó pegar los troncos a las dos diligencias; metió en ellas a los presos, y, colocando los carruajes en medio de su escuadrón, al frente de su caballería, salió para el rumbo por donde venía el enemigo.

Frías y Soto solo, pues los otros dos comisionados permanecían en la casa de diligencias, se desesperaba, comprendiendo que aquella deslealtad del jefe reaccionario comprometía seriamente la vida de los prisioneros.

Entonces Soto le aconsejó acompañara las diligencias para impedir una violencia, justificada acaso, pues era indigno de parte de los reaccionarios atacar a los liberales a la vez que pedían a éstos un servicio de tanta importancia. Soto hizo más: facilitó un caballo al comisionado, y juntos partieron con las infanterías que iban a paso veloz, hasta alcanzar a Carabajal y Alatríste, que iban a la vanguardia.

Así llegaron hasta las lomas de San Pablo Apetatitla, que ocupaba la división reaccionaria. Carabajal a cintarazos había hecho descender de los carruajes a los prisioneros, haciendo levemente a Almazán en un brazo.

El general guerrillero dió orden a la escolta que si la fuerza se veía obligada a retirarse, fusilara a los presos. Estos estaban lívidos, y uno de ellos se arrastraba de rodillas a los pies de Carabajal, pidiendo le perdonase la vida.

Carabajal arrolló con su caballo a aquel hombre, y al frente de sus blusas partió al galope al encuentro del enemigo.

Más éste no se atrevió a atacar; hubo una ligera escaramuza entre las avanzadas; apenas se dispararon algunos tiros, y las fuerzas reaccionarias se retiraron violentamente, perdiéndose muy pronto por el camino de Río Frío.

A las cinco de la tarde regresó la división de Alatríste a Huamantla, y con ella las diligencias y los presos, sanos, pero perdida la esperanza de salir de su cautiverio.

Sin embargo, en la noche participó el general Carabajal que ya había dado orden de que al siguiente día quedarán en libertad los prisioneros, pudiendo marchar a Puebla en las mismas diligencias en que habían sido aprehendidos.

Y a las cuatro de la mañana salieron los tres carruajes de Huamantla, yendo en el primero los comisionados liberales, y los comisionados reaccionarios en los otros dos; pero aquel

coche llegó con anticipación de algunas horas a Puebla, por llevar tiros de remuda.

Al llegar a Puebla los comisionados liberales, tuvieron la sorpresa de escuchar repique a vuelo en todas las iglesias, y salvas de artillería. Y al ir Frías y Soto a participar al general Pérez que venían libres los que había capturado Carabajal, supo con asombro, que se celebraba en Puebla la derrota de los liberales, según parte enviado por Prieto.

El comisionado liberal, inconscientemente soltó la carcajada al escuchar tan insolente mentira, y como había sido testigo presencial, contó al gobernador Pérez, que ni batalla había habido, pues Prieto a los primeros tiros se había retirado.

Pero así se alcanzan muchos lauros militares.

Los generales Miñón y Galindo, Almazán, Peza y demás compañeros volvieron a México decepcionados, y sin querer intentar nuevas expediciones de propaganda.

El pronunciamiento de Navidad abortó, pues, en los primeros días de enero de 1859. Robles se vio obligado a entregar la Presidencia a don Mariano Salas, hasta que llegó Miramón a restablecer en el Poder a Zuloaga.

Pero en marzo del mismo año, Miramón raptó del Palacio al menguado Claudio de la reacción, y se hizo elegir Presidente de la República.

Así acabó aquella ridícula mascarada.

## X

Miramón desaprobaba el pronunciamiento de México, porque Robles le defraudaba la Presidencia.

En la capital se nombró luego, una Junta; era el estribillo de todos los motines.

Se pensó en estatutos, en leyes, en todo, menos en dinero, que era lo que se necesitaba.

Todo el partido conservador, que ya había perdido las esperanzas del triunfo, se adhirió al Plan de Navidad, que tenía la loca pretensión de que todos los liberales, incluso el señor Juárez, lo aceptaran.

Juárez dió una contestación terrible, y todo el partido liberal se rió de la pretensión y siguió la guerra con más entusiasmo al ver el traspié de los reaccionarios.

Volvió a reunirse la Junta para nombrar un Presidente sustituto, y la elección recayó, como era natural, en el general Miramón.

Luego que se le notificó, ya no le pareció tan mal el pronunciamiento, pero la crema de la reacción le dijo que de todos modos tenía segura la Presidencia; que condenara aquella revolución, para no dar un mal ejemplo, y que, apareciendo como desprendido y grande no aceptando el alto

puesto, se abría mejor paso en el porvenir, que al fin todo el ejército era suyo.

Miramón tomó a lo serio su papel; dejó al tal Márquez de gobernador en Jalisco, y por la posta llegó a México.

Luego que se supo su voluntad, todos los soldados se «despronunciaron». Robles Pezuela se fué a su casa, y todos los notables y los del Consejo, gritaron: ¡Viva el Plan de Tacubaya!

Miramón fué a la Legación inglesa y sacó esa ánima contrita que se llamaba Félix Zuloaga; lo hizo vestir de general, y lo llevó a Palacio para que volviera a ocupar la Presidencia.

En el discurso de instalación le dirigieron algunas pullas, que él no contestó.

Pero lo que no tiene nombre, fué la felicitación de los mismos soldados, que lo habían derribado. Decía así el discurso del general que había dicho a sus tropas, que Zuloaga era inepto, cobarde, inservible: «Excmo. señor Presidente: Si abrimos la historia de todas las naciones, no encontramos ciertamente en sus anales ejemplo alguno de una «defección tan escandalosa» como la que hoy hace un mes lanzara a Vuestra Excelencia del Poder supremo; pero la divina Providencia ha querido que la restauración del orden y de los principios, juntamente con la persona de Vuestra Excelencia, se efectuara precisamente por el mismo general que había sido llamado a suceder a Vuestra Excelencia en la suprema magistratura.»

Lo único que le faltaba al discurso era vergüenza.

Pero, en fin, Zuloaga caía como del techo sobre la silla presidencial.

A los pocos días, con mano engarbatada, firmaba un decreto, que decía al pie de la letra:

«Es Presidente sustituto de la República el general de división don Miguel Miramón.»

Por supuesto, que al día siguiente, a las cuatro de la tarde, ya estaba de rodillas Miramón ante el Cristo del salón de Embajadores, prestando el juramento y recibiendo la Presidencia.

El discurso fué una acusación al pobre de Zuloaga, de cuyo vientre acababa de salir aquel llamado primer magistrado de la República.

Pero Zuloaga, no dándose por entendido de nada, gritó: ¡Viva el Presidente sustituto de la República! Y vestido de general se fué a su casa a vivir en familia, arrepentido, tal vez, de haber traicionado al general Comonfort, a cuyo lado hubiera hecho su porvenir.

Robles Pezuela y Salas quedaron como los huerfanitos de de la situación, aceptando Miramón toda la responsabilidad de la situación.

Lo primero que hizo el nuevo Presidente fué una función



religiosa en la Villa de Guadalupe y después imponer una contribución extraordinaria para saquear a la ciudad.

Como no había ni un céntimo en las cajas, se pensó en la toma de Veracruz, se organizó el ejército y salió la expedición, rumbo a la ciudad ocupada por los prohombres de la Reforma.

## CAPITULO XVI

### GUERRILLEROS

#### I

Una de las más simpáticas figuras en el vasto campo de los guerrilleros, era Aureliano Rivera, joven humilde, valeroso en extremo, audaz y de un gran golpe de vista para las combinaciones rápidas y para los movimientos inesperados.

Era el guerrillero más atrevido que merodeaba en el Valle de México.

Tenía acosada a la ciudad y pueblos del derredor.

Robles Pezuela quiso hacer una demostración de táctica, y con una fuerte división salió de México, en persecución de Aureliano.

Ir con miles de hombres a perseguir una guerrilla, es el absurdo más grande condenado por la estrategia.

Dividió sus columnas, señalando un punto de reunión, y avanzó sobre las tremendas montañas de Ajusco.

Aureliano dividió a su vez su fuerza, y comenzó a hostilizar al enemigo en todos los desfiladeros, desde la altura de las montañas, en los recodos, en las barrancas, en la espesura del monte, sin que el enemigo pudiera hacer nada, sino caminar, y subir y bajar, recogiendo sus heridos, y mandándolos a Tlalpan, con muchas dificultades.

Por supuesto, que no se reunieron las fuerzas de Robles en el punto designado, sino que retrocedieron como mejor pudieron, regresando a la capital, en un estado lastimoso, y Robles Pezuela con el ridículo más grande que puede pesar sobre un general.

En la noche ya estaba Aureliano tiroteando las garitas de México.

Este bravo campeón de la libertad, no abandonó el Valle de México ni un solo día, y tanto por su honradez, como por su sagacidad y valor, llegó a despertar las simpatías de la capital.

Antonio Carabajal era otro gran guerrillero; pero estaba muy distante de los buenos sentimientos de Aureliano; vengativo, sanguinario, se imponía sobre sus turbas, con la fuerza del revólver; para él, la vida humana no entraba en sus cálculos.

Vivo y desconfiado, sus golpes eran certeros, y sus aventuras sangrientas.

Tenía en jaque a todo el rumbo de Puebla, y recorría las poblaciones de los Estados de Puebla y Tlaxcala, haciéndose terrible por sus instintos perversos.

Su gente se componía de los bandidos más afamados de la Malinche, aunque se habían unido a él jefes liberales y jóvenes decentes, que acudían con entusiasmo a la revolución.

Carabajal tenía organizada una brigada.

Carabajal fué el que después del triunfo de la Constitución, le cortó la cabeza al español Marcelino Cobos, coronel de los reaccionarios, y la envió en un costal a México, para comprobar la muerte de aquel hombre tan funesto para la República.

#### II

Pululaban las guerrillas en todo el país, prestando el gran servicio, de tener divididas y en continua alarma a las fuerzas enemigas.

Los préstamos estaban a la orden del día, y era tal el temor que infundían, que de la capital salía el dinero para las guerrillas.

Eran como un mosquero que revolotea en torno de los lagartos, que se asolean en las arenas de la costa.

En conjunto, aquella situación no podía dominarse por los reaccionarios, y eso sin contar con las juntas revolucionarias, que ponían en conocimiento de los liberales todos los movimientos y planes de los «mochos».

Los espías, hombres y mujeres, estaban en todas las casas. No podía haber secreto: todo se le revelaba a la revolución.

La prensa anónima atizaba el fuego, y la nación estaba incendiada.

El español José María Cobos, que plagió en el Platanillo a Miguel Buenrostro, salvado de sus garras por un rescate de ocho mil pesos, estaba en Oaxaca, y allí ejercía crueldades sin nombre.

Persiguió a la esposa del señor Juárez y a la madre de don Matías Romero, nuestro ministro hoy en Washington.

A la esposa del señor Ruiz, padre de Emeterio Ruiz, hoy diputado a la Unión, le mandó cortar las trenzas, por haberle sorprendido una carta en que pedía recursos a su esposo, que estaba en la revolución.

Infamias de esta naturaleza, unidas a crímenes sin nombre, formaban la hoja de servicios del plagiario, que después fué fusilado por Cheno Cortina, el fronterizo.

En todos los puntos ocupados por la reacción, tenían lugar escenas semejantes.

Se procedía contra las señoras y se las encarcelaba sin

compasión, obligándolas a abandonar a sus hijos. Todas eran venganzas y ruindades; el final no debía ser más que la catástrofe.

La revolución rugía como una fiera y ansiaba la venganza de los vivos y de los muertos.

## III

Volvamos a los amigos inseparables, que estaban en Morelia, donde iban a desarrollarse sucesos trascendentales.

«Hambre-viva» estaba enamorado.

Esta era una gran noticia.

—Invito a ustedes—decía a sus compañeros—, para una cena.

—¿Te has habilitado?

—No, pero los voy a llevar a la casa de mi novia.

Doña Rufina era una señora del principio del siglo; gruesa, muy gruesa; nariz respingada, boca grande; pero con dientes amarillentos en contradanza.

El cabello en ondas sobre la frente; los ojos que no debían haber sido malos, y un lunar sobre el labio, con unos pelos parados como los de un escobillón.

Doña Rufina usaba aretes con brillantes montados en plata y que le colgaban hasta los hombros, unos hilos de perlas pequeñas y de poco brillo, sortijas que se llamaban «tumbagones» y en el pecho un relicario con cristal convexo, donde guardaba un rizo engomado de un escribano público.

La señora doña Rufina había tenido entre sus resbalones uno que hacía época en su historia.

Había entablado relaciones con un notario a quien mantuvo durante catorce años, porque el hombre era un perezoso de primera fuerza, y la señora era una hacendada muy rica.

El rizo que llevaba al pecho se le había erizado al escribano cuando hacía testamentos o protestaba libranzas; debía haberlo puesto en la carátula de su protocolo.

Una noche cenó el notario más de lo regular, y reventó.

La señora lloró sobre el intestado; pero su pecho, que era muy voluminoso, se abrió a nuevas pasiones.

Ningún joven de Morelia tuvo el valor heroico de decirle una palabra.

«Hambre-viva» emprendió la conquista.

Se ponía bajo su ventana con una guitarra, y le cantaba «La Elvira» y la canción de «Dime, mi bien, si me has abandonado».

La señora asomaba por la rendija un ojo como globo de quinqué, y veía al trovador.

Por fin, el amante se decidió, y doña Rufina, fingiendo un gran rubor, le dió el sí anhelado, y aquellas dos almas se comprendieron: la una quería «amor» y la otra «dinero».

«Hambre-viva» fué el ídolo, y la señora doña Rufina otro ídolo más grande todavía.

«Hambre-viva» llevó a sus amigos a cenar a la casa.

Entró aquella cuadrilla y a la cabeza «Juan Gallinazo».

—Estos son mis amigos, Rufina—dijo «Hambre-viva».

—A la orden de usted, respetable señora—dijeron los cuatro.

Lo de «respetable», no fué muy del agrado de la señora, que ya estaba vestida de punta en blanco.

—Siéntense ustedes; ya sabrán a qué vienen.

—A cenar—dijo «Juan Gallinazo».

—Eso será después; primero la ceremonia.

—¿Qué ceremonia?

—¿Nada les ha dicho éste?

—No, señora; nada.

—Pues esta noche nos presentamos para el matrimonio.

—¿Qué dice usted, señora?—dijo Manuel.

—Pues lo que oyen ustedes—dijo «Hambre-viva»—, que nos presentamos y nos casamos; ya Rufina puso la casa.

—Y tendrá que ponerlo todo—dijo Pedro por lo bajo.

—¡Por fin, me he decidido a la coyunda!—exclamó la jamaona.

—Ya lo ha pensado usted mucho tiempo—dijo «Juan Gallinazo».

—Soy joven, pero estoy decidida; no sé qué tiene ese hombre, que me cautiva.

—Sí, sí; éste tiene muchas cosas—dijo Manuel.

—Esperamos al señor cura, que ya debía estar aquí; pero ustedes saben, que estos señores...

—Sí—dijo Juan—; son unos perezosos de marca.

—No decía eso precisamente, pero ahí está.

Entró el cura embozado hasta los ojos y un sacristán de cabello largo, rasurado y muy meneador.

—¡Jesús!—dijo—Hemos venido muy de prisa, muy de prisa, y me está sudando el pecho.

—Este es un maricón—dijo «Juan Gallinazo»—; estoy por arrimarle una paliza.

La señora hizo muchos cumplidos al cura, que puso muy mal talante cuando vió a los amigos de «Hambre-viva».

Desenvolvió unos papeles, los puso sobre una mesa y comenzó el interrogatorio.

—¿Quién es el presunto esposo y marido?

—Yo soy todo eso.

—¿Y cómo se llama usted?

—«Hambre-viva»—dijo «Juan Gallinazo».

—Caballero, no le pregunto a usted, sino al señor; ése será su apodo de tropa.

—Me llamo Sóstenes Chorrera.

—Sí—dijo Manuel—; su madre era Chorro y su padre Chorrera.

—Y sus hijos serán chorritos—agregó Pedro.  
 —Caballero—dijo el cura—, yo no vengo a bromas; éste es un acto muy serio de la Iglesia católica.  
 —Convenido; no hay que enojarse, señor cura.  
 —¿Tiene usted padre?  
 —No, señor, desgraciadamente.  
 —¿Y madre?  
 —Esa sí no la ha tenido nunca—dijo «Juan Gallinazo».  
 El cura se dirigió a la señora.  
 —¿Su nombre?  
 —Rufina Viruleta.  
 —¡Vaya un apellido!—dijo Pedro.  
 —¿Cuántos años?  
 —Veintisiete.  
 —No le falte usted a la autoridad eclesiástica.  
 —Póngale usted cuarenta y siete, señor cura—dijo «Juan Gallinazo».  
 Doña Rufina dió un salto.  
 —Transemos—dijo el cura—, cuarenta.  
 Firmaron los testigos, y a invitación de los novios, pasaron al comedor, que estaba espléndidamente decorado.

## IV

El fraile estaba furioso, porque creía que doña Rufina lo iba a dejar todo a la Iglesia, y ahora «Hambre-viva» se lo iba a devorar todo.  
 Sentáronse a la mesa.  
 El cura comenzó a hablar de política para fastidiar a los amigos de «Hambre-viva».  
 —Ya sabrán ustedes que el gran Miramón va sobre Veracruz.  
 —Pues allí se achiquita, porque la plaza es intomable—dijo «Juan Gallinazo».  
 —No va mal la reacción, y sabrán ustedes que Olivera derrotó a Vega en la Mesa de Conquista.  
 —Sí, pero la Villa del Valle fué ocupada por nuestras tropas.  
 —Es verdad; pero en Tetla derrotamos a la fuerza de Manzanares, que quedó muerto en el combate.  
 —Sí, pero también el general Ampudia tomó Zacapoaxtla, núcleo de la reacción—dijo Manuel.  
 —Es cierto—contestó el cura—; pero el gobernador de Guanajuato derrotó a los bandidos en el cerro de Jerez.  
 —Pero no olvide usted que Hiniestra, Pinzón y Régules, tomaron León, y se habilitaron.  
 —Ya, ya—dijo el cura—, pero el valiente Vicario, en Ate-nango del Río, escarmentó a los liberales.  
 —Esos liberales, como usted los llama—dijo «Juan Ga-

llinazo»—, han despedazado a Joaquín Miramón y han ocupado a Aguascalientes.  
 —No acabamos—dijo el cura.  
 —Sí acabaremos—dijo Manuel—; ya ocupamos Catorce, Río Verde y Matchuala.  
 —Bien, bien.  
 —Y tenga usted presente que Pueblita ha entrado a Guanajuato y se ha llevado sesenta mil pesos.  
 —Esa es la historia de los robos, como el de nuestra Santa Catedral.  
 —Y estuvo bueno—gritó «Juan Gallinazo», sorbiendo sendas copas de vino.  
 —Esto se va a poner malo—pensó el cura.  
 —Señor—dijo el sacristán—, vámonos; me siento mal; estos herejes me marean.  
 —Sí; ahora me voy a llevar a usted al cuartel—dijo Pedro.  
 —¡Jesús! ¡Jesús!—dijo el sacristán con voz de flauta—No, eso no; si me dan un fusil, me enfermo de la cadera.  
 —Con un banco de palos se arregla todo.  
 —Que no me gusta, que no me gusta—dijo el sacristán, poniéndose el dedo en el carrillo.  
 —Me parece, señor cura, que ese sacristán es gallo-gallina.  
 —No, no—contestó el sacristán—; gallina por completo; gallina por todos los alones.  
 —Sí, señor—dijo el cura—; es un hombre que me hace falta; arregla perfectamente la sacristía, y no consentiré en que sea soldado, si no es de la religión.  
 —¡Pues nada más éste falta, para redondear la obra!—gritó «Juan Gallinazo», ya completamente ebrio.  
 —Sí, señor—dijo el sacristán—; ¡viva la religión y viva Nuestra Señora del Pueblito!... Ahora, mátenme, sacrifíqueme.  
 «Juan Gallinazo» le aventó con un vaso lleno de Jerez.  
 —¡Me ha suicidado! ¡Me ha suicidado!—gritaba el maricón.  
 —Esto no es casamiento—dijo el cura—; esto es un ataque de guerrilleros. Señora, si usted se quiere casar, vaya usted al curato o al infierno; porque aquí estamos entre herejes.  
 —Están alegres—dijo la señora.  
 —Pues si se ponen más, le rompen a usted la vajilla en mi cabeza.  
 —No lo crea usted, señor cura; son personas decentes.  
 —¿Pues qué tal serán los indecentes? Me marchó. ¡Pobre país, si va a caer en manos de esta gente!  
 —Sí, sí, vámonos—gritaba el sacristán—; esto para en violación con fractura y escalamiento.  
 —Al fin se marcharon—dijo Manuel.  
 —Ya puedo entrar—dijo «Hambre-viva»—, ya terminó el peligro.

— Sí, esposo mío, siéntate aquí.  
 — Nosotros nos marchamos. Ustedes tendrán qué hacer.  
 La vieja se sonrió coquetamente.  
 «Hambre-viva» dió un suspiro prolongado y vió tiernamente a sus amigos.  
 — ¡Se estrelló!—dijo «Juan Gallinazo»; y se marchó con sus amigos.  
 A pocos días, «Hambre-viva» ya era capitalista.

## V

En la casa del general Huerta, gobernador del Estado, se verificaba una interesante conferencia.

El ilustre general Santos Degollado y el valiente y pundonoroso general José Justo Alvarez, traían una comisión del Gobierno de Veracruz.

Después de un momento de silencio y meditación, el general Huerta dijo:

— Es necesario obedecer, es una combinación para salvar el próximo ataque a la plaza de Veracruz.

— Yo no vacilo—dijo Degollado—; mi vida está a disposición de la patria.

— Procuraremos salvar al ejército hasta donde sea posible—agregó el general Alvarez.

— El señor Juárez—dijo Huerta—comprende que con tres mil hombres no puede atacarse la capital, por más que esté desguarnecida, por haberse sacado las mejores fuerzas para la toma de Veracruz.

— Pero se trata—dijo Degollado—solamente de amagarla para que levanten el sitio; porque más les importa México, que es el centro del Gobierno, que el mismo Puerto.

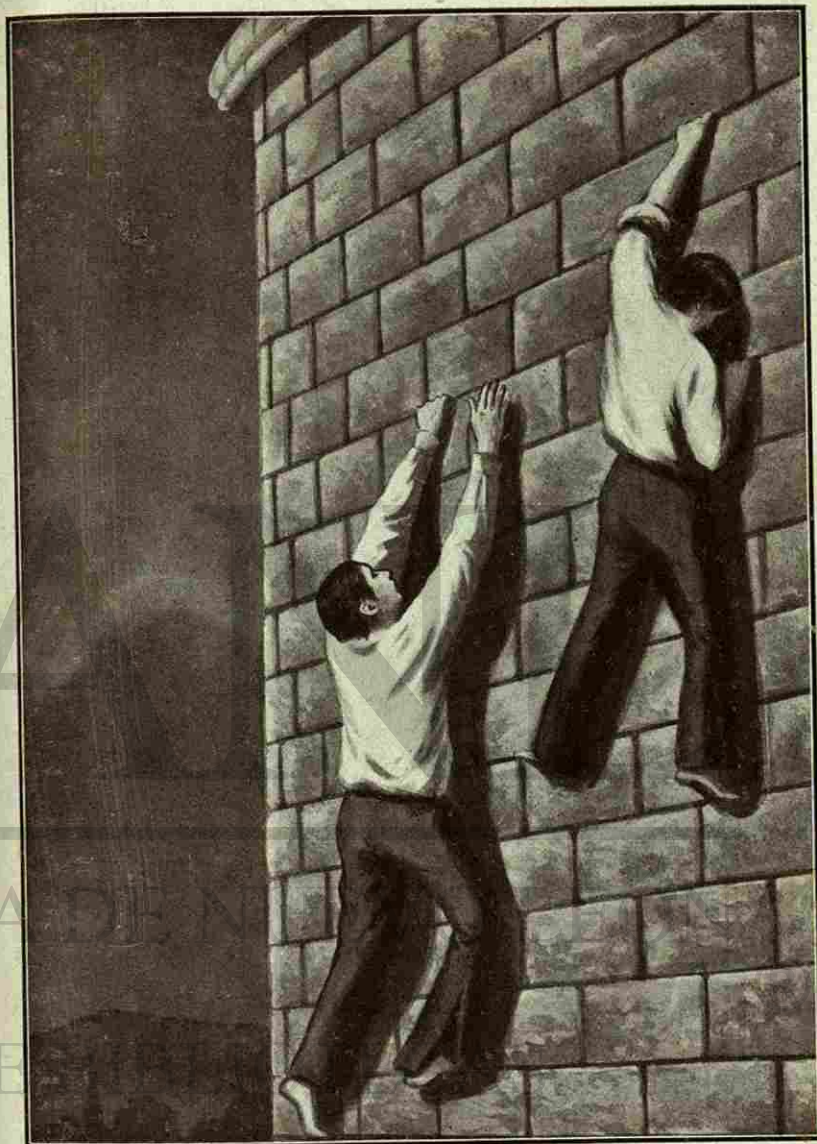
— Lo que yo preveo—dijo Huerta—, es que van a acumular todas las fuerzas cercanas, que son muchas, y pueden dar una batalla que probablemente la perdemos.

— No se haga usted ilusiones, señor general—dijo con entereza Degollado—; la orden es de que me sacrifique y sacrifique a esta parte del ejército, para salvar a Veracruz, y yo estoy dispuesto; pero no quiero que mañana se arroje sobre mí la culpa de una derrota.

— Sería una injusticia, y todos protestaríamos.

— Conste, pues, señor gobernador, que marchó sin elementos ningunos ni para un sitio, ni para una batalla; que voy a merced del enemigo, sin más que el valor indomable de mis soldados, y sólo anhelo que mañana diga la historia: «Se sacrificó a sabiendas, sin cejar ante el peligro que le amenazaba.»

— Muy bien, señor general; es usted un gran patriota, y un verdadero soldado; va usted a derramar su sangre; va usted a desafiar a la muerte, pero cumplirá con un deber sagrado para la República.



Imposible es describir cómo fué aquel escalamiento peligrosísimo.

(Pág. 312)

— Si yo faltase a este movimiento estratégico y fuera culpable de la toma de Veracruz, me levantara el cráneo de un pistoletazo.

— Señor general Degollado, pocos hombres tienen la resolución de usted.

— Gracias, señor gobernador—dijo Degollado, recobrando su serenidad—. Puede usted decir al señor Juárez que estaré en mi puesto.

— Estoy a las órdenes de usted, señor general—dijo el general Alvarez, que era el mayor general de la división.

— Todo lo fío a la pericia de usted, señor Alvarez; nunca como ahora apelo a sus conocimientos.

— Voy a escribir mi plan de operaciones, y pasado mañana estaremos en marcha.

— Yo prestaré todos mis elementos—dijo Huerta—, todos; ya sabe usted mi empeño por nuestra causa.

Aquellos hombres quedarían eternamente en la historia.

## VI

Al día siguiente desfiló el pequeño ejército, compuesto de tres mil hombres, con su correspondiente artillería, y se dirigió a Guanajuato y Querétaro, para cubrir su retaguardia.

Las dos capitales cayeron en poder de los liberales.

El 14 de marzo salió Degollado, rumbo a la capital.

El general Callejo venía en marcha para México y fué alcanzado en Calamanda, donde hubo una batalla sangrienta.

Las fuerzas de Jalisco, Aguascalientes y Zacatecas se desbandaron, y la división quedó reducida a «mil quinientos hombres».

La lucha fué terrible; los jefes, con pistola en mano, entraban en el combate.

El parque de rifles y artillería casi se consumió.

La división al mando del general Arteaga fué la de todas las maniobras y quedó despedazada.

Pero aquella sangre no fué estéril: el enemigo fué derrotado.

En la noche, de los restos que se retiraban a toda prisa, se desbandó el 3.º de infantería, que sostenía la retirada.

En confusión y desorden y abandonando a sus heridos, regando sus armas por el camino y en el mayor desconcierto, con precipitada fuga, tomaron rumbo a México y entraron en cuadro a la capital, seguidos de cerca por las caballerías de vanguardia del ejército constitucionalista.

## VII

En medio de aquel combate espantoso, de aquella confusión sangrienta, de aquel torbellino de hombres, caballos,

cañones, de muertos y agonizantes, los amigos se buscaban y apenas podían distinguirse entre el humo de la batalla y los remolinos del polvo.

Un casco hizo astillas el brazo de Carlos, que cayó al rudo golpe de la metralla.

«Juan Gallinazo» y Manuel lo sentaron junto a una ladera del camino; pero allí azotaban las balas: estaban dentro del radio del combate.

Juan se arrancó la camisa, y como pudo, vendó el brazo despedazado, para contener la sangre.

— Me muero—murmuró Carlos.

— ¡No te mueres!—gritó Manuel—Esto no es nada.

Con la cabeza inclinada, los cabellos chorreando sudor y cubierto de sangre, aquel hombre se reclinaba en el pecho de Manuel.

Junto al herido estaba un perro acribillado a balazos y traspasado por las bayonetas.

Aquel perro entraba en los combates, se arrojaba furioso sobre el enemigo, derribaba a los soldados y los degollaba a mordidas.

En el regimiento, lo habían ascendido; ya era capitán. Aquel día le tocó perder, y fué muerto sobre el campo.

— ¡Ya van de huida esos malditos!—gritó Juan, viendo por la indicación de las nubes de polvo, la retirada del enemigo.

— Pero van a decir que hemos tenido miedo, si no nos ven en nuestras filas—dijo Juan.

— Tienes razón—contestó Manuel.

Pasaban unos jornaleros que, llevados por la curiosidad, habían estado escondidos tras las milpas, viendo la batalla.

— ¡Aquí, muchachos!—dijo Juan.

Los peones se detuvieron.

— Muchachos, vamos a ver cómo se llevan a este oficial herido, allí, a la Hacienda de Horcado, donde está nuestra ambulancia.

Un indio tendió su zarape; acostaron a Carlos con sumo cuidado y lo trasladaron al hospital de sangre.

— Ya nos veremos—dijo Manuel al despedirse—; no te abandonaremos; cuando te sientas mejor, porque tú te has de aliviar, hazte conducir a Morelia y busca a «Hambre-viva», que allí tendrás todo.

Carlos, con las lágrimas en los ojos, vió alejarse a sus amigos.

— Nunca ha estado el negocio más serio—decía Juan—; mi general Arteaga mató a un dragón que le seguía de cerca.

— Yo nada me explico—decía Manuel—; ha sido un vértigo, una pesadilla espantosa; nada más veía que los relámpagos de la artillería y de los fusiles; me azoraba aquel estruendo como nunca había oído; nos hacíamos fuego a quema ropa; ¡no sé cómo hemos salido!

— Pero ya «chinampearon»—dijo «Juan Gallinazo»—. Ahora sobre México.

— ¿Y con qué?—preguntó Manuel.

Juan se quedó callado.

— ¿Tú crees que con este ejército destrozado vamos a tomar la capital o a resistir otro ataque con fuerzas de refresco?

— Es verdad; aunque el ejército reaccionario está en Veracruz, la guarnición tiene más de tres mil hombres; ya es superior a nuestro número.

— Sí; pero esperamos la división del Sur con don Diego Alvarez, a Caamaño, Casales, Carabajal, Torres y otros para hacer un ejército de once mil hombres, y entonces es el triunfo seguro.

— Ya debían estar cerca, y el general Degollado no tiene noticia.

— Deben reunirse en el Valle de México.

— Vamos a jugar una partida muy arriesgada.

— Mucho—dijo Manuel—; me parece que todo esto está mal pensado.

— Te equivocas—dijo «Juan Gallinazo»—; tú no has comprendido el movimiento; se nos trae aquí para llamar la atención a los mochos, y levantar el sitio de Veracruz.

— Perfectamente; entonces estamos de acuerdo.

— Hablemos claro: hemos venido a sacrificarnos.

— Obedezcamos al destino.

Llegó un ranchero, y entregó una carta a Manuel.

— ¡Demonio! Es de «Hambre-viva»; está inquieto por el resultado de la batalla, y nos envía... ¡doscientos duros!

— ¡Oh, corazón magnánimo y gigantesco y extrajudicial!—exclamó «Juan Gallinazo».

— Le guardaremos su parte a Carlos y a ese diablo de Pedro, que se nos ha barajado.

— Hace cuarenta horas que no lo veo.

— Allí viene ese condenado.

Pedro estrechó a sus amigos.

— ¿De dónde vienes?

— He caminado toda la noche—dijo el fronterizo—, porque no quise separarme de Carlos hasta ver qué suerte corría.

— ¿Y qué pasa?—preguntaron con interés sus amigos.

— Lo que ya estaba indicado: la amputación.

— ¡Demonio!

— Le desarticularon el brazo; aquello fué espantoso.

— Cuéntanos.

— Figúense que la operación no podía esquivarse; el brazo estaba astillado de arriba abajo.

— Así me lo figuré—dijo Manuel.

— Pues bien; Carlos se enteró de lo que le iba a pasar, y con una sangre fría teutónica encendió su puro, se sentó, y

sin hacer aspavientos, y sin decir una palabra, pero mascando el puro, sufrió todo con una entereza que abismaba.

—¡Pobre Carlos!

—¡Diablo de alemán!—exclamó «Juan Gallinazo»—Tiene los pantalones en su lugar.

—Ya lo he dejado tranquilo, y muy encargado.

—¡Bien por ti, diablo de fronterizo!

—No vale la pena; lo que me asustó, o, más bien, me impresionó, fué pasar otra vez por aquel campo.

Montones de muertos, devorándolos los lobos, que han venido al olor de la sangre.

Los pobres heridos dando de gritos...

—¿Y la ambulancia?

—Recogiéndolos con cuidado, allí, de entre los caballos muertos y las cureñas despedzadas.

—La batalla ha sido espantosa.

—Y tanto—dijo Pedro—, que me parece que no la podemos repetir.

—De eso hablábamos.

—Es muy difícil, vencedores, pero hechos pedazos.

—Este don Santos es terrible.

—Es capaz de resollar después de muerto.

—Lo que siento—dijo Juan—, es que ya se está acabando el racimo.

—Para eso estamos—dijo Manuel.

### VIII

El general Santos Degollado llegó, con su pequeña división, frente a México, el 24 de marzo de 1859.

El movimiento ordenado por el ministro de la Guerra en Veracruz, dió un resultado matemático.

Miramón, que había salido de la capital entre las aclamaciones de los conservadores y de los frailes, que había pasado en triunfo por los pueblos y ciudades del tránsito como el vencedor, seguro de su victoria llegó frente a Veracruz, que ya lo esperaba con el arma al brazo.

Desplegó un grande aparato, hizo movimientos estratégicos al aire, ordenó el ataque sobre Alvarado, simultáneo con el de la plaza, disparó los cañones, revolvió sus caballos, movió sus infanterías como en un simulacro, y todo fué un espectáculo de fuegos pirotécnicos, que concluyó con una vergonzosa retirada, siendo el general que llevaba todas las esperanzas de la reacción, el primer prófugo del ejército de Oriente.

El Gobierno de los Estados Unidos reconoció al Gobierno del señor Juárez como la legitimidad constitucional de la República.

## CAPITULO XVII

### EN VISPERAS DE UNA BATALLA

#### I

La capital estaba revuelta, temiendo el ejército liberal a las puertas de la ciudad.

Todos los derrotados de Calamanda llegaban en grupos a México, y el Gobierno hacía venir las guarniciones de los pueblos comarcanos, acumulando cuantos elementos podía para resistir un ataque próximo.

Logró reunir más de ocho mil hombres con todos sus elementos de guerra.

El general Degollado no tenía más que dos mil ochocientos hombres y una escasa artillería; era verdaderamente temerario aquel movimiento, que en el secreto realizaba un plan estratégico: que se levantara el sitio de Veracruz.

El pensamiento estaba realizado; el ejército reaccionario abandonaba sus operaciones y, ya en derrota, volvía a la capital, después del fracaso.

Pero esto no se sabía, pues si el general Degollado hubiera tenido noticia, en el acto hubiera emprendido la retirada.

Tan escasa guarnición no pudo evitar la entrada de fuerzas a la capital, ni que el enemigo se repusiera.

Aquellos hombres firmes sobre el peligro, y resueltos a morir, tenían una estoicidad heroica.

Allí estaba Manuel Romero Rubio, con su eterna sonrisa; ¡con cuánta ternura lo recordamos!...

Los espías de la plaza, se enteraron del número insignificante de los sitiadores, de sus escasos recursos, y el Gobierno reaccionario, ya seguro de una victoria, dispuso todas sus fuerzas, y se decidió después de tantos días de expectación y de ansiedad, a salir al campo y librar un combate con todas las certezas del triunfo, sin saber que aquel puñado de hombres había ganado una gran batalla en el campo de la estrategia.

#### II

Pedro, el fronterizo, estaba escribiendo allá en su alojamiento, cuando vió entrar a Manuel, pálido y con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué te pasa, Manuel?—preguntó con inquietud el fronterizo.

—¡Nada!—gritó el estudiante. Se arrojó sobre una silla, y clavando la cabeza en la cubierta de la mesa, comenzó a sollozar como un desesperado.

sin hacer aspavientos, y sin decir una palabra, pero mascando el puro, sufrió todo con una entereza que abismaba.

—¡Pobre Carlos!

—¡Diablo de alemán!—exclamó «Juan Gallinazo»—Tiene los pantalones en su lugar.

—Ya lo he dejado tranquilo, y muy encargado.

—¡Bien por ti, diablo de fronterizo!

—No vale la pena; lo que me asustó, o, más bien, me impresionó, fué pasar otra vez por aquel campo.

Montones de muertos, devorándolos los lobos, que han venido al olor de la sangre.

Los pobres heridos dando de gritos...

—¿Y la ambulancia?

—Recogiéndolos con cuidado, allí, de entre los caballos muertos y las cureñas despedzadas.

—La batalla ha sido espantosa.

—Y tanto—dijo Pedro—, que me parece que no la podemos repetir.

—De eso hablábamos.

—Es muy difícil, vencedores, pero hechos pedazos.

—Este don Santos es terrible.

—Es capaz de resollar después de muerto.

—Lo que siento—dijo Juan—, es que ya se está acabando el racimo.

—Para eso estamos—dijo Manuel.

### VIII

El general Santos Degollado llegó, con su pequeña división, frente a México, el 24 de marzo de 1859.

El movimiento ordenado por el ministro de la Guerra en Veracruz, dió un resultado matemático.

Miramón, que había salido de la capital entre las aclamaciones de los conservadores y de los frailes, que había pasado en triunfo por los pueblos y ciudades del tránsito como el vencedor, seguro de su victoria llegó frente a Veracruz, que ya lo esperaba con el arma al brazo.

Desplegó un grande aparato, hizo movimientos estratégicos al aire, ordenó el ataque sobre Alvarado, simultáneo con el de la plaza, disparó los cañones, revolvió sus caballos, movió sus infanterías como en un simulacro, y todo fué un espectáculo de fuegos pirotécnicos, que concluyó con una vergonzosa retirada, siendo el general que llevaba todas las esperanzas de la reacción, el primer prófugo del ejército de Oriente.

El Gobierno de los Estados Unidos reconoció al Gobierno del señor Juárez como la legitimidad constitucional de la República.

## CAPITULO XVII

### EN VISPERAS DE UNA BATALLA

#### I

La capital estaba revuelta, temiendo el ejército liberal a las puertas de la ciudad.

Todos los derrotados de Calamanda llegaban en grupos a México, y el Gobierno hacía venir las guarniciones de los pueblos comarcanos, acumulando cuantos elementos podía para resistir un ataque próximo.

Logró reunir más de ocho mil hombres con todos sus elementos de guerra.

El general Degollado no tenía más que dos mil ochocientos hombres y una escasa artillería; era verdaderamente temerario aquel movimiento, que en el secreto realizaba un plan estratégico: que se levantara el sitio de Veracruz.

El pensamiento estaba realizado; el ejército reaccionario abandonaba sus operaciones y, ya en derrota, volvía a la capital, después del fracaso.

Pero esto no se sabía, pues si el general Degollado hubiera tenido noticia, en el acto hubiera emprendido la retirada.

Tan escasa guarnición no pudo evitar la entrada de fuerzas a la capital, ni que el enemigo se repusiera.

Aquellos hombres firmes sobre el peligro, y resueltos a morir, tenían una estoicidad heroica.

Allí estaba Manuel Romero Rubio, con su eterna sonrisa; ¡con cuánta ternura lo recordamos!...

Los espías de la plaza, se enteraron del número insignificante de los sitiadores, de sus escasos recursos, y el Gobierno reaccionario, ya seguro de una victoria, dispuso todas sus fuerzas, y se decidió después de tantos días de expectación y de ansiedad, a salir al campo y librar un combate con todas las certezas del triunfo, sin saber que aquel puñado de hombres había ganado una gran batalla en el campo de la estrategia.

#### II

Pedro, el fronterizo, estaba escribiendo allá en su alojamiento, cuando vió entrar a Manuel, pálido y con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué te pasa, Manuel?—preguntó con inquietud el fronterizo.

—¡Nada!—gritó el estudiante. Se arrojó sobre una silla, y clavando la cabeza en la cubierta de la mesa, comenzó a sollozar como un desesperado.



Acercóse Pedro, y acariciando la cabeza de Manuel, volvió a interrogarlo.

Serenóse Manuel, y tomando la mano trémula de Pedro, le dijo:

—Acabo de estar con mi madre. ¡Pobre madre mía! Viene en mi busca, atravesando peligros, hasta encontrarme.

—Malo, malo—dijo el fronterizo.

—Venía llena de dolor y de angustia, había tenido horribles presentimientos, y quería verme.

—¿Y qué te dijo?

—Sus palabras me han infundido pavor; todo lo ha juzgado con ese criterio susceptible de mujer. Dice que en México hay gran número de fuerzas, que hay una grande agitación, un cruzar de batallones y trenes de artillería... ¡que estamos perdidos!

—Y ha dicho la verdad—exclamó el fronterizo.

—Al principio me rogó que me fuera; pero después, recobrándose en su espíritu, me dijo:

—No, hijo mío; tu deber es primero; corre la suerte de tus amigos, aunque yo muera de dolor.

¡Ponia toda su angustia de madre en las aras de la patria!

—¡Es una santa!—exclamó el fronterizo.

—Sí, una santa—murmuró Manuel—; su faz descolorida, sus facciones afiladas, su mirada anegada en llanto, ¡aquí, aquí está, en mi pensamiento y en mi corazón!

Las lágrimas asomaron a los ojos del fronterizo.

—Por fin—dijo Manuel—, le rogué que volviese a la ciudad; me arrodillé delante de ella; oprimió mi cabeza con sus trémulas manos, y con sus labios ardientes imprimió un beso en mi frente, y de aquel beso se desprendió un relámpago que alumbró el abismo de mi destino.

—Cálmate, Manuel; tú al fin tienes madre, yo no tengo a nadie sobre la tierra; soy el hijo de la fatalidad.

Los dos amigos entraron en silencio, entregándose al torrente tempestuoso de sus pensamientos.

### III

Se abrió la puerta y entró «Juan Gallinazo» con tres jóvenes, todos cubiertos de polvo.

—Aquí están tres matasanos—gritó el suriano.

Manuel y Pedro se levantaron para recibirlos.

—¡Juan Díaz Covarrubias!—gritó Manuel.

Y se precipitó en los brazos de un jovencito trigueño, de alta frente y mirada triste.

—¡Cuánta felicidad!—exclamó Covarrubias—Ya estoy entre mis amigos.

—Aquí están Ildefonso Portugal y José Sánchez; los tres estudiantes de Medicina. Se han salido de México para venir a nuestra ambulancia.

—Pues van a tener mucha ocupación—dijo Pedro—, porque la batalla es inminente.

—Es verdad—dijo Sánchez—; probablemente mañana da principio el combate.

—Pues mientras llega, cenaremos—gritó «Juan Gallinazo», y pasaremos la noche en conversación.

Manuel, como joven, había recobrado su buen humor.

Los asistentes sirvieron la cena y el vino circuló con profusión.

—¡Qué hambrientos vienen!—dijo «Juan Gallinazo».

—Como que hemos hecho una caminata endiablada—dijo Covarrubias.

Ildefonso Portugal se había venido de Morelia traído por el general Degollado, y recibía con placer a sus compañeros en el Cuerpo Médico del ejército.

—Es una fortuna—dijo «Juan Gallinazo», encontrarse de improviso con tan buenos amigos.

—Cuéntanos de la revolución—dijo Covarrubias—; porque en México todas son mentiras y repiques.

—Pues la revolución—dijo Manuel—, quema a toda la República; no pueden con nosotros, y hemos de triunfar, quiera Dios o no quiera.

—¡Bravo!—gritó Juan—Tenemos gente hasta en los lugares más apartados del territorio y gente que vale mucho, mucho.

—Pues dínos algo—dijo Sánchez—; estamos ansiosos.

Entre nosotros, todo es romanesco; estamos en plena Edad Media.

—¡Bravo por la cita histórica!—gritó Manuel—¡Esto sí merece una copa!

Todos bebieron.

—Pues digo la verdad, y me van a oír.

—¡Habla, con dos mil diablos!—gritó Covarrubias.

—Allá voy—dijo «Juan Gallinazo».

En uno de los puntos más lejanos del centro de la República, en el Istmo de Tehuantepec, lleva la bandera un estudiante de Derecho, el teniente coronel Porfirio Díaz, que ha ganado sus ascensos uno a uno por sus victorias, que, como decía, tienen mucho de novelesco.

—Por el teniente coronel Porfirio Díaz—dijo Manuel.

Todos chocaron sus copas y bebieron a la salud del estudiante de Oaxaca.

—Este joven—continuó «Juan Gallinazo»—tiene madera de hombre; era el secretario particular del Lic. Marcos Pérez, un gran patriota y amante de la libertad. Conspiraba allá en Oaxaca, y Porfirio Díaz llevaba con toda reserva la correspondencia. Un día el Lic. Pérez fué aprehendido por conspirador y encerrado en el convento de Santo Domingo de Oaxaca, en un lugar que, según recuerdo, le llaman la Torrecilla, que está en un ángulo del edificio. Celda above-

dada, con una claraboya hacia la calle, y que rodean unas bardas casi inexpugnables.

El estudiante de Derecho tenía que recibir instrucciones importantísimas del abogado; pero era imposible la comunicación. Comenzó a fraguar un plan: hablarle por la claraboya; pero esto era punto menos que imposible.

—Aventura tenemos—gritó Manuel.

—Sí; pero muy arriesgada. Entonces el estudiante se reunió con su hermano Félix, a quien el cariño de sus amigos le llamaba el «Chato Díaz», arrojado como todos los diablos y valiente que daba miedo.

—¡Una copa por el «Chato Díaz»!—dijo Covarrubias.

—Pues decía que se pusieron los hermanos de acuerdo en escalar las tapias de aquel monstruoso edificio.

La noche era oscura, sin estrellas ni relámpagos.

Nadie podía sospechar aquel atrevimiento.

Imposible es describir cómo fué aquel escalamiento peligrosísimo, realizado de una manera inexplicable para los mismos hermanos Díaz.

Arañando las paredes, buscando apoyo en las grietas accidentales de la barda, empujándose, sosteniéndose, agarrándose de las salientes piedras, y todo en la profunda tiniebla de la noche. Resbalar era morir, era caer en el abismo.

Después de una agitación tan espantosa, sin darse cuenta de esa peregrinación terrible, inconcebible, se encontraron al fin, jadeantes, sobre la bóveda de la Torrequilla.

—¡Carámbano!—gritó el fronterizo—Eso se llaman «pantalones».

—Y muy bien fajados—dijo «Juan Gallinazo».

—Ya estoy pensando en la bajada—observó Manuel.

—Aquí había otra dificultad, y grave—confirmó «Juan Gallinazo»: la claraboya no estaba al ras de la azotea, sino a algunas varas más abajo.

Entonces pensaron en descolgarse, para lo cual llevaban sus cordeles.

El estudiante Porfirio Díaz se ató el cordel a la cintura, y le dijo al «Chato»:

—Ahora me descuelgas, hasta ponerme al nivel de la claraboya.

—¡Demonio con el hombre!—exclamó el fronterizo.

—El «Chato» tomó el cable con las dos manos, y Porfirio, con un alrevimiento como lo requería aquella aventura, se lanzó al descenso con intrepidez, corriendo el peligro de que su hermano flaquease y lo arrojara desde aquella inmensa altura.

Descendió recto como un péndulo y se encontró al nivel de la claraboya.

—Estoy ya nervioso—dijo Díaz Covarrubias.

—El estudiante—continuó Juan—metió su mirada por entre las rejas y vió el pecho del centinela.

Porfirio, que en todo había pensado, llevaba unos puñados de pequeñas piedrecillas, que recogió en la azotea, y comenzó a arrojarlas dentro del calabozo.

El abogado, por una rara inspiración, comprendió lo que pasaba, pero sin explicárselo.

Entonces comenzó a hablar solo en voz alta, y a dar de una manera escondida sus instrucciones.

Como aquello se prolongara, ya Porfirio sentía cortársele la cintura con el cordel e hizo seña a su hermano que lo subiera.

El «Chato» ya sentía agotársele las fuerzas.

Por fin, logró que su hermano llegase a la orilla de la azotea.

—Ahora tú—dijo Porfirio. Y ató al «Chato» y lo descolgó, haciendo la misma operación.

El «Chato» acabó de recibir las instrucciones, y tirado por el esfuerzo ya casi vacilante de su hermano, tocó la cornisa.

—¡Ahora, cómo bajamos?—preguntó a su hermano.

—Como podamos—contestó Porfirio.

Y ya ayudados por el cordel, emprendieron el descenso peligrosísimo como la subida.

Sólo la tiniebla podía dar cuenta de aquella operación, en que le pidieron sus uñas a la fiera, sus anillos a la serpiente, sus antenas al insecto, para deslizarse en aquellos muros.

Cuando tocaron el suelo se abrazaron.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritaron los estudiantes—Esta aventura no tiene nombre.

—Cuando fué puesto en libertad el señor Marcos Pérez, fué por curiosidad con sus amigos a examinar el lugar del muro, por donde se había verificado la escalación, y no pudieron explicarse la manera con que se había efectuado.

—¡Y luego dicen que no existen los diablos!—gritó el fronterizo.

—Pues este hombre—continuó «Juan Gallinazo»,—tuvo también su entrada a la revolución de una manera singular.

—¡Cuenta! ¡Cuenta!—gritó el fronterizo—Ya nos simpatiza de corazón ese valiente.

## IV

—Pues sepan ustedes, que había en Oaxaca un gobernador llamado González Pinillos, un verdadero tipo, cara larga, bigote y perilla, pecho y abdomen salientes, y las piernas flacas, presentando la silueta de un avestruz.

Los estudiantes soltaron la carcajada.

—Este general era el sinvergüenza más grande que ha calentado el sol de Oaxaca; ladrón de los fondos públicos,

pedidor de dinero, que nunca pagaba, estafador, jugador de trácala, arbitrario y tirano, era un bribón por los cuatro costados. Era uno de los sicarios de la firanía de Santa Ana.

Se le antojó a S. A. S. que hubiera un plebiscito para ver si el pueblo mexicano quería que continuara en la Presidencia.

Se abrieron dos registros, uno de la «afirmativa» y otro de la «negativa».

En Oaxaca dispuso la farsa Martínez Pinillos y en la plaza recibió la votación de las autoridades y de las corporaciones.

Por supuesto, que nadie se atrevía a votar en contra; las cédulas las recibían en las puntas de las bayonetas.

Porfirio Díaz iba al plebiscito en el cuerpo de catedráticos. Figuraba allí sin haberse recibido de abogado; porque, como él dice con mucha oportunidad, «no por mis adelantos, sino porque nadie quería servir la cátedra de balde, porque no usaba pagarle a la instrucción pública».

Todos votaron por S. A. S.

Llegó su turno a Porfirio Díaz.

—¡Aquí va a haber un escándalo!—gritó el fronterizo.

—De allí a la cárcel—dijo Manuel.

—El joven Porfirio Díaz había visto una escena brutal, en que Martínez Pinillos se había atrevido a maltratar a un abogado. Ya fijo en una idea, al asistir al plebiscito, se previno de un arma, resuelto a matar al gobernador, si se atrevía a atacarlo; y, decidido a afrontar todo el peligro, lo retó con inmenso valor.

—¿Usted cómo vota?—preguntó Martínez Pinillos.

Entonces Porfirio, dijo sencillamente:

—¿Votar, es obligación o derecho?

—¡Muy bien!—gritó el fronterizo.

—Martínez Pinillos se mordió el bigote, y respondió con énfasis, sin saber lo que decía:

—Es derecho.

—Pues no voto—replicó Porfirio Díaz.

Martínez Pinillos se puso pálido, y encarándose con Porfirio, le dijo:

—Creo que usted tiene miedo.

Subióse la sangre al rostro de Porfirio, respiró recio por las ventanas abiertas de su nariz, y avanzó resuelto a la mesa.

—El libro de la «negativa»—dijo con arrogancia.

Martínez Pinillos, lleno de ira, le presentó el libro.

Porfirio tomó la pluma y con pulso firme escribió: «Voto para Presidente de la República, al C. General de división don Juan Alvarez.»

Luego que Pinillos leyó, dió un gruñido de coraje; nada quiso decir en público, pero por dentro juró vengarse de aquel atentado de lesa majestad.

—¡Más cognac!—gritó el fronterizo—¡Ese hombre vale por ciento!

—¡Por doscientos!—dijo Manuel. Y todos apuraron sus copas.

—No paró ahí—dijo «Juan Gallinazo»—. Porfirio se marchó a la casa del señor Marcos Pérez, sacó de un estante un par de pistolas y con ellas en la mano, atravesó las calles.

La policía no se atrevió a detenerlo; y, excusando caminos, se entró a la casa de un amigo, y en la noche tomó rumbo a la revolución.

—¡Ya es nuestro!—gritó el fronterizo.

## V

—Para cerrar nuestra velada—dijo «Juan Gallinazo»—, voy a contarles otro rasgo de ese hombre, que está llamado a grandes empresas.

Todos escucharon con atención.

—El Gobierno constitucional estaba ya instalado en Veracruz. Había necesidad de disponer hasta del último soldado de Oaxaca, para resistir el empuje de la reacción. Estaba con ardientes y numerosos partidarios de Tehuantepec, y era indispensable cerrar por ese lado las agresiones contra la capital del Estado. Para ello, hacía preciso contar con un hombre de excepcionales cualidades, para encomendarle el mantenimiento de Tehuantepec, sometido al Gobierno constitucional, sin distraer en esta empresa un grueso contingente militar.

Todos los oficiales de alguna importancia rehuían tamaña responsabilidad. Sin desconocer su magnitud, aceptóla el teniente coronel Porfirio Díaz.

—¡Caracoles!—dijo el fronterizo—Ya tienen para divertirse los tehuantepecanos.

Juan continuó:

—Establecido en la cabecera del distrito, enemigo del orden constitucional, con un puñado de soldados destinados al heroísmo o a la muerte, tenía el joven jefe que ser al par que un hábil político, un consumado estrategico, y respondió cumplidamente a esas dos exigencias.

Pronto se vió amenazado por dos poderosas columnas reaccionarias, que debían obrar en combinación sobre la plaza de Tehuantepec, bajo las órdenes del general Amalio Alarcón.

El joven oficial, disimulando sus planes a la penetración de los tehuantepecanos, teniendo noticias por sus expertos exploradores de las posiciones que ocupaban el coronel Manuel Santibáñez, y el general Alarcón, jefe de las columnas reaccionarias, se decidió a batirlos en detalle; porque de unirse, la derrota hubiera sido inevitable. Hizo un movimiento rápido; se arrojó primero sobre la columna de Alarcón, y la hizo pedazos. Buscó al coronel Santibáñez, y cuando

menos lo esperaba, le libró un combate en que lo derrotó completamente. El señor Juárez le envió la banda de coronel.

—Ya lo esperaba—gritó el fronterizo—; se los comió en dos platos. Merecía la banda de general.

Juan siguió su narración.

—Por demás trascendental era aquel ataque de los reaccionarios. Un doble punto de mira los inspiraba: el primero, tener a discreción el camino, ocupada la capital del Estado; con lo que el Gobierno de Veracruz perdería el más importante de sus puntos de apoyo; el segundo, dominar militarmente el Istmo, aislando por ese medio de toda comunicación con la costa de Sotavento, al propio Gobierno de Veracruz.

Pero el general Díaz desbarató los planes reaccionarios.

Aun dió cima a otra empresa no menos trascendental y delicada el joven coronel, operando en aquella zona.

El Gobierno leal de Oaxaca, carecía de armamento y municiones, y no había otro camino por donde proporcionárselo, que el puerto de Juinatitlán, en el Coatzacoalco. El Gobierno de Veracruz contrató armamento y municiones, con ese destino, en los Estados Unidos del Norte, que debía conducir un pequeño vapor. Encomendóse a Díaz la arriesgada empresa de recibir y salvar esos elementos de guerra, y con tal motivo y oportunidad la llevó a cabo, que atravesando el Istmo, llegó a Juinatitlán en los momentos mismos en que arribaba la expedición de armas.

—Ese hombre tiene una rara predestinación—dijo Manuel.

—Decía que la inesperada presencia del coronel Díaz en Juinatitlán suscitó ciertas dificultades en las autoridades del puerto, de quienes aquél no era personalmente conocido, siendo el designado por el Presidente constitucional, para recibir y asegurar los expresados elementos de guerra, y no concebían cómo tan oportunamente, dadas las excepcionales condiciones en que se hallaba colocado el jefe militar de Tehuantepec, podía encontrarse allí sin previa noticia. La dificultad no se hubiera resuelto, con grave riesgo de que el armamento y municiones hubieran caído en poder de las columnas volantes reaccionarias que operaban en la costa de Sotavento, si no hubiera logrado el coronel Porfirio Díaz convencer de su identidad al coronel Francisco Zérega, jefe del puerto de Juinatitlán.

Comenzó el desembarque, que fué muy trabajoso, pero ¿cómo llevar ese número de armas? El coronel Díaz recogió cuantas acémilas estaban a su alcance, y al paso tardío de una prolongada procesión de hombres y de animales cargados, emprendió una correría espantosa por aquellos caminos, burlando a las tropas reaccionarias.

Llegó, por fin, a su destino; pero estando cerca del enemigo, había que llevárselos a otro lugar, y ya había despedido las acémilas. Mandó recoger las que se pudieron, y en hom-

bros de sus soldados y como se podía, cargó con las armas, y las puso en salvo, sin que los reaccionarios pudieran dar con ellas, porque el coronel Díaz se ha burlado a su antojo de sus adversarios.

—¡Me gusta ese hombre!—dijo Manuel.

—Si no muere en una de esas aventuras, ¡quién sabe hasta dónde llegue!

—¡Hasta arriba!—gritó «Juan Gallinazo»—Ya nos lo encontraremos; el día menos pensado se descuelga por acá, y entonces comienza el día del juicio.

—El coronel Díaz se ha vuelto en aquellas regiones el terror de los reaccionarios; es el único a quien le teme el gachupín Cobos.

—Ya llevará su merecido.

La bandera de la juventud está muy alta; somos la oleada que llega.

—Y que crece—agregó Pedro—, y que todo lo ha de barrer.

## VI

—Con estos hombres no se puede perder—dijo Díaz Covarrubias.

—A mala hora han venido ustedes—dijo Manuel.

—¿Por qué?—preguntaron asustados los estudiantes de Medicina.

—Sencillamente; porque mañana a estas horas, estaremos derrotados.

Los jóvenes palidecieron, porque veían perderse sus esperanzas.

—Pero ésta no es una derrota definitiva—agregó Manuel—; ya está pensada y resuelta; ya estamos enterados de que así ha de pasar.

—No comprendemos.

—En estos momentos debe estarse levantando el sitio de Veracruz; el plan está realizado.

—¿Luego han venido a sacrificarse?

—Precisamente; pero nos defenderemos.

—Esto es horrible.

—Son las exigencias de la guerra. ¿Qué valemós nosotros delante del señor Juárez y del Gobierno de la República? Nuestro mismo carro nos aplasta... ¡Bien hecho!

«Juan Gallinazo» dijo bostezando:

—Durmamos; mañana será otro día.

Portugal se llevó a la ambulancia a sus compañeros y los otros amigos se entregaron al sueño, sabiendo que los había de despertar el estallido de los cañones.

## CAPITULO XVIII

EL 11 DE ABRIL DE 1859

## I

Al Sur de la ciudad de México, más acá de las montañas de Ajusco, que cierran el fondo del paisaje, se abre un ancho anfiteatro de colinas desnudas que en época remota se llenaban de sombra bajo el ramaje de macizos y corpulentos cedros.

La segur del hombre y luego las lluvias que arrastraron las tierras hasta la planicie del Valle, sólo dejan algunos lugares vírgenes, verdaderos oasis, que abrigados entre los pliegues del terreno, ofrecen todavía refugios a los ganados, lecho al caminante, hilos de cristal y auras puras a las aves y los jazmines.

Sobre una de esas manchas de florida verdura, se ve brillar el caserío y destacarse las torrecillas y las cúpulas de la «Ciudad de Tacubaya», que hace treinta años presentaba, como todos los pueblos de aquel lado del Valle y como los pobres del campo, un aspecto miserable y risueño.

Pero actualmente, sus casas todas pintorescas, algunas de ellas adornadas con arcos y elegantes columnas, cristales y mármoles, las tapias desbordándose en cascadas de flores y de oscuro ramaje, las ventanas con ajimeces cubiertas de plantas trepadoras, los patios atestados de vegetación tropical donde se oye el canto del zenzontle y el rumor de las fuentes, le dan el aspecto de una ciudad medio oriental; hoy tiende a convertirse en el retiro de la opulencia.

Tal es el lugar donde hace 38 años se consumó el crimen con que el Gobierno de la reacción creyó satisfacer a la sociedad mojonada de aquellos tiempos, airada contra un pueblo que desconocía la autoridad de los obispos, del ministro español y del ejército permanente.

## II

La ciudad de «Tacubaya de los Mártires» está situada de Norte a Sur, sobre el declive de una loma. El costado más alto, que da al Poniente, está separado por un arroyo, de otro repliegue, «Loma del Rey», que se dirige hacia el S. O., formando una especie de rampa que se eleva insensiblemente hasta el pequeño pueblo de «Santa Fe», sobre el camino de Toluca. De Santa Fe parte al N. E., una vereda, que se termina en la «Hacienda de los Morales».

Sobre la línea de la Loma del Rey, si se ve al Norte, se tiene a la derecha el «Molino del Rey» y la «Casa Mata», distante entre sí como quinientos metros, y un poco atrás

de estas dos fábricas, el bosque y el Castillo de «Chapultepec».

Siguiendo el ascenso de la loma, se deja abajo y a la izquierda el caserío de Tacubaya. En el primer término se ve la iglesia de «San Diego», vuelta de espalda, y más adelante, la «huerta» y el edificio del «Arzobispado». En esa huerta se desenlazó el drama del 11 de abril de 1859.

Las bardas, ya decrepitas, todavía en pie, aunque restauradas en algunos puntos, conservan, sobre todo al Poniente, las señales del formidable fuego de fusilería a que estuvieron expuestas durante cinco horas.

Actualmente las abejas se han apoderado de aquel lienzo de adobes, y habitan en los agujeros hechos por las balas.

Así es la ley de los heroísmos sublimes. Aquel muro, como la libertad, acibillado por los fusiles de la reacción, vierte ahora miel y aromas por sus heridas.

## III

Dada esta idea general del terreno, creemos que el lector no encontrará dificultad para comprender lo siguiente:

La línea ocupada por la fuerza constitucionalista, apoyaba lo que pudiéramos llamar su ala derecha en el Molino del Rey y en Casa Mata; su centro en San Diego, y su izquierda en el punto más fuerte, el Arzobispado.

La posición en sí misma era excelente, pero no bastaban para cubrirla, los «dos mil quinientos» hombres útiles de que disponía Degollado.

Era de suponer que el enemigo, dividiendo sus fuerzas, pues podía hacerlo sin peligro, fijaría en su sitio a los débiles destacamentos de la derecha, para caer sobre el Arzobispado con todo el peso de sus cañones y de sus columnas de ataque.

Márquez tenía un cuerpo de ejército de tres brigadas, que, unido a una caballería auxiliar y a las guerrillas, se elevaba a un efectivo de cuatro mil hombres con treinta piezas de artillería.

Su plan de ataque tenía por punto de vista principal cerrar a don Santos la retirada por el camino de Toluca, arrojarlo sobre la llanura que domina el Molino del Rey, y allí acuchillarlos con sus lanceros.

Para esto se resolvió a hacer un largo rodeo, saliendo por el camino de Tacuba y Popotla, tomando a la izquierda para entrar a la Hacienda de los Morales.

Siguió luego en dirección de Santa Fe hasta desembocar en el camino que de este pueblo va a la ciudad de Tacubaya, y que sigue, como hemos dicho, el dorso de la Loma del Rey.

Llegando por este camino puede desplegarse sobre la izquierda de la línea enemiga y tomarla de flanco, precisamente en la proximidad de la línea de retirada.

Ahora bien; los nuestros que se tenían firmes en el Molino, en Chapultepec y en Casa Mata, cubrían el camino de la Hacienda de los Morales, que Márquez les abandonaba. Tenían a su disposición el camino de Mixcoac y todas las veredas del monte. En consecuencia, no dieron gran valor a la marcha ni a la posición estratégica del ejército clerical, y, resueltos a levantar el sitio, se dispusieron a resistir a Márquez, simplemente para asegurar el movimiento de retirada.

## IV

El exiguo número de nuestras fuerzas está plenamente demostrado por la facilidad con que las tropas reaccionarias pudieron ejecutar, a tiro de cañón, una dilatada marcha de flanco para pasar de la derecha a la izquierda de nuestra línea.

Unos cuantos tiros que se les enviaron de Casa Mata, completamente inofensivos, apenas lograron inquietarlas.

El día 10, en la tarde, Márquez, llegado, como ya hemos dicho, por la Loma del Rey, había formado sus columnas de ataque a medio tiro de cañón, frente a las tapias del Arzobispado.

Como a las cinco de la tarde, se le ocurrió hacer un «reconocimiento», y él y Mejía hicieron jugar, por espacio de una hora, sus piezas de más grueso calibre.

Digamos de paso que este reconocimiento era inútil.

El número, la posición, las armas, el orden, las intenciones del enemigo, eran patentes. No se necesitaba irritarlo para que enseñara su dardo y sus antenas.

De otro modo hubiera sido imposible para los observadores de aquel tiempo, comprender cómo el general Márquez se hubiera atrevido a presentar una batalla, sin contar, como lo aconseja Montecúculi, con todas las probabilidades de la victoria.

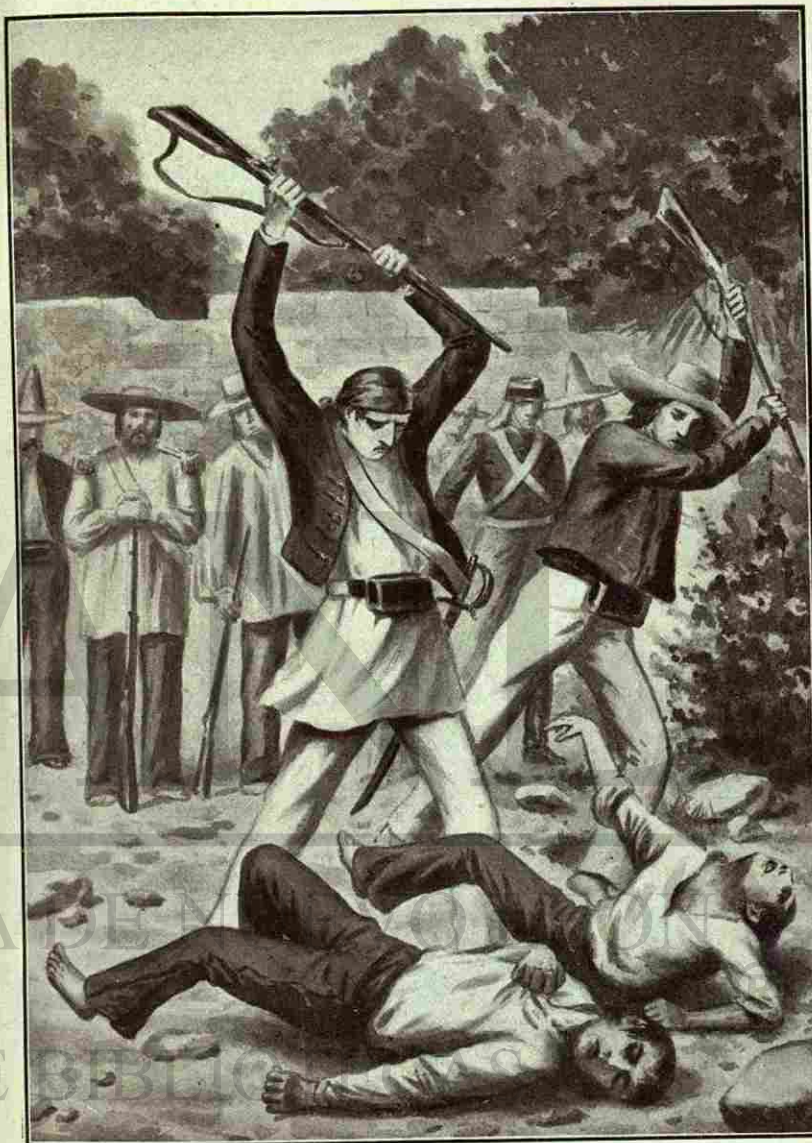
Los conocimientos técnicos de don Santos le eran familiares.

Los suyos propios se reducían a encerrar dentro de un círculo de cañones a los grupos de campesinos y luego cargar intrépidamente a la cabeza de sus lanceros. Sin embargo, hacia las doce juzgó conveniente reforzar un poco su izquierda; hizo adelantar otra batería, y esperó en silencio, en tanto que seguían su curso los astros y la noche.

Oprimiendo su espada entre las rodillas, su vanidad soñaba en la gloria y su devoción en el odio y en las venganzas.

## V

Claraba la mañana cuando en México se oyó distintamente el vigoroso cañoneo con que Márquez iniciaba el combate. Las alturas se cubrieron de espectadores.



...se acercaron a Juan Díaz Covarrubias, que imploraba la muerte, y lo remataron...

(Pág. 328)

Todas las miradas se fijaban con ansiedad en la ola de humo que rodaba de la Loma del Rey sobre la ciudad de Tacubaya.

Nadie dudaba del éxito de la partida.

— Esa fila de obuses—decían los partidarios de Márquez— cierra la única salida por donde pudieran escapar los facciosos. Su ejército está acorralado.

Los que se interesaban por don Santos, sabían muy bien con qué objeto se había acercado este caudillo a las inmediaciones de la capital, y preveían una retirada en orden, o al menos una dispersión en que serían sacrificados la artillería y el bagaje.

Los pormenores de la batalla no ofrecen hoy ni tuvieron entonces un interés notable para los inteligentes en materia de guerra. Un grupo de pueblo, que detrás y al frente de las bardas de una huerta se defiende, hasta donde es posible, contra un cuerpo de ejército provisto abundantemente de todas sus armas; un cañoneo insensato que, dura cinco horas y media; la reducción y el lento retroceso de nuestras fuerzas hasta el patio del Arzobispado; luego la llegada de las columnas, el avance de los cañones, de las reservas, y los nuestros saliéndose por la puerta de la calle, y batiéndose en retirada contra las caballerías: tal es el resumen de aquel combate.

Las tropas liberales se dividieron en varios fragmentos, alejándose por el camino de Mixcoac, que había quedado descubierto; por el camino de Toluca, que en el plan de Márquez debía cerrarse ante don Santos; por la Hacienda de los Morales, donde Zaragoza protegió la marcha del «grueso» de la fuerza; y al fin, a través de las lomas, por donde los audaces hallaron fáciles veredas, burlándose de la impetuosidad y de los planes del enemigo.

Márquez, que con la fuerza que disponía, pudo cerrar el paso a aquel miserable ejército, lo dejó retirarse en todas direcciones.

## VI

Manuel había quedado con la fuerza de Zaragoza, cubriendo la retirada.

Luego que ya todo estaba perdido, Pedro le dijo al oído a Manuel:

— Vámonos, porque dentro de poco seremos envueltos por el enemigo.

— Sería una desertión, ¡y eso nunca!—contestó Manuel.

— Pues procura no separarte del grueso de la fuerza, que el general Zaragoza es muy hábil.

En aquel momento pasaba Manuel Romero Rubio.

— Vámonos, Manuel; ya todo está perdido.

— No puedo—dijo el estudiante.

- Vas a caer prisionero.
- No importa.
- Es una obstinación—le dijo Romero Rubio.
- Estoy con mi deber.

Las caballerías se acercaban y Romero Rubio, envuelto en la nube de humo, desapareció con sus soldados.

Se le ordenó a Manuel que quedara en la vanguardia con una compañía, y Zaragoza se alejó pausadamente, camino de la Villa del Carbón.

Manuel sostuvo el fuego de avance de los reaccionarios; y cuando comprendió que todo estaba salvado, emprendió a su vez la retirada; pero ya había sido flanqueado, y cayó en poder del enemigo.

## VII

El segundo acto, es decir, la operación técnica que sigue al combate, la «persecución», tomó naturalmente una forma en armonía con el carácter de los vencedores.

Cuando los «facciosos», fuera ya del alcance de los cañones, tomaban por todo el ámbito del campo los caminos que conducen al de Morella, brotó de la ciudad de Tacubaya un espeso enjambre de delatores.

Eran éstos gente de todas clases.

Oficiales del ejército, pilluelos, agentes de la policía secreta, soldaderas, oficinistas devotos y malignos que conocían a todos, y que, ayudados de sus mujeres, habían visto y examinado todo tras de las cortinas de su ventana.

Introducíanse sin miramientos en todas las casas, buscando ávidamente a los rezagados y los «simpatizadores».

Las puertas donde se llamaba con el mango de los sables, se abrían para dejar ver un grupo de caras pálidas y consternadas.

Entonces algunos de los denunciantes, de aspecto clerical, entraba, olfateando el rastro de la víctima.

Muchas veces, a una leve señal que le hacía con los ojos alguna caritativa señora consagrada a Dios y al Gobierno, el esbirro oficioso marchaba en línea recta al sitio donde algún liberal, urgido por la familia aterrorizada, había consentido en ocultarse.

De este modo, fuera de los muchos ciudadanos aprehendidos como sospechosos, pudieron reunirse en la prisión unos cincuenta de los que acompañaban al ejército revolucionario.

Figuraban entre ellos numerosas personas marcadas simplemente por sus relaciones de amistad con los caudillos o con los soldados del pueblo, y que hubieran escapado al filo del sable; pero el odio y las antipatías de los delatores por afición, lograban confundirlos hipócritamente con los «dispersos»; y, al grito de «¡Ese es puro!», los aprehendía un

cualquiera, y eran remitidos a la arbitraria autoridad de los vencedores.

Un piquete de gente armada penetró al Hospital y se apoderó de los oficiales heridos y de los «médicos» y «practicantes» que, fiados en las leyes reconocidas por el Código mismo de la barbarie, permanecían en su puesto, no dudando que los derechos de la ciencia, como las tristes prerrogativas de la debilidad y del dolor, serían inviolables.

Los prisioneros fueron conducidos al Arzobispado.

Todos jóvenes, algunos casi niños, entusiastas de buena fe, animados por el fuego de una idea vasta y generosa, verdaderos soñadores de un orden social que después se ha considerado imposible, se ocupaban con su natural buen humor, en comentar los pormenores tácticos de la batalla, y en su influencia sobre la marcha de los acontecimientos políticos.

Sin embargo, en un ángulo de la pieza que servía de prisión al general Lazcano y al licenciado Jáuregui, conversaban en voz baja, con marcada reserva.

Jáuregui, aprehendido en Mixcoac, donde vivía pacíficamente, era una especie de trofeo que había arrancado a una familia el insigne «Mejía», el intrépido y astuto general que dejó escapar al enemigo por aquel rumbo, sin atreverse a perseguirlo.

— Si no la perdiera yo de ambos modos—decía Lazcano—, apostaría mi cabeza a que ustedes y yo seremos igualados por el rasero de la Ordenanza. No puedo dudarle, cuando conozco a fondo el carácter de nuestros enemigos.

Miramón, que llega humillado por la derrota, y Márquez, en quien se ha personificado estúpidamente el odio terco, fanático, ciego, insaciable, buscan y tienen en nosotros el objeto que necesitan para consolar su vanidad y alimentar su sed de sangre.

— Usted tiene razón—añadía el señor Jáuregui.

Yo tengo un dato que corrobora las sospechas de usted: mi presencia en este lugar. Un licenciado a quien se aprehende y se conduce entre espadas desnudas para arrojarlo aquí, con los prisioneros de guerra, y en los momentos en que se fusila por las calles a los ciudadanos sospechosos, poco debe esperar de la clemencia de los generales.

— Aflígeme sobremanera—continuaba Lazcano—, pensar en la sorpresa que aguarda a esos jóvenes infelices, que departen tan bulliciosamente, ignorando que están contados los días de su vida. Muchos de esos jóvenes, sin ser militares, tendrán que acompañarnos en la postrer jornada.

— Señores—decía don Genaro Villagrán, somos cincuenta y dos personas, y creo que bien podríamos intentar un golpe de audacia. Si no surte efecto, nada habremos perdido con evitar las insultantes e inútiles formalidades de un Consejo de Guerra. Arrojémonos sobre la guardia.



—Sería inútil—repuso Neira—. Yo acabo de entrar, y a dos pasos de nosotros están formados los escuadrones de Mejía, que desean una oportunidad para ensayar sus lanzas.

En este instante el reloj de San Diego daba las siete y media de la tarde.

Un individuo penetró a la prisión saludando a todos, y con especialidad a Manuel, a quien estrechó afectuosamente la mano; y sacó de la bolsa, y desdobló con lentitud, un papel, que era la lista de los prisioneros.

Deseando hacer no sabemos qué rectificaciones, pidió un lápiz, que Manuel se apresuró a ofrecerle, y en seguida, tomando un acento en que afectaba esa muestra de cortesía y de autoridad, que es tan usual en los tribunales, fué preguntando a cada uno por su nombre.

A la respuesta «Yo soy», el hombre de la lista clavaba una mirada en el prisionero, y luego hacía con el lápiz una cruz al lado del nombre.

¡Aquella cruz era el sello de la muerte!

La lista debía ser entregada al jefe del punto y designaba a los ciudadanos que debían ser sacrificados sin dilación.

Los generales reaccionarios que, más tarde, para arrojar de sí el formidable peso de la reprobación universal, habían de echarse en cara uno a otro la responsabilidad del crimen, tenían convenido que la ejecución fuera inmediata, para evitar que el «juego de las recomendaciones», pudiera obligarlos a un acto de generosidad o de prudencia.

### VIII

Expiraba la tarde.

Ligeras nubes tempestuosas que se elevaban sobre las lejanas cumbres del Poniente, extendían sus velos ocultando el esplendor del crepúsculo.

Algunos de los prisioneros ya acostumbrados y casi indiferentes a la inconstancia de la fortuna, pidieron una luz; alguien proporcionó las cartas, y en el suelo, sobre un sarape, comenzaban una partida en espera de la cena o del sueño.

Otros escribían a la madre o a la novia para tranquilizarlas, suponiendo, no sin razón, que les habían llegado alarmantes noticias.

Manuel, del brazo de Kiesen, paseaba a lo largo del aposento, y hablando en francés para no ser entendido de los centinelas, discurría sobre la vanidad de la reciente victoria, y los vastos planes de la revolución, que él consideraba como el simple prólogo de un drama, cuyo término se confundiría con el del siglo.

Lazcano, sentado negligentemente en una silla, parecía dormir, mientras Jáuregui en pie y con los ojos fijos so-

bre la puerta, fumaba el último cigarro que le quedaba en el bolsillo.

En esto se dejó oír el sordo estrépito que produce un grupo de soldados en marcha, y apareció el jefe del punto, acompañado de dos oficiales.

Sacó un papel, se acercó a la luz y leyendo, pronunció estos nombres:

Marcial Lazcano, Genaro Villagrán, José María Arteaga, José Sánchez, Saborí Fische, Eugenio Kiesen, Miguel Neira..

A una señal del jefe, la escolta se abrió en dos filas para recibirlos y se alejó con ellos.

La puerta no volvió a cerrarse, quedó el jefe con su lista en la mano, y los dos oficiales con la espada desnuda.

Nadie dudaba que aquellos prisioneros serían transportados a la capital para someterlos a un Consejo de guerra.

Pero, a pocos instantes, y casi al pie del edificio, retumbó el eco de una vigorosa descarga.

Todos callaron para escuchar, y antes que transcurriera medio minuto, resonaron casi al mismo tiempo nuevas descargas seguidas de algunas detonaciones aisladas.

—¡Nos están fusilando!—gritó, incorporándose, un joven oficial, que a causa de sus numerosas heridas se había reclinado sobre un banco.

—Sería extraño—dijo el licenciado Jáuregui—, que estos miserables depusieran su acostumbrada ferocidad.

—No tienen la culpa—dijo Manuel—; la canalla devota les pide sangre, y están obligados a satisfacer todos los odios y a serenar todos los terrores.

El rencor de los clérigos y la piedad de unas cuantas mujeres, convierten en delirio homicida el regocijo de la victoria.

El jefe le lanzó una mirada irónica de compasión, y se sonrió ligeramente.

Una nueva escolta llegó a la puerta.

Apareció otro oficial, y la voz que había pronunciado los primeros nombres, volvió a hablar:

—Agustín Jáuregui, Santiago Ortega, José María Sánchez, Antonio Contreras, Alberto Abad, Quintín Duval, MANUEL MATEOS...

—¡Presente!—dijo Manuel, con voz de trueno.

—¿Es usted hermano del escritor Juan A. Mateos?

—Sí; es mi hermano.

—¿Y del coronel Miguel Mateos, que está con los latro-facciosos?

—Sí; es mi hermano.

—¿Y del licenciado José P. Mateos, que acaba de escapar de Tepic, del poder del general Lozada?

—Sí; es mi hermano.

—Buena familia—dijo con ironía el oficial.

— Mi padre—dijo Manuel—peleó por la Independencia; hemos heredado su sangre.

— ¡Basta!—gritó el oficial—Pasen a las filas.

— ¡Adelante!—exclamó Manuel, y siguió resuelto.

Un joven, o digamos mejor, un niño, el poeta «Juan Díaz Covarrubias», practicante de Medicina, levantó, para ver a Manuel, sus negros ojos dilatados por el espanto, diciéndole con tono doliente:

— ¿Tú también, hermano mío?... ¿Será posible? ¡No, Manuel, Manuel! Yo estoy soñando aún.

— Espera...—dijo Manuel, haciendo un signo de silencio, sin apartar la vista del hombre que nombraba a los prisioneros. El hombre continuó:

— Gabriel Rivera, Ildefonso Portugal, Juan Díaz Covarrubias...

El joven, al escuchar su nombre, tendió los brazos para buscar un punto de apoyo y encontró la vigorosa mano de Manuel, que se adelantó a sostenerlo.

— ¡Morir!...—exclamó, sofocando un sollozo.

Manuel, que hasta entonces había permanecido sereno, palideció visiblemente, agitado por la indignación y el dolor.

Aquel jovencito que, cubierto de sudor frío, le estrechaba la mano, comunicándole los estremecimientos de la angustia, conturbaba su espíritu al aproximarse el instante supremo. Pero logrando sobreponerse a la emoción para tender una mirada más allá del pequeño espacio que lo separaba de la tumba:

— No hay ya remedio—dijo al joven—. Mañana comenzará una nueva vida para nosotros; aquella a que hemos aspirado siempre, la de la gloria.

El pueblo que amamos, sólo se fortalece con el ejemplo, y es preciso alentarlos, mostrando la grandeza de alma con que nos animaron a nosotros los grandes hombres que nos precedieron en la lucha. Oculta tus lágrimas de niño; la muerte es una ilusión; ten valor. Cuidemos solamente de conservar la dignidad del pueblo a que pertenecemos.

Se pusieron en marcha con el resto de sus compañeros.

Sólo la anchura de la calle los separaba del lugar de la ejecución.

Enfrente del Arzobispado, sobre una loma cubierta de silvestre verdura, y viendo hacia el Oriente, se eleva un ancho muro que forma uno de los costados de la fábrica llamada «Molino de Valdés», que todos conocen.

El espectáculo que se presentó a la vista de los prisioneros, al llegar a este sitio, debió producir en los más jóvenes, el horror que hiela hasta los huesos, o la momentánea enajenación que invita a arrojarse para morir en el lugar mismo donde caen y expiran las víctimas.

A lo largo de la pared ya señalada por las balas y man-

chada con horrorosas salpicaduras, aparecía una larga fila de cadáveres.

Algunos, reclinados sobre la yerba, tenían la postura que se acomoda al ataúd, y el doctor Sánchez sentado en el suelo y con las espaldas contra el muro, tenía inclinada la cabeza dejando ver por debajo de los cabellos una nariz lívida; algunos como fulminados por el golpe de una hacha, habían caído de rodillas escondiendo la frente en un charco rojizo, todavía espumoso y humeante.

Enfrente de ellos, a pocos pasos de distancia, se mantenían inmóviles algunos pelotones de tropa descansando las armas, mientras otros, más allá del lugar por donde llegaba la segunda remesa, disparaban sobre una fila de ciudadanos desconocidos.

## IX

Se acercaba la noche, y las descargas comenzaron a arrojar sobre la pared y sobre los semblantes una luz de relámpago.

Los jóvenes avanzaron al lugar que les designaba el comandante del pelotón y se situaron en los pequeños espacios que dejaban entre sí los cuerpos que había esparcidos a sus pies.

Desde allí, presentando el rostro hacia el Oriente, iluminado tíbiamente por el último y vago resplandor de la tarde, pudieron abarcar con la mirada el vasto paisaje de arboledas flotantes, la argentada línea de los lagos, las altas sierras, los astros que ascendían ya sobre los pinares del monte, la espléndida naturaleza que les inspiró sus primeros ensueños y les dictó sus primeros cantos.

Sin duda, en el fondo de aquel lienzo aparecía una mancha donde se bosquejaba la imagen del dolor, el hogar desolado, los hijos, una madre, la sorpresa mortal, los gritos convulsivos y desgarrantes.

Esto y la inocencia, explican el aspecto meditabundo y el abatimiento que se observó un instante en el mayor número de los prisioneros.

Manuel se irguió, clavando la vista sobre los soldados y sobre el pequeño grupo de espectadores que había tras ellos, y dijo con voz firme y armoniosa:

— ¡Soldados! ¡Muero por la libertad, maldiciendo esa tiranía que os encadena y subyuga!

— ¡Silencio!—gritó el oficial.

— ¡Os arrepentiréis de este asesinato—continuó Manuel—; pero que mi sangre no caiga sobre los verdugos!

— ¡Silencio!—volvió a gritar el oficial, temiendo una sublevación.

Mientras hablaba así, una cabeza cubierta de negros bucles, vino, casi desallecida, a reclinarse sobre su pecho, y

dos brazos delgados lo abarcaron por la cintura.

Era el niño Díaz Covarrubias que, viendo como se enderezaban los fusiles, buscaba, en aquella alta sombra, no un refugio, sino el consuelo de compartir la emoción de la agonía y de la muerte, con el que había compartido sus ilusiones de amor y de gloria.

Manuel quiso apartarlo suavemente como para defenderlo del peligro, cuando resonaron casi a un tiempo dos descargas.

El velo de humo se rasgó en dos mitades y oyóse el golpe de los cuerpos que se desplomaron.

Pero ninguno de los dos había recibido heridas inmediatamente mortales.

Manuel levantó la cabeza murmurando algunas palabras.

Covarrubias quiso ponerse en pie y resbaló en un charco de sangre.

Fué necesario cargar de nuevo, y disparar a quema ropa.

Al fin, los soldados movidos por una compasión bárbara, se acercaron a Juan Díaz Covarrubias, que imploraba la muerte, y lo remataron con la culata de los fusiles.

— ¡Compañeros!—decía Márquez en la proclama que dirigió esa misma noche a sus soldados—Habéis castigado ejemplarmente a los infames invasores de la capital de la República, y os habéis cubierto de gloria imperecedera.

Las ejecuciones se prolongaron hasta las siete y media de la noche.

Los últimos fueron asesinados a tientas.

Muchos lograron escapar ocultándose entre los muertos y deslizándose por el matorral, hasta las hondonadas que circundan las lomas.

## X

La vela encendida por los prisioneros quedó ardiendo como un cirio en un ángulo de la pieza desierta.

Un sargento entró recogiendo algunos cigarros que había esparcidos por el suelo, y apagó aquella llama que debía sobrevivir a los que, pocos momentos antes, reían y conversaban en torno de ella.

Al estrépito de las descargas sucedió un silencio que semejava el de las altas horas de la noche.

Las tropas se habían retirado a sus cuarteles.

Los cadáveres, despojados por las mujeres que ejercen el pillaje sobre los campos de batalla, quedaron abandonados y desnudos sobre la yerba.

Una nube de abril que pasó lentamente, deshaciéndose en menuda lluvia sobre los campos, había suspendido grandes hilos de pedrería en las corolas y el ramaje, y lágrimas y gotas de sudor frío en los rostros desfigurados por la muerte.

Las estrellas que iban ascendiendo sobre las matas de la

loma, parecían detenerse ante aquel cuadro, donde el hombre ponía el horror, y la naturaleza la dulzura.

En este instante, los jefes victoriosos recibían por anticipación las calurosas felicitaciones de los principales funcionarios; se preparaba ya la cena; llegaban sonrientes los delegados de altas dignidades del clero y las señoras de la aristocracia tejían las coronas de laurel y ataban los ramos que al día siguiente, Márquez, el soldado de Dios, debía hollar con su corcel de batalla.

Cuando lució el día y tomaron cuerpo los rumores que en la tarde misma de la ejecución se difundían vagamente hasta la capital, «Ignacio Altamirano», presa de la mayor agitación, se dirigió violentamente al lugar del suceso.

En el camino se le relataron todos los pormenores, que él escuchaba con creciente estupor.

Las personas que le acompañaban, cuentan que al descubrir y reconocer a sus amigos que habían sido arrojados a la fosa común, con los muertos en el combate, fué acometido de un acceso de dolor y de rabia.

— ¡No haya misericordia!—exclamó fuera de sí—Perezca hasta la cuarta generación de esta raza de forajidos. Tú, Manuel; tú, guerrero amigo mío, has muerto, pidiendo que tu sangre no caiga sobre la cabeza de los asesinos. ¡No!., esto sería imposible!.. La nación puede oponer su veto a la autoridad de que te revisten el cadalso y la gloria. Un día caerán en nuestras manos; se acerca ese día... ¡Ay! ¡Quieren sangre; comerán sangre!..

Altamirano se equivocaba.

El acto de barbarie con que el partido clerical deshonraba la guerra, dió poderoso impulso a la revolución, pero ésta en la embriaguez del triunfo, quiso olvidar, y candorosa como el pueblo, hizo gala de «generosidad y de clemencia».

## XI

Pero el «11 de abril» no ha quedado completamente impune.

Una desconocida ley formidable, vaga todavía, pero sensible en el orden de las casualidades pavorosas, ha hecho que la mayor parte de los cómplices de aquel crimen hayan perecido de mala muerte.

En cuanto a los autores, uno de ellos ajusticiado como enemigo de su patria, ya al subir al patíbulo, murmuraba al oído de su defensor vagas protestas de inocencia, invocando el nombre de «Dios, ante el cual estaba próximo a comparecer».

La imagen de la eternidad se levantaba ante sus ojos ya turbados por la visión de sus víctimas, y este terror, el único que afecta a los criminales, fué tomado entonces por un signo de verdad, o al menos de profundo y saludable arrepentimiento.

¡Miramón era el asesino jovial; el asesino tétrico, Márquez, vive todavía!

El pueblo que él desprecia, a quien ha tratado a punta-piés en la época de los franceses, no reconoce ya en ese hombre a uno de los autores de su miseria.

Ese patriarca de «una raza de forajidos», vive en medio de las comodidades; no le importa la carestía del pan ni la baja de los salarios; visita y lo visitan, y diariamente es cortejado por los fantasmas de la reacción, por los obispos y por las damas consagradas a Dios, que aun llevan en sus guantes los perfumes de la Regencia.

## XII

Para muchos, existe más allá de las sublimes alturas, una inexorable justicia que conserva a Márquez para castigarlo con el oprobio.

Nosotros no acertamos a comprender que exista sobre la región de los astros, alguien que se ocupe en castigar a ese miserable.

Ese hombre vive, porque muchas veces, los instrumentos del rencor son durables como el rencor mismo.

En un desastre, cuando los hombres y hasta los insectos parecen sofocados bajo las ruinas de un edificio, se ve siempre, al disiparse las columnas de polvo, como se desliza por entre los escombros, medio deslumbrada y vacilante, pero incólume, alguna sabandija siniestra.

## XIII

Al amanecer del siguiente día, los cadáveres permanecían sobre el campo; el tigre de Tacubaya no permitió que los recogieran sus deudos.

La mañana era espléndida; la lluvia de la noche aparecía sobre la hierba como puñados de perlas y brillantes.

La brisa soplaba sobre la frente de los muertos.

El azul de la bóveda celeste formaba la cripta de los mártires.

El sepulcro era de luz, iluminado por la lámpara incandescente del sol.

El ramaje de aquellos prados con sus perfumes, las ofrendas sobre las tumbas.

¡Así se duerme el sueño de la gloria!

Apareció una anciana loca de dolor.

Tendió su mirada terrible sobre el campo de la muerte. Revolvió las pupilas turbadas, casi fuera de las órbitas; sus labios temblaban y su seno sufría una agitación espantosa.

No pudo hablar y señaló con su brazo rígido el cuerpo de Manuel.

Entonces del fondo pavoroso de su alma lanzó un grito espantoso, siniestro, eco sobrehumano que se exhalaba del agitado seno de su angustia y de sus dolores: «¡Hijo mío!»

Dos mujeres que la acompañaban, la sostuvieron en sus brazos y la apartaron lentamente de aquel lugar de oprobio y de maldición.

Aquella anciana, pálida como el marfil y llena de angustia, con su velo negro cubriéndole la cabeza y parte del rostro, con los brazos caídos y trastabillando entre los pedruscos de aquellas lomas, parecía la Virgen de Paul de la Roche, en el magnífico cuadro de «La Vuelta del Calvario».

## XIV

Luego que Pedro el fronterizo y «Juan Gallinazo», ya fuera de alcance, echaron de menos a Manuel, volvieron rápidamente sus caballos y retrocedieron al campo de batalla, tropezándose con los dispersos, y preguntándoles por su amigo.

—Mucho me temo—dijo Juan—que, habiendo quedado con la fuerza que cubría la retirada, lo hayan hecho prisionero.

—¡Maldición!—gritó el fronterizo.

Anochece; el campo estaba pavoroso; se oían a lo lejos algunos disparos y gritos que arrebatava el viento y desperdigaba los ecos.

Los amigos se fueron acercando con alguna precaución, pasando cerca de los dragones que perseguían a los derrotados, y haciéndose pasar por reaccionarios.

Llegaron a las lomas de Tacubaya.

Ataron a los caballos.

Oyeron tropel de soldados y voces.

Entonces, arrastrándose en el escabroso suelo, llegaron al muro del Molino de Belén.

Vieron un grupo de hombres entre las filas, pero nada distinguían con la oscuridad.

Se oyó una voz de mando, a la que sucedió una descarga.

A la luz de aquel fuego de la muerte, lo primero que vieron fué al coronel Altúnez, con una faz de regocijo infernal, con un visaje espantoso y terrible.

Vieron caer muertos a los prisioneros.

Sudaba su frente y tenían los dos amigos, testigos de aquel drama, las uñas clavadas en el suelo y apenas respiraban.

Se paró otro grupo de sombras, volvió a oírse la voz de mando, y al siniestro relampagueo de las armas, vieron con horror espantosísimo la figura de Manuel, destacarse en aquel manto de luz, vacilar y caer entre un torrente de sangre.

Se oyó la carcajada de Altúnez, de ese monstruo del asesinato y del aniquilamiento.

Después, pasos, y luego, el silencio de la muerte.

Los dos amigos, con las pupilas casi fuera de las órbitas, trastabillando de espanto y de dolor, se acercaron al cadáver de Manuel.

«Juan Gallinazo» levantó aquella cabeza tibia todavía, la besó cien veces y sollozó como una mujer.

— ¡Te vengaremos! — gritó con rencor el fronterizo, y se arrojó a su vez sobre el cadáver y le estrechó la frente sobre su pecho.

— ¡Venganza! — gritó «Juan Gallinazo».

— ¡Sí, venganza! — rugió el fronterizo.

Y como dos sombras, como dos espectros, se perdieron entre los pliegues de aquella horrible tiniebla.

## CAPITULO XIX

### EL GENIO

#### I

El señor Juárez, desde su altura suprema, y entre los fuegos de la tempestad revolucionaria, arrojó, como un haz de luz, sobre el mundo de aquella segunda revolución, las «Leyes de Reforma», luminosas irradiaciones del cerebro poderoso de aquel movimiento.

Desde el palacio de Veracruz, como quien vuelve a la inmensidad del Océano y habla con las tempestades y los ciclones, delante del sol y las estrellas, resonó su palabra augusta como la trompeta del Arcángel, que los dogmas predicen para el Juicio Final.

Despertó a las generaciones muertas, y sorprendió a las vivientes; revolvió el mundo antiguo, desde sus cimientos; rompió la turbia corriente de cuatro siglos, y la arrojó en los cauces peñascosos de la historia.

Se estremecieron el templo y el altar; callaron los salmos; se rompieron las rejas del monasterio; entró un rayo de sol al claustro pavoroso; quebrantó los grillos del pensamiento; rompió las cadenas oprobiosas de las generaciones, y lanzó a la región incógnita del infinito a la conciencia humana.

¡Qué pequeños los adversarios del pensamiento! ¡Qué reacción tan infeliz delante de tanta grandeza!

¡Revolución que se arrastraba por los campos como una serpiente! ¡Inútiles fuerzas que se quebrantaban sobre el granito del monumento, y a los pies de aquel coloso!

¡La última podredumbre de los siglos, dando sus últimos miasmas en los altares del pasado!

Crueldad, tiranía, fanatismo, miseria, despojos miserables de una época, asquerosos harapos llenos de lágrimas y de sangre, flotando como una irrisión a los vientos arrasantes de la historia... ¡Todo lo que se va y zozobra en el negro oleaje de la desaparición, y se esfuma entre la nada!

## II

Pero estamos en las últimas convulsiones del monstruo. No es posible seguir a los sucesos: nos envuelven entre sus borrascas.

La revolución, crujiendo, como una tormenta polar, sangre, lucha y desesperación.

Revueltas, encuentros, emboscadas, combates, asaltos y batallas. Toda esa agonía convulsiva de lo que muere sin esperanza.

Un sudario de muerte envolviendo a la nación entera.

Peró todas esas olas encrespadas, desbravándose en las majestuosas playas de la revolución reformista.

Aparece un sol en el levante de la guerra, un genio, que sea cual fuere su catástrofe final, se alza gigante sobre el pedestal de su época.

Domina la batalla, y conduce por su mano a la victoria.

González Ortega: ese héroe de la leyenda mexicana, parado como Moisés, en la abrupta cima de la Bufo, lanzando su palabra de gigante que bajaba del cielo a las profundidades de la tierra, que brotaban combatientes y batalladores.

¡Ese hombre, que llevaba sobre su frente los relámpagos del 93 y en su voz los ritmos de la Marsellesa y que tenía a su lado a Escobedo, que en el trayecto de una década capturaría a un emperador y pasearía su nombre por la historia, y a Zaragoza que ametrallaría la bandera que realizando la profecía de Lafayette, le ha dado la vuelta al universo!

Bajaría como un torrente de victoria inundando los campos de la patria; poniendo a sus sienes los laureles de la Reforma y legando su nombre a las generaciones, en el gran «desideratum» de la historia.

¡Sacudiría su glorioso nombre bajo el azulado cielo de la soberbia tierra mexicana!

¡Se impondría sobre los anatemas de la Iglesia católica, y pasaría el Mar Rojo de las maldiciones canónicas, para depositar sus laureles en las manos del Benemérito de América, que los pondría en los altares de la patria!

## CAPITULO XX

### CLERIGOS Y CONSERVADORES

#### I

Ya no eran las reuniones tumultuosas de los primeros días. Los clérigos y los conservadores se agrupaban como en una hora de duelo.

Las leyes de Reforma, que no se esperaban sino después

Los dos amigos, con las pupilas casi fuera de las órbitas, trastabillando de espanto y de dolor, se acercaron al cadáver de Manuel.

«Juan Gallinazo» levantó aquella cabeza tibia todavía, la besó cien veces y sollozó como una mujer.

— ¡Te vengaremos!—gritó con rencor el fronterizo, y se arrojó a su vez sobre el cadáver y le estrechó la frente sobre su pecho.

— ¡Venganza!—gritó «Juan Gallinazo».

— ¡Sí, venganza!—rugió el fronterizo.

Y como dos sombras, como dos espectros, se perdieron entre los pliegues de aquella horrible tiniebla.

## CAPITULO XIX

### EL GENIO

#### I

El señor Juárez, desde su altura suprema, y entre los fuegos de la tempestad revolucionaria, arrojó, como un haz de luz, sobre el mundo de aquella segunda revolución, las «Leyes de Reforma», luminosas irradiaciones del cerebro poderoso de aquel movimiento.

Desde el palacio de Veracruz, como quien vuelve a la inmensidad del Océano y habla con las tempestades y los ciclones, delante del sol y las estrellas, resonó su palabra augusta como la trompeta del Arcángel, que los dogmas predicen para el Juicio Final.

Despertó a las generaciones muertas, y sorprendió a las vivientes; revolvió el mundo antiguo, desde sus cimientos; rompió la turbia corriente de cuatro siglos, y la arrojó en los cauces peñascosos de la historia.

Se estremecieron el templo y el altar; callaron los salmos; se rompieron las rejas del monasterio; entró un rayo de sol al claustro pavoroso; quebrantó los grillos del pensamiento; rompió las cadenas oprobiosas de las generaciones, y lanzó a la región incógnita del infinito a la conciencia humana.

¡Qué pequeños los adversarios del pensamiento! ¡Qué reacción tan infeliz delante de tanta grandeza!

¡Revolución que se arrastraba por los campos como una serpiente! ¡Inútiles fuerzas que se quebrantaban sobre el granito del monumento, y a los pies de aquel coloso!

¡La última podredumbre de los siglos, dando sus últimos miasmas en los altares del pasado!

Crueldad, tiranía, fanatismo, miseria, despojos miserables de una época, asquerosos harapos llenos de lágrimas y de sangre, flotando como una irrisión a los vientos arrasantes de la historia... ¡Todo lo que se va y zozobra en el negro oleaje de la desaparición, y se esfuma entre la nada!

## II

Pero estamos en las últimas convulsiones del monstruo. No es posible seguir a los sucesos: nos envuelven entre sus borrascas.

La revolución, crujiendo, como una tormenta polar, sangre, lucha y desesperación.

Revueltas, encuentros, emboscadas, combates, asaltos y batallas. Toda esa agonía convulsiva de lo que muere sin esperanza.

Un sudario de muerte envolviendo a la nación entera.

Peró todas esas olas encrespadas, desbravándose en las majestuosas playas de la revolución reformista.

Aparece un sol en el levante de la guerra, un genio, que sea cual fuere su catástrofe final, se alza gigante sobre el pedestal de su época.

Domina la batalla, y conduce por su mano a la victoria.

González Ortega: ese héroe de la leyenda mexicana, parado como Moisés, en la abrupta cima de la Bufo, lanzando su palabra de gigante que bajaba del cielo a las profundidades de la tierra, que brotaban combatientes y batalladores.

¡Ese hombre, que llevaba sobre su frente los relámpagos del 93 y en su voz los ritmos de la Marsellesa y que tenía a su lado a Escobedo, que en el trayecto de una década capturaría a un emperador y pasearía su nombre por la historia, y a Zaragoza que ametrallaría la bandera que realizando la profecía de Lafayette, le ha dado la vuelta al universo!

Bajaría como un torrente de victoria inundando los campos de la patria; poniendo a sus sienes los laureles de la Reforma y legando su nombre a las generaciones, en el gran «desideratum» de la historia.

¡Sacudiría su glorioso nombre bajo el azulado cielo de la soberbia tierra mexicana!

¡Se impondría sobre los anatemas de la Iglesia católica, y pasaría el Mar Rojo de las maldiciones canónicas, para depositar sus laureles en las manos del Benemérito de América, que los pondría en los altares de la patria!

## CAPITULO XX

### CLERIGOS Y CONSERVADORES

#### I

Ya no eran las reuniones tumultuosas de los primeros días. Los clérigos y los conservadores se agrupaban como en una hora de duelo.

Las leyes de Reforma, que no se esperaban sino después

de un triunfo definitivo, cayeron como una manga de fuego sobre sus cabezas.

— Estamos perdidos, compañero—decía un canónigo.

— Y para siempre—contestaba el otro clérigo.

— Ya estamos fastidiados; durante dos años y medio que llevamos de revolución, cada día estamos peor.

— Sí; se ha despilfarrado el dinero de la Iglesia, inútilmente.

— Siempre la misma cosa: ya ocupé Guadalajara, ya la volví a perder, ya entré, ya salí, ya me sacaron, ya vencí, ya volvieron y nos están llevando todos los diablos.

— Hemos perdido Sinaloa y Sonora y Mazatlan y todo, todo: ya no tenemos más que el suelo que pisamos; estos soldados no sirven para nada; son unos grandes sinvergüenzas, desde el joven Macabeo, hasta el último, que es Zuloaga.

— Se han burlado los herejes, de todo y de todos; estamos confundidos, anonadados.

— ¿De qué ha servido tanta victoria? ¡De nada!

— ¿Qué queda de tanta salva y tanto repique?... ¡Nada!

— ¿Y qué queda de nuestro dinero?... ¡Nada!

— Esta situación es horrorosa.

— Donde no está el primer espadachín, no hay quien se bata.

— Luego que esas chusmas se organicen, nos ponen el pie en el pescuezo.

— ¡Si ya nos lo están poniendo!

— ¿No ve usted aquí, en las goteras de México, al condenado de Aurelio, tiroteándonos todas las noches, y los soldados con los brazos cruzados?

— Si caemos en sus manos o en las del bandido de Carabajal o de Rojas, ¡Dios mío!, nos bajan a tiras el pellejo.

— Como que ese bandidaje es de lo peor; es una resaca impasable.

— ¡Y considerar que les hemos de cantar un «Te Deum»!

— Ni eso. ¡Si ya no quieren nada con nosotros! Nos convenía que vinieran al templo; pero ya no quieren ni aparentar que tienen religión; son herejes a la luz del día.

— Y con su libertad de cultos, mañana diremos misa en inglés.

— Ya lo creo, y la letanía en francés.

— ¿Quién nos metería a derribar a Comonfort? Ese sí era cristiano.

— Ha sido un error pensar en Zuloaga, en ese beato inservible.

— Y en Miramón. Muchos triunfos, y nada entre los platos.

— Como que la embajada de Veracruz no pudo ser un fracaso más grande.

— Y no lo creíamos.

— Pues ya lo vamos creyendo.

— ¿Se puede pasar?

— Adelante—gritó el canónigo, tomando un sorbo de rapé. Entró uno de los antiguos ministros de Zuloaga.

— ¿Viene usted por dinero, señor Licenciado?

— Tenemos novedades, y grandes.

— ¿Otro triunfo como el de Veracruz?

— No Van a ver ustedes; esto es horrible.

Desenvolvió el Licenciado unos pliegos impresos.

— Aquí está nuestra sentencia de muerte; abran los oídos.

— Lea usted, lea pronto.

— Decretos de Juárez.

— ¡Ave María Purísima!

El Licenciado comenzó su lectura:

— «Considerando que el motivo principal de la actual guerra, promovida y sostenida por el clero»...

— Promovida, no; sostenida, sí—interrumpió el canónigo—, porque nuestro dinero nos cuesta.

El Licenciado continuó:

—...«es conseguir substraerse de la dependencia de la autoridad civil.»

— Tenemos razón. ¡Si nosotros somos la autoridad divina!

— «Que si otras veces podía dudarse por alguno, que el clero ha sido una de las rémoras constantes para establecer la paz pública, hoy todos reconocen que está en abierta rebelión contra el soberano.»

— Bonito soberano, un hereje; nosotros no tenemos más soberano que Dios, y eso, ¡quién sabe!

— Blasfema usted, señor canónigo.

— Siga usted.

— «Que dilapidando el clero los caudales que le habían fiado los fieles, para objetos piadosos, los invierte en la destrucción general, sosteniendo y ensangrentando, cada día más, la lucha fratricida que promovió en desconocimiento de la autoridad legítima.»

— Se nos echa la culpa a nosotros y a ustedes; los conservadores son los que han hecho la revolución.

— Después hablaremos; concluiré.

«Que habiendo sido inútiles los esfuerzos de toda especie para terminar una guerra que va arruinando a la República, «el dejar por más tiempo en manos de sus jurados enemigos los recursos de que tan gravemente abusan», sería volverse «su cómplice»; y que es un imprescindible deber, poner en ejecución todas las medidas que salven la situación y la sociedad; he tenido a bien decretar lo siguiente:

»Art. 1.º Entran al dominio de la nación todos los bienes que el clero secular y regular ha estado administrando con diversos títulos, sea cual fuera la clase de predios, derechos y acciones en que consistan, el nombre y aplicación que hayan tenido.»

— ¡Yo me sofoco!—gritó un canónigo.

— ¡A mí me da peritonitis!—exclamó el otro.

— ¡Pero ya no es robo; es barbarie, es salvajismo; desnudar a Dios y a su Santísima Madre!

— ¡Y a todas las legiones del cielo!—gritó el otro.

— Lo fatal—dijo el Licenciado—, que esto atrae a todo el mundo, es un «Monte Parnaso» de trescientos millones!

— ¡Ya, ya comprendo: la nación entera se hace liberal; estamos perdidos!

— ¡Más que perdidos, desvalijados; se llevó el diablo a la Iglesia!

— ¡Ave María Purísima! Ustedes, ustedes tienen la culpa; nos han orillado a la revolución y nos dejan en la estacada.

— Sí, señor—gritó el canónigo—; aquí pagamos justos por pecadores; estamos arruinados por los cuatro costados.

Y ni modo de ocultar las haciendas y las fincas y los capitales. si estamos rodeados de salteadores en despoblado y en poblado. ¡Vade retro, Satanás!

— Pues aquí sigue la guerra más cruda a la Iglesia. «El matrimonio es un contrato civil que se contrae lícita y válidamente ante la autoridad civil.»

— ¡Esa es una mancebía indigna!

— ¡Dios mío!—gritó el canónigo— ¡Si se van hasta contra los sacramentos!

— Eso poco importa—dijo el otro—. Que se casen o que no se casen, o los lleve el diablo, ¿qué importa? Lo grave, lo verdaderamente grave, es lo del dinero.

— Pues siga usted oyendo.

— ¿Todavía más?

— Todavía: «Se secularizan los cementerios, camposantos, y demás lugares que sirven para sepultura.» Dictándose las prevenciones relativas, etc.

— Estos herejes se van a beber el agua del bautisterio.

— ¿Conque ya no les cobramos a los muertos?

— ¿Conque ya no nos pagan los difuntos? ¡Esto es horrible; el día menos pensado dan la ley para que cualquiera pueda decir misa!

El Licenciado continuó:

— «Se extinguen todas las asociaciones religiosas.»

— ¡Calle usted, por Dios; ya machacaron a los frailes y aplastaron a las monjas! ¿Pero dónde vamos a parar?

— Y lo peor es que el pueblo todo, está por esto; se ha inficionado de herejía; ya nadie cree en nosotros, porque nos han visto con ustedes.

— Puede ser que tengan razón.

— El pueblo ha visto que cantamos y rezamos por los soldados, y los soldados corren por todas partes y se ríen de la mano divina.

— Y luego la burla y la chifla y el desprecio... Ya nada es nuestro.

— Y, además—dijo el Licenciado—, «se prohíbe el uso del traje secular».

— ¡Es decir, que nos encueran por completo!

— Sólo falta que nos desuellen vivos. He aquí lo funesto que fué el grito de «¡Viva la religión!»; eso, eso, nos ha traído todo esto.

— Lo merecemos todo; nos hubiéramos estado calladitos, dejando caer la responsabilidad sobre ustedes, los conservadores; pero nos atarantamos, creímos en el ejército de Santa Ana, y así nos ha ido; ya no hay escapatoria.

— No hay que perder la esperanza; ya se dispone la campaña de Veracruz; se han comprado buques en la Habana y se tomará la plaza por mar y por tierra.

— No lo crea usted; ni con la escuadra de don Juan de Austria tomamos Veracruz. ¡Si el condenado de Gutiérrez Zamora y el pillo del general Iglesias, se ríen de ustedes y de nosotros!

— Ya veremos, ya veremos.

— Ya hemos visto bastante, y ya toca su turno a que se acabe ese jueguito de «Ya lo viste seco; pues miralo mojado». Tenemos mucha vida y algo grande a retaguardia.

— ¡Chitón!... El «extranjero».

Los canónigos abrieron tamaña boca.

— Ya estamos en pláticas; se acabarán estos soldados inútiles; no los necesitamos para nada; bastante los hemos tolerado ya; lo que deseamos es que los acaben de derrotar.

— Muy bien; ya no les volveremos a dar ni un peso; los echaremos de cabeza, y que se larguen.

— Ese es el plan; pero, silencio. Ya Almonte está arreglando la intervención; ya verán caer todo ese castillo de barajas; pero antes es necesario que Zuloaga y Miramón y toda esa percha se la lleve el demonio.

— Estamos conformes, y en ese terreno nos encontramos; la religión antes que todo, y que se acaben estos demagogos.

— ¡Oh, la intervención de la monarquía!

— ¡Nuestro sueño dorado!

— Dejemos a esos herejes seguir desatantados; ya suprimieron la legación de Roma.

— ¡Dios mío, ya azotaron al Sumo Pontífice; ya nada queda por hacer!

— El Gobierno ya protestó contra las leyes y declara conspirador al que las ejecute.

— Eso no vale nada.

— Ya se dirigió una protesta también al Cuerpo diplomático y a protestar el ejército y las comunidades y hasta las señoras.

— Pues todas ésas son paparruchas—dijo el canónigo.

— ¿Qué le importan a Juárez las protestas, ni qué caso hace de ellas? El que pille una casa o una capital, protestará después para que no se la quiten.

— Es verdad; todos éstos son chismes de mujeres, que no



se toman en cuenta; que vayan a decírselo a Juárez a Veracruz y dejen de estar echando gansadas aquí metidos. Obras son amores, que no buenas razones.

— Como que si nosotros entramos en las tales protestas, nos atraemos encima la tempestad; todavía no escarmenamos.

— Es mejor lo que tenemos hablado: el extranjero, la «intervención».

— ¡Sólo así se salvan la patria y la Iglesia y nosotros! ¡Caracoles!

— Es necesario no contestarle a Juárez con comedias, sino con balas.

— ¡Ni con balas; en cuanto aparezca la escuadra, boca abajo todo el mundo!

— Yo no me vuelvo a meter en nada; que rueda la bola.

— Pues que rueda, Reverendo Padre.

— Pero hay que confesar que Juárez tiene un temple de acero.

— Forjado en el mismo infierno. Lo que debemos temer es que los Estados Unidos han reconocido su Gobierno.

— Pues que se rompan las cabezas. ¿Qué nos importa?

— Convengamos en que ya esta gente no hace nada; van y vienen en vueltas y revueltas, como la ardilla.

— Es verdad; ya me causan histérico los tales repiques y las felicitaciones.

— Ya en esos triunfos sólo creen los papamoscas. Veremos por ahora—dijo el canónigo—, si podemos escapar algo de los tesoros de la Iglesia, fingiendo ventas, etc., etc.

— Eso no es posible—dijo el Licenciado—; son muchos los bienes; además, ya está previsto por Juárez, declarando nulas todas las operaciones.

— ¡Mal rayo con el indio!—exclamó el canónigo—Nos ha tapado todas las salidas; nada, la intervención.

Se despidió el Licenciado, con un humor de todos los diablos.

## II

— Compañero—dijo un canónigo—, ya nos van a ensartar en otra más terrible todavía.

— Ya lo estaba pensando.

— Tenemos la enemistad del pueblo; nos hacen responsables hasta de la Inquisición, y mañana nos llamarán traidores a la patria.

— Pero ya estamos en la pendiente y nos resbalamos contra nuestra voluntad.

— Además, nosotros somos súbditos de Roma; verdaderamente lo mexicano poco nos importa.

— Es cierto, y entre que nos mande Zuloaga y venga otro,

preferimos al otro, que siempre ha de ser más decente que éste.

— Ya se acabó el tiempo en que los curas se pronunciaban por la independencia; ahora todos queremos Rey.

— Sólo en la monarquía estamos bien; los demagogos nos han de dar la patada; éstos mismos, el día que triunfaran definitivamente, nos hacían sus víctimas.

— ¡Qué peligroso es tener dinero! Si la Iglesia fuera pobre, ni quien se mezclara con ella.

— Pero eso no puede ser; la Iglesia tiene que ser rica, vive de la explotación y nunca dejará de haber bobalicones que llenen nuestras arcas; por eso nos oponemos a que el pueblo se instruya, porque el día que abra los ojos...

— Calle usted, por Dios, compañero.

Los dos canónigos quedaron en silencio y hundidos en profundas meditaciones.

## III

Los ministros de Miramón descubrieron que los conservadores conspiraban, teniendo por caudillo a Márquez.

Había reuniones con Zuloaga y se trataba de derrocarlo.

Márquez había ocupado seiscientos mil pesos de una conducta de caudales, y Miramón había hecho que se devolvieran, poniéndose ya frente a frente de un antagonista hipócrita y malvado.

La revolución tomaba creces, y se presentaba tronando en el interior.

No había más que aceptar el reto; Miramón salió a su encuentro.

Hubo una conferencia entre el general Santos Degollado y Miramón.

Ya el jefe de la reacción, a pesar de sus triunfos, estaba desmoralizado, no por la guerra que afrontaba todos los días, sino por la convicción que ya arraigaba en él, de que la Constitución estaba llamada a la victoria, y así lo manifestó en la conferencia; pero que sus compromisos lo retenían al lado de la antigua bandera.

Miramón previno a Márquez que avanzara, y Márquez no cumplió la orden, alegando que los caminos estaban infestados de revolucionarios, y que sería segura la derrota.

Lo que ansiaba este miserable era un fracaso de Miramón, sobre quien daba sus últimos rayos la fortuna.

Con gran violencia se enviaron de México diez piezas de grueso calibre, cuando ya el enemigo estaba en tren de batalla y en las lomas de la Estancia de las Vacas, situadas a menos de dos leguas de Querétaro.

El general José Justo Álvarez debía mandar la batalla; pero la víspera se le disparó la pistola a uno de sus ayudantes, hiriéndole una pierna, que se le amputó inmediatamente.

Este suceso desconcertaba en mucho la acción del ejército. Se establecieron tres líneas de defensa en aquella posición casi inexpugnable.

A las siete se presentó el enemigo.

El general Arteaga, con los batallones de Morelia y de Tamaulipas, se extendió por la izquierda, y Quiroga por la derecha, con rifleros y batallón de Aguascalientes.

Rechazaron a las fuerzas reaccionarias, tomándoles cincuenta prisioneros.

En ese momento, perdiendo la ventaja de sus posiciones, de agredido, se hizo agresor el general Degollado, y cargó por el centro, llevando las columnas el general Santiago Tapia y el general Miguel Blanco.

Entrando Mejía en combate, atacó con vigor con las caballerías el flanco de los liberales.

Tapia arrolló la línea y tomó la artillería reaccionaria; pero cayó herido gravemente, y muerto el comandante del batallón de San Luis, Albino Espinosa.

Al ver tendido a su jefe, los soldados ya vencedores, retrocedieron a su campo, pero arrojándose en desorden sobre las líneas e introduciendo una confusión tan grande, que ellos mismos causaron el desastre.

Degollado mandó replegar las líneas, seguro de que el enemigo nada podía hacerle; pero este movimiento se tomó por la tropa como retirada, y comenzó la dispersión y el abandono de las piezas, trenes y parque, y la reacción quedó dueña del campo, defendiéndose en la retirada el general Degollado, Quiroga y Bernabé de la Barra.

Doblado disparó unos metrallazos sobre los fugitivos; tal era la ira que lo devoraba, al ver perdido un triunfo ya cosechado.

Tal fué la batalla de la Estancia de las Vacas, donde la reacción vió ponerse el sol de su destino y comenzar a darle un adiós eterno a la victoria.

#### IV

Salió rápidamente Miramón y llegó a Guadalajara con sus ayudantes.

Llamó inmediatamente a Márquez, que no estaba en la capital, y llegó, como siempre, desmoralizado, y presentó su renuncia.

Entonces el Ayuntamiento, las corporaciones civiles y religiosas y personas notables, pasaron a ver a Miramón, para que no aceptara la renuncia.

Miramón, al ver aquel aparato, comprendió toda la faena de una reacción en su contra.

Necesitaba jugar el todo por el todo.

Cuando oyó las súplicas hipócritas del partido clerical, que

elegía a Márquez como su caudillo, se mostró orgulloso y decidido.

—Señores—dijo—, razones de alta política y de conveniencia pública, me estrechan a una determinación, que no es hija de la violencia, sino de interés nacional.

No sólo admito la renuncia del general Márquez, sino que prevengo que lo procesen, por la ocupación de los caudales de la conducta, que nunca debía de haber tomado, y por actos de insubordinación que desmoralizan al ejército, y no sólo le admito la renuncia y el proceso, sino que marcha a la capital, en calidad de preso, quedando el general Wol como jefe de las armas en Guadalajara.

Aquella contestación dejó frías y consternadas a las corporaciones religiosas, al ilustre Ayuntamiento y a los conservadores.

El fiasco había sido completo.

Temblando y acobardado como una mujer, Márquez llegó a México a unir sus lamentaciones con las de Zuloaga.

Miramón salió para el Sur de Jalisco, ocupó Colima, la volvió a desocupar y regresó, como siempre, a la capital, y no sucedió nada, porque la revolución volvió a adueñarse de aquellas regiones.

## CAPITULO XXI

### ANTON LIZARDO

#### I

—¡La llegada del señor Presidente!—gritaban los papeles, y la gente corría en bandadas a la Villa de Guadalupe, porque el ministro Isidro Díaz había dicho en una comunicación oficial que Su Excelencia no entraría a México, sino después de haber dado las gracias al Todopoderoso, por haberle concedido tantas victorias.

Se repetía el fastidioso cuadro de siempre.

Frailes, clérigos, regidores, generales, golillas, tinterillos y devotas a felicitar al señor Presidente por sus triunfos.

Repiques, cañonazos y cohetes, y hasta grandes convites en cuyas libaciones los sorprendía la noticia de que ya el general Degollado, vencido tantas y tantas veces, entraba en campaña, sin saberse, y hasta hoy se ignora, lo que ese hombre hacía para levantar miles y miles de hombres, y de dónde tomaba armamento y artillería, y sobre todo, recursos para mantenerlos.

Podemos asegurar que no hay un testimonio igual en la historia.

—¡Esto es horrible!—decía la señora Pantoja a sus contertulios—Este es el cuento de nunca acabar.

Este suceso desconcertaba en mucho la acción del ejército. Se establecieron tres líneas de defensa en aquella posición casi inexpugnable.

A las siete se presentó el enemigo.

El general Arteaga, con los batallones de Morelia y de Tamaulipas, se extendió por la izquierda, y Quiroga por la derecha, con rifleros y batallón de Aguascalientes.

Rechazaron a las fuerzas reaccionarias, tomándoles cincuenta prisioneros.

En ese momento, perdiendo la ventaja de sus posiciones, de agredido, se hizo agresor el general Degollado, y cargó por el centro, llevando las columnas el general Santiago Tapia y el general Miguel Blanco.

Entrando Mejía en combate, atacó con vigor con las caballerías el flanco de los liberales.

Tapia arrolló la línea y tomó la artillería reaccionaria; pero cayó herido gravemente, y muerto el comandante del batallón de San Luis, Albino Espinosa.

Al ver tendido a su jefe, los soldados ya vencedores, retrocedieron a su campo, pero arrojándose en desorden sobre las líneas e introduciendo una confusión tan grande, que ellos mismos causaron el desastre.

Degollado mandó replegar las líneas, seguro de que el enemigo nada podía hacerle; pero este movimiento se tomó por la tropa como retirada, y comenzó la dispersión y el abandono de las piezas, trenes y parque, y la reacción quedó dueña del campo, defendiéndose en la retirada el general Degollado, Quiroga y Bernabé de la Barra.

Doblado disparó unos metrallazos sobre los fugitivos; tal era la ira que lo devoraba, al ver perdido un triunfo ya cosechado.

Tal fué la batalla de la Estancia de las Vacas, donde la reacción vió ponerse el sol de su destino y comenzar a darle un adiós eterno a la victoria.

#### IV

Salió rápidamente Miramón y llegó a Guadalajara con sus ayudantes.

Llamó inmediatamente a Márquez, que no estaba en la capital, y llegó, como siempre, desmoralizado, y presentó su renuncia.

Entonces el Ayuntamiento, las corporaciones civiles y religiosas y personas notables, pasaron a ver a Miramón, para que no aceptara la renuncia.

Miramón, al ver aquel aparato, comprendió toda la faena de una reacción en su contra.

Necesitaba jugar el todo por el todo.

Cuando oyó las súplicas hipócritas del partido clerical, que

elegía a Márquez como su caudillo, se mostró orgulloso y decidido.

—Señores—dijo—, razones de alta política y de conveniencia pública, me estrechan a una determinación, que no es hija de la violencia, sino de interés nacional.

No sólo admito la renuncia del general Márquez, sino que prevengo que lo procesen, por la ocupación de los caudales de la conducta, que nunca debía de haber tomado, y por actos de insubordinación que desmoralizan al ejército, y no sólo le admito la renuncia y el proceso, sino que marcha a la capital, en calidad de preso, quedando el general Wol como jefe de las armas en Guadalajara.

Aquella contestación dejó frías y consternadas a las corporaciones religiosas, al ilustre Ayuntamiento y a los conservadores.

El fiasco había sido completo.

Temblando y acobardado como una mujer, Márquez llegó a México a unir sus lamentaciones con las de Zuloaga.

Miramón salió para el Sur de Jalisco, ocupó Colima, la volvió a desocupar y regresó, como siempre, a la capital, y no sucedió nada, porque la revolución volvió a adueñarse de aquellas regiones.

## CAPITULO XXI

### ANTON LIZARDO

#### I

—¡La llegada del señor Presidente!—gritaban los papeles, y la gente corría en bandadas a la Villa de Guadalupe, porque el ministro Isidro Díaz había dicho en una comunicación oficial que Su Excelencia no entraría a México, sino después de haber dado las gracias al Todopoderoso, por haberle concedido tantas victorias.

Se repetía el fastidioso cuadro de siempre.

Frailes, clérigos, regidores, generales, golillas, tinterillos y devotas a felicitar al señor Presidente por sus triunfos.

Repiques, cañonazos y cohetes, y hasta grandes convites en cuyas libaciones los sorprendía la noticia de que ya el general Degollado, vencido tantas y tantas veces, entraba en campaña, sin saberse, y hasta hoy se ignora, lo que ese hombre hacía para levantar miles y miles de hombres, y de dónde tomaba armamento y artillería, y sobre todo, recursos para mantenerlos.

Podemos asegurar que no hay un testimonio igual en la historia.

—¡Esto es horrible!—decía la señora Pantoja a sus contertulios—Este es el cuento de nunca acabar.

—Ya lo creo, señora—contestaba un clérigo—; nos están engañando estos soldados; canta y canta, y nada de ópera. Lea usted lo que dice este periódico.

—¡Qué sacrilegio! ¡El infame de González Ortega se ha robado la plata y las alhajas de la Catedral de Durango!

—Nos van a dejar sin un pelo—dijo un clérigo.

—Y con mataduras—exclamó la Pantoja.

—Aquí repicamos, y esos herejes andan en la procesión.

—Vea usted, vea usted el asesino de Rojas: ese bandido ha tomado a viva fuerza el Teul, y ha hecho destrozos, iniquidades, abigeatos y violencias.

—Que sigan aquí los repiques.

—Sí, que sigan, mientras estos malditos dejan a la Iglesia en traje de baño.

—Pero lo bueno—dijo un clérigo—es que ya vamos a cambiar de situación; el señor Zuloaga se ha comprometido, por supuesto, con mucha reserva, a tomar la Presidencia y destituir a Miramón, que se va volviendo liberal, y nosotros queremos gente que mate, que mate mucho; lo demás es perder el tiempo.

—No siempre se puede—dijo la Pantoja.

—Pero se procura—contestó el clérigo.

—¿Y será capaz de ese golpe el general Zuloaga?

—Ya lo animamos; cuenta con recursos y con Márquez, que puede mucho en el ejército.

—No lo crea usted, Padre; ha venido a México como un mentecato.

—No hay cuidado.

## II

Tocaron el timbre, y se presentó el coronel Altúnez, que ya tenía el grado de general.

—¡Cuánto gusto de ver al señor general!—dijo el clérigo.

—Usted sabe, caballero, que la familia del señor Rentería, es todo para mí.

—Gracias—dijo la Pantoja.

—¿Y las señoritas?

—Ya vienen.

En aquellos momentos entraron Eva y Carolina, ignorando que se encontrara allí el general Altúnez.

Ya cuando quisieron retirarse, no era posible.

El general les tendió la mano, que ellas rehusaron terminantemente.

Altúnez rechinó los dientes, en presencia de aquel desaire.

—Señoritas—dijo—, ustedes me culpan de todo lo que pasa en la revolución.

—Puede ser—dijo Eva—, pero la presencia de usted está muy lejos de sernos grata.

—¡Niña!—gritó la señora.

—Digo la verdad—contestó Eva—; el señor nos trae recuerdos horribles.

La joven estaba pálida; sus grandes ojos se revolvían en las órbitas, y respiraba con mucha dificultad.

Carolina, como pasa en la juventud, ya estaba en convalecencia de su dolor por Mario; pero aguardaba impaciente que Pablo le cumpliera su palabra, de vengar aquella sangre.

Sabía que Altúnez era el asesino, y sentía un pavor mal reprimido, cuando tenía al miserable en su presencia.

—Yo no puedo tocar la mano que llevó la espada al corazón de Mario—dijo Carolina.

—¡Pero eso es una calumnia!—gritó Altúnez—No sé quién ha podido decir eso, que es enteramente falso.

—Todo se sabe, caballero.

—¿Y qué nos importaba ese hombre?

—A usted, no, mamá, porque tiene el corazón empedernido a fuerza de estar en la iglesia, que es enemiga de los liberales; pero a mí sí, porque lo amaba y lo amo todavía.

—¡Jesús, qué insolencia!—exclamó un clérigo.

—Más insolencia es—contestó Eva—presentarse el verdugo delante de la víctima, y pretender que le estreche la mano.

—¡Esto es horroroso!—gritó la Pantoja.

—También se me acusará de los sucesos de Tacubaya.

Aquello fué como una revelación.

Eva llevó las manos al pecho y no pudo decir una palabra.

—Es cierto que yo estuve allí—continuó Altúnez—; Manuel me ha salvado la vida en Puebla y quise ver si yo lo podía salvar; me fué imposible; pero fuí tan su amigo, que me encargó devolver a usted estos objetos, señorita Eva.

Eva se sentía morir.

Sacó Altúnez el relicario que había robado al cadáver de Manuel.

Luego que la joven vió aquella prenda, comenzó a dar tales alaridos de dolor, que todos se conmovieron, hasta los clérigos.

—Es usted un imprudente!—dijo Carolina—. ¡Salga usted de esta casa y para siempre!... ¡Maldita la hora que hemos conocido a un monstruo tan repugnante!

—Señorita..., señorita—murmuraba Altúnez—, yo no suponía...

—Ha venido usted a martirizar el alma de una mujer moribunda. ¡Se ha portado usted como un miserable!

—Está bien... Yo...

—Usted se va de aquí, o llamo a mis lacayos para que lo arrojen.

—No es necesario.

Carolina tomó a Eva cariñosamente por la cintura, y casi en hombros la sacó de la sala.

—Señora—dijo Altúnez—, perdone usted, pero yo cumplí con el encargo de un hombre.

La Pantoja no respondió.

— Siento mucho haber proporcionado este mal momento... Si yo lo hubiera pensado... Pero, además, señora, yo no he hecho otra cosa que defender a la religión.

— Es verdad—dijeron los clérigos.

— Y derramar mi sangre.

— Y dejar una oreja en el cercado—agregó la Pantoja.

Altúnez se estremeció de coraje; creía que con el cabello se había ocultado la falta de aquel miembro, y la señora lo había descubierto de improviso, con sus ojos de lince.

— Perdí la oreja, de un machetazo, en Guadalajara.

— Pero escapó usted la otra; creo que con una, basta.

— Sí—dijo un clérigo—. ¿Para qué son dos? Un general debe tener un solo corazón, una espada, y dos pies para cuando se ofrezca.

Aquello ya era una burla descarada.

Altúnez tomó su sombrero.

— Señora—dijo—, venía a despedirme, porque marchamos para Veracruz.

— ¿Se abre de nuevo la campaña?

— Sí; y ahora es seguro que ocupamos la plaza.

— Supongo que no será como la otra vez.

— Tenemos elementos sobrados; el éxito es seguro.

— Lo que temo es—dijo un clérigo—que al otro día, ya vuelva a estar ocupada por Juárez.

— Eso sería imposible.

— No lo crea usted; ya nos es fatigoso oír que se tomó San Luis, Guadalajara y Querétaro, y a las veinticuatro horas ya están allí esos bandidos.

— Eso tendrá que concluir.

— ¿Con quién? ¿Con ustedes?

Altúnez, no pudiendo sufrir ya tanta sátira, se retiró amostazado, y satisfecho, a la vez, de haber dado un gran disgusto a la familia Rentería.

### III

En la casa número 24 de la calle de Chavarría, estaba la junta revolucionaria.

Se reunieron con mucho sigilo Gabriel Moreno, Octaviano Ortiz, Luis Picazo, Amézarrí, Villanueva, Rodrigo Valdés, Cerecero, Castillo Velasco y otros patriotas.

Se abrieron unas comunicaciones que venían de la Habana, en que avisaban que el coronel Tomás Marín, había comprado dos buques, para venir al asedio de Veracruz, simultáneamente y en combinación con el ejército reaccionario.

Inmediatamente se determinó dar aviso al señor Juárez, porque era de suponerse que la operación se hacía con gran secreto.

La junta se enteró de la compra de pertrechos de guerra y de la gente que formaría la tripulación.

Picazo ocurrió a un liberal exaltado, José M.<sup>a</sup> Molina, que vive todavía, y concertaron enviar al capitán Macías, que salió inmediatamente para Veracruz, y puso los pliegos en manos del señor Juárez, que aun no tenía noticia de aquel plan.

Vive aún la persona que descubrió a Luis Picazo aquella trama infame.

Entretanto, el Gobierno de la reacción, contando con el auxilio divino, las preces de la Iglesia y un buen ejército, emprendió el segundo sitio de Veracruz, ya con la certeza de una victoria.

Llegaron frente a la plaza de la Heroica.

En el camino fué tiroteada la vanguardia y herido Robles Pezuela.

Miramón publicó una proclama, concediendo amnistía a los que en el término de sesenta horas se pusieran bajo la bandera reaccionaria, y pasando este término, todo el que cayera en sus manos sería fusilado irremisiblemente y entregadas sus casas e intereses a la tropa.

Todas estas medidas extremas, acusan una decadencia inevitable.

El señor Juárez publicó una circular terrible, sabiendo que la escuadrilla estaba ya cerca de Veracruz:

«Considerando que los buques que forman la escuadrilla de que se trata, cualquiera que sea la bandera con que pretendan cubrirse, no pueden ni deben ser reconocidos como legalmente autorizados para la navegación, S. E. «se ha servido declarar que dichos buques deben ser considerados como piratas», por los buques nacionales y por los de las naciones amigas, salvándose desde ahora y para siempre a la nación mexicana de toda responsabilidad, por los daños que causen aquéllos que traigan el pabellón de la República.»

Aquella declaración les abrió las fauces a los buques americanos que estaban en la bahía.

### IV

El 6 de marzo la escuadrilla estaba a la vista.

Corrió de Norte a Sur y tiró las anclas en las aguas de Antón Lizardo.

Una salva de artillería, saludó en el campo reaccionario a la escuadrilla.

No izaron la bandera; ésta era la declaración de guerra.

Enviaron un bote trayendo a tierra a Valle, jefe de escuadra graduado, y a Francisco Canal, capitán de fragata.

Llevaron instrucciones para el general Marín, jefe de la expedición marítima, y la noticia de la ocupación del Puerto de Alvarado.

Sus buques eran la «Zaratoga» y el «Marqués de la Habana», a quien bautizaron por veinticuatro horas con el nombre de «El General Miramón».

Se enviaron cien hombres para reforzar la tripulación, y todo estaba listo para el combate.

## V

Entretanto, en el Gobierno de Veracruz había una grande alarma.

El gobernador, Ignacio de la Llave, que tanto había luchado durante los tres años de la revolución, y cuyo valor era proverbial, entró al despacho del señor Juárez, que estaba con sus ministros.

—¿Qué pasa, señor general?—preguntó el señor Ocampo.

—Que es necesario dar un golpe decisivo—dijo Llave—. Mañana nos atacarán por mar y por tierra; la plaza está perfectamente bien; Gutiérrez Zamora y el general Iglesias están preparados, y no hay temor.

—¿Cree usted, señor general, que...?

—Creo, señor Presidente, que todo ese ejército va a fracasar, pues aunque los buques de Marín hagan una intentona, será punto menos que imposible la toma de nuestras posiciones.

—Casi son inexpugnables—murmuró Ruiz, el ministro de Justicia.

—Pero yo tengo un plan—dijo Llave—, y lo pienso realizar antes de que amanezca.

—¿Cuál es?—preguntó el señor Juárez.

—Esta noche sorprendo a los buques de Marín.

—¿Qué dice usted, señor general?—preguntó, azorado, Ocampo.

—Que esta noche capturo los buques de la escuadrilla.

—¿Y cómo va a ser eso, señor general?—preguntó Juárez.

—Es bien sencillo: la corbeta de guerra americana, «Zaratoga», usando del derecho que le da la resolución del Gobierno declarando piratas a los buques de la reacción, está dispuesta a abordarlos; yo con el «Wawe» y el «Indianola», la remolcaré, y damos el combate en las mismas aguas de Antón Lizardo.

—Es arriesgada la empresa.

—Pero debe emprenderse, y a todo trance, porque mañana apresarán nuestros dos buques, que no están armados.

—Bajo la responsabilidad de usted, señor general.

—Bajo mi responsabilidad, señor Presidente. Como la «Zaratoga» no puede oficialmente ponerse a mis órdenes por ser americana, aparecerá que hace por su cuenta el negocio; yo simplemente ayudo, y realizamos nuestro plan, de evitar ser batidos, en combinación con los reaccionarios; nada nos importa que esos buques sean presa americana; además, están en su derecho: son barcas piratas.

—Muy bien, general.

Llave no parecía: un hombre de esta edad, era de los tiempos medios.

## VI

El cielo se cubría de nubes plomizas, entoldándose lentamente y arrojando una sombra negra sobre el Océano.

Las olas levantaban un rumor siniestro y el «norte» comenzaba a soplar con sus primeros respiros.

A lo lejos se veían ancladas en Sacrificios, barcas inglesas y francesas.

Frente a Veracruz y oscilando sobre la bahía, el «Indianola», el «Wawe» y la «Zaratoga». Y allá, confinando con las montañas de Antón Lizardo, los buques, disponiéndose para el combate, que tendría lugar al amanecer.

Frente a la plaza, el rumor sordo del ejército reaccionario, que se organizaba en todos sus detalles para el asalto.

Correr de los ayudantes, revisión de armas, rodar de la artillería y tropel de caballos; un gran movimiento en el campo enemigo.

La plaza en guardia.

Los fortines dotados de parque, la fuerza sobre las armas en los parapetos.

Gutiérrez Zamora y el general Iglesias, visitando los cuarteles y fortificaciones, y disponiendo cuanto creían conveniente, porque el asalto sería tremendo.

Fuera de los reductos, había una gran guardia y espías muy cerca del enemigo.

La noche se había anticipado; parecía que estaba impaciente de lo que iba a pasar entre sus sombras.

Luego que el señor Llave terminó su conferencia con el Presidente, tomó el bote de la Capitanía y se dirigió a bordo de la «Zaratoga».

Puesto de acuerdo con el marino americano, levaron anclas, remolcando el «Wawe» a la «Zaratoga» y llevando a su lado la «Indianola».

Los buques de la escuadra izaron sus faroles de situación; pero la «Zaratoga» y sus compañeros no respondieron a la señal, y entre la oscuridad densa de la noche, se dirigieron al puerto de Antón Lizardo.

Eran las once, cuando el oficial que vigilaba el vapor «General Miramón» avisó al general Marín, que se veían bullos por el lado de popa.

Marín ni aún siquiera sospechaba aquel movimiento.

Subió inmediatamente a cubierta y al ver a los buques, que ya estaban muy cerca, mandó levantar a toda la gente, que se activase el fuego de la máquina y que no se levase el ancla.

El «Zaratoga» lanzó su primer tiro con una granada.

Marín respondió a fuego de cañón. Tomó las brújulas y vió dibujarse en la oscuridad los tres mástiles de un buque que era el remolcado.

Entonces comenzó el combate, casi a quema ropa.

Marín, que no esperaba el empuje, trató de ponerse en franquía y ver si podía descabezar el bajo; pero no le fué posible, porque murieron dos timoneles.

Faltando dirección al buque, y acribillado por el vivo fuego de la «Zaratoga», se varó de proa en el bajo.

Acudieron otros dos timoneles, uno para gobernar y otro para poner la bandera.

El primero fué echado al mar por una bala de cañón, y el otro bajó con el pabellón.

Una bala de los buques de Marín dió sobre la obra muerta de la «Zaratoga» y las astillas hicieron una profunda herida en el rostro del general Llave, que no cesaba de despertar con sus gritos el furor de sus soldados.

El fuego se hacía más vivo en los asaltantes, mientras que en los buques reaccionarios se iba apagando lentamente, hasta quedar en el más profundo silencio.

Allá, entre la oscuridad y más bien a los relámpagos de los disparos, se vió que el «General Miramón» enarbolaba bandera blanca, y el «Marqués de la Habana», el pabellón español.

Los dos buques quedaron prisioneros, lo mismo que su tripulación, y llevados en triunfo a Veracruz.

Al saltar Llave en tierra, lo llevaron en peso hasta el palacio, entre los vítores más entusiastas y el toque de las músicas militares.

El señor Juárez y los ministros, saludaron a aquel gran patriota, que acababa de alcanzar el más espléndido de los triunfos en nombre de la libertad.

El pueblo de la heroica ciudad de Veracruz, tendrá siempre en el mundo de sus recuerdos aquella noche gloriosa.

## VII

En el campamento de Miramón, todo se ignoraba; les parecía haber oído fuego lejano de cañón; pero como no podían imaginar lo que pasaba, esperaron tranquilos a que amaneciera.

Muy temprano, dirigieron sus brújulas al rumbo de los buques de Marín, que ya se ponían en camino para el puerto y habían desaparecido de la bahía.

Pero, ¡cuál fué su sorpresa, al ver a los buques de Marín, prisioneros y vigilados por los vencedores!

La expedición había hecho fiasco.

Las baterías que estaban a izquierda y derecha de los médanos, hicieron fuego sobre la plaza y ésta contestó con su artillería.

Era tal el entusiasmo de la plaza, que los soldados saltaron las trincheras y se arrojaron sobre la división Licéaga, sufriendo a pecho descubierto el fuego de la artillería y regresando a sus posiciones después de una hora de combate.

Miramón decidió la retirada, pero no queriendo hacer un papel ridículo, más que su situación, ordenó bombardear la ciudad mientras la plaza acribillaba con sus cañones la trinchera levantada por los sitiadores.

Los baluartes, las obras exteriores, Ulúa, las lanchas y las trincheras de los sitiadores, con dos morteros y seis piezas, hicieron, durante dos horas y media, un vivísimo fuego, que fué cediendo hasta la entrada de la noche.

Por fin, el ejército reaccionario levantó el campo y emprendió la retirada.

Durante el bombardeo, el señor Juárez se trasladó a San Juan de Ulúa, y desde el Caballero Alto, presenció el fuego, imperturbable, como Nerón el incendio de Roma.

## VIII

Llegó Miramón a México, y como el clero acostumbraba cantarle un «Te Deum», se lo cantó ese día por cuenta de Juárez.

Lo más ridículo fué, que el Presidente de la reacción recibió las felicitaciones de su gente, por el «éxito» del sitio de Veracruz.

Miramón, enteramente desconcertado, contestó:

— El Sér Supremo no puede abandonar a un pueblo que pelea por su independencia, por su verdadera libertad y por la justa defensa de su religión.

Con esta jaculatoria dió fin la desgraciadísima jornada de Veracruz.

## CAPITULO XXII

### UN ASTRO QUE SE APAGA

#### I

Natural es que, en semejantes crisis, comiencen el pánico y la desconfianza.

Nada más alarmado, que un Gobierno en vísperas de caer.

El 11 de abril de 1860, primer aniversario de las ejecuciones de Tacubaya, una multitud de señoras, pertenecientes a las familias liberales, se dirigieron a San Pedro Mártir, donde estaban los restos mortales de aquella juventud sacrificada por Márquez, el más miserable de los asesinos, y que deja un rastro pestilente en la historia.

Había caído la víspera una abundante lluvia y el campo estaba bellissimo.

Marín respondió a fuego de cañón. Tomó las brújulas y vió dibujarse en la oscuridad los tres mástiles de un buque que era el remolcado.

Entonces comenzó el combate, casi a quema ropa.

Marín, que no esperaba el empuje, trató de ponerse en franquía y ver si podía descabezar el bajo; pero no le fué posible, porque murieron dos timoneles.

Faltando dirección al buque, y acribillado por el vivo fuego de la «Zaratoga», se varó de proa en el bajo.

Acudieron otros dos timoneles, uno para gobernar y otro para poner la bandera.

El primero fué echado al mar por una bala de cañón, y el otro bajó con el pabellón.

Una bala de los buques de Marín dió sobre la obra muerta de la «Zaratoga» y las astillas hicieron una profunda herida en el rostro del general Llave, que no cesaba de despertar con sus gritos el furor de sus soldados.

El fuego se hacía más vivo en los asaltantes, mientras que en los buques reaccionarios se iba apagando lentamente, hasta quedar en el más profundo silencio.

Allá, entre la oscuridad y más bien a los relámpagos de los disparos, se vió que el «General Miramón» enarbolaba bandera blanca, y el «Marqués de la Habana», el pabellón español.

Los dos buques quedaron prisioneros, lo mismo que su tripulación, y llevados en triunfo a Veracruz.

Al saltar Llave en tierra, lo llevaron en peso hasta el palacio, entre los vítores más entusiastas y el toque de las músicas militares.

El señor Juárez y los ministros, saludaron a aquel gran patriota, que acababa de alcanzar el más espléndido de los triunfos en nombre de la libertad.

El pueblo de la heroica ciudad de Veracruz, tendrá siempre en el mundo de sus recuerdos aquella noche gloriosa.

## VII

En el campamento de Miramón, todo se ignoraba; les parecía haber oído fuego lejano de cañón; pero como no podían imaginar lo que pasaba, esperaron tranquilos a que amaneciera.

Muy temprano, dirigieron sus brújulas al rumbo de los buques de Marín, que ya se ponían en camino para el puerto y habían desaparecido de la bahía.

Pero, ¡cuál fué su sorpresa, al ver a los buques de Marín, prisioneros y vigilados por los vencedores!

La expedición había hecho fiasco.

Las baterías que estaban a izquierda y derecha de los médanos, hicieron fuego sobre la plaza y ésta contestó con su artillería.

Era tal el entusiasmo de la plaza, que los soldados saltaron las trincheras y se arrojaron sobre la división Licéaga, sufriendo a pecho descubierto el fuego de la artillería y regresando a sus posiciones después de una hora de combate.

Miramón decidió la retirada, pero no queriendo hacer un papel ridículo, más que su situación, ordenó bombardear la ciudad mientras la plaza acribillaba con sus cañones la trinchera levantada por los sitiadores.

Los baluartes, las obras exteriores, Ulúa, las lanchas y las trincheras de los sitiadores, con dos morteros y seis piezas, hicieron, durante dos horas y media, un vivísimo fuego, que fué cediendo hasta la entrada de la noche.

Por fin, el ejército reaccionario levantó el campo y emprendió la retirada.

Durante el bombardeo, el señor Juárez se trasladó a San Juan de Ulúa, y desde el Caballero Alto, presenció el fuego, imperturbable, como Nerón el incendio de Roma.

## VIII

Llegó Miramón a México, y como el clero acostumbraba cantarle un «Te Deum», se lo cantó ese día por cuenta de Juárez.

Lo más ridículo fué, que el Presidente de la reacción recibió las felicitaciones de su gente, por el «éxito» del sitio de Veracruz.

Miramón, enteramente desconcertado, contestó:

— El Sér Supremo no puede abandonar a un pueblo que pelea por su independencia, por su verdadera libertad y por la justa defensa de su religión.

Con esta jaculatoria dió fin la desgraciadísima jornada de Veracruz.

## CAPITULO XXII

### UN ASTRO QUE SE APAGA

#### I

Natural es que, en semejantes crisis, comiencen el pánico y la desconfianza.

Nada más alarmado, que un Gobierno en vísperas de caer.

El 11 de abril de 1860, primer aniversario de las ejecuciones de Tacubaya, una multitud de señoras, pertenecientes a las familias liberales, se dirigieron a San Pedro Mártir, donde estaban los restos mortales de aquella juventud sacrificada por Márquez, el más miserable de los asesinos, y que deja un rastro pestilente en la historia.

Había caído la víspera una abundante lluvia y el campo estaba bellissimo.



Los árboles con sus ramas empapadas, por donde se deslizaban los cristales del agua en abriantadas gotas, que fulgían al rayo esplendoroso del sol.

En el cielo de un azul purísimo, se extendían levísimas gasas de nubes, en alas de una brisa dulce y refrescante.

Abril es el mes predilecto de las flores, y allí caían en lluvia sobre las tumbas y adornaban vistosamente las cruces de los sepulcros, plantadas sobre la tierra removida.

La capilla estaba clausurada; un rayo había derribado la torre y cuarteado las bóvedas.

Como una bandada de palomas, que se posa sobre la frescura de un sembrado, llegaron allí las jóvenes con sus coronas y ramilletes de rosas a ofrecerlas a la virtud, a la heroicidad y al sacrificio.

Tres sacerdotes liberales, desafiando el furor del clero y de la reacción, solicitaron decir una misa y el permiso les fué negado.

Entonces encabezaron a aquella concurrencia, que se arrodilló frente a las tumbas; se rezaron oraciones en voz alta, que más bien eran una protesta contra el salvajismo y la barbarie y una maldición sobre la cabeza inmunda del asesino.

Concluido el acto religioso, una señorita leyó un discurso lleno de vehemencia, que arrancó un aplauso y un grito de dolor y de venganza.

Iba la señorita Josefina Juárez, que aun vive todavía, a leer una composición, cuando el jefe de policía, con una escolta armada, se presentó intimando que se disolviera aquella reunión, por ser subversiva aquella ceremonia.

— Venimos a rezar por los muertos—dijo una señora.

— Está prohibido—dijo el policía.

— No está prohibido rogar a Dios por los que han muerto.

— Esa es la orden.

— Pues no la obedecemos.

Las señoras se arrodillaron todas y comenzaron a rezar en voz alta.

El jefe se quedó parado, sin atreverse.

Josefina Rivas se levantó y leyó su soneto en presencia de la policía.

— Si no se retiran—dijo resuelto el jefe—, me llevo a todos los hombres.

Entonces las señoras se retiraron en silencio.

## II

Cuando la multitud y la fuerza habían desaparecido, una mujer enlutada, con el semblante pálido intenso, como el de la luna, y andar majestuoso, se adelantó a la negra cruz, que como el mástil de un buque en naufragio, estaba varada sobre los sepulcros.

Colocó una corona de rosas blancas, y se arrodilló.

El llanto se deslizaba por aquel rostro interesantísimo y bello, y sus labios temblorosos musitaron una oración.

El sol, como una lámpara, daba de lleno sobre el humilde cementerio y alumbraba la cándida frente de aquella espiritual criatura.

— ¡Háblame! ¡Háblame—decía—, que estoy junto a ti; apenas nos separa la débil costra de la tierra!... ¿No decías que me amabas? ¿Por qué no respondes a mi voz, que se anidaba como una ave en tu corazón?...

Quedaba un momento en silencio, porque los sollozos le ahogaban las palabras.

— ¡Manuel! ¡Manuel! Responde; tu silencio me espanta. ¿Que ya no me amas?... Por las noches te acercas a mí con tus sudarios; tus labios palpitan sobre mi frente, y tus manos me acarician... ¡Qué silencio tan espantoso el del sepulcro!... ¡Callado, callado eternamente!...

— ¡Manuel, tu alma vuela en mi derredor; siento el aleteo sobre mi cabeza!... ¡Despierta, aunque vuelvas luego al espantoso letargo de tu sueño! ¡Zumba el moscón sobre esta tierra escarbada; todo me asusta!... ¡Yo pienso en ti a todas horas!... ¡Ve tus heridas que manan sangre, y recibo tu último pensamiento, que ha sido todo mío, porque mi imagen estaba en tu cerebro y en tu corazón, en esa hora apartada y suprema!

Al recuerdo horrible de aquella catástrofe, la joven cayó desmayada sobre aquel lecho de rosas.

— Señorita, señorita—dijo una voz que retumbó en los pódos de la joven.

Se reaccionó su organismo, y se levantó terrible.

— ¿Qué quiere usted aquí, asesino?—gritó Eva.

— Pasaba accidentalmente y vi a usted aquí y me he acercado.

— En mala hora llega usted, hombre sin conciencia, a profanar el sepulcro de la víctima.

— Le juro a usted...

— No jure usted, hombre malvado; todo lo sé, todo; pero pronto le llegará a usted su hora, que yo espero con impaciencia.

El general Altúnez se arrodilló delante de Eva.

— Sí—dijo—, soy un miserable; el amor de usted me ha arrojado a un abismo lleno de sombras y de fantasmas.

— Me causa horror este hombre—gritó Eva.

— Yo, el maldito de Dios, el execrado de los hombres, me he gozado en la muerte de un hombre a quien sentía superior sobre todo mi sér, sobre mi espíritu... ¡No, no merezco perdón!

— ¡Nunca! ¡Nunca!—gritaba Eva.

— ¡Esa es la voz de la justicia divina!—gritó Altúnez— ¡Nunca!... ¡Nunca!... ¿Y qué voy a hacer, maldecido de Dios

y de los hombres, perseguido, derrotado, vencido, solo con mis remordimientos y mi angustia?...

— ¡Correr como Caín— exclamó Eva—; ir por ese desierto de la vida, tropezando con fantasmas, abrumado por el fragor del rayo, que es la maldición del cielo!... ¡Sí, con el crimen delante, con el remordimiento en el corazón!

— ¡Eva, usted es un ángel; delante de este sepulcro pronuncie usted la palabra perdón; será una gota de consuelo en el mar encrespado de mis infortunios!... ¡Yo me arrepiento!

Eva volvió la vista y contempló sañuda la cara descompuesta de aquel miserable.

Gruesas gotas de llanto caían por sus mejillas; su frente húmeda y sus manos enclavadas.

— ¿Si será un sacrilegio hablar de venganza delante de esta tumba sagrada?— pensó Eva.

Altúnez bajó la frente esperando su sentencia.

— No, yo no puedo manchar esta tierra con promesas de sangre; el perdón es más grande todavía, es una ofrenda en el altar de Dios. ¡El se encargará de hacer justicia!

Luego, dirigiéndose a Altúnez, le dijo con voz conmovida por el llanto y el dolor:

— ¡Ore usted sobre ese sepulcro y pida misericordia! ¡Piense usted que toda la sangre derramada ha sido inútil; que ya la lucha toca a su término, sin dejar más nombre ni memoria que estas catástrofes tan espantosas!... ¡Que los muertos protestan desde sus sepulcros; que la sangre derramada sube en vapor al cielo, y que de allí baja en una maldición eterna!

— ¡Compasión! ¡Compasión!

— Sí— continuó Eva—, yo no usurpo el derecho a la Divinidad; ella sabe si castiga o perdona. ¡Yo... yo... perdono, en nombre de la víctima!

— ¡Gracias! ¡Gracias!— gritó Altúnez, y llenó de lágrimas los pies de Eva.

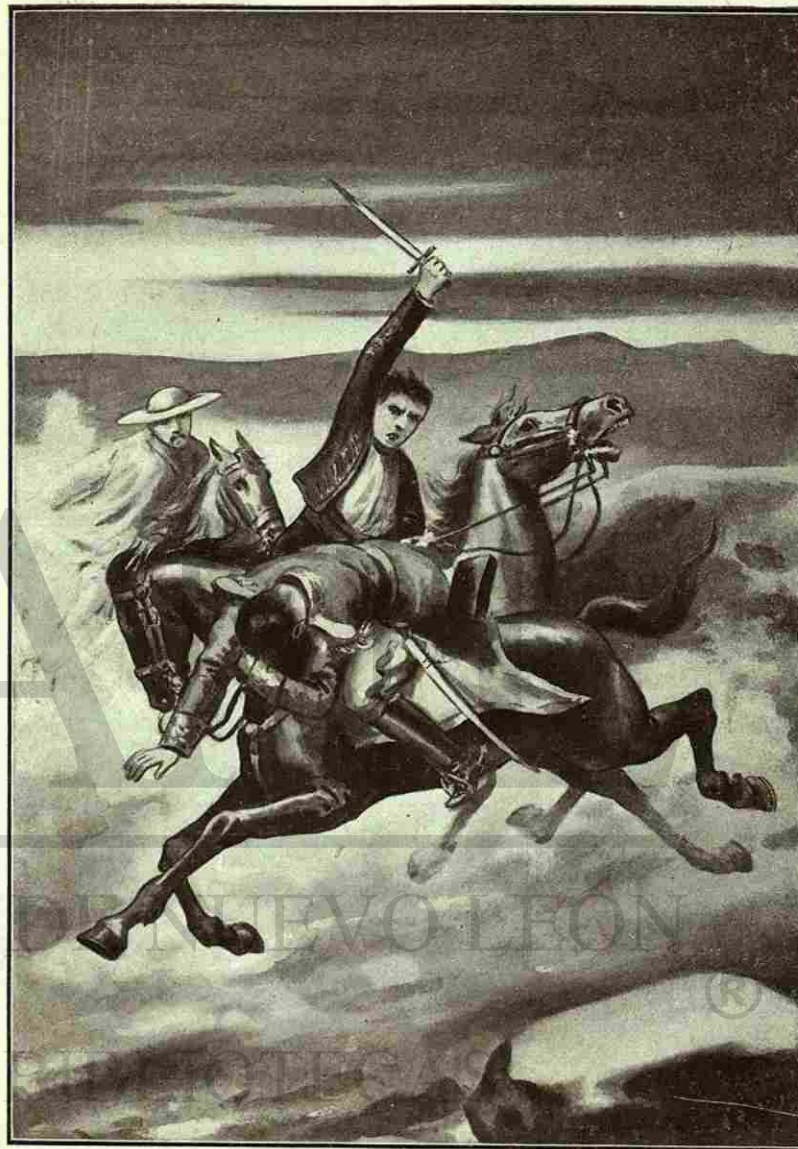
— ¡Quede usted ahí, y que Dios le perdone como yo le he perdonado!

Quedó aquel hombre orando sobre el sepulcro, y la joven, derramando un copioso llanto, se abrazó de la cruz, la besó, y sin volver el rostro, se perdió en el sendero que conducía a la ciudad.

### III

El último del mismo abril circulaba entre los conservadores el siguiente parte:

«Ejército Federal. — División de Zacatecas y San Luis Potosí. — General en Jefe. — Excelentísimo señor. — El 2.º Cuerpo de ejército de la «reacción» no existe ya. Su general en jefe, su segundo, 18 piezas, 30 carros y más de mil prisioneros, están en mi poder. Comenzó el combate a las once



Juan levantó su machete suriano y con una fuerza terrible, lo descargó sobre la cabeza de Altúnez.

(Pág. 373)

del día. No puedo decir aún las pérdidas mías y las del enemigo. Dentro de algunos días ocuparé a San Luis. Cuartel General en el Rancho del Chino. Abril, 24 de 1860. — José L. Uruga.»

—Estamos perdidos—decía la crema de los reaccionarios—; está visto que Miramón ya no puede, es necesario que vuelva Zuloaga, y le entregue a Márquez la Presidencia.

—Sí, sí; pero ahora mismo; estos liberales adelantan, y no nos queda más que la venganza, el patíbulo, la muerte...

Se encerraron con Zuloaga y le obligaron a firmar un decreto, que apareció en las esquinas todas de la capital.

«Félix Zuloaga, Presidente, etc. — Que en uso de las facultades que me concede el Plan de Tacubaya, he tenido a bien decretar lo siguiente:—

«Artículo único. Cesa en el servicio de sus funciones, el Presidente sustituto, Excmo. Sr. General don Miguel Miramón; en consecuencia, reasumo el mando supremo de la República.»

Este gracioso cuanto inesperado suceso, fué acompañado a la vez de una nota, en que se decía a Miramón, bajo una forma solapada, que no había podido dominar la revolución, que ya no se tenía fe en él, y en consecuencia, era necesario crear una nueva situación.

Una carcajada respondió a la ocurrencia feliz de Zuloaga. Miramón leyó la comunicación y el decreto, entró en su carruaje y se dirigió a la casa de Zuloaga.

El pobre general, que no aguardaba tal visita, se enfió como un carámbano de hielo, perdió el color y estuvo a punto de desmayarse, como la Traviata.

Entró Miramón, y sin dar explicaciones, lo tomó por el brazo, y sacudiéndolo fuertemente, le dijo:

—Voy a enseñarle a usted cómo se ganan presidencias.

Y se lo sacó de la casa, como a un manso cordero, y en la misma noche se lo llevó rumbo a Guadalajara.

## IV

La oleada de la revolución se hacía más poderosa.

La República entera estaba en combate, y las victorias y las derrotas se sucedían sin intermisión.

Los desastres se contaban por días.

El general Uruga, animado por la victoria de Loma Alta, comprometió un horrible ataque sobre Guadalajara el 24 de mayo.

Arrojó imprudentemente sus columnas a pecho descubierto, sobre la plaza artillada, y allí sacrificó a jefes de alto mérito, entre ellos a Contreras Medellín.

Los sitiadores tuvieron pérdidas enormes; pero el ejército liberal, viendo caído a Uruga, emprendió una retirada per-

fectamente organizada por el general Zaragoza, que tomó el mando supremo.

Entretanto, todo el Bajío era ocupado por la revolución.

Berriozábal atacó a Celaya, que cayó en su poder.

Rojas se había apoderado del Cantón de Tepic; Hinojosa derrotaba en Nazas a Cajen.

Pueblita ocupó Guanajuato; Rojas derrotó en Santiago Ixcuintla a Calatayud, que no queriendo caer en su poder, se levantó la tapa de los sesos.

Carabajal ocupaba Pachuca, y todo era una constante revuelta, una lucha sin término.

Miramón salió de Guadalajara con seis mil hombres y treinta y cuatro piezas de artillería, en pos de la fortuna.

Las fuerzas liberales lo esperaron a pie firme en la cuesta de Zapotlán.

Quando se creía en una gran batalla, Miramón se retiró, desmoralizando sus fuerzas y a sus partidarios, y se dirigió a Lagos y después a Silao, donde le esperaba ya el eclipse de su estrella.

El desgraciadísimo general Zuloaga estaba desesperado con que Miramón lo llevara a todas sus correrías, que eran muy peligrosas.

Había llegado a León.

— Señora—decía Zuloaga, dirigiéndose a una vieja que lo acompañaba—, yo ya estoy fatigado; veo que este señor ya está dominado por la revolución, y que es necesario que me ponga al frente del ejército.

— Sí, señor general—contestaba la señora—; la religión está en peligro, y es necesario salvarla; usted debe ser el San Miguel Arcángel, que se ponga al frente de las legiones.

— Pero si me tienen aprisionado, no puedo moverme.

— Vea usted, señor general: el señor Miramón aguarda aquí al enemigo de Dios; ya no vuelve a México; haría un papel ridículo.

— Eso no importa; ya lo ha hecho dos veces en la campaña de Veracruz, cuando yo hubiera tomado la plaza en veinticuatro horas.

— Eso era visto, señor general; es usted capaz de tomar todas las plazas; hasta las de toros.

— Pero no me han dejado; creyeron que Miramón era un Bonaparte.

— ¡Sí, «un non plus ultra de los Godines»!—dijo la señora.

— Y ya ve usted: nada entre dos platos. Ahora lo he visto de cerca, y no vale nada; si yo no le hubiera hecho Presidente, no sería ahora más que un jefecillo de columna.

— Hizo usted mal; él se llevaba la gloria, cuando usted tuvo la gran pena de traicionar a su compadre el señor Comonfort.

— La religión me lo exigía, y ahora me arrepiento.

— Pero ya la tormenta está encima; ya ve usted, como doscientas y tantas personas han pedido que se haga la paz.

— Eso nunca; ya ve usted lo que ha dicho el venerable clero: que todo se lleve a sangre y fuego.

— Por eso me gusta el general Márquez, que ya lo sumieron como a usted.

— Sí, porque hasta meritorio, dicen los Padres de la Iglesia, es derramar la sangre de los enemigos de Dios.

— Y así debe ser; pero los enemigos de Dios nos están dando unas zumbas y unas felpas de Dios y ley.

— Eso es para probarnos.

— En un descuido nos quedamos en la prueba.

— Veremos; pero yo no le veo la punta.

— Sería bueno, señor general, que usted se escapara y se fuera para México, donde todo está revuelto.

— Ese es mi deseo, pero estoy muy vigilado.

— Y si lo pescan a usted, lo fusilan.

— En el acto; parece que lo estoy viendo.

— Si usted se fía de mí, yo saco el buey de la barranca.

— Diga usted, señora, diga usted.

— Tengo un sobrino muy jayán, capaz de habérselas con cualquiera; es casi un salvaje, sumamente bruto.

— ¿Y bien?

— Si a él le encomiendo que lo saque a usted de aquí, lo saca, aunque sea muerto.

— No; prefiero quedarme.

— Vea usted: lo disfrazaremos, y mi sobrino se lo lleva.

— ¿Y dónde está su sobrino?

— Está cenando; voy a llamarlo.

## V

Se levantó la señora y gritó:

— ¡Crispín! ¡Crispín!

Se presentó, en efecto, una especie de bárbaro, vestido de cuero, con unas melenas rubias alborotadas, una barba larga, unos pulmones de Hércules, unas piernas formando paréntesis y unas manos como tronco de árbol.

— Aquí está el señor general Zuloaga, Crispín.

— ¿El que trae de las orejas el general Miramón?—dijo Crispín con una voz de gigante.

— El mismo.

— ¿Y qué se le antoja?

— Es necesario salvar la religión; el señor es el caudillo.

— ¡Qué! ¿Es obispo?

— No, es general; como quien dice, obispo del ejército reaccionario.

— Ya; fraile vestido de soldado.

— Perfectamente, pero se necesita que tú lo salves del cautiverio.

— ¿Tiene pantalones?

— Al parecer—respondió la señora.

— Pues tomamos nuestras pistolas y machete en mano atravesamos entre todos, y el que caiga, caiga.  
 — No, no es eso; va a tomar un disfraz, y tú te lo llevas.  
 — Esa es otra cosa; que se vista de vieja; lo echo en la silla de mi mula, y no le huelen ni el polvo.  
 — No está mal pensado—dijo Zuloaga.  
 — Pues al avío, y pronto; al amanecer ya vamos muy lejos.  
 — ¿Se resuelve usted, señor general?  
 — Sí, me resuelvo; hay que pasar por todo para afrontar el peligro.

— ¡Qué peligro, ni qué peligro!—dijo Crispín—; Si esto lo hacemos en tanto que el aire.

Trajo la señora unas enaguas, y como juntaba el pelo que se le caía, para hacerse postizos, formó una especie de cabellera, se la puso al señor Presidente interino, le amarró las enaguas, le torció un rebozo y le cortó con las tijeras el bigote.

— Así está bien; hasta se antoja—dijo Crispín.

Lo montó en la mula, se puso en las ancas y salieron de León, rumbo a la capital.

## VI

Luego que Miramón se enteró de la fuga, telegrafió a México y se reunió el Consejo de Estado para prevenir cualquier golpe y fijar definitivamente la Presidencia de la República en Miramón.

Por supuesto, que Zuloaga, luego que llegó a México, pidió garantías, y ofreció ya no ser Presidente ni nada que se le pareciera.

Pero el Consejo se reunió mientras que Miramón libraba la batalla de Silao.

## VII

Mientras el general Severo Castillo, que con pundonor y todo, se había pasado a la reacción con armas y bagajes, se artillaba en Guadalajara, amagada por el general Ogazón, el general González Ortega, vencedor en Peñuelas, y sobre una ruta espléndida de victorias, se reunía con Zaragoza, Berriozábal, Doblado y Antillón, y llegaban frente a Silao, deseosos de encontrar al enemigo.

Por primera vez, González Ortega, la gran figura de la revolución, iba a estar frente a frente del caudillo supremo de la reacción militar y del clero.

Aquellas dos potencias iban a chocar sobre el campo de batalla. Iban a cruzarse dos espadas afiladas en los combates.

Los dos llevaban los laureles de las batallas.

La lucha debía ser terrible.

Los elementos acumulados eran poderosos.

Al aparecer el sol del 10 de agosto de 1860, comenzó la batalla.

Miramón se apoyó en la ciudad, y Zaragoza tendió su batalla en las lomas del frente.

Las múltiples piezas de artillería jugaban con estrépito en los dos campos.

Las infanterías avanzaron a paso de carga, diezmadas por el fuego.

La batalla se hizo general.

Los lances del combate no determinaban aún la superioridad.

Todos se batían con igual bravura.

Llegó el momento decisivo.

Entre aquellas oleadas que formaban las columnas dispersas o repechadas, en aquel retirarse y volver a la carga entre el plomo mortífero de los cañones, hubo un instante supremo.

Zaragoza empuñó la bandera, arengó con voz de trueno a sus soldados y se lanzó a la arena en una de esas inspiraciones sublimes que deciden el éxito de una batalla.

Todo aquel ejército, como llevado de una misma inspiración, y dominado por aquel gran espíritu, se lanzó en desorden sobre el campo enemigo, despreciando el incesante fuego de los cañones.

Como las corrientes impetuosas del Bravo, que desbaratan y arrollan a su paso cuanto encuentran, y sumergen las embarcaciones y se precipitan rabiosas sobre las inquietas olas del Océano; así aquella multitud aprisionó en su corriente desbordada el ejército enemigo. Artillería, trenes, banderas, armamento, todo cayó en su poder entre centenares de hombres y de generales, y jefes y oficiales.

Miramón ni aun pensó en una retirada militar; salió a uña de caballo del campo de batalla, apenas seguido por sus generales dispersos.

Llegó a México en los momentos en que lo declaraban Presidente, fuera de la acción de Zuloaga, y sin antagonismo.

Miramón ya no hizo caso de aquella declaración; sentía que la fortuna lo abandonaba para siempre.

## CAPITULO XXIII

## LAS ULTIMAS BATALLAS

## I

Un joven inglés, Mr. Lanne, había llegado a México.

En sus facciones distinguidas, en su aire apuesto y aristocrático, se revelaba que pertenecía a una clase elevada.

Nadie sabía quién era, pero lo saludaban con gran respeto el ministro inglés y los cónsules británicos.

— Pues tomamos nuestras pistolas y machete en mano atravesamos entre todos, y el que caiga, caiga.  
 — No, no es eso; va a tomar un disfraz, y tú te lo llevas.  
 — Esa es otra cosa; que se vista de vieja; lo echo en la silla de mi mula, y no le huelen ni el polvo.  
 — No está mal pensado—dijo Zuloaga.  
 — Pues al avío, y pronto; al amanecer ya vamos muy lejos.  
 — ¿Se resuelve usted, señor general?  
 — Sí, me resuelvo; hay que pasar por todo para afrontar el peligro.

— ¡Qué peligro, ni qué peligro!—dijo Crispín—; Si esto lo hacemos en tanto que el aire.

Trajo la señora unas enaguas, y como juntaba el pelo que se le caía, para hacerse postizos, formó una especie de cabellera, se la puso al señor Presidente interino, le amarró las enaguas, le torció un rebozo y le cortó con las tijeras el bigote.

— Así está bien; hasta se antoja—dijo Crispín.

Lo montó en la mula, se puso en las ancas y salieron de León, rumbo a la capital.

## VI

Luego que Miramón se enteró de la fuga, telegrafió a México y se reunió el Consejo de Estado para prevenir cualquier golpe y fijar definitivamente la Presidencia de la República en Miramón.

Por supuesto, que Zuloaga, luego que llegó a México, pidió garantías, y ofreció ya no ser Presidente ni nada que se le pareciera.

Pero el Consejo se reunió mientras que Miramón libraba la batalla de Silao.

## VII

Mientras el general Severo Castillo, que con pundonor y todo, se había pasado a la reacción con armas y bagajes, se artillaba en Guadalajara, amagada por el general Ogazón, el general González Ortega, vencedor en Peñuelas, y sobre una ruta espléndida de victorias, se reunía con Zaragoza, Berriozábal, Doblado y Antillón, y llegaban frente a Silao, deseosos de encontrar al enemigo.

Por primera vez, González Ortega, la gran figura de la revolución, iba a estar frente a frente del caudillo supremo de la reacción militar y del clero.

Aquellas dos potencias iban a chocar sobre el campo de batalla. Iban a cruzarse dos espadas afiladas en los combates.

Los dos llevaban los laureles de las batallas.

La lucha debía ser terrible.

Los elementos acumulados eran poderosos.

Al aparecer el sol del 10 de agosto de 1860, comenzó la batalla.

Miramón se apoyó en la ciudad, y Zaragoza tendió su batalla en las lomas del frente.

Las múltiples piezas de artillería jugaban con estrépito en los dos campos.

Las infanterías avanzaron a paso de carga, diezmadas por el fuego.

La batalla se hizo general.

Los lances del combate no determinaban aún la superioridad.

Todos se batían con igual bravura.

Llegó el momento decisivo.

Entre aquellas oleadas que formaban las columnas dispersas o repechadas, en aquel retirarse y volver a la carga entre el plomo mortífero de los cañones, hubo un instante supremo.

Zaragoza empuñó la bandera, arengó con voz de trueno a sus soldados y se lanzó a la arena en una de esas inspiraciones sublimes que deciden el éxito de una batalla.

Todo aquel ejército, como llevado de una misma inspiración, y dominado por aquel gran espíritu, se lanzó en desorden sobre el campo enemigo, despreciando el incesante fuego de los cañones.

Como las corrientes impetuosas del Bravo, que desbaratan y arrollan a su paso cuanto encuentran, y sumergen las embarcaciones y se precipitan rabiosas sobre las inquietas olas del Océano; así aquella multitud aprisionó en su corriente desbordada el ejército enemigo. Artillería, trenes, banderas, armamento, todo cayó en su poder entre centenares de hombres y de generales, y jefes y oficiales.

Miramón ni aun pensó en una retirada militar; salió a uña de caballo del campo de batalla, apenas seguido por sus generales dispersos.

Llegó a México en los momentos en que lo declaraban Presidente, fuera de la acción de Zuloaga, y sin antagonismo.

Miramón ya no hizo caso de aquella declaración; sentía que la fortuna lo abandonaba para siempre.

## CAPITULO XXIII

## LAS ULTIMAS BATALLAS

## I

Un joven inglés, Mr. Lanne, había llegado a México.

En sus facciones distinguidas, en su aire apuesto y aristocrático, se revelaba que pertenecía a una clase elevada.

Nadie sabía quién era, pero lo saludaban con gran respeto el ministro inglés y los cónsules británicos.

Tenía caja abierta en todas las casas inglesas de dentro y fuera de la capital.

Agobiado por el «spleen», se había marchado a la revolución, donde fué muy bien aceptado.

Luchó como buen oficial en las filas de Michoacán y del Estado de Jalisco; él fué quien dirigió las minas que volaron los fortines de Guadalajara.

Fué ascendido a teniente coronel, y lo conocía todo el ejército.

Sufría grandes escaseces, pero luego que llegaba a una población, se presentaba a una casa fuerte y sacaba fondos, que repartía entre sus compañeros, y más aún en la clase de tropa.

Guardaba un riguroso incógnito.

La noche de la gloriosa batalla de Silao, llegó una dama al campamento liberal; había atravesado sin temor entre los grupos derrotados, que se dispersaban por los caminos.

Se detuvo en una de las casas principales; traía cartas de buena recomendación.

—Necesito saber—le dijo a su huésped—si está aquí el capitán Carlos, un alemán, que viene con las fuerzas del general González Ortega.

—Precisamente hace una hora que ha estado aquí.

—¡Bien! ¿Y puede usted hacerle venir?

—¿Y puede usted hacerle venir?

—Inmediatamente.

Mientras el dueño de la casa fué en busca de Carlos, la dama se asomó a la ventana.

Venía un grupo de oficiales, y entre ellos el teniente coronel Lanne.

A la luz de un farol, lo reconoció la dama, dió un grito y cerró las vidrieras.

—¡Demonio!—dijo un oficial—Hemos espantado a la muchacha.

Lanne había oído el grito y algo pasó por su memoria, porque quedó perplejo.

—No puede ser—murmuró, y siguió su paseo.

En el grupo iban «Juan Gallinazo» y Pedro el fronterizo.

—Ya nada más tres quedamos—dijo Juan—, de los que empezamos la revolución: nosotros y el pobre Carlos, con su brazo de menos.

—No hay que cantar victoria—dijo el fronterizo—; todavía nos falta el rabo por desollar.

—Ya esto se acabó—respondió «Juan Gallinazo»—; ya ni hombres, ni dinero; estamos triunfantes.

—¡Qué bravo es el general Zaragoza!

—No me hables de ese hombre, porque yo daría por él toda mi sangre y toda la tuya y la del género humano.

—Todavía lo veo levantarse sobre su caballo, como un titán; empuñar la bandera y lanzarse como el huracán.

—¡Es una arrogante figura!

—La fortuna de nuestro gran general Ortega, está encendida, y triunfaremos.

—Ese hombre se transforma; no es el mismo, yo te lo juro; tiene una gran vista militar y un valor a toda prueba; es invencible.

—La reacción no ha dado más que un solo hombre, y nosotros tenemos muchos; allí está Degollado.

—Como ése no hay dos; lleva mil derrotas, y se ha levantado otras tantas veces, y pelea sin descanso, y agoniza, y lo desbaratan, y vuelve, con una insistencia que da miedo.

—Lloro todavía la muerte de mi querido coronel Juan Zuazua, muerto traidoramente por uno de sus ayudantes.

—Sabes, Pedro—dijo «Juan Gallinazo»—, que tenemos que vengar mucho.

—Sí..., mucho; pero tras uno vamos como tigres: tras ese general Altúnez, que personalmente ha asesinado a nuestros hermanos.

—Lo buscaremos y lo buscaremos en todas partes. ¡Ay de él si lo encontramos!

—No dura un minuto.

—Y sabes que hay un joven, el capitán Pablo, guerrillero y valiente, que me dijo anoche, brillándole los ojos como los de una pantera: «Yo busco a un hombre. Si lo encuentro, él o yo tenemos que entrar en la sepultura.»

—¿Quién será?

—No sé; pero Pablo, como nosotros, también busca y acecha; quiere vengarse.

—Y dime, ¿qué ha sucedido con tu estanquillera?

—Mira, Pedro—dijo «Juan Gallinazo»—: es una mujer que me ha querido mucho; quizá es la única alma que ruega y llora por mí. Sola, desamparada, no piensa más que en su amor; me da lástima, y la amo tiernamente; sería capaz de dar la vida por mí.

—Si triunfamos, la olvidas.

—No, yo nunca; ya he probado fortuna, y siempre salgo mal. Ella, y no más ella, es y me ha sido constante; sin mí, no vive; si la engañara, sería un criminal.

—Eso no quita...

—Que me gusten las hijas de Eva, y que tenga mis amores de revolución.

—Y muchas aventuras.

—La otra noche, por ejemplo, vi a un hombre que llevaba sobre su mula a una mejor. Este es mi botín de guerra, me dije; estaba yo de avanzada sobre León, y la detuve. La mujer no hablaba, pero le vi unos mechones de canas horribles, y, dándole un cintarazo a la mula, grité: ¡Fuera viejas! Y la dejé pasar.

—Por supuesto, eso de andar con viejas es del demonio.

— Ahora estoy alojado en una casa donde acaba de llegar una extranjera que es «bocato di cardinale».

— Pues al asalto.

— Estamos tan feos, tan quemados, tan hilachentos, que parecemos almas en pena. ¿Quién nos ha de hacer caso, si damos asco?

— Desgraciadamente, es verdad.

— Mira, mira a Carlos; ya me va a buscar a la casa de alojamiento; lo dejaremos que entre; él le hablará en gringo a la dama, y después nos contará.

Efectivamente, Carlos acudía al llamado de la dama.

— Dejemos a los amigos, que se larguen, y quedémonos aquí hasta que salga Carlos.

Los amigos se sentaron en la banqueta de la calle y esperaron a su amigo.

## II

La dama había conocido al teniente coronel Lanné y se había ocultado.

— ¿El aquí?—se había preguntado.

Después de pensar un rato, exclamó:

— ¡Qué compromiso!... Pero a este desgraciado me lo quito con una palabra; además, después de tres años, lo poco que lo amaba, se me ha borrado del corazón... Venía por fastidio, por deseo de aventura, por no dejar... Maldito lo que quiero a este animal... Me cree su paisana; es cierto que nació en Alemania, pero fué ocurrencia de mi madre para ocultar mi nacimiento, pues lo francés lo llevo en la sangre.

Carlos entró en la sala, que estaba sola.

— Ya está ahí ese hombre—dijo la dama—; sólo falta que ahora me vaya a enamorar de él. Pero no hay cuidado; ya he visto a ese hombre que me enloqueció con su amor y siento todavía el fuego de entonces en mi corazón... Pero yo necesito concluir con Carlos y alejarlo; sería una horrible contrariedad.

Entró en la sala.

Carlos quiso arrojarle a sus brazos; pero ella lo detuvo, tendiendo su brazo sobre el pecho de su amante.

— Ofelia, ¿ya no me amas?—gritó el infeliz.

— ¡Qué feo estás!—dijo Ofelia.

— Sí, mucho—contestó Carlos, con las lágrimas en los ojos—; pero los soles de la campaña, el frío, las lluvias, los vientos, las tempestades...

Ofelia tomó un aire marcado de displicencia.

— No me has escrito en tres años.

— No he podido hacer llegar a tí mis cartas; pero no he dejado de amarte un solo instante.

— ¿Te falta un brazo?

— Sí, lo he perdido fatalmente en una acción de guerra, en Calamanda.

— Sería horrible casarnos con la mano izquierda; sería un mal presagio.

— Pero, ¿es verdad lo que estoy oyendo?—gritó el mutilado.

— Ya sabes que el amor es cuestión de ilusión, y nada más; me sería penoso ver, en mi noche de bodas, colgando, un brazo de palo en la cabecera de mi lecho y entre las cortinas.

— ¡La fatalidad! ¡La fatalidad!—exclamó Carlos.

— Después—continuó Ofelia—, salir a la calle con su marido sin brazo.

— ¡Pero esto es horrible!

— Y luego, vivir de la pensión.

— ¡Calla, por Dios!

— ¡Y pasar revista de mutilado!

— Señora—gritó Carlos—, basta de insultar! ¿Para qué me ha llamado usted? ¿Qué me quería?

— Yo te conservaba en mi imaginación, como el día en que nos separamos, y por eso te he buscado. No encontré lo que perdí, y tengo la franqueza de confesarlo. ¿Quieres, acaso, que te engañe?

Carlos guardó silencio.

— Nuestro amor ha terminado; los sueños desaparecen; todo se desvanece y se pierde.

— Una palabra de esperanza.

— No siento aquí nada—dijo Ofelia, poniéndose la mano sobre el corazón.

— ¿Ni un solo latido de piedad?

— Nada; mi corazón no responde; no es mía la culpa.

— ¡Es que yo te amo!

— Separémonos, y vive como has vivido estos tres años sin mí.

— Está bien—dijo Carlos—. Yo había fijado en ti todas las esperanzas de la vida y concentrado mi ser y mi porvenir en tu amor... ¡Todo desaparece en un momento; todo se eclipsa y se esfuma para siempre!... ¡Yo no puedo pedir un sacrificio; pero tampoco puedo vivir esa existencia que te parece ridícula, y que lo es: mutilado, pensionista, fuera del ejército, solo y desamparado del mundo!... ¡No, nunca!

Sacó violentamente su pistola, y antes que Ofelia pudiera evitarlo, se disparó un tiro en las regiones del corazón.

Ofelia corrió a encerrarse.

«Juan Gallinazo» y Pedro entraron corriendo a la casa y vieron a Carlos ya muerto y empapado en sangre.

— ¡Quedamos dos!—exclamó Pedro; y los dos amigos se pusieron a llorar junto al cadáver.



## III

Avanzaba la noche; las estrellas brillaban en el fondo oscuro del cielo.

Corría uno de los primeros vientos que anuncian el invierno.

Se oía allá, a lo lejos, el grito de los centinelas, y algunos cantos de los soldados.

La ciudad estaba en calma, después de aquel terrible combate del día.

Ofelia había citado a Lanne, y lo esperaba tranquila en las rejas de la ventana.

Se había quitado un obstáculo y no le importaba aquella existencia que se había consumido a sus pies.

Las primeras que desprecian a los suicidas, son las mujeres que han originado la catástrofe.

No habían pasado dos horas, y ya no se acordaba sino como un sueño, del infeliz suicida.

Le quedaba la repugnancia de aquel espectáculo sangriento.

En lo que le había dicho a Carlos había mucho de verdad; le había dado asco verlo sin brazo.

La poesía de un soldado a quien una bala arrebató un miembro, no la deslumbraba.

Pero, sobre todo, ya había visto al hombre de su amor y aquello borraba todas las impresiones y todos los recuerdos.

El suicidio es simplemente salvaje.

Una historia que sirve para activar el romanticismo de una mujer.

Después cree que todos deben suicidarse, y ya nadie se suicida.

Por el contrario, inspira un sentimiento de horror.

## IV

Llegó el joven inglés a la reja de la ventana.

Al principio creyó que era una aventura, y hasta llegó a imaginarse que lo llamaba una vieja.

Se acercó pausadamente, y a la escasa luz del farol, distinguió la figura de Ofelia, dibujada sobre el fondo oscuro de la noche.

Pasó su mano por los ojos, como si quisiera desvanecer aquella imagen.

—¡Alfredo!—murmuró la joven.

Aquella voz penetró hasta el fondo del corazón del joven oficial.

—¡Ofelia! ¡Ofelia! ¿Tú aquí?

—Sí, he venido en tu pos, vi tu retrato, aunque con un nombre supuesto en el reverso; indagué con ansia, porque yo te buscaba al través del mundo, y al fin te he encontrado.

Con sus brazos rodeó el cuello del oficial, y sus labios buscaron los labios de aquel hombre.

—Sí, aquí estoy; aquí vivo, con ese nombre supuesto.

—¿Pero en qué estado te encuentras tú, el mimado de la guardia de corps de la Reina Victoria, hijo de un Lord de Inglaterra, empolvado, perdido en un campamento?

—Sí, desde aquella noche terrible en que tuve celos de aquel hombre, porque creí que tú lo amabas, y...

—¡Calla, calla, por Dios!

—Atún sienta mi acero penetrar por aquel pecho y me salpica la caliente sangre.

—¡Calla, calla!

—Huí de Londres; me seguían con furor. Me embarqué para América; vine a los Estados Unidos, y después, a México.

¡Fuera de mi centro, sin mi familia, sin ti, sin mi patria, me lancé a la revolución, con deseo de encontrar la muerte!

Y la muerte no ha querido venir, sorda a mis gritos.

—Yo también he sufrido mucho: prófuga de Londres, regresé a París, huyendo de la persecución.

—Sí, sí; tú también.

—Yo no aspiraba más que a encontrarte. Un amigo mío me informó que habías girado una cantidad desde México, y hace seis meses que he llegado en busca tuya. ¡Qué feliz soy!

—Sí, Ofelia; me parece un sueño, que hayas atravesado el Océano.

—¿Y qué importan mis sufrimientos? Toda estoy compensada con volverte a ver.

—Sí, aquí nada me importa la nobleza británica; nos uniremos para siempre.

—¡Gracias, gracias!—gritaba la joven.

—Vuelve a la capital y espérame; ya la revolución puede decirse que ha terminado.

—Bien; te esperaré.

—Toma—le dijo Lanne, entregándole una cartera—; aquí hay libramientos en blanco; pide cuanto quieras, y allá nos veremos.

Los dos enamorados continuaron su plática hasta el amanecer, haciéndose juramentos y promesas de amor eterno...

Al triunfo de la revolución, cuando las fuerzas liberales ocuparon la ciudad, el teniente coronel Lanne buscó a Ofelia, y se encontró con una carta.

«Alfredo:

Yo luciría tu nombre, tu título y hasta tu persona; pero no me encontré con valor para la vida de «proscrita». Esto puede ser romancesco; pero es sumamente fastidioso. No he nacido para la sombra; yo voy sobre los grandes sucesos de la vida. Además, me choca esta tierra, con su clima dulce y benigno; yo quiero el sol de Egipto y el frío de la Siberia. Me he entretenido con las agitaciones revolucionarias; pero ya van a cesar, y me fastidio. La América es

primitiva; me vuelvo a París. No he podido llevar la vida de Robinsón; extraño el ruido, y quiero aturdirme. Si me amas, búscame, que mi seno y mis brazos estarán siempre abiertos para ti.

Ofelia.»

—Esta mujer está hecha para mí—dijo el inglés—. La buscaré; no tiene remedio.

## V

Como última esperanza del partido conservador, se formó una división de cinco mil hombres, con su dotación completa de artillería.

Se levantó el entredicho a Márquez, y se le encomendó la campaña sobre los vencedores de Silao.

—Acepto—dijo Márquez; y agregó para sus adentros: —Si triunfo, es mía la Presidencia de la República.

Pero, flaca, la reacción, por una lucha de cuatro años, extinguidas ya sus energías y postrada a los pies de la revolución, necesitaba hacer un último y supremo esfuerzo, siquiera para prolongar una existencia artificial.

Los recursos estaban completamente agotados; los soldados, sin sueldo; los generales, hambrientos; empeñadas, sus cruces y sus espadas; los servidores de la administración, en la miseria. Se hacía necesario un golpe audaz para hacerse de recursos.

En la casa número 11 de la calle de Capuchinas estaban depositados, en poder del cónsul inglés, «seiscientos cincuenta mil pesos», para pago de las convenciones.

Se proyectó echarse a viva fuerza sobre aquellos fondos; aquel Gobierno inmoral buscó al hombre a propósito para ese asalto a mano armada; al bandido más canalla del ejército, y se señaló, desde luego, a Leonardo, Márquez.

Este miserable dirigió la operación.

El cónsul alegó que sin orden del ministro británico no entregaría los caudales, y que el ministro no se encontraba en la capital.

Entonces se rompieron los sellos de la legación, se fracturaron las cajas y se sacó el dinero, consumando una tropelía sin nombre.

La reacción clerical agonizaba en un lecho de harapos y de maldición.

## VI

González Ortega hizo un movimiento retrógrado, para no dejar enemigo a retaguardia, y después de quedar aseguradas las capitales del tránsito, se dirigió a Guadalajara, sitiada ya por el general Ogazón, con fuerzas de Jalisco.

Ya la oleada venía desde Sonora, invadiendo Sinaloa y todo el Occidente, llevando como jefe al ilustre Pesqueira, cuya estatua se levanta hoy en el Paseo de la Reforma.

Llegó González Ortega y cerró el cerco, defendido por el general Castillo.

Se sucedían los combates, y los sitiadores avanzaban palmo a palmo sobre el centro de la plaza.

Márquez avanzó sobre Guadalajara con su ejército y llegó frente al puente que da paso a la gran capital.

Berriozábal defendía la posición y estaba listo para resistir. Los sitiados ignoraban aquel auxilio que venía de México.

Hubo en el camino un lance terrible.

Cuando las fuerzas de Berriozábal avanzaban por el camino que conduce a Guadalajara, un hombre triste, cabizbajo, pensativo, iba solo, montado en un caballo, cuyas riendas parecía haber abandonado.

Llevaba un vestido gris, sombrero de fieltro, chaparreras amarillas de pelo, y lo seguía un solo criado.

Tras aquel hombre habían marchado miles y miles de hombres conducidos al combate, y ahora iba enteramente solo y arrojado del mando del ejército.

Era el general Santos Degollado, que en mala hora se complicó con el ministro inglés, proponiendo una reunión del Cuerpo diplomático para dar término a una revolución que ya estaba triunfante.

González Ortega, Zaragoza, Doblado, Huerta, Ogazón, Valle y Aramberry, se reunieron y desaprobaron aquella idea absurda, y destituyeron al general Degollado, que se dirigió a Morelia, lamentando aquel momento de ceguedad inexplicable.

El general Berriozábal se apeó del caballo y estrechó entre sus brazos a su bravo general.

Nadie supo lo que hablaron.

El general Degollado siguió su camino después de haber recibido una pequeña cantidad que le ofreció Berriozábal.

El general Degollado iba muy pobre, cuando no hacía un mes que había ocupado los millones de la conducta en Laguna Seca.

Esta es una de las páginas íntimas de aquel ciudadano heroico, a quien nunca olvidará la historia.

## VII

Seguía el sitio en Guadalajara con un ardor desconocido. Las fuerzas se arrojaban a los parapetos; había encuentros terribles a la bayoneta, episodios sangrientos, luchas desesperadas... ¡Zaragoza siempre el primero!

Nadie de los generales cede en arrojo y en valor. Lamadrid, Valle, Huerta, en todos los jefes y en todos los soldados, había un antagonismo de valor en pro de la libertad.

Berriozábal y Quijano mandaban el ejército de observa-

ción, e iban a una jornada de la división de Márquez, que contaba con que la plaza, al sentirlo, haría una salida.

El Licenciado y general Manuel Doblado, luego que supo la aproximación de Márquez, procuró que el sitio se hiciera más estrecho para evitar que la plaza se enterara del movimiento.

El general Castillo se encontraba ya en una situación desesperada, y, creyéndose abandonado, capituló.

Doblado le ofreció cuanto quiso, ocupó la plaza, se hizo de recursos de guerra, y Zaragoza, al frente del ejército, salió al encuentro de Márquez, dejando enfermo en San Pedro, a González Ortega.

Iban al frente de las divisiones, Zaragoza, Berriozábal y Ogazón.

Huerta tomó el flanco del enemigo, para situarse a retaguardia, con las caballerías.

Al saber Márquez que la plaza había capitulado, se desconcertó y emprendió la retirada; pero ya Zaragoza estaba al frente, avanzando y a paso de carga.

Entonces Márquez envió unos parlamentarios.

El general Zaragoza se detuvo un momento para oírlos.

El general Berriozábal declaró que no entraría en pláticas con el asesino de Tacubaya, y Zaragoza gritó: ¡Adelante! Los reaccionarios rompieron el fuego de artillería.

Rojas atravesó con los «galeanos», como un huracán, y tomó la vanguardia.

Las columnas liberales avanzaron paralelas sobre el campo enemigo.

Aquella resistencia era un ardid, mientras Márquez y sus generales se ponían en precipitada fuga, abandonando el ejército a una derrota segura.

Prófugo, desertor y cobarde, dejó aquel miserable el campo de batalla y entregó a sus tropas al furor de sus enemigos.

La división fué alcanzada en el Puente de Tololotlán, y allí capturada su artillería, sus trenes y sus carros.

Los batallones levantaban sus fusiles por las culatas y se rendían a discreción.

Las caballerías iban en persecución de los dispersos, y todo fué confusión a la hora del desastre.

Márquez llegó a México el primero, con la noticia de su completa derrota.

Zaragoza, Berriozábal, Arteaga, Ogazón y Leandro Valle, se llevaron los honores de la victoria.

### VIII

Ocupadas ya todas las ciudades del Bajío, el ejército emprendió la marcha para la capital, último baluarte de la reacción.

El general González Ortega ordenó a la división Berriozábal,

que ocupara Toluca, como punto estratégico, para evitar una retirada de las fuerzas reaccionarias.

Era necesario que Miramón hiciera el último esfuerzo desesperado, para rehacerse de una situación ya perdida.

El clero dió con sus caudales un nuevo impulso, y comenzó la organización violenta del ejército, recogiendo todas las guarniciones y haciendo una concentración de fuerzas tumultuosa.

No quedó ni un retén, ni un piquete, ni un destacamento que no fuera llamado a la capital.

Diez mil hombres formaron el ejército; aquello era más bien un milagro, que un movimiento militar.

La artillería, la tenían en abundancia, así como los pertrechos de guerra.

El manifiesto de Miramón era un reto terrible: ¡Luchar hasta morir!

Logró galvanizar a su partido moribundo; alentó a las masas con sus gritos vitoreando la religión, y se aprestó para el combate.

Reunió a todos los generales que estaban dispersos en las regiones del país; les habló de su valor y sus recientes victorias, y engendró el espíritu de la guerra, a pesar de los últimos desastres.

Fundió en un solo crisol a toda la revolución, y desafió a su destino.

Supo que Berriozábal había llegado a Toluca; y, no queriendo emprender una campaña, que debilitaría sus fuerzas, porque el ejército liberal avanzaba sobre México, pretendió hacer una sorpresa.

Tomó sus mejores cuerpos y sus más expertos generales, y entre las sombras de la noche, salió con entera reserva de la capital, y tomando las lomas de los Remedios, flanqueó el camino de Toluca, y en marcha rápida y atrevida, emprendió realizar su plan de sorpresa a Berriozábal.

La división de México, podía decirse que era la más bien organizada, porque en ese género, tiene una gran práctica y habilidad el general Berriozábal.

Después de la catástrofe de Silao, difícil era que Miramón emprendiera algo contra las fuerzas de Toluca; pero no obstante, se tomaron todas las precauciones.

Se enviaron avanzadas escalonadas por todos los caminos y se ejercía suma vigilancia.

Se esperaban, además, otras fuerzas, precisamente por el mismo camino tomado por Miramón, para sorprender la plaza.

Los reaccionarios usaron de un ardid: vistieron con blusas coloradas a su vanguardia, y al acercarse a las avanzadas liberales, gritaban: ¡Viva González Ortega! Y así las fueron sorprendiendo en todo el trayecto.

Los hacendados, que se habían comprometido a dar aviso, permanecieron en silencio.

Así llegaron las fuerzas reaccionarias, sin que el Cuartel General se apercibiera de su aproximación.

Una vez sobre las lomas, se precipitaron como una avalancha, sorprendiendo los cuarteles, ocupando las alturas y desbordándose en las calles, en una gritería espantosa y continuos disparos, sin que los jefes liberales, que ni aun se encontraban en sus cuarteles, pudieran organizarse.

Comenzó el desorden más espantoso; la sorpresa estaba consumada.

En el convento del Carmen, la fuerza estaba al mando del coronel Paz; se puso en guardia, y se batió en los patios, en los claustros, hasta caer hecha pedazos.

El general Berriozábal, víctima de aquella traición, se tiró a la calle, seguido de sus ayudantes; pálido, desfigurado, lleno de desesperación, corrió a los cuarteles, que ya estaban ocupados por el enemigo; precipitadamente fué en busca de la artillería; pero ya estaba capturada.

Entonces, fuera de sí, y con un grupo de soldados, subió a la azotea del palacio; pero tomado San Francisco, comenzaron a hacerle un fuego nutrido, desde la torre.

A poco fué herido en la cabeza.

—Vámonos—le dijo el coronel Miguel Mateos, uno de sus ayudantes—; ya todo está perdido.

—No abandono mi puesto—contestó Berriozábal—; seguiré la suerte de mis soldados.

Mateos se bajó, llevando desenvainada su espada, atravesó entre el tumulto que inundaba los portales.

Tomado por jefe reaccionario, llegó a su alojamiento, montó a caballo y salió rumbo de Ixtlahuaca, donde el general Antonio Ramírez recogía a los dispersos de la división, y dió el parte al general Zaragoza, que había llegado a Querétaro con las tropas de vanguardia.

Berriozábal fué hecho prisionero, con el general Santos Degollado, Gómez Farias, Luis Legorreta y otros jefes.

Márquez quería fusilarlos, porque esa hiena respira sangre; pero Miramón prefirió llevarlos a México, como las prendas de la victoria.

Grande fué el entusiasmo que produjo este triunfo, y llegó a creerse que el ejército liberal sería irremisiblemente derrotado.

## IX

El general Zaragoza, alojado en Querétaro, en la casa de Rubio, se encontraba en la mesa, con los principales jefes del ejército y sus ayudantes.

Un oficial le presentó un telegrama.



Pablo y Carolina se arrodillaron a los lados de aquella criatura.

(Pág. 382)

Zaragoza lo abrió, lo leyó con atención, y lo puso sobre la mesa.

Luego que terminó el almuerzo, le dijo a un ayudante: — Compañero, sírvase usted llamar al señor Cuartel Maestre.

Salió el ayudante, y llevó la orden al general Aramberri.

El telegrama era la noticia de la sorpresa de Toluca. Zaragoza no se inmutó al verlo.

Llegó Aramberri.

— Compañero—dijo Zaragoza—, que le sirvan a usted café.

Aramberri, con entera tranquilidad, apuró su taza.

Entonces Zaragoza, pasándole el telegrama, le dijo:

— Han derrotado al general Berriozábal.

Aquella noticia causó una profunda impresión; pero todos quedaron silenciosos, esperando la resolución del general.

— ¿Qué ordena el señor general Zaragoza?

Levantóse aquel hombre, y un relámpago cruzó por aquel rostro, siempre sereno.

— Sobre México, señor general; y ahora mismo.

Un aplauso de admiración y de entusiasmo resonó en aquel salón.

Salió Aramberri, se oyeron toques de llamada en todos los cuarteles, y a las dos horas desfilaba el ejército, rumbo a la arena de Calpulalpán.

En la noche las salvas de artillería y los repiques en los múltiples templos de la ciudad, anunciaban la llegada de González Ortega a Querétaro.

Su presencia fué un renuevo de alegría para el ejército, un bautismo de fe para sus soldados.

La impresión se había borrado.

Nadie pensaba más que en la victoria.

La noticia de Toluca, había producido un efecto contrario: había puesto rabiosos a los soldados, que pedían a gritos el combate.

Una retirada como la del Gobierno reaccionario, hubiera sido desastrosa; equivalía, en aquellas circunstancias, a una derrota.

Miramón tenía la misma creencia, y pensó que un movimiento rápido le daría la victoria.

En el acto reorganizó su ejército, que estaba alentado con el triunfo, le dió una organización enteramente militar, y ofreciendo en una proclama que volvería con el lábaro de la religión triunfante, se despidió de la ciudad al son de las salvas de artillería y de los salmos de la Iglesia católica.

## CAPITULO XXIV

## CALPULALPAN

## I

El 20 de diciembre de 1859, despachaba el general Jesús González Ortega su correspondencia en el Hotel de Diligencias de Arroyo Zarco, cuando a las diez de la noche llegó un extraordinario, diciendo que Miramón, Márquez, Mejía y otros jefes de alta graduación, habían salido de México al frente de un ejército de diez mil hombres, y avanzaban al encuentro del ejército de la Reforma.

Inmediatamente el general en jefe hizo venir al Cuartel Maestre, general José Justo Álvarez, y al general Ignacio Zaragoza, y concertó con ellos los movimientos de las tropas y las posiciones que debían ocupar, eligiendo su campo para esperar al enemigo.

Desde esa hora comenzó un gran movimiento en los cuarteles, y el regocijo era grande al pensar que una batalla tendría lugar al día siguiente, decisiva para la revolución.

Hacia ocho días que el ejército liberal estaba en Arroyo Zarco esperando el giro de los acontecimientos, entregándose, día a día, al ejercicio de las maniobras en masa, a las órdenes del ilustre general Leandro Valle.

El espíritu de la tropa no podía ser mejor: eran los vencedores de Loma Alta, Peñuelas, Guadalajara y Silao, habiendo hecho morder el polvo a las huestes de Márquez en el Puente de Calderón; serie no interrumpida de triunfos, que enardecían el valor de los soldados de la Reforma.

El ejército liberal, fuerte en más de once mil hombres, dotado de artillería, dejando Arroyo Zarco, avanzó hasta el pueblo de San Miguel Calpulalpán, que se agrupa al pie de la sierra.

La estación del invierno estaba muy avanzada, no se encontraban víveres para tanta gente, y aun el agua era escásima.

El ejército no se desesperaba; por el contrario, sufría con gusto las privaciones y la temperatura; ansiaba librar el último combate contra los enemigos de la libertad y del progreso; estaba seguro del triunfo.

Las fuerzas reaccionarias que habían llegado el 21 de diciembre a Soyaniquilpán, avanzaron decididas y tomaron posición frente al enemigo.

González Ortega, dejando el parque y los bagajes en San Miguel Calpulalpán, hizo un movimiento de frente, y se extendió en línea de batalla frente al ejército de la reacción.

Cerró la noche sin que hubieran tenido lugar más que ligeros tiroteos y escaramuzas.

## II

A las primeras horas de la mañana del 22 de diciembre de 1860, comenzó la batalla histórica de Calpulalpán.

Más de 60 piezas jugaban sobre el campo de la lucha.

Las fuerzas reaccionarias intentaron un movimiento de flanco, tratando de interponerse entre la derecha y el centro del ejército constitucionalista, cortando la línea de batalla; pero la maniobra se ejecutó con tanta desgracia y tan mal éxito, que las caballerías al mando del jefe Joaquín Miramón, que se arrojaron sobre las de González Ortega, fueron arrolladas y puestas en precipitada fuga.

Regresaron a su línea de combate, y sin poder contenerse, desordenaron el ala izquierda de su campo, que fué envuelta y cayó prisionera entre las valientes fuerzas de Zacatecas.

Miramón comprendió que estaba perdido, y para contener la desmoralización, avanzó con todo el frente y la derecha sobre la línea de batalla constitucionalista, y fué recibido al golpe de metralla y fuego de fusilería.

Comenzó a vacilar, retrocediendo al fin, acribillado por el fuego.

Entonces Miramón intentó el último recurso: como un llamamiento a su ejército, se dirigió a tomar la «Loma del Muerto», para flanquear al ejército enemigo.

González Ortega comprendió el movimiento y dirigió todo su ataque de artillería sobre aquel punto.

Ordenó que el grueso de la caballería ocupase inmediatamente la Loma, disputándosela al enemigo; pero un general suriano, triste despojo de pasadas luchas, no ejecutó la orden, y las columnas de Miramón avanzaban a toda prisa, ganando terreno y dominando la posición.

Entonces el pundonoroso general Benito Quijano, se puso al frente de las caballerías y desalojó valientemente a las columnas de la reacción.

En aquel momento entró el desorden más completo en el ejército de la reacción, declarándose la derrota.

No cesaba el fuego de la artillería; el ejército liberal ya incontenible, se arrojó sobre aquella masa humana, que se dispersaba por todas partes y por todos los caminos, y comenzó la persecución.

Un general Valle, reaccionario, intentó detener a los dispersos, y recibió un balazo en un ojo, expirando la noche de aquel día, en San Francisco Soyaniquilpán.

La artillería liberal, al mando del coronel Fernando Poncel, había funcionado majestuosamente.

Las infanterías habían dado muestra de una serenidad admirable, y a las caballerías se les debió mucho del triunfo.

Había sobre el campo mil doscientos heridos y otros tantos muertos.

Seis mil prisioneros, cuarenta cañones capturados, las ban-

deras de todos los cuerpos, multitud de carros y acémilas cargadas de parque y de bagajes, fueron el botín de aquella espléndida victoria.

Miramón y toda la crema del ejército reaccionario, salieron a escape del campo de batalla, ganando el camino de México por el rumbo de Tula.

En medio de las aclamaciones de aquellas fuerzas victoriosas, que saludaban los nombres de González Ortega, Zaragoza, Aramberri, Leandro Valle, Quijano y otros jefes, resonaban los toques de diana y las músicas militares.

El Himno Nacional se repetía por todas las bandas de todos los batallones.

En la orden del día, el general en jefe felicitaba, en nombre de la patria, al ejército y a sus jefes, por su brillante comportamiento.

Sólo una nota discordante hubo en la orden general: «El general M. queda dado de baja, como indigno de pertenecer al ejército nacional, por delito de cobardía al frente del enemigo.»

Castigo y afrenta bien merecidos, en presencia del ejército victorioso.

### III

En aquella jornada se distinguieron dos jóvenes, ayudantes del general González Ortega, que en medio de la tormenta de fuego, cruzaban en todas direcciones, transmitiendo con toda prontitud y oportunidad las órdenes del general en jefe.

Desde que el general Ortega se lanzó a la arena de la revolución, lo acompañaron con igual valor en el revuelto campo de los combates.

Han prestado grandes servicios a la patria y a la libertad, y disfrutan actualmente la alta honra de ser generales en el ejército de la República.

Se llaman Jesús Lalanne y Manuel Loera.

La noticia de la victoria la comunicó Lalanne en nombre del general en jefe, a todos los gobernadores de los Estados, y fué saludada por todo el pueblo de la República.

### IV

Retrocedamos por unos momentos al campo de batalla.

Entre aquel huracán desencadenado de fuego y de matanza, los jóvenes estudiantes buscaban al general Altúnez, que venía con la división de caballería al mando de Joaquín Miramón.

Fuera casi de línea, venía un jefe a escape, seguido de cerca por un oficial que lo venía tocando con su espada.

«Juan Gallinazo» y el fronterizo salieron al frente del fugitivo.

— ¡Es Altúnez! — gritó Pedro.

— ¡El matador de Manuel! — rugió «Juan Gallinazo».

Simultáneamente se arrojaron sobre él.

Juan levantó su machete suriano, y con una fuerza terrible, lo descargó sobre la cabeza de Altúnez.

El general cayó del caballo con el cráneo partido y un ojo saltado de la órbita.

Entonces Pablo, que lo venía persiguiendo, lo trilló a su antojo con las pezuñas de su caballo.

— ¡Venganza! — gritaba «Juan Gallinazo», y le hundía cien veces la espada en el corazón.

— ¡Venganza! — repetían Pablo y el fronterizo, y le acribillaban el pecho a cuchilladas.

Ya toda la forma había desaparecido: quedaba una masa de carne y de sangre y de cabellos, horrible.

— ¡Manuel! ¡Ya estás vengado! — gritó «Juan Gallinazo».

Entraron después al combate.

Una bala de cañón pasó rugiendo, como el aliento del infierno, y arrebató del cuerpo la cabeza de Pedro el fronterizo.

Quedó unos instantes el tronco fijo en el caballo y después se derrumbó entre una catarata de sangre.

El caballo echó a correr, arrastrando el cuerpo sin cabeza del fronterizo.

— ¡Maldición! — gritó «Juan Gallinazo» — ¡Muerto! ¡Muerto!... ¿Para qué quiero la victoria?

Sollozando de dolor, decía: «¡Ya todos han desaparecido, todos mis hermanos!... ¡Quedo yo, yo nada más, solo, sobre este campo de sangre y de exterminio!»

Corrió sus espuelas por los ijares espumosos de su caballo y se perdió entre las nubes de humo y de polvo de la batalla.

— ¡Juan! ¡Juan! — le gritaba una mujer, que venía en su busca a todo escape.

Le pareció que aquel timbre resonaba en su corazón.

Detuvo el caballo, que tropezó con el de la mujer.

— ¿Quién es? ¿Quién me llama? ¿Qué me quieren?

— ¡Soy Isabel, que llena de espanto he venido en pos de ti!

— ¡Yo no conozco a nadie; el infierno sacude sus llamas en mi corazón!

— ¡Vuelve en ti; soy yo, yo, que te llevo en mi alma!

— ¡Isabel! — gritó «Juan Gallinazo» — ¡Todos, todos han muerto!

Y se desplomó en el seno de aquella mujer querida, en el abrazo eterno de la existencia.

### V

Luego que se supo en México la certeza de la derrota, se extendió un pánico horrible, porque la conciencia de los culpables los acusaba de los horrendos crímenes, y veían cerca el momento de la expiación.

El Presidente comunicó al Cuerpo diplomático que iba a abandonar la ciudad.

Reuniéronse los ministros extranjeros, que a excepción del español, todos habían interrumpido sus relaciones con el Gobierno reaccionario, y nombraron entre ellos una comisión que se acercara al vencedor para pedirle garantías.

Miramón se ocultó, y Márquez y Zuloaga salieron con mil quinientos soldados, que a poco andar se les pronunciaron, dejando a esos desgraciados, ya en calidad de bandidos, en lo intrincado de las montañas.

El general González Ortega, se adelantó hasta Tepeji del Río, llevando solamente a su Cuartel Maestre, general José Justo Alvarez.

Ambos concertaban un movimiento de concentración de fuerzas para el caso en que Miramón ensayase una defensa, que diera por resultado una circunvalación precisa a la capital de la República.

El general González Ortega se hospedaba en la Casa de Diligencias.

Serían las once de la noche del 23 de diciembre, cuando llegó un carruaje, sabiéndose que una comisión de México buscaba al general en jefe.

Se difundió la noticia de la llegada de Pacheco, ministro español, y desde luego, hubo una alarma y un sentimiento de disgusto en todo el ejército; porque no se quería nada de ajustes, sino una rendición sin condiciones.

Quedaron en la pieza de recepción, el general en jefe, el Cuartel Maestre, y los comisionados, que eran: Pacheco, ministro español; Mathews, ministro inglés; Mac-Magnus, ministro de Prusia, y el general Ayestarán, jefe del Estado Mayor de Miramón, todos acompañados del general Berriozábal, que venía como testimonio de seguridad, sin traer otra misión.

Pacheco, el célebre adalid de la reacción española, instrumento en México del partido ultraclerical, con esa petulancia embustera que lo significaba, dijo al general en jefe:

—La alarma, señor general, es inmensa, indescriptible, en la ciudad de México. Se espera allí que las fuerzas liberales cometan desórdenes sin cuento. En nombre de la civilización y de los intereses europeos, señor general, conjuro a usted para que detenga la marcha de sus fuerzas sobre la capital, mientras allá se acuerda el modo de poner a cubierto de un golpe de mano, los grandes intereses de las colonias europeas.

González Ortega estaba indignado.

El general Alvarez había palidecido de coraje.

—He tenido—dijo González Ortega—la paciencia suficiente para escuchar las palabras de usted, señor Pacheco, en quien no reconozco carácter alguno, porque usted es un ministro acreditado cerca de una facción rebelde, que se había posesionado de México, sin que por un momento haya des-

aparecido el Gobierno legítimo de la nación, como pudo usted verlo en Veracruz.

—Permítame usted, señor general: ésas son otras cuestiones, que no son las del momento; por ahora se trata de salvar una situación.

—Que no está comprometida; al menos, por mi parte, señor Pacheco, y me extraña este aparato, en el que sólo percibo buscar un paliativo a un descarrilamiento diplomático, apareciendo como mediador en estas circunstancias.

Los ministros de Prusia e Inglaterra, dijeron que ellos no traían misión alguna; que por deferencia habían acompañado a Pacheco.

—Señores ministros—dijo el general—, las colonias extranjeras nada tienen que temer; yo no detendré el paso de mi ejército ante ninguna consideración. Este ejército, señor Pacheco, mal que pese a sus deturpadores, va a dar al mundo entero el espectáculo de la moralidad y de la disciplina más estrictas, que van a contrastar con el desenfreno de las chusmas reaccionarias y de esos hombres que, pasando sobre la bandera británica, han saqueado las arcas de las Convenciones públicamente y comprometido el decoro de la nación.

—Yo decía...

—No diga usted nada, señor Pacheco; el ejército triunfante de la Reforma, no detendrá su marcha sobre la ciudad, donde esas colonias extranjeras, que usted supone alarmadas, lo recibirán con los brazos abiertos, como el restaurador de las garantías y del orden constitucional.

Pacheco quedó mudo y confuso.

Los ministros dijeron que después de las palabras del general en jefe, creían que ni las colonias extranjeras, ni la ciudad, tenían nada que temer.

A la madrugada del día siguiente, la comisión salió para México, donde ya no encontró al general Miramón.

Una comisión del Ayuntamiento, entregó al general Berriozábal, el gobierno de la ciudad.

Luego que terminó la conferencia, entraron Jesús Lalanne, Manuel Loera y el doctor Ramón Fernández, que llenos de inquietud habían estado en espera del desenlace, y felicitaron a aquel grande hombre, por su energía y por su patriotismo.

Al día siguiente, Aureliano Rivera y Antonio Carabajal, los supremos guerrilleros, entraron a México entre el aplauso y la inmensa gritería del pueblo.



## CAPITULO XXV

## EL DESTINO

## I

Las guerrillas liberales ocuparon la capital, presenciando las últimas convulsiones agónicas de aquel partido, que durante dos años había asaltado el Poder, gracias a la defección de Comonfort, y a la traición de Zuloaga, y de la mayor parte del ejército regular.

En vano habían intentado los ministros y las eminencias conservadoras, ocultar a la población el desastre de Calpulalpán, donde quedó destruido el ejército reaccionario.

En las primeras horas de la mañana del 23 de diciembre se sintió ya en la ciudad esa agitación sorda, esa inquietud pavorosa que precede a las grandes catástrofes.

Miramón había sido el correo portador de su propia derrota; primer disperso de su ejército, en parte disperso y en parte prisionero, llegó a México en las últimas horas de la noche anterior, y en una carrera tan desenfrenada, que en las puertas de la garita de Vallejo el caballo que montaba cayó reventado; montó el de uno de los dos ayudantes que lo acompañaban: se hizo abrir las trancas del portazgo, y penetró a la ciudad, muda, desierta y oscura, porque el alumbrado público se había extinguido ya.

Al amanecer fueron despertados los ministros, quienes azorados y convulsos de terror, se precipitaron a la casa de Miramón, quien los recibió con su insolencia habitual, exacerbada por el despecho.

Brutalmente les comunicó que no tenía tropas ni recursos con que combatir, y que había llegado la hora de que cada uno tomara el camino que le conviniera, porque el Gobierno del Plan de Tacubaya, tocaba a su última hora.

Aquellos viejos cuyas canas manchaba la sangre que se había derramado en veinticuatro meses de guerra civil, salieron precipitados a preparar su fuga o su escondite.

Entonces se notó en las calles un movimiento inusitado de carros y portadores, que hacían violentas mudanzas, y por todas partes se veían parihuelas con muebles lujosos, camas y colchones que se transportaban de un domicilio a otro.

Era la transmigración de la casta sacerdotal y aristocrática, que sintiendo en su conciencia las palpitaciones de sus crímenes políticos, se ocultaba temiendo las venganzas del partido nacional, que vendría a tomarle cuenta de los atentados cometidos por las dictaduras del ex tallador de las casas de juego, y del joven Macabeo, que había concluido su dominación sacando la plata y el oro de los templos, y robando a la Legación inglesa.

Es que aquellas gentes creían las calumnias que la Prensa conservadora había vertido, día a día, contra las fuerzas liberales, llamándolas hordas de bandidos y latro-facciosos; y los ricos, y los frailes, y las monjas, temblaban como si esperaran la llegada de las huestes bárbaras de Atila.

Los periódicos católicos, el «Omnibus», sobre todo, redactado por don Vicente Segura Argüelles, habían alimentado ese odio contra el partido democrático, y al representar a éste como la encarnación del más furioso jacobinismo, tendieron una niebla de terror sobre la capital, haciendo creer que ésta sería entregada al incendio y al saqueo por los blusas rojas.

Vicente Segura fué el fundador de esa Prensa católica, procaz y envenenada, que no era conocida en épocas anteriores.

Era Segura el alma de la Prensa clerical, el único periodista de combate que se destacaba en el partido conservador, tan pobre de inteligencias y tan carente de literatos.

He aquí por qué fué Segura el confidente del ministerio reaccionario, que lo llenaba de condecoraciones, y que había hecho de su periódico la válvula por donde se desahogaban los odios y los rencores de aquella masa de beatos y de ambiciosos.

Era tal la audacia de Segura que, estando acampado en Tacubaya Degollado, cuando éste por la inferioridad de su pequeño ejército nada de serio podía intentar contra la capital, el periódico de aquel escritor, rebosando ira y desprecio, ofrecía remitir al general republicano, cajones llenos de enaguas para que vistiera con traje de mujer a sus soldados.

Así llegó Segura a saturarse de las pasiones virulentas que informaban su diario, y aquella septicemia política lo llevó al delirio, al frenesí.

El despecho, al ver su partido muerto para siempre; la aprensión que sentía, comprendiendo que él tenía que ser el pararrayo de las venganzas populares, que había provocado, y la rabia de verse impotente para luchar, lo enloquecieron hasta el más impulsivo furor.

Segura fué uno de los primeros que supieron la derrota de Calpulalpán: el guardagarita de Vallejo, que recibió en la madrugada a Miramón fugitivo, lo comunicó en el acto a un empleado de la Aduana, cuyo hermano tenía amistad íntima con la familia Segura, y éste se precipitó a participarlo a Segura, a la casa que habitaba en la calle del Seminario.

El periodista se lanzó a la casa de Miramón, donde vió, desesperado, que éste, después de procurar un nuevo alojamiento para su familia, preparaba su fuga, juntamente con su hermano Joaquín, el que más tarde había de ser fusilado en Tepetates, y con su ministro de Hacienda, Isidro Díaz.

Miramón, al ver el estado de demencia en que había caído Segura, le ofreció llevarlo consigo hasta la costa, donde se

embarcarían, prometiéndole que antes de su marcha lo mandaría llamar.

Ya algo tranquilo, Segura fué a prepararse, vistiendo un traje de camino; pero Miramón y sus dos compañeros, más el coronel Rodríguez, que iba a servirle de guía, desaparecieron sin volver a ocuparse de Segura.

Entonces el padre de éste lo escondió en su casa, en Minería; y su hermano, don Francisco, para disfrazarlo más, lo rasuró tan completamente, que quedó inconocible aun para los miembros de su familia.

En estas angustias e inquietudes pasó el día y la noche del 23, y a las dos de la mañana del 24, Segura, sacudido por terribles presentimientos, temiendo que lo buscaran en la casa de su padre, se trasladó al callejón de la Condesa, a la casa de su hermana, donde permaneció todo el día.

En la tarde llegó en pos de él su primo Daza Argüelles, a quien no le abrieron el portón de la casa hasta reconocerlo; y Daza tampoco conoció a Segura al verlo, por lo desfigurado que estaba sin la barba y el bigote que usaba tan crecidos.

Después de comunicarse los dos primos las noticias más palpitantes del día, Daza dijo a Segura:

—¿Y tú, qué piensas hacer? ¿Te crees seguro en esta casa tan conocida y que indudablemente será cateada?

—No—contestó Segura—, aquí estoy de tránsito. Un amigo procura en estos momentos que me den alojamiento en la Legación francesa, que los «puros» no se atreverán a allanar. Tú sabes que el ministro francés tiene grandes compromisos con el partido conservador.

—Sin embargo, no te aceptarán, porque hay allí muchos alojados y todos son de alta categoría. Sería más prudente que te pasaras a la casa del padre Servín, que por humilde es desconocida, y a donde nadie sospechará que estás. Si admities, yo te presentaré allí esta noche.

—Pues acepto, si no me reciben en la Legación; oportunamente te avisaré.

Y Daza Argüelles se despidió, sin saber que aquella era la última vez que veía a su primo.

Quizá Segura no alcanzó a ocultarse en la casa del ministro francés, pues durante la noche del 24, acompañado de su hermano político, se dirigió al número 2 de la calle de la Alameda, donde habitaban sus primas, las señoras Argüelles.

Trabajo costó a ellas reconocerlo, hasta que al fin lo abrazaron y le ofrecieron franca hospitalidad. Y Segura la admitió, y cambió de traje con su cuñado, temiendo hacerse sospechoso con el vestido de charro que portaba, y que se puso González, dejando a Segura hasta su argelino.

Muy pocas horas durmió Segura, levantándose al amanecer; se dirigió primero a la azotehuela de la casa, y allí colocó una escalera de mano, para escaparse por la azotea, al

menor peligro que hubiera. Después se sentó tras la vidriera de uno de los balcones, y desde allí vió entrar las caballerías de Aureliano.

Un piquete de blusas se detuvo frente a la casa, y el oficial inclinándose en su caballo, habló algunas palabras con un hombre del pueblo.

Era el portero de la misma casa de Argüelles, que, desconociendo a Segura, creyó que era Lagarde, el tremendo jefe de policía, que se escondía allí, y lo denunciaba al oficial republicano.

Entonces éste, llamado Escalada, penetró al patio de la casa con algunos de sus soldados; desmontó, tomó su rifle, y se dirigió a la escalera. Una de las señoras Argüelles, Paz, gritó a Segura, al ver aquella invasión:

—¡Vicente, ahí vienen por ti! ¡Vete, vete!

Segura violentamente cruzó dos recámaras, tomó su pistola que había dejado sobre un buró, salió al corredor, tomó el pasillo de la azotehuela, y al pisar el primer escalón de la escalera de mano, se presentó el capitán Escalada empuñando el rifle.

Apenas vió Escalada el faldón del argelino, cuando, en vez de dirigirse a las piezas, tomó el pasillo del corredor, y, percibiendo claramente a Segura que intentaba fugarse por la azotea, y empuñando el rifle, le gritó:

—¡Alto! ¡Baje usted o le hago fuego!

E iba a apuntarle, cuando Paz abrazó fuertemente al oficial, estorbándole que hiciera fuego.

Pero Segura, loco de terror y rabia, sin pensar que podía herir a su prima, disparó su revólver sobre Escalada; éste recibió la bala en la frente y cayó muerto.

Acabó Segura de subir; corrió por la azotea, y se descolgó por una casa del callejón de Coajomulco, habitada por un señor Echenique. Tomó allí un sombrero que encontró a mano, y salió a la calle rápidamente.

Pero ciego de ira, loco acaso de terror, en vez de escapar por el callejón, donde nadie lo había visto, ni lo hubiera seguido, salió de nuevo a la calle de Corpus-Christi, cruzó la multitud que se había aglomerado a ver lo que pasaba, y empuñando la pistola se encaró a los blusas, que estaban indignados al saber la muerte de su oficial, y les gritó:

—¡Bandidos, no soy Lagarde! ¡Soy Vicente Segura Argüelles!

Y sin ser agredido, pues los blusas se quedaron sorprendidos al ver a aquel frenético, hizo fuego sobre ellos, hiriendo a dos soldados.

La indignación que causó en el pueblo aquel atentado fué espantosa; un hombre que desapareció después, se arrojó sobre Segura y le dió una puñalada en la espalda.

Cayó Segura mortalmente herido, mas todavía disparó el último tiro de su revólver sobre el blusa inmediato a él, ma-

tándolo en el acto. Segura arrojó una bocanada de sangre y expiró, quedando su cadáver tirado en la banqueteta.

Los blusas se retiraron llevándose sus heridos y los cadáveres del oficial y del soldado.

Llegó al punto el rumor de lo acontecido, a un amigo de la familia Segura, quien se marchó violentamente al lugar del drama, y al ver el cadáver lo desconoció enteramente. Sin embargo, quiso recogerlo, y encontrando al general Feliciano Chavarría, que llegaba a la capital al frente de sus fuerzas, se aproximó a él dándole cuenta de lo ocurrido.

Chavarría, conoedor de la profunda excitación de las fuerzas contra los reaccionarios, para evitar que aquel oficioso amigo del periodista que tanto los había insultado, fuera atropellado, le contestó en voz alta:

— Si no conociera a usted, que es de los nuestros, lo fusilaba y lo colgaba de uno de esos árboles.

Después en voz baja aconsejó a aquel caballero que fuera a Palacio a dar parte al general Degollado. Mas éste, luego que supo la muerte de Segura, a caballo y acompañado de sus ayudantes, marchó al galope hacia la Alameda, a fin de evitar desórdenes. Allí mandó trasladar el cadáver a la iglesia de San Francisco, dando orden, después, de que se entregara a su familia. Esta allí lo inhumó después de identificarlo con suma laboriosidad, pues el rostro se había alterado completamente.

Algunos años después, ejecutada la exclaustación, el Gobierno ordenó se exhumaran los millares de cadáveres que los frailes por especulación habían sepultado clandestinamente en sus templos.

Entonces se encontraron los restos de Vicente Segura Argüelles en un nicho construido en el hueco del púlpito de la iglesia de San Francisco, debajo de la escalera. La lápida estaba disimulada por una capa de mezcla, blanqueada y pintada con el mismo color que el resto del templo. Los restos están depositados en una cripta del panteón de San Fernando.

Así murió el fundador de esa Prensa agresiva, mordaz e indecente que hoy insulta las instituciones a cuya sombra medra y progresa el clericalismo.

## II

El 1.º de enero del 1861, hizo González Ortega su entrada triunfal, a la cabeza de un ejército de treinta mil hombres.

Las campanas repicaron, sin interrupción, durante veinticuatro horas.

La mayor parte de las fachadas estaban llenas de cortinas, y una lluvia constante de flores y de coronas regaba el camino por donde pasaba aquel heroico ejército, que durante cuatro años había luchado por la libertad.

Mexicanos y extranjeros, les tendían sus brazos y los aclamaban.

Al pasar González Ortega frente al Hotel Iturbide, vió a los generales Santos Degollado y Berriozábal en el balcón; se apeó del caballo y los esperó, haciéndoles señas de que bajasen.

Luego que vió a Degollado, se arrojó en sus brazos.

Los dos lloraban como unos niños.

— Aquí—dijo Ortega—, usted es el vencedor; porque es el primer hombre de la revolución; y usted, general Berriozábal, patriota sin mancha y soldado de la libertad. ¡Vengan a participar de esta victoria que hemos conquistado con la sangre del pueblo y de nuestro valiente ejército!

Aquella escena conmovedora, produjo un entusiasmo inmenso, indescriptible.

Ni un desorden se registró en la ciudad.

En seguida, entre las salvas de la artillería, entre los clamores populares y entre una espontánea manifestación nacional, se publicaron las LEYES DE REFORMA.

¡Aquel día fué el más grande para la Historia!

## CAPITULO XXVI

### FINAL DEL DRAMA

#### I

Anochece.

Los batallones seguían desfilando; las músicas militares paseaban por las calles; las campanas no cesaban de tocar, y el clamor de los vítores atronaba el cielo de México.

Luego que Pablo acuarteló a su batallón, se dirigió a la casa de la familia Rentería.

Penetró atrevido a la recámara de Eva.

La señora estaba sentada, con los brazos sobre el pecho y la mirada insistente y fija en su hija Eva, que, sentada frente al balcón, era presa del horrible ataque de «angina».

Su semblante pálido, se manchaba con una sombra azulada sobre sus labios, y otras violadas invadiendo sus mejillas.

Sus cabellos negros caían en desorden sobre su frente y flotaban en su hermoso cuello.

Carolina salió al encuentro de Pablo.

— Carolina, he cumplido mi palabra: Altúnez, el matador de Mario y de Manuel, ya no existe.

Carolina tendió la mano a Pablo, y le dijo en voz muy baja:

— Cumpliré mi promesa.

Eva volvió la vista, vió a Pablo, y velándose sus ojos con un llanto sin brillo, le hizo seña de que se acercase.

Pablo y Carolina se acercaron a los lados de aquella criatura. La luz pálida de la luna bañaba el rostro marmóreo de la moribunda.

La señora no reparaba en nada.

—¡Todos..., todos..., menos él!—dijo Eva, e inclinó la cabeza.

Se oía su difícil y agitada respiración.

—¡Animo, Eva; es necesario vivir!—dijo Pablo.

—No..., no puedo... ¡Vida... inútil!

—¡Esto es horrible!

—Allí..., allí está... Voy a reunirme con... Manuel—y señaló el cielo con su mano trémula.

Una bocanada de sangre, manchó su vestido.

Ya no pudo hablar... La agitación fué espantosa.

Con las manos puestas y crispadas sobre las cabezas de Pablo y Carolina, quiso levantarse y cayó desplomada, ¡como una flor que troncha el huracán!...

Carolina dió un grito espantoso de angustia, y sin poderse contener, se volvió a la señora y le dijo:

—¡Madre, aquí está tu obra!

La vieja dió un alarido espantoso, se desgarró el vestido, se mesó los cabellos, lanzó después una carcajada histérica y prolongada... ¡Había perdido la razón!

## II

El 11 de enero de 1861, la misma fecha en que la reacción había enarbolado su estandarte victoriosamente en la Ciudadela, derrocando el Poder constitucional, el Benemérito de América hacía su entrada solemne en México, entre las ruidosas aclamaciones del pueblo, que encerraba el sentimiento unánime de la nación.

Entró en el pleno goce de la Magistratura Suprema, de cuyas altas cimas no descendería, sino para llegar con planta firme, entre los iris de la gloria, a las pavorosas regiones de la muerte.

FIN



## INDICE

### PARTE PRIMERA

#### La Reforma

	Págs.
CAP. I.—El último día.	5
» II.—Amoríos y calaveradas.	11
» III.—Benito Juárez.	22
» IV.—Los pintos.	29
» V.—El primer relámpago.	42
» VI.—Sigue la revuelta.	51
» VII A.—Sopla el huracán.	64
» VII B.—Adioses y ternezas.	79
» VIII.—Sobre la marcha.	91
» IX.—Duelos y quebrantos.	104
» X.—La tempestad arrecia.	114
» XI.—La madre y el hijo.	133
» XII.—El golpe de Estado.	140

### PARTE SEGUNDA

#### La Guerra de Tres años

CAP. I.—Los fanatismos.	162
» II.—El desastre.	176
» III.—Sigue el desastre.	189
» IV.—¡Viva la Religión!	201
» V.—Una venganza.	211
» X.—Sobre la brecha.	227
» XI.—Los tigres.	239
» XII.—Amores y escaramuzas.	245
» XIII.—Golpe a golpe.	259
» XIV.—Arrecia el huracán.	272
» XV.—Carlos II el Hechizado.	285
» XVI.—Guerrilleros.	298
» XVII.—En vísperas de una batalla.	309
» XVIII.—El 11 de abril de 1859.	318
» XIX.—El genio.	332
» XX.—Clérigos y conservadores.	333
» XXI.—Antón Lizardo.	341
» XXII.—Un astro que se apaga.	349
» XXIII.—Las últimas batallas.	357
» XXIV.—Calpulalpán.	370
» XXV.—El destino.	376

Pablo y Carolina se acercaron a los lados de aquella criatura. La luz pálida de la luna bañaba el rostro marmóreo de la moribunda.

La señora no reparaba en nada.

—¡Todos..., todos..., menos él!—dijo Eva, e inclinó la cabeza.

Se oía su difícil y agitada respiración.

—¡Animo, Eva; es necesario vivir!—dijo Pablo.

—No..., no puedo... ¡Vida... inútil!

—¡Esto es horrible!

—Allí..., allí está... Voy a reunirme con... Manuel—y señaló el cielo con su mano trémula.

Una bocanada de sangre, manchó su vestido.

Ya no pudo hablar... La agitación fué espantosa.

Con las manos puestas y crispadas sobre las cabezas de Pablo y Carolina, quiso levantarse y cayó desplomada, ¡como una flor que troncha el huracán!...

Carolina dió un grito espantoso de angustia, y sin poderse contener, se volvió a la señora y le dijo:

—¡Madre, aquí está tu obra!

La vieja dió un alarido espantoso, se desgarró el vestido, se mesó los cabellos, lanzó después una carcajada histérica y prolongada... ¡Había perdido la razón!

## II

El 11 de enero de 1861, la misma fecha en que la reacción había enarbolado su estandarte victoriosamente en la Ciudadela, derrocando el Poder constitucional, el Benemérito de América hacía su entrada solemne en México, entre las ruidosas aclamaciones del pueblo, que encerraba el sentimiento unánime de la nación.

Entró en el pleno goce de la Magistratura Suprema, de cuyas altas cimas no descendería, sino para llegar con planta firme, entre los iris de la gloria, a las pavorosas regiones de la muerte.

FIN



## INDICE

### PARTE PRIMERA

#### La Reforma

	Págs.
CAP. I.—El último día.	5
» II.—Amoríos y calaveradas.	11
» III.—Benito Juárez.	22
» IV.—Los pintos.	29
» V.—El primer relámpago.	42
» VI.—Sigue la revuelta.	51
» VII A.—Sopla el huracán.	64
» VII B.—Adioses y ternezas.	79
» VIII.—Sobre la marcha.	91
» IX.—Duelos y quebrantos.	104
» X.—La tempestad arrecia.	114
» XI.—La madre y el hijo.	133
» XII.—El golpe de Estado.	140

### PARTE SEGUNDA

#### La Guerra de Tres años

CAP. I.—Los fanatismos.	162
» II.—El desastre.	176
» III.—Sigue el desastre.	189
» IV.—¡Viva la Religión!	201
» V.—Una venganza.	211
» X.—Sobre la brecha.	227
» XI.—Los tigres.	239
» XII.—Amores y escaramuzas.	245
» XIII.—Golpe a golpe.	259
» XIV.—Arrecia el huracán.	272
» XV.—Carlos II el Hechizado.	285
» XVI.—Guerrilleros.	298
» XVII.—En vísperas de una batalla.	309
» XVIII.—El 11 de abril de 1859.	318
» XIX.—El genio.	332
» XX.—Clérigos y conservadores.	333
» XXI.—Antón Lizardo.	341
» XXII.—Un astro que se apaga.	349
» XXIII.—Las últimas batallas.	357
» XXIV.—Calpulalpán.	370
» XXV.—El destino.	376

